ESPLENDORES Y MISERIAS DE LAS CORTESANAS

de Honoré de Balzac



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Esplendores y Miserias de las Cortesanas de Honoré de Balzac

Cómo aman las prostitutas

El año 1824, en el último baile de la Ópera, algunas máscaras quedaron admiradas de la belleza de un joven que se paseaba por los corredores y por el salón de descanso en esa actitud propia del que busca a una mujer a quien, circunstancias imprevistas, retienen en el baile. El secreto de aquel paso, ora presuroso, ora indolente, sólo es conocido por algunas ancianas y por unos cuantos callejeros eminentes. En aquella inmensa sala de citas, la multitud observa poco a la multitud, los intereses son apasionados y hasta la ociosidad parece preocupada. El joven petimetre estaba tan ensimismado en su inquieta busca, que no notaba su éxito: no veía, y no oía siquiera las exclamaciones burlonamente admirativas de ciertas máscaras, los asombros serios, los mordaces chistes y las palabras dulces que le dirigían. Aunque su belleza lo clasificase entre el número de personajes excepcionales que van al baile de la Ópera a buscar una aventura, y que la esperan cual se esperaba un premio en la ruleta cuando Frascati vivía, parecía estar seguro de su fortuna. Nuestro joven iba a ser el héroe de uno de esos misterios de tres personajes que componen todo el baile de máscaras de la Ópera, y que son conocidos solamente por los que desempeñan algún papel; porque, para las damas que van allí a fin de poder decir: *Yo he visto*; para los provincianos, para los jóvenes inexpertos, para los extranjeros, la Ópera suele ser la mansión del cansancio y del aburrimiento. Para éstos, aquella multitud negra, lenta, agitada, que va, viene, serpentea, da vueltas, sube, baja y sólo puede ser comparada a un hormiguero, es tan incomprensible como la Bolsa para un aldeano que ignora la existencia del papel del Estado. Salvo raras excepciones, en París los hombres no se disfrazan: un hombre con dominó parece ridículo. En esto brilla el genio de la nación. Las gentes que quieren ocultar su dicha pueden ir al baile de la Ópera sin necesidad de disfrazarse, y las máscaras que se ven forzadas a entrar salen en seguida. Un espectáculo de los más curiosos es el tumulto que produce a la puerta, desde el principio del baile, la ola de gente que huye, luchando con la que entra. De suerte, que los hombres disfrazados son maridos celosos que van a espiar a sus mujeres, o maridos afortunados que no quieren ser espiados por éstas; dos situaciones igualmente burlescas. Ahora bien,

nuestro joven iba seguido, sin darse cuenta, por una maldita máscara, que ocultaba a un hombre pequeño y gordo que, más bien que andar, parecía dar vueltas como un tonel. Para todo concurrente a la Ópera, aquel dominó dejaba ver a un administrador, un agente de cambio, un banquero, un notario o un burgués que desconfiaba de su infiel. En efecto, en la alta sociedad no hay nadie que quiera presenciar escenas humillantes. Algunas máscaras habían señalado, riéndose, a aquel monstruoso personaje, otras le habían apostrofado, y algunos jóvenes se habían burlado de él; pero su actitud y su paso denotaban un profundo desprecio por todos aquellos dichos, y el mascarón iba adonde le llevaba el joven, como camina el jabalí perseguido, sin cuidarse ni de las balas que silban en sus orejas ni de los perros que ladran en su costado. Aunque el placer y la inquietud hayan adoptado, como uniforme, la ilustre toga negra veneciana, y, aunque sea todo confuso en el baile de la Ópera, los diferentes círculos de que se compone la sociedad parisiense se encuentran, se reconocen y se observan. Hay nociones tan precisas para algunos iniciados, que aquel enigma de intereses es para ellos tan legible como una novela amena. Para los asiduos, aquel hombre no podía, pues, ir en busca de aventura feliz, ya que hubiese llevado infaliblemente la marca convenida, roja, blanca o verde, que suele señalar las aventuras preparadas de antemano. ¿Se trataría de una venganza? Al ver que el enmascarado seguía tan de cerca a un hombre afortunado, algunos ociosos volvieron a fijarse en el rostro guapo adornado por la divina aureola del placer. El joven interesaba, y cuanto más andaba más curiosidad despertaba. Por otra parte, todo en él denotaba al hombre dado a la vida elegante. Siguiendo una ley fatal de nuestra época, existía poca diferencia física y moral entre el hijo de duque y par más distinguido y mejor educado y aquel joven encantador a quien la miseria ahogaba poco antes, en París, entre sus brazos de hierro. La belleza y la juventud podían ocultar en él profundos abismos, como muchas gentes que quieren desempeñar un papel en París sin poseer el capital necesario para sus pretensiones, y que cada día se juegan el todo por el todo echándose en brazos del dios más cortejado en esta ciudad, del dios azar. Sin embargo, su porte y sus maneras eran irreprochables, y paseaba por el clásico pavimento del salón cual asiduo de la Ópera. ¿Quién no ha notado que allí, como en todas las zonas de París, existe una manera de ser que revela lo que sois, lo que hacéis, de dónde venís y lo que queréis?

—¡Guapo mozo! Aquí ya puede una volverse para mirarle —dijo una máscara en quien los asiduos reconocieron a una mujer distinguida.

—¿No lo recuerda? —le respondió su pareja—. Pues le fue presentado a usted por la señora del Chatelet.

—¡Cómo!, ¿es por ventura aquel boticario de quien se había enamorado, y que se hizo periodista?, ¿el amante de la señorita Coralia?

—Yo le creía tan caído que me parecía imposible que se levantase, y no comprendo cómo puede presentarse en París —dijo el conde Sixto del Chatelet.

Tiene aires de príncipe, y no creo que los haya adquirido con esa actriz con quien vivía —dijo la máscara—. Mi prima, que lo había adivinado, no ha sabido lavarle la cara. Me gustaría conocer a la amante de ese mocito. Díganme algo de su vida para poder darle una broma.

Esta pareja que seguía al joven, cuchicheando, fue entonces observada particularmente por el enmascarado panzudo.

—Mi querido señor Cardo —dijo el prefecto de la Charente tomando del brazo al petimetre—, le presento a una persona que quiere reanudar sus relaciones con usted.

—Querido conde Chatelet —respondió el joven—, esa persona me enseñó a ver cuán ridículo era el nombre que usted me da. Una Real Orden me otorga derecho a usar el de mis antepasados maternos, los Rubempré. Aunque los periódicos anunciaron este hecho, concierne a una persona tan insignificante, que no me avergüenzo de recordárselo a mis amigos, a mis enemigos y a los indiferentes; usted puede clasificarse en donde quiera, pero estoy seguro que no desaprobará una medida que me fue aconsejada por su mujer cuando no era aún más que señora de Bargetón.

Este agudo epigrama, que hizo sonreír a la marquesa, causó al prefecto de la Charente un estremecimiento nervioso.

—Dígale —usted añadió Luciano— que ahora llevo *gules, con un toro de en prado de sinople*.

—¡Un toro de plata! —repitió Chatelet.

—Si no lo sabe usted, la señora marquesa le explicará el porqué este escudo antiguo vale algo más que la llave de chambelán y las abejas de

oro del Imperio que lleva el suyo, con gran disgusto de la señora Chatelet, *apellidada Negrepelisse de Espard* —se apresuró a decir Luciano.

—Puesto que me ha conocido usted, ya no puedo darle broma, y me sería imposible manifestarle hasta qué punto despierta usted mi curiosidad le dijo en voz baja la marquesa de Espard, asombrada de la impertinencia y del aplomo del hombre a quien ella había despreciado.

—Señora, entonces permítame que conserve el único medio que tengo de ocupar su pensamiento, permaneciendo en esta penumbra misteriosa —dijo Luciano sonriéndose como hombre que no quiere comprometer una dicha segura.

La marquesa no pudo reprimir un movimiento de disgusto al sentirse cortada por la precisión de Luciano.

—Le felicito a usted por su cambio de posición —le dijo el conde del Chatelet.

—Y yo recibo su felicitación como usted me la dirige —replicó Luciano saludando a la marquesa con gracia infinita.

—¡Fatuo! —dijo en voz baja el conde a la señora de Espard— al fin ha acabado por conquistar el nombre de sus antepasados.

—La fatuidad de los jóvenes, cuando es empleada con nosotras, anuncia casi siempre una dicha cierta, mientras que con ustedes denota mala suerte. Me gustaría, pues, conocer a esa amiga nuestra que presta protección a tan hermoso pájaro; porque así tal vez habría posibilidad de divertirse esta noche. Mi cartita anónima es sin duda una maldad preparada por alguna rival, pues se refiere a ese joven: espíelo usted. Yo me voy a dar el brazo al duque de Navarreins y luego nos hallaremos.

En el momento en que la señora de Espard se acercaba a su pariente, la máscara misteriosa se colocó entre ella y el duque para decirle al oído:

—Luciano la ama y es el autor de la cartita anónima. El prefecto es su mayor enemigo; ¿cómo quiere usted que le diese explicaciones delante de él?

El desconocido se alejó, dejando a la señora de Espard sumida en una doble sorpresa. La marquesa no conocía a nadie en el mundo que pudiese

ser capaz de desempeñar el papel de aquella máscara, y temiendo un lazo fue a sentarse en un rincón. El conde Sixto del Chatelet, a quien Luciano había suprimido el *del* con una afectación que trascendía a venganza meditada, siguió de lejos al maravilloso petimetre y no tardó en encontrar a un joven con quien podía hablar con entera franqueza.

—¡Hola! Rastiñac ¿ha visto usted a Luciano? está desconocido.

—Si yo fuese tan guapo como él, tendría más dinero del que él tiene —respondió el elegante joven con tono indiferente, pero impregnado de un acento que denotaba una burla ática.

—Se equivoca —le dijo al oído el grueso mascarón devolviéndole mil burlas por una, por el acento con que recalcó su contestación.

Rastiñac, que no era hombre que se tragase un insulto, se quedó como herido por un rayo, y se dejó llevar al alféizar de una ventana por una mano de hierro, de la que no podía desprenderse.

—Pollito salido del gallinero de la tía Vauquer, sepa usted para su seguridad personal que, si no se porta bien con Luciano tratándole como a un hermano, le haremos daño, sin que usted pueda volvérnoslo. Silencio y abnegación o destruiré vuestros planes. Luciano de Rubempré está protegido por el mayor poder que existe hoy, por la Iglesia. Escoja usted entre la vida o la muerte. ¿Qué me contesta?

Rastiñac sintió vértigos como el hombre que está dormido en un bosque y halla junto a sí, al despertar, un león hambriento. Sintió miedo, aunque sin testigos, que es como se entregan al miedo hasta los hombres más valerosos.

—Sólo *él* puede saber… y puede atreverse… —se dijo para sus adentros La máscara le estrechó la mano para impedir que continuase la frase, y le dijo:

—Obre usted como si fuese *él*.

Entonces Rastiñac obró como el millonario que se ve cogido en un camino por un bandido: capituló.

—Mi querido conde —le dijo a Chatelet acercándosele—, si tiene usted en algo su posición, trate a Luciano de Rubempré como hombre a quien viese

usted en posición superior a la suya.

La máscara hizo un gesto imperceptible de satisfacción y empezó a seguir a Luciano.

—Querido mío, pronto ha cambiado usted de opinión respecto a ese punto —le respondió el prefecto con natural asombro.

—Con la misma prontitud que emplean los que están en el centro y se pasan a la derecha —le respondió Rastiñac a aquel prefecto-diputado, cuyo voto no era ministerial desde hacía algunos días.

—¿Acaso hay opiniones hoy?, ¡ya no hay más que intereses! —le contestó Lupeaulx que los escuchaba. ¿De qué se trata?

—Del señor de Rubempré, a quien Rastiñac reputa de personaje —le dijo el diputado al secretario general.

—Mi querido conde —le respondió Lupeaulx con tono grave—, el señor de Rubempré es un joven de gran mérito, y cuenta con tales influencias que yo celebraría reanudar mi amistad con él.

—Ahora va a caer en el lodazal de los corridos del día —dijo Rastiñac.

Los tres interlocutores se volvieron hacia un rincón ocupado por algunos talentos, hombres más o menos célebres, y por varios elegantes. Estos señores solían comunicarse sus observaciones, sus agudezas y sus críticas, procurando divertirse. Entre aquella abigarrada tropa había algunos con quienes Luciano había tenido relaciones mezcladas con favores, buenos al parecer, pero malos en el fondo.

—¡Vamos! Luciano, hijo mío, mi querido amor, ya os veo regenerado y restaurado. ¿De dónde venís? Has medrado a favor de los regalos salidos del gabinete de Florina. ¡Bien, muchacho! —le dijo Blondet dejando el brazo de Finot para tomar familiarmente a Luciano por el talle y estrecharlo contra su corazón.

Andoche Finot era el propietario de una revista en que Luciano había trabajado casi gratis y que Blondet enriquecía con su colaboración, con sus sabios consejos y con su profundidad de miras. Finot y Blondet personificaban a Bertrand y a Ratón, con la sola diferencia de que el gato de La Fontaine acabó por notar su engaño, y Blondet seguía sirviendo a

Finot, a pesar de que notaba su engaño. En efecto, este brillante luchador de la pluma tenía que ser esclavo durante mucho tiempo. Finot ocultaba una voluntad brutal bajo apariencias groseras, y sabía recoger el grano que sembraba en los campos de la vida de disipación que suelen hacer los letrados y los políticos. Por su desgracia, Blondet había empleado sus fuerzas en dar satisfacción a su pereza y a sus vicios. Sorprendidos siempre por la necesidad, pertenecía al pobre número de los eminentes que lo pueden todo con la fortuna ajena sin poder nada con la suya, de los Aladinos que dejaban siempre prestada su lámpara. Esos admirables consejeros tienen el ingenio perspicaz y profundo cuando no están atormentados por el interés personal. Lo que obra en ellos es la cabeza y no el brazo, y de aquí lo desordenado de sus costumbres y la crítica con que agotan a los espíritus inferiores. Blondet compartía su bolsa con el camarada a quien había herido la víspera, y comía, bebía y dormía con aquel a quien pensaba degollar al día siguiente. Sus divertidas paradojas lo justificaban todo. Aceptando el mundo entero como un objeto de broma, Blondet no quería tampoco que lo tomasen en serio, joven, amado, casi célebre, feliz, no se ocupaba, como Finot, de adquirir la fortuna necesaria al hombre viejo. El valor más difícil es, sin duda, el que necesitaba Luciano en aquel momento para dejar cortado a Blondet como acababa de dejar a la señora de Espard y a Chatelet. Desgraciadamente, en él, los goces de la vanidad no le permitían ejercer el orgullo que es, al decir verdad, el principio de muchas grandes cosas. En el encuentro anterior su vanidad había triunfado: se había mostrado rico, feliz y desdeñoso con dos personas que le habían despreciado a él por pobre y miserable; pero un poeta, semejándose a un diplomático envejecido, ¿podría romper violentamente con los titulados amigos que le habían acogido en la miseria y en cuya casa había dormido durante los días angustiosos? Finot, Blondet y él se habían engolfado juntos en el vicio y se habían entregado a orgías que eran costeadas con el dinero de sus acreedores. Como esos soldados que no saben emplear su valor, Luciano hizo entonces lo que hacen muchos parisienses, y se comprometió de nuevo aceptando el apretón de manos de Finot y las caricias de Blondet. Quienquiera que se haya dedicado al periodismo o que se dedique aún, se ve en la cruel necesidad de saludar a muchos hombres a quienes desprecia, de sonreír a su mayor enemigo, de cometer las mayores bajezas y de mancharse los dedos para pagar a sus agresores con la misma moneda. Se acostumbra uno a ver cómo se comete el mal y a dejarlo pasar; se empieza por aprobarlo y se acaba por cometerlo. A la larga, el alma, manchada por vergonzosas y continuas transacciones, se degrada, los pensamientos nobles se

ausentan, y los goznes de la vulgaridad se gastan y giran sobre sí mismos. Los Alcestés se convierten en Filintos, los caracteres se ablandan, los talentos se aminoran y la fe en las buenas obras se extingue. El que podría enorgullecerse de sus páginas, se gasta haciendo pobres artículos que su conciencia le señala tarde o temprano como otras tantas acciones malas. Se encaminaba uno a París, como Lousteau y como Vernou, para ser un gran escritor, y acaba uno por ser un folletista impotente. Ésta es la razón por la cual no se honrará nunca bastante a las gentes cuyo carácter está a la altura del talento, a los Arthez que saben marchar con paso firme a través de los escollos de la vida literaria. Luciano no supo responder nada a la charla de Blondet, cuyo ingenio tenía para él irresistibles seducciones, que conservaba el ascendiente del corruptor sobre el discípulo, y que, por otra parte, estaba bien relacionado en el mundo a causa de sus amores con la condesa de Montcornet.

—¿Habéis heredado a algún tío? —le preguntó Montcornet con tono burlón.

—He puesto, como usted, a los tontos a respetable distancia de mi persona —le respondió Luciano en el mismo tono.

—¿Tiene el señor alguna revista o algún periódico? —dijo Andoche Finot con la suficiencia impertinente que suele usar el explotador con el explotado.

—Tengo cosa mejor —replicó Luciano, cuya vanidad, herida por el tono que empleaba el redactor jefe, le hizo darse cuenta de su nueva posición.

—¿Y qué tenéis, querido?

—Tengo un partido.

—¿Hay el partido Luciano? —preguntó Vernou sonriéndose.

—Finot, hete ya distanciado de ese muchacho, según te predije. Luciano tiene talento, tú no has sabido contentarlo, y lo has perdido. Arrepiéntete, zoquete —repuso Blondet.

Flexible como una ballena, Blondet vio más de un secreto en el acento, en el gesto y en el aire de Luciano, y quiso saber la causa de la vuelta de éste a París, sus proyectos y sus medios de vida; así es que exclamó:

—Arrodíllate ante una superioridad que no tendrás tú nunca, aunque te llames Finot. Admite al señor en el acto entre el número de los hombres fuertes que serán dueños del porvenir. ¡Es de los nuestros! Listo y guapo, ¿no tiene que llegar a la meta con tus *quibuscumque viis*? Hele ya con su buena armadura de Milán, su potente daga y su pendón enarbolado. ¡Caramba! Luciano, ¿dónde has robado ese chaleco tan bonito? No hay nadie como el amor para saber encontrar esas telas. ¿Tienes ya domicilio? En este momento necesito conocer la dirección de mis amigos, porque no tengo dónde acostarme. Finot me ha puesto en la calle por esta noche, con el vulgar pretexto de que tiene una conquista.

—Querido mío —respondió Luciano—, he puesto en práctica un axioma, con el cual está uno seguro de vivir tranquilo: ¡*Fuge, late tace*! Os dejo.

—Pero yo no te dejo hasta que no me satisfagas una deuda sagrada, aquella cena, ¿te acuerdas? —le dijo Blondet, que sentía deseos de darse un banquete y que solicitaba invitaciones cuando no tenía dinero.

—¿Qué cena? —preguntó Luciano con impaciencia.

—¿No te acuerdas ya? Ése es el mejor síntoma de la prosperidad de un amigo: la pérdida de la memoria.

—Ya sabe lo que nos debe, y yo soy garante de*su corazón sincero —dijo Finot aprovechando la broma de Blondet.

—Rastiñac —dijo Blondet cogiendo del brazo al joven elegante en el momento en que llegaba junto a la columna en que se hallaban sus titulados amigos—, se trata de una cena: será usted de los nuestros… a no ser que el señor persista en negar esta deuda de honor, cosa que puede hacer —añadió seriamente señalando a Luciano.

—El señor de Rubempré es incapaz de negarse; yo lo garantizo —dijo Rastiñac sin pensar siquiera en que se tratase de una broma.

—¡Aquí está Bixiou! —exclamó Blondet— él también será de los nuestros, porque sin él no hay nada completo. Sin él, el vino de Champaña me pone la lengua pastosa, y lo hallo todo insípido, hasta el picante de los epigramas.

—Amigos míos —dijo Bixiou—, veo que estáis reunidos en torno de la

maravilla del día. Nuestro querido Luciano reanuda las metamorfosis de Ovidio. Del mismo modo que los dioses se cambiaban en legumbres y otras cosas para seducir mujeres, han cambiado el Cardo en hidalgo para seducir ¿a quién? a Carlos X. Lucianito —le dijo cogiéndolo por un botón de la levita— un periodista que pasa a ser gran señor merece una buena cencerrada. En su lugar —dijo el implacable burlón señalando a Finot y a Vernou—, yo te metería mano en el periodiquillo, porque así darías materia para diez columnas de chistes y para ganar un centenar de francos.

—Bixiou —dijo Blondet—, un anfitrión es sagrado para nosotros veinticuatro horas antes y doce horas después de la fiesta que nuestro ilustre amigo nos ofrece.

—¡Cómo!, ¡cómo! —exclamó Bixiou—, pero ¿qué cosa más necesaria que salvar del olvido un gran nombre y dotar con un hombre de talento a la aristocracia indigente? Luciano, puedes contar con el apoyo de la prensa, pues has sido una de sus columnas más hermosas, y nosotros te sostendremos. ¡Finot, un artículo de fondo en tus París! ¡Blondet, un suelto insidioso en la cuarta página de tu periódico! Anunciemos la aparición del libro más hermoso de la época. *El Arquero de Carlos IX.* Supliquemos a Dauriat que nos dé pronto *Las Margaritas*, esos divinos sonetos del Petrarca francés. Llevemos a nuestro amigo al escenario, que hace y deshace las reputaciones.

—Si querías cenar, me parece que no necesitabas emplear la hipérbole y la parábola con un amigo antiguo, tratándose como a un necio —dijo Luciano a Blondet para deshacerse de aquella tropa que amenazaba engrosar—. Hasta mañana por la noche, en casa de Lointier —se apresuró a decir al ver que se dirigía hacia él una mujer a la cual fue a unirse.

—¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! —dijo Bixiou en tres tonos con aire burlón, cual si reconociese a la máscara que iba con Luciano—. ¡Esto merece confirmación!

Y siguió a la bonita pareja, pasó delante de ella, la examinó con ojos perspicaces y volvióse con gran satisfacción de todos aquellos envidiosos que estaban interesados en saber de dónde provenía el cambio de fortuna de Luciano.

—Amigos míos, vosotros conocéis desde hace mucho a la conquista del

señor de Rubempré —les dijo Bixiou—; es el antiguo rata de Lupeaulx.

Una de las perversidades olvidadas ahora, pero muy en uso al principio de este siglo, era el lujo de los ratas. Un rata, palabra en desuso ya, se aplicaba a un niño de diez a once años, comparsa de algún teatro, sobre todo de la Ópera, a quien los crapulosos educaban para el vicio y la infamia. Un rata era una especie de paje infernal, un mozalbete hembra a quien se perdonaba todo. El rata podía apoderarse de todo, y era preciso desconfiar de él como de un animal peligroso: introducía en la vida un elemento de alegría, como antaño los Scapíns, los Sganarellos y los Frontines de la comedia antigua. Un rata era demasiado caro: no reportaba ni honra, ni provecho, ni placeres; la moda de los ratas pasó de tal modo, que hoy pocas personas conocían este detalle íntimo de la vida elegante antes de la Restauración, hasta el momento en que algunos escritores se apoderaron del rata como de un asunto nuevo.

—¡Cómo! después de haber tenido a Coralia muerta ¿nos arrebatará Luciano a la Torpedo? —preguntó Blondet.

Al oír aquel nombre, la máscara de formas atléticas hizo un movimiento involuntario que no pasó desapercibido para Rastiñac.

—¡No es posible! —exclamó Finot. La Torpedo no tiene un céntimo que dar, porque, según me dijo Natán, le pidió mil francos prestados a Florina.

—¡Oh!, ¡señores, señores! —dijo Rastiñac procurando defender a Luciano de tan odiosas imputaciones.

—¡Cómo! —exclamó Vernou— ¿es tan gazmoño el antiguo amante de Coralia?

—¡Oh! esos mil francos me prueban que nuestro amigo Luciano vive con la Torpedo —dijo Bixiou.

—¡Qué irreparable pérdida para la literatura, la ciencia, el arte y la política! —dijo Blondet—. La Torpedo es la única muchacha de vida alegre que tiene pasta de verdadera cortesana; la instrucción no la habrá maleado, pues no sabía leer ni escribir; ella nos habría comprendido. Habríamos dotado a la época de una de esas magníficas figuras aspasianas, sin las cuales no hay gran siglo. Ved qué bien encaja la Dubarry en el siglo XVIII, la Ninón de Lenclos en el XVII, Marión de Lorme en el XVI, Imperia en el

XV, Flora en la república romana, a quien declaró su heredera, y que pudo pagar la deuda pública con aquella herencia. ¿Qué sería Horacio sin Lydia, Tíbulo sin Delia, Cátulo sin Lesbia, Propercio sin Cintia y Demetrio sin Lamia, que constituye hoy su gloria?

—Blondet hablando de Demetrio en el ambigú de la Ópera me parece ser un tanto periodista de los *Debates* —le dijo Bixiou al oído a su vecino.

—Y sin todas estas reinas ¿qué sería del imperio de los Césares? —seguía diciendo Blondet—. Laís y Rodopo son la Grecia y el Egipto. Todas son la poesía de los siglos en que han vivido. Esa poesía, que le falta a Napoleón, no le faltó a la Revolución, que tuvo a la señora de Tallién. Ahora, en Francia, donde estamos a quién reinará, hay un trono vacante. Entre nosotros podíamos hacer una reina. Yo, por mi parte, le habría procurado una tía a la Torpedo, pues su madre murió auténticamente en el campo del deshonor; Tillet le habría pagado un palacio, Lousteau un coche, Rastiñac lacayos, Lupeaulx cocineros, Finot sombreros —Finot no pudo reprimir un movimiento al recibir este epigrama a boca de jarro—; Vernou le habría hecho reclamos, y Bixiou muchos chistes. La aristocracia habría concurrido a divertirse a casa de nuestra Ninón, adonde haríamos acudir a los artistas, so pena de artículos mortíferos. Ninón II habríase mostrado espléndida de impertinencia y aplastante de lujo, y habría tenido opiniones. Se habría leído en su casa alguna obra maestra del teatro, de ésas que están prohibidas, y en caso necesario se habría escrito una expresa. Ninón no habría sido liberal, porque una cortesana es esencialmente monárquica. ¡Ah!, ¡qué pérdida!, ¡tenía que llenar a todo su siglo y se ha dado a amar a un jovenzuelo! ¡Luciano la convertirá en perro de caza!

—Ninguna de las potencias femeninas que me nombras se ha enfangado en la calle —dijo Finot—, y ese lindo rata se ha revolcado en el fango.

—Como la semilla de un lirio, ella se ha embellecido en el fango y ha florecido en él —replicó Vernou—. De ahí proviene su superioridad. ¿No es preciso haberlo conocido todo para crear la risa y el goce?

—Tiene razón —dijo Lousteau que hasta entonces se había limitado a observar—; la Torpedo sabe reírse y hace reír. Esta ciencia de los grandes autores y de los grandes actores pertenece a los que han penetrado todas las profundidades sociales. A los dieciocho años, esa joven conoció ya la opulencia, la miseria y los hombres de todas las estofas; así es que parece

que posee una varilla mágica con la cual despierta los apetitos brutales tan violentamente comprimidos en los hombres que tienen aún corazón ocupándose de política o de ciencia, de literatura o de arte. No hay mujer en París que le pueda decir, como ella, al Animal «¡Sal!». Y el Animal deja su guarida y se entrega a todos los excesos. Ella le sirve a uno unos platos en la mesa que no pueden estar ya más llenos, y ella ayuda a beber y a fumar. En fin esa mujer es la sal citada por Rabelais, sal que, echada sobre la Materia, la anima y la eleva hasta las maravillosas regiones del Arte: sus ropas despliegan magnificencias inauditas, sus dedos dejan caer a tiempo sus pedrerías, como su boca las sonrisas, y da a todo la gracia de la circunstancia; su jerga es chispeante e intencionada, y tiene el secreto de las onomatopeyas de más grato sonido…

—Estás perdiendo cinco francos de folletín —dijo Bixiou interrumpiendo a Lousteau—; la Torpedo es infinitamente mejor que todo eso: todos habéis sido amantes suyos, pero ninguno puede decir que ella haya sido su querida; ella puede poseeros siempre, mientras que vosotros no la poseeréis nunca a ella. Si forzáis su puerta y tenéis que pedirle un favor…

—¡Oh! es más generosa que un capitán de bandidos y más fiel que el mejor amigo de colegio —replicó Blondet—; puede uno confiarle su bolsa y sus secretos. Pero lo que me movía a elegirla por reina es su indiferencia borbónica por el favorito caído.

—Es como su madre, un poquito demasiado cara —dijo Lupeaulx—. La hermosa holandesa se habría tragado las rentas del arzobispo de Toledo; se comió a dos notarios…

—Y mantuvo a Máximo de Trailles cuando era paje —añadió Bixiou.

—La Torpedo es demasiado cara, como Rafael, como Careme, como Taglioni, como Lawrence, como Boule, como lo son todos los artistas de genio —dijo Blondet.

—Jamás ha tenido Ester esas apariencias de mujer distinguida —dijo entonces Rastiñac señalando la máscara a quien Luciano daba el brazo—. Yo apuesto por la señora de Serizy.

—No hay duda —respondió Chatelet—, y se explica la fortuna del señor de Rubempré.

—¡Ah! la Iglesia sabe escoger sus levitas; ¡qué guapo secretario de embajada hará! —dijo Lupeaulx.

—Tanto más cuanto que Luciano es hombre de talento —contestó Rastiñac—. Estos señores tienen más de una prueba de lo que digo —añadió mirando a Blondet, a Finot y a Lousteau.

—Sí, sí, el mozo tiene condiciones para llegar muy arriba —dijo Lousteau, que se moría de celos—; tanto más cuanto que tiene lo que llamamos independencia en las ideas…

—Tú eres el que lo has formado —dijo Vernou.

—Bueno —replicó Bixiou mirando a Lupeaulx—, apelo al recuerdo del señor secretario general y refrendario. Esa máscara es la Torpedo; apuesto una cena.

—Aceptada la apuesta —dijo Chatelet, que tenía interés por saber la verdad.

—Vamos, Lupeaulx —dijo Finot—, vea de reconocer las orejas de su antiguo rata.

—No hay necesidad de cometer un crimen de lesa máscara —advirtió Bixiou—; la Torpedo y Luciano vendrán por aquí para ir al ambigú, y entonces yo me comprometo a probaros que es ella.

—¿Ha vuelto ya a la superficie nuestro amigo Luciano? —dijo Natán al unirse al grupo— yo le creía en su tierra para el resto de sus días. ¿Ha descubierto algún secreto contra los ingleses?

—Ha hecho lo que tú no harías en tan poco tiempo; lo ha pagado todo —le respondió Rastiñac.

—Cuando se tienen sus años, todo resulta fácil —contestó Natán.

—¡Oh! ése será siempre un gran señor y tendrá siempre una elevación de ideas que le pondrán por encima de muchos hombres que se creen superiores —respondió Rastiñac.

En este momento, periodistas, petimetres, ociosos, todos examinaban, como los chalanes un caballo, el delicioso objeto de su apuesta. Aquellos

jueces encanecidos en el conocimiento de las depravaciones parisienses, todos de talento, aunque de muy diferente género, igualmente corrompidos, igualmente corruptores, entregados todos a ambiciones desenfrenadas, acostumbrados a suponerlo todo, a adivinarlo todo, tenían los ojos ardientemente fijos en una mujer enmascarada, en una mujer que sólo por ellos podía ser conocida. Ellos y algunos asiduos al baile de la Ópera eran los únicos que sabían reconocer, bajo el largo ropaje del dominó negro, bajo el capuchón, la redondez de las formas, las particularidades del ademán y del paso, el movimiento del talle, el meneo de la cabeza, las cosas menos apreciables para los ojos vulgares y más fáciles de ver para ellos. No obstante aquella envoltura informe, pudieron, pues, reconocer el más conmovedor de los espectáculos, el que ofrece a los ojos una mujer animada por un amor verdadero. Que fuese la Torpedo, la duquesa de Maufrigneuse o la señora de Serizy, el último o el primer peldaño de la escala social, aquella criatura era una creación admirable, el relámpago de los sueños felices. Aquellos jóvenes envejecidos, lo mismo que aquellos viejos verdes, sintieron una sensación tan viva, que envidiaron a Luciano el privilegio sublime de aquella metamorfosis de la mujer en diosa. La máscara estaba allí cual si estuviese a solas con Luciano, y para aquella mujer no había allí diez mil personas ni una atmósfera cargada y llena de polvo; no, estaba bajo la bóveda celestial de los Amores, como las vírgenes de Rafael bajo su nimbo de oro; no sentía los codazos, y el fuego de su mirada salía por los agujeros del antifaz y se unía a los ojos de Luciano; en fin, el estremecimiento de su cuerpo parecía tener por principio el movimiento mismo de su amado. ¿De dónde proviene esa llama que irradia en torno de una mujer enamorada y que la hace distinguirse de todas las demás?, ¿de dónde proviene esa ligereza de sílfide que parece cambiar las leyes del peso? ¿Es el alma que se escapa? ¿Tiene la dicha virtudes físicas? La ingenuidad de una virgen, las gracias de la infancia se echan de ver bajo el dominó. Aunque caminaban separados, aquellos dos seres se parecían a esos grupos de Flora y de Céfiro sabiamente unidos por los más hábiles escultores; pero eran más que esculturas, pues Luciano y su linda pareja recordaban a esos ángeles ocupados de flores o de pájaros que el pincel de Gian-Bellini colocó bajo las imágenes de la Virgen Madre; Luciano y aquella mujer pertenecían al mundo de la fantasía, que está por encima del Arte, cual está la causa sobre el efecto.

Cuando aquella mujer, que lo olvidaba todo, estuvo a un paso del grupo, Bixiou gritó: «¡Ester!». La infortunada se apresuró a volver la cabeza cual

persona que oye que la llaman, reconoció al malicioso Bixiou y bajó la cabeza como una agonizante que exhala el último suspiro. Sonó una risa estridente, y el grupo se dispersó en medio de la multitud. Rastiñac fue el único que no se alejó, para no dar a entender que rehuía las miradas chispeantes de Luciano; así es que pudo ver dos dolores igualmente profundos aunque velados: en primer lugar a la pobre Torpedo, que iba como herida por un rayo, y luego al mascarón incomprensible, al único del grupo que se había quedado. Ester le dijo una palabra al oído a Luciano en el momento en que sus piernas vacilaban, y Luciano desapareció con ella sosteniéndola. Rastiñac siguió con los ojos a aquella linda pareja y se sumió en profundas reflexiones.

—¿De dónde le proviene ese nombre de Torpedo? —le dijo una voz sombría que le llegó al alma.

—¡Otra vez se ha escapado! —se dijo Rastiñac para sus adentros.

—Cállate o te degüello —le dijo la máscara con voz distinta—. Estoy contento de ti, porque has cumplido tu palabra; así es que tendrás más de un brazo a tu servicio. En lo sucesivo sé mudo como una tumba, y antes de enmudecer responde a mi pregunta.

—¡Oh! esa joven es tan atractiva que se habría tragado al emperador Napoleón y se tragaría a alguien que es más difícil de seducir: ¡a ti! —respondió Rastiñac alejándose.

—Un instante —dijo la máscara—. Voy a demostrarte que tú no debes haberme visto nunca en ninguna parte.

El hombre se quitó el antifaz, y Rastiñac vaciló durante un momento al no hallar en él nada del horrible personaje que había conocido antaño en la casa Vauquer.

—El diablo os ha permitido cambiar de todo, menos de ojos, de esos ojos que no es posible olvidar nunca —le dijo Rastiñac.

La mano de hierro le oprimió el brazo para recomendarle un silencio eterno.

A las tres de la mañana, Lupeaulx y Finot hallaron al elegante Rastiñac en el mismo sitio, apoyado en la columna en que lo había dejado la terrible máscara. Rastiñac se había confesado a sí mismo: había sido el sacerdote

y el penitente, el juez y el acusado. Se dejó llevar a cenar y volvió a su casa completamente ebrio, pero taciturno.

La calle de Langlade, al igual que las calles adyacentes, afean el Palais-Royal y la calle de Rivolí. Esta parte de unos de los barrios más hermosos de París conservó durante mucho tiempo la mancha que dejaron en él los montículos producidos por las inmundicias del París viejo, sobre las cuales hubo antaño unos molinos. Esas calles estrechas, sombrías y fangosas, donde se ejercen industrias poco cuidadosas de su parte exterior, adquieren por la noche una fisonomía misteriosa y llena de contrastes. Yendo de los lugares alumbrados de la calle de Saint-Honoré, de la calle Neuve-des-Petits-Champs y de la calle de Richelieu, donde se hacina una multitud inmensa, donde relucen las obras maestras de la industria, de la moda y de las artes, todo hombre que desconozca el París de noche se quedaría embargado por un terror triste al caer en el recinto de callejuelas que rodean a aquel resplandor que se eleva hasta el cielo. Una obscuridad profunda sucede a los torrentes de gas. De trecho en trecho, un pálido mechero despide su luz triste y humeante para alumbrar solamente algunos oscuros callejones. Los transeúntes caminan de prisa y son raros. Las tiendas están cerradas, y las que están abiertas tienen mal aspecto; es una taberna sucia y sin luz o alguna tienda que vende agua de Colonia. Un frío malsano posa sobre vuestros hombros su capa húmeda. Circulan pocos coches, y hay esquinas siniestras, entre las cuales se distingue la calle de Langlade, la desembocadura del pasaje de San Guillermo y algunas otras bocacalles. El ayuntamiento no ha podido hacer nada para lavar esta lepra, donde la prostitución ha sentado sus reales. Tal vez es una suerte para París el que tengan esas calles un aspecto tétrico. Pasando por allí de día, no es posible imaginarse el aspecto que adquieren de noche; son surcadas por seres extraños que no son de ningún mundo, y unas formas medio desnudas y blancas decoran las paredes y dan vida a las sombras. Entre los transeúntes y las paredes se ven rostros llenos de afeites, que caminan y que hablan. Algunas puertas entreabiertas dejan llegar al arroyo los ecos de las carcajadas, y en el oído penetran a veces palabras de esas que Rabelais decía que helaban o que abrasaban. De las aceras salen retornelos. El ruido no es vago; significa algo: cuando es ronco, es una voz; pero si parece un canto, no tiene nada de humano, parece un silbido. A veces se oyen verdaderos silbidos. Finalmente, el taconeo de los pies tiene un no sé qué de provocador y de burlón. Aquel conjunto de cosas produce vértigos. Las condiciones atmosféricas parecen estar allí trocadas: se siente frío en verano y calor en

invierno. Pero sea en la estación que sea, aquella naturaleza extraña ofrece siempre el mismo espectáculo: el mundo fantástico de Hoffmann el berlinés está allí. El cajero más matemático no halla allí nada real después de haber pasado los estrechos que conducen a las calles honradas donde hay transeúntes, tiendas y quinqués. Más desdeñosa o más vergonzosa que las reinas y que los reyes del tiempo pasado, que no temían ocuparse de las cortesanas, la administración o la política moderna no se atreven a mirar de frente esa llaga de las capitales. Cierto que las medidas deben cambiar con los tiempos y que las que afectan a los individuos y a sus libertades son delicadas; pero es indudable que hay que mostrarse espléndido y atrevido acerca de las medidas de carácter material, como aire, luz y locales. El moralista, el artista y el sabio administrador echarán siempre de menos las galerías de madera del Palais-Royal, donde moraban esas ovejas que van siempre adonde van los paseantes; y ¿no es preferible que los paseantes vayan adonde están ellas? ¿Qué ha ocurrido? Hoy las partes más hermosas de los paseos están vedadas de noche a las familias. La policía no ha sabido aprovechar los recursos que ofrecen ciertos pasajes para salvar la vía pública.

La joven que se había desmayado al oír su nombre en el baile de la Ópera, hacía un mes o dos que vivía en la calle de Langlade, en una casa de innoble aspecto. Adosada al muro de una casa inmensa, aquel edificio mal revocado, sin fondo y de una elevación prodigiosa, recibe luces de la calle y parece la jaula de un loro. En cada piso hay una habitación de dos piezas. Aquella casa tiene una escalera estrechita adosada a la pared y alumbrada por ventanas que dibujan exteriormente el pasamano. La tienda y el entresuelo pertenecían entonces a un hojalatero; el propietario vive en el primero, y los otros cuatro pisos estaban ocupados por trabajadoras muy decentes, que gozaban, por parte del portero y del propietario, de una consideración y de complacencias que resultaban necesarias a causa de la dificultad que había en alquilar una casa de construcción y situación tan extrañas. El destino de este barrio se explica por la existencia de una gran cantidad de casas semejantes a ésta, que no sirven para el comercio, y que sólo pueden ser explotadas por industrias condenadas, precarias o indignas.

A las tres de la tarde, la portera, que había visto volver desmayada a la señorita Ester en brazos de un joven, a las dos de la mañana, acababa de celebrar consejo con la inquilina del piso superior, la cual, antes de tomar el coche para acudir a alguna juerga, le había manifestado su inquietud

acerca de Ester, a quien no había oído moverse. Ester dormía aún sin duda, pero su sueño resultaba ya sospechoso. Como estaba sola en la portería, la portera sentía no poder ir a informarse de lo que ocurría en el cuarto piso, donde vivía la señorita Ester. En él momento en que se decidía a confiar al hijo del hojalatero la custodia de la portería, especie de perrera practicada en el muro del entresuelo, se detuvo un coche a la puerta. Un hombre envuelto en una capa, con intención evidente de ocultar su traje y su condición, se apeó del coche y preguntó por la señorita Ester. Entonces la portera se tranquilizó por completo, pues el silencio y la tranquilidad de la reclusa le parecieron estar perfectamente explicados. Cuando el visitante subía los peldaños superiores de la portería, la portera se fijó en las hebillas de plata que adornaban sus zapatos y creyó ver los bajos de una sotana; así es que bajó a interrogar al cochero, el cual se dio a entender sin hablar. El sacerdote llamó, y como no obtuvieron respuesta, forzó la puerta dándole un empujón, con un vigor que procedía, sin duda, de sus sentimientos caritativos, pero que en cualquiera otro habría parecido habitual. El cura entró precipitadamente en la segunda pieza y vio a la pobre Ester arrodillada ante una Virgen de yeso, o mejor dicho, caída y próxima ya a expirar, con las manos cruzadas.

Un brasero de carbón consumido dejaba adivinar la historia de aquella terrible mañana. El dominó de capuchón yacía en tierra; la cama estaba sin deshacer. La pobre criatura, herida de muerte en el corazón, lo había preparado, sin duda, todo para morir al volver de la Ópera. Un cabito de bujía, completamente extinguido, daba a entender cuán absorbida había estado Ester por sus reflexiones. Un pañuelo empapado en lágrimas probaba la sincera desesperación de aquella Magdalena, cuya postura clásica era la de la cortesana irreligiosa. Aquel arrepentimiento absoluto hizo sonreír al sacerdote. Inhábil para morir, Ester había dejado la puerta abierta sin calcular que el aire de las dos piezas exigía mayor cantidad de carbón para ser irrespirable; el vapor no habría hecho más que aturdiría, y el aire fresco que entraba de la escalera la hizo volver poco a poco a la realidad de sus males. El sacerdote permaneció de pie sumido en sombría meditación, sin sentirse conmovido ante la divina belleza de aquella joven, cuyos primeros movimientos examinaba cual si se hubiese tratado de un animal. Sus ojos vagaban de aquel cuerpo inanimado a los objetos que llenaban la estancia, con aparente indiferencia. El sacerdote contempló el mobiliario de aquel cuarto inanimado a los objetos que llenaban la estancia, con aparente indiferencia. El sacerdote contempló el mobiliario de aquel cuarto, cuyo pavimento de ladrillos rojos y húmedos estaba mal

oculto por una alfombra raída. Una camita de madera pintada se veía cubierta con cortinas de percal amarillo con flores encarnadas; un solo sofá y dos sillas de madera pintada también y cubiertas con percal de la misma clase; un papel de fondo gris mosqueado con flores, pero ennegrecido por el tiempo; una mesa de caoba para labores; la chimenea llena de útiles de cocina de la peor clase, de algunos objetos de vidrio mezclados con juguetes, tijeras, una pelota; guantes blancos y perfumados; un sombrero muy lindo; un chal de Ternaux que cubría la ventana; una elegante bata que pendía de un clavo; un canapé sin cojines; innobles zuecos rotos y zapatitos muy lindos; platos de porcelana decantados, donde se veían los restos de la última comida, unidos a unos cubiertos de estaño; un cesto lleno de patatas y de ropa sucia; un mal armario de luna que estaba vacío y que sólo contenía algunos resguardos del Monte de Piedad: tal era el conjunto de cosas alegres y lúgubres, miserables y ricas que impresionaban los ojos. Aquellos restos de lujo en aquel antro, aquel hogar tan apropiado a la vida bohemia de aquella joven desmayada sobre sus ropas como un caballo sobre sus arneses, aquel espectáculo extraño ¿le hacía pensar al sacerdote? ¿Se diría éste al menos que aquella extraña criatura extraviada debía de ser desinteresada para no aparejar su pobreza con el amor de un joven rico? ¿Atribuía el desorden del mobiliario al desorden de la vida? ¿Sentía lástima y espanto? ¿Estaba su caridad excitada? El que lo hubiese visto con los brazos cruzados, la frente ceñuda, los labios contraídos, la mirada severa, le habría creído preocupado por sentimientos sombríos y odiosos, por reflexiones que se contrariaban, por proyectos siniestros. Ciertamente que se mostraba insensible a las lindas redondeces de un seno aplastado casi por el peso de un busto y a las formas delicadas de la Venus encogida que se veía bajo el fondo de la falda; tan apelotonada estaba la pobre moribunda: el abandono de su cabeza, que, vista por detrás, dejaba percibir la nuca blanca y los hermosos hombros de una naturaleza de exuberante desarrollo, no le conmovían. El cura no levantaba a Ester y parecía no oír las desgarradoras aspiraciones con que denotaba su vuelta a la vida: fue preciso un sollozo horrible y la mirada espantosa que le dirigió aquella joven, para que el eclesiástico se dignase levantarla y llevarla a la cama con una facilidad que denotaba una fuerza hercúlea.

—¡Luciano! —murmuró la joven.

—El amor vuelve y la mujer no está lejos —dijo el sacerdote con una especie de amargura.

La víctima de las depravaciones parisienses vio entonces el traje de su libertador, y dijo, con la sonrisa del niño que echa la mano al fin a una cosa deseada.

—¿No moriré, pues, sin haberme reconciliado con el cielo?

—Podría usted expiar sus faltas —dijo el sacerdote mojándole la frente con agua y haciéndole respirar una botella de vinagre que había en un rincón.

—Ahora siento que la vida, en lugar de abandonarme, vuelve a mí —dijo Ester después de haber recibido los cuidados del sacerdote, a quien demostró gratitud mediante gestos llenos de naturalidad.

Esta atractiva escena justificaba perfectamente el apodo de aquella extraña joven.

—¿Se siente usted mejor? —le preguntó el eclesiástico dándole a beber un vaso de agua con azúcar.

Aquel hombre parecía estar al corriente de estas extrañas precauciones; lo conocía todo y parecía estar allí como en su casa. Este privilegio de estar en todas partes como en su casa sólo pertenece a los reyes, a las doncellas y a los ladrones.

—Cuando esté usted completamente bien, ya me dirá las razones que la han movido acometer el último crimen, este suicidio consumado —dijo, después de una pausa, aquel extraño sacerdote.

—Mi historia es muy sencilla —respondió la joven—. Hace tres meses vivía en medio del desorden en el que he nacido. Era la última de las criaturas, la más infame, y ahora soy únicamente la más desgraciada de todas. Permitidme que no os diga nada de mi pobre madre, que murió asesinada.

—Sí, por un capitán, en una casa sospechosa —dijo el sacerdote interrumpiendo a su penitente—. Conozco vuestro origen, y sé que si alguna mujer merece excusa por la vida vergonzosa que hace, es usted, que novio nunca buenos ejemplos.

—¡Ay de mí! no he sido bautizada y no he recibido las enseñanzas de

ninguna religión.

—Todo puede aún repararse con tal que vuestra fe y vuestro arrepentimiento sean sinceros y desinteresados —dijo el sacerdote.

—¡Luciano y Dios llenan mi corazón! —exclamó la joven con conmovedora ingenuidad.

—Bien podía usted decir Dios y Luciano —advirtió el sacerdote sonriendo—. Me recuerda usted el objeto de mi visita. No omita nada de lo que concierne a ese joven.

—¿Viene usted por él? —preguntó Ester con una expresión amorosa que hubiera conmovido a cualquiera otro sacerdote—. ¡Oh, él ha sospechado mi intención!

—No —respondió el eclesiástico—, no es de su muerte, sino de su vida, de lo que se preocupan. Vamos, explíqueme sus relaciones.

—En dos palabras —contestó la joven.

La pobre temblaba al oír el tono severo del sacerdote, aunque lo hacía como mujer a quien no sorprende ya la brutalidad humana.

—Luciano es Luciano, el joven más guapo del mundo y el mejor de los seres vivientes; pero si usted lo conoce, estoy segura que juzgará natural mi amor. Lo encontré por casualidad hace tres meses en la Puerta de San Martín, adonde fui un día de salida, porque nosotros teníamos un día de salida a la semana en casa de madama Meynardie, donde yo estaba entonces. Al día siguiente, ya comprenderéis que yo saliese sin tener permiso. El amor había penetrado en mi corazón y me había cambiado de tal modo, que al volver del teatro ni yo misma me conocía; me causaba horror a mí misma. Luciano no ha podido saber nunca nada. En lugar de decirle dónde estaba, le di las señas de esta casa, donde vivía entonces una amiga mía que tuvo la amabilidad de cedérmela. Le doy a usted mi palabra sagrada…

—Es preciso que no jure usted.

—¿Es jurar el dar palabra sagrada? Bueno, desde aquel día trabajé como una condenada en este cuarto, haciendo camisas, a fin de vivir honradamente. Durante un mes, no comí más que patatas, para ser

juiciosa y digna de Luciano, que me ama y me respeta como a la más virtuosa de las virtuosas. He prestado en forma mi declaración a la policía, para recobrar mis derechos, y estoy sometida a dos años de vigilancia. Ésos, que tan fácilmente la inscriben a una en los registros de la infamia, oponen excesivas dificultades para borrarnos. Lo único que yo pedía al cielo era que protegiese mi resolución. En el mes de abril cumpliré diecinueve, y a esta edad hay siempre esperanza. A mí me parece que he nacido hace tres meses. Yo le rogaba a Dios todas las mañanas y le pedía que hiciese de modo que Luciano no conociese nunca mi vida anterior. He comprado esa Virgen que ve usted ahí, y como no sé rezar le rezaba a mi modo: no sé leer ni escribir, no he entrado nunca en una iglesia y nunca he visto a Dios más que en las procesiones, por curiosidad.

—¿Y qué le dice usted entonces a la Virgen?

—Le hablo como a Luciano, con entusiasmo de alma que le hace llorar.

—¡Ah!, ¿llora él?

—De alegría —se apresuró a decir Ester—. ¡Pobrecillo! nos entendemos tan bien que parece que tenemos una sola alma. ¡Es tan amable, tan cariñoso, tan generoso, tan listo, tan distinguido! El dice que es poeta, y yo le digo que es dios. ¡Dispénseme! pero ustedes los sacerdotes no saben lo que es el amor. Por lo demás, nosotras somos las únicas que conocemos bastante a fondo a los hombres para apreciar a un Luciano. Mire usted, un Luciano es tan raro como una mujer sin pecado, y cuando le halla una ya no puede amar a nadie más que a él. Pero para un ser semejante es preciso buscar pareja. Yo deseaba ser digna del amor de Luciano, y de aquí provino mi desgracia. Ayer, en la Ópera fui reconocida por unos jóvenes que no tienen corazón. El velo de la inocencia que me cubría cayó y las risas de aquellos malvados hirieron mi corazón y mi cabeza. No crea usted que me ha salvado, porque yo me moriré de pena.

—¿El velo de la inocencia? —dijo el sacerdote— ¿es que ha tratado usted a Luciano con el mayor rigor?

—¡Oh!, ¡padre mío!, ¿cómo me hace usted esa pregunta conociéndole a él? —respondió Ester sonriendo con soberbia—. A un dios no es posible resistirse.

—No blasfeme usted —le dijo el eclesiástico con dulce tono—. Nadie

puede semejarse a Dios. La exageración no sienta bien al amor verdadero; usted no sentía por su ídolo un amor puro y verdadero. Si hubiese sentido el cambio que dice haber sufrido, hubiese adquirido las virtudes que pertenecen a la adolescencia, habría conocido las delicias de la castidad y las delicadezas del pudor, estas glorias de la doncella pura. Usted no ama.

Ester hizo un gesto de espanto que no bastó a destruir la impasibilidad de aquel confesor.

—Sí, usted le ama por usted y no por él, por los placeres temporales que la encantan y no por el amor en sí mismo; si se ha apoderado usted de él de ese modo, es que no tenía ese temblor sagrado que inspira el ser a quien Dios ha dotado con las más adorables perfecciones. ¿Pensó usted en que le degradaba con su impureza pasada y en que iba a corromper a un niño con esas espantables delicias a que debe usted su glorioso apodo de infamia? ¡Usted ha sido inconsecuente consigo misma y con su pasión de un día!

—¡De un día! —repitió la joven levantando la vista.

—¿Qué nombre darle a un amor que no es eterno y que no nos une con aquel a quien amamos?

—¡Ah!, ¡yo quiero ser católica! —exclamó Ester con voz sorda y con tanto entusiasmo que nuestro Salvador la habría perdonado.

—¿Podría ser mujer de Luciano de Rubempré una joven que no ha recibido el bautismo de la Iglesia ni de la ciencia, que no sabe leer, ni escribir, ni rezar, que no puede dar un paso sin que las piedras se levanten a acusarla, que es notable únicamente por el fugitivo privilegio de una belleza que desaparecerá mañana con una enfermedad, la joven envilecida y degradada, presa futura del suicidio y del infierno?

Cada frase era una puñalada que penetraba en su corazón. A cada frase, los sollozos y las lágrimas de la joven desesperada demostraban la fuerza con que entraba la luz en su inteligencia pura como la de un salvaje, en una alma que despertaba al fin, en una naturaleza que había sido cubierta por una capa de hielo fangoso, que acababa por fundirse al calor de la fe.

—¡Por qué no habré muerto!

Ésta era la única idea que expresaba en medio de los torrentes de ideas que acudían a su cerebro y la estragaban.

—Hija mía —dijo el juez terrible—, existe un amor que no se declara ante los hombres y cuya declaración es escuchada por los ángeles con sonrisas de felicidad.

—¿Cuál?

—El amor sin esperanza cuando inspira la vida, cuando es el principio de los sacrificios, cuando ennoblece todos los actos con la idea de llegar a una perfección ideal. Sí, los ángeles aprueban ese amor, que conduce al conocimiento de Dios. Perfeccionarse sin cesar para hacerse digno de aquel a quien se ama, hacer por él mil sacrificios secretos, adorarlo de lejos, dar por él la sangre gota a gota, inmolarle el amor propio, no tener orgullo ni ira con él, ocultarle hasta el conocimiento de los celos atroces que hace nacer en el corazón, darle todo lo que desea, amar lo que él ama, tener siempre el rostro vuelto hacia él para seguirlo sin que lo sepa; este amor se lo hubiese perdonado a usted la religión, porque no quebrantaba las leyes humanas, ni las divinas, y conduce a otra senda muy distinta de la de sus asquerosas voluptuosidades.

Al oír esta horrible sentencia expresada con una palabra (¡y qué palabra y qué acento!), Ester empezó a sentir una desconfianza natural. Aquella palabra fue como el trueno que anuncia la tormenta próxima a estallar. La joven miró al sacerdote y sintió el estremecimiento que sienten los más valerosos en presencia de un peligro inminente y repentino. Ninguna vista habría podido leer lo que ocurría entonces en aquel hombre; pero, para los más atrevidos, habría habido más de temer que de esperar al ver sus ojos, claros y amarillos como los de un tigre, sobre los cuales la austeridad y las privaciones habían echado un velo semejante al que cubre el horizonte durante la canícula: la tierra está caldeada y llena de luz, pero la bruma la pone vaporosa, casi invisible. Una gravedad española y unas arrugas profundas, unidas a las marcas horribles de la viruela, se dibujaban en su cara aceitunada y de tostado color. La dureza de aquella fisonomía resaltaba tanto más cuanto que contribuía a aumentarla la peluca del sacerdote que no se preocupa de su persona, una peluca palada y de color rojizo. Su busto de atleta, sus manos de soldado viejo, su corpulencia, sus anchas espaldas parecían las de esas cariátides que empleaban los arquitectos de la edad media en algunos palacios italianos. Las personas menos observadoras habrían creído que las pasiones más

ardientes o los accidentes menos comunes habían lanzado a aquel hombre al seno de la Iglesia. Las mujeres que han hecho la vida que Ester odiaba tanto entonces, llegan a sentir una indiferencia absoluta respecto a las formas exteriores del hombre. Se parecen al crítico literario del día, el cual puede serles comparado en cierto modo, porque llega a sentir una indiferencia absoluta respecto a las fórmulas del arte: ha leído tantas obras, ha visto pasar tantas, está tan acostumbrado a las páginas escritas, ha sufrido tantos desenlaces, ha visto tantos dramas y ha hecho tantos artículos sin decir lo que pensaba y torciendo a veces las leyes del arte en favor de sus amigos o de sus enemigos, que llega a no tener ya gusto, y, sin embargo, continúa juzgando. Es preciso que se opere un milagro para que el crítico produzca una obra, del mismo modo que el amor puro y noble exige también otro milagro para brotar en el corazón de una cortesana El tono y las maneras de aquel sacerdote, que parecía salido de una tela de Zurbarán le parecieron tan hostiles a la pobre Ester, que llegó a creer que era objeto de algún plan de venganza, más bien que de un acto de solicitud. Sin poder distinguir entre el lenguaje del interés personal y la unción de la caridad, pues es preciso estar sobre aviso para conocer la moneda falsa que nos da un amigo, se sintió como entre las garras de algún pájaro monstruoso y feroz que caía sobre ella después de haberse cernido largo rato sobre su cabeza.

—Yo creía que los sacerdotes tenían la misión de consolarnos… y usted me está asesinando —dijo Ester con voz alarmada.

Al oír este grito de la inocencia, el eclesiástico hizo un gesto y una pausa y reflexionó antes de responder. Durante aquel instante, aquellas dos personas se miraron a hurtadillas. El sacerdote comprendió a la joven sin que la joven pudiese comprender al sacerdote. Éste renunció sin duda a algún designio que amenazaba a la pobre Ester, y volviendo a sus primeras ideas, le dijo con dulce voz:

—Nosotros somos médicos de almas y sabemos las medicinas que hay que emplear.

—Yo creo que es preciso perdonar muchas cosas de la miseria —dijo Ester.

La pobre creyó haberse engañado; se bajó de la cama, se posternó a los pies de aquel hombre, besóle la sotana con gran humildad y fijó en él los ojos bañados en lágrimas, diciéndole:

—¡Yo creía haber hecho mucho!

—Escuche, hija mía, su fatal reputación ha sumido en honda pena a la familia de Luciano, la cual teme que usted lo lleve a una vida de disipación y de locuras.

—Es cierto… yo fui la que le llevé al baile para interesarle.

—Usted es bastante hermosa para que él quiera triunfar a los ojos del mundo, mostrándola con orgullo cual si fuese usted un caballo de lujo. ¡Si no gastase en esto más que el dinero!… Pero gastará el tiempo y las fuerzas y perderá la afición a labrar el porvenir que se le prepara. En lugar de ser algún día embajador, rico, admirado, glorioso, será, como tantos otros jóvenes que han sepultado su talento en el fango de París, el amante de una mujer impura. En cuanto a usted, acabaría por volver a su antigua vida, después de haber vivido algún tiempo en una esfera elegante; porque usted no lleva en sí esa fuerza que da la buena educación para resistir al vicio y pensar en el porvenir. Usted no rompería con sus compañeras, como no ha roto con la gente que la avergonzó en la Ópera esta madrugada. Los verdaderos amigos de Luciano, alarmados al ver el amor que usted le inspira, han seguido sus pasos y lo han sabido todo, y llenos de espanto, me han enviado para que sondee sus disposiciones y decida su suerte; pero si son bastante poderosos para desembarazar su camino de tropiezos, son misericordiosos. Sépalo usted, hija mía: una persona amada de Luciano tiene derechos a su respeto, como el verdadero cristiano adora el fango en que, por casualidad, irradia la luz divina. He venido para ser el brazo del pensamiento bienhechor; pero si yo la hubiese hallado a usted sumida por completo en la perversidad, en la desvergüenza, en el vicio, corrompida hasta la médula, sorda a la voz del arrepentimiento, la hubiese abandonado a usted a su cólera. Esa liberación civil y política, tan difícil de obtener, que la policía retrasa tanto en interés de la sociedad, y que tan ardientemente desea usted en medio de su arrepentimiento, aquí está —dijo el sacerdote sacándose del bolsillo un papel—. La vieron a usted ayer y esta orden tiene fecha de hoy: ya ve cuán poderosos son los que se interesan por Luciano.

Al ver aquel papel, los temblores convulsos que causa una dicha inesperada agitaron tan ingenuamente a Ester, que tuvo en los labios una sonrisa fija parecida a la de los idiotas. El sacerdote se detuvo y miró a aquella joven para ver si, privada de la horrible fuerza que sacan de su

propia corrupción las gentes corrompidas y vuelta a su frágil y delicada naturaleza primitiva, resistiría tantas impresiones. Cortesana engañadora, Ester hubiese representado una comedia; pero inocente y sincera, podía morir, como el ciego operado puede perder de nuevo la vista al verse impresionado por una luz demasiado viva. Aquel hombre vio en aquel momento la naturaleza humana al descubierto, pero guardó una calma horrible por su fijeza misma: era un monte frío, blanco y próximo al cielo, inalterable y peligroso, con flancos de granito, y, sin embargo, bienhechor. Las muchachas son seres esencialmente volubles que pasan sin razón ninguna de la desconfianza más grande a la confianza más absoluta. Desde este punto de vista, son inferiores al animal. Extremadas en todo, en sus goces, en sus desesperaciones, en su religión, en su irreligión, se volverían locas casi todas si la mortalidad no las diezmase y si la casualidad no sacase del fango a muchas de las que viven en él. Para conocer a fondo las miserias de esta horrible vida, sería preciso haber visto hasta dónde puede llegar la criatura en la locura sin permanecer en ella, admirando el violento éxtasis de la Torpedo a los pies de aquel sacerdote. La pobre joven contemplaba aquel papel libertador con una expresión que fue olvidada por Dante y que excedía a todas las invenciones de su Infierno. Mas con las lágrimas vino la reacción, Ester se levantó, echó los brazos en torno del cuello de aquel hombre, inclinó la cabeza sobre su seno, lloró, besó el basto paño que cubría aquel corazón de acero, y pareció penetrar en él. Se abrazó a aquel hombre, le cubrió las manos de besos, le prodigó las caricias, los nombres más dulces, y le dijo una y mil veces *¡Démelo!* con entonaciones tan diferentes que acabó por amortiguar sus iras. El sacerdote conoció entonces la causa de que aquella joven mereciese el apodo que tenía; comprendió cuán difícil era resistir a aquella criatura encantadora, y adivinó de pronto el amor de Luciano y la causa de la seducción del poeta. Una pasión semejante oculta, entre mil atractivos, un cebo con anzuelo que se engancha, sobre todo, en el alma elevada de los artistas. Esas pasiones, inexplicables para la multitud, están perfectamente explicadas por esa sed del ideal hermoso que distingue a los seres creadores. ¿No es esto semejarse un poco a los ángeles encargados de mejorar los sentimientos de los culpables?, ¿no es crear el purificar a un ser semejante? ¡Qué cebo el poner de acuerdo la belleza moral con la belleza física! ¡Qué goce para el orgullo si se logra! ¡Qué hermosa labor la que no tiene más instrumento que el amor! Esas alianzas, ilustradas con el ejemplo de Aristóteles, de Sócrates, de Platón, de Alcibiades, de Cétego, de Popea, y que son tan monstruosas a los ojos del vulgo, están fundadas en el sentimiento que llevó a Luis XIV a construir

Versalles, y que empuja a los hombres a todas las empresas ruinosas: convertir los miasmas de un pantano en un montón de perfumes rodeado de agua viva, poner un lago en una colina, como hizo el príncipe de Conti en Nointel, o las vistas de Suiza en Cassán, como el cortijero general Bergeret. En fin, es el Arte que invade la Moral.

El sacerdote, avergonzado de haber cedido a aquellos halagos, rechazó a Ester, la cual se sentó avergonzada al oír que le decía:

—Sigue usted siendo una cortesana.

Y se puso fríamente la carta en la cintura.

Como el niño que sólo tiene un deseo fijo, Ester no cesó de mirar al lugar de la cintura en que el sacerdote había puesto el papel.

—Hija mía —dijo el sacerdote después de un momento—, su madre era judía, y usted no fue bautizada, pero tampoco fue llevada a la sinagoga: está usted, pues, en el limbo religioso en que se hallan los niños.

—¡Los niños! —repitió la joven con ternura.

—… Como está también en el registro de la policía, donde es una cifra separada de los demás seres sociales —siguió diciendo el sacerdote impasible—. Si el amor, visto por un agujero, le ha hecho creer que había nacido hace tres meses, debe usted comprender que desde ese día se halla usted en una verdadera infancia. Es preciso, pues, guiarla como si fuese una niña; debe usted cambiar por completo, y yo me encargo de ponerla desconocida. En primer lugar olvidará usted a Luciano.

La pobre joven sintió que se le partía el corazón al oír estas palabras; fijó los ojos en el sacerdote e hizo un signo negativo. Al ver de nuevo al verdugo en el salvador no se atrevió a hablar.

—Pero al menos renunciará usted a verle. Yo la llevaré a una casa religiosa donde reciben educación las jóvenes de las mejores familias. Allí se hará usted católica, allí se instruirá en la práctica del culto católico y aprenderá la religión. Podrá usted salir de allí siendo una joven casta, pura, bien educada, si…

Aquel hombre levantó un dedo e hizo una pausa.

—Si se siente con fuerzas para dejar aquí a la Torpedo.

—¡Ah! —exclamó la pobre niña para quien estas palabras habían sido la música a cuyo sonido se habían abierto lentamente las puertas del cielo—. ¡Ah! si fuese posible derramar aquí toda la sangre y tomar otra nueva…

—Escúcheme.

La joven guardó silencio.

—Su porvenir depende del poder de su olvido. Piense usted en la extensión de sus obligaciones: una palabra, un gesto que descubriese a la Torpedo mata a la mujer de Luciano; una palabra dicha en sueños, un pensamiento involuntario, una mirada inmodesta, un movimiento de impaciencia, un recuerdo, una omisión, un signo que revelasen lo que usted sabe o lo que ha sabido por desgracia suya.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡padre mío! —dijo la joven con una exaltación de santa— caminar con botas de fuego y sonreír, llevar un corsé de alfileres y conservar la gracia y buen humor de una bailarina, comer pan salpicado con ceniza, beber ajenjo, todo me será grato y fácil.

Ester volvió a caer de rodillas para besar los zapatos del sacerdote, se deshizo en llanto, le abrazó las piernas y se mantuvo abrazada mientras pronunciaba palabras incoherentes en medio del llanto que le hacía derramar la alegría. Sus hermosos cabellos rubios cayeron sobre los hombros y formaron una especie de alfombra a los pies de aquel mensajero celeste, el cual se mantenía sereno y duro cuando ella lo miró y se puso en pie.

—¿En qué le he ofendido? —dijo la joven asustada—. Yo he oído hablar de una mujer como yo que lavó con perfumes los pies de Jesucristo. ¡Ay de mí! la virtud me ha hecho tan pobre que sólo puedo ofrecerle lágrimas.

—¿No me ha oído usted? —le respondió el sacerdote con voz cruel—. Le digo que es preciso que pueda salir de la casa a que voy a llevarla tan cambiada en lo físico y en lo moral que nadie de los que la han conocido pueda llegar a decir: «¡Ester!» y la obligue a usted a volver la cabeza. Ayer, el amor no le dio a usted fuerza para enterrar a la hija del placer de modo que reapareciese nunca.

—¿No fue él el que lo envió a usted aquí?

—No olvide usted que todo se habría perdido si llegase a ver a Luciano mientras dura su educación.

—¿Y quién lo consolará?

—¿Y de qué se le ha de consolar? —preguntó el sacerdote con voz serena, desprovisto ya del temblor nervioso que le había agitado hasta entonces.

—No lo sé; lo digo porque suele estar triste.

—¡Triste! —repitió el sacerdote—. ¿Y le ha dicho por qué?

—¡Nunca! —respondió la joven.

—¡Estaba triste porque amaba a una joven como usted!

—¡Ay de mí!, ¡debía estarlo! —respondió con profunda humildad—. Yo soy la criatura más despreciable de mi sexo, y sólo podía hallar gracia a sus ojos mediante la fuerza de mi amor.

—Ese amor debe darle valor para obedecerme ciegamente. Si yo la llevase a usted inmediatamente a la casa en que ha de ser educada, todo el mundo le diría a Luciano que se ha ido usted, hoy domingo, con un sacerdote, y podría seguirle los pasos. Dentro de ocho días, la portera al ver que no vuelvo, me habrá tomado por lo que no soy. Dentro de ocho días, pues, a las siete de la noche, saldrá usted furtivamente y tomará el coche que la esperará en la calle de Frondeurs. Durante estos ocho días evite la presencia de Luciano; busque pretextos, prohíbale la entrada y, cuando venga, váyase usted al cuarto de alguna amiga. Yo sabré si ha vuelto usted a verle, y, en este caso, todo habrá acabado y yo no volveré más. Estos ocho días son además necesarios para que prepare usted un ajuar decente y para que vaya dejando su aspecto de prostituida —dijo el sacerdote al mismo tiempo que dejaba una bolsa sobre la chimenea—. Hay en sus ademanes y en sus ropas un no sé qué, tan conocido de los parisienses, que les dice lo que usted es. ¿No ha encontrado usted nunca por las calles, por los paseos, a alguna de esas virtuosas y modestas jóvenes que van en compañía de su madre?

—¡Oh! sí, por mi desgracia. La vista de una madre con su hija es uno de

nuestros mayores suplicios y despierta siempre remordimientos ocultos en los pliegues de nuestros corazones… Demasiado sé lo que me falta.

—Bueno, pues ya sabe cómo tiene que venir el domingo inmediato —dijo el sacerdote levantándose.

—¡Oh! antes de marchar enséñeme una oración verdadera, para que pueda rogar a Dios.

Era cosa verdaderamente conmovedora ver a aquel sacerdote haciéndole repetir a aquella joven el *Ave María* y el *Pater noster en* francés.

—¡Qué hermoso es! —dijo Ester cuando repitió una vez sin equivocarse estas dos magníficas y populares expresiones de la fe católica—. ¿Cómo se llama usted? —le preguntó al sacerdote antes de decirle adiós.

—Carlos Herrera; soy español y estoy desterrado de mi patria.

Ester le tomó la mano y se la besó. No era ya una cortesana, sino un ángel que se levantaba después de caído.

En una casa célebre por la educación aristocrática que en ella se da, a principios del mes de marzo de aquel año, un lunes por la mañana, las internas vieron su linda tropa aumentada con una recién llegada cuya belleza superaba, no sólo a la de sus compañeras, sino también a las bellezas particulares de cada una. En Francia, es sumamente raro, por no decir imposible, hallar las treinta perfecciones descritas en versos persas grabados, según se dice, en el serrallo, y que son necesarias para que una mujer sea completamente hermosa. En Francia, si hay pocos conjuntos, hay en cambio encantadores detalles. En cuanto al conjunto imponente que buscan los escultores, y que han hecho célebres algunas obras, como la Diana y la Calliope, es privilegio de Grecia y del Asia Menor. Ester procedía de esta cuna del género humano, patria de la belleza: su madre era judía. Los judíos, aunque se han degradado con el contacto de otros pueblos, ofrecen entre sus numerosas tribus filones que conservan el tipo sublime de las bellezas asiáticas. Cuando no son de una fealdad repulsiva, ofrecen el magnífico carácter de las figuras armenias. Ester se hubiese llevado el premio en el serrallo, porque poseía las treinta bellezas armoniosamente fundidas. Lejos de perjudicar el acabado de sus formas, la frescura del desarrollo, su extraña vida le había comunicado el no sé qué de la mujer: no era el tejido liso y compacto de los frutos verdes, ni el

tono de la madurez, sino un algo que florecía aún. Algunos días más pasados en la disolución y habría alcanzado gordura. Aquella riqueza de salud, aquella perfección del ser animal en una criatura cuya voluptuosidad sustituía al pensamiento debe ser un hecho eminente a los ojos de los fisiólogos. Por una circunstancia rara, por no decir imposible, en las muchachas muy jóvenes, sus manos de incomparable nobleza eran blandas, transparentes y blancas como las de una mujer embarazada de su segundo hijo. Tenía Ester el pie y los cabellos que hicieron célebre a la duquesa de Berry, cabellos tan abundantes y tan largos que el caer a tierra se formaban anillos, pues la judía tenía esa estatura media que permite hacer de la mujer una especie de juguete, que se toma, se deja, se lleva y se trae sin trabajo. La tez fina como papel de China y de un color de ámbar matizado por venas rojas, era reluciente sin ser seca y suave sin parecer húmeda. Nerviosa hasta el exceso, pero delicada en apariencia, Ester llamaba con frecuencia la atención por un rasgo notable en las caras que pintó Rafael, pues Rafael es el pintor que estudió más y mejor la belleza judía. Aquel rasgo era producido por la profundidad del arco bajo el cual giraba el ojo como fuera de su marco y cuya curva parecía por su limpieza a la arista de una bóveda. Cuando la juventud viste con sus tintes puros y diáfanos ese hermoso arco provisto de pobladas cejas; cuando la luz, al deslizarse por el surco circular de debajo, adquiere un color de rosa claro, encierra tesoros de ternura capaces de contentar a un amante y bellezas capaces de desesperar a un artista. Esos pliegues luminosos en donde la sombra adquiere tintes dorados, ese tejido que tiene la consistencia de un nervio y la flexibilidad de la membrana más delicada, es el último esfuerzo de la naturaleza. El ojo en reposo está allí dentro como un huevo milagroso en un nido de hilos de seda. Pero luego, esa maravilla se torna en horrible melancolía cuando las pasiones han carbonizado esos contornos tan delicados y cuando los dolores han arrugado esa redecilla de fibrillas. El origen de Ester se veía en aquel corte oriental de sus ojos de párpados turcos cuyo color era de un gris de pizarra, que adquiría con las luces el tinte azulado de las alas negras del cuervo. La excesiva dulzura de su mirada era lo único que podía menguar su brillo. Las razas venidas de los desiertos son las únicas que poseen en la mirada el poder de la fascinación sobre todos, pues una mujer fascina siempre a alguien. Sus ojos poseen, sin duda, algo del infinito que han contemplado. La naturaleza, previsora, ¿había armado sus retinas de algún reflector para permitirles sostener el espejo de las arenas, los torrentes del sol y el ardiente cobalto del éter?, ¿o es que los seres humanos toman, como los demás, algo en el medio en que se desarrollan y conservan durante siglos

las cualidades adquiridas? Esta gran solución del problema de las razas está tal vez en la cuestión misma. Los instintos son hechos vivos cuya causa está en una necesidad sufrida. Las variedades animales son el resultado del ejercicio de estos instintos. Para convencerse de esta verdad tan buscada, basta aplicar a los rebaños de hombres la observación hecha recientemente acerca de los rebaños de carneros españoles e ingleses que, en las praderas en que la hierba abunda, pastan unidos unos a otros, y se dispersan en las montañas en que la hierba escasea. Sacad de su país esas dos especies de carneros, transportadlos a Suiza o a Francia: el carnero de montaña pastará separado, aunque la pradera sea llena y espesa; los carneros de la llanura pastarán juntos, aunque sea en un paso de los Alpes. Varias generaciones no bastan apenas para reformar los instintos adquiridos y trasmitidos. A los cien años, el espíritu de la montaña reaparece en un carnero refractario, del mismo modo que el Oriente brillaba en los ojos y en la cara de Ester al cabo de mil ochocientos años transcurridos. Aquella mirada no ejercía fascinación terrible; despedía un calor suave, enternecía sin causar asombro, y las voluntades más firmes se fundían en su llama. Ester había vencido al odio y había asombrado a los depravados parisienses; en fin, aquella mirada y la finura de su piel suave le habían valido el apodo terrible que acababa de hacer que hubiese sido recluida. Todo en ella estaba en armonía con esos caracteres de los desiertos ardientes. Su nariz, como la de los árabes, era delgada y de fosas ovales levantadas por los bordes. Su boca rosada y fresca era una rosa en la que las orgías no habían impreso huellas. La barba, modelada cual si un escultor enamorado la hubiese contorneado, tenía la blancura de la leche. Una sola cosa, que no había podido ocultar, revelaba en ella a la cortesana caída en las últimas capas del vicio: las uñas estropeadas, que exigían tiempo para tomar una forma elegante; tan deformadas estaban por los cuidados más vulgares del aseo.

Las jóvenes internas empezaron por envidiar aquellos milagros de belleza y acabaron por admirarlos. No transcurrió la primera semana sin que se hubiesen hecho amigas de la sencilla Ester, pues se interesaban por las secretas desgracias de una joven de dieciocho años que no sabía leer ni escribir, que lo hallaba todo nuevo en ciencia y en instrucción, y que iba a procurar al arzobispo la gloria de la conversión de una judía al catolicismo, y al convento la fiesta de su bautizo. Al verse superiores a ella en educación, le perdonaron su belleza. Ester adquirió muy pronto las maneras, el porte, la voz dulce y las actitudes de aquellas jóvenes tan distinguidas. El cambio fue tan completo que, a la primera visita, Herrera

quedó sorprendido, a pesar de que no se sorprendía por nada, y las superioras le felicitaron por su pupila. En sus largos años de práctica, aquellas mujeres no habían visto nunca naturaleza más cariñosa, mansedumbre más cristiana, modestia más verdadera y un deseo tan grande de aprender. Cuando una joven ha sufrido los males que habían agobiado a la pobre interna, y cuando espera una recompensa como la que el español ofrecía a Ester, es difícil que no realice aquellos milagros de los primeros días de la Iglesia que los jesuitas renovaron en el Paraguay.

—¡Es una joven edificante! —dijo la superiora besándola en la frente.

Esta palabra, esencialmente católica, lo dice todo.

Durante el recreo, Ester interrogaba con mesura a sus compañeras acerca de las cosas más sencillas del mundo, que eran para ella como los primeros asombros de la vida para un niño. Cuando supo que la vestirían de blanco el día de su bautizo y de su primera comunión, que llevaría una banda de seda, cintas blancas, zapatos blancos y guantes blancos, y que iría peinada con nudos blancos, rompió en amargo llanto en medio de sus compañeras. Aquello era lo contrario de la escena de Jefté en la montaña. La cortesana temió ser comprendida, y achacó su terrible melancolía a la alegría que le producía la fiesta de antemano. Como había, a decir verdad, tan gran distancia de las costumbres que acababa de dejar a las que iba adquiriendo, entre el estado salvaje y la civilización, Ester tenía la gracia, la sencillez y la profundidad que distingue a la maravillosa heroína de los *Puritanos de América*. Sin saberlo ella misma, tenía también en el corazón un amor que la consumía, un amor extraño, un deseo, más violento en ella, que lo sabía todo, que suele serlo en la virgen que no sabe nada, aunque los dos deseos obedezcan a la misma causa y al mismo fin. Durante los primeros meses, la novedad de una vida reclusa, la sorpresa de la enseñanza, los trabajos que le enseñaban, las prácticas de la religión, el fervor de una resolución santa, la dulzura del afecto que inspiraba, el ejercicio de las facultades de la inteligencia despertada, todo le servía para comprimir sus recuerdos, hasta los esfuerzos de la nueva memoria que formaba, pues tenía tanto que olvidar como que aprender. Existen en nosotros varias memorias: el cuerpo y el alma tienen cada cual la suya; y la nostalgia, por ejemplo, es una enfermedad de la memoria física. Durante el tercer mes, la violencia de aquella alma virgen, que se encaminaba a todo vuelo hacia el paraíso, fue, si no domada, por lo menos

comprimida mediante una resistencia sorda cuya causa era ignorada por la misma Ester. Como los carneros de Escocia, quería pacer separada; no podía vencer los instrumentos desarrollados en la crápula. ¿La recordarían las calles fangosas de París de las cuales había abjurado ella? Las cadenas de sus horribles costumbres ¿seguían unidas a ella y sentía aún el dolor de los miembros amputados, como lo sienten los que han sufrido una operación? Los vicios y los excesos ¿habían penetrado de tal modo en su médula, que ni las aguas santas podían librarla del demonio que se escondía en su interior? La vista de aquel por quien hacía tantos y tan angelicales esfuerzos ¿era necesaria a aquella a quien Dios tenía que perdonar que mezclase el amor divino y el amor humano? El uno la había llevado al otro. ¿Se operaba en ella un extravío de la fuerza vital, que le acarreaba sufrimientos necesarios? Todo es duda y tinieblas en una situación que la ciencia no se ha dignado examinar porque ha hallado el asunto inmoral y demasiado comprometedor como si el médico y el escritor, el sacerdote y el político no estuviesen por encima de toda sospecha. Sin embargo, un médico, que fue detenido en su marcha por la muerte, ha tenido el valor de comenzar unos estudios que dejó incompletos. Tal vez la negra melancolía que padecía Ester y que oscurecía su vida feliz, participaba de todas estas causas, y, como ella era incapaz de adivinarlo, tal vez sufrió como sufren los enfermos que no conocen la medicina ni la cirugía. El hecho es extraño. Un alimento nutritivo, sano y abundante, sustituido por detestable alimento inflamatorio, no sustenta a Ester. Una vida pura y regular, compartida en trabajos moderados y en recreos, en lugar de una vida desordenada en que los placeres eran tan horribles como las penas; y, sin embargo, la joven interna enfermaba. El reposo más sereno y las noches tranquilas que reemplazaban a las fatigas más aplastantes y a las agitaciones más crueles, le producían una fiebre cuyos síntomas no podían ser adivinados por la mirada experta de la enfermera. En fin, el bien y la dicha sucediendo al mal y al infortunio, la seguridad a la inquietud, eran tan funestas para Ester cual hubiesen sido sus miserias pasadas para sus compañeras de internado. Nacida en medio de la corrupción, se había desarrollado en su ambiente y su patria infernal ejercía aún su imperio, a pesar de las órdenes soberanas de una voluntad absoluta. Lo que ella odiaba era para ella la vida, y lo que ella amaba la mataba. La joven tenía una fe tan ardiente que su piedad regocijaba el alma. Era aficionada a rezar, había abierto su alma a las luces de la religión y las recibía sin esfuerzo y sin dudas. El sacerdote que la dirigía estaba maravillado, pero en aquella joven el cuerpo contrariaba al alma a cada paso.

Unas carpas fueron sacadas de un pantano fangoso para ser colocadas en un estanque de mármol dotado de cristalina agua, a fin de satisfacer un deseo de la señora de Maintenón, que las mantenía con los despojos de la mesa real; pero las carpas se morían. Los animales podrán ser sumisos, pero el hombre no les comunicará nunca la lepra de la adulación. Un cortesano notó esta muda oposición en Versalles. «Son como yo, contestó aquella reina inédita; echan de menos su mansión oscura.» Esta frase resume toda la historia de Ester.

Había momentos en que la pobre joven se sentía inclinada a correr por los magníficos jardines del convento, yendo de un árbol a otro y buscando por los rincones oscuros ¿el qué? no lo sabía; pero la joven sucumbía a las tentaciones del demonio, coqueteaba con los árboles y les decía cosas que no se atrevía a pronunciar. A veces, por la noche, se deslizaba a lo largo de los muros, como una culebra, sin chal y con los hombros desnudos. Otras, en la capilla, durante los oficios, permanecía con los ojos fijos en el crucifijo, siendo la admiración de todo el mundo. Las lágrimas acudían a sus ojos, pero eran lágrimas de rabia; en lugar de las imágenes sagradas que ella deseaba ver, las noches de orgía y de lascivia, acompañadas de risas inextinguibles y de movimientos nerviosos, se erguían desmelenadas, furiosas, brutales. Ester era por fuera suave como una virgen que sólo tiene de la tierra la forma de mujer, pero por dentro era una imperial Mesalina. Ella sola estaba en el secreto de aquel combate del demonio contra el ángel. Cuando la superiora la reñía porque se había peinado más artísticamente de lo que permitía la regla, la joven se cambiaba de peinado con adorable y pronta obediencia, y estaba dispuesta a cortarse los cabellos si la madre se lo hubiese ordenado. Aquella nostalgia tenía una gracia conmovedora en una joven que prefería morir a volver a los países impuros. Ester palideció, cambió, se puso delgada. La superiora moderó la enseñanza, y llamó a aquella adorable criatura para interrogarla. Ester era feliz; vivía contenta con sus compañeras; no se sentía herida en ningún órgano vital, pero su vitalidad desaparecía. Asombrada de las respuestas de su discípula, la superiora no sabía qué pensar al verla tan desmejorada. Cuando el estado de la joven se agravó, se llamó al médico; pero como ignoraba la vida anterior de Ester y no podía sospecharla, aquel médico halló vida en todas partes y el sufrimiento en ninguna. La enferma respondió de un modo que destruía todas las hipótesis. Quedaba una manera de esclarecer las dudas del sabio que se aferraba obstinadamente a una idea; pero Ester se negó

terminantemente a sufrir el examen que se le indicó. En tan gran peligro, la superiora llamó al abate Herrera. El español acudió, vio el estado desesperado de Ester y habló un momento en secreto con el doctor. Después de aquella entrevista, el hombre de ciencia le manifestó al hombre de fe que el único remedio era un viaje a Italia. El abate no quiso que el viaje se hiciese hasta que Ester hubiese recibido el bautismo y la comunión.

—¿Cuánto tiempo se necesita aún? —preguntó el médico.

—Un mes —respondió la superiora.

—Ya estará muerta —contestó el doctor.

—Sí, pero en estado de gracia y salvada —dijo el abate.

La cuestión religiosa domina en España todas las demás cuestiones: políticas, civiles y vitales; así es que el médico no le contestó al español y se volvió hacia la superiora; pero entonces el terrible abate lo cogió por el brazo y le dijo:

—Caballero, ni una palabra.

Aunque era religioso y monárquico, el médico le dirigió a Ester una mirada compasiva. Aquella joven era hermosa como un lirio tronchado.

—¡A la gracia de Dios, pues! —exclamó el galeno marchándose.

El día mismo de aquella consulta, Ester fue llevada por su protector al Rocher de Cancale, pues el deseo de salvarla le había sugerido a aquel cura las cosas más extravagantes. El eclesiástico probó dos excesos: una excelente comida, que podía recordarle a la pobre niña sus orgías, y la Ópera, que le ofrecería alguna imágenes mundanas. Le era preciso emplear su aplastante autoridad para decidir a la joven santa a semejantes profanaciones. Herrera se disfrazó de tal modo de militar que a Ester le costó trabajo conocerlo, y haciéndole ponerse un velo a su compañera, la acomodó en un palco que la ponía a cubierto de todas las miradas. Este paliativo, que no ofrecía peligros para una inocencia tan seriamente reconocida, pronto quedó agotado. La interna no tomó afición a las comidas de su protector, sintió una repugnancia religiosa por el teatro y volvió a sumirse en negra melancolía.

—¡Se muere de amor por Luciano! —se dijo Herrera, que quiso sondar la profundidad de aquella alma y saber lo que podía exigírsele.

Llegó un momento en que aquella pobre joven sólo estaba sostenida por la fuerza moral y en que el cuerpo iba a ceder. El sacerdote calculó aquel momento con la espantosa sagacidad práctica que empleaban antaño los verdugos en su arte de aplicar el tormento. Halló a su pupila en el jardín, sentada en un banco, debajo de una parra acariciada por el sol de abril. La pobre parecía tener frío y buscar el sol; y sus compañeras miraban con interés su palidez de hoja marchita, sus ojos de gacela moribunda y su postura melancólica. Ester se levantó para ir al encuentro del español, aunque lo hizo en una actitud que demostraba su falta de fuerzas, o, mejor dicho, su poco apego a la vida. Aquella pobre bohemia, aquella golondrina herida, movió por segunda vez a compasión a Carlos Herrera. Este sombrío eclesiástico, a quien Dios no debía emplear más que para la realización de sus venganzas, acogió a la enferma con una sonrisa que denotaba tanta amargura como dulzura, tanta venganza como caridad. Educada en la meditación, Ester sintió por segunda vez una cierta desconfianza al ver a su protector; pero, al igual que en la primera, se tranquilizó en seguida con sus palabras.

—Bueno, hija mía querida, ¿por qué no me ha hablado usted nunca de Luciano?

—Le había prometido a usted, le había jurado no pronunciar más su nombre —respondió la joven estremeciéndose de pies a cabeza.

—Sin embargo, no ha cesado usted de pensar en él.

—Señor, ésa es mi única falta. Pienso en él a todas horas, y cuando usted se ha presentado me decía a mí misma ese nombre.

—¿Le mata la ausencia?

Por toda respuesta, Ester inclinó la cabeza a la manera de los enfermos que sienten ya el aire de la tumba.

—¿Y si volviese usted a verle?

—Sería para mí vivir —respondió Ester.

—¿Piensa usted en él con el alma solamente?

—¡Ah! señor, el amor no puede partirse.

—¡Hija de la raza maldita!, ¡lo he hecho todo para salvarte y te vuelvo a tu primitivo destino!, ¡volverás a verlo!

—¿Por qué, pues, maldice usted mi dicha? ¿No puedo amar a Luciano y practicar la virtud, dos cosas que me son igualmente gratas? ¿No estoy aquí dispuesta a morir por la virtud, como lo estaría a morir por él? ¿No voy a expirar por estos dos fanatismos, por la virtud que me hacía digna de él y por el que me trajo a la virtud? Sí, estoy dispuesta a morir sin verle y a vivir volviendo a contemplarle una vez. Dios me juzgará.

Los colores habían vuelto a parecer y su palidez había adquirido un tinte dorado. Ester volvió a cobrar su gracia.

—Al día siguiente de haber sido lavada por las aguas del bautismo, volverá usted a vera Luciano y, si cree que podrá ser virtuosa viviendo con él, ya no se separarán más.

El sacerdote se vio obligado a levantar a Ester, cuyas piernas cedieron. La pobre joven había caído, como si la tierra le hubiese faltado bajo los pies. El cura le sentó en el banco, y cuando la joven volvió a usar de la palabra fue para decirle:

—¿Y por qué no hoy?

—¿Quiere usted privar al señor obispo del triunfo de su bautismo y de su conversión? Está usted demasiado cerca de Luciano para no estar lejos de Dios.

—Sí, ya no pensaba en nada.

—Usted no será nunca de ninguna religión —dijo el sacerdote con profunda ironía.

—¡Dios es bueno y lee en mi corazón!

Vencido por la deliciosa sencillez que denotaban la voz, la mirada, los gestos y la actitud de Ester, Herrera la besó por primera vez en la frente.

—Los libertinos te habían bautizado bien: tu seducirás a Dios Padre. Unos días más, y luego los dos seréis libres.

—¡Los dos! —repitió la joven con alegría extática.

Esta escena, vista de lejos, sorprendió a las internas y a las monjas, las cuales creyeron haber asistido a alguna operación mágica, al comparar a Ester consigo misma. La niña cambiada vivía y reaparecía con su verdadera naturaleza de amor, linda, coqueta, insinuante, alegre, en fin, que resucitaba.

Herrera vivía en la calle Cassette, cerca de San Sulpicio, iglesia en la cual oficiaba. Esta iglesia, de un estilo duro y seco, le gustaba a aquel español, cuya religión se semejaba a la de los dominicos. Hijo perdido de la política astuta de Fernando VII, no quería servir a la causa constitucional, sabiendo que este sacrificio no podría ser nunca recompensado más que al restablecimiento del *Rey neto*. Carlos Herrera se había entregado en cuerpo y alma a la *camarilla* en el momento en que las cortes no corrían peligro de ser disueltas. Para el mundo esta conducta era presagio cierto de una alma superior. La expedición del duque de Angulema se había efectuado, el rey Fernando reinaba y Carlos Herrera no iba a reclamar el premio de sus servicios a Madrid. Defendido de la curiosidad por un silencio diplomático, atribuyó su permanencia en París al intenso afecto que le tenía a Luciano de Rubempré, afecto al que debía ya este joven la R. O. del rey relativa a su cambio de nombre. Por otra parte, Carlos Herrera vivía como viven generalmente los sacerdotes encargados de misiones secretas, muy oscuramente, y cumplía sus deberes religiosos en San Sulpicio; no salía más que para sus negocios y lo hacía de noche y en carruaje. El día estaba ocupado para él con la siesta española, lo cual no es obstáculo para que duerman también durante las horas en que París es tumultuoso y está más animado. El puro español desempeñaba también su papel y consumía tanto tiempo como el tabaco. La pereza es una máscara como la gravedad, que es asimismo pereza. Herrera vivía en un ala de la casa, en el segundo piso, y Luciano ocupaba la otra ala. Aquellas dos habitaciones estaban a la vez separadas y unidas por una gran antesala cuya magnificencia antigua convenía igualmente al grave eclesiástico y al joven poeta. El patio de aquella casa era sombrío, y unos árboles muy grandes prestaban sombra al jardín. En las habitaciones escogidas por los sacerdotes suele hallarse discreción y silencio. La vivienda de Herrera quedará descrita con dos palabras: una celda. La de

Luciano, lujosa y confortable, reunía todo lo que exige la vida elegante del petimetre, poeta, escritor, ambicioso, vicioso, orgulloso y vanidoso a la vez, lleno de negligencias y ansioso de orden, uno de esos genios incompletos que tienen algún poder para desear, para concebir, lo cual es tal vez la misma cosa, pero que carecen de fuerza para ejecutar. Entre los dos, entre Luciano y Herrera formaban una política; y en esto está, sin duda, el secreto de su unión. Los ancianos que han visto extraviarse la acción de su vida transportándola a la esfera de los intereses, sienten a veces la necesidad de una máquina bonita, de un actor joven y apasionado para realizar sus proyectos. Richelieu buscó demasiado tarde una cara blanca y guapa con bigote para soltársela a las mujeres a quienes le convenía distraer. No habiendo sido comprendido por jóvenes atolondrados, se vio obligado a desterrar a la madre de su maestro y a asustar a la reina, después de haber intentado hacerse amar por la una y por la otra, siendo así que no era de talla suficiente para gustar a reinas. De todas suertes, en una vida ambiciosa, es preciso chocar siempre con una mujer en el momento en que menos se espera semejante encuentro. Por poderoso que sea un gran político, necesita una mujer para oponerla a otra mujer, lo mismo que los holandeses emplean el diamante contra el diamante. En el momento de su mayor poder, Roma obedecía a esta necesidad. Ved también cómo la vida de Mazarino, cardenal italiano, fue distintamente dominadora que la de Richelieu, cardenal francés. Richelieu halla oposición en los grandes señores y les aplica el hacha, muriendo en la flor de su poder, gastado por aquel duelo en el que sólo era secundado por un capuchino. Mazarino es rechazado por la burguesía y por la nobleza reunidas, armadas, victoriosas a veces, y que hacen huir al reinado; pero el servidor de Ana de Austria no le quita la vida a nadie, sabe vencer a Francia entera y forma a Luis XIV, que acabó la obra de Richelieu estrangulando a la nobleza con lazos dorados en el gran serrallo de Versalles. Muerta la señora de Pompadour, Choiseul estaba perdido. ¿Se había penetrado Herrera de las doctrinas elevadas?, ¿se había hecho justicia a sí mismo antes que lo había hecho Richelieu?, ¿había escogido en Luciano un Cinq-Mars, pero un Cinq-Mars fiel? Nadie podía responder a estas preguntas ni calcular la ambición de aquel español, del mismo modo que no se podía prever cuál sería su fin. Estas preguntas, hechas por aquellos que pudieron observar semejante unión secreta durante mucho tiempo, tendían a penetrar un misterio horrible que Luciano conocía únicamente desde pocos días antes. Carlos era ambicioso por dos, y esto demostraba precisamente a las personas que le conocían, las cuales creían que Luciano era hijo natural de aquel sacerdote.

Quince días después de su aparición en la Ópera, que le lanzó demasiado pronto al mundo en que el abate no deseaba verlo hasta el momento en que hubiera acabado de armarlo contra el mundo, Luciano tenía tres caballos muy hermosos en la cuadra, un cupé para la noche y un cabriolé y un tílburi para por la mañana. El joven comía siempre fuera de casa. Las previsiones de Herrera se habían realizado; la disipación se había apoderado de su discípulo; pero el cura había juzgado necesario divertirse con el amor insensato que aquel joven profesaba a Ester. Después de haber gastado unos cuarenta mil francos, Luciano buscaba con obstinación a la Torpedo, y al no hallarla, esta joven pasaba a ser para él lo que es la presa para el cazador. ¿Podía conocer Herrera la naturaleza del amor de un poeta? Una vez que este sentimiento se apodera, en uno de esos grandes hombrecitos, de la cabeza del mismo modo que ha abrasado el corazón y penetrado los sentidos, el poeta llega a ser tan superior a la humanidad por el amor como lo es por el poder de su fantasía. Debiendo a un capricho de la generación actual la rara facultad de pintar la naturaleza con imágenes que reflejan a la vez el sentimiento y la idea, presta a su amor las alas de su espíritu, siente y pinta, obra y medita, multiplica sus sensaciones con el pensamiento, triplica la felicidad presente con la aspiración del porvenir y con los recuerdos del pasado, y mezcla con todo esto los exquisitos goces del alma que le hacen príncipe de los artistas. La pasión de un poeta se convierte entonces en un gran poema donde las proporciones humanas son superadas. ¿No pone entonces el poeta a su amada muy por encima del lugar que aspiran a ocupar las mujeres? Como el sublime caballero de la Mancha, convierte a una campesina en princesa y utiliza por sí mismo la varita mágica con la cual lo toca todo para hacerlo maravilloso, agrandando así las voluptuosidades con el adorable mundo del ideal. Este amor es también un modelo de pasión: es excesivo en todo, en sus esperanzas, en sus desesperaciones, en sus iras, en sus melancolías, en sus goces; vuela, salta, trepa y no se parece a ninguna de las agitaciones que sienten los hombres; es al amor vulgar lo que el eterno torrente de los Alpes comparado con los arroyos de las llanuras. Estos hermosos genios son tan raramente comprendidos, que se agotan en vanas esperanzas, se consumen en busca de sus ideales maestros y mueren casi siempre como esos hermosos insectos ataviados espléndidamente para las fiestas del amor más poético y que mueren aplastados por el pie de un caminante; pero ¡otro peligro! cuando hallan la forma que responde a los anhelos de su alma y que es, a veces, una panadera, hacen como Rafael, hacen

como el insecto, mueren junto a la *Fornarina*. Luciano estaba así. Su naturaleza poética, extrema necesariamente en todo, en el bien como en el mal, había adivinado al ángel en la mujer impregnada de corrupción más bien que corrompida, y seguía viéndola blanca, alada, pura y misteriosa, cual ella se había formado para él, al comprender que la deseaba de este modo.

Hacia fines del mes de mayo del año 1825, Luciano había perdido toda su vivacidad; no salía, comía con Herrera, estaba pensativo, trabajaba, leía la colección de los tratados diplomáticos, permanecía sentado en un sofá horas enteras y fumaba tres o cuatro *houkas* al día. Su criado tenía más trabajo en limpiar los tubos de este hermoso instrumento y en perfumarlos, que en ocuparse de los caballos para las carreras del Bosque. El día en que el español notó la preocupación de Luciano y en que vio las huellas de la enfermedad en las locuras del amor comprimido, quiso penetrar a fondo el corazón de aquel joven en quien había cifrado su vida.

Durante una hermosa tarde en que Luciano, sentado en un sofá, contemplaba la puesta del sol a través de los árboles del jardín, lanzando bocanadas de humo perfumado a intervalos iguales, como suelen hacer los fumadores preocupados, fue sacado de su meditación por un profundo suspiro. Se volvió y vio al cura de pie, con los brazos cruzados.

—¿Estabas ahí? —le preguntó el poeta.

—Hace ya rato —respondió el sacerdote—. Mis ideas seguían a las tuyas…

Luciano comprendió perfectamente estas palabras.

—Yo no me he tenido nunca por una naturaleza de bronce como es la tuya. La vida es para mí sucesivamente un paraíso y un infierno; pero cuando por casualidad no es lo uno ni lo otro, me aburre.

—¿Cómo aburrirse teniendo en perspectiva tan magníficas esperanzas?

—Cuando no se cree en esas esperanzas, o cuando están demasiado veladas…

—¡Basta de tonterías! —dijo el sacerdote—. Es más digno de ti y de mí que me abras tu corazón. Hay entre nosotros lo que no debía de existir

nunca: ¡un secreto!… y este secreto dura hace ya dieciséis meses. Tú amas a una mujer.

—¿Y qué más…?

—A una joven inmunda, llamada la Torpedo.

—¿Y qué?

—Hijo mío, yo te había consentido que tuvieses querida, pero que fuese una mujer de la corte, joven, hermosa, influyente, condesa al menos. Yo te había indicado a la marquesa de Espard, a fin de que te sirviese de medio de hacer fortuna; porque ésta no te habría pervertido y te habría dejado en libertad. Amar a una prostituta de la última especie, cuando no se tiene poder, cual tiene un rey, para ennoblecerla, es una falta enorme.

—¿Soy yo acaso el primero que ha renunciado a la ambición para seguir la pendiente de un amor desenfrenado?

—¡Bueno! —dijo el sacerdote cogiendo el *bochettino* de *houka*, que Luciano había dejado caer al suelo, y entregándoselo— comprendo el epigrama. ¿No se pueden armonizar la ambición y el amor? Niño, tú tienes en el viejo Herrera una madre cuya abnegación es absoluta…

—Lo sé, viejo mío —le dijo Luciano estrechándole la mano.

—Has querido los juguetes de la riqueza y los has tenido. Quieres brillar y yo te dirijo hacia el camino del poder y beso manos bien sucias para que asciendas… y ascenderás. Dentro de muy poco no te faltará nada de lo que gusta a los hombres y a las mujeres. Afeminado por tus caprichos, eres viril por tu talento: lo he esperado todo de ti y te lo perdono todo. No tienes más que hablar para satisfacer tus pasiones de un día. Yo te he agrandado la vida dándote lo que la hace adorable para todo el mundo, el sello de la política y de la dominación. Tú serás tan grande como pequeño eres hoy; pero es preciso no romper el instrumento que nos servirá para medrar. Te lo perdono todo menos las faltas que puedan destruir tu porvenir. Cuando te abro los salones del arrabal Saint-Germain te prohíbo que te revuelques en el fango. ¡Luciano! en interés tuyo, yo seré de hierro y lo sufriré todo por ti y para ti. Así, pues, yo he convertido tu falta de tacto para el juego de la vida en una finura de jugador de oficio…

Luciano levantó la cabeza furiosa brusquedad.

—¡Yo te he quitado a la Torpedo!

—¿Tú? —exclamó Luciano.

En un acceso de rabia animal, el poeta se levantó, tiró el bochineto de oro a la cara del sacerdote y le dio al mismo tiempo un empujón que fue bastante violento para derribar a aquel atleta.

—¡Yo! —repitió el español levantándose y conservando su terrible gravedad.

La peluca negra se le había caído, y un cráneo reluciente como una calavera dio a aquel hombre su verdadera fisonomía, que era, a decir verdad, espantosa. Luciano siguió sentado en el sofá, con los brazos caídos, agobiado, mirando al sacerdote con aire estúpido.

—¡Yo te la he quitado!

—¿Y qué has hecho de ella? Me la quitaste al día siguiente del baile de máscaras…

—Sí, al día siguiente de aquel en que vi que insultaban al ser que te pertenecía unos pillastres que no merecen un puntapié.

—¡Pillastres! —dijo Luciano interrumpiéndole—, di más bien monstruos, junto a los cuales son ángeles los guillotinados por los mayores crímenes. ¿Sabes lo que había hecho por ellos la pobre Torpedo? Uno de ellos fue su amante durante dos meses; ella era pobre y buscaba su sustento en el vicio, y él, que no tenía un céntimo, estaba como yo cuando me hallaste cercano al suicidio; el mozo se levantaba a media noche, se iba al armario en que quedaban los restos de la comida de aquella desgraciada, y se los comía; la Torpedo acabó por notarlo, comprendió la vergüenza de su amante, y entonces procuraba dejarle la mayor cantidad de comida que le era posible, considerándose feliz en hacer este beneficio; la pobre no le ha contado esto a nadie más que a mí, en el coche, cuando volvíamos de la Ópera. El segundo cometió un robo; pero antes de que pudiese ser notado, ella le prestó la suma necesaria para que restituyese aquella cantidad que no le ha pagado aún a la pobrecilla. En cuanto al tercero, hizo su fortuna representando una comedia en que brilla el genio de

Fígaro; ella pasó por su mujer y se hizo amante de un hombre poderoso que la creía la más cándida de las mujeres. Al uno la vida, al otro el honor, al tercero la fortuna que resume hoy todo esto. ¡Y ya ves cómo le han pagado!

—¿Quieres que mueran? —le preguntó Herrera con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Vamos!, ¡eso está bueno! te reconozco.

—No, sábelo todo, poeta rabioso —dijo el sacerdote—; la Torpedo no existe ya…

Luciano se lanzó sobre Herrera con tanto vigor para cogerlo por la garganta, que cualquiera otro hombre hubiera sido derribado; pero el brazo del español retuvo al poeta.

—Escucha, escucha —le dijo con frialdad—. La he convertido en una mujer casta, pura, bien educada, religiosa, en una mujer distinguida. Está en el camino de la instrucción, y bajo el imperio de tu amor puede llegar a ser una Ninón, una Marión Delorme, una Dubarry, según decía el periodista aquel de la Ópera. Tú la exhibirás como querida tuya, o permanecerás tras la cortina contemplando a tu creación; lo que sea más prudente. Uno y otro partido te darán provecho y gloria, placer y progresos; pero si eres tan gran político como gran poeta, Ester sólo será para ti una hija, porque más tarde puede servirnos de mucho, valiendo como vale más oro que pesa. Bebe, pero no te emborraches. Si yo no hubiese tomado las riendas de tu pasión, ¿dónde estarías ya? Habrías rodado con la Torpedo por el fango de las miserias de donde yo te he sacado. Toma, lee —le dijo Herrera con la misma sencillez que Talma en *Manlio*.

A los pies del poeta cayó un papel que le sacó de la extática sorpresa en que le había sumido aquella aterradora respuesta. Luciano lo cogió y leyó la primera carta escrita por la señorita Ester.

A don Carlos Herrera, presbítero.

Mi querido protector, ¿no creerá usted que en mí el agradecimiento excede al amor, al ver que, gracias a usted, empleo por primera vez la facultad de expresar mis pensamientos, en lugar de consagrada a describir un amor que Luciano habrá olvidado acaso? Pero a usted, hombre divino,

le diré lo que no me atrevería a decirle a él, que vive aún por fortuna en la tierra. La ceremonia de ayer me colmó de gracia y me mueve a dejar mi destino en sus manos. Aunque tuviese que morir lejos de mi amado, moriré purificada como la Magdalena, y mi alma se convertirá por él en rival de su ángel guardián. ¿Olvidaré nunca la fiesta de ayer? ¿Cómo poder abdicar del glorioso trono que ocupo? Ayer lavé todas mis manchas con el agua del bautismo y recibí el cuerpo sagrado de nuestro Salvador, convirtiéndome en otro tabernáculo. En aquel momento oí los cantos de los ángeles, era algo más que mujer, nacía a una vida de luz, en medio de las aclamaciones de la tierra, admirada por el mundo, en una nube de incienso y de plegarias que me embriagaban, y adornada como una virgen para su esposo celestial. Al verme, cual no esperé nunca, digna de Luciano, abjuré de todo amor impuro, y no quiero caminar por más sendas que por las de la virtud. Si mi cuerpo es más débil que mi alma, que perezca. Sea usted el árbitro de mis destinos, y, si muero, dígale a Luciano que he muerto por él al nacer para Dios.

El domingo por la noche.

Luciano fijó en el cura sus ojos bañados en lágrimas.

—Tú ya conoces la casa de la pequeña Carolina Bellefeuille, en la calle Taitbout —repuso el español—. Esa pobre muchacha, abandonada por su magistrado, estaba en la mayor miseria y a punto de ser embargada. Yo compré su casa en junto, y ella salió de allí con lo puesto. Ester, ese ángel que quería subir al cielo, ha bajado allí, y te espera.

En este momento Luciano oyó que sus caballos piafaban en el patio, y no tuvo fuerzas para expresar su admiración por aquella delicadeza que él solo podía apreciar; así es que se echó en brazos del hombre a quien había ultrajado, reparó todo lo hecho con una mirada y con la muda efusión de sus sentimientos, y luego bajó las escaleras, dio a su criado la dirección de Ester, y los caballos partieron al galope cual si fuesen animados por la pasión de su amo.

Al día siguiente, un hombre, que podía ser tomado por un gendarme disfrazado, se paseaba por la calle Taitbout, enfrente de una casa, cual si esperase la salida de alguien. Sus pasos eran agitados y nerviosos. En París se ven con frecuencia paseantes apasionados, verdaderos gendarmes que acechan a un guardia nacional, alguaciles que toman sus

medidas para algún arresto, acreedores que meditan algún escándalo contra el deudor encerrado a cal y canto, amantes y maridos celosos o desconfiados, amigos que vigilan por otros amigos; pero rara vez hallaréis una cara iluminada por los salvajes y rudos pensamientos que animaban la de aquel atleta que se paseaba debajo de las ventanas de Ester con la precipitación propia de un oso enjaulado. A las doce se abrió una ventana para dar paso a la mano de una camarera que subía las persianas. Algunos momentos después, Ester se asomó a respirar, apoyada en el brazo de Luciano. El que los hubiese visto los hubiera tomado por el original de una viñeta inglesa. Ester se halló de pronto con los ojos de basilisco del sacerdote español, y la pobrecilla lanzó un grito de espanto, diciéndole a Luciano:

—Ahí está el terrible cura.

—¡Ése! —dijo Luciano— ¡lo mismo es cura él que tú!

—Pues ¿qué es? —le preguntó asustada.

—¡Psé! un viejo Lascar que no cree en Dios ni en el diablo —dijo Luciano descubriendo su secreto que, de ser conocido por otro ser menos fiel que Ester, habría podido acarrear la perdición de Luciano y del español.

Al ir de la ventana de su dormitorio al comedor, donde iban a servir el almuerzo, los dos amantes hallaron a Carlos Herrera.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le preguntó bruscamente Luciano.

—A bendeciros —respondió aquel audaz personaje deteniendo a la pareja y obligándola a permanecer en el saloncito—. Escuchadme, amores míos; divertíos, sed felices, que eso está muy bien. La dicha a toda costa, ésta es mi doctrina. Pero tú —le dijo a Ester—, tú que has sido sacada del barro por mí y que te has visto limpia de cuerpo y de alma gracias a mis cuidados, supongo que no intentarás cruzarte en el camino de Luciano. En cuanto a ti, hijito —añadió después de una pausa mirando a Luciano—, tú eres bastante poeta para dejarte llevar por una nueva Coralia. Hagamos, pues, prosa vil. ¿Qué puede llegar a ser el amante de Ester?… nada. ¿Puede Ester llegar a ser la señora de Rubempré? no… Pues bien, el mundo, hijita mía —dijo cogiéndole una mano a Ester, que temblaba cual si la hubiese tocado una serpiente—, el mundo debe ignorar que vive usted, y debe ignorar, sobre todo, que Ester ama a Luciano y que Luciano

está enamorado de ella… Esta casa será su cárcel, hijita mía. Si quiere usted salir, cual lo exigirá su salud, paséese de noche, a las horas en que no puede ser vista; porque su belleza, su juventud y la distinción que ha adquirido en el convento serían notadas muy pronto en París. El día en que cualquiera sepa que Luciano es su amante de usted o que usted es su querida —dijo el español con terrible acento acompañado de terrible mirada—, ese día será el último de su vida. A ese mocito se le ha otorgado una Real orden que le permite llevar el nombre y las armas de sus antepasados maternos. Pero, hay más; el título de marqués no le ha sido concedido, y, para lograrlo, tiene que casarse con alguna noble que obtenga del rey este favor. Ese enlace pondrá a Luciano en el mundo de la corte. Este niño, a quien yo he sabido hacer hombre, llegará a ser primero secretario de embajada, y más tarde ministro en alguna corte alemana; y, Dios mediante o yo (que valgo más), llegará a sentarse algún día en los bancos de los pares de Francia.

—¡O en los bancos!… —dijo Luciano interrumpiendo al falso sacerdote.

—¡Cállate! —exclamó Carlos tapándole la boca con la mano a Luciano—. ¡Semejante secreto a una mujer! —le dijo al oído.

—¡Ester mujer! —exclamó el autor de las *Margaritas*.

—¡Sonetos todavía! —exclamó el falso cura—. Todos esos ángeles se hacen tarde o temprano mujeres, y la mujer tiene siempre momentos en que es a la vez mono y niño, dos seres que nos matan riéndose. Ester, hijita mía —le dijo a la joven—, le he buscado una camarera, que me pertenece cual si fuese hija mía. Tendrá usted por cocinera una mulata, lo cual da mucho tono a una casa. Con Europa y Asia podría usted vivir, gastando mil francos al mes, como una reina… de teatro. Europa ha sido costurera, modista y comparsa, y Asia ha servido a un milord gastrónomo. Estas dos criaturas serán para usted como dos hadas.

Al ver a Luciano convertido en un niño ante aquel ser, culpable por lo menos de sacrilegio y de usurpación de estado civil, aquella mujer, sagrada por su amor, sintió en el fondo de su corazón un terror inmenso. Sin responder, se llevó a Luciano a otro cuarto y le dijo:

—¿Es el diablo?

—Para mí es… algo peor aún. Pero, si me amas, procura imitar la fidelidad

de ese hombre y obedécele, so pena de muerte.

—¿De muerte? —dijo Ester con espanto.

—De muerte —repitió Luciano—. ¡Ay de mí!, ¡lucero! ninguna muerte podría compararse a la que me esperaría a mí, si…

Al oír estas palabras, Ester palideció y sintió que desfallecía.

—¡Vamos! —les gritó el falso sacerdote— ¿todavía no habéis acabado de deshojar todas las margaritas?

Ester y Luciano acudieron a este llamamiento, y la pobre joven le dijo al hombre misterioso, sin atreverse a mirarlo:

—Señor, seréis obedecido como se obedece a Dios.

—¡Bien! —le respondió Herrera— podrá usted ser feliz algún tiempo, y… no tendrá que hacerse más que trajes de casa y de noche, lo cual será muy económico.

Los dos amantes se dirigieron entonces al comedor; pero el protector de Luciano los detuvo para decirle a Ester:

—Hija mía, acabo de hablarle de sus criados, y me resta presentárselos.

El español dio dos palmadas, y las dos mujeres que había dicho llamarse Europa y Asia se presentaron dando razón clara de sus nombres.

Asia, que debía ser nacida en la isla de Java, dejaba ver el rostro cobrizo propio de los malayos, llano como una tabla, y cuya nariz parecía haber sido añadida por presión. La extraña disposición de los huesos maxilares le daba a aquella cara cierta semejanza a los monos de las grandes especies. Aunque deprimida, la frente no carecía de cierta inteligencia producida por la práctica de la astucia. Dos ojillos ardientes conservaban la calma de los del tigre, pero no miraban de frente. Asia parecía que tuviese que espantar a la gente. Sus labios, de color azul pálido, dejaban ver una dentadura blanquísima, pero mal dispuesta. La expresión general de aquella fisonomía animal era la cobardía. Los cabellos, relucientes y grasientos como la tez, orlaban con dos bandas negras su pañuelo muy rico. Las orejas, excesivamente lindas, llevaban por adorno dos perlas gruesas. Pequeñita, regordeta, Asia se parecía a esas creaciones que

pintan los chinos en los abanicos, o, mejor dicho, a esos ídolos indios, cuyo tipo parece que no debe existir, aunque acaba al fin por ser hallado. Al ver a este monstruo provisto de un delantal blanco sobre una falda de lana, Ester se estremeció.

—Asia —dijo el español, obligando a aquella mujer a mirarle de un modo que sólo es comparable al de un perro que mira a su amo—, ésta es tu señora.

Y mostróle a Ester con el dedo. Asia miró a aquella joven hada con una expresión casi dolorosa; pero al mismo tiempo brotó de sus ojos una especie de brillo para fijarse en Luciano, que parecía una imagen divina, dado el lujo y elegancia con que iba vestido. El genio italiano podrá ponerle música a Otelo, y el genio inglés ponerlo en escena; pero sólo la naturaleza tiene derecho a ofrecerse en una mirada con más magnificencia y realidad que Inglaterra e Italia han podido inventar para los celos. Aquella mirada, sorprendida por Ester, movió a la malaya a coger por el brazo al español y a imprimirle las uñas cual pudiera hacerlo un gato que se agarra para no caer a un precipicio. Entonces el español le dijo tres o cuatro palabras en lengua desconocida a aquel monstruo asiático, el cual fue a arrodillarse a los pies de Ester para besárselos.

—No es una cocinera —le dijo el español a Ester—, sino un cocinero que volvería loco a Careme. Asia lo sabe hacer todo en la cocina, y le guisará un plato de judías de un modo que le hará dudar de si los ángeles no habrán descendido a la tierra para echarle hierbas del cielo. Ella misma irá todos los días a la compra, y se revolverá, como un demonio que es, para buscarlo todo barato y bueno. Como usted tiene que pasar por haber estado en la India, Asia contribuirá a darle verosimilitud a esta fábula; pero mi opinión es que no pase usted por extranjera… Europa, ¿qué te parece a ti?

Europa formaba un gran contraste con Asia, pues era la doncella más linda que nadie puede llegar a imaginar. Esbelta, con carita de mona, nariz remangada, Europa ofrecía el tipo de la cara ajada por las corrupciones parisienses, la cara de la joven alimentada con patatas crudas, linfática y fibrosa, blanda y tenaz. Con los piececitos adelante y las manos en los bolsillos del delantal, denotaba tal viveza y animación, que parecía estar en movimiento continuo, aunque no se moviese. Modista alegre y figuranta al mismo tiempo, debía de haber ejercido ya muchos oficios, no obstante sus pocos años. Perversa como la que más, podía muy bien haber robado

a sus padres y haber frecuentado los bancos de la delegación de policía. Asia producía espanto, pero se daba a conocer en un momento, y dejaba ver que descendía de Locusta en línea recta; mientras que Europa inspiraba una inquietud que iba aumentando a medida que se servía uno de ella: su corrupción parecía no tener límites; como dice el pueblo, ella volvía ya cuando los demás llegaban.

—La señora podría ser de Valenciennes —dijo Europa con tono seco—; yo soy de allí. Señor —le dijo a Luciano— ¿quiere decirnos qué nombre le hemos de dar a la señorita?

—La señora van Bogseck —respondió el español cambiándole en seguida el nombre a Ester—. La señora es una judía originaria de Holanda, viuda de un negociante, y enferma del hígado a causa de su permanencia en Java… Tiene poca fortuna, a fin de no llamar la atención.

—Lo necesario para vivir, seis mil francos de renta, para que podamos quejarnos de sus mezquindades —dijo Europa.

—Eso mismo —dijo el español inclinando la cabeza—. ¡Malditas farsantes! —exclamó con voz terrible al ver que Asia y Europa se miraban de un modo que le disgustaba— ya sabéis lo que os he dicho: servís a una reina, la cuidáis como a una santa y le sois fieles como a mí. Ni el portero, ni los vecinos, ni los inquilinos, en fin, nadie debe saber lo que aquí pasa. A vosotras os toca burlar la curiosidad, si es que se despierta. Y la señora —añadió tendiendo hacia Ester su velluda mano—, la señora no debe cometer ninguna imprudencia, siendo vosotras las encargadas de impedirlo si llega el caso, pero… siempre respetuosamente. Europa, usted será la que se encargará de hacer las compras de la señora, con la mayor economía posible. En fin, que nadie, ni aun la gente más humilde, ponga nunca los pies en esta casa. Entre las dos tenéis que arreglaros para hacerlo todo. Hijita mía —le dijo a Ester—, cuando quiera usted salir por la noche en coche, debe advertírselo a Europa, que ya sabe adonde tiene que ir a buscar a los criados, pues tendrá usted un cochero de mi hechura, como lo son estas dos esclavas.

Ester y Luciano no sabían qué decir; escuchaban al español y miraban a las dos muchachas que recibían órdenes. ¿A qué secreto debía el español la sumisión y la fidelidad que denotaban aquellas caras, la una tan picaresca y la otra tan cruel? Herrera adivinó los pensamientos de Ester y de Luciano, que parecían alelados como Pablo y Virginia al ver dos

serpientes horribles.

—Podéis contar con ellas como conmigo mismo —les dijo al oído—; no tengáis secretos para ellas, porque esto les halagará. Asia, vete a servir; y tú, querida mía, pon un cubierto en la mesa —le dijo a Europa—. Esto es lo menos que pueden hacer por su papá estos dos pichones.

Cuando las dos mujeres hubieron cerrado la puerta, y el español oyó que Europa iba y venía, le dijo a Luciano y a la joven tendiendo su manaza:

—¡Son mías!

Estas palabras y aquel gesto hacían temblar.

—¿En dónde las has buscado? —le preguntó Luciano.

—¡Oh!, ¡pardiez! ya supondrás que no ha sido al pie del trono. Esto sale del barro y teme volver al barro… Amenazadlas con el *señor cura* cuando no os den gusto, y ya veréis cómo tiemblan como ratones delante del gato. Yo soy un domador de animales feroces —añadió sonriendo.

—¡Me hace usted el efecto de un demonio! —exclamó graciosamente Ester abrazándose a Luciano.

—Hija mía, he procurado encaminarla al cielo; pero la mujer arrepentida será siempre un engaño para la Iglesia; y si hubiese alguna que no lo fuese, se convertiría en cortesana en el cielo… Usted ha ganado haciéndose olvidar y semejándose a una mujer distinguida, porque ha aprendido usted lo que no habría podido saber nunca en la esfera infame en que vivía… Usted no me debe nada —exclamó el español al ver una deliciosa expresión de agradecimiento en la cara de Ester—; lo hice todo por él —añadió señalando a Luciano—. Usted es mujer y seguirá siéndolo, porque, a pesar de las seductoras teorías de los domadores de fieras, no es posible ser en la tierra lo que no se es. El sabio de las protuberancias tiene razón: usted tiene la protuberancia del amor.

Como se ve, el español era fatalista, como lo fueron Napoleón, Mahoma y muchos grandes políticos. ¡Cosa extraña! casi todos los hombres de acción se inclinan a la fatalidad, del mismo modo que se inclinan a la Providencia la mayor parte de los pensadores.

—Yo no sé lo que soy —respondió Ester con angelical dulzura—; pero

amo a Luciano y moriré adorándolo.

—Venid a almorzar —dijo bruscamente el español—, y ruegue usted a Dios que Luciano no se case pronto, porque entonces no volverá a verlo.

—Su casamiento sería mi muerte —dijo Ester dejando pasar delante al falso sacerdote, a fin de poder hablarle al oído a Luciano sin ser vista—. ¿Es tu voluntad que permanezca bajo el poder de este hombre que me tiene vigilada por esas dos hienas?

Luciano inclinó la cabeza. La pobre joven reprimió su tristeza y simuló estar alegre; pero en el fondo se sentía oprimida. Fue preciso más de un año de cuidados constantes para que se acostumbrase a aquellas dos terribles criaturas, a quienes el abate llamaba *los dos perros guardianes*.

Desde su vuelta a París, la conducta de Luciano llevaba el sello de una política tan profunda, que tenía que excitar y excitó la envidia de sus antiguos amigos, de los cuales no tomó más venganza que la de hacerles rabiar con sus éxitos, con su porte irreprochable y con su manera de mantenerlos a distancia. El autor de las *Margaritas*, aquel poeta tan comunicativo, tan expansivo, se volvió frío y reservado. De Marsay, aquel tipo adoptado como modelo por la juventud parisiense, no empleaba ya en sus palabras y en sus acciones más mesura que Luciano. En cuanto a ingenio, el autor y el periodista habían dado muchas pruebas de él. De Marsay cometió la pequeñez de sentir envidia al ver que mucha gente le daba la preferencia a Luciano. Éste, que gozaba del favor de los que ejercían secretamente el poder, abandonó de tal modo toda idea de gloria literaria, que se mostró insensible al éxito de su novela, reeditada con su verdadero título *El Arquero de Carlos IX,* y a la fama que alcanzó su serie de sonetos, vendida por Dauriat en una sola semana.

—Es un éxito póstumo —le respondió riendo a la señorita de Touches que le felicitaba.

El terrible español mantenía a su protegida con brazo de hierro en la línea en que esperan los éxitos y los provechos de la victoria a los políticos pacientes. Luciano había tomado la habitación de Baudenord, en el muelle Malaquais, a fin de estar más cerca de la calle Taitbout. El cura se había alojado en tres cuartos de la misma casa, en el cuarto piso. Luciano no tenía ya más que un caballo de silla y otro de coche, un criado y un palafrenero. Cuando no comía en la fonda, comía en casa de Ester. El

cura vigilaba de tal modo a los criados en la calle Malaquais, que Luciano no gastaba en total más allá de diez mil francos al año. Diez mil francos le bastaban también a Ester, gracias a la fidelidad constante a inexplicable de Europa y de Asia. Luciano empleaba las mayores precauciones para entrar y salir en la calle Taitbout, donde iba siempre en coche con las cortinillas echadas, y hacía siempre que entrase el coche en el patio. Su pasión por Ester y la existencia del lindo nido de la calle Taitbout, completamente ignorados para el mundo, no le perjudicaron, pues, en ninguna de sus empresas. Jamás se le escapó ninguna palabra indiscreta acerca de asunto tan delicado. Sus faltas en este género con Coralia, cuando su primera estancia en París, le habían servido de escarmiento. En un principio, su vida ofreció esa regularidad de buen tono bajo la cual se pueden ocultar muchos misterios: permanecía fuera de casa hasta la una de la tarde, y luego iba al bosque de Bolonia y hacía visitas hasta las cinco. Rara vez se le veía a pie y evitaba siempre el encuentro con los antiguos conocidos. Cuando le saludaban algunos periodistas o alguno de sus antiguos compañeros, respondía con una inclinación de cabeza, bastante cortés para que no pudiesen enfadarse, pero que denotaba un desdén profundo. De este modo pronto se desembarazó de la gente a quien no quería conocer. Un odio añejo le impedía ir a la casa de la señora de Espard, y cuando la hallaba en casa de la duquesa de Maufrigneuse, de la señorita de Touches, de la condesa de Montcornet, o en otra parte, se mostraba con ella excesivamente cortés. Aquel odio, igual en la señora de Espard, le obligaba a Luciano a obrar con prudencia, pues ya se verá cómo lo había avivado permitiéndose una venganza que le valió un duro sermón del cura español.

—No eres aún bastante poderoso para vengarte de nadie —le había dicho el español—. Cuando se camina abrasado por un sol ardiente, no hay que detenerse a coger una flor hermosa.

Se veía demasiado porvenir y demasiada superioridad verdadera en Luciano para que no deseasen hacerle alguna mala partida los jóvenes a quienes daba envidia su vuelta a París y su inexplicable fortuna. Luciano, que sabía que tenía muchos enemigos, no ignoraba que le buscaban el bulto, y el abate ponía admirablemente a su hijo adoptivo en guardia contra las traiciones del mundo y contra las imprudencias fatales para la juventud. Luciano tenía que contarle y le contaba todas las noches al cura los más pequeños accidentes del día, y, gracias a los consejos de este mentor, burlaba la curiosidad más hábil, la del mundo. Guardado por una

seriedad inglesa, fortificado por los reductos que levanta la circunspección de los diplomáticos, no le daba a nadie derecho ni ocasión para ocuparse de sus asuntos. Su cara joven y hermosa había acabado por ser, en el mundo, impasible como la cara de una princesa en una ceremonia.

A principios del año 1829 se trató de su casamiento con la hija mayor de la duquesa de Grandlieu, que tenía entonces nada menos que cuatro hijas casaderas. Con motivo de este enlace, nadie ponía en duda que el rey haría a Luciano el favor de nombrarlo marqués. Aquel casamiento iba a decidir la fortuna política de Luciano, el cual sería nombrado, probablemente, ministro de alguna corte alemana. Hacía tres años que la vida de Luciano resultaba irreprochable, tanto que de Marsay había llegado a decir esta frase singular:

—Este muchacho debe tener detrás alguna gran cabeza que le guía.

De esta suerte Luciano se había convertido casi en un personaje. Su pasión por Ester le había ayudado mucho a desempeñar su papel de hombre grave. Un secreto de este género libra a los ambiciosos de cometer muchas tonterías, y como no tienen interés por ninguna mujer, no se entregan ni se dejan llevar por las reacciones de lo físico sobre lo moral. En cuanto a la dicha de Luciano, puede decirse que era la realización de los sueños de los poetas bohemios en ayunas y sin un céntimo en un granero. Ester, el ideal de la cortesana enamorada, sin dejar de recordarle a Coralia, la actriz con quien había vivido un año, anulaba por completo a ésta. Todas las mujeres amantes y abnegadas inventan la reclusión, el incógnito, la vida de perla en el fondo del mar; pero en la mayor parte suele ser éste uno de esos encantadores caprichos que dan motivo a una conversación, a una prueba de amor que piensan dar y que no dan; mientras que Ester, que vivía en constante dicha gozando de la primera mirada incendiaria de Luciano, no tuvo en cuatro años ni un instante de curiosidad. Todo su ingenio lo empleaba en permanecer fiel al programa que le había trazado la mano fatal del falso abate. Es más; en medio de las más embriagadoras delicias, no abusó del poder ilimitado que dan a las mujeres amadas los deseos nacientes de un amante, para hacer a Luciano una interrogación acerca de Herrera, el cual le causaba espanto tan grande que no se atrevía ni a pensar en él. Los sabios beneficios de aquel personaje inexplicable, a quien Ester debía su gracia de colegiala, sus maneras de mujer distinguida y su regeneración, le parecían a la pobre joven anticipos del infierno.

—Algún día pagaré yo todo esto —se decía Ester con espanto.

Cuando estaba buena la noche, salía en coche de alquiler, e iba, con una celeridad impuesta sin duda por el cura, o alguno de los encantadores bosques que rodean París, a Bolonia, a Vincennes, a Romainville, o a Ville-d'Avray, unas veces con Luciano y otras sólo con Europa. Por allí se paseaba sin tener miedo, porque iba acompañada, si no por Luciano, por un cazador vestido como los cazadores más elegantes, armado de un cuchillo, y cuya cara y musculatura anunciaban al atleta terrible. Siguiendo la moda inglesa, este guardián iba provisto también de un bastón de hierro con el cual podía desafiar a varios asaltantes. Conformándose con la orden recibida por el abate, Ester no le había dicho nunca una palabra a aquel cazador. Cuando la señora quería volver a casa, Europa daba un grito, y el cazador le silbaba al cochero, que se hallaba a poca distancia. Cuando Luciano se paseaba con Ester, Europa y el cazador se quedaban a cien pasos de distancia, como dos pajes infernales de aquellos de que hablan las *Mil y una noches*. Los parisienses, y sobre todo las parisienses, ignoran los encantos de un paseo nocturno por un bosque. El silencio, los efectos de luna, la soledad, ejercen la acción calmante de los baños. Generalmente, Ester salía a las diez, se paseaba de doce a una y volvía a las dos y media. Nunca se levantaba nadie en su casa hasta las once. La joven se bañaba, procedía a ese tocado minucioso, ignorado por la mayor parte de las mujeres de París porque exige demasiado tiempo y sólo lo practican las cortesanas, las entretenidas o las grandes damas que pueden disfrutar del día entero. No estaba dispuesta hasta que Luciano no se presentaba, y entonces se ofrecía a sus ojos como una flor recién brotada. Ester no se preocupaba más que de la felicidad de su poeta, y era suyo como cosa propia, es decir, que lo dejaba en completa libertad. Jamás dirigía la vista más allá de la esfera en que ella irradiaba, pues el cura se lo había recomendado mucho, porque entraba en los cálculos de aquel profundo político que Luciano hiciese muchas conquistas. La dicha no tiene historia, y los narradores de todos los países lo han comprendido tan bien, que la frase *fueron felices* suele ser el término final de todas las aventuras de amor. No es posible, pues, explicar los medios de aquella dicha fantástica en el corazón de París. Fue la dicha bajo la forma más hermosa: un poema, una sinfonía de cuatro años. Todas las mujeres dirán «¡Es mucho!» pero ni Ester ni Luciano llegaron a decir «¡Es demasiado!». En fin, la fórmula *fueron felices* resulta aún más explícita que en los cuentos de hadas, porque *no tuvieron hijos*. Luciano podía coquetear y

entregarse a sus caprichos de poeta y a las necesidades de su posición. Mientras que recorría lentamente su camino, les hizo favores secretos a algunos políticos cooperando en sus trabajos y obrando siempre con gran discreción. Cultivó además mucho la sociedad de la señora de Serizy, con quien estaba en las mejores relaciones, según el general decir. La señora de Serizy le había quitado a Luciano a la duquesa de Maufrigneuse, la cual no le tenía apego, frase con que las mujeres se vengan de la dicha envidiada. Luciano estaba, por decirlo así, en el regazo de la gran limosnera, y gozaba de la intimidad de algunas mujeres amigas del arzobispo de París. Modesto y discreto, esperaba con paciencia; así es que la frase de de Marsay, que acababa de casarse, y que obligaba a su mujer a hacer la misma vida que Ester, encerraba más de una observación. Pero los peligros submarinos de la posición de Luciano quedarán sobradamente explicados en el transcurso de este relato.

En este estado las cosas, durante una hermosa noche del mes de junio, el barón de Nucingen volvía a París de la tierra de un banquero extranjero establecido en Francia, en cuya casa había comido. Aquella tierra está a ocho leguas de París, en pleno Brié. Ahora bien, como el cochero del barón se había alabado de que llevaría y traería a su amo con los mismos caballos, se tomó la libertad de caminar al paso cuando se hizo de noche. Al entrar en el bosque de Vincennes, he aquí la situación de los animales, de los criados y del amo. Obsequiado con liberalidad por los cocineros del ilustre autócrata del cambio, el cochero, completamente borracho, dormía sin dejar de sostener las riendas; el criado, que iba detrás, roncaba, y el barón quiso pensar; pero, desde el puente de Gournay, la dulce somnolencia de la digestión le había cerrado los ojos. Por la flojedad de las riendas, los caballos comprendieron el estado del cochero, oyeron los ronquidos del lacayo que vigilaba detrás, se vieron dueños de su voluntad y aprovecharon aquel rato de libertad para caminar a su gusto. Como esclavos inteligentes, les ofrecieron a los ladrones ocasión para robar a uno de los capitalistas más ricos de Francia, al más hábil de esos que han recibido el nombre de cancerberos. En fin, al verse libres, y atraídos por esa curiosidad que todo el mundo ha podido notar en los animales domésticos, los caballos se detuvieron en una encrucijada, junto a otros caballos a quienes, sin duda, dijeron en su idioma caballar: «¿De quién sois? ¿Qué hacéis? ¿Sois felices?». Cuando la calesa dejó de rodar, el barón despertó. En un principio creyó no haber salido aún del parque de su colega, y luego fue sorprendido por una visión celestial que le halló sin su arma habitual, sin el cálculo. Hacía una luna tan hermosa que se habría

podido leer un periódico. En medio del silencio de los bosques, a aquella hora avanzada, el barón vio a una mujer sola que al mismo tiempo que tomaba un coche de alquiler, contemplaba el extraño espectáculo de aquella calesa parada. Al ver a aquel ángel, el barón de Nucingen se sintió como alumbrado por una luz interior. Al verse admirada, la joven se cubrió con el velo haciendo un gesto de espanto. El cazador lanzó un grito sordo cuya significación fue comprendida por el cochero, pues el coche salió como una flecha. El anciano banquero sintió una emoción terrible: la sangre que ascendía de los pies llevaba fuego a su cabeza, la cabeza enviaba llamas al corazón y la garganta se le cerraba. El desgraciado temió una indigestión, y, no obstante ésta, su aprensión capital, se puso de pie para gritar:

—¡Canalla maldito!, ¡estás *dogmido*! Cien francos si alcanzas aquel coche.

Al oír las palabras *cien francos*, el cochero despertó y el lacayo de detrás les oyó sin duda en sueños. El barón repitió la orden, el cochero puso los caballos al galope y en la barrera del Trono logró alcanzar a un coche semejante a aquel en que Nucingen había visto a la divina desconocida, pero en el cual se solazaba el primer dependiente de algún rico almacén con una *mujer distinguida* de la calle Vivienne. Aquel chasco consternó al barón.

—Si hubiese traído a *Jogge* en *lugag* de *traegte* a ti, él habría sabido *hallag* a esa *mujeg* —le dijo al criado mientras que los consumeros examinaban el coche.

—Señor barón, yo creo que detrás estaba el diablo bajo forma de fiduque y que sustituyó este coche por el suyo.

—El diablo no existe —dijo el barón.

El barón de Nucingen confesaba que tenía a la sazón sesenta años y que las mujeres le eran completamente indiferentes, y sobre todo la suya. Se alababa de no haber conocido nunca el amor que mueve a hacer locuras; consideraba una dicha el no tener que pensar en las mujeres, de las cuales decía, sin preámbulos, que la más angelical no valía lo que costaba, aun cuando se entregase gratis. Tenía fama de estar tan hastiado, que ya no compraba siquiera el placer de que se la pegasen. Desde su palco de la Ópera, sus ojos fríos se fijaban tranquilamente en el cuerpo de baile. Ni una mirada había siquiera para aquel capitalista en

medio de aquel temible enjambre de viejas jóvenes y de jóvenes viejas, el foco de los placeres parisienses. Amor natural, amor postizo y amor propio, amor de conveniencia y de vanidad, amor sensual, amor decente y conyugal, amor excéntrico, el barón lo había comprado todo y lo había conocido todo, excepto el verdadero amor.

Este amor acababa de caer sobre él como un águila sobre su presa, como cayó sobre Gentz, el confidente de S. A. el príncipe de Metternich. Sabidas son las tonterías que aquel anciano diplomático hizo por Fanny Elssler, cuyas repeticiones le interesaban más que los mayores intereses europeos. La mujer que acababa de trastornar aquella caja forrada de hierro que se llamaba Nucingen, se le había aparecido como una de esas mujeres únicas en una generación. No es seguro que la amada del Ticiano, que la Monna Lisa de Leonardo de Vinci, que la Fornarina de Rafael fuesen tan hermosas como la sublime Ester, en la cual no habría reconocido el menor vestigio de cortesana ni el ojo del parisiense más experto y observador; así es que el barón quedó sobre todo admirado por aquel aire noble y grande que tenía Ester al verse amada y rodeada de lujo, de elegancia y de amor. El amor feliz es el todo para las mujeres, las cuales se vuelven entonces altivas como emperatrices. El barón fue ocho noches seguidas al bosque de Vincennes, luego al bosque de Bolonia, luego a los de Ville-d'Avray y de Meudón y, por fin, a los alrededores todos de París, sin poder encontrar a Ester. Aquella sublime figura que era, según decía él, «una *figura* bíblica» estaba siempre presente en su imaginación. A los quince días, el barón perdió el apetito. Delfina de Nucingen y su hija Augusta no notaron en un principio el cambio que se operaba en el barón. La madre y la hija no veían al señor de Nucingen más que por la mañana al almorzar y por la tarde al comer, cuando comían todos en casa, lo cual no ocurría más que los días en que Delfina tenía invitados. Pero al cabo de dos meses, consumido por una fiebre de impaciencia y por un estado semejante al que produce la nostalgia, el barón, sorprendido de la impotencia de los millones, se puso delgado y llegó a tener tan mala cara, que Delfina concibió la esperanza secreta de quedar viuda; empezó a compadecer hipócritamente a su marido y obligó a su hija a retirarse para agobiar a fuerza de preguntas al barón el cual respondió como responden los ingleses atacados de *spleen*, o sea no respondió nada. Delfina de Nucingen daba una comida todos los domingos, y había escogido este día de recibo porque había notado que en el gran mundo nadie iba al teatro y quedaba el día sin destino determinado. La invasión de las clases trabajadoras hace que el domingo

sea tan tonto en París como fastidioso en Londres. La baronesa invitó, pues, al ilustre Desplein a comer, para poder hacerle una consulta, a pesar del enfermo, que decía que se encontraba bien, Keller, Rastiñac, de Marsay, Tillet, todos los amigos de la casa, le habían dicho a la baronesa que un hombre como Nucingen no debía morir de improviso, porque sus muchos negocios exigían precauciones y obligan a saber a qué atenerse. Estos señores fueron invitados a comer, así como el conde de Gondreville, suegro de Francisco Keller, el caballero de Espard, Lupeaulx, el doctor Bianchón, discípulo de Desplein a quien éste más quería, Baudenord y su mujer, los condes de Montcornet, Blondet, la señorita de Touches y Conti, y, por fin, Luciano de Rubempré, a quien Rastiñac profesaba gran amistad desde cinco años antes, aunque su amistad era forzada.

—No nos desembarazaremos fácilmente de ése —dijo Blondet a Rastiñac cuando vio entrar en el salón a Luciano, más guapo y más elegante que nunca.

—Vale más ser amigo suyo, porque es temible —dijo Rastiñac.

—¿Él? —preguntó de Marsay—. Yo sólo juzgo temibles a aquellos cuya posición es clara, y la suya es más bien inatacada que inatacable. Veamos, ¿de qué vive?, ¿de dónde proviene su fortuna? Estoy seguro de que tiene al menos sesenta mil francos de deudas.

—Ha hallado a un sacerdote español que es muy rico y le protege decididamente —respondió Rastiñac.

—Se casa con la señorita de Grandlieu la mayor —dijo la señorita de Touches:

—Sí, pero le exigen que compre una tierra que rente treinta mil francos al año para asegurar la fortuna que tiene que reconocerle a su futura, y para eso necesita un millón, lo cual no está al alcance de cualquier español —dijo el caballero de Espard.

—Es muy caro eso, porque Clotilde es muy fea —dijo la baronesa llamando por el nombre a la señorita de Grandlieu, como si ella, que era una Goriot, frecuentase aquella sociedad.

—No —contestó Tillet—, la hija de una duquesa no es nunca fea para nosotros, sobre todo si lleva consigo el título de marqués y un alto cargo

diplomático.

—Ya no me admira ver a Luciano tan grave. Tal vez no tenga un céntimo y no sepa cómo sal ir del apuro —dijo de Marsay.

—Sí, pero la señorita de Grandlieu lo adora —dijo la condesa de Montcornet—, y, ayudado por su prometida, tal vez se mejoren las condiciones.

—¿Qué hará de su hermana y de su cuñado de Angulema? —preguntó el caballero de Espard.

—Su hermana es rica y se llama hoy la señora Sechard de Marsac —respondió Rastiñac.

—Si hay dificultades, no le faltarán proporciones siendo tan guapo como es —dijo Bianchón para saludar a Luciano.

—Buenos días, amigo querido —dijo Rastiñac, dándole un caluroso apretón de manos a Luciano.

Antes de comer, Desplein y Bianchón, que, al mismo tiempo que bromeaban con el barón de Nucingen, lo examinaban, reconocieron que su enfermedad era puramente moral; pero nadie pudo adivinar la causa, tan imposible parecía que aquel profundo político de la Bolsa pudiese estar enamorado. Bianchón, al no hallar nada más que el amor como explicación del estado patológico del banquero, le dijo dos palabras a Delfina de Nucingen, la cual se sonrió como mujer que sabe hace ya mucho tiempo a qué atenerse respecto a su marido. Después de comer, cuando bajaron al jardín, los íntimos de la casa cercaron al banquero y quisieron poner en claro aquel caso extraordinario, al oírle afirmar a Bianchón que Nucingen debía estar enamorado.

—Barón —le dijo de Marsay—, ¿sabe usted que ha enflaquecido atrozmente?… y no falta quien sospecha que viola usted las leyes de la naturaleza financiera.

—¡Nunca! —respondió el barón.

—Si tal —replicó de Marsay—. Hay quien se atreve a decir que está usted enamorado.

—Es *ciegto* —respondió lastimosamente Nucingen—. *Suspigo pog* algo desconocido.

—¿Está usted enamorado?… ¡vaya!, ¡vaya! es usted un fatuo y un presumido —dijo el caballero de Espard.

—Bien sé yo que *estag enamogado* a mi edad es lo más *gidículo* que hay; *pego* ¿qué *quiege* usted? es así.

—¿De una mujer distinguida? —preguntó Luciano.

—El barón sólo puede enflaquecer así por un amor sin esperanza —dijo de Marsay—, porque tiene con qué comprar a todas las mujeres que quieren o que pueden venderse.

—No la conozco —respondió el barón—. *Ahoga* que la *señoga* Nucingen está en el salón, puedo *decígselo* a ustedes. Hasta *ahoga* no he sabido lo que *ega* el *amog*. ¿El *amog*?… *paga* mí el *amog es enflaqueceg*.

—¿Dónde halló usted a esa joven inocente? —preguntó Rastiñac.

—En *caguaje*, a las doce de la noche, en el bosque de Vincennes.

—¿Y sus señas? —preguntó de Marsay.

—*Cuegpo de gaso* blanco, falda de *colog de gosa*, velo blanco… una *figuga vegdadegamente* bíblica. Ojos de *viggen*, tes *ogiental*.

—¡Usted soñaba! —dijo Luciano sonriéndose.

—Es *vegdad, dogmía* como un tronco, pues *ega* cuando volvía de *comeg* del campo con mi amigo.

—¿Iba sola? —preguntó Tillet interrumpiendo al cancerbero.

—Sí —dijo el barón con doliente tono—, sólo la acompañaban un jeduco que iba tras el coche y una *camaguega*.

—Luciano parece conocerla —exclamó Rastiñac al ver la sonrisa del amante de Ester.

—¿Quién no conoce a las mujeres capaces de ir a las doce de la noche al encuentro de Nucingen? —contestó Luciano bromeando.

—En fin, no es una mujer que frecuente el mundo, porque el barón habría reconocido al jeduco —dijo el caballero de Espard.

—No la he visto en ninguna *pagte* —respondió el barón—, y eso que hace *cuagenta* días que la policía la busca por *ogden* mía.

—Es preferible que le cueste unos centenares de miles de francos que la vida, y, a su edad, una pasión sin alimento es peligrosa y puede acarrear la muerte —dijo Desplein.

—Si lo que como no me alimenta y el *aige* me *pagece mogtal* —le respondió Nucingen a Desplein—. Voy con frecuencia al bosque de Vincennes a *veg* el *lugagen* que la hallé… ¡Y eso es mi vida!… No he podido *siquiega ocupagme* del último préstamo y he tenido que *atenegme* a mis colegas que *tuviegon* lástima de *mí. Dagía* un millón *pog conoceg* a esa *mujeg*, con lo cual *ganagía, pogque* no puedo *ig* a la Bolsa. Pregúnteselo a Tillet.

—Sí —respondió Tillet—, le ha tomado aversión a los negocios y está muy cambiado, lo cual es señal de muerte.

—Señal de *amog*, que es *paga* mí lo mismo —replicó Nucingen.

La sencillez de aquel anciano que no era ya cancerbero y que, por primera vez en su vida, veía algo más santo y más sagrado que el oro, conmovió a aquella sociedad de seres gastados: los unos se sonrieron y los otros miraron a Nucingen para expresar con sus miradas el siguiente pensamiento: ¡llegar a este estado un hombre tan entero!… Después cada cual se volvió al salón a comentar el suceso, porque aquello era un verdadero suceso sensacional. La señora de Nucingen se echó a reír cuando Luciano le reveló el secreto del banquero; pero al oír las burlas de su mujer, el barón la cogió por un brazo, la llevó al alféizar de una ventana y te dijo en voz baja:

—*Señoga*, ¿me he *bugiado* yo nunca de sus pasiones, *paga* que se *bugle* usted de las mías? Una buena *mujeg ayudagía* a su *magido* a *salig* del *apugo*, sin *bugtagse* de él como usted hace.

Por la descripción del anciano banquero, Luciano había reconocido a su Ester, y enojado ya consigo mismo por la sonrisa suya que había sido

notada, aprovechó el momento de conversación general que se anima mientras sirven el café, y desapareció.

—¿Qué ha sido del señor de Rubempré? —preguntó la baronesa de Nucingen.

—Es fiel a su divisa: *Quid me continebit?* —respondió Rastiñac.

—Lo cual quiere decir: ¿Quién me retiene? o: Soy indomable, como usted quiera —dijo de Marsay.

—Se ha sonreído de un modo en el momento en que el barón hablaba de la desconocida, que me hace creer que la conoce —dijo Horacio Bianchón con la mayor inocencia.

—¡Bueno! —se dijo para sus adentros el cancerbero.

Como todos los enfermos desesperados, el barón aceptaba todo lo que le parecía ser una esperanza, y se propuso hacer espiar a Luciano por gente diferente de la de Louchard, que era el policía más hábil del comercio de París, y el que tenía encargo de buscar a Ester.

Antes de ir a casa de su amada, Luciano tenía que ir al palacio de Grandlieu a pasar las dos horas que hacían a la señorita Clotilde Federico de Grandlieu la joven más feliz del barrio de Saint-Germain. La prudencia que caracterizaba la conducta de aquel joven ambicioso, le aconsejó que diese cuenta a Carlos Herrera del efecto que había producido su sonrisa al ver que el barón hacía el retrato de Ester. El amor del barón hacia Ester y el hecho de haber empleado en su busca a la policía, eran, por otra parte, acontecimientos bastante dignos de serle trasmitidos al hombre que había buscado, debajo de la sotana, el asilo que los criminales hallaban antaño en las iglesias. Y desde la calle de San Lázaro, en donde vivía en aquel tiempo el banquero, a la calle de San Dominico, en donde se hallaba el palacio de Grandlieu, el camino de Luciano lo llevaba a delante de su casa de la calle Malaquais. Luciano halló al cura fumando su breviario, es decir, echando una pipa antes de acostarse. Este hombre, más extraño que extranjero, acabó por renunciar a los puros españoles porque los hallaba demasiado suaves.

—Esto se pone serio —respondió el cura cuando Luciano se lo hubo contado todo—. El barón, que se sirve de Louchard para hallar a la

pequeña, no dejará de poner a alguien en tu seguimiento y todo será descubierto. La noche y la mañana apenas me bastarán para preparar las cartas de la partida que voy a jugar contra ese barón, a quien debo mostrar, ante todo, la impotencia de la policía. Cuando nuestro cancerbero haya perdido toda esperanza de hallar lo que busca, yo me encargo de venderle la oveja en lo que vale…

—¡Vender a Ester! —exclamó Luciano, cuyo primer impulso era siempre excelente.

—¿Olvidas acaso nuestra situación? —exclamó el cura.

Luciano bajó la cabeza.

—Ya no hay dinero y tenemos que pagar deudas por valor de sesenta mil francos —repuso el falso sacerdote—. Si quieres casarte con Clotilde de Grandlieu, tienes que comprar una tierra de un millón para asegurar la viudez de esa fea. Ester es una pieza que le costará un millón a ese cancerbero. Esto corre de mi cuenta.

—Ester no querrá nunca…

—Eso es cosa mía.

—Se morirá.

—Eso es cosa de las Pompas fúnebres. Y después de todo ¿qué? —exclamó aquel salvaje poniendo coto a las elegías de Luciano—. ¿Cuántos generales murieron en la flor de sus años por el emperador Napoleón? —le preguntó a Luciano al cabo de un momento de silencio—. ¡Siempre se encuentran mujeres! En 1821, Coralia no tenía igual para ti, y, sin embargo, existía ya Ester. Después de esta muchacha vendrá… ¿sabes quién?… la mujer desconocida, que es la más hermosa de todas las mujeres, y la que buscarás tú en la capital en que el yerno del duque de Grandlieu sea ministro y representante del rey de Francia. Y luego, dime, señor chiquillo, ¿se morirá Ester?, ¿puede conservar esas relaciones el marido de una Grandlieu? Pero, en fin, déjame a mí obrar y alégrate de no tener que pensar en todo como yo: esto es cosa mía. Únicamente que tú pasarás una semana o dos sin Ester, aunque hoy puedes ir aún a la calle Taitbout. Vamos, vete a ver a tu Grandlieu. Hallarás a Ester un poco triste, pero dile que obedezca. Se trata de

nuestra librea de virtud, de nuestras casacas de honradez, del parapeto que oculta las grandes infamias. Se trata de mi hermoso *yo*, de ti que no debes parecer nunca sospechoso. La casualidad nos ha servido mejor que mi pensamiento, que hacía ya dos meses que trabajaba en el vacío.

Al pronunciar estas últimas frases, cual si disparase otros tantos pistoletazos, el falso sacerdote se vestía y se disponía a salir.

—Tu alegría es visible —exclamó Luciano—, tú no has querido nunca a la pobre Ester, y ves llegar con gusto el momento de desembarazarte de ella.

—Tú nunca te has hastiado de amarla, ¿verdad? Pues bien, yo no me he hastiado nunca de execrarla. Pero ¿no he obrado siempre como si amase sinceramente a esa muchacha, siendo así que tenía su vida en mis manos, por medio de Asia? Unas setas venenosas en un guiso, y se habría acabado todo… Sin embargo, la señorita Ester vive aún, ¿verdad?… y es feliz porque tú la amas. No seas chiquillo. Hace cuatro años que esperamos una casualidad favorable o contraria, y ahora es preciso obrar con talento para aprovechar la oportunidad que nos depara la fortuna: en este golpe, como en todo, hay cosa buena y mala. ¿Sabes en lo que pensaba en el momento en que entrabas?

—No…

—En hacerme aquí, como en Barcelona, heredero de alguna vieja devota, por medio de Asia…

—¿Un crimen?

—No me quedaba ya más que este recurso para asegurar tu dicha. Los acreedores se mueven. Una vez perseguido por los alguaciles y despedido del palacio de Grandlieu, ¿qué sería de ti? Habría llegado la hora del diablo.

El falso sacerdote describió con un gesto el suicidio de un hombre que se tira al agua, y luego fijó en Luciano una de aquellas miradas duras y dominantes que hacen penetrar la voluntad de las gentes fuertes en el alma de las débiles. Aquella mirada fascinadora que venció toda resistencia, anunciaba entre Luciano y el falso sacerdote, no sólo secretos de vida y muerte, sino también sentimientos tan superiores a los sentimientos ordinarios como lo era aquel hombre a la bajeza de su

situación.

Obligado a vivir fuera del mundo, cuyas puertas le cerraba la ley, agotado por el vicio y por furiosas y terribles resistencias, pero dotado de una fuerza de alma que le corroía, aquel personaje innoble y grande, oscuro y célebre, devorado por una fiebre de vida, revivía en el elegante cuerpo de Luciano, cuya alma había pasado a ser suya. Él se hacía representar en la vida social por aquel poeta, al que comunicaba su consistencia y su voluntad de hierro. Para él, Luciano era más que un hijo, más que una mujer amada, más que una familia, más que su vida: era su venganza; y del mismo modo que las almas fuertes se aferran más a un sentimiento que a la existencia, él se había unido al poeta con lazos indisolubles. Después de haber comprado la vida de aquel soñador desesperado que se encaminaba al suicidio, le propuso uno de esos pactos infernales que sólo se ven en las novelas, pero cuya terrible posibilidad ha sido demostrada a veces en las causas célebres. Prodigándole a Luciano todos los goces de la vida parisiense, probándole que podía crearse aún un porvenir hermoso, él había logrado su propósito. Por lo demás, cuando se trataba de su segundo *yo*, aquel hombre extraño, no conocía sacrificios. En medio de su fuerza, era tan débil contra los caprichos de su aliado, que había acabado por confiarle sus secretos. ¿No fue un lazo más entre ellos esta especie de complicidad moral? Desde el día en que la Torpedo fue secuestrada, Luciano sabía la terrible base sobre que descansaba su dicha. Aquella sotana de cura español ocultaba a Jacobo Collín, una de las celebridades del presidio, el cual vivía diez años antes, con el hombre de Vautrín, en la casa Vauquer, donde Rastiñac y Bianchón se hospedaban. Jacobo Collín, apodado *Burla-la-Muerte*, tan pronto como se evadió del presidio de Rochefort, aprovechó el ejemplo dado por el famoso conde de Santa Elena, si bien modificando todo lo que tuvo de vicioso la acción atrevida de Coiñard. Sustituir a un hombre honrado y continuar la vida de bandido es una proposición cuyos términos son demasiado contradictorios para que no acarree un desenlace funesto, sobre todo en París; porque, implantándose en una familia, un condenado centuplica los peligros de la sustitución. Para estar al abrigo de toda indagación ¿no es preciso situarse a mayor altura que los intereses ordinarios de la vida? Un hombre del mundo está sometido a casualidades que difícilmente afectan al que se aísla de aquél; de modo que la sotana es el disfraz más seguro, cuando puede ser completado con una vida ejemplar, solitaria y sin acción. «Seré, pues, sacerdote», se dijo aquel muerto civil que quería revivir a toda costa bajo una forma social y satisfacer pasiones tan extrañas como él. La

guerra civil que estalló en España, por la constitución del año 1812, país al que se trasladó este hombre de acción, le dio medios de matar secretamente en una emboscada al verdadero Carlos Herrera. Hijo bastardo de un gran señor y abandonado por su padre, ignorante de la mujer a quien debía la vida, aquel sacerdote estaba encargado de una misión política en Francia por el rey Fernando VII a quien se lo había propuesto un obispo. El obispo, único hombre que se interesaba por Carlos Herrera, murió durante el viaje que hacía éste de Cádiz a Madrid y de Madrid a Francia. Satisfecho de haber hallado aquella individualidad tan deseada y en las condiciones apetecidas, Jacobo Collín se hizo heridas en la espalda para borrar las fatales letras y se transformó el rostro por medio de reactivos químicos. Metamorfoseándose así delante del cadáver del sacerdote antes de destruirlo por el fuego, pudo adquirir cierta semejanza con el despojado. Para acabar aquella trasmutación, casi tan maravillosa como aquella que se refiere en un cuento árabe en que un dervís adquiere el poder para penetrar, siendo viejo, en un cuerpo joven mediante palabras mágicas, el forzado, que hablaba español, aprendió el latín que conviene saber a todo sacerdote.

Banquero del presidio, Collín era rico porque poseía los depósitos confiados a su conocida y forzada probidad: entre tales asociados, un error se paga a puñaladas. A aquellos fondos unió el dinero que le había dado el obispo a Carlos Herrera. Antes de salir de España, pudo apoderarse del tesoro de una devota de Barcelona, a la cual dio la absolución prometiéndole operar la restitución de las sumas que provenían de un asesinato cometido por ella, y del que procedía su fortuna. Al convertirse en sacerdote, encargado de una misión secreta que había de valerle poderosas recomendaciones en París, Jacobo Collín, resuelto a no hacer nada que comprometiese su carácter de eclesiástico, se entregaba a los azares de su nueva existencia, cuando encontró a Luciano en la carretera de Angulema a París. Este joven le pareció al falso sacerdote que podría ser un maravilloso instrumento de poder, y lo salvó del suicidio diciéndole:

—Entréguese a un hombre de Dios como se entrega uno al diablo, y obtendrá usted todas las ventajas de un nuevo destino. Vivirá usted como en sueños, y el peor sueño será la muerte que quería usted darse.

La alianza de estos dos seres, que debían de formar uno solo, descansó en este razonamiento lleno de fuerza, que el cura cimentó con una complicidad sabiamente trabada. Dotado del genio de la corrupción, el

forzado destruyó la honradez de Luciano sumiéndolo en necesidades crueles y sacándolo de ellas mediante consentimientos tácitos de aquellas acciones malas o infames que le dejaban siempre puro, leal y noble a los ojos del mundo. Luciano era el esplendor social a cuya sombra quería vivir el falso sacerdote.

—Yo soy el autor y tú serás el drama; si no tienes éxito, la silba será para mí —le dijo el día en que le confesó el sacrilegio de su disfraz.

El falso sacerdote fue prudentemente, de confesión en confesión adaptando la infamia de las confidencias a la extensión de sus progresos y a las necesidades de Luciano, y no le reveló su último secreto hasta el momento en que el hábito de los goces parisienses, los éxitos y la vanidad satisfecha le habían esclavizado el cuerpo y el alma de aquel poeta tan débil. Donde Rastiñac, tentado por aquel demonio había resistido, Luciano, mejor manejado, más sabiamente comprometido, y vencido, sobre todo, por la dicha de haber conquistado una posición eminente, sucumbió. El mal, cuya configuración poética recibe el nombre de diablo, empleó con aquel hombre medio afeminado sus más atractivas seducciones, y le exigió al principio poco a cambio de mucho. La gran arma del cura fue aquel eterno secreto prometido por Tartufo a Elmira. Las pruebas reiteradas de una abnegación absoluta, semejante a la del seide por Mahoma, acabaron aquella obra horrible de la conquista de Luciano por Jacobo Collín.

En aquel momento, no sólo habían devorado Ester y Luciano los fondos confiados a la probidad del banquero de los presidios, que se exponía a terribles rendiciones de cuentas, sino que el petimetre, la cortesana y el sacerdote tenían deudas. En el momento en que Luciano iba a vencer, el más pequeño tropiezo por parte de cualquiera de los tres podía contribuir a que se derribase el fantástico edificio de una fortuna tan audazmente construida. En el baile de la Ópera, Rastiñac había reconocido al Vautrín de la Casa Vauquer, pero sabía que moriría si cometía una indiscreción, y Luciano cambiaba con el amante de la señora de Nucingen miradas en que el miedo se escondía en ambos con apariencias de amistad; así es que en el momento del peligro, Rastiñac habría dado gustoso el coche que hubiese de conducir al patíbulo a Burla-la-Muerte. Ahora todo el mundo debe comprender la alegría que sentiría el falso cura al conocer el amor del barón de Nucingen y al calcular todo el partido que podía sacar de Ester un hombre de su temple.

—¡Anda! —le dijo a Luciano— el diablo protege a su limosnero.

—Estás fumando encima de un polvorín.

—*¡Incedo per ignes!* —respondió el falso eclesiástico riéndose— ¡es mi oficio!

La casa de Grandlieu se dividió en dos ramas a mediados del siglo: la primera la formó la casa ducal condenada a extinguirse, por no tener más que hijas el último duque actual; y la otra, los vizcondes de Grandlieu que tienen que heredar títulos y armas de la rama primogénita. La rama ducal lleva *gules, con tres dolobres o hachas de oro puestas en haz*, y con el famoso «CAVEO NON UIMEO» por divisa, que es toda la historia de aquella casa. El escudo de los vizcondes es acuartelado de Navarreins, que es de *gules, con la faja almenada de oro*; y timbrado con el casco de caballero con «GRANDS FAITS GRAND LIEU!» por divisa. La vizcondesa actual, viuda desde 1813, tiene un hijo y una hija. Aunque volvió casi arruinada de la emigración, ha recobrado, gracias a la fidelidad del procurador Derville, una fortuna bastante considerable. Habiendo vuelto a su patria en 1804, el duque y la duquesa de Grandlieu fueron objeto de los halagos del emperador, y Napoleón, al verlos en su corte, devolvió todo lo que tenía la casa de Grandlieu en el Domaine, o sea unos cuarenta mil francos de renta. De todos los grandes señores del arrabal Saint-Germain que se dejaron seducir por Napoleón, el duque y la duquesa (una Adjuda de la rama primogénita aliada con los Braganza) fueron los únicos que no renegaron del emperador y de sus beneficios. Luis XVIII tuvo en cuenta aquella fidelidad cuando el arrabal Saint-Germain la reputó como un crimen de los Grandlieu; pero con esto, Luis XVIII se proponía sin duda molestar a Monsieur. Se consideraba probable el casamiento del joven vizconde de Grandlieu con María Atenáis, la última hija del duque, que tenía a la sazón nueve años. Sabina, la penúltima, se casó con el barón del Guenic después de la revolución de julio. Josefina, la tercera, pasó a ser señora de Adjuda-Pinto, cuando el marqués perdió a su primera mujer, la señorita de Rochefide (alias Rochegude). La mayor había tomado el velo de monja en 1822. La segunda, Clotilde Federico, que tenía entonces veintisiete años, estaba locamente enamorada de Luciano de Rubempré. No es necesario preguntar si el palacio del duque de Grandlieu, que es uno de los más hermosos de la calle de San Dominico, tendría prestigios en el ánimo de Luciano. Siempre que la inmensa puerta giraba sobre sus goznes para dar entrada a su coche, Luciano sentía esa satisfacción de

vanidad de que habla Mirabeau, y a veces se decía:

—Aunque mi padre haya sido sencillo farmacéutico del Houmeau, yo tengo entrada aquí…

Tales eran sus pensamientos; así es que hubiese cometido mayores crímenes que los de su alianza con Jacobo Collín, para conservar el derecho a subir los pocos peldaños de la escalinata exterior y por oír que anunciaban: «¡El señor de Rubempré!» en el gran salón Luis XIV, hecho en tiempo de Luis XIV a imitación de los de Versalles, donde se hallaba aquella sociedad distinguida, la *crema* de París, llamada entonces el *petit chateau*. La noble portuguesa, una de las mujeres que gustan menos de salir de su casa, estaba casi siempre rodeada de sus vecinos los Chaulieu, los Navarreins y los Lenoncourt. Con frecuencia la linda baronesa de Macumer (apellidada Chaulieu), la duquesa de Maufrigneuse, la señora de Espard, la señora de Camps, la señorita de Touches, aliada con los Grandlieu, que son de Bretaña, se hallaban de visita, al ir al baile o al volver de la Ópera. El vizconde de Grandlieu, el duque de Rhetoré, el marqués de Chaulieu, que debía ser un día duque de Lenoncourt-Chaulieu, su mujer Magdalena de Morsauf, nieta del duque de Lenoncourt, el marqués de Adjuda-Pinto, el príncipe de Blamont-Chauvry, el marqués de Beauseant, el vidamo de Pamiers, los Vandenesse, el anciano príncipe de Cadiñán y su hijo el duque de Maufrigneuse, eran los asiduos de aquel salón grandioso donde se respiraba el aire de la corte, donde las maneras, el tono y la agudeza armonizaban con la nobleza de los dueños, cuya gran aristocracia había acabado por hacer olvidar su tropiezo napoleónico. La anciana duquesa de Uxelles, la madre de la duquesa de Maufrigneuse, era el oráculo de aquel salón, donde la señora de Serizy no había podido nunca penetrar a pesar de apellidarse Ronquerolles. Llevado por la señora de Maufrigneuse, a quien su madre le había pedido protección, Luciano se mantenía allí gracias a la influencia de la gran limosnera de Francia y del arzobispo de París. Sin embargo, no fue presentado hasta después de haber obtenido la R. O. que le confería el nombre y las armas de la casa de Rubempré. El duque de Rhetoré, el caballero de Espard y algunos otros envidiaban a Luciano e indisponíanle periódicamente con el duque de Grandlieu contándole anécdotas de la historia de Luciano; pero la devota duquesa, rodeada de las eminencias de la Iglesia, y Clotilde de Grandlieu lo apoyaron y sostuvieron; esto sin contar con que Luciano explicó estas enemistades, contando su aventura con la prima de la señora de Espard, la señora de Bargetón, que era a la sazón condesa del Chatelet. Además,

comprendiendo la necesidad de hacerse adoptar por una familia tan poderosa, y empujado por su consejero íntimo a seducir a Clotilde, Luciano tuvo el valor de todos los advenedizos: de los siete días de la semana fue allí cinco, sorteó con gracia los ataques de la envidia, sostuvo las miradas impertinentes y respondió ingeniosamente a todas las burlas. Su asiduidad, el encanto de sus maneras y su complacencia acabaron por neutralizar los escrúpulos y por aminorar los obstáculos. Recibido en casa de la duquesa de Maufrigneuse, en la de la señora de Serizy y en la de la señorita de Touches, Luciano, satisfecho de ser admitido en estas tres casas, aprendió con el cura a emplear la mayor reserva en todos sus actos.

—No es posible mostrarse adicto a muchas casas a la vez —le decía su consejero íntimo—. Quien va a todas partes no despierta interés en ninguna. Los grandes no protegen más que a los que rivalizan con sus muebles, a los que ven todos los días, y a los que saben hacerse necesarios, como el diván en que se sientan.

Acostumbrado a mirar el salón de los Grandlieu como su campo de batalla, Luciano reservaba su ingenio, sus chistes, las novedades y las gracias todas para las veladas de aquella casa. Insinuante, cariñoso y prevenido por Clotilde de los escollos que tenía que evitar, halagaba las pasioncillas del señor de Grandlieu. Después de haber empezado por envidiar la dicha de la duquesa de Maufrigneuse, Clotilde se enamoró locamente de Luciano; y éste, que comprendió todas las ventajas de semejante alianza, representó su papel de enamorado cual lo hubiese hecho el mejor galán joven de teatro. Luciano iba a misa todos los domingos a Santo Tomás de Aquino, fingía ser ferviente católico, se entregaba a predicaciones monárquicas y religiosas que hacían furor, escribía en los periódicos adictos a la Congregación artículos muy notables, sin querer cobrar nada y sin poner más firma que una L, y redactó folletos políticos encargados por el rey Carlos X, o por la Gran Limosnera, sin exigir la menor recompensa.

—El rey ha hecho ya tanto por mí, que le debo mi sangre —decía Luciano.

Hacía unos cuantos días que se trataba de agregar a Luciano al gabinete del primer ministro en calidad de secretario particular; pero la señora de Espard puso a tanta gente en campaña contra Luciano, que el ministro de Carlos X no se atrevía a resolverse. No sólo resultaba poco clara la posición de Luciano y sus medios de vida, sino que la curiosidad benévola y la maliciosa iban de investigación en investigación, y le hallaban más de un defecto a la coraza de aquel ambicioso. Clotilde de Grandlieu servía a

su padre y a su madre de inocente espía. Algunos días antes había tomado la joven a Luciano para hablarle en el alféizar de una ventana y darle cuenta de las objeciones de su familia, y le había dicho:

—La respuesta de mi madre es que adquiera usted una tierra que valga un millón y que entonces obtendrá mi mano.

—Después te preguntarán de dónde te proviene el dinero —le había dicho el cura a Luciano cuando éste le contó lo ocurrido.

—Mi cuñado debe haber adquirido fortuna, y podrá servirme de editor responsable —exclamó Luciano.

—Entonces no falta más que el millón —había dicho el cura—; pensaré en ello.

Para explicar bien la situación de Luciano en el palacio de Grandlieu baste saber que no había sido invitado nunca a comer. Ni Clotilde, ni la duquesa de Uxelles, ni la señora de Maufrigneuse, que protegía siempre a Luciano, pudieron lograr del anciano duque este favor; tanto desconfiaba aquel hidalgo de aquel a quien llamaba siempre el señor de Rubempré. Este detalle, observado por todos los asiduos de la casa, causaba profundas heridas en el amor propio de Luciano, el cual veía que sólo era allí tolerado. El mundo tiene derecho a ser exigente, porque se ve engañado muchas veces. Figurar en París sin tener fortuna conocida o una industria determinada es una situación falsa e insostenible; así es que Luciano, meditando, daba una fuerza irrebatible a esta objeción: «¿De qué vive?» y se había visto obligado a decir en casa de la señora de Serizy, a la cual debía el apoyo del fiscal general Granville y del ministro de Estado, conde Octavio de Bauván, presidente de una audiencia soberana:

—Me estoy empeñando atrozmente.

Al entraren el patio del palacio en que veía la legitimación de su vanidad, Luciano se decía amargamente, recordando la deliberación de Burla-la-Muerte:

—Siento que todo se hunde bajo mis pies.

El joven amaba a Ester y quería a toda costa casarse con la señorita de Grandlieu. ¡Extraña situación! Era preciso vender a la una para obtener a

la otra. Un solo hombre podía realizar este tráfico sin que sufriese el honor de Luciano, y aquel hombre era Jacobo Collín: ¿no tenían que ser tan discretos el uno como el otro? No hay en la vida dos pactos de este género en que uno mismo es a la vez dominador y dominado. Luciano alejó de su mente las preocupaciones y entró alegre y radiante en los salones del palacio de Grandlieu. En aquel momento, las ventanas estaban abiertas, los aromas del jardín perfumaban el salón y la jardinera que ocupaba el centro contenía una pirámide de flores. La duquesa, sentada en un rincón, en un sofá, hablaba con la duquesa de Chaulieu. Varias mujeres formaban un grupo notable por las diversas actitudes debidas a las diferentes expresiones que cada una daba a un dolor fingido. En el mundo nadie se Interesa por una desgracia o por un sufrimiento, y todo son palabras. Los hombres se paseaban por el salón o por el jardín. Clotilde y Josefina hacían labores en torno de una mesa de té. El vidamo de Pamiers, el duque de Grandlieu, el marqués de Adjuda-Pinto y el duque de Maufrigneuse jugaban al *wisk* (sic) en un rincón.

Cuando Luciano fue anunciado, atravesó el salón y fue a saludar a la duquesa al mismo tiempo que le preguntaba la causa de su aflicción.

—La señora de Chaulieu acaba de recibir una noticia terrible; su yerno, el barón de Macumer, el ex duque de Soria, acaba de morir. El joven duque de Soria y su mujer, que habían ido a Chantepleurs a cuidar a su hermano, han escrito dando la triste noticia. Luisa se halla en un estado verdaderamente lastimoso.

—Una mujer no se ve amada dos veces en su vida, como lo era Luisa por su marido —dijo Magdalena de Morsauf.

—Será una rica viuda —añadió la anciana duquesa de Uxelles mirando a Luciano, cuyo rostro permanecía impasible.

—Pobre Luisa, la comprendo y la compadezco —dijo la señora de Espard.

La marquesa de Espard tiene el aire triste propio de una mujer llena de alma y de corazón. Aunque Sabina de Grandlieu no tenía más que diez años, fijó en su madre una mirada inteligente y burlona que fue reprimida pronto por otra de su madre. Esto es lo que se llama educar bien a los hijos.

—Si mi hija resiste ese golpe, su porvenir no me preocupa —dijo la señora

de Chaulieu con maternal acento—. Luisa es muy romántica.

—Yo no sé de quién han heredado nuestros hijos ese carácter —dijo la anciana cardenal.

—Hoy es difícil conciliar el corazón y las conveniencias —dijo un anciano cardenal.

Luciano, que no había dicho palabra, se encaminó entonces a la mesa del té para saludar a las señoritas de Grandlieu. Cuando el poeta estuvo a algunos pasos del grupo de las damas, la marquesa de Espard se inclinó para poder hablarle al oído a la duquesa de Grandlieu.

—¿Cree usted que ese muchacho ama mucho a su querida Clotilde? —le preguntó.

La perfidia de esta pregunta sólo puede ser comprendida después de hacer el retrato de Clotilde. Esta joven, de veintisiete años, estaba entonces de pie, y esta postura le permitía a la burlona marquesa de Espard abrazar de una mirada el talle seco y delgado de Clotilde, que parecía verdaderamente un espárrago. El cuerpo de la pobre muchacha era tan liso que no admitía los recursos coloniales de lo que las modistas llaman manteletas engañosas; así es que Clotilde, que sabía ya que tenía de sobra con su nombre, lejos de tomarse el trabajo de ocultar este defecto, lo hacía resaltar heroicamente. Ajustándose la ropa, Clotilde obtenía el efecto del dibujo rígido y limpio que buscaron los escultores de la edad media para las estatuitas cuyo perfil se destaca en el fondo de los nichos de las catedrales. Clotilde tenía cinco pies y cuatro pulgadas. Si se nos permite usar una expresión familiar que tiene el mérito de ser gráfica, diremos que era todo piernas. Aquel defecto de proporciones daba a su busto un algo deforme. De tez morena, cabellos negros y duros, cejas muy pobladas, ojos ardientes encerrados en oscuras órbitas, cara arqueada como un cuarto de luna y dominada por una frente prominente, era la caricatura dé su madre, que había sido una de las mujeres más hermosas de Portugal. La naturaleza se complace a veces en estos juegos. En las familias se ve frecuentemente una hermana de sorprendente belleza y un hermano horriblemente feo, que se le semeja mucho y que tiene sus mismas facciones. Clotilde tenía en la boca, excesivamente hundida, una expresión de desprecio estereotipada; así es que sus labios denunciaban, mejor que ninguna otra facción de su rostro, los secretos movimientos de su corazón, pues la afección les imprimía una expresión encantadora y

tanto más notable cuanto que sus mejillas, demasiado morenas para sonrojarse, y sus ojos negros, duros siempre, no decían nunca nada. A pesar de tantas desventajas, a pesar de su rigidez de estaca, tenía por su educación y por su raza un aire de grandeza, un ademán altivo, en fin, eso que se llama el *no sé qué*, que dejaba ver en ella a la hija de esa noble. Clotilde sacaba partido de sus cabellos, cuya fuerza, espesura y longitud les hacían pasar por bellos, y de su voz que encantaba cuando se dejaba oír en música. Clotilde era una de esas jóvenes de quienes se suele decir: «Tiene hermosos ojos» o «¡Es muy simpática!». Cuando alguien le decía a la inglesa: «Vuestra Gracia», ella le respondía: «Llámeme Vuestra Delgadez».

—¿Por qué no ha de ser amada mi pobre Clotilde? —le respondió la duquesa a la marquesa—. ¿Sabe usted lo que me decía ella ayer? «Si soy amada por ambición, yo me encargaré de hacerme amar por mí misma». Es lista y ambiciosa, y hay hombres que se enamoran de estas dos cualidades. Él, querida mía, es guapo como un sueño, y si puede rescatar la tierra de Rubempré, el rey le dará el título de marqués por consideración a nosotros… Después de todo, su madre es la última Rubempré…

—Pobre muchacho, ¿de dónde va a sacar un millón? —dijo la marquesa.

—Eso no es cosa nuestra —contestó la duquesa—; porque él es incapaz de robar… Por lo demás, nosotros no daríamos la mano de Clotilde a un intrigante o a un hombre malvado, aunque fuese guapo, poeta y joven como el señor de Rubempré…

—Viene usted tarde —le dijo Clotilde sonriendo a Luciano.

—Sí, he comido fuera de casa.

—Hace algunos días que frecuenta usted demasiado el mundo —dijo la joven ocultando sus celos y sus inquietudes por medio de una sonrisa.

—¿El mundo? —preguntó Luciano— no, únicamente que por la mayor de las casualidades, toda la semana he comido en casa de banqueros: hoy en casa de Nucingen, ayer en casa de Tillet y antes de ayer en la de Keller…

Ya se ve que Luciano había sabido imitar el tono de graciosa impertinencia propia de los grandes señores.

—Tiene usted muchos enemigos —le dijo Clotilde presentándole una taza de té—. Han venido a decirle a mi padre que tenía usted sesenta mil francos de deudas y que dentro de poco iría usted a parar a Santa Pelagia. ¡Y si supiese usted lo que me traen a mí todas esas calumnias!… Todo cae sobre mí. No le diré lo que sufro (mi padre tiene miradas que me crucifican), pero sí le hablaré de lo que debe usted sufrir si tienen algo de cierto esos rumores.

—No se preocupe usted de esas tonterías; ámeme cual yo la amo y concédame unos meses de crédito —respondió Luciano colocando la taza vacía en la bandeja de plata cincelada.

—No se presente usted delante de mi padre, porque le diría alguna impertinencia, y como usted no la sufriría, estaríamos perdidos. Esa maldita marquesa de Espard le ha dicho que su madre había sido enfermera y su hermana planchadora.

—Hemos estado en la mayor miseria, es cierto —dijo Luciano con lágrimas en los ojos—. Eso no es calumnia, pero sí maledicencia perversa. Hoy mi hermana es millonaria, y mi madre murió hace ya dos años… Al parecer habían reservado esas noticias para el momento en que yo estuviese a punto de vencer.

—¿Pero qué le ha hecho usted a la señora de Espard?

—Cometí la imprudencia de contar en casa de la señora de Serizy, delante del señor Granville, la historia del pleito que tenía con su marido para obtener el interdicto, pleito que me fue explicado a mí por Bianchón; y la opinión del señor Granville hizo cambiar el fallo del ministro de Justicia. Uno y otra recularon ante la *Gaceta de los Tribunales*, ante el escándalo, y la marquesa recibió un badilazo al leer los fundamentos de la sentencia que puso fin a aquel horrible asunto. Si el señor de Serizy cometió una indiscreción que convirtió a la marquesa en mi enemigo mortal, en cambio gané su protección, la del fiscal general y la del conde Octavio de Bauván, a quien la señora de Serizy dijo el peligro en que había puesto dejando ver de dónde provenían sus informes. El señor marqués de Espard ha cometido la torpeza de hacerme una visita por considerarme el autor o, mejor dicho, la causa de que él hubiese ganado ese pleito infame.

—Yo le voy a librar a usted de la señora de Espard —dijo Clotilde.

—¿Cómo? —exclamó Luciano.

—Mi madre invitará a los pequeños Espard, que son encantadores y grandecitos ya. El padre y los dos hijos entonarán aquí alabanzas en su favor, y con esto estamos seguros de no volverá vera la madre…

—¡Oh! Clotilde, es usted adorable, y si yo no la amase por usted misma, la amaría por su talento.

—No es talento —dijo la joven poniendo todo su amor en los labios—. Adiós. Esté usted unos días sin venir. Cuando me vea usted en Santo Tomás de Aquino con un chal de color de rosa, mi padre habrá cambiado de humor.

Evidentemente aquella joven tenía más de veintisiete años.

Luciano tomó un coche en la calle de la Plancha, lo dejó en los bulevares, tomó otro en la Magdalena y le encargó al cochero que le preguntase la puerta en la calle Taitbout. A las once, al entrar en casa de Ester, la halló anegada en lágrimas, pero vestida como ella sabía hacerlo para gustar. Ester esperaba a su Luciano acostada en un diván de satín blanco con flores amarillas, vestida con un delicioso peinador de muselina de Indias, sin corsé, con los cabellos recogidos sobre la cabeza, los pies en lindas zapatillas de terciopelo, con todas las luces encendidas y el *houka* preparado; pero ella no había fumado el suyo, que permanecía apagado, dando así indicios de su situación. Al oír que abrían las puertas, se enjugó las lágrimas, saltó como una gacela y se abrazó a Luciano, diciéndole:

—¡Separados!, ¿es cierto?

—¡Bah!, ¡por unos días solamente! —respondió Luciano.

Ester soltó a Luciano y volvió a caer en un diván como muerta. En estas situaciones, la mayor parte de las mujeres charlan como papagayos. ¡Ah!, ¡cuánto nos quieren! Después de cinco años, creen estar en el segundo día de su dicha, no pueden dejarnos, y se muestran sublimes de indignación, de desesperación, de amor, de ira, de pena, de terror, de melancolía, de presentimientos. En fin, que son hermosas como una escena de Shakespeare. Pero, no lo olvidéis, esas mujeres no aman. Cuando son todo lo que dicen ser, cuando aman de veras, hacen como

hizo Ester, como hacen los niños, como hace el verdadero amor: Ester no decía una palabra, yacía con la cara entre los cojines y lloraba a lágrima viva. Luciano se esforzaba para levantar a Ester y le hablaba.

—Pero, niña, si no estamos separados… ¡Cómo! después de cuatro años de dicha ¿tomas de este modo una ausencia? ¡Diablo!, ¿qué les haré yo a estas muchachas? —se dijo recordando haber sido amado de igual modo por Coralia.

—¡Ah! señor, es usted muy guapo —le dijo Europa.

Los sentidos tienen su bello ideal. Cuando a esta belleza tan seductora se unen la dulzura de carácter y la poesía que distinguían a Luciano, se puede concebir la loca pasión de aquellas criaturas eminentemente sensibles ante las dotes naturales exteriores y tan sencillas en su manera de admirar.

Ester sollozaba dulcemente y permanecía en una postura que demostraba su extremo dolor.

—Pero, estúpida —dijo Luciano— ¿no te han dicho que se trataba de mi vida?

Al oír estas palabras que Luciano pronunció intencionadamente, Ester se levantó como una fiera (sus cabellos rodearon su hermoso rostro) y miró a Luciano con fijeza.

—¡De tu vida! —exclamó levantando los brazos y dejándolos caer de un modo elocuentísimo—. Sí, es verdad, la carta de ese salvaje habla de cosas graves…

Y sacóse de la cintura un papel; pero como hubiese visto a Europa, le dijo:

—Déjanos, hija mía.

Cuando Europa hubo cerrado la puerta, Ester le dijo a Luciano tendiéndole una carta que éste leyó en voz alta:

—Ten, mira lo que me escribe.

Partirá usted mañana a las cinco de la mañana; la conducirán a casa de un guarda en el fondo del bosque de Saint-Germain, y ocupará allí un

cuarto en el primer piso. No salga de su cuarto hasta que yo se lo permita; no carecerá usted de nada. El guarda y su mujer son gente segura. No le escriba a Luciano. No se asome a la ventana durante el día; pero puede usted pasearse por la noche en compañía del guarda, si tiene usted gana de andar. Durante el camino lleve las cortinillas echadas; se trata de la vida de Luciano.

Luciano irá esta noche a despedirse de usted. Queme usted este papel delante de él…

Luciano quemó en el acto esta carta aplicándola a una bujía.

—Escucha Luciano mío —dijo Ester después de haber escuchado la lectura de aquella carta como el criminal su sentencia de muerte—, no te diré que te amo, porque sería una necedad… Pronto hará cinco años que me parece tan natural amarte como respirar, como vivir. El primer día en que comenzó mi dicha bajo la protección de este ser inexplicable, que me ha enjaulado aquí como a una fiera, supe ya que tenías que casarte. El casamiento es un elemento necesario en tu destino, y Dios me libre de retener o impedir el desarrollo de tu fortuna. Ese casamiento es mi muerte; pero yo no te molestaré, no haré como las modistillas que se suicidan con un brasero; ya me bastó con una vez, y la segunda descorazona, como dice Marieta. No, me iré muy lejos, fuera de Francia. Asia posee secretos de su país y me ha prometido enseñarme a morir tranquilamente. Se da una un pinchazo, ¡paf! y todo ha acabado. Ángel adorado, sólo una cosa te pido, y es que no me engañes. Yo ya he recibido mi pago en la vida: desde el día en que te vi en 1824, hasta hoy, he gozado más dicha que diez mujeres juntas en toda una existencia feliz. Tómame, pues, por lo que soy: una mujer tan fuerte como débil. Dime: «Me caso», y no te exigiré más que un adiós cariñoso, para que nunca vuelvas a oír hablar de mí.

Hubo un momento de silencio después de esta aclaración, cuya sinceridad sólo puede ser comparada con la sencillez del acento y de los ademanes.

—¿Se trata de tu casamiento? —dijo Ester dirigiendo una de aquellas miradas fascinadoras y brillantes como la hoja de un puñal a los brillantes ojos de Luciano.

—Hace dieciocho meses que trabajamos para mi casamiento, y todavía no está decidido, ni sé cuando se decidirá —respondió Luciano—. Pero no se

trata de esto, querida mía… se trata del cura, de ti, de mí… Estamos seriamente amenazados… Nucingen te ha visto.

—Sí… en Vincennes, ¿me ha reconocido acaso?

—No —respondió Luciano—, pero está enamorado de ti de un modo que se muere. Después de comer, cuando te describió hablándonos de tu encuentro, yo dejé escapar una sonrisa involuntaria, imprudente, porque estoy en medio del mundo como el salvaje en medio de los lazos de una tribu enemiga. El cura, que me evita el trabajo de pensar, cree que la situación es peligrosa, y se encargó de burlar a Nucingen, si Nucingen quiere espiarnos, como es de suponer, pues me ha hablado ya de la policía. En fin, que has provocado un incendio en una chimenea vieja y llena de hollín.

—¿Y qué quiere hacer el cura? —dijo Ester cariñosamente.

—No lo sé, me ha encargado que duerma sin atreverme a mirar a Ester.

—Si es así, obedezco con esa sumisión canina de que hice profesión —dijo Ester tomando el brazo de Luciano para llevarlo a su cuarto, al mismo tiempo que le preguntaba—: Mono mío, ¿has comido bien en casa de ese infame Nucingen?

—La cocina de Asia impide hallar una comida buena, por célebre que sea el cocinero de la casa en que se come; pero Careme había hecho la comida como todos los domingos.

Luciano comparaba involuntariamente a Ester con Clotilde. La judía era tan hermosa, tan constantemente encantadora, que no le había dejado acercarse al monstruo que devora los más fogosos amores: *la saciedad*.

—¡Qué lástima hallara la mujer en dos volúmenes! —se dijo Luciano—. De un lado la poesía, la voluptuosidad, el amor, la abnegación, la belleza, la gentileza…

Ester huroneaba como huronean las mujeres antes de acostarse; iba y venía y mariposeaba cantando. Cualquiera la hubiese tomado por un colibrí.

—… De otro, la nobleza del nombre, la raza, los honores, el rango, la ciencia del mundo… ¡Y no hay medio de reunirlo todo en una misma

persona! —exclamó Luciano.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, al despertar en aquel encantador cuarto de color rosa y blanco, el poeta se halló solo y, cuando llamó, se le presentó la fantástica Europa.

—¿Qué quiere el señor?

—¡Ester!

—La señora se fue a las cinco menos cuarto. Según las órdenes del señor cura, acabo de recibir una cara nueva.

—¿Una mujer?

—No, señor, una inglesa… una de esas mujeres que pasean por la noche, y hemos recibido orden de tratarla como a la señora. ¿Qué quiere hacer el señor?… ¡Pobre señora! cuando subió al coche se puso a llorar. «En fin, no hay más remedio, dijo. He dejado a ese pobrecillo durmiendo, me dijo enjugándose las lágrimas; Europa, si me hubiese mirado o si hubiese pronunciado mi nombre, me habría quedado, aunque tuviese que morir con él…». Mire, señorito, yo quiero tanto a la señora que no le dejé ver a su sustituta; hay muchas camareras que le habrían hecho rabiar.

—¿Está ahí la desconocida esa?

—Señor, estaba en el coche que ha traído a la señora, y la he escondido en mi cuarto.

—¿Es guapa?

—Todo lo que puede serlo una mujer de ocasión —dijo Europa—; pero si el señor quiere, a ella no le costará trabajo representar su papel.

Después de este sarcasmo, Europa fue a buscar a la falsa Ester.

La víspera, antes de acostarse, el omnipotente banquero había dado sus órdenes a su criado, el cual introducía, a eso de las siete, al famoso Louchard, el más hábil de los guardas de comercio, en un saloncito que ocupaba el barón en bata de casa y zapatillas.

—¡Usted se *bugló* de mí! —dijo el banquero respondiendo a los saludos

del guarda.

—Señor barón, no tenía más remedio que obrar así. Yo vivo de mi destino, y ya tuve el honor de decirle que no podía ocuparme de un asunto ajeno a mis funciones. ¿Qué le prometí yo? ponerle en relación con aquel de mis agentes que me pareció mejor para servirle. Pero el señor barón ya conoce las demarcaciones que existen entre las gentes de diferentes oficios… Cuando se construye una casa no se encarga a un panadero la labor del cerrajero. Ahora bien; hay dos policías: la policía política y la policía judicial. Los agentes de la policía judicial no se mezclan nunca en los asuntos de la política y *viceversa*. Si se dirigiese usted al jefe de la policía política, éste necesitaría una autorización del ministro para ocuparse de un negocio de usted, y usted seguramente que no se atrevería a explicárselo al director general de la policía del reino. Un agente que hiciese de policía por su cuenta, perdería el destino. Ahora bien, la policía judicial es tan circunspecta como la policía política. Esto contribuye a que en el ministerio del interior y en la Prefectura de Policía no se haga nada como no sea en interés de la justicia. ¿Se trata de un complot o de un crimen? no tema usted, que los jefes se pondrán a sus órdenes; pero comprenda usted, señor barón, que tienen otras cosas que les preocupan más que las cincuenta mil mujerzuelas de París. En cuanto a nosotros, sólo podemos dedicarnos a arrestar a los deudores; y cuando se trata de otra cosa, nos exponemos atrozmente en el caso de que molestásemos en lo más mínimo a nadie. Ya le envié a usted uno de los míos, pero le advertí que no respondía de él. Usted le dijo que buscase a una mujer en París, y Contensón le ha *escamoteado* a usted un billete de mil, sin dar el menor paso para servirle. Lo que usted deseaba era tanto como buscar una aguja en un pajar.

—Contensón ya podía *decigme* la *vegdad* en *lugag* de *escamoteagme* un billete de mil francos —dijo el barón.

—Escuche, señor barón —dijo Louchard—; si me da usted mil escudos, yo le daré, o, mejor dicho, yo le venderé un consejo.

—¿Vale mil escudos el consejo? —preguntó Nucingen.

—Señor barón, yo no me dejo atrapar —respondió Louchard—. Usted está enamorado, quiere descubrir al objeto de su pasión y será capaz de hacer cualquier locura. Según me dijo su criado, ayer vinieron a su casa dos médicos que dijeron que estaba usted grave… Yo soy el único que puedo

ponerle en manos de un hombre hábil… ¡Eh!, ¡qué diablo!, ¡si no valiese su vida mil escudos!…

—Dígame usted el nombre de ese hombre hábil, y cuente usted con mi *genegosidad*.

Louchard tomó el sombrero, saludó y salió.

—¡Diablo de hombre! —exclamó Nucingen— ¡venga!… ¡tenga!…

—Advierta usted que yo me limito pura y simplemente a venderle un informe —dijo Louchard.

—¡Es muy *cago* eso! —exclamó Nucingen— el nombre de Rotschild es el único que vale mil escudos, y para ello es preciso que ponga su *figma*… ¡Le ofrezco mil francos!

Louchard, que no había podido dejar nunca de ser policía, le guiñó el ojo al barón de un modo significativo.

—Para usted son mil escudos o nada; en un instante los recobra usted en la Bolsa.

—Ofrezco mil francos —repitió el barón.

—¡Sería usted capaz de regatear una mina de oro! —dijo Louchard saludando y retirándose.

—Ya *logragé* la *digección pog* un billete de quinientos francos —exclamó el barón, al mismo tiempo que le decía a su criado que llamase a su secretario.

Turcaret no existe ya. Hoy, lo mismo el banquero más grande que el más pequeño despliegan su astucia en los menores detalles: regatea las artes, la beneficencia, el amor, y le regatearía la absolución al papa. Mientras oía hablar a Louchard, Nucingen había pensado en un instante que Contensón, que era el brazo derecho del guarda de comercio, debía de saber la dirección del personaje, y diría por un billete de mil francos lo que Louchard quería vender por mil escudos. Esta rápida combinación prueba claramente que si el corazón de aquel hombre estaba invadido por el amor, la cabeza seguía aún siendo de un cancerbero.

—*Señog*, vaya usted mismo a casa de Contensón, el espía de *Louchagd* —dijo el barón a su secretario—, *pego* vaya usted en coche bien aprisa y tráigalo en seguida, que *espego*. Baje usted *pog* la *puegta* del *jagdín*. Aquí tiene la llave, *pogque* es conveniente que nadie vea a ese hombre en mi casa. Métalo usted *pog* el pabelloncito del *jagdín. Procuge haceg* mi *encaggo* con inteligencia.

Acudieron algunos a hablarle de asuntos a Nucingen; pero esperaba a Contensón, soñaba con Ester, y se decía que antes de poco volvería a ver a la mujer a quien había debido inesperadas emociones, así es que despidió a todo el mundo con palabras vagas y con promesas de doble sentido. Contensón le parecía el personaje más importante de París, y aguardaba su llegada mirando con impaciencia al jardín. Por fin, después de haber dado orden de cerrar la puerta, mandó que le sirviesen el almuerzo en el pabellón que se hallaba en uno de los lados del jardín. En las oficinas, la conducta y las vacilaciones del más hábil, del más avispado y del más político de los banqueros de París, parecían inexplicables.

—¿Qué tiene el patrón? —le decía un agente de cambio a uno de los primeros dependientes.

—No se sabe; al parecer inspira inquietudes su salud. Ayer, la señora baronesa llamó a los doctores Bianchón y Desplein…

Un día, unos extranjeros quisieron ver a Newton en el momento en que se dedicaba a curar a una perrita, llamada *Beauty*, la cual le echó a perder un trabajo inmenso, y a la cual se limitó a decirle: «¡Ah! Beauty, qué poco sabes lo que acabas de estropear». Los extranjeros se fueron, a fin de no interrumpir por más tiempo los trabajos del grande hombre. En todas las existencias grandiosas, se halla siempre una perrita como Beauty. Cuando el mariscal Richelieu fue a saludar a Luis XIV, después de la toma de Mahón, que fue uno de los grandes hechos de armas del siglo XVIII, el rey le dijo: «¿No sabe usted la gran noticia?… ¡el pobre Lansmatt ha muerto!». Lansmatt era un conserje que estaba en el secreto de las intrigas del rey. Los banqueros de París no supieron nunca el gran favor que debían a Contensón. Este espía causa de que Nucingen les abandonase un gran negocio. El cancerbero podía conquistar una fortuna diaria con la artillería de la especulación, mientras que el hombre estaba al servicio de la dicha.

El célebre banquero tomaba té, y mascaba unos pastelillos como hombre desganado, cuando oyó que se detenía un coche a la puertecita del jardín.

A poco el secretario de Nucingen le presentó a Contensón, a quien había hallado en un café inmediato a Santa Pelagia, donde el agente almorzaba con la propina que le había dado un deudor encarcelado con ciertas consideraciones que se pagan. Al verle, habríais adivinado en seguida que el Fígaro de Beaumarchais, el Mascarilla de Moliere, los Frontín de Marivaux y los Lafleur de Dancourt, estas grandes figuras de la audacia de la bribonería, de la astucia, de la estrategia renaciente, son algo pequeño en comparación de aquel coloso del ingenio y de la miseria. En París, cuando se encuentra un tipo, no es un hombre, es todo un espectáculo; no es un momento de la vida, sino una existencia, varias existencias. Cocido tres veces en un horno un busto de yeso se obtiene una especie de burda imitación de bronce florentino; pues bien, el reflejo de innumerables desgracias, las necesidades de posiciones terribles habían bronceado la cabeza de Contensón, como si el sudor de un horno hubiese desteñido su rostro. Las arrugas profundas no podían ya desplegarse y formaban surcos eternos de fondo blanco. Aquella cara amarilla era todo arrugas. El cráneo, semejante al de Voltaire, tenía la insensibilidad de una calavera, y a no ser por algunos cabellos que tenía en la nuca se hubiese dudado de que fuese de un hombre vivo. Bajo una frente inmóvil se agitaban, sin expresar nada, unos ojos que simulan vida y cuya expresión no cambia nunca. La nariz, roma como la de la muerte, parece burlar al destino, y la boca, hundida como la de un avaro, permanecía siempre abierta y, sin embargo, denotaba discreción como la abertura de un buzón. Tranquilo como un salvaje, con las manos tostadas, Contensón, hombrecillo seco y delgado, tenía esa actitud diogénica llena de indiferencia que no puede adaptarse nunca a las formas del respeto. ¿Y qué comentarios de su vida y de sus costumbres no se veían escritos en su traje para los que saben descifrar un modo de vestir? Sobre todo ¡qué pantalón!… un pantalón de corchete, negro y reluciente como el paño de que se hacen las togas de los abogados; un chaleco comprado en el Temple; una chaqueta de color negro enrojecido… Y todo ello cepillado, casi limpio, adornado con reloj y una cadena enorme. Contensón dejaba ver una camisa de percal amarillo, con pliegues, en la cual brillaba un alfiler de diamante falso. El cuello de terciopelo parecía una argolla sobre la cual sobresalían los pliegues rojos de una carne de caribe. El sombrero de seda relucía como el satín, y habría dado sebo para dos velas si un abacero lo hubiese comprado para hervirlo. La enumeración de estos accesorios no es nada, y sería preciso poder describir la excesiva pretensión que Contensón sabía Imprimirles. Había un no sé qué de presunción en el cuello de la chaqueta y en el lustre de las botas medio rotas, que no es posible describir. En fin, para

hacer entrever aquella mezcla de tonos tan diversos, un hombre de ingenio habría comprendido, al ver a Contensón, que, si en vez de ser policía, hubiese sido ladrón, todos aquellos andrajos, en lugar de provocar la risa, hubiesen hecho temblar de horror. Por el traje, un observador habría dicho: «He ahí un hombre infame, que bebe, que juega, que tiene vicios, pero que no se emborracha, que no da el pego, que no es ladrón ni asesino». Y Contensón era verdaderamente indefinible hasta que acudía a la mente la palabra espía. Aquel hombre había ejercido tantos oficios desconocidos como oficios conocidos hay. La sonrisa fría de sus labios pálidos, el guiño de sus ojos verdosos, la mueca de su nariz roma, decían que no carecía de talento. Tenía cara de hojalata, y el alma debía ser como la cara; así es que los movimientos fisonómicos eran muecas arrancadas por la cortesía, más bien que expresión de sus movimientos interiores. Si no causase risa, habría infundido espanto. Contensón, uno de los curiosos productos de la espuma que sobrenada en los fermentos de la cuba parisiense, tenía sobre todo la pretensión de ser filósofo y decía con amargura: «Yo tengo un gran talento, pero como no me vale nada, me encuentro como si fuese un cretino». El hombre se condenaba a sí mismo en lugar de acusar a los demás. ¿Se hallan muchos espías que no tengan más hiel que Contensón? «Las circunstancias están contra nosotros, que podíamos ser cristal y no somos más que arena», les repetía a sus jefes. Su cinismo en el vestir tenía un objeto: se preocupaba tan poco de su indumentaria como los actores, y sólo pensaba en disfrazarse, en caracterizarse, y en esto hubiese dado lecciones a Federico Lemaitre, pues podía parecer un petimetre cuando quería. Demostraba profunda antipatía por la policía judicial, porque había pertenecido durante el imperio a la policía de Fouché, a quien consideraba un gran hombre. Desde la supresión del ministerio de policía se había dedicado a los arrestos comerciales; pero su reconocida capacidad, su olfato, resultaban instrumentos preciosos, y los jefes desconocidos de la policía política habían conservado su nombre en las listas. Contensón, al igual que sus compañeros, no era más que un comparsa del drama cuyos papeles principales pertenecían a los jefes, cuando se trataba de un trabajo político.

—Váyase —dijo Nucingen despidiendo a su secretario.

—¿Por qué estará este hombre en un palacio y yo en una choza? —se decía Contensón—. Ha engañado mil veces a sus acreedores, ha robado, y yo no he quitado nunca un céntimo a nadie… Además, yo tengo más talento que él.

—Contensón, hijo mío, me ha escamoteado usted un billete de mil francos.

—Mi querida estaba debiendo a Dios y al diablo.

—¿Tienes una *quegida*? —exclamó Nucingen mirando a Contensón con mezcla de admiración y de envidia.

—No tengo más que sesenta y seis años —respondió Contensón como hombre a quien el vino mantenía joven, cual fatal ejemplo.

—¿Y qué hace?

—Me ayuda —dijo Contensón—. Cuando uno es ladrón y se ve amado por una mujer honrada, o ella se vuelve ladrona o él se hace honrado. Yo he seguido siendo espía.

—¿*Necesitagás dinego, vegdad*? —preguntó Nucingen.

—Siempre —respondió Contensón sonriéndose—; mi profesión es desearlo, como la suya es ganarlo; así es que podemos entendernos: gánelo usted, que yo me encargaré de gastarlo. Usted será el pozo y yo el cubo.

—¿*Quieges ganag* un billete de quinientos francos?

—¡Vaya una pregunta!, ¿soy tonto acaso?… seguramente que usted no me lo ofrece para reparar la injusticia de la suerte respecto a mi persona.

—Es *clago*, lo *unigé* al billete de mil francos que me has estafado, lo cual suma mil quinientos francos.

—Bueno, usted me da los mil francos que le exigí y añade quinientos más.

—Eso mismo —dijo Nucingen acompañando sus palabras de un movimiento de cabeza.

—Lo cual no suma más que quinientos francos —dijo imperturbablemente Contensón.

—A *dag* yo… —dijo el barón.

—Ya, ya, y a recibir yo. Bueno, ¿y qué valor me exige a mí el señor barón?

—Me han dicho que hay en *Pagís* un hombre capaz de *descubrig* a la *mujeg* a quien yo amo, y que tú sabes su *digección*… en fin un maestro en el espionaje.

—Es verdad.

—Pues bien, dame la *digección* y tendrás los quinientos francos.

—¿Dónde están? —se apresuró a preguntar Contensón.

—Aquí —dijo el barón sacándose un billete del bolsillo.

—Bueno, vengan —dijo Contensón tendiendo la mano.

—Dando, dando vamos a *veg* a ese hombre y te *dagé* el *dinego pogque*, a este precio tú podrías *vendegme* muchas *digecciones*.

Contensón se echó a reír y dijo:

—A decir verdad tiene usted derecho a pensar eso, aunque cuanto más bajo es nuestro oficio, más probidad requiere. Pero, mire, señor barón, ponga seiscientos francos y le daré un buen consejo.

—Da el consejo y confía en mi *genegosidad*.

—Me arriesgaré, aunque me arriesgue mucho —dijo Contensón—. Mire, en policía es preciso caminar por debajo de tierra, y usted no tiene precauciones. Usted es rico y cree que lo puede todo el dinero. El dinero es algo; pero, según dos o tres de los de más talento de los nuestros, con el dinero no se tiene más que hombres. Y hay cosas en las que no se piensa y que no pueden comprarse… A la casualidad no hay quien la pague. En buena pobreza, esto no se arregla como usted quiere. ¿Quiere usted presentarse conmigo en coche? la encontraremos.

—¿*Pog* qué no? —dijo el barón.

—¡Diantre! sí, señor. Una herradura hallada en la calle llevó al prefecto de policía al descubrimiento de una máquina infernal. Ahora bien, cuando vayamos esta noche, en carruaje, a casa del señor de San Germán, éste no se preocuparía más de verle entrar en su casa que usted de ser visto al ir.

—*Ciegto* —dijo el barón.

—¡Ah! es el talento de los talentos, el segundo del famoso Corentín, el brazo derecho de Fouché, de quien dicen algunos que es hijo natural, habido cuando éste fue sacerdote; pero yo creo que esto son mentiras: Fouché sabía ser sacerdote como supo ser ministro. ¡Ah! no logrará usted hacer trabajar a este hombre por menos de diez mil francos… piénselo bien. Pero su negocio quedará arreglado a su gusto sin que lo sepa la tierra. Yo avisaré al señor de San Germán, y él le dará una cita en algún lugar donde nadie pueda verle ni oírle, porque corre grandes peligros ejerciendo de policía por cuenta de particulares. Pero ¿qué quiere usted? es un buen hombre, el rey de los hombres, y eso que ha sufrido grandes persecuciones por haber salvado a Francia.

—Bueno, pues ya me *escribigás* tú la *hoga* de la cita —dijo el barón sonriendo.

—¿No me engrasa el señor barón la pata con alguna cosa? —dijo Contensón con aire humilde y amenazador a la vez.

—Juan —le gritó el barón a su jardinero—, vete a *pedigle* veinte francos a *Jogge* y tráemelos…

—Si el señor barón no tiene más datos que los que me dio, dudo que el maestro pueda serle útil.

—Tengo otros —respondió el barón con aire misterioso.

—Me despido del señor barón, con su permiso —dijo Contensón tomando la moneda de veinte francos; tendré el honor de venir a decirle a Jorge el lugar en que debe hallarse el señor esta noche, porque en buena policía es preciso no escribir nunca.

—Qué *gago* es *veg* tanto ingenio en estos tipos —se dijo el barón—; en policía pasa como en los negocios todos.

Al dejar al barón, Contensón se fue tranquilamente de la calle de San Lázaro a la de San Honorato, hasta el café David. Una vez allí miró por las vidrieras y vio a un anciano conocido por el nombre de padre Canquoëlle.

El café David, situado en la calle de la Moneda, en la esquina de la de San

Honorato, gozó durante los treinta primeros años de este siglo de una especie de celebridad, circunscrita al barrio llamado de los Bourdonnais. Allí se reunían los viejos negociantes retirados o los grandes negociantes que ejercían aún: los Camusot, los Lebas, los Pillerault, los Popinot y algunos propietarios como el pequeño padre Molineux. También se veía allí de tiempo en tiempo al anciano padre Guillaume, que iba de la calle del Colombier, y allí se hablaba de política, aunque prudentemente, pues la opinión del café David era el liberalismo. Allí se contaban también los chismes y cuentos del barrio; tanta necesidad sienten los hombres de burlarse unos de otros. Por lo demás, aquel café, como todos los cafés, tenía su personaje original en aquel padre Canquoëlle, que concurría a él desde el año 1811, y que parecía estar en tan perfecta armonía con la gente proba reunida allí, que nadie se escondía para hablar de política en su presencia. A veces, aquel pobre hombre, cuya simplicidad era motivo de risa para los asiduos, había desaparecido por uno o dos meses; pero sus ausencias, atribuidas siempre a sus achaques o a su vejez (pues ya pasaba desde 1811 de los sesenta), no sorprendían a nadie.

—¿Qué ha sido del padre Canquoëlle? —le preguntaban a la señora del mostrador.

—Tengo la creencia de que el mejor día sabremos su muerte por el periódico —respondía aquélla.

El padre Canquoëlle dejaba ver su origen en la manera de pronunciar el idioma, y su nombre era el de una hacienda llamada de los Canquoëlles, palabra que significa gusano en algunas provincias, y estaba situada en el departamento de Vaucluse, de donde el anciano había salido. Habían acabado por llamarle Canguoëlles en lugar de Canquoëlles sin que el pobre hombre se enfadase, pues la nobleza le parecía muerta en 1793; esto sin contar con que el feudo de Canquoëlle no le pertenecía, porque era segundón. Hoy la indumentaria del padre Canquoëlle parecería extraña; pero de 1811 a 1820 no admiraba a nadie. Aquel anciano llevaba zapatos con hebillas de acero, medias de seda con rayas circulares blancas y azules, un calzón de punto de seda con hebillas ovales semejantes a las de los zapatos. Un chaleco blanco con bordados, una casaca vieja de paño verde con botones de metal y una camisa con pechera planchada completaban su traje. En medio de la pechera brillaba un medallón de oro en el que se veía un templo de cabellos, una de esas adorables pequeñeces del sentimiento que tranquilizan a los hombres, del

mismo modo que un espantajo asusta a los gorriones. La mayor parte de los hombres, como los animales, se asustan y se tranquilizan con cualquier cosa. El calzón del padre Canquoëlle se sostenía mediante una hebilla que se abrochaba sobre el abdomen. De la cintura pendían paralelamente dos cadenas de acero compuestas de varias cadenitas que terminaban en un conjunto de dijes. Su corbata blanca era sostenida por detrás por medio de una hebillita de oro. En fin, su cabeza canosa y empolvorada iba cubierta aún, en 1816, con el tricornio municipal que llevaba también el señor Try, presidente del tribunal. Aquel sombrero, que tanto gustaba al anciano, lo había reemplazado hacía poco el padre Canquoëlle (el pobre hombre creyó que debía este sacrificio a su tiempo) por ese innoble sombrero hongo contra el cual nadie se atreve a revelarse. Una coleta, atada con una cinta, describía en la espalda una huella circular donde la grasa desaparecía bajo una capa fina de polvo. Fijándoos en el rasgo distintivo del rostro, una nariz llena de gibosidades, roja y digna de figurar en una fuente de trufas, hubieseis creído dotado de un carácter bondadoso, sencillo y franco a aquel honrado anciano, verdadero papamoscas, y hubieseis estado en un error, como lo estaba todo el café David, donde nadie había examinado nunca la frente observadora, la boca sardónica y los ojos fríos de aquel anciano dado a los vicios y tranquilo como un Vitelio cuyo vientre imperial reaparecía, por decirlo así, palingenésicamente.

En 1816, un viajante joven de comercio, llamado Gaudissard, concurrente asiduo del café David, se emborrachó de once a doce de la noche con un oficial de la reserva, y cometió la imprudencia de hablar de una conspiración bastante seria, próxima a estallar contra los Borbones. No había nadie en el café más que el padre Canquoëlle, que parecía dormido, dos mozos que dormitaban y la señora del mostrador. A las veinticuatro horas Gaudissard fue arrestado: la conspiración estaba descubierta, y perecieron en el patíbulo dos hombres. Ni Gaudissard ni nadie sospechó nunca que el pobre padre Canquoëlle hubiese sido el denunciador. Los mozos fueron despedidos, se observó durante un año a todo el mundo, y se temió a la policía de acuerdo con el padre Canquoëlle, que hablaba de desertar del café David; tan grande horror tenía a los espías policiacos.

Contensón entró en el café y pidió una copa de aguardiente, sin mirar siquiera al padre Canquoëlle, que se entretenía en leerlos periódicos; únicamente que cuando hubo bebido la copa de aguardiente, sacó la moneda de oro que le había dado el barón y llamó al mozo dando tres

golpes secos sobre la mesa. La señora del mostrador y el mozo examinaron la moneda de oro de un modo injurioso para Contensón, pero su desconfianza estaba autorizada por el asombro que causaba a todos los parroquianos el aspecto de Contensón.

—Ese oro ¿será producto de un robo o de un asesinato?

Tal era el pensamiento de algunas inteligencias que miraban a Contensón por encima de los lentes fingiendo que leían el periódico. Contensón, que lo veía todo y no se admiraba nunca de nada, se enjugó desdeñosamente los labios con el pañuelo, recibió el cambio de la moneda, se metió la calderilla en el bolsillo, cuyo forro, blanco antes, estaba entonces negro como su pantalón, y se marchó sin darle propina al mozo.

—¡Ése sí que me parece carne de presidio! —dijo el padre Canquoëlle a su vecino el señor Pillerault.

—¡Bah! —le respondió a todo el café el señor Camusot, que había sido el único que no había mostrado asombro ninguno— es Contensón, el brazo derecho de Louchard, nuestro guarda del comercio. Estos tunantes, sin duda tienen que detener a alguno en el barrio.

Un cuarto de hora después, el buen Canquoëlle se levantó, tomó su paraguas y se marchó tranquilamente. ¿No es necesario explicar aquí qué ciase de hombre terrible se ocultaba bajo la capa del padre Canquoëlle, del mismo modo que el abate Carlos ocultaba a Vautrín? Aquel meridional, nacido en Canquoëlles, única hacienda de su honrada familia, se llamaba Peyrade, y pertenecía efectivamente a la casa de La Peyrade, antigua y pobre familia del Condado que posee aún hoy la pequeña tierra de La Peyrade. Él, que era el hijo séptimo de un segundón había ido a pie a París, con dos escudos en el bolsillo a la edad de diecisiete años, empujado por los vicios de un temperamente fogoso y por el brutal deseo de medrar que lleva a la capital a tantos meridionales, cuando han comprendido que la casa paterna no podrá nunca dar con sus rentas para satisfacer sus pasiones. Se comprenderá cuál fue toda la juventud de Peyrade con decir que en 1782 era el confidente, el héroe de la tenencia general de policía, donde fue muy estimado por los señores Lenoir y de Albert, primeros tenientes generales. La Revolución no tuvo policía porque no la necesitaba. El espionaje, que fue entonces bastante general, se llamaba civismo. El Directorio, gobierno un poco más regular que el del Comité de salvación pública, se vio obligado a reconstituir la policía, y el

primer cónsul acabó su creación con la prefectura de policía, y con el ministerio de la policía general. Peyrade, hombre tradicional en el Cuerpo, creó el personal, de acuerdo con un hombre llamado Corentín, que era mucho más inteligente que Peyrade, aunque más joven, y que sólo desplegó su ingenio en los subterráneos de la policía. En 1808, los inmensos servicios que prestó Peyrade fueron recompensados con su nombramiento para el cargo de comisario general de Policía en Anvers. En la mente de Napoleón, esta especie de prefectura de policía equivalía a un ministerio de policía encargado de vigilar la Holanda. Al volver de la campaña de 1809, Peyrade fue sacado de Anvers por orden del gabinete del emperador, y fue llevado a París entre dos gendarmes, para ser encerrado en la Forcé. Dos meses después salió de la cárcel afianzado por su amigo Corentín, después de haber sufrido tres interrogatorios de seis horas en presencia del prefecto de policía. ¿Debía Peyrade su perdón a la actividad milagrosa con que había secundado a Fouché en la defensa de las costas de Francia, atacadas por la que se llamó entonces expedición de Walcheren, en la cual desplegó el duque de Otranto capacidades que asustaron al emperador? Esto hubiese sido probable en aquel tiempo para Fouché; pero hoy, que todo el mundo sabe lo que ocurrió entonces en el consejo de ministros convocado por Cambaceres, es indudable. Aterrados todos por la noticia de la tentativa de Inglaterra, que devolvía a Napoleón la expedición de Bolonia, y sorprendidos sin el amo, que estaba entonces en la isla de Lobau, donde Europa lo creía perdido, los ministros no sabían qué decisión tomar. La opinión general fue enviar un correo al emperador; pero Fouché sólo se atrevió a trazar el plan de campaña y a ejecutarlo. «Obrad como queráis —le dijo Cambaceres—, *pero yo no quiero perder la vida*, y le envío un informe al emperador». Sabido y conocido es el absurdo pretexto del emperador, cuando volvió, para destituir, en pleno consejo de Estado, a su ministro por haber salvado a Francia sin consultárselo. Desde aquel día, el emperador unió la enemistad del príncipe de Talleyrand a la del duque de Otranto, los dos únicos grandes políticos de la Revolución, los cuales tal vez habrían salvado a Napoleón en 1813. Para alejar a Peyrade, se apeló al vulgar pretexto de concusión: había favorecido el contrabando y había compartido de los provechos con el alto comercio. Semejante tratamiento era rudo para un hombre que debía el grado de mariscal del comisariato general a los grandes servicios prestados. Aquel hombre, envejecido en la práctica de los negocios, poseía los secretos de todos los gobiernos desde el año 1775, época de su entrada en la tenencia general de policía. El emperador, que se creía bastante fuerte para crear hombres a su gusto,

no tuvo en cuenta para nada las consideraciones que le hicieron más tarde en favor de un hombre reputado de ser de los más seguros, de los más hábiles y de los más astutos que velaban por la seguridad del Estado. Peyrade se sintió herido con aquello, tanto más cruelmente cuanto que era libertino y glotón, y se hallaba, respecto a las mujeres, en la misma situación del pastelero a quien gustan las golosinas. Sus costumbres se habían convertido en su segunda naturaleza; y ya no podía pasar sin comer bien, sin jugar y sin hacer aquella vida de gran señor sin fasto, a que suelen entregarse todas las gentes de facultades poderosas, que acaban por convertir en necesidades una porción de cosas verdaderamente superfluas. Además hasta entonces había vivido a lo grande sin representación, comiendo muy bien, pues nunca se contaba ni con él ni con Corentín, su amigo. Cínicamente concurrente, tenía afición a su arte y era filósofo. Por lo demás, un espía, sea de la esfera que sea, no puede ya ejercer nunca una profesión de las llamadas liberales y honradas. Una vez marcados, una vez matriculados, los espías y los condenados adquieren un carácter indeleble. Hay seres a los que el estado social les imprime fatales destinos. Por desgracia suya, Peyrade se había prendado de una linda joven, de una hija que tenía la certeza de haber habido él mismo con una actriz célebre, a la cual hizo un favor que ella pagó con tres meses de agradecimiento. Peyrade, que llamó a su hija de Anvers, se vio sin más recursos en París, que el socorro anual de mil doscientos francos que le había concedido la Prefectura en pago de sus servicios. El hombre se fue a vivir a la calle de los Moineaux, a un cuarto piso, que tenía sólo cinco piezas, y que le costaba doscientos cincuenta francos anuales.

Si algún hombre tiene que sentir la utilidad y las dulzuras del afecto ¿no es el leproso moral, llamado por la multitud un espía, por el pueblo un corchete y por el Estado un agente? Peyrade y Corentín eran amigos como Orestes y Pilades. Peyrade había educado y formado a Corentín como Vien formó a David: el discípulo superó pronto al maestro. Habían hecho juntos más de una expedición. Peyrade, satisfecho de haber adivinado el mérito de Corentín, lo había dedicado a la carrera, preparándole un triunfo, y obligó a su discípulo a servirse de una querida que le desdeñaba como de un cebo para cazar a un hombre. ¡Corentín tenía entonces veinticinco años! Corentín, que había seguido siendo uno de los jefes, conservó, cuando el duque de Rovigo ocupó el poder, la plaza eminente que ocupaba cuando el duque de Otranto. Entonces ocurría con la policía general lo mismo que con la judicial. A cada asunto de alguna

importancia, se hacía un precio alzado con los tres, cuatro o cinco agentes más hábiles. El ministro, sabedor de algún complot o de cualquier maquinación, le decía a uno de los coroneles de policía: «¿Qué necesita usted para obtener tal o cual resultado?». Después de un maduro examen, Corentín respondía: «Veinte, treinta, cuarenta mil francos». Luego, una vez que se daba la orden de comenzar, todos los medios y los hombres necesarios se dejaban a elección y juicio de Corentín o del agente designado. Por otra parte, la policía judicial obraba así para el descubrimiento de los crímenes con Vidocq.

La policía política, lo mismo que la judicial, sacaba principalmente su personal de entre los agentes conocidos, matriculados y asiduos, que son como los soldados de esa fuerza secreta tan necesaria a los gobiernos, a pesar de las declamaciones de los filántropos o de los moralistas de moral pequeña. Pero la excesiva confianza prestada a dos o tres generales del temple de Peyrade y de Corentín implicaba en ellos el derecho a emplear personas desconocidas, si bien estaban obligados a darle cuenta de todo al ministro en los casos graves. Ahora bien, la experiencia y la penetración de Peyrade eran demasiado preciosas; así es que Corentín, una vez pasada la borrasca de 1810, empleó a su anciano amigo, le consultó en todo y atendió a sus necesidades. Corentín halló medio de dar unos mil francos mensuales a Peyrade, y Peyrade, por su parte, prestó inmensos servicios a Corentín. En 1816, a propósito del descubrimiento de la conspiración en que debía de terciar el bonapartista Gaudissard, Corentín intentó hacer ingresar de nuevo a Peyrade en la policía general del Reino; pero una influencia desconocida rechazó a Peyrade. He aquí por qué: en su deseo de hacerse necesarios, Peyrade y Corentín, a instigación del duque de Otranto, habían organizado, por cuenta de Luis XVIII, una contra-policía en la cual fueron empleados Contensón y otros agentes de gran valer. Luis XVIII murió, sabedor de secretos que seguirán siendo secretos para los historiadores mejor informados. La lucha de la policía general del Reino con la contra-policía engendró horribles sucesos cuyo secreto ha sido guardado por algunos ajusticiados. No es éste el lugar ni la ocasión oportuna para entrar en el detalle de este asunto, pues las Escenas de la vida parisiense no son las Escenas de la vida política, y basta, por lo tanto, hacer notar cuáles eran los medios de vida de aquel a quien llamaban el pobre Canquoëlle en el café David y por qué conducto se relacionaba con el terrible y misterioso poder de la policía. De 1817 a 1822, Corentín, Peyrade y sus agentes recibieron el encargo de vigilar al propio ministro. Esto puede dar la explicación del porqué el Ministerio se negó a emplear a

Peyrade, que fue la víctima sobre la cual hizo recaer Corentín mismo las sospechas de los ministros, a fin de utilizar a su amigo cuando pareciese imposible ya su rehabilitación. Los ministros tuvieron confianza en Corentín y le encargaron que vigilase a Peyrade, lo cual hizo sonreír a Luis XVIII. Corentín y Peyrade quedaban entonces dueños únicos del terreno.

Contensón, agregado durante mucho tiempo a Corentín, le servía aún. Contensón se había puesto al servicio de los guardas del comercio por orden de Corentín y de Peyrade. En efecto, a consecuencia de esa especie de furor que inspira una profesión ejercida con amor, aquellos dos generales gustaban de colocar a sus soldados más hábiles en todos los lugares en que podían abundar las confidencias. Por otra parte, los vicios de Contensón y sus costumbres depravadas exigían tanto dinero, que el agente tenía que trabajar mucho. Sin cometer ninguna indiscreción, Contensón había dicho a Louchard que conocía al único hombre capaz de satisfacer al barón de Nucingen. En efecto, Peyrade era el único agente que podía ejercer impunemente de policía por cuenta de un particular. Muerto Luis XVIII, Peyrade perdió no sólo toda su importancia, sino también los beneficios de su cargo de espía de Su Majestad. Creyéndose indispensable, había continuado su mismo género de vida. Las mujeres, la buena vida y el Círculo de los Extranjeros le había impedido hacer ninguna economía a un hombre que gozaba de una naturaleza de hierro, como todos los nacidos para el vicio. Pero de 1826 a 1829, próximo ya a cumplir setenta y cuatro años, se contenía, según decía él mismo. De año en año, Peyrade había visto disminuir sus bienes; asistía a los funerales de la policía y veía con pena que el gobierno de Carlos X abandonaba las antiguas tradiciones. De sesión en sesión, la Cámara iba escatimando las subvenciones necesarias para la policía, llevada de su odio a esta institución y de su afán de moralizarla.

—Eso es lo mismo que si se intentara cocinar con guantes blancos —le decía Peyrade a Corentín.

Corentín y Peyrade percibían el 1830 desde el 1825, y conocían el odio íntimo que Luis XVIII le tenía a su sucesor, lo cual explica su indiferencia respecto a la rama menor, sin la cual su reinado y su política serían un enigma sin solución.

Al envejecer, Peyrade sentía crecer su amor por su hija natural, la cual se vestía al estilo de la clase media, pues el viejo quería casar a su Lidia con algún hombre honrado. Ésta era la razón por la cual perseguía desde tres

años antes su empleo en algún cargo ostensible, ya en la policía general o bien en la Prefectura de policía. El hombre había acabado por inventar una plaza cuya necesidad se dejaría sentir, según él, tarde o temprano. Se trataba de crear en la Prefectura de policía un negociado de confidencias, que serta intermediario entre la policía de París propiamente dicha, la policía judicial y la policía del Reino, a fin de que la Dirección general aprovechase aquellas fuerzas diseminadas. A su edad, después de cincuenta años de discreción, Peyrade era el único que podía servir de lazo para unir las tres policías y podía ser el archivero a quien se dirigirían la política y la justicia cuando quisiesen saber algo. Peyrade esperaba así atrapar, con la ayuda de Corentín, una ocasión de hallar marido y dote para su hijita Lidia. Corentín le había hablado ya del asunto al director general de Policía, sin hablarle de Peyrade, y el director general, un meridional, juzgaba necesario que la Prefectura hiciese la proposición.

En el momento en que Contensón había dado tres golpes con la moneda en la mesa del café, señal que quería decir: «Tengo que hablaros», el deán de la policía pensaba en la solución de este problema: «¿Cómo haría yo para que se moviese el actual prefecto de policía?» y parecía un imbécil con los ojos fijos en el periódico. «Nuestro pobre Fouché, se decía caminando por la calle de San Honorato, aquel gran hombre murió y nuestros intermediarios con Luis XVIII están en desgracia. Por otra parte, como decía Corentín ayer, ya nadie cree en la agilidad ni en la inteligencia de un septuagenario… ¡Ah!, ¡por qué me acostumbré a comer en casa de Very, a beber buenos vinos… a buscar mujeres… y a jugar cuando tengo dinero! Para crearse una posición, no basta tener talento, como dice Corentín, sino que es preciso saber manejar los fondos. Bien me predijo mi suerte aquel señor Lenoir, cuando exclamó, a propósito del asunto del Collier, al saber que yo no había permanecido debajo de la cama de la joven Oliva: “¡Nunca será usted nada!”».

Si el venerable padre Canquoëlle permanecía en la calle de los Moineaux en el cuarto piso, no dudéis que era porque había hallado en la posición de la casa particularidades que favorecían el ejercicio de sus terribles funciones. Situada en el rincón de la calle de San Roque, su casa carecía de vecindad por un lado. Como estaba dividida en dos partes por medio de la escalera, había en cada descanso dos cuartos completamente aislados. Aquellos dos cuartos estaban situados del lado de la calle de San Roque. Sobre el cuarto piso había buhardillas, de las cuales la una servía de cocina y la otra para habitación de la criada única del padre Canquoëlle,

una flamenca, llamada Katt, que había criado a Lidia. El padre Canquoëlle había convertido en dormitorio el primero de los dos cuartos separados y en despacho el segundo. Una gran pared medianera aislaba a aquel despacho por el fondo. La ventana que daba a la calle de los Moineaux estaba frente a una pared que hacía esquina y que no tenía ventanas. Ahora bien, como los separaba de la escalera el cuarto de Peyrade, los dos amigos no temían ningún tropiezo mientras hablaban en aquel despacho que parecía expreso para su horrible oficio. Por precaución, Peyrade había puesto una cama de paja y una alfombra en el cuarto de la flamenca, so pretexto de que estuviese con comodidad la nodriza de su hija. Además, había condenado la chimenea, sirviéndose de una estufa cuyo tubo salía al exterior por el muro de la calle de San Roque. Finalmente, había puesto en el suelo varias alfombras para impedir que los vecinos del piso inferior oyesen ningún ruido. Experto en los medios de espiar, sondaba la pared medianera, el piso y el techo una vez a la semana y lo hacía como hombre que sólo intenta matar insectos importunos y molestos.

La certidumbre de que estaba allí sin testigos había contribuido a que Corentín escogiese aquel despacho como sala de deliberación, cuando no deliberaba en su casa. La vivienda de Corentín sólo era conocida por el director general de policía y por Peyrade, y en ella recibía a los personajes a quienes el ministerio tomaba por intermediarios en casos graves; pero ningún agente, ningún subalterno iba allí, y solía combinar las cosas del oficio en casa de Peyrade. En aquel cuarto tan sencillo se tomaron resoluciones que darían materia para extraños anales y curiosos dramas, si las paredes pudiesen hablar. De 1816 a 1826 se analizaron allí inmensos intereses, y allí se descubrieron en germen los acontecimientos que debían de pesar sobre Francia. Peyrade y Corentín, tan previsores, pero más conocedores que Bellart, el fiscal general, se decían allí desde 1819: «Si Luis XVIII no se decide a dar tal o cual golpe, a deshacerse de tal príncipe… ¿execra acaso a su hermano? ¿Quiere legarle una revolución?».

La puerta de Peyrade estaba provista de una pizarra, en la cual se veían a veces extrañas marcas, cifras escritas con yeso. Aquella especie de álgebra infernal tenía claras significaciones para los iniciados.

Enfrente de la mezquina habitación de Peyrade se hallaba la de Lidia, compuesta de una antesala, de un saloncito, de un dormitorio y de un

gabinete tocador. La puerta de Lidia, como la del cuarto de Peyrade, se componía de una chapa de hierro de cuatro líneas de espesor, colocada entre dos fuertes maderas de encina, y estaba provista de cerraduras y de goznes tan difíciles de forzar como los de las cárceles; así es que, aunque la casa fuese una de esas casas de vecindad, con tienda y sin portero, Lidia vivía allí sin tener nada que temer. El comedor, el saloncito, el cuarto, cuyas ventanas daban a espaciosos jardines, eran limpios y lujosos.

La nodriza flamenca no se había separado nunca de Lidia, a quien llamaba hija. Ambas iban a la iglesia con una regularidad que le hacían formar una excelente opinión del pobre Canquoëlle al abacero realista establecido en la casa, en la esquina de la calle de los Moineaux y la Neuve-Saint-Roch, y cuya familia, cocina y mozos ocupaban el primer piso y el entresuelo. En el segundo piso vivía el propietario, y el tercero lo tenía alquilado hacía ya veinte años un escultor. Cada inquilino tenía una llave del portal. El abacero se avenía a recibir con tanto más gusto las cartas y encargos dirigidos a aquellos tres pacíficos inquilinos, cuanto que la tienda tenía un buzón.

Sin estos detalles, los extranjeros y los que conocen París no podrían comprender el misterio y la tranquilidad, la confianza y seguridad que convertían a aquella casa en una excepción parisiense. A partir de las doce de la noche, el padre Canquoëlle podía urdir tramas, recibir ministros, espías y mujeres, sin que nadie lo notase.

Peyrade pasaba por el mejor de los hombres y no le escatimaba nada a su hija. A ello había contribuido no poco la flamenca, diciéndole con frecuencia a la cocinera del abacero: «¡Es incapaz de matar una mosca!». Lidia, que había sido discípula de Schmucke, era una excelente artista musical, y sabía componer, dibujar y pintar a la aguada. Peyrade comía todos los domingos con su hija. Aquel día el buen hombre era exclusivamente padre. Religiosa sin ser devota, Lidia cumplía con el precepto pascual y se confesaba todos los meses. Esto no obstante, se permitía de tiempo en tiempo alguna ida al teatro y algún paseo por las Tullerías cuando hacía buen tiempo. Tales eran sus expansiones, pues hacía una vida muy sedentaria. Lidia, que adoraba a su padre, ignoraba por completo sus siniestras capacidades y sus tenebrosas ocupaciones. Ningún deseo había turbado la vida pura de aquella niña tan pura. Esbelta, guapa como su madre, dotada de una voz deliciosa y de un rostro fino adornado de hermosos cabellos rubios, se parecía a esos ángeles, más

místicos que reales, colocados por algunos pintores primitivos en sus Sagradas Familias. La mirada de sus ojos azules parecía derramar un rayo del cielo sobre aquel a quien favorecía. Su vestir casto, sin exageraciones ni modas determinadas, exhalaba su encantador perfume de virtud.

Figuraos a un Satanás viejo, padre de un ángel con cuyo contacto se refresca, y tendréis una idea de Peyrade y de su hija. Si alguien hubiese manchado aquel diamante, el padre habría inventado, para perderlo, alguno de aquellos formidables enredos que llevaron al patíbulo a muchos desgraciados cuando la época de la Restauración. Mil escudos al año bastaban para cubrir los gastos de Lidia y de Katt, a quien aquélla llamaba su muchacha.

Al llegar al alto de la calle de los Moineaux, Peyrade vio a Contensón; pasó delante de él, subió primero, oyó los pasos de su agente en la escalera y lo Introdujo en su cuarto antes de que la flamenca hubiese asomado las narices a la puerta de la cocina. Una campanilla, que era puesta en movimiento por una puerta vidriera, situada en el tercer piso que ocupaba el escultor advertía a los inquilinos del tercero y del cuarto la subida de alguno. Creemos inútil decir que a las doce de la noche Peyrade forraba el badajillo de aquella campanilla.

—Filósofo ¿qué ocurre de nuevo?

Filósofo era el apodo que Peyrade había puesto a Contensón.

—Hay algo así como diez mil de ganancia.

—¿Qué es?, ¿político?

—No, una estupidez. El barón de Nucingen, ya sabe usted, aquel ladrón con patente, anda detrás de una mujer que vio en el bosque de Vincennes, y hay que hallársela, o se muere de amor… Ayer hubo una consulta de médicos, según me dijo su criado. Yo le he sacado ya mil francos, so pretexto de buscar a la niña.

Contensón le contó el encuentro de Nucingen y de Ester, añadiendo que el barón tenía datos nuevos.

—Anda —dijo Peyrade—, ya daremos con su Dulcinea; dile que vaya en coche esta noche a los Campos Elíseos, avenida Gabriela, esquina a la

calle de Marigny.

Peyrade acompañó a Contensón hasta la puerta, llamó a la de su hija del modo necesario para que abriese, y entró alegremente. La casualidad le procuraba un medio de obtener al fin la plaza deseada. Después de besar a Lidia en la frente, se sentó en un sofá y le dijo:

—Toca un poco el piano.

Lidia tocó una composición de Beethoven.

—Hijita mía, muy bien tocado —exclamó tomando a su hija en brazos—, ¿sabes que tienes ya veintiún años? Y es preciso casarse, porque papá tiene ya más de setenta.

—Soy feliz así.

—¿No quieres a nadie más que a mí, que soy tan viejo y tan feo? —le preguntó Peyrade.

—¿A quién quieres que ame?

—Hijita mía, voy a comer contigo; adviértemelo a Katt. Tengo el pensamiento de casarte, de buscar un destino y un marido digno de ti… algún joven bueno y de talento que pueda ser tu orgullo algún día.

—Aún no he visto más que uno que me haya gustado para marido.

—¿Has visto uno?

—Sí, en las Tullerías —contestó Lidia—; iba dándole el brazo a la condesa de Serizy.

—¿Cómo se llama?

—¡Luciano de Rubempré!… Estaba yo sentada bajo un tilo con Katt, sin pensar en nada, y había junto a mí dos damas que dijeron: «Allí van la señora de Serizy y el guapo Luciano de Rubempré». Yo miré a la pareja a quien se referían aquellas damas. «¡Ah! querida, dijo la otra, ¡hay mujeres que son muy felices!… A ésa se le consiente todo porque se apellida Ronquerolles y su marido ocupa el poder». «Pero, querida mía, le respondió la otra, Luciano le cuesta caro…». ¿Qué quiere decir esto, papá?

—Tonterías de las que dice la gente de mundo —le contestó Peyrade a su hija—. Tal vez hacían alusión a acontecimientos políticos.

—En fin, usted me preguntó y yo le respondo. Si usted quiere casarme, búsqueme un marido que se parezca a ese joven…

—¡Niña! —exclamó el padre— la belleza en los hombres no es siempre signo de bondad. Los jóvenes dotados en un exterior agradable no hallan ninguna dificultad al empezar su vida; no despliegan ningún talento, están corrompidos por los halagos del mundo y necesitan pagar luego los intereses de sus cualidades… A mí me gustaría hallar para ti a ese hombre a quien los ricos y los imbéciles dejan sin socorro y sin protección.

—¿A quién, padre mío?

—A un hombre de talento desconocido… Pero, calla, hija mía querida, que yo tengo medios para escudriñar todo París y para realizar tu programa presentándote, para que lo ames, a un hombre tan guapo como ese mal sujeto de quien hablas, pero con más porvenir, uno de esos hombres señalados para la gloria y para la fortuna. ¡Oh!, ¡ya no pensaba en ello! debo de tener un rebaño de sobrinos, y tal vez entre ellos haya alguno digno de ti. Voy a escribir a Provenza.

¡Cosa extraña! en aquel momento un joven, muerto de hambre y de cansancio, y que había recorrido a pie el camino que separa París del departamento de Vaucluse, un sobrino del padre Canquoëlle, entraba por la barrera de Italia en busca de su tío. En los sueños de la familia que no conocía el destino de aquel tío, Peyrade resultaba una fuente de esperanzas: ¡creían que había vuelto de las Indias cargado de millones! Estimulado por aquellos cuentos del rincón del fuego, aquel sobrino, llamado Teodosio, había emprendido un viaje de circunnavegación en busca del tío fantástico.

Después de haber saboreado la dicha de su paternidad durante algunas horas, Peyrade, con los cabellos lavados y teñidos, vestido con una levita de paño azul abrochada hasta el cuello, cubierto con una capa negra, calzado con gruesas botas y provisto de un plano particular, caminaba lentamente a lo largo de la avenida Gabriela, donde Contensón, disfrazado de tendero ambulante, lo halló delante de los jardines del Elíseo Bordón.

—Señor San Germán —le dijo Contensón dándole a su antiguo jefe el nombre de guerra—, me ha hecho usted ganar quinientos *haces* (francos); pero si he venido a apostarme aquí ha sido para deciros que el condenado barón, antes de dármelos, ha ido a tomar informes *a la casa* (Prefectura).

—Tal vez te necesitaré —respondió Peyrade—. He aquí nuestros números 7, 10 y 21; podemos emplear aquellos hombres sin que lo note la policía ni la Prefectura.

Contensón fue a colocarse junto al coche en que el señor de Nucingen esperaba a Peyrade.

—Soy el señor de San Germán —dijo el meridional al barón acercándose a la portezuela del conde.

—Bueno, suba usted conmigo —respondió el barón al mismo tiempo que daba orden de encaminarse hacia el arco de triunfo de la Estrella.

—Usted ha ido a la Prefectura, señor barón, y eso no está bien. ¿Se puede saber lo que le dijo usted al señor prefecto y lo que éste le respondió? —preguntó Peyrade.

—Antes de *dagle* quinientos francos a un pillastre como Contensón, *ega natugal sabeg* si los había ganado. Yo he preguntado sencillamente en la *Prefectuga* si podía *empleag* a un tal *Peygade* en una misión delicada y si podía *teneg* confianza en él… En las oficinas me *gespondiegon* que *ega* usted uno de los más hábiles y más *hongados*. Y nada más.

—¿Quiere el señor barón decirme de qué se trata, ahora que le han dicho mi verdadero nombre?

Cuando el barón hubo explicado largamente su encuentro con Ester, el grito del cazador que iba detrás del coche y sus vanos esfuerzos para alcanzarlos, le contó lo que había ocurrido la víspera en su casa, la sonrisa que se le había escapado a Luciano de Rubempré y la creencia de Bianchón y de algunos otros relativa a las relaciones entre la desconocida y aquel joven.

—Escúcheme, señor barón; en primer lugar me entregará usted diez mil francos para los primeros gastos, porque a usted en este asunto le va la

vida, y como su vida es una manufactura de negocios, precisa no olvidar nada para hallar a esa mujer. ¡Ah!, ¡le han cazado a usted!

—Sí, me han cazado…

—Barón, si es preciso algo más, se lo diré; confíe usted en mí —añadió Peyrade—. Ya comprenderá usted que yo no soy un espía… En 1807 era comisario general en Anvers, y ahora que ha muerto ya Luis XVIII puedo decirle que dirigí siete años su contra-policía… Conmigo no hay que regatear. Señor barón, ya se le alcanzará que no es posible hacer el presupuesto de las conciencias que hay que comprar antes de haber estudiado el asunto. No se impaciente usted, que yo lograré sus propósitos; mas no crea que me va a pagar con dinero: no, yo quiero otra recompensa.

—Con tal que no sea un *geino*… —dijo el barón.

—Es menos que nada para usted.

—Me gusta eso.

—¿Conoce usted a los Keller?

—Mucho.

—Francisco Keller es yerno del conde de Gondreville, y el conde de Gondreville comió ayer en su casa de usted con su yerno.

—¿Quién diablo le ha dicho a usted eso? —exclamó el barón—. Habrá sido *Jogge*, que *chagla* siempre —se dijo para sus adentros el señor de Nucingen.

Peyrade se echó a reír, y al ver esta risa el banquero concibió extrañas sospechas sobre su criado.

—El conde de Gondreville está en situación de lograrme una plaza que deseo obtener en la Prefectura de Policía, acerca de cuya creación tendrá el prefecto una memoria antes de cuarenta y ocho horas —dijo Peyrade continuando la exposición de su plan—. Pídale esa plaza para mí: haga que el conde de Gondreville quiera ocuparse de este asunto con calor, y así me pagará usted el servicio que voy a prestarle. Me basta con su palabra, porque, si faltase a ella, llegaría día en que maldeciría usted su

suerte… se lo juro como me llamo Peyrade.

—Sí, yo le doy mi palabra de *honog* de *haceg* lo posible.

—Si yo me limitase a hacer lo posible por usted, no haría bastante.

—Bueno, *obragé* francamente.

—Francamente… eso es lo único que quiero —dijo Peyrade—, y la franqueza es el único regalo, algo nuevo que podíamos hacernos uno a otro.

—Francamente —repitió el barón—. ¿Dónde *quiege* usted que lo deje?

—En el extremo del puente de Luis XVI.

—En el puente de la *Cámaga* —le dijo el barón a su lacayo—. Al fin voy a *veg* a mi *adogada* desconocida —se dijo al verse solo.

—¡Qué cosa más rara! —se decía Peyrade mientras volvía a pie al Palais-Royal, donde se proponía triplicar los diez mil francos para constituirle una dote a Lidia—. Heme aquí obligado a espiar al joven que ha encantado a mi hija con una mirada. Debe ser alguno de esos hombres que tienen *gancho para la mujer* —se decía empleando aquellas expresiones enérgicas y pintorescas que con tanta frecuencia y gusto solía emplear también Corentín.

Al volver a su casa, el barón de Nucingen no se parecía a sí mismo, y asombró a sus criados y a su mujer con su cara alegre y animada.

—¡Pobres accionistas! —dijo Tillet a Rastiñac.

En aquel momento volvían de la Ópera y tomaban el té en el saloncito de Delfina de Nucingen.

—Sí —dijo sonriéndose el barón al oír la exclamación de su colega—, ya siento deseo de *haceg* negocio.

—¿Ha visto usted acaso a su desconocida? —le preguntó la señora de Nucingen.

—No —respondió—, sólo tengo *espeganza* de *hallagla*.

—¿Hay quien ame nunca de ese modo a su mujer? —dijo la señora de Nucingen sintiendo celos o fingiendo sentirlos.

—Cuando sea suya, espero que nos invitará a cenar algún día, pues tengo ya curiosidad por ver a la criatura que ha tenido el mérito de rejuvenecerle de este modo —le dijo Tillet al barón.

—¡Oh!, ¡es una *magavilla*! —exclamó el anciano banquero.

—Se va a dejar cazar como un pájaro —le dijo al oído Rastiñac a Delfina.

—¡Bah! sobrado dinero gana para…

—Para repartir un poco ¿verdad? —dijo Tillet a la baronesa interrumpiéndola.

Nucingen se paseaba por el salón como si no pudiese estar quieto.

—Éste es el momento de lograr que le pague de nuevo las deudas —le dijo Rastiñac al oído a la baronesa.

En este momento, el falso cura, que había ido a la calle Taitbout para hacerle las últimas recomendaciones a Europa, que era la que tenía que desempeñar el principal papel de la comedia representada para engañar a Nucingen, se marchaba lleno de esperanza, acompañado de Luciano, el cual sentía verdadera inquietud al ver a aquel semidiablo tan bien disfrazado que ni él mismo lo habría reconocido a no ser por la voz.

—¿Dónde diablo has hallado esa mujer más hermosa aún que Ester? —le preguntaba a su corruptor.

—Hijito mío, eso no se encuentra en París. Esas teces no se fabrican en Francia.

—Mira, aún estoy aturdido de admiración. ¡La Venus Calípiga no está tan bien formada como ella! Hay para darle el alma al diablo por poseerla… Pero ¿de dónde la has sacado?

—Es la muchacha más hermosa de Londres, y mató a su amante en un acceso de celos. El amante era un miserable cuya muerte celebró la policía por lo mucho que daba que hacer, y ella ha sido enviada por una

temporada a París, hasta que el crimen haya sido olvidado. La tunanta ha recibido buena educación; es hija de un ministro y habla el francés como su lengua propia. Ella no sabe ni podrá saber nunca lo que hace aquí. Le han dicho que, si lograba conquistarte, podría comerte muchos millones… pero que eras celoso como un tigre y que tenía que hacer la misma vida que hacía Ester. Ella no sabe cómo te llamas.

—¿Y si Nucingen la prefiriese a Ester?

—¡Ah!, ¡tonto! —exclamó el falso cura—. ¡Hoy temes que no se realice lo que tanto te asustaba ayer! No tengas cuidado. Esa joven es rubia y blanca y tiene los ojos azules; es lo contrario de la hermosa judía, y no posee los ojos de Ester, capaces de conmover a un hombre tan podrido como Nucingen. ¡Qué diablo!, ¡ya comprenderás que no es lógico que tú ocultases a un fenómeno de fealdad! Cuando esa muñeca haya desempeñado su papel, la enviaré a Roma o a Madrid, donde hará nacer muchas pasiones.

—Pues ya que podré disfrutar de ella poco tiempo, me vuelvo —dijo Luciano.

—Anda, hijo mío, diviértete… Mañana tendrás un día más. Yo espero a uno que tiene que venir a decirme lo que pasa en casa del barón de Nucingen.

—¿Quién es?

—La querida de su criado, porque es preciso saber siempre lo que pasa en casa del enemigo.

A las doce de la noche, Paccard, el cazador de Ester, halló al cura en el puente de las Artes, que es el sitio más apropiado de París para hablar en secreto. Al mismo tiempo que hablaba, el cazador miraba a un lado mientras que el cura miraba al otro.

—El barón ha ido esta mañana a la Prefectura de cuatro a cinco, y esta noche ha dicho que le prometieron hallar a la mujer que busca —dijo el cazador.

—¿Estaremos espiados? —preguntó Jacobo Collín— pero ¿por quién?

—Se ha servido ya de Louchard, el guarda de comercio.

—Eso sería una niñería —respondió el cura—. Lo único que nos daría que temer sería la brigada de seguridad o la policía judicial; y, desde el momento que éstas no se mueven, nosotros podemos movernos.

—¿Cuál es la orden hoy? —preguntó Paccard con el tono respetuoso de un mariscal que fuese a recibir órdenes de Luis XVIII.

—Saldréis todas las noches a las diez —le respondió el falso cura—, e iréis a buen paso al bosque de Vincennes, al bosque de Meudón o al de Ville-d'Avray. Si alguien os observa u os sigue, no hagáis caso; sé complaciente y corruptible y habla de los celos de Rubempré, el cual está loco por la señora y no quiere, sobre todo, que nadie sepa que tiene una querida de ese género.

—¡Basta!, ¿debo ir armado?

—¡De ningún modo! —exclamó Jacobo Collín—. ¿De qué sirve un arma? para causar desgracias. No te sirvas en ningún caso de tu cuchillo de cazador. Cuando se le pueden romper las piernas a un hombre con el golpe que yo te enseñé, cuando puede uno batirse contra tres hombres armados con la seguridad de tumbar a dos antes de que se hayan movido, ¿qué temes? ¿No llevas el bastón?

—¡Es verdad! —dijo el cazador.

Paccard, hombre de hierro con brazos de acero, patillas italianas, cabellera de artista, y cara lívida e impasible como la de Contensón, ocultaba su fogosidad y gozaba de un aspecto de tambor mayor que alejaba toda sospecha. Un escapado de presidio no tiene nunca la fatuidad y la convicción de sus méritos. Sacerdote del presidio, sentía la amistosa admiración que Peyrade sentía por Corentín. Aquel coloso de piernas largas, mucho hueso y poca carne, no daba nunca un paso sin examinarlo todo con esa rapidez plácida propia del ladrón o del espía. Seco, ágil, dispuesto a todo siempre, Paccard hubiese sido perfecto, según decía Collín, si no tuviese el flaco de la bebida; tan a fondo poseía el talento necesario al hombre que vive en guerra con la sociedad. Al entrar en su casa, Paccard absorbía el oro líquido que le servía a copitas una joven llegada de Dantzick.

—Abriré el ojo —dijo Paccard poniéndose el magnífico sombrero de

plumas después de haber saludado al que llamaba *su confesor*.

He aquí por qué serie de acontecimientos, dos hombres tan inteligentes como eran, cada uno en su esfera, Jacobo Collín y Peyrade, llegaron a hallarse cara a cara en el mismo terreno y a desplegar su genio en una lucha en que cada cual combatía por su pasión o por sus intereses. Fue éste uno de esos combates ignorados, pero terribles, en que se gasta en talento, en odio, en irritaciones, en marchas y contramarchas y en astucias, tanto poder como para adquirir una fortuna. Hombres y medios, todo fue secreto por parte de Peyrade, a quien su amigo Corentín secundó en aquel asunto, que era para ellos un verdadero juego. Por eso la historia es muda respecto a este asunto, como lo es acerca de las verdaderas causas de muchas revoluciones. Pero he aquí el resultado. Cinco días después de la entrevista del señor Nucingen con Peyrade en los Campos Elíseos, una mañana, un hombre de unos cincuenta años, dotado de esa figura de blanco de cerusa que se componen los diplomáticos, vestido con levita azul, y con aires de ministro, se apeó de un espléndido coche, dándole a su criado las riendas. Preguntó si estaba visible el barón de Nucingen al criado que ocupaba el vestíbulo y que le abrió respetuosamente la puerta.

—¿El nombre del señor? —le preguntó el criado.

—Dígale al señor barón que vengo de la avenida Gabriela —respondió Corentín—. Si hay gente, guárdese de pronunciar este nombre en voz alta, porque se expondría a que le pusiesen de patitas en la calle.

Un minuto después, el criado volvió y llevó a Corentín al despacho del barón, por las habitaciones interiores.

Corentín cambió su mirada impenetrable con otra mirada análoga del banquero.

—Señor barón, vengo en nombre de Peyrade…

—Bien —dijo el barón echando el cerrojo.

—La querida del señor de Rubempré vive en la calle Taitbout, en la antigua casa de la señorita de Bellefeuille, la ex amante del señor de Granville, el fiscal general.

—¡Ah!, ¡tan *cegca* de mí! —exclamó el barón— ¡es *gago*! No me cuesta trabajo creer que esté usted loco por mujer tan hermosa, pues a mí me ha dejado encantado —añadió Corentín—. Luciano está tan celoso de esa muchacha que le prohíbe salir, y ella, al parecer, le ama, porque en los cuatro años que lleva en la casa, ni los vecinos, ni el portero, ni los propietarios han podido verla. La niña no se pasea más que por la noche. Cuando sale, las ventanillas del coche llevan las cortinillas bajas y ella se pone un velo. Luciano no la oculta únicamente por celos, sino que lo hace porque aspira a casarse con la señorita de Grandlieu, y es actualmente el favorito íntimo de la señora de Serizy. Como es natural, él quiere conservar su querida pública y no romper con su prometida. Usted es, pues, dueño de la situación: Luciano sacrificaría su placer por sus intereses y por su vanidad. Usted es rico; tal vez se trata de su última dicha, y debe mostrarse generoso. Por medio de la camarera podrá usted lograr su deseos. Déle usted una docena de miles de francos a la criada y ella se encargará de esconderle en el cuarto de su ama.

Ninguna figura retórica serviría para describir el tono firme y absoluto de Corentín, que era observado por el barón con una expresión de asombro que había procurado ocultar con su impasible rostro.

—Vengo a pedirle cinco mil francos para Peyrade, que ha perdido cinco de los billetes que usted le dio, ¡una desgracia! —dijo Corentín con tono de mando—. Peyrade conoce demasiado bien París para hacer gastos en anuncios, y ha contado con usted. Pero no es esto lo más importante —dijo para quitarle importancia a la petición de dinero—. Si no quiere usted tener disgustos en su vejez, obténgale a Peyrade la plaza que solicitó, lo cual sería a usted muy fácil. El director general de la policía del Reino debió de recibir ayer una nota respecto a este punto. Se trata únicamente de que Gondreville le hable del asunto al prefecto de policía. Dígale usted a Maligno, conde de Gondreville, que se trata de hacerle un favor a uno de los que le desembarazaron de los señores de Simeuse, y verá cómo se mueve.

—*Señog*, aquí tiene usted —dijo el barón entregando a Corentín cinco billetes de mil francos.

—La camarera es amante de un cazador llamado Paccard, que vive en la calle de Provenza, en casa de un cochero, y que se alquila como cazador a los que quieren darse aires de príncipe. Podrá usted llegar a hablarle a la camarera de la señora Van Gobseck por Paccard, un pillastre piamontés

muy aficionado al vino.

Indudablemente esta última declaración, hecha a modo de posdata, era el precio de los cinco mil francos. El barón procuraba adivinar a qué raza pertenecía Corentín, en quien veía más bien un director de espionaje que un espía; pero Corentín siguió siendo para él lo que es para un arqueólogo una inscripción en la cual faltan las tres cuartas partes de las letras.

—¿Cómo se llama la *camaguega*? —preguntó.

—Eugenia —respondió Corentín saludando al barón y marchándose.

El barón de Nucingen, transportado de alegría, abandonó todos sus negocios y se fue a sus habitaciones en ese estado de felicidad de un joven de veinticinco años que goza ya de antemano de los placeres de una cita con su primera querida. Después tomó todo el dinero que tenía en su caja particular, una suma con la cual habría podido hacer la dicha de una aldea, cincuenta mil francos, y se los puso en el bolsillo de la levita; pero la prodigalidad de los millonarios no puede compararse con su avidez de ganancias. Cuando se trata de un capricho, de una pasión, el dinero no es ya nada para los Cresos; porque, en efecto, les es más difícil tener caprichos que oro. Un goce es lo más raro en su vida de hastío, llena de esas emociones que producen los golpes de la especulación. Ejemplo: Uno de los más ricos capitalistas de París, conocido por sus extravagancias, encuentra un día en los bulevares a una obrera excesivamente linda acompañada de su madre y dando el brazo a un joven de pobre apariencia. Al primer golpe de vista, el millonario se enamora de aquella parisiense; la sigue a su casa, entra, se hace narrar aquella vida mezclada de bailes, de días sin pan, de diversiones y de trabajo, se interesa por la joven y deja cinco billetes de mil francos bajo una moneda de cinco: una generosidad deshonrosa. Al día siguiente, un famoso tapicero acude a recibir órdenes de la obrera, amuebla una habitación que ella misma escoge, y gasta en ello veinte mil francos. La obrera se entrega a esperanzas fantásticas: viste convenientemente a su madre, se alaba de poder colocar a su ex amante en las oficinas de una Compañía de seguros, espera… uno, dos días… una, dos semanas; se cree obligada a ser fiel, y se empeña. El capitalista, llamado a Holanda, había olvidado a la obrera, y no fue ni una sola vez al paraíso en que la había colocado, del cual cayó ella todo lo bajo que es posible caer en París. Nucingen no jugaba, Nucingen no protegía las artes, Nucingen no tenía ningún capricho: era, pues, natural que se lanzase ciegamente a su

pasión por Ester, según esperaba el falso cura.

Después de almorzar, el barón llamó a su criado jorge y le dijo que fuese a la calle Taitbout a rogarle a la señorita Eugenia, camarera de la señora Van Gobseck, que pasase por sus oficinas para un asunto importante.

—Guíala tú y hazla *subig* a mi *cuagto*, diciéndole que ha hecho su *fogtuna*.

A Jorge le costó mucho trabajo decidir a Europa-Eugenia a seguirle. «La señora no me permite nunca salir; podría perder la colocación, etc., etc.»; así es que jorge hizo valer sus méritos a los oídos del barón, el cual le dio diez luises.

—Si la señora sale esta noche sin llevarla consigo, Eugenia vendrá a eso de las diez —le dijo Jorge a su amo cuyos ojos brillaban como carbunclos.

—Bueno, ven a *peinagme* y a *vestigme* a las diez, pues *quiego pageceg* lo *mejog* que pueda. Yo creo que *logragé veg* a mi ama, o el *dinego* no es *dinego*.

De doce a una, el barón se tiñó los cabellos y las patillas. A las nueve, el barón, que tomó un baño antes de comer, se compuso, se perfumó, se adonisó. La señora de Nucingen, sabedora de aquella metamorfosis, quiso procurarse al placer de ver a su marido.

—¡Dios mío!, ¡qué ridículo es usted! —le dijo—. Vamos, vamos, póngase una corbata de satín negro en lugar de esa blanca que hace resaltar más la dureza de sus patillas. Además, que así estará más elegante, más distinguido y parecerá un antiguo consejero del parlamento. Quítese también esos botones de diamantes, que valen cien mil francos cada uno, porque esa mona se los pediría y usted no podría negárselos… y… para dárselos a esa perdida, vale más que me los ponga yo en las orejas.

El pobre financiero, admirado de las oportunas y justas advertencias de su mujer, le obedecía refunfuñando.

—*¡Gídículo!, ¡gidículo!…* Yo no le he dicho a usted nunca que *estuviega gidícula* cuando usted se ataviaba *paga pagecegle* bien a su pequeño *Gastiñac*.

—Supongo que no me habrá encontrado usted nunca ridícula. ¿Soy yo mujer capaz de cometer semejantes faltas de ortografía en mi tocado?

Veamos, vuélvase. Abróchese la levita hasta arriba, como hace el duque de Maufrigneuse dejando sueltos los dos últimos ojales de arriba y además procure parecer joven.

—Señor —dijo Jorge—, aquí está la señorita Eugenia.

—Adiós, *señoga*… —exclamó el banquero acompañando a su mujer hasta más allá de los límites de sus habitaciones respectivas, para estar seguro de que no escucharía la conferencia.

Al volver, tomó de la mano a Europa y la llevó a su cuarto con una especie de respeto irónico.

—Bueno, pequeña, ya puede *decigse* feliz, *pogque* está al *segvicio* de la *mujeg* más bonita del mundo… Su *fogtuna* de usted está hecha si se aviene a *hablag* en mi *favog* y a *ponegse* de mi *pagte*.

—Ni por diez mil francos haría tal cosa —exclamó Europa—. Señor barón, ya comprenderá usted que yo soy ante todo mujer honrada…

—Sí, y cuento *pagag* bien su *hongadez*. Eso es lo que se llama en el *comegcio* la *cugiosidad*.

—Pero no es esto lo único —dijo Europa—. Si el señor no gustase a la señora, como es lo más probable, y ella se enfada, yo perderé mi colocación, que me da más de mil francos anuales.

—El capital de mil francos son veinte mil francos, y, si yo se los doy, usted no *pegdegá* nada.

—¡Ah! si lo toma usted de ese modo, señor mío, la cuestión cambia —dijo Europa—. ¿Dónde están?

—Aquí —respondió el barón enseñándole uno a uno los billetes de mil francos.

El barón observaba los rayos que cada billete hacía brotar de los ojos de Europa y que revelaban la avidez que él deseaba despertar.

—Usted me paga la colocación, pero ¿y la honradez?, ¿y la conciencia? —dijo Europa levantando la cabeza y fijando en el barón una mirada medio seria, medio bufa.

—La conciencia no vale tanto como la colocación; *pego añadigemos* cinco mil francos más.

—No, veinte mil francos por la conciencia y cinco mil por la colocación, si la pierdo.

—Como usted *quiega* —dijo añadiendo los cinco billetes—; *pego paga ganaglos* es preciso que me esconda usted en el *cuagto* de la *señoga pog* la noche, cuando esté sola…

—Si me asegura usted no decir nunca que fui yo la que lo metí, consiento. Pero le advierto que la señora es forzuda como un turco, que ama al señor de Rubempré como una loca, y que aunque le dé usted un millón de billetes no le hará cometer una infidelidad… Es tonto ese proceder, pero así se obra cuando se ama… ¡Mi señora es peor que una mujer honrada! Cuando sale de paseo por las noches con el señor, es raro que el señor se quede en casa, y como él ha ido esta noche con ella, esta misma noche puedo esconderle. Si la señora vuelve sola, yo vendré a buscarle a usted; usted se quedará en el salón, yo no cerraré la puerta del cuarto, y lo demás… ¡qué diablo! lo demás es cosa suya… ¡Prepárese!

—Toma y daca, yo te *dagé* los veinticinco mil francos en el salón.

—¡Ah!, ¿tan desconfiado es usted? —dijo Europa—. ¡Dios le ampare!

—Ya tendrás ocasión de *gobagme*… Me *pagece que segemos* amigos.

—Bueno, esté usted en la calle Taitbout a las doce de la noche; pero lleve usted treinta mil francos, porque la honradez de una camarera se paga más cara después de las doce de la noche, como los coches de punto.

—*Pog* prudencia te *dagé* un bono contra el Banco.

—No, no —dijo Europa—, billetes, o no me avengo a nada.

A la una de la mañana, el barón de Nucingen, escondido en la buhardilla en que dormía Europa, era presa de todas las ansiedades del hombre feliz que espera una entrevista amorosa. El viejo vivía, sentía que la sangre le hervía en los pies y que la cabeza iba a estallarle como una máquina de vapor demasiado caldeada.

—*Mogalmente* gozaba *pog* más de cien mil escudos —le dijo a Tillet contándole su aventura.

El barón escuchó todos los ruidos de la calle, y a las dos de la mañana oyó el coche de su amada cuando pasaba por el bulevar. El corazón le latió con fuerza inusitada cuando la puerta giró sobre sus goznes: al fin iba a ver la celestial, la ardiente cara de Ester. La espera del momento supremo le emocionaba más que si temiese perder toda su fortuna.

—¡Ah! —exclamó— ¡esto es *vivig*!, ¡es casi *vivig* demasiado!, ¡no *segé* capaz de nada!

Un cuarto de hora después, subió Europa.

—La señora está sola, ¡baje!… pero sobre todo, no haga usted ruido, elefante.

—¡Elefante! —repitió riéndose al mismo tiempo que caminaba como sobre ascuas.

Europa iba delante de él con una palmatoria en la mano.

—Toma, cuéntalos —dijo el barón dándole a Europa los billetes una vez que estuvo en el salón.

Europa tomó los treinta mil francos con aire serio y salió dejando encerrado al banquero. Nucingen se encaminó hacia el cuarto y se halló con la hermosa inglesa, la cual le dijo:

—¿Eres tú, Luciano?

—No, hermosa niña —exclamó Nucingen sin acabar la frase que llevaba preparada.

El hombre quedó alelado al ver a una mujer contraria en un todo a Ester: rubio donde había visto negro, debilidad en lugar de fuerza, noche apacible donde brillaba el sol de la Arabia.

—¡Cómo!, ¿de dónde sale usted?, ¿quién es? —dijo la inglesa tirando del cordón de la campanilla sin lograr que sonase.

—He *fogado* de algodón las campanillas, *pego* no tema, que ya me voy.

He aquí treinta mil francos *tigados* aun pozo. ¿Es usted la *quegida* del *señog* de Rubempré?

—Al parecer, querido mío —dijo la inglesa, que hablara perfectamente el francés—. *Pego* ¿quién *egues* tú? —dijo imitando el modo de hablar de Nucingen.

—¡Un hombre que ha sido cogido! —respondió lastimosamente.

—¿Cogido por *estag* junto a una *mujeg* bonita? —le preguntó la inglesa bromeando.

—*Pegmítame* que le envíe mañana alguna joya *paga* que *gecuegde* al *bagón* de Nucingen.

—No lo conozco —le contestó riéndose como una loca—; pero recibiré la joya con mucho gusto, señor violador de mi domicilio.

—Ya lo *conocegá* usted. Adiós, *señoga*. Es usted bocado *de guey; pego* yo sólo soy un pobre *banquego* de setenta años cumplidos y me ha hecho *comprendeg* el *podeg* que tiene la *mujeg* a quien amo, ya que su belleza sobrehumana no ha logrado *hacégmela olvidag*.

—Vamos, es usted muy atento —le dijo la inglesa.

—No es *finuga*, sino *inspigación*, que proviene de usted.

—Usted ha hablado de treinta mil francos, ¿a quién se los ha dado?

—A su tunante *camaguega*.

La inglesa llamó, y Europa, que no estaba lejos, se presentó en el acto.

—¡Oh! —exclamó Europa—. ¡Un hombre en el cuarto de la señora! ¡Qué horror!

—¿No le ha dado treinta mil francos por meterlo aquí?

—No, señora; pues entre las dos no los valemos.

Y Europa empezó a gritar «ladrones» con tal prisa, que el barón, asustado, se dirigió hacia la puerta empujado por Europa, la cual le hizo rodar las escaleras al mismo tiempo que le decía.

—¡Bandido! me ha descubierto usted. ¡Al ladrón!, ¡al ladrón!

El enamorado barón, desesperado, logró llegar sin tropiezos hasta el punto en que le esperaba el coche, y no sabía ya a qué espía confiar su negocio.

—¿Es que la señora quiere privarme de mis gajes? —dijo Europa volviéndose como una fiera hacia la inglesa.

—Yo no conozco las costumbres de Francia —le contestó aquélla.

—No olvide que me basta decirle al señor una palabra para que la ponga a usted a la puerta —respondió insolentemente Europa.

—Esa maldita *camaguega* me ha estafado treinta mil francos —le dijo el barón a Jorge cuando éste le preguntó si estaba contento—; *pego* la culpa es mía y nada más que mía.

—¿De modo que no le ha servido de nada al señor el acicalarse? ¡Diablo! por algo le aconsejo yo al señor que tome aquellas pastillas…

—*Jogge*, me *muego* de *desespegación*… Tengo frío… Siento el *cogazón* helado… Basta de *Esteg*, amigo mío.

En las grandes circunstancias Jorge era amigo de su amo.

Dos días después de esta escena, que fue relatada por la joven Europa con toda la gracia que ella supo darle con su mímica, el falso español almorzaba frente a frente de Luciano.

—Hijito mío, es preciso que ni la policía ni nadie se meta en nuestros asuntos —le dijo en voz baja al mismo tiempo que le pedía fuego para encender un puro—, porque no es conveniente. He hallado un medio audaz, pero infalible, para que el barón y sus agentes no se muevan. Vas a ir a casa de la señora de Serizy, muéstrate amable con ella y dile, en el transcurso de la conversación, que para hacerle un favor a Rastiñac, que está ya cansado de la señora de Nucingen, tú consientes en servirle de tapadera para ocultar a una querida que tiene. El señor Nucingen, que se ha enamorado de la mujer que oculta Rastiñac (esto le hará reír), ha tenido la idea de emplear a la policía para espiarte, a ti, que eres inocente de los enredos de tu compatriota, y que podrías salir comprometido en tus aspiraciones a la mano de la Grandlieu. Le rogarás a la condesa que te

preste el apoyo de su marido, que es ministro de Estado, para ir a la Prefectura de policía. Una vez en presencia del señor prefecto, quéjate, pero hazlo como hombre político que no tardará en formar parte de algún importante organismo de gobierno. Comprenderás la policía como hombre de Estado, la admirarás, y con ella al prefecto. Las máquinas más hermosas hacen manchas de aceite donde destilan. No te enfades demasiado. Tú no le tienes rencor ninguno al prefecto, y sólo le suplicas que vigile a su gente, pero que no la castigue. Cuanto más cariñosa estés, más terrible se mostrará el prefecto con sus subordinados. De este modo estaremos tranquilos y podremos hacer volver a Ester, que debe ya bramar como los gamos del bosque.

El prefecto de entonces era un antiguo magistrado, y los magistrados antiguos resultan prefectos de policía demasiado jóvenes. Imbuidos por el derecho y empachados de legalidad, tienen la mano torpe para la arbitrariedad que es necesario utilizar a veces en la policía. Al verse en presencia del vicepresidente del consejo de Estado, el prefecto reconoció a la policía mayores defectos de los que tenía, deploró los abusos y se acordó entonces de la visita que le había hecho el barón de Nucingen y de los informes que le había pedido acerca de Peyrade. Al mismo tiempo que prometía reprimir los excesos a que se entregaban sus agentes, el prefecto le dio las gracias a Luciano por haberse dirigido a él personalmente, le prometió el secreto y fingió comprender el lío. Algunas frases hermosas acerca de la libertad del individuo y de la inviolabilidad del domicilio fueron cambiadas entre el ministro de Estado y el prefecto, a quien Serizy advirtió que si los grandes intereses del reino exigían a veces secretas ilegalidades, era un crimen aplicar aquellos medios de Estado a los intereses privados.

Una mañana, en el momento en que Peyrade se dirigía a su querido café David, donde se regalaba contemplando ciudadanos, como el artista viendo brotar flores, un gendarme vestido de paisano se le acercó en la calle y le dijo al oído:

—Ahora iba a su casa. Tengo orden de llevarlo a la Prefectura.

Peyrade tomó un coche y siguió al gendarme sin hacer la menor observación.

El prefecto de policía trató a Peyrade cual si fuese el último sotacomitre, al mismo tiempo que se paseaba por una calle del jardinito de la Prefectura

de policía.

—Señor, no sin razón está usted expulsado del servicio desde el año 1809. ¿No sabe usted a lo que nos expone y a lo que se expone usted mismo?

La filípica terminó con un verdadero golpe fulminante. El prefecto le anunció duramente al pobre Peyrade que no sólo le suprimía el socorro anual, sino que además lo sometería a estrecha vigilancia. El anciano recibió aquella ducha con el aire más tranquilo del mundo. No hay nada más inmóvil e impasible que un hombre herido por un rayo. Peyrade había perdido en el juego todo el dinero, y como sólo contaba con su colocación, iba a verse reducido a las limosnas de su amigo Corentín.

—Yo he sido prefecto de policía y le doy la razón en todo —le dijo tranquilamente el anciano al funcionario orgulloso de su majestad judicial—; pero, sin que trate de excusarme, permítame que le advierta que no me conoce —dijo Peyrade dirigiéndole al prefecto una mirada significativa—. Sus palabras son, o demasiado duras para el antiguo comisario general de policía en Holanda, o poco severas para un triste agente.

El prefecto guardaba silencio.

—Señor prefecto, acuérdese usted únicamente de lo que voy a tener el honor de decirle. Sin que yo trate de mezclarme para nada en los asuntos de su policía y sin que intente tampoco justificarme, le digo que ya tendrá ocasión de ver que en este asunto hay alguien que resulta engañado: en este momento soy yo, pero más tarde se dirá usted que es usted mismo.

Y dicho esto saludó al prefecto, el cual se quedó pensativo para ocultar su asombro.

El anciano volvió a su casa, embargado por una rabia sorda contra el barón de Nucingen. Aquel maldito financiero era el único que podía haber revelado un secreto concentrado en las cabeza de Contensón, de Peyrade y de Corentín. El anciano acusó al banquero de que quería evitar el pago después de logrado su objeto. Una sola entrevista le había bastado para adivinar las astucias del más astuto de los banqueros. «Liquida con todo el mundo, hasta con nosotros, pero me vengaré, se decía el buen hombre; nunca le he pedido nada a Corentín, y le pediré que me ayude a vengarme

de ese estúpido macho. ¡Maldito barón! ya verás quién soy yo, cuando halles a tu hija deshonrada. Pero ¿amará a su hija?». La noche de la catástrofe, que echaba por tierra las esperanzas de aquel anciano, éste parecía haber envejecido diez años. Hablando con su amigo Corentín, entremezclaba sus quejas con lágrimas arrancadas por la perspectiva del triste porvenir que legaba a su hija, a su ídolo, a su perla.

—Seguiremos la marcha de este asunto —le decía Corentín—. Ante todo es preciso saber si ha sido el barón el delator. ¿No habremos hecho una torpeza buscando el apoyo de Gondreville? Ese viejo Maligno nos debe demasiados favores para que no procure reventarnos; así es que voy a vigilar a su yerno Keller, que es un necio en política y, por lo tanto, muy capaz de terciar en alguna conspiración encaminada a derribar a la rama mayor en favor de la segunda… Mañana ya sabré lo que pasa en casa de Nucingen, si ha visto a su amada y de dónde proviene este latigazo…

No te apures… En primer lugar el prefecto no permanecerá mucho tiempo en su puesto… Los tiempos están preñados de revoluciones, y la revolución es nuestra esperanza.

En la calle sonó un silbido particular.

—Es Contensón —dijo Peyrade, poniendo una luz en la ventana—; algo trae que me afecta personalmente.

Un instante después, el fiel Contensón comparecía ante los dos gnomos de la policía que eran reverenciados por él cual si fuesen dos genios.

—¿Qué hay? —le preguntó Corentín.

—¡Novedades!… Salía del 113, donde perdí cuanto llevaba, cuando veo en las galerías ¿a quién diréis?… a Jorge. Este mozo ha sido despedido por el barón, el cual sospecha de él que es un espía.

—¡He ahí el efecto de una sonrisa que se me escapó a mí! —dijo Peyrade.

—¡Oh!, ¡cuántos desastres he visto yo causados por otras tantas sonrisas! —dijo Corentín.

—Sin contar con los que causan los latigazos —dijo Peyrade haciendo alusión al asunto Simeuse—; pero, veamos, Contensón, ¿qué hay?

—He aquí lo que ocurre —contestó Contensón—. Le he tirado de la lengua a Jorge invitándole a beber tal número de copas, que él está borracho y yo debo estar como un alambique. El barón fue a la calle Taitbout, bien repleto de pastillas del serrallo, y halló allí a la hermosa mujer que ya sabéis. Pero ¡vaya una buena! aquella inglesa no es la desconocida que él busca… Se gastó treinta mil francos para seducir a la camarera—… ¡Una necedad! Él se cree grande porque hace pequeñas cosas con grandes capitales; volved la frase y hallaréis el problema que resuelve el hombre de genio. El barón volvió a su casa en un estado lastimoso. Al día siguiente, Jorge, por echárselas de listo, le dijo a su amo: «¿Por qué se sirve el señor de gentes tan malvadas? Si el señor quisiese confiar en mí, yo hallaría a esa desconocida, porque con la descripción que el señor me ha hecho me basta para revolver todo París». «Hazlo y no te pesará», le dijo el barón. Jorge me contó todo esto, entremezclado con los detalles más satíricos. Pero… ya está uno acostumbrado a todo. Al día siguiente, el barón recibió un anónimo concebido en estos términos: «El señor de Nucingen se muere de amor por una desconocida, y ha gastado ya mucho dinero inútilmente. Si quiere hallarse esta noche, a las doce, en el puente de Neuilly, y se presta a subir al coche tras el cual irá el cazador del bosque de Vincennes y a que le venden los ojos, verá a la que ama… Como su fortuna pudiera hacerle concebir temores acerca de las intenciones de los que proceden de este modo, el señor barón puede ir acompañado de su fiel Jorge. Por lo demás, en el coche no irá nadie». Sin decirle nada a Jorge, el barón se fue con Jorge y ambos se dejaron vendar los ojos después que el barón reconoció al cazador. Dos horas después, el coche, que caminaba como un coche de Luis XVIII (a quien Dios tenga en gloria… ¡ese rey sí que entendía en policía!) se detuvo en medio de un bosque. El barón, después de quitarse la venda, vio en otro coche inmediato a su desconocida, la cual… pst… desapareció en seguida. El mismo coche, con la misma velocidad Luis XVIII, lo llevó al puente de Neuilly. A Jorge le habían puesto en la mano una cartita que decía así: «¿Cuántos billetes de mil francos suelta el señor barón porque le pongan en relación con la desconocida?». Jorge le dio la cartita a su amo, y el barón, sospechando que Jorge se entiende conmigo o con usted, señor Peyrade, para explotarlo, ha despachado a Jorge. ¡Vaya un banquero más imbécil!… A Jorge no debió despedirlo hasta después de haber visto en su poder a la desconocida.

—¿Vio Jorge a la mujer? —preguntó Corentín.

—Sí —di jo Contensón.

—¿Y cómo es? —preguntó Peyrade.

—¡Oh! no me ha dicho más que esto: «¡es un sol de belleza!» —contestó Contensón.

—Estamos siendo burla de unos pillastres más listos que nosotros —exclamó Peyrade—. Esos perros le venderán cara la mujer al barón.

—*¡Ya, mein herr!* —respondió Contensón—. Como supe que le habían soltado una filípica en la Prefectura, le hice hablar a Jorge.

—Me gustaría saber quién me ha reventado, para medir con él las fuerzas —dijo Peyrade.

—Es preciso hacerse el muerto —observó Contensón.

—Tienes razón —dijo Peyrade—; esperemos y observémoslo todo con atención…

—¡Estudiemos detenidamente este asunto! —exclamó Corentín—. Por de pronto no me resta nada que hacer. Peyrade, sé prudente. Obedezcamos al señor prefecto.

—El señor de Nucingen era un buen filón —advirtió Contensón—; lleva en las venas muchos billetes de a mil francos.

—La dote de Lidia estaba ahí —le dijo Peyrade a Corentín al oído.

—Vamos, Contensón, dejemos dormir a nuestro padre… Hasta mañana.

—Señor —dijo Contensón a Corentín en el umbral de la puerta—, vaya una operación más rara que quería hacer el tunante ¿eh?… casar a su hija con el importe de… ¡Ah!, ¡ah! con este asunto se podría hacer una bonita pieza muy moral, titulada: *La dote de una doncella*.

—¡Ah!, ¡qué sentidos os da Dios!, ¡qué oído tienes! —dijo Corentín a Contensón—. Indudablemente, la naturaleza social arma a todas sus especies de las cualidades necesarias para los servicios que espera de ellos. La sociedad es otra naturaleza.

—Lo que está usted diciendo es muy filosófico, y un profesor haría de ello un sistema —exclamó Contensón.

—Procure estar al tanto de todo lo que ocurra en casa de Nucingen respecto de la desconocida… en conjunto… sin detallar —dijo Corentín sonriendo al propio tiempo que corría con su espía a través de las calles.

—¡Tienen una desconfianza atroz! —dijo Contensón.

—Un hombre como el barón de Nucingen no puede tener secretos —dijo Corentín—. Además, nosotros, que consideramos a los hombres como cartas, no debemos de ser engañados por ellos.

—¡No faltaba más!, ¡eso equivaldría a consentir que el verdugo se dejase degollar por el condenado! —exclamó Contensón.

—Tú siempre buscas comparaciones que hagan reír —respondió Corentín sonriéndose.

Aquel asunto, aparte sus resultados, era exclusivamente importante por sí mismo. Si el barón no le había hecho traición a Peyrade ¿quién había tenido interés en visitar al prefecto de policía? Para Corentín era cuestión de saber si no tenía algún traidor entre sus subordinados, y al mismo tiempo que se acostaba se decía como Peyrade: «¿Quién habrá ido a quejarse al prefecto?… ¿A quién pertenece esa mujer?…». De esta suerte, al propio tiempo que se ignoraban los unos a los otros, Jacobo Collín, Peyrade y Corentín se iban aproximando sin saberlo; y la pobre Ester, Luciano y Nucingen iban a ser arrastrados necesariamente a aquella lucha empezada ya y que se tornaría terrible al calor del amor propio policiaco.

Gracias a la habilidad de Europa, la partida más amenazadora de los sesenta mil francos de deudas que pesaban sobre Ester y sobre Luciano fue pagada, y la confianza de los acreedores renació un poco. Luciano y el cura pudieron respirar durante un momento. Como dos animales feroces perseguidos que lamen un poco de agua al borde de un estanque, ambos pudieron seguir costeando los precipicios a través de los cuales el hombre fuerte guiaba al hombre débil.

—Hoy —le dijo el falso sacerdote a su protegido— nos jugamos el todo por el todo; pero, afortunadamente, las cartas están preparadas.

Cumpliendo las órdenes de su mentor, Luciano fue durante algún tiempo amante asiduo de la señora de Serizy. En efecto, a Luciano no le convenía que se supiese que tenía una querida vulgar. Por lo demás, el joven logró aturdirse y supo hallar fuerzas en el placer de verse amado y en el torbellino de una vida mundana. Luciano obedecía además a Clotilde de Grandlieu no viéndola más que en el Bosque o en los Campos Elíseos.

Al día siguiente de aquel en que Ester fue encerrada en la casa del guarda, aquel ser problemático y terrible para ella y que constituía su pesadilla fue a proponerle que firmase en blanco tres letras gravadas con estas torturantes palabras: *Aceptada por sesenta mil francos*, en la primera; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la segunda; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la tercera. En total trescientos mil francos de aceptaciones. La palabra *aceptada* constituye la letra de cambio y le somete a uno a la acción penal. Esta palabra hace incurrir al que la firma imprudentemente en cinco años de cárcel, una pena que pocas veces aplican los tribunales a los más bandidos. La ley acerca de este punto es un resto de los tiempos de barbarie que une a su estupidez el raro mérito de ser inútil, ya que no alcanza nunca a los bribones.

—Se trata de sacar a Luciano de un apuro —le dijo el español a Ester—; tiene unos sesenta mil francos de deudas, y con estos trescientos mil saldremos tal vez del apuro.

Después de haber fechado las letras de cambio con seis meses de antelación, el cura hizo que las librase contra Ester un *hombre que no fue bien conocido por la policía*, y cuyas aventuras, no obstante el ruido que hicieron, no tardaron en ser olvidadas y sepultadas por el rumor de la gran sinfonía de julio de 1830.

Este joven, que era uno de los más audaces caballeros de industria, hijo de un alguacil de Bolonia, se llama Jorge María Destourny. El padre, que se vio obligado a vender su cargo en circunstancias poco prósperas, dejó a su hijo sin recursos, después de haberle dado esa brillante educación que es una locura que suelen sentir los padres de condición humilde por sus hijos. A los veintitrés años, el joven y distinguido alumno de derecho, había renegado de su padre haciéndose unas tarjetas que decían:

JORGE D'ESTOURNY

Esta tarjeta daba a su persona un perfume aristocrático. Este elegante no tuvo la audacia de tomar un tílburi y un lacayo y de frecuentar los clubes. Cuatro palabras lo explicarán todo: jugaba a la Bolsa con el dinero de las mujeres alegres a quienes servía de confidente. Por fin cayó en manos de la policía, ante la cual compareció acusado de servirse en el juego de cartas preparadas; tenía cómplices, jóvenes corrompidos por él, sus seides obligados, los compadres de su elegancia y de su crédito. Obligado a huir, se olvidó de pagar sus diferencias en la Bolsa. Todo París, el París de los cancerberos y de los clubes, de los bulevares, de los industriales, temblaba aún al recordar aquel doble enredo. En la época de su esplendor, Jorge d'Estourny, guapo mozo, buen muchacho, y, sobre todo, generoso como un capitán de bandidos, había protegido a la Torpedo durante algunos meses. El falso español basó su especulación en las relaciones de Ester con aquel célebre estafador. Jorge d'Estourny, cuya ambición se había aumentado con el éxito, tomó bajo su protección a un hombre llegado de provincias para dedicarse al negocio en París, y a quien el partido liberal quería indemnizar por las condenas sufridas con valor en la lucha de la prensa contra el gobierno de Carlos X, cuya persecución se amortiguó durante el ministerio Martiñac. Entonces se había indultado al señor Cerizet, aquel gerente responsable, titulado el valeroso Cerizet. Ahora bien, Cerizet, protegido por las eminencias de la izquierda, fundó una casa que era a la vez agencia de negocios, banco y casa de comisión. Fue una de esas posiciones que se parecen en el comercio a esos criados anunciados para todo. Cerizet se consideró muy dichoso aliándose con Jorge d'Estourny para hacer el aprendizaje. En virtud de la anécdota acerca de Ninón, Ester podía pasar por ser la fiel depositaria de una parte de la fortuna de Jorge d'Estourny. Un endoso en blanco firmado por Jorge d'Estourny hacía a Carlos Herrera dueño de valores que él mismo se había creado. Esta falsificación no ofrecía ningún peligro desde el momento en que la señorita Ester, o algún otro, tenían que pagar. Después de haber tomado informes acerca de la casa Cerizet, Jacobo Collín reconoció en ella a uno de esos personajes oscuros, decididos a hacer fortuna… pero legalmente. Cerizet, el verdadero depositario de d'Estourny, era depositario de sumas importantes comprometidas entonces en la alza de la Bolsa, y que le permitían a Cerizet llamarse banquero. Todo esto se hace en París: se desprecia a un hombre, pero no su dinero. El cura se trasladó a casa de Cerizet con intención de trabajar a su modo, pues por casualidad era dueño de los secretos de aquel digno socio de d'Estourny. El valeroso Cerizet permanecía en un entresuelo de la calle del Gros-Chenet, y el cura, que se

hizo anunciar misteriosamente como enviado de Jorge d'Estourny, sorprendió desagradablemente al titulado banquero. El cura vio en un modesto despacho a un hombrecito de cabellos ralos y rubios, y reconoció en él, por la descripción que le había hecho Luciano, al Judas de David Sechard.

—¿Podemos hablar aquí sin temor a ser oídos? —dijo el español metamorfoseado súbitamente en inglés de cabellos rubios y de lentes negros.

—¿Porqué pregunta eso, señor? —preguntó Cerizet—. ¿Quién es usted?

—Soy William Barker, acreedor del señor d'Estourny; pero voy a hacerle ver la necesidad de cerrar las puertas, ya que así lo desea. Señor, yo conozco las relaciones que tuvo usted con los Petit-Claud, los Cointet y los Sechard de Angulema…

Al oír estas palabras, Cerizet se encaminó hacia la puerta y la cerró; hizo luego lo propio con la que daba a su dormitorio y por fin le dijo al desconocido:

—¡Más bajo, señor! ¿Qué desea usted de mí? —añadió examinando al falso inglés.

—¡Dios mío! —exclamó William Barker— en este mundo cada cual para sí. Usted tiene en su poder los fondos de ese pillastre de d'Estourny… Tranquilícese, no vengo a pedírselos; pero, instado por mí, ese bribón, que merece ir al palo, me dio estos valores diciéndome que tal vez habría medio de realizarlos, y como yo no quiero perseguir a nadie en mi nombre, él me dijo que usted me daría el suyo.

Cerizet miró las letras de cambio y dijo:

—Pero ya no está en Francfort…

—Ya lo sé —respondió el falso Barker—, pero podía estar aún allí en la fecha de esos documentos.

—Es que yo no quiero ser responsable —dijo Cerizet.

—No le exijo a usted semejante sacrificio —dijo el falso inglés—. Usted puede encargarse de recibirlos. Fírmelos y yo me encargo de obtener el

cobro.

—Me asombra ver a d'Estourny tan desconfiado —repuso Cerizet.

—Es que él sabe muchas cosas —respondió el español—; pero no le censure usted si ha distribuido su fortuna entre varios.

—¿Cree usted por ventura?… —preguntó el negociante devolviéndole al falso inglés las letras de cambio firmadas.

—Yo creo que usted guardará admirablemente sus fondos —dijo el falso inglés—; estoy seguro de ello, tan seguro que ya sé que han sido empleados en el tapete verde de la Bolsa.

—Mi fortuna está interesada en…

—En perderlos ostensiblemente —dijo William Barker.

—¡Señor! —exclamó Cerizet.

—Mire, mi querido señor Cerizet —dijo fríamente Barker interrumpiendo a Cerizet—, me hará usted un favor facilitándome esa entrada. Hágame el obsequio de escribirme una carta en la cual me diga que me entrega usted estos valores firmados por cuenta de d'Estourny y que el alguacil deberá considerar al portador de la carta como dueño de estos tres documentos.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—¡Nada de nombres! —respondió el falso inglés—. Ponga usted: *Al portador de esta carta y de estos valores*… En pago de su favor recibirá usted otro mayor.

—¿Cómo? —preguntó Cerizet.

—Con una sola palabra. Se quedará usted en Francia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, sepa que Jorge d'Estourny no vendrá nunca a Francia.

—¿Y por qué?

—Tiene más de cinco personas enemigas que han jurado su muerte, y yo

losé.

—¡Ya no me asombro de que me pida siempre con qué hacer una pacotilla para irse a las Indias! —exclamó Cerizet.

—Desgraciadamente me han obligado a comprometerlo todo, y somos ya deudores de algunas diferencias. Hoy yo vivo al día.

—Procure usted echarse atrás.

—¡Ah!, ¡si yo hubiese sabido antes eso! —exclamó Cerizet—. He perdido mi fortuna.

—¡Una palabra más! —dijo Barker—. ¡Discreción!… yo sé que es usted discreto; pero, y esto sí que es más difícil, ¡fidelidad! Nos volveremos a ver y yo le daré medio de hacer una fortuna.

Después de haber introducido en aquella alma de barro una esperanza que debía asegurar su discreción durante mucho tiempo, Barker se fue a casa de un alguacil con quien podía contar y le encargó que obtuviese embargos contra Ester.

—Pagarán —le dijo al alguacil—; es una cuestión de honor y nosotros sólo queremos estar en regla.

El alguacil obró con gran cautela, y fue él mismo a embargar el mobiliario de la calle Taitbout, donde fue recibido por Europa. Una vez extendida la orden de prisión, Ester quedó ostensiblemente sujeta a los efectos de trescientos mil francos de deudas indiscutibles. Con todo esto, Jacobo Collín no hizo grandes dispendios de invención. Esta comedia de las deudas simuladas se representa con mucha frecuencia en París. Hay muchos Gobseck y muchos Gigonet que se prestan a ella mediante una prima. En Francia todo se hace riendo. De este modo se despluma bien a padres recalcitrantes o se explotan pasines. Máximo de Trailles había empleado mucho este medio, tomado de las comedias antiguas. Únicamente que Carlos Herrera, que quería salvar el honor de su sotana y el de Luciano, recurrió a una falsificación sin ningún peligro.

Antes de entablar la cuestión de estos cien mil escudos destinados a amenazar, Carlos se propuso sacarle antes cien mil francos al barón de Nucingen. He aquí cómo. Cumpliendo sus órdenes, Asia se presentó al

barón como celestina encargada de la hermosa desconocida. Hasta ahora, los pintores de costumbres han sacado a escena muchos usureros; pero han olvidado a la usurera, a la prestamista del vicio, personaje curiosísimo que iba a ser representado por Asia, a quien Carlos juzgó apropiada para el caso.

—Te llamarás la señora de Saint-Esteve —le dijo el falso cura.

Carlos quiso ver a Asia disfrazada. La falsa ropavejera se presentó con traje de damasco con flores, que provenía, sin duda, de algún cortinaje. Llevaba además un cuello de encaje y un sombrerote feísimo; pero iba calzada con zapatos de Irlanda.

—¡Y la hebilla de mi cinturón! —dijo Asia enseñando aquel útil que comprimía su vientre de cocinera—. ¿Eh?, ¿qué le parece? ¿Y la ropa?… cómo se afea ¿verdad?

—Al principio sé melosa —le dijo Carlos—, tímida casi, desconfiada como una gata, y sobre todo haz que el barón se avergüence de haber empleado a la policía, aunque debes hacer ver que no les temes a los agentes. En fin, dale a entender al parroquiano, en términos más o menos claros, que desafías a todos los policías del mundo a que averigüen el paradero de la desconocida hermosa. Cuando el barón te haya dado derecho a golpearle el hombro llamándole «corrompido», vuélvete insolente y hazle andar detrás de ti como un lacayo.

Amenazado de no volver a ver a la falsa tendera si se entregaba al menor espionaje, Nucingen veía a Asia cuando iba a la Bolsa, a pie, en un miserable entresuelo de la calle Neuve-Saint-Marc, una habitación prestada, ¿por quién? el barón no pudo nunca obtener la menor luz respecto a este punto… Estos senderos fangosos ¿cuántas veces han sido frecuentados por los enamorados millonarios? De esperanza en esperanza, la señora de Saint-Esteve le hizo llegar al barón a intentar *a toda costa* saber todo lo concerniente a la desconocida.

Entretanto, el alguacil seguía obrando, y como no hallaba resistencia en casa de Ester, no perdía más tiempo que el de los plazos legales. Luciano, guiado por el cura, visitó cinco o seis veces a la reclusa de Salnt-Germain. El feroz conductor de aquellas maquinaciones había juzgado necesarias aquellas entrevistas para impedir que Ester desmejorase, pues la belleza de la judía era un punto capital. En el momento de dejar la casa del

guarda, llevó a Luciano y a la pobre cortesana al borde del camino desierto, a un lugar desde el cual se veía París y desde donde no podían ser escuchados por nadie. Los tres se sentaron al sol naciente, en un tronco de álamo que yacía en aquel paisaje, que es uno de los más hermosos del mundo, porque abraza el curso del Sena, Montmartre, París y Saint-Denis.

—Hijos míos —dijo Carlos—, vuestro sueño ha acabado. Tú, hijita, no verás más a Luciano, o, si lo ves, debes decir que lo has conocido hace cinco años durante unos días solamente.

—¡Entonces ya llegó la hora de mi muerte! —dijo Ester sin echar una lágrima.

—¡Bah! hace cinco años que estás enferma —dijo el cura—. Figúrate estar tísica, y muérete sin aburrirnos con tus elegías. Pero vas a ver cómo puedes vivir aún, y muy bien… Déjanos, Luciano, vete a coger *sonetos* —le dijo al poeta enseñándole un campo a pocos pasos de ellos.

Luciano le dirigió a Ester una mirada suplicante, una de esas miradas de hombre débil y ambicioso, llenas de ternura en el corazón y de cobardía en el carácter. Ester le respondió con un movimiento de cabeza que quería decir: «Voy a escuchar al verdugo, para saber cómo debo poner la cabeza bajo el hacha, a fin de morir con valor». Aquel movimiento fue tan gracioso y denotó tanto horror, que el poeta lloró. Ester corrió hacia él, lo estrechó entre sus brazos, bebió aquella lágrima y le dijo:

—¡No tengas cuidado!

Pero se lo dijo de ese modo que se dicen las cosas cuando brotan del alma.

Carlos empezó a explicar claramente, sin ambigüedades y a veces con horribles frases, la situación crítica de Luciano, su situación en el palacio de Grandlieu, su hermoso porvenir si triunfaba y la necesidad en que se hallaba Ester de sacrificarse por él.

—¿Qué es preciso hacer? —exclamó la joven fascinada.

—Obedecerme ciegamente —le contestó Carlos—. ¿De qué puede usted quejarse? Sólo de usted dependerá el labrarse un hermoso porvenir. Va

usted a ser lo que son Tulia, Florina, Marieta y la Val-Noble, sus antiguas amigas, la querida de un hombre rico a quien no ama. Una vez arreglados nuestros asuntos, ese enamorado barón es bastante rico para hacerla a usted dichosa.

—¡Dichosa! —exclamó Ester levantando los ojos al cielo.

—Ha gozado usted cinco años de paraíso. ¿No se puede vivir con semejantes recuerdos?

—Le obedeceré —dijo la joven enjugándose una lágrima—. De lo demás no se preocupe. Como ha dicho usted muy bien, mi amores una enfermedad mortal.

—Es que no basta con obedecer, sino que es preciso que se conserve usted hermosa —le advirtió Carlos—. A los veintidós años y medio se halla usted en el grado sumo de su belleza, gracias a su dicha pasada. En fin, sobretodo vuelva usted a ser la Torpedo. Sea traviesa, gastadora, astuta, y no tenga lástima de ese millonario que le entrego. ¡Escúcheme!… ese hombre no ha tenido compasión a nadie y se ha enriquecido a costa de la viuda y del huérfano, y usted será la vengadora de sus víctimas… Asia vendrá a buscarla en coche y esta noche estará usted en París. Si dejase usted sospechar sus relaciones de seis años con Luciano, sería como si le pegase usted un tiro en la cabeza. Si le preguntan dónde ha estado, responda que ha ido de viaje con un inglés muy celoso. Antes tenía usted talento para charlar, y ahora debe sacarlo a relucir.

¿Habéis visto una cometa radiante, ese gigante de las mariposas de la infancia, recamado de oro, cerniéndose en los cielos?… Los niños olvidan un momento la cuerda y un transeúnte la corta: el meteoro cabecea y cae entonces con espantosa rapidez. Tal le ocurrió a Ester cuando oyó a Carlos Herrera.

Cuán caro cuesta el amor a los ancianos

Hacía ocho días que Nucingen iba a regatear casi a diario la libertad de aquella a quien amaba, al entresuelo de la calle Neuve-Saint-Marc. Allí reinaba Asia entre los vestidos más hermosos llegados a esa fase horrible en que las ropas no son ya vestidos y no llegan tampoco a andrajos. El cuadro estaba en armonía con el rostro de aquella mujer, pues esas tiendas son una de las más siniestras particularidades de París. Se ven cachivaches que la muerte ha arrojado allí con su mano descarnada, y se oye la respiración de una tísica bajo un chal, así como se adivina la agonía de la miseria bajo un vestido rameado de oro. Las atroces luchas entre el lujo y el hambre están grabadas allí sobre ligeros encajes. Se encuentra allí la fisonomía de una reina bajo un turbante de plumas cuya posición recuerda y restablece casi el rostro ausente. ¡Es lo odioso con lo bonito! El látigo de Juvenal, agitado por las manos oficiales de un subastador, desparrama los manguitos pelados, los vestidos ajados de las Mesalinas en la agonía. Es un estercolero de flores, donde brillan, aquí y allí, rosas cortadas ayer, llevadas un día, y en el cual está siempre agachada una vieja, la prima hermana de la usura, la ocasión calva, desdentada, y dispuesta a vender el contenido; tan acostumbrada está a comprar el continente, el vestido sin la mujer o la mujer sin el vestido. Asia estaba allí, como el sotacómitre en el presidio, como un cuervo con el pico ensangrentado sobre cadáveres, en el seno de su elemento; más horrible que esos salvajes horrores que hacen estremecer a los transeúntes asombrados algunas veces al encontrar uno de sus más jóvenes y frescos recuerdos colgados en la sucia vitrina detrás de la cual hace muecas una verdadera Saint-Esteve retirada.

De regateo en regateo y de diez mil en diez mil francos, el banquero había llegado a ofrecer sesenta mil francos a la señora de Saint-Esteve, la cual le respondió con una negativa llena de muecas capaces de desesperar a un macaco. Después de una noche agitada, después de haber reconocido el desorden que Ester llevaba a sus ideas, después de haber realizado en la Bolsa ganancias inesperadas, fue por fin una mañana con intención de soltar los cien mil francos pedidos por Asia; pero quería sacarle una

multitud de informes.

—¿Te decides al fin, gran farsante? —le dijo Asia golpeándole un hombro.

La familiaridad más deshonrosa es el primer impuesto que esas mujeres imponen a las pasiones desenfrenadas o a las miserias que se les confían; nunca se ponen al nivel del cliente; le hacen sentarse a su lado sobre el montón de porquería. Asia, como se ve, obedecía admirablemente a su amo.

—¡Lo vale! —dijo Nucingen.

—Y no eres robado —respondió Asia—. Se han vendido mujeres en más precio del que pagarás tu por ésa, relativamente. ¡Hay mujeres y mujeres! De Marsay ha dado por Coralia sesenta mil francos. La que tú quieres costó cien mil francos de primera mano; pero para ti, ves, viejo corrompido, es un negocio de conveniencia.

—*Pego* ¿dónde está?

—¡Ah! ya la verás. Yo soy como tú: toma y daca. ¡Ah! querido mío, *tu pasión* ha hecho locuras. Esas jóvenes no son nada razonables. La princesa es en este momento lo que nosotros llamanos una hermosa noche…

—Una *hegmosa*…

—¡Ah!, ¿vas a hacerte el tonto?… Tiene a Louchard que la persigue. Yo le he prestado cincuenta mil francos…

—Veinticinco, ¿eh? —exclamó el banquero.

—Caramba, veinticinco por cincuenta, es lo mismo —respondió Asia—. Esa mujer, es preciso hacerle justicia, es la probidad misma. No tenía más que su persona, y me dijo: «Mi pequeña señora Saint-Esteve, me veo perseguida; sólo usted puede salvarme; déme veinte mil francos, y yo le hipoteco en cambio mi corazón…». ¡Oh! tiene un corazón muy bonito… Yo sola sé donde está. Una indiscreción me costaría mis veinte mil francos… Antes vivía en la calle Taitbout. Antes de irse allí… (su mobiliario estaba embargado… a causa de las costas… ¡Esos ladrones de alguaciles!… Ya lo sabe usted, que es uno de los más fuertes de la Bolsa). Pues bien, como no es tonta, ha alquilado por dos meses su mobiliario a una inglesa,

una mujer soberbia que tenía a ese poquita cosa de… Rubempré por amante, y estaba tan celoso de ella que le hacía pasear por la noche… Pero como van a vender el mobiliario, la inglesa se ha escapado, con tanto más motivo cuanto que era demasiado cara para un hombrecillo como Luciano…

—Usted practica el negocio de la banca —dijo Nucingen.

—Al natural —dijo Asia—. Presto a las mujeres bonitas; y eso produce mucho, pues se descuentan dos valores a la vez.

Asia se entretenía en exagerar el papel de las revendedoras de vestidos, que son muy ásperas, pero más zalameras, más dulces que la malvasía, y que justifican su comercio con razones llenas de hermosos motivos. Asia se mostró como la que ha perdido sus ilusiones, cinco amantes, sus hijos, y se ha dejado además *robar*. Enseñó de cuando en cuando papeletas del Monte de Piedad, para probar las pocas ventajas que tenía su comercio. Se mostró como apurada, empeñada. En fin, estuvo tan cándidamente odiosa, que el barón acabó por creer en el personaje que ella representaba.

—Bueno, si doy los cien mil francos, ¿dónde la *vege*? —dijo haciendo el gesto de un hombre decidido a todos los sacrificios.

—Padrecito mío, vendrás esta noche, por ejemplo, con tu coche, enfrente del Gimnasio. Es el camino —dijo Asia—. Te detendrás en la esquina de la calle Sainte-Barbe. Yo estaré allí vigilando, e iremos a encontrar mi hipoteca de cabellos negros. ¡Oh!, ¡mi hipoteca tiene unos cabellos hermosos! Cuando se quita la peineta, Ester se encuentra cubierta como por un pabellón. Pero aunque sabes mucho de números, me parece que eres bastante tonto para lo demás; te aconsejo que escondas bien a la pequeña, pues te la meterán en Santa Pelagia, y luego, al día siguiente, si la encuentran… y… la buscan.

—¿*No queggán vendeg* las letras? —dijo el incorregible cancerbero.

—El alguacil las tiene… pero no tiene mecha. La niña se ha comido un depósito que le reclaman. ¡Ah! diantre, un corazón de veintidós años siempre es algo farsante.

—Bueno, bueno, ya *aggeglagé* yo eso —dijo Nucingen recobrando su aire

astuto—. Queda convenido que *segé* su *protectog*.

—¡Eh! gran bestia, es asunto tuyo hacerte amar de ella, y tienes bastantes medios para comprar un símil de amor que valga lo que el verdadero. Yo pongo a la princesa en tus manos; ella se compromete a seguirte, yo no me preocupo de lo demás… Pero está acostumbrada al lujo, a las mayores dilapidaciones. ¡Ah! pequeño mío, es una mujer sin tacha, distinguida. A no ser por eso, ¿le hubiese yo dado quince mil francos?

—Bueno, está dicho —dijo el barón—. Hasta la noche.

El barón volvió a empezar a hacerse el tocado nupcial que se había hecho ya; pero esta vez con la seguridad del éxito. A las nueve, encontró a la horrible mujer en el lugar de la cita y la subió al coche.

—¿Adónde? —le preguntó el barón.

—¿Dónde? —dijo Asia— a la calle de la Perla, al Marais, un sitio de ocasión, pues la perla está en el lodo, pero tú la lavarás.

Llegados allí, la falsa señora Saint-Esteve dijo a Nucingen con horrible sonrisa:

—Daremos algunos pasos a pie, pues no soy tan estúpida para dar la verdadera dirección.

—Piensas en todo —respondió Nucingen.

—Es mi profesión —replicó ella.

Asia condujo a Nucingen a la calle Barbette, a una casa amueblada por un tapicero del barrio, y lo llevó al cuarto piso. Al ver, en una habitación mezquinamente amueblada, a Ester vestida de obrera y trabajando en un bordado, el banquero palideció. Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual Asia pareció cuchichear con Ester, apenas si el anciano podía hablar.

—*Señogita* —dijo por fin a la pobre joven—, ¿tendrá usted la bondad de *aceptagme* como su *protectog*?

—Es preciso, señor —dijo Ester cuyos ojos dejaron escapar dos gruesas lágrimas que rodaron a lo largo de sus mejillas.

—No *lloge* usted. Voy a *hacegla* la más feliz de las *mujeges*. Déjese *amag* únicamente *pog* mí, y ya *vega* usted.

—Pequeña mía, el señor es razonable —dijo Asia—; sabe que tiene setenta años cumplidos, y será muy indulgente. En fin, hermoso ángel mío, es un padre que te he encontrado. Es preciso decirle eso —dijo Asia al oído del banquero sorprendido—; no se caza a las golondrinas tirándoles tiros. Venga por aquí —añadió conduciendo a Nucingen a la pieza vecina—. ¿Ya sabe usted lo que hemos convenido, ángel mío?

Nucingen sacó del bolsillo de su levita una cartera y contó los cien mil francos, que Carlos, oculto en un gabinete, esperaba con viva impaciencia, y que la cocinera le llevó.

—He aquí cien mil francos que nuestro hombre coloca en Asia; ahora haremos que coloque también en Europa —dijo Carlos a su confidenta cuando estuvieron en la escalera.

Y desapareció después de haber dado sus instrucciones a la malaya, que entró en la habitación donde Ester lloraba a lágrima viva. La niña, al igual que un condenado a muerte, se había forjado una novela de esperanza, y la hora fatal había sonado.

—Queridos hijos míos —dijo Asia—, ¿dónde vais a ir?… pues el barón de Nucingen…

Ester miró al célebre banquero dejando escapar un gesto de asombro admirablemente fingido.

—Sí, hija mía, soy el *bagón* de Nucingen.

—El barón de Nucingen no debe, no puede permanecer en una pocilga semejante… Escuchadme… Tu antigua camarera Eugenia…

—¡La Eugenia de la calle Taitbout! —exclamó el barón.

—Sí, la guardiana judicial de los muebles —repuso Asia—, la que alquiló la habitación a la hermosa inglesa…

—¡Ah! comprendo —dijo el barón.

—La antigua camarera de la señora —repuso respetuosamente Asia

designando a Ester— les recibirá muy bien ésta noche, y nunca se le ocurrirá al alguacil de comercio ir a buscarla a su antigua habitación, que ha dejado desde hace tres meses.

—*¡Pegfectamente!, ¡pegfectamente!* —exclamó el barón—. *Pog* otra *pagte* , conozco las letras de *comegcio*, y sé lo que se necesita *paga haceglas desapageceg*…

—Tendrá usted en Eugenia un buen vigilante —dijo Asia—; yo fui quien se la proporcioné a la señora.

—La conozco —exclamó el millonario riendo—. Eugenia me *gobó* treinta mil francos.

Ester hizo un gesto de horror tan sincero que habría bastado para que un hombre de corazón le hubiera confiado su fortuna.

—¡Oh! *pog* culpa mía —repuso el barón— dejé de *encontragla* antes.

Y contó el *quid pro quo* a que dio lugar el alquiler de la habitación a una inglesa.

—¿Lo ve usted, señora? —dijo Asia—. Eugenia no le ha dicho nada de eso, ¡la astuta! Pero como la señora está muy acostumbrada a esa joven —dijo al barón—, guárdela.

Asia llamó al barón aparte y le dijo:

—Con quinientos francos al mes que le dé a Eugenia, que se redondea, sabrá usted todo lo que haga la señora; désela por camarera. Eugenia será tanto más de usted, cuanto que ya le ha engañado… Nada liga tanto las mujeres a un hombre como engañarle. Pero sujete por la brida a Eugenia: ¡esa joven lo hace todo por el dinero, es un horror!

—¡Y tú!…

—Yo —dijo Asia— me indemnizo.

Nucingen, aquel hombre tan profundo, tenía una venda en los ojos, y se dejó llevar como un niño. La vista de aquella cándida y adorable Ester enjugándose los ojos y haciendo, con la decencia de una joven virgen, los puntos de su bordado, hacía sentir a aquel anciano enamorado las

sensaciones que había experimentado en el bosque de Vincennes: ¡hubiese dado las llaves de su caja! se sentía joven, tenía el corazón lleno de adoración, esperaba que Asia se marchase para ponerse de hinojos ante aquella madona de Rafael. Aquel desarrollo súbito de la infancia en el corazón del cancerbero, de un anciano, es uno de los fenómenos sociales que la fisiología puede explicar fácilmente. Comprimido por el peso de los negocios, ahogado por continuos cálculos, por las preocupaciones perpetuas de la caza de millones, la adolescencia y sus sublimes ilusiones reaparece, se lanza y florece, como una causa, como un grano olvidado, cuyos efectos, cuyas eflorescencias espléndidas obedecen a la casualidad, a un sol que brota, que luce tardíamente. Empleado a los doce años en la casa Aldrigger de Strasburgo, el barón no había puesto nunca los pies en el mundo de los sentimientos. Por eso permanecía delante de su ídolo oyendo mil frases que chocaban en su cerebro, y no encontrando ninguna en sus labios, obedecía entonces a un deseo brutal en que el hombre de setenta años reaparecía.

—¿*Quiege* usted *venig* a la calle Taitbout? —le dijo.

—Donde usted quiera, señor —respondió Ester levantándose.

—¿Y lo *queggá* usted? —repitió él con embriaguez—. Es usted un ángel bajado del cielo, y a quien amo como si fuese un joven aunque tengo los cabellos grises.

—¡Ah!, ¡ya puede usted decir blancos! pues son de un hermoso color negro para no ser más que grises —dijo Asia.

—¡Vete, *hoggible vendedoga* de *cagne* humana! Tienes tu *dinego*, ¡no babees más esta *hegmosa flog* de *amog*! —exclamó el banquero vengándose con este salvaje apostrofe de todas las insolencias que había soportado.

—¡Viejo granuja!, ¡me pagarás esa frase!… —dijo Asia amenazando al banquero con un gesto digno de la Halle que le hizo encogerse de hombros—. ¡Entre la boca del puchero y la de un *bebedor* hay siempre espacio para una víbora, y tú me encontrarás! —le dijo excitada por el desdén de Nucingen.

Los millonarios cuyo dinero está guardado por la Banca de Francia, cuyos palacios están guardados por una tropa de criados, cuya persona tiene en

la calle el refugio de un rápido coche tirado por caballos ingleses, no tienen ninguna desgracia: por eso el barón miró fríamente a Asia, como hombre que acababa de darle cien mil francos.

Esta majestad produjo su efecto. Asia ejecutó su retirada murmurando por la escalera y empleando un lenguaje excesivamente revolucionario; ¡hablaba de patíbulo!

—¿Qué le ha dicho usted?… —le preguntó la *virgen del bordado*— *es* una buena mujer.

—La ha vendido a usted, la ha *gobado*…

—Cuando estamos en la miseria —respondió con un aire capaz de derretir el corazón de un diplomático—, ¿quién tiene dinero y miramientos para nosotras?

—¡Pobre pequeña! —dijo Nucingen— ¡no esté ni un momento más aquí!

Nucingen dio el brazo a Ester, la condujo como se encontraba y la puso en su coche con más respeto tal vez del que hubiera tenido para la duquesa de Maufrigneuse.

—Tendrá usted un *hegmoso* coche, el más bonito de *Pagís* —decía Nucingen por el camino—. Tendrá usted todo lo que el lujo tiene de más *encantadog*. Una *geina* no *sega* más *gica* que usted. *Segá gespetada* como una novia de Alemania: la hago a usted libre. No *lloge*… La amo *vegdadegamente*, con *amog pugo*. Cada una de sus lágrimas me destroza el *cogazón*.

—¿Puede uno amar a una mujer comprada? —preguntó con voz deliciosa la pobre joven.

—José fue vendido por sus *hegmanos* a causa de su gentileza. Lo dice la Biblia. *Pog otra pagte*, en *Ogiente* se compran las *mujeges* legítimas.

Llegada a la calle Taitbout, Ester no pudo ver, sin sentirse dolorosamente impresionada, el teatro de su dicha. Permaneció en un diván, inmóvil, enjugándose las lágrimas una a una, sin oír ni una palabra de las locuras que le decía el banquero, el cual se arrodilló ante ella. Ester le dejó hacer sin decirle palabra, abandonándole sus manos cuando él se las cogía, pero ignorando, por decirlo así, de qué sexo era la criatura que le

calentaba los pies, que Nucingen encontró fríos. Esta escena de lágrimas ardientes derramadas sobre la cabeza del barón, y de pies helados calentados por él, duró desde las doce hasta las dos de la madrugada.

—Eugenia —dijo el barón llamando a Europa—, obtenga usted de su *señoga* que se acueste.

—No —exclamó Ester irguiéndose como un caballo espantado— ¡aquí, nunca!

—Mire, señor, conozco a la señora, que es dulce y buena como un cordero —dijo Eugenia al banquero—; únicamente que es preciso no contrariarla y cogerla al sesgo… ¡Ha sido muy desgraciada aquí!… Mire, el mobiliario está muy usado… Déjela que siga sus ideas. Puede que viéndolo todo nuevo en torno de ella esté extrañada, le encontrará a usted mejor de lo que es, y tendrá una dulzura angelical. ¡Oh! la señora no tiene igual, y puede usted alabarse de haber hecho una excelente adquisición: un buen corazón, modales graciosos, un busto fino, un cutis… ¡Ah!… y graciosa hasta hacer reír a condenados a muerte… La señora es susceptible de querer… ¡Y qué bien sabe vestirse!… Y si es cara, un hombre tiene, según dicen, por lo que da. Aquí todos sus vestidos están embargados, su tocado está atrasado de unos tres meses. Pero, mire, la señora es tan buena, que yo la amo, y eso que es mi ama. Pero, sea usted justo, ¡verse una mujer como ella entre muebles embargados!… ¿Y por quién? por un bribón que la ha engañado… Pobre mujercita, ya no es ella misma.

—*Esteg… Esteg*… —decía el barón— acuéstese usted, ángel mío. ¡Eh! si tiene usted miedo de mí, me *quedagé* en este canapé —exclamó el barón inflamado por el amor más puro al ver que Ester continuaba llorando.

—Bueno —respondió Ester cogiendo una mano al barón y besándosela con un sentimiento de agradecimiento que hizo acudir a los ojos de aquel cancerbero algo así como una lágrima—, se lo agradeceré…

Y escapó a su habitación encerrándose en ella.

—Aquí hay algo inexplicable —se decía Nucingen sentándose en el canapé—. ¿Qué *digán* en mi casa?

Se levantó y miró por la ventana.

—Mi coche me está *espegando*… Pronto *sega* de día.

Se paseó por la habitación.

—¡Cómo se *buglagía* de mí la *señoga* de Nucingen si supiese cómo he pasado la noche!

Fue a pegar el oído a la puerta de la habitación al ver que perdía estúpidamente el tiempo.

—¡*Esteg*!

Nadie respondió.

—¡Dios mío!, ¡continúa *llogando*! —dijo volviendo a echarse en el canapé.

Unos diez minutos después de salir el sol, el barón de Nucingen, que se había dormido con ese mal sueño adquirido a la fuerza, y en una posición incómoda, sobre un diván, fue despertado por Europa en medio de uno de esos sueños que se tienen entonces y cuyas rápidas complicaciones son uno de los fenómenos insolubles de la fisiología médica.

—¡Ah! ¡Dios mío!, ¡señora! —exclamaba— ¡señora!, ¡los soldados!… los gendarmes, la justicia. Quieren detenerla.

En el momento en que Ester abrió la puerta y se mostró, mal envuelta en su bata, los pies desnudos dentro de las zapatillas, los cabellos en desorden, hermosa hasta hacer condenar al ángel de Rafael, la puerta del salón vomitó un chorro de lodo humano que rodó, con diez patas, hacia aquella celestial joven en la actitud de un ángel en un cuadro de religión flamenco. Un hombre se adelantó. Contensón, el horrible Contensón, colocó su mano en el hombro de Ester.

—¿Es usted la señorita Ester van?… —dijo.

De un revés aplicado en la mejilla de Contensón, Europa lo envió a medir tanto mejor la alfombra que necesitaba para acostarse, cuanto que le dio en las piernas ese golpe seco tan conocido de los que practican el arte llamado *de la zapatilla*.

—¡Atrás! —exclamó ella— ¡nadie toque a mi señora!

—¡Me ha roto una pierna! —exclamaba Contensón levantándose— me la pagarán…

De la mesa de los cinco alguaciles vestidos como alguaciles, que conservaban sus horribles sombreros sobre sus cabezas más horribles aún, y que dejaban ver unas cabezas de madera de caoba surcada de venas donde los ojos bizqueaban, en que las narices faltaban y en que las bocas hacían muecas, se destacó Louchard, vestido más aseadamente que sus hombres, pero con el sombrero en la cabeza, con cara a la vez dulce y risueña.

—Señorita, la detengo —dijo a Ester—. Respecto a usted, hija mía —dijo a Europa—, toda rebelión será castigada y toda resistencia es inútil.

El ruido de los fusiles, cuyas culatas cayeron sobre los ladrillos del comedor y de la antesala, anunciando que el guarda era guardado por la guardia, apoyó aquel discurso.

—¿Y por qué se me detiene? —dijo inocentemente Ester.

—¿Y sus deuditas? —respondió Louchard.

—¡Ah!, ¡es verdad! —exclamó Ester—. Deje que me vista.

—Desgraciadamente, señorita, es preciso que me asegure de si no tiene usted ningún medio de evadirse de su habitación —dijo Louchard.

Todo aquello se hizo tan rápidamente, que el barón no había tenido tiempo aún de intervenir.

—¡Hola! *bagón* de Nucingen ¿soy *ahoga* una *vendedoga* de *cagne* humana? —exclamó la terrible Asia deslizándose por entre los alguaciles hasta llegar al diván donde fingió descubrir al banquero.

—¡Malvada! —exclamó Nucingen, que se irguió con toda su majestad financiera.

Y se interpuso entre Ester y Louchard, el cual se quitó el sombrero a un grito de Contensón.

—¡El señor barón de Nucingen!…

A un gesto que hizo Louchard, los alguaciles salieron de la habitación descubriéndose todos respetuosamente. Contensón fue el único que se quedó.

—¿Paga el señor barón?… —preguntó el guardia, que tenía el sombrero en la mano.

—Yo pago, *pego* antes es preciso *sabeg* de qué se trata.

—Trescientos doce mil francos y unos céntimos, gastos liquidados; pero el arresto no está comprendido.

—¡Trescientos mil francos! —exclamó el barón—. Es un *despegtag* demasiado *cago paga* un hombre que ha pasado la noche en un canapé —añadió al oído de Europa.

—¿Es verdaderamente el barón de Nucingen este hombre? —dijo Europa a Louchard, comentando su duda con un gesto que la señorita Dupont, la última graciosa del Teatro Francés, hubiese envidiado.

—Sí, señorita —dijo Louchard.

—Sí —respondió Contensón.

—*Gespondo* de ella —dijo el barón a Louchard—; déjenme *decigle* una palabra.

Ester y su anciano amante entraron en la habitación, a cuya cerradura juzgó Louchard necesario aplicar el oído.

—La amo a usted más que a mi vida, *Esteg; pego ¿pog* qué *dag* a sus *acreedoges dinego* que *estagía* infinitamente *mejog* en el bolsillo de usted? Vaya a la *cágcel*. Me creo capaz de *gecobrag* esos cien mil escudos *pog* sesenta mil francos, y así tendrá doscientos mil *paga* usted.

—Ese sistema —le gritó Louchard— es inútil. ¡El acreedor no está enamorado de la señorita! ¿Me comprende usted? Y quiere cobrar con tanto mayor motivo, cuanto que sabe que usted está enamorado de ella.

—¡Gran granuja! —dijo Nucingen a Louchard abriendo la puerta e introduciéndole en la habitación— no sabes lo que dices. Si *aggeglas* el asunto, te doy el veinte *pog* ciento.

—Imposible, señor barón.

—¡Cómo! señor, ¿sería usted capaz —dijo Europa interviniendo— de dejar ir a mi señora a la cárcel?… ¿Quieren ustedes mis soldadas, mis economías? tómelas, señora, tengo cuarenta mil francos.

—¡Ah!, ¡pobre hija mía! —exclamó Ester— no te conocía —dijo estrechando a Europa entre sus brazos.

Y Europa se puso a llorar.

—Yo pago —dijo lastimosamente el barón sacando una cartera.

Y cogió uno de esos cuadritos de papel impresos que la Banca da a los banqueros, y en los cuales no tienen más que llenar los vacíos con cifras y con letras para hacer billetes pagaderos al portador.

—No se moleste, señor barón —dijo Louchard—; tengo orden de no recibir el pago más que en especies de oro o de plata. Por usted, me contentaré con billetes de Banco.

—¡*Tagtufo*! —exclamó el barón— enséñeme los títulos.

Contensón presentó tres legajos cubiertos con papel azul, que el barón cogió mirando a Contensón, a quien dijo al oído:

—Hubieses hecho *mejog* negocio *advigtiéndomelo* antes.

—¿Sabía yo que estaba usted aquí, señor? —respondió el espía sin preocuparse de que le oyese o no Louchard—. Ha salido usted perdiendo quitándome su confianza. Le roban a usted —añadió aquel profundo filósofo encogiéndose de hombros.

—Es *vegdad* —dijo el barón—. ¡Ah! pequeña mía —exclamó al ver las letras de cambio, dirigiéndose a Ester—, ¡es usted víctima de un famoso granuja!…

—¡Ay de mí! sí —dijo la pobre Ester—; ¡pero me amaba mucho!

—Si lo hubiese sabido… habría puesto una oposición entre sus manos.

—Pierde usted la cabeza, señor barón —dijo Louchard—. Hay un tercer

portador.

—Sí —respondió—, hay un tercer *pogtadog… Cegizet*, un hombre de oposición.

—Tiene humor en medio de la desgracia —dijo Contensón sonriendo—; hace un calembour.

—¿Quiere escribirle el señor barón cuatro letras a su cajero? —dijo Louchard sonriendo— enviaré a Contensón y despediré a toda mi gente. El día adelanta, y todo el mundo sabría…

—Vete, Contensón… —exclamó Nucingen—. Mi *cajego* vive en la esquina de la calle de los *Matuginos* y de la *Aggate*. Ahí tienes cuatro letras, a fin de que vaya a casa de Tillet o de los *Kelleg*, en el caso de que no *tuviégamos* cien mil escudos, pues nuestro *dinego* está todo en la Banca. Vístase usted, ángel mío, es usted libre —le dijo a Ester—. Las viejas —exclamó mirando a Asia— son más peligrosas que las jóvenes.

—Voy a hacer reír al acreedor —le dijo Asia—, y me dará algo para divertirme hoy. No me guarde usted rencor, señor barón —añadió la vieja haciendo una horrible reverencia.

Louchard cogió los títulos de manos del barón y permaneció solo con él en un salón, adonde llegó, media hora después, el cajero seguido de Contensón. Ester apareció entonces vestida con un traje encantador, aunque improvisado. Cuando los fondos estuvieron contados por Louchard, el barón quiso examinar los títulos; pero Ester se apoderó de ellos con gesto de gata y los puso en su *secretaire*.

—¿Qué da usted para mi gente? —dijo Contensón a Nucingen.

—No habéis tenido muchos *migamientos* —dijo el barón.

—¡Y mi pierna! —exclamó Contensón.

—Louchard, *daga* usted cien francos a Contensón del *gesto* del billete de mil…

—¡Es una mujer muy hermosa! —decía el cajero al barón de Nucingen al salir de la calle Taitbout—, pero le cuesta muy cara al señor barón.

—*Guágdame* el secreto —dijo el barón, que lo había pedido también a Contensón y a Louchard.

Louchard se fue seguido de Contensón; pero en el bulevar, Asia, que les espiaba, detuvo al guarda de comercio.

—El ujier y el acreedor están ahí en un coche —les dijo—, tienen sed, *¡y hay abundancia*!

Mientras Louchard contaba las cantidades, Contensón pudo examinar a los clientes. Vio los ojos de Carlos, distinguió la forma de la frente bajo la peluca, y aquella peluca le pareció muy sospechosa; tomó el número del coche, fingiéndose del todo extraño a lo que ocurría; Asia y Europa le intrigaban de un modo atroz. Pensaba que el barón era víctima de gentes excesivamente hábiles, con tanta mayor razón cuanto que Louchard, al reclamar el pago de sus servicios, había empleado una discreción chocante. Por otra parte, la zancadilla de Europa no le había dado únicamente a Contensón en la tibia.

—¡Es un golpe que huele a Saint-Lazare! —se dijo al levantarse.

Carlos despidió al ujier, le pagó generosamente, y le dijo al del coche pagándole:

—¡A la escalinata del Palais-Royal!

—¡Ah!, ¡pillo! —se dijo Contensón, que oyó la orden—, ahí hay algo…

Carlos llegó al Palais-Royal con la rapidez del que teme verse perseguido. En seguida atravesó las galerías a su modo y tomó un coche en la plaza del Chateau-d'Eau diciendo:

—Pasaje de la Ópera, del lado de la calle Pinón.

Un cuarto de hora después, entraba en la calle Taitbout, en casa de Ester, que le dijo:

—Aquí tienes las letras fatales.

Carlos tomó los títulos, los examinó, y después fue a quemarlos en el fuego de la cocina.

—¡La jugada ya está hecha! —exclamó mostrando los trescientos diez mil francos hechos un rollo que sacó del bolsillo de la levita—. Esto y los cien mil francos de Asia nos permiten obrar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la pobre Ester.

—Pero, imbécil —dijo el feroz calculador—, sé ostensiblemente la querida de Nucingen, y podrás ver a Luciano, que es amigo de Nucingen; no te prohíbo que sientas una pasión por él.

Ester percibió una débil claridad en su vida tenebrosa y respiró.

—Europa, hija mía —dijo Carlos llevando a aquella otra criatura a un ángulo del gabinete donde nadie podía sorprender ni una palabra de aquella conversación—, Europa, estoy contento de ti.

Europa levantó la cabeza y miró a aquel hombre con una expresión que cambió de tal modo su rostro ajado, que el testigo de aquella escena, Asia, que vigilaba a la puerta, se preguntó si el interés por el cual Carlos tenía a Europa podía exceder en profundidad a aquel por el que ella se sentía ligada a él.

—No es eso todo, hija mía. Cuatrocientos mil francos no son nada para mí… Paccard te entregará una factura de vajilla de plata que asciende a treinta mil francos, y sobre la cual se han recibido cantidades; pero nuestro platero, Biddín, ha hecho gastos. Nuestro mobiliario, embargado por él, será puesto mañana a pública subasta. Vete a ver a Biddín, que vive en la calle del Arbre Sec, y él te dará papeletas del Monte de Piedad por valor de diez mil francos. Ya comprendes: Ester ha encargado vajilla de plata, no la ha pagado, la ha empeñado y será amenazada con una denuncia de estafa. Así, pues, será preciso dar treinta mil francos al platero y diez mil al Monte de Piedad para obtener la vajilla. Total: cuarenta y tres mil francos con los gastos. Esta vajilla está aleada, el barón la renovará, y con esto le sacaremos algunos billetes de mil francos… Debéis dos años a la costurera…

—Se le pueden deber seis mil francos —dijo Europa interrumpiéndole.

—Pues bien, si la señora Augusta quiere cobrar y conservar la clientela, tendrá que hacer una factura de treinta mil francos. Lo mismo haremos con la vendedora de modas. El joyero, Samuel Frisch, el judío de la calle

Sainte-Avoie, te prestará recibos, *debemos deberle* veinticinco mil francos, y sacaremos seis mil francos de nuestras alhajas del Monte de Piedad. Devolveremos las alhajas al joyero, de las cuales la mitad serán falsas: por eso el barón no debe mirarlas mucho. En fin, debes hacerle *escupir* aún al barón ciento cincuenta mil francos de aquí a ocho días.

—La señora tendrá que ayudarme un poco —dijo Europa—; háblele usted, pues está como atontada y me obliga a desplegar más ingenio que tres autores para una pieza.

—Si Ester se encierra en la gazmoñería, avísame —dijo Carlos—. Nucingen le debe un equipo y caballos, y debe querer escogerlo y comprarlo todo ella misma. Escogeréis al chalán y al cochero donde está Paccard. Tendremos allí admirables caballos, muy caros, que cojearán un mes después, y los cambiaremos.

—Se podrían sacar seis mil francos por medio de un recibo de perfumista —dijo Europa.

—¡Oh! —dijo Carlos levantando la cabeza— vayamos despacio, de concesión en concesión. Nucingen sólo ha pasado el brazo por la máquina, y necesitamos la cabeza. Además de eso, necesito quinientos mil francos.

—Podrá usted obtenerlos —repuso Europa—. La señora se endulzará para ese gran imbécil por seiscientos mil francos, y le pedirá cuatrocientos mil para amarle.

—Escucha esto, hija mía —dijo Carlos—: el día que cobre los últimos cien mil francos, habrá para ti veinte mil.

—¿Para qué puede servirme eso? —dijo Europa dejando caer los brazos como persona para quien la existencia es imposible.

—Podrás volver a Valenciennes, comprar un hermoso establecimiento y ser una mujer honrada, si quieres; todos los gustos se comprenden. Paccard piensa alguna vez en eso; no tiene ninguna condena encima, ni nada en la conciencia, y podríais conveniros el uno al otro —replicó Carlos.

—¡Volver a Valenciennes! ¿Ya lo ha pensado usted bien, señor? —exclamó Europa asustada.

Nacida en Valenciennes e hija de tejedores muy pobres, Europa fue enviada a los siete años a una hilandería donde la industria moderna abusó de sus fuerzas físicas, lo mismo que el vicio la había depravado antes de tiempo. Corrompida a los doce años, madre a los trece, se vio unida a seres profundamente degradados. A propósito de un asesinato, tuvo que comparecer como testigo ante el tribunal. Vencida a los dieciséis años por un resto de honradez, por el terror que causa la justicia, hizo condenar al acusado, con su testimonio, a veinte años de trabajos forzados. Aquel criminal, uno de esos reincidentes de quienes la justicia toma terribles venganzas, le dijo en plena audiencia a aquella muchacha: «Dentro de diez años, como ahora, Prudencia (Europa se llamaba Prudencia Servién), volveré para *enterrarte*, aunque yo sea *ahorcado*». El presidente del tribunal trató de tranquilizar a Prudencia Servién, prometiéndole el apoyo, el interés de la justicia; pero la pobre muchacha fue acometida de tan profundo terror, que cayó enferma y permaneció cerca de un año en el hospital. La justicia es un ser de razón representado por una colección de individuos renovados sin cesar, y cuyas buenas intenciones y recuerdos son, como ellos, excesivamente ambulantes. Los estrados, los tribunales no pueden prevenir nada en materia de crímenes; han sido inventados para aceptarlos hechos. Sobre esta base, una policía preventiva sería un beneficio para un país; pero la palabra policía asusta hoy al legislador, que no sabe distinguir entre estas palabras: *Gobernar, administrar, hacer leyes*. El legislador tiende a observarlo todo en el Estado, como si pudiera obrar. El forzado debería pensar siempre en su víctima y vengarse cuando la justicia no pensase ya en uno ni en otro. Prudencia, que comprendió instintivamente, en conjunto si queréis, su peligro, dejó Valenciennes y se fue a los diecisiete años a París para esconderse. Tuvo allí cuatro oficios, el mejor de los cuales fue el de comparsa de un teatrito. Trabó conocimiento con Paccard, a quien contó sus desgracias. Paccard, el brazo derecho, el séide de Jacobo Collín, habló de Prudencia a su amo; y cuando el maestro tuvo necesidad de una esclava, le dijo a Prudencia: «Si quieres servirme como se debe servir al diablo, te desembarazaré de Durut». Durut era forzado, la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Prudencia Servién. Sin estos detalles, muchos críticos hubieran encontrado la fidelidad de Europa algo fantástica. Finalmente, nadie hubiera comprendido el golpe teatral que Carlos iba a preparar.

—Sí, hija mía, podrás volverá Valenciennes… Toma, lee.

Y le dio el periódico del día anterior mostrándole con el dedo el siguiente artículo: TOLÓN.—*Ayer tuvo lugar la ejecución de Juan Francisco Durut… Desde por la mañana, la guarnición*, etc.

Prudencia soltó el periódico; sus piernas se doblaron bajo el peso de su cuerpo; recobraba la vida, porque, según decía, no le había sacado gusto al pan desde la amenaza de Durut.

—Ya lo ves, he cumplido mi palabra. Han sido necesarios cuatro años para hacer caer la cabeza de Durut armándole un lazo. Ahora bien, acaba aquí mi obra, y te encontrarás dueña de un pequeño comercio en tu país, rica con veinte mil francos, y mujer de Paccard, a quien le permitió ejercer la virtud como retiro.

Europa volvió a coger el periódico y leyó con ojos ávidos todos los detalles que los periódicos traen de la ejecución de los forzados desde hace veinte años; el espectáculo imponente, el sacerdote que ha convertido siempre al paciente, el viejo criminal que exhorta a sus ex colegas, la artillería asestada, los forzados arrodillados; después las reflexiones vulgares, que no cambian nada el régimen de los presidios, donde bullen dieciocho mil crímenes.

—Es preciso llevar a Asia a su domicilio —dijo Carlos.

Asia se adelantó sin comprender nada de la pantomima de Europa.

—Para hacer que venga aquí la cocinera, empezaréis por servir al barón una comida como no habrá comido nunca —repuso—; después le diréis que Asia ha perdido el dinero en el juego y que ha vuelto a su casa. No necesitaremos cazador: Paccard será cochero, los cocheros no abandonan su sitio donde no son nada accesibles, y el espionaje le alcanzará menos allí. La señora le hará llevar una peluca empolvada y un tricornio de fieltro galoneado; esto le cambiará; por otra parte, yo lo pintaré.

—¿Vamos a tener criados con nosotros? —dijo Asia bizqueando.

—Tendremos criados honrados —respondió Carlos.

—Todos son cabezas ligeras —replicó la mulata.

—Si el barón alquila un palacio, Paccard tiene un amigo que servirá para

ser portero —repuso Carlos—. No necesitaremos más que un ayuda de cámara y una ayudante de cocina; ya podéis vigilar bien a esos dos extraños.

En el momento en que Carlos iba a salir, Paccard se presentó.

—Quédese, hay gente en la calle —dijo el cazador.

Aquella sencilla palabra hizo un efecto atroz. Carlos subió a la habitación de Europa y permaneció en ella hasta que Paccard fue a buscarle en un coche de alquiler que entró en la casa. Carlos echó las cortinillas y fue llevado con una rapidez capaz de desconcertar toda especie de persecución. Llegado al arrabal Saint-Antoine, bajó a algunos pasos de una parada de coches, adonde fue a pie, y entró en el muelle de Malaquais, evitando las miradas de los curiosos.

—Toma, hijo —le dijo a Luciano presentándole cuatrocientos billetes de mil francos—, aquí tienes algo a cuenta de la tierra de Rubempré. Vamos a exponer cien mil francos. Acaban de estrenarse los ómnibus y los parisienses van a enamorarse de esa novedad; en tres meses triplicaremos nuestros fondos. Conozco el negocio: darán dividendos soberbios tomados del capital para hacer subir las acciones. Una idea renovada de Nucingen. Rehaciendo la tierra de Rubempré, no la pagaremos toda al instante. Vas a ir a encontrar a Lupeaulx y le rogarás que te recomiende él mismo a un tal Desroches, un granuja a quien irás a ver a su estudio; le dirás que vaya a Rubempré a estudiar el terreno, y le prometerás veinte mil francos de honorarios si consigue, comprándote por ochocientos mil francos de tierras alrededor de las ruinas del castillo, constituirse treinta mil libras de renta.

—¡Cómo vas!… ¡Adelante, tú siempre adelante!

—Sí, siempre adelante. No bromeemos. Irás a colocar cien mil escudos en bonos del Tesoro, a fin de no perder intereses; puedes dejárselos a Desroches; es tan honrado como astuto… Hecho esto, corre a Angulema y obtén de tu hermana y de tu hermano que digan por ti una pequeña mentira. Tus padres pueden decir que te han dado seiscientos mil francos para facilitar tu matrimonio con Clotilde de Grandlieu; eso no es deshonroso.

—¡Estamos salvados! —exclamó Luciano deslumbrado.

—¡Tú, sí! —repuso Carlos— pero no lo estarás aún hasta que no salgas de Santo Tomás de Aquino casado con Clotilde.

—¿Qué temes? —dijo Luciano aparentando sumo interés.

—Hay curiosos que me siguen la pista. ¡Es preciso que tenga el aire de un verdadero sacerdote, y esto es muy fastidioso! El diablo no me protegerá ya cuando me vea con un breviario en las manos.

En aquel momento, el barón de Nucingen, que se marchaba dando el brazo a su cajero, llegó a la puerta de su palacio.

—Temo —dijo al entrar— *habeg* hecho una mala campaña… ¡Bah! ya *gecobragemos* todo esto…

—Lo malo es que el barón se ha exhibido y tendrá que gastar más.

—Sí, mi *quegida* debe *ocupag* una posición digna de mí —respondió aquel Luis XIV de la banca.

Seguro de poseer, tarde o temprano, a Ester, el barón volvió a ser el gran financiero que era. Volvió a ocuparse tan bien de la dirección de sus asuntos, que su cajero, al encontrarle al día siguiente, a las seis, en su despacho, inspeccionando valores, se frotó las manos y dijo con sonrisa de alemán medio astuta, medio estúpida:

—Decididamente, el señor barón ha hecho alguna economía la noche pasada.

Si las personas ricas a la manera del barón de Nucingen tienen más ocasiones que las demás para perder dinero, tienen también más ocasiones para ganarlo, hasta cuando se entregan a locuras. Aunque la política financiera de la famosa casa de Nucingen está explicada en otra parte, no estará de más hacer observar que si no se adquieren fortunas tan considerables, tampoco se constituyen, ni se aumentan, ni se conservan, en medio de las revoluciones comerciales, políticas e industriales de nuestra época, sin que haya inmensas pérdidas de capitales, o, si queréis, imposiciones hechas con fortunas particulares. Se derraman muy pocos valores nuevos en el tesoro común del globo. Todo acaparamiento nuevo representa una nueva desigualdad en la repartición general. Lo que el Estado pide, lo devuelve; pero lo que una casa

Nucingen toma, lo guarda. Este golpe traicionero se libra de la acción de las leyes, por la razón que hubiese hecho de Federico II un Jacobo Collín, un Mandrin, si, en vez de operar en las provincias dando batallas, hubiese trabajado en el contrabando o en valores mobiliarios. Obligar a los Estados europeos a pedir prestado al diez o veinte por ciento, ganar ese diez o veinte por ciento con los capitales del público, desollar en grande las industria apoderándose de las primeras materias, tirar una cuerda al fundador de un negocio para sostenerle fuera del agua hasta que haya sido pescada su empresa asfixiada; en fin, todas esas batallas de escudos ganados constituyen la alta política del dinero. Ciertamente que los mismos peligros corre el banquero que el conquistador; pero hay tan pocas personas en disposición de trabar semejantes combates, que los carneros no tienen nada que ver con ellos. Esas grandes cosas pasan entre pastores. Por eso, cuando los *ejecutados* (el término consagrado en el lenguaje de la Bolsa), son culpables de haber querido ganar demasiado, se toma generalmente poca parte en las desgracias causadas por las combinaciones de los Nucingen. Que un especulador se levante la tapa de los sesos, que un agente de cambio se fugue, que un notario se lleve la fortuna de cien hogares, lo cual es peor que matar un hombre, que un banquero liquide; todas esas catástrofes, olvidadas en París en unos meses, son muy pronto cubiertas por la agitación casi marina de esa gran ciudad. Las fortunas colosales de Jacobo Coeur, de los *Médici*, de los Ango de Dieppe, de los *Auffredi* de la Rochela, de los *Fugger*, de los *Tiepolo*, de los *Corner*, fueron antaño lealmente conquistadas con privilegios debidos a la ignorancia en que estaban de las procedencias de todos los géneros preciosos; pero hoy día las claridades geográficas han penetrado tanto en las masas, la competencia ha limitado de tal modo los provechos, que toda fortuna rápidamente hecha es o efecto de una casualidad o de un descubrimiento, o el resultado de un robo legal. Pervertido por escandalosos ejemplos, el bajo comercio ha respondido, sobre todo desde hace diez años, a la perfidia de las concepciones del alto comercio, con atentados odiosos a las materias primeras. Por dondequiera que la química es practicada, no se bebe ya vino; por eso sucumbe la industria vinícola. Se vende sal falsificada para evitar la contribución del fisco. Los tribunales están asustados de esta improbidad general. Finalmente, el comercio francés es mirado con recelo por el mundo entero, e Inglaterra se desmoraliza igualmente. Nuestro mal proviene de la ley política. La carta ha proclamado el reinado del dinero; el éxito se convierte entonces en la razón suprema de una época atea. Por eso la corrupción de las esferas elevadas, a pesar de los resultados deslumbradores de oro

y de sus razones especiosas, es infinitamente más odiosa que las corrupciones innobles y casi personales de las esferas inferiores, de las que algunos detalles sirven de cómico, terrible si queréis, a esta escena. Los ministerios, a quienes todo pensamiento asusta, han desterrado del teatro los elementos del cómico actual. La burguesía, menos liberal que Luis XIV, tiembla al ver aparecer el *Casamiento de Fígaro*, prohíbe representar el Tartufo político, y, seguramente, que no dejaría hoy representar *Turcaret*, porque Turcaret se ha tornado soberano. Desde entonces, la comedia se cuenta, y el libro se convierte en el arma menos rápida pero más segura de los poetas.

Durante aquella mañana, en medio de las idas y venidas de las audiencias, de las órdenes dadas, de las conferencias de algunos minutos, que hacen del despacho de Nucingen una especie de sala de los Pas-Perdús financiera, uno de sus agentes de cambio le anunció la desaparición de un miembro de la compañía, uno de los más hábiles y de los más ricos, Joaquín Falleix, hermano de Martín Falleix, y sucesor de Julio Desmarets. Joaquín Falleix era el agente de cambio de la casa Nucingen. De acuerdo con Tillet y los Keller, el barón había decidido tan fríamente la ruina de aquel hombre como si se hubiese tratado de matar un cordero por Pascua.

—No podía *sostenegse* —respondió tranquilamente el barón.

Joaquín Falleix había hecho enormes servicios al agiotaje. En una crisis de unos meses antes había *salvado la plaza* maniobrando con audacia. Pero pedir agradecimiento a los cancerberos, ¿no es querer enternecer en invierno a los lobos de la Urania?

—¡Pobre hombre! —respondió el agente de cambio— sospechaba tan poco ese desenlace, que había amueblado una casita para su querida en la calle Saint-Georges; ha gastado en ella ciento cincuenta mil francos en pinturas y en mobiliario. ¡Amaba tanto a la señora de Val-Noble!… He ahí una mujer obligada a dejar todo eso… Lo debe todo.

—Bueno, bueno —se dijo Nucingen—, ya tengo una ocasión *paga gepagag* mis *pégdidas* de esta noche… ¿No hay nada pagado? —preguntó al agente de cambio.

—¿Quién es el proveedor desvergonzado que no hubiese concedido crédito a Joaquín Falleix? —respondió el agente—. Parece que hay una

bodega exquisita. Entre paréntesis, la casa está en venta; él pensaba comprarla. El arrendamiento está a su nombre. ¡Qué estupidez! Vajilla, mobiliario, vinos, coches, caballos, todo va a convertirse en un valor de la masa, y ¿qué es lo que los acreedores tendrán?

—Venga usted mañana —dijo Nucingen—, habré ido a *veg* todo eso, y si no *declagan* la quiebra, que *aggeglen* el asunto amigablemente; le *encaggagé* a usted que ofrezca un precio *gazonable pog* el *mobiliagio*, tomando el *aggendamiento*…

—Eso podrá hacerse muy bien —dijo el agente de cambio—. Vaya usted esta mañana; encontrará allí a uno de los asociados de Falleix con los proveedores que querrán crearse un privilegio; pero la señora de Val-Noble tiene las facturas a su nombre.

El barón de Nucingen envió al instante uno de sus dependientes a casa de su notario. Joaquín Falleix le había hablado de aquella casa, que valía todo lo más sesenta mil francos, y hubiese querido ser inmediatamente propietario, a fin de ejercer el privilegio a razón de los alquileres.

—El cajero (¡hombre honrado!) fue a saber si su dueño perdía algo en la quiebra de Falleix.

—Al *contragio*, mi buen Volfgang, voy a *atrapag* cien mil francos.

—¿Cómo?

—¡Ah! tendré la casita que ese pobre diablo de Falleix *prepagaba paga* su *quegida* desde hacía un año. Obtendré el total ofreciendo cincuenta mil francos a los *acreedoges*, y maese *Cagdot*, mi *notagio, gecibigá* mis *ógdenes paga* la casa, *pogque* el *propietagio* está *apugado*… Ya lo sabía, *pego* no *ega* dueño de mi cabeza… Dentro de poco, mi divina *Esteg habitagá* un palacito… Falleix me llevó a *veglo*: es una *magavilla*, y está a dos pasos de aquí… Me viene como anillo al dedo.

La quiebra de Falleix obligaba al barón a ir a la Bolsa; pero le fue imposible dejar la calle Saint-Lazare sin pasar por la calle Taitbout; sufría ya por haber estado unas horas sin ver a Ester, y hubiese querido tenerla siempre a su lado. La ganancia que pensaba obtener con los despojos de su agente de cambio le hacía muy llevadera la pérdida de los cuatrocientos mil francos. Encantado de poder anunciar a su ángel su traslado de la calle

Taitbout a la de Saint-Georges, donde estaría en un palacito y donde los recuerdos no se opondrían ya a su dicha, la acera le parecía suave bajo los pies; caminaba como un joven sumido en un sueño de joven. Al dar la vuelta a la calle de los Trois-Freres, en medio de su sueño y de la acera, el barón vio que se le acercaba Europa con el rostro descompuesto.

—¿Dónde vas? —le dijo.

—¡Ay, señor! iba a su casa… ¡Tenía usted razón ayer! Ahora concibo que la pobre señora debía dejarse meter en la cárcel por algunos días. Pero ¿qué saben las mujeres de negocios?… Cuando los acreedores de la señora han sabido que había vuelto a su casa, se han echado encima como sobre una presa… Ayer, señor, a las siete de la tarde, vinieron a colocar unos horribles carteles para vender su mobiliario el sábado… Pero esto no es nada… La señora, que es todo corazón, quiso obligar a ese monstruo de hombre, ¿sabe usted?

—¿Qué monstruo?

—Aquel a quien amaba, ese Estourny; ¡oh! era encantador. Jugaba, eso es todo.

—Jugaba con *cagtas prepagadas*…

—¿Y usted? —dijo Europa— ¿qué hace usted en la Bolsa? Pero déjeme decirle. Un día, para impedir que Jorge se levantara la tapa de los sesos, puso en el Monte de Piedad toda su vajilla de plata y todas sus alhajas, que no estaban pagadas. Al saber que *había dado algo* a un acreedor, han venido todos a armarle un escándalo. La amenazaron con la cárcel. ¿No hace poner de punta los cabellos de una peluca el pensar que ese ángel puede sentarse en un banco de esos?... Ella se deshace en lágrimas; habla de arrojarse al río… ¡Oh!, ¡lo hará!

—Si voy a *vegos* ¡adiós la Bolsa! —exclamó Nucingen—. Y es imposible que deje de *ig pogque ganagé* algo *paga* ella… Vete a *calmagla: pagagé* sus deudas; *igé* a *vegla* a las cuatro. *Pego*, Eugenia, dile que me ame un poco…

—¿Cómo un poco?, ¡mucho!… Mire, señor, no hay nada como la generosidad para conquistar el corazón de las mujeres. Ciertamente que hubiese usted economizado un centenar de miles de francos dejándola ir a

la cárcel; pero, nunca hubiese sido usted dueño de su corazón… Ella me lo decía: «Eugenia, ha estado muy grande, muy generoso… Es un alma hermosa».

—¿Ella ha dicho eso, Eugenia? —exclamó el barón.

—Sí señor, a mí misma.

—Toma, aquí tienes diez luises.

—Gracias, señor… Pero llora en este momento, llora desde ayer tanto como ha llorado santa Magdalena durante un mes… Aquella que usted ama está desesperada, y por deudas que no son suyas. ¡Oh!, ¡los hombres! explotan a las mujeres tanto como las mujeres explotan a los viejos…

—Todas son iguales… ¡*Empeñagse*!… ¡Eh! uno no debe *empeñagse* nunca… Que no *figme* nada más… *Pagagé; pego* si ella *figma* alguna otra cosa… yo…

—¿Qué haría usted? —dijo Europa encaramándosele.

—¡Dios mío! no tengo ningún *podeg* sobre ella… Voy a *ponegme* a la cabeza de sus negocios… Vete, vete a *consolagla* y a *decigle* que dentro de un mes *habitagá* un palacito.

—Ha hecho usted préstamos con gran interés sobre el corazón de una mujer, señor barón. Mire, le encuentro rejuvenecido, yo que no soy, más que la camarera, y he visto con frecuencia ese fenómeno… es la felicidad… La felicidad tiene cierto reflejo… Si ha hecho usted algunos desembolsos, no los sienta… ya verá que eso produce… Primero, le he dicho a la señora que sería la última de las últimas, *una arrastrada*, si no le amase a usted, pues usted la sacó de un infierno… Una vez no tenga ya preocupaciones, la convencerá usted. Entre nosotros, puedo confesárselo, la noche que lloraba tanto… ¿qué quiere usted? una se interesa por la estimación de un hombre que va a mantenerla… ella no se atrevía a decirle todo esto… quería escaparse…

—¡*Escapagse*! —exclamó el barón asustado ante aquella idea—. ¡*Pego* la Bolsa! Anda, vete, yo no entro. *Pego* que la vea a la ventana… su vista me *animagá*…

Ester sonrió al señor de Nucingen cuando éste pasó por delante de su casa. El banquero se fue pausadamente diciéndose:

—Es un angelito.

He aquí cómo se las había arreglado Europa para obtener aquel resultado imposible. A eso de las dos y media, Ester había acabado de vestirse como cuando esperaba a Luciano, y estaba deliciosa; al verla de aquel modo, Prudencia le dijo mirando por la ventana:

—¡Ya está aquí el señor!

La pobre joven se precipitó creyendo ver a Luciano, y vio a Nucingen.

—¡Oh!, ¡qué daño me haces! —le dijo.

—No había más medio que ése para hacerle fingir que presta atención a un pobre anciano que va a pagar sus deudas —respondió Europa—, porque al fin van a ser pagadas todas.

—¿Qué deudas? —exclamó aquella criatura que no pensaba más que en retener su amor al que unas manos horribles querían dar alas.

—Las que el señor Carlos ha hecho contraer a la señora.

—¡Cómo!, ¡ya van cerca de cuatrocientos cincuenta mil francos!… —exclamó Ester.

—Aún debe usted ciento cincuenta mil; pero el barón ya se ha hecho cargo de ello. Va a sacarla de aquí para ponerla en un *palacito*… ¡A fe!, ¡no es usted desgraciada! En su lugar, toda vez que tiene cogido a ese hombre, una vez que esté ya pagado Carlos, haría que me diese una casa y rentas. La señora es seguramente la mujer más hermosa y atractiva que he visto, ¡pero la fealdad viene tan pronto! yo he sido fresca y hermosa, y mire cómo estoy. Tengo veintitrés años, casi la edad de la señora, y parezco diez años más vieja. Una enfermedad basta… Pues bien, cuando se tiene una casa en París y rentas, una no teme morir en la calle.

Ester no escuchaba ya a Europa-Eugenia-Prudencia Servién. La voluntad de un hombre dotado del genio de la corrupción había sumido en el lodo a Ester con la misma fuerza que había empleado para sacarla de él. Los que

conocen lo infinito del amor, saben que no se saborean sus placeres sin aceptar sus virtudes. Desde la escena en su tugurio de la calle de la Anglade, Ester había olvidado completamente su vida antigua; había vivido siempre muy virtuosamente, parapetada en su pasión. Así pues, para no encontrar obstáculos, el sabio corruptor tenía el talento de prepararlo todo de manera que la pobre joven, llevada de su abnegación, no tuviese más que dar su consentimiento a bribonadas consumadas o a punto de consumarse. Revelando la superioridad de aquel corruptor, esta astucia explica el procedimiento por el cual había sometido a Luciano. Crear necesidades terribles, abrir la mina, llenarla de pólvora, y en el momento crítico, decir al cómplice: «Haz una señal con la cabeza, y todo salta». Antaño, Ester, imbuida por la moral particular de las cortesanas encontraba todas aquellas gentilezas tan naturales, que no estimaba a sus rivales más que por lo que hacían gastar a un hombre. Las fortunas destruidas son los galones de esas criaturas. Carlos, contando con los recuerdos de Ester, no se había engañado. Estas astucias de guerra, esas estratagemas mil veces empleadas, no sólo por esas mujeres, sino hasta por los disipadores, no turbaban la imaginación de Ester. La pobre joven sólo sentía su degradación. Amaba a Luciano y se convertía en la querida oficial del barón de Nucingen: todo estaba en esto para ella. Que el falso español tomase el dinero de las arcas; que Luciano elevase el edificio de su fortuna con las piedras de la tumba de Ester; que una sola noche de placer costase más o menos billetes de mil francos al viejo banquero; que Europa sustrajese algunos centenares de miles de francos por medios más o menos ingeniosos, nada de todo eso ocupaba a aquella joven enamorada. Pero he aquí el cáncer que roía su corazón: se había visto durante cinco años blanca como un ángel; amaba, era feliz y no había cometido la menor infidelidad. Aquel amor puro iba a ser manchado. Su imaginación no oponía el contraste de su hermosa vida desconocida a su inmunda vida futura. Esto no era en ella ni cálculo ni poesía; experimentaba un sentimiento indefinible de un poder infinito: de blanca se tornaba negra; de pura, impura; de noble, innoble. Armiño por su propia voluntad, la mancha moral no le parecía soportable. Por eso, cuando el barón la amenazó con su amor, la idea de arrojarse por la ventana acudió a su mente. Finalmente, Luciano era amado absolutamente, como es extremadamente raro que las mujeres amen a un hombre. Las mujeres que dicen que aman, que con frecuencia creen ser las que aman más, bailan y coquetean con otros hombres, se adornan para el mundo y van a buscar a él su cosecha de miradas codiciosas; pero Ester había cumplido, sin que hubiese en ello sacrificio, los milagros del verdadero amor. Había

amado a Luciano durante seis años como aman las actrices o las cortesanas que, sumidas en el fango y en las impurezas, tienen sed de noblezas, de las abnegaciones del verdadero amor, y que practican entonces la *exclusividad* (¿no es preciso crear una palabra para emitir una idea tan poco puesta en práctica?). Las naciones desaparecidas, Grecia, Roma y el Oriente, han secuestrado siempre a la mujer; la mujer que ama debería secuestrarse ella misma. Se concibe, pues, que al salir del palacio fantástico donde aquella fiesta, aquel poema se había cumplido, para entrar en el *palacito* de un frío anciano, Ester fuese atacada de una especie de enfermedad moral. Empujada por una mano de hierro, se vio cubierta de infamia hasta la mitad del cuerpo antes de que pudiera reflexionar; pero hacía ya dos días que reflexionaba y sentía un peso mortal en el corazón.

Al oír aquel las palabras: «Morir en la calle», se levantó bruscamente y dijo:

—¿Morir en la calle? no, antes morir en el Sena.

—¿En el Sena? ¿Y el señor Luciano?… —dijo Europa.

Aquella sola palabra hizo que Ester se sentase en el sillón, donde permaneció con los ojos fijos en una rosa de la alfombra y con la fragua del cráneo absorbiendo los lloros. A las cuatro, Nucingen encontró a su ángel sumido en aquel océano de reflexiones y de resoluciones en el cual flotan las imaginaciones femeninas y del que salen con palabras incomprensibles para los que no se han visto en situación análoga.

—*Desagugue* su frente… *hegmosa* mía —le dijo el barón sentándose a su lado—. Ya no tendrá usted deudas… yo me *entendegué* con Eugenia, y dentro de un mes *dejagá* esta habitación *paga entrag* en un palacito… ¡Oh!, ¡qué mano tan bonita! Déme que la bese (Ester dejó que le cogiese la mano como el perro que da la pata). ¡Ah! da usted la mano, *pego* no el *cogazón*… y es el *cogazón* lo que yo *quiego*.

Esto fue dicho con un acento tan sincero, que la pobre Ester fijó la vista en aquel anciano con una expresión de piedad tal, que lo volvió casi loco. Los enamorados, lo mismo que los mártires, se sienten hermanos en el suplicio. Nada en el mundo se comprende mejor que dos dolores semejantes.

—¡Pobre hombre! —dijo ella— ¡me ama!

Al oír aquella frase cuyo sentido le engañó, el barón palideció, la sangre hirvió en sus venas, respiraba el aire del cielo. A su edad, los millonarios pagan una sensación semejante con tanto oro como la mujer le pide.

—La amo a usted como a mi hija —le dijo—, y siento aquí —añadió poniéndose una mano en el corazón— que no la *quiego veg* de otra *manega* más que feliz.

—Si usted quisiese no ser más que mi padre, le amaría mucho, no le abandonaría nunca, y se daría cuenta de que no soy una mujer mala, ni servil, ni interesada, como parezco en este momento.

—Ha hecho usted algunas *locugas* —repuso el barón—, como todas las *mujegues* bonitas, y nada más. No hablemos más de ello. Nuestro oficio es *ganag dinego paga* ustedes… Sea feliz: *quiego seg* su padre *dugante* algunos días, pues comprendo que es *necesaguio* que se acostumbre a mi pobre *cogazón*.

—¿De veras? —exclamó levantándose, saltando a las rodillas de Nucingen, pasándole los brazos alrededor del cuello y abrazándose a él.

—De *vegas* —respondió, tratando de hacer sonreír a su rostro.

Ester le besó en la frente al creer en una transacción imposible: permanecer pura y ver a Luciano… Acarició tan bien al banquero, que la Torpedo reapareció. Hechizó al anciano, el cual prometió permanecer padre durante cuarenta días. Estos cuarenta días eran necesarios para la adquisición y arreglo de la casa de la calle Saint-Georges. Una vez en la calle, y al volverá su casa, el anciano se decía:

—¡Soy un zamacuco!

En efecto, si se tornaba niño en presencia de Ester, lejos de ella recobraba su piel de cancerbero, absolutamente lo mismo que el jugador se enamora de Angélica cuando ya no tiene un céntimo.

—Medio millón, y no *sabeg* aún cómo tiene la *piegna*, es *seg* algo bestia; *pego* felizmente nadie sabrá nada —decía veinte días después.

Y tomaba hermosas resoluciones, para terminar con una mujer que le había costado tan cara; después, cuando se encontraba en presencia de

Ester, se pasaba en reparar la brutalidad de su llegada todo el tiempo que ella le concedía.

—No puedo —le decía al cabo de un mes—, no puedo *seg* el padre *etegno* .

Hacia últimos del mes de diciembre de 1829, la víspera de instalar a Ester en el palacito de la calle Saint-Georges, el barón rogó a Tillet que condujese allí a Florina a fin de ver si todo estaba en armonía con la fortuna de Nucingen, si aquellas palabras *un palacito* habían sido realizadas por los artistas encargados de hacer aquella jaula digna del pájaro. Todas las invenciones halladas por el lujo antes de la revolución de 1830 hacían de aquella casa el tipo del buen gusto. El arquitecto Grindot había visto en ella la obra maestra de su talento de decorador. La escalera rehecha de mármol, los estucados, las telas, los dorados sobriamente aplicados, lo mismo los pequeños detalles que los grandes sobrepujaban a todo lo que el siglo de Luis XV ha dejado en aquel género en París.

—He aquí un sueño: ¡eso y la virtud! —dijo Florina sonriendo—. ¿Y por quién hace usted todos esos gastos? —le preguntó a Nucingen—. ¿Es alguna virgen que se ha dejado caer del cielo?

—Es una *mujeg* que le lleva a uno a él —respondió el barón.

—Es una manera de colocarte a lo Júpiter —replicó la actriz—. ¿Y cuándo la veremos?

—¡Oh!, ¡el día que estrenen la casa! —exclamó Tillet.

—Hasta entonces —dijo el barón.

—Será preciso cepillarse, arreglarse y adamascarse mucho —repuso Florina—. ¡Oh! esa noche las mujeres darán muchos quebraderos de cabeza a sus modistos y a sus peluqueros. Y ¿cuándo?

—No soy el dueño.

—¡Eso es una mujer!… —exclamó Florina—. ¡Oh!, ¡qué ganas tengo de verla!…

—Yo también —repuso cándidamente el barón.

—¡Cómo!, ¿la casa, la mujer, los muebles, todo será nuevo?

—Hasta el banquero —dijo Tillet—, pues mi amigo me parece muy joven.

—Pero necesitará recobrar sus veinte años, al menos por un instante —dijo Florina.

En los primeros días de 1830, todo el mundo hablaba en París de la pasión del barón de Nucingen y del lujo desenfrenado de su casa. El pobre barón, puesto en evidencia y burlado, llevado de una rabia fácil de comprender, concibió un querer de financiero de acuerdo con la furiosa pasión que sentía en el corazón. Deseaba, al mismo tiempo que estrenaba el palacio, colgar también el vestido de padre noble y cobrar el precio de tantos sacrificios. Derrotado siempre por la Torpedo, se resolvió a tratar el asunto de su matrimonio por correspondencia, a fin de obtener de Ester un compromiso quirografario. Los banqueros sólo creen en las letras de cambio. Así, pues, el cancerbero se levantó muy temprano uno de los primeros días de aquel año, se encerró en su despacho y se puso a componer la carta siguiente, escrita en buen francés: pues, si lo pronunciaba mal, lo ortografiaba muy bien.

Querida Ester, flor de mis pensamientos y única felicidad de mi vida: Cuando le dije que la amaba como amo a mi hija, la engañaba y me engañaba yo mismo. Únicamente quería explicarle así la santidad de mis sentimientos, que no se parecen a ninguno de los que los hombres han experimentado, primero porque soy un anciano, y después porque no había amado nunca. La amo a usted tanto, que si me costase mi fortuna, no por eso la amaría menos. Sea usted justa: la mayor parte de los hombres no habrían visto, como yo, un ángel en usted: nunca he dirigido la vista a su pasado. La amo a la vez como amo a mi hija Augusta, que es mi única hija, y como amaría a mi mujer si mi mujer hubiese podido amarme. Si la felicidad es la única absolución de un anciano enamorado, pregunte usted si no represento un papel ridículo. He hecho de usted el consuelo, la alegría de mi vejez. Ya sabe usted que hasta mi muerte será tan feliz como una mujer pueda serlo, y ya sabe usted también que después de mi muerte será tan rica, que su suerte causará envidia a muchas mujeres. En todos los negocios que hago desde que tuve la dicha de hablarle, su parte se separa, y tiene usted una cuenta en la casa Nucingen. Dentro de algunos días, entrará usted en un palacio que, tarde o temprano, será suyo, si le gusta. Vamos, ¿recibirá usted aún a su padre al recibirme, o seré al fin dichoso?…

Dispénseme que le escriba tan crudamente; pero cuando estoy a su lado, no tengo valor, y comprendo demasiado que es usted mi dueña. No tengo intención de ofenderla, quiero únicamente decirle lo que sufro y lo cruel que es a mi edad esperar, cuando cada día me quita esperanzas y placeres. La delicadeza de mi conducta es, por otra parte, una garantía de la sinceridad de mis intenciones. ¿He obrado nunca como un acreedor? Es usted como una ciudadela, y yo no soy ningún joven. Responde usted a mis quejas que se trata de su vida, y me lo hace usted creer cuando la escucho; pero aquí caigo en negras penas, en dudas que nos deshonran a uno y a otro. Me ha parecido usted tan buena como cándida y hermosa; pero se entretiene usted en destruir mis convicciones. Juzgue usted: me dice que tiene usted una pasión en el corazón, una pasión despiadada, y se niega a confiarme el nombre de ese a quien ama… ¿Es esto natural? Ha hecho usted de un hombre bastante fuerte un hombre de una debilidad inaudita… ¿Ve usted adónde he llegado? Me veo obligado a preguntarle qué porvenir reserva a mi pasión después de cinco meses. Aún debo saber qué papel representaré en la inauguración de su palacio. El dinero no es nada para mí cuando se trata de usted, y no cometeré la estupidez de hacer pasar a sus ojos por un mérito esta preferencia natural; pero si mi amor no tiene límites, mi fortuna es limitada, y no le tengo apego más que por usted. Pues bien, si dándole todo lo que poseo pudiese obtener su afecto, preferiría ser pobre y amado por usted, que rico y desdeñado. Me ha cambiado usted tanto, mi querida Ester, que nadie me conoce ya: he pagado diez mil francos por un cuadro de José Brideau, porque usted me ha dicho que era un hombre de talento y desconocido. En fin, doy a todos los pobres que encuentro cinco francos en su nombre. Y después de esto, ¿qué pide el pobre anciano que se considera su deudor cuando le hace usted el honor de aceptar cualquier cosa?… sólo pide una esperanza, ¡y qué esperanza, gran Dios! ¿No obedecerá el crecimiento de mi pasión a la certeza de no poseerla nunca? Pero el fuego de mi pasión secundará sus crueles engaños. Me ve usted dispuesto a aceptar todas las condiciones que ponga a mi dicha, a mis raros placeres; pero, al menos, dígame que el día en que tomará usted posesión de su casa, aceptará el corazón y la servidumbre del que se dice, por el resto de sus días,

Su esclavo,

FEDERICO DE NUCINGEN.

—¡Ya me está fastidiando ese puchero de millones! —exclamó Ester tornándose cortesana.

Y cogiendo un pliego de papel, escribió en gruesos caracteres la celebrada frase, convertida en proverbio para gloria de Scribe: *Tome usted mi oso*. Un cuarto de hora después, arrepentida, Ester escribió la siguiente carta:

No dé usted importancia a la carta que ha recibido de mí. En aquel momento sentí renacer la locura de mi juventud; perdónele, pues, señor, a una pobre joven que debe ser una esclava. Nunca he sentido tanto la bajeza de mi condición como el día que fui entregada a usted. Ha pagado usted, y me debo. No hay nada más sagrado que las deudas de deshonor. No tengo derecho a *liquidar* arrojándome al Sena. Se puede pagar siempre una deuda en esa horrible moneda, que no tiene más que un lado bueno: me encontrará usted, pues, a sus órdenes. Quiero pagar en una noche todas las sumas que tienen hipotecado ese fatal momento, y tengo la certeza que una hora mía vale millones, con tanto mayor motivo cuanto que será la única, la última. Después, estaré en paz, y podré salir de la vida. Una mujer honrada tiene probabilidades de levantarse de una caída; pero nosotras caemos demasiado bajo. Así, pues, mi resolución es tan firme, que le ruego guarde esta carta como testimonio de la causa de la muerte de la que se dice por un día,

Su servidora,

ESTER.

Una vez enviada esta carta, Ester tuvo un pesar. Diez minutos después, escribió la tercera carta siguiente:

Dispénseme, querido barón, soy aún yo. No he querido ni burlarme de usted ni lastimarle; quiero únicamente hacerle reflexionar acerca de lo siguiente: si seguimos juntos en nuestras relaciones de padre e hija, gozará usted un placer pequeño, pero duradero; si exige usted la ejecución del contrato, me llorará. No quiero molestarle más: el día que escoja usted el placer en lugar de la felicidad, será el último para mí.

Su hija,

ESTER.

Al leer la primera carta, el barón se vio acometido de una de esas rabias frías que pueden matara los millonarios, se miró en el espejo y llamó.

—¡Un baño de pies!… —gritó a su nuevo ayuda de cámara.

Mientras tomaba el baño de pies, llegó la segunda carta, la leyó, y cayó sin conocimiento. Llevaron al millonario a su cama. Cuando el financiero volvió en sí, la señora de Nucingen, sentada al pie de la cama, le dijo:

—¡Esa joven tiene razón!, ¿por qué quiere usted comprar el amor?… ¿se vende eso en la plaza? Enséñeme su carta.

El barón le dio los diversos borradores que había hecho, y la señora de Nucingen los leyó sonriendo. La tercera carta llegó.

—¡Es una joven extraordinaria! —exclamó la baronesa después de haber leído aquella última carta.

—¿Qué hago, *señoga*? —preguntó el barón a su mujer.

—Esperar.

—¡*Espegag*! —repuso— la *natugaleza* es despiadada…

—Mire, querido mío —dijo la baronesa—, ha acabado usted por ser excelente para mí, y quiero darle un buen consejo.

—Es usted una buena *mujeg*… —dijo el barón—. Contraiga deudas, que yo las pago.

—Lo que le ha sucedido al recibir las cartas de esa joven conmueve más a una mujer que los millones gastados, o que todas las cartas, por hermosas que sean; procure que ella lo sepa indirectamente, y tal vez la logre usted… no tenga ningún escrúpulo, que ella no se morirá por esto —dijo mirando de pies a cabeza a su marido.

La señora de Nucingen desconocía completamente la *naturaleza prostituta*.

—¡Qué lista es la *señoga* de Nucingen! —se dijo el barón cuando su mujer

le dejó solo.

Pero cuanto más admiró el banquero la astucia del consejo que la baronesa acababa de darle, menos adivinaba la manera de servirse de él; y no sólo se encontraba estúpido, sino que se lo decía a sí mismo.

La estupidez del hombre de dinero, aunque convertida casi en proverbial, no es, sin embargo, más que relativa. Hay facultades de nuestro espíritu como aptitudes de nuestro cuerpo. El bailarín tiene la fuerza en los pies, el herrero en los brazos; el fuerte del mercado se ejercita llevando fardos, el cantante trabaja su laringe, y el pianista cimenta el puño. Un banquero se acostumbra a combinar los negocios, a estudiarlos, a hacer moverse los intereses, como un autor de comedias se adiestra en combinar las situaciones, estudiar los asuntos y mover los personajes. No se puede pedir al barón de Nucingen el espíritu de conversación, lo mismo que no se puede exigir las imágenes del poeta al entendimiento del matemático. ¿Cuántos poetas se encuentran por época, que sean prosistas o ingeniosos en el comercio de la vida, al modo de la señora Cornuel? Buffon era pesado, Newton no amó nunca, lord Byron no se amó más que a sí mismo, Rousseau fue sombrío y casi loco, la Fontaine era distraído. Igualmente distribuida, la fuerza humana produce los estúpidos, o la medio cría por todas partes; desigual, engendra esos disparates a los cuales se les da el nombre de *genio*, y que, si fueran visibles, parecerían deformidades. La misma ley rige el cuerpo: una belleza perfecta va casi siempre acompañada de frialdad o de estupidez. Que Pascal sea a la vez un gran geómetra y un gran escritor, que Beaumarchais sea un gran hombre de negocios, que Zamet sea un profundo cortesano; estas raras excepciones confirman el principio de la especialidad de las inteligencias. En la esfera de los cálculos especulativos, el banquero despliega, pues, tanta inteligencia, maña, astucia y cualidades, como un hábil diplomático en los intereses nacionales. Si un banquero fuese notable fuera de su despacho, sería un gran hombre. Nucingen, multiplicado por el príncipe de Ligne, por Mazarino o por Diderot, es una fórmula humana casi imposible, y que, sin embargo, se ha llamado Pericles, Aristóteles, Voltaire y Napoleón. El rayo del sol imperial no debe perjudicar al hombre privado; el emperador tenía encanto, era instruido y ocurrente; el señor Nucingen, puramente banquero, sin ninguna inventiva fuera de sus cálculos, como la mayor parte de los banqueros, no creía más que en los valores ciertos. En materia de arte, tenía el buen sentido de recurrir con el oro en la mano a los expertos en toda materia, tomando el mejor arquitecto, el mejor

cirujano, el más conocedor en cuadros y en estatuas, el procurador más hábil, cuando se trataba de construir una casa, de cuidar su salud, de una adquisición de curiosidades o de un terreno. Pero como no existe experto jurado para las intrigas ni conocedor en pasiones, un banquero es guiado mal cuando ama, y se ve muy apurado en el manejo de su mujer. Nucingen no inventó, pues, nada mejor que lo que ya había hecho: dar dinero a un Frontín cualquiera, macho o hembra, para obrar y pensar en su lugar. Sólo la señora Saint-Esteve podía explotar el remedio encontrado por la baronesa. El barón sintió muy amargamente haber reñido con la odiosa revendedora de trajes. No obstante, confiado en el magnetismo de su caja y en los calmantes firmados *Garat*, llamó a su ayuda de cámara y le dijo que se informase, en la calle Neuve-Saint-Marc, de aquella horrible viuda, y le rogara que fuese a verlo. En París, los extremos se tocan por las pasiones. El vicio suelda perpetuamente el rico al pobre, el grande al pequeño. La emperatriz consulta a la señorita Lenormand. Finalmente, el gran señor encuentra siempre un Ramponneau de siglo en siglo.

El nuevo ayuda de cámara volvió dos horas después.

—Señor barón —le dijo—, la señora Saint-Esteve está arruinada.

—¡Ah!, ¡*mejog*! —dijo el barón alegremente— ¡ya la tengo!

—Según parece, la buena mujeres un poco jugadora —repuso el criado—. Además, está dominada por un comiquillo de los teatros de las afueras, al cual, por decencia, hace pasar por su hijastro. Parece que es una cocinera excelente, y busca colocación.

—Esos diablos de genios *subaltegnos* tienen todos diez *manegas* de *ganag dinego*, y doce *manegas* de *gastaglo* —se dijo el barón sin sospechar que se las había con Panurgo.

Envió a su criado en busca de la señora Saint-Esteve, que no se presentó hasta el día siguiente. Interrogado por Asia, el nuevo ayuda de cámara explicó a aquel espía femenino los terribles resultados de las cartas escritas por la querida del señor barón.

—El señor debe amar mucho a esa mujer —dijo el ayuda de cámara para terminar—, pues ha estado a punto de morir. Yo le aconsejaba que no volviese, y se vería en seguida acariciado. ¡Una mujer que ya le cuesta al barón quinientos mil francos, según dicen, sin contar lo que acaba de

gastar en el palacio de la calle Saint-Georges!… Pero esa mujer quiere dinero, y nada más que dinero. Al salir de la habitación del señor, la señora baronesa decía riendo: «Si esto continúa, esa joven me dejará viuda».

—¡Diablo! —respondió Asia— es preciso no matar nunca la gallina de los huevos de oro.

—El señor barón no confía ya más que en usted —dijo el criado.

—¡Oh! es que yo sé manejar las mujeres.

—Vamos, entre usted —dijo el criado humillándose ante aquel poder oculto.

—Bueno —dijo la falsa Saint-Esteve entrando con aire humilde en la habitación del enfermo—, ¿el señor barón sufre algunas contrariedades?… ¡Qué quiere usted! todo el mundo se ve atacado por su lado débil. Yo también he tenido desgracias. En dos meses la rueda de la fortuna ha rodado muy mal para mí. Ahora busco colocación… No hemos sido razonables ni uno ni otro. Si el señor barón quisiera colocarme en calidad de cocinera en casa de la señora Ester, tendría en mí la más abnegada de las servidoras, y le sería muy útil para vigilar a Eugenia y a la señora.

—No se trata de eso —dijo el barón—. No puedo *conseguig seg* el amo, y soy conducido como…

—Una peonza —repuso Asia—. Usted ha hecho andar a los demás, papá, la pequeña le tiene cogido y le zarandea… El cielo es justo.

—¿Justo? —repuso el barón—. No la he hecho *venig paga oig mogal*…

—¡Bah! hijo mío, un poco de moral no daña. Es la sal de la vida para nosotros, como el vicio para los devotos. Vamos a ver, ¿ha sido usted generoso? ¿Ha pagado usted sus deudas?…

—Sí —dijo lastimosamente el barón.

—Está bien. Ha desempeñado usted sus efectos, mejor aún; pero, convenga usted en ello, eso no es bastante; eso no puede hacerla reír aún, y a esas criaturas les gusta brillar.

—Le *prepago* una *sogpresa*, en la calle Saint-*Geogges*… Ella lo sabe… —dijo el barón—. *Pego* no *quiego seg* un tonto.

—Pues bueno, déjela…

—Temo que ella me deje *magchag* —exclamó el barón.

—Y tenemos mucho cariño al dinero, hijo mío —respondió Asia—. Escuche; usted ha sacado varios millones al público, pequeño mío. Dicen que posee usted veinticinco. El barón no pudo menos de sonreír. Pues bien, es preciso soltar uno…

—Yo lo *soltaguía* —respondió el barón—, *pego* tan pronto como lo haya soltado, me *pedigán otro*…

—Sí, comprendo —respondió Asia—, no quiere usted decir B por temor de llegar hasta la Z. Sin embargo, Ester es una muchacha honrada.

—¡Una joven muy *hongada*! —exclamó el banquero— ella puede *excusagse, pego* como se trata de una deuda…

—En fin, ella no quiere ser su querida, siente repugnancia. Y yo lo concibo, porque la niña ha obedecido siempre a sus caprichos. Cuando no se ha conocido más que jóvenes encantadores, se preocupa una poco de un anciano… Usted no es hermoso; es usted gordo como Luis XVIII, y algo estúpido, como todos los que acarician la fortuna en vez de ocuparse de las mujeres. Pues bien, si no mira usted seiscientos mil francos —dijo Asia—, yo me encargo de convertirla para usted en todo lo que usted quiera.

—¡Seiscientos mil francos!… —exclamó el barón dando un ligero salto—. *Esteg* me cuesta ya un millón…

—La felicidad bien vale seiscientos mil francos, gran corrompido. Usted conoce hombres que seguramente se han comido más de uno y de dos millones con sus queridas. Yo conozco mujeres que han costado hasta la vida, y por las que se ha escupido la cabeza en un cesto. ¿No ha oído usted hablar de ese médico que ha envenenado a su amigo?… quería su fortuna para hacer la felicidad de una mujer.

—Sí, ya lo sé, *pego* si estoy *enamogado*, no soy tonto, aquí al menos,

pues cuando la veo, le *daguía* mi *cagtega*…

—Escuche usted, señor barón —dijo Asia tomando una actitud de Semíramis—, ha sido usted engañado. Tan cierto como me llamo Saint-Esteve, en el comercio, se entiende, le juro que tomo su partido.

—Bueno, te *indemnizagué*…

—Lo creo, pues le he demostrado que sé vengarme. Por otra parte, sépalo usted, papá —le dijo dirigiéndole una mirada horrible—, tengo en mi mano los medios de soplarle la señora Ester como se sopla una candela. ¡Y conozco a mi mujer! Cuando la picaruela le haya hecho feliz, le será más necesaria aún que lo es en este momento. Me ha pagado usted bien, se ha hecho tirar de la oreja, pero al fin ha negociado. Yo he cumplido mis compromisos, ¿verdad? Pues bien, mire, voy a proponerle un negocio.

—Veamos.

—Usted me coloca de cocinera en casa de la señora, me toma por diez años, tengo mil francos de soldada y me adelantas los últimos cinco años (¿qué es un ochavo para Dios?). Una vez en casa de la señora, sabré determinarla a las concesiones siguientes. Por ejemplo, le enviará un vestido delicioso de casa de la señora Augusta, que conoce los gustos y las hechuras de la señora, y da usted orden de que el nuevo equipo esté en la puerta a las cuatro de la tarde. Después de la Bolsa, sube usted a su casa, y se van a dar un paseíto por el bosque de Bolonia. Pues bien, esa mujer dice de ese modo que es su querida, se compromete a la vista de todo París… Cien mil francos… Comerá usted con ella (yo sé hacer comidas de ésas); la lleva al teatro, a los Varietés, al proscenio, y todo París dice entonces: «Ahí está ese viejo filón de Nucingen con su querida…». Es halagüeño hacer creer eso. Todas esas ventajas, soy buena mujer, van comprendidas en los primeros cien mil francos… En ocho días, conduciéndose de ese modo, habrá adelantado usted mucho camino.

—Habré pagado cien mil francos.

—En la segunda semana —continuó Asia fingiendo no haber oído aquella lastimosa frase—, la señora se decidirá, empujada por estos preliminares, a dejar su habitación y a instalarse en el palacio que usted le ofrece. Su Ester ha vuelto a ver el mundo, ha encontrado a sus antiguos amigos,

querrá brillar, hará los honores de su palacio… Esto está en el orden… ¡Cien mil francos más! ¡Diantre! está usted en su casa… Ester está comprometida, es de usted. Queda una bagatela que para usted es lo principal, ¡viejo elefante! (¡Qué ojos pone este gran monstruo!) Pues bueno, yo me encargo de ello. Cuatrocientos mil francos… ¡Ah! querido mío, ésos no los soltarás hasta el día siguiente… ¿Es esto honradez?… Yo tengo más confianza en ti, que tú en mí. Si decido a la señora a mostrarse como querida, a comprometerse, a tomar todo lo que usted le ofrezca, y puede que sea hoy, me creerá usted capaz de conducirla a que le abra el pasaje del gran San Bernardo. ¡Y esto es muy difícil!… Hay ahí, para hacer pasar su artillería, tanta distancia como para el primer cónsul en los Alpes.

—¿Y *pog* qué?

—Tiene el corazón lleno de amor, *razibus*, como dicen ustedes los que saben latín —repuso Asia—. Se cree una reina de Saba porque se ha lavado en los sacrificios que ha hecho a su amante… una idea que se mete en la cabeza de esas mujeres. ¡Ah! pequeño mío, es preciso ser justo, ¡eso es hermoso! Esa farsante moriría de pena si perteneciese a usted; no me asombraría; pero lo que me tranquiliza, se lo digo para animarle, es que hay en ella un buen fondo de joven.

—Tienes —le dijo el barón, que escuchaba a Asia con profundo silencio y admiración— el genio de la *cogupción* como yo tengo el *chic* de la Banca.

—¿Está dicho, pichón mío? —repuso Asia.

—¡Vaya, *pog* cincuenta mil francos en vez de cien mil!… Y *dagué* ciento cincuenta mil al día siguiente de mi triunfo.

—Bueno, me voy a trabajar —respondió Asia—. Ya puede usted venir —repuso con respeto—. El SEÑOR encontrará a la SEÑORA suave como un guante, y tal vez dispuesta a agradarle.

—Anda, anda, *queguida* mía —dijo el banquero frotándose las manos.

Y después de haber sonreído a aquella horrible mulata, se dijo:

—¡Qué *gazón* tiene uno en *teneg* mucho *dinego*!

Y saltó fuera de la cama, fue a sus oficinas y volvió a coger el manejo de

sus negocios, con el corazón alegre.

Nada podía ser más funesto a Ester que el partido tomado por Nucingen. La pobre cortesana defendía su vida defendiéndose contra la infidelidad. Carlos llamaba *gazmoñismo* a aquella defensa tan natural. Ahora bien, Asia fue, no sin emplear las precauciones usadas en semejantes casos, a dar cuenta a Carlos de la conferencia que acababa de tener con el barón y todo el partido que había sacado de ella. La cólera de aquel hombre fue, como él, terrible; corrió al instante en coche, con las cortinillas echadas, a casa de Ester, haciendo entrar el coche en el portal. Pálido aún cuando entró, aquel doble falsario se presentó ante la pobre joven; ella le miró de pie, y cayó sobre un sofá, con las piernas como rotas.

—¿Qué tiene usted, señor? —le preguntó estremeciéndose todos sus miembros.

—Déjenos usted, Europa —dijo Carlos a la camarera.

Ester miró a aquella muchacha como un niño hubiera mirado a su madre, de quien un asesino la separaba antes de matarla.

—¿Sabe usted dónde enviará a Luciano? —repuso cuando se encontraron solos.

—¿Dónde? —preguntó ella con voz débil atreviéndose a mirar a aquel hombre.

—Allí de donde yo vengo, alhaja mía.

Ester lo vio todo rojo al mirar a aquel hombre.

—A galeras —añadió en voz baja.

Ester cerró los ojos, sus piernas se estiraron, sus brazos colgaron, se tornó lívida. El hombre llamó, y Prudencia acudió.

—Hazle recobrar el conocimiento —dijo fríamente—, aún no he acabado.

Y mientras esperaba, se paseó por el salón. Prudencia-Europa se vio obligada a ir a rogar al señor que llevase a Ester a su cama; Carlos la tomó en sus brazos con una facilidad que probaba su fuerza atlética. Fue preciso ir a buscar lo que la farmacia tiene más violento, para hacer volver

en sí a Ester. Una hora después, la pobre joven estaba en estado de escuchar aquella pesadilla viviente, sentado a los pies de su cama y la mirada fija y reluciente como los chorros de plomo derretido.

—Corazón mío —repuso—, Luciano se encuentra entre una vida espléndida, honrada, digna, feliz, y el agujero lleno de agua de limo y guijarros donde iba a arrojarse cuando lo encontré. La casa de Grandlieu le exige una tierra de un millón antes de obtenerle el título de marqués y de tenderle esa gran percha llamada Clotilde. Gracias a nosotros dos, Luciano acaba de adquirir la casa solariega materna, el viejo castillo de Rubempré, que no ha costado gran cosa, treinta mil francos; pero su procurador, por medio de afortunadas negociaciones, ha acabado por reunir un millón de propiedad, sobre la cual se han pagado ya trescientos mil francos. El castillo, los gastos, los premios de los que han servido de pantalla para disfrazar las operaciones a los ojos de la gente del país, han absorbido lo demás. Es verdad que tenemos cien mil francos en negocios, los cuales, dentro de dos o tres meses, valdrán doscientos o trescientos mil francos; pero siempre quedarán cuatrocientos mil francos que pagar… Dentro de tres días, Luciano vuelve de Angulema, adonde ha ido, pues no debe ser tachado de haber encontrado su fortuna cardando los colchones de usted…

—¡Oh, no! —dijo ella levantando los ojos con un movimiento sublime.

—Ahora le pregunto, es éste el momento de asustar al barón —dijo tranquilamente—, ¡y ha estado usted a punto de matarle anteayer! Se desmayó como una mujer al leer su segunda carta. Ha empleado usted un estilo orgulloso, por lo que la felicito. Si el barón hubiera muerto, ¿qué sería de nosotros? Cuando Luciano salga de Santo Tomás de Aquino yerno del duque de Grandlieu, si quiere usted tirarse al Sena… mire, amor mío, le ofrezco mi mano para chapuzarnos juntos. Ésa es una manera de acabar. Pero reflexione usted un poco. ¿No sería preferible vivir diciéndose a cada instante: «Esa brillante fortuna, esa familia feliz…»? pues tendrá hijos… *¡hijos!*… ¿ha pensado usted nunca en el placer de pasar sus manos por los cabellos de sus hijos? —Ester cerró los ojos y se estremeció dulcemente—. Pues bien, al ver el edificio de esa felicidad, uno se dice: «¡He ahí mi obra!».

Hubo una pausa, durante la cual aquellos dos seres se miraron.

—He ahí lo que he intentado hacer de una desesperación que se arrojaba

al agua —repuso Carlos—. ¿Soy un egoísta? ¡Así es como se ama! Uno no se sacrifica así más que para los reyes, y yo he consagrado rey a Luciano. Aunque me soldaran para el resto de mis días a mi antigua cadena, me parece que permanecería tranquilo diciéndome: «*Él* está en el baile, *él* está en la corte». Mi alma y mi pensamiento triunfarían, mientras mis harapos eran entregados a los sotacómitres. Usted es una hembra miserable, y ama usted como tal. Pero el amor en una cortesana debería ser, como en todas las criaturas degradadas, un medio para ser madre, a despecho de la naturaleza que les castiga con la infecundidad. Si alguna vez encontrasen bajo la piel del abate Carlos al condenado que yo era antes, ¿sabe usted lo que haría para no comprometer a Luciano? —Ester esperó con una especie de ansiedad—. Pues bien, moriría como los negros, tragándome mi lengua. Y usted, con sus melindres, indica mi huella. ¿Qué le he pedido?… volver a tomar el vestido de la Torpedo por seis meses, por seis semanas, y servirse de él para coger un millón… ¡Luciano no la olvidará nunca! Los hombres no olvidan al ser que se une a su recuerdo por la felicidad que uno goza todas las mañanas al despertarse siempre rico. Luciano vale más que usted… Empezó por amar a Coralia, que se muere, bueno; pero no tenía con qué enterrarla; no hizo como usted hace un instante, no se desmayó, aunque era poeta; escribió seis canciones alegres, y le dieron por ellas trescientos francos, con los cuales pudo pagar el entierro de Coralia. He tenido en mi mano esas canciones, las sé de memoria. Pues bien, componga usted sus canciones: sea alegre, loca, irresistible, insaciable. ¿Me ha comprendido usted? No me obligue a hablar más… Bese usted a papá. Adiós.

Cuando Europa entró, media hora más tarde, en la habitación de su señora, la encontró ante un crucifijo, arrodillada en la actitud que el más religioso de los pintores ha dado a Moisés ante el matorral de Horeb, para pintar la profunda y completa adoración ante Jehová. Después de haber hecho sus últimas plegarias, Ester renunciaba a su hermosa vida, al honor que se había hecho, a su gloria, a sus virtudes, a su amor. Se levantó.

—¡Oh! señora, ¡nunca estará usted como ahora! —exclamó Prudencia Servién estupefacta ante la sublime belleza de su señora.

Y dio vuelta rápidamente al espejo para que la pobre joven pudiese verse. Sus ojos guardaban aún un reflejo de los esplendores del ama que volaba al cielo. La tez de la judía brillaba. Mojadas de lágrimas absorbidas por el fuego de la plegaria, sus cejas se parecían a un follaje después de una

lluvia de verano: el sol del amor puro los abrillantaba por última vez. Los labios decían supremas invocaciones a los ángeles, de quienes había recibido, sin duda, la palma del martirio confiándoles su vida sin mancha. Finalmente, tenía la majestad que debió brillar en María Estuardo en el momento en que dijo adiós a su corona, a la tierra y al amor.

Hubiera querido que Luciano me viese así —dijo ella dejando escapar un suspiro ahogado—. Ahora —repuso con voz vibrante—, *mintamos*.

Al oír aquella palabra, Europa permaneció atontada, como hubiese quedado oyendo blasfemar a un ángel.

—Bueno, ¿qué te importa si tengo en la boca clavos de especia en vez de dientes? Ahora yo no soy más que una *ladrona*, una infame e inmunda criatura, una doncella, y espero al señor. Así, pues, haz que calienten un baño y dispon mi tocado. Son las doce, el barón vendrá, sin duda, después de la Bolsa, voy a decirle que lo espero, y quiero que Asia disponga una comida excelente, quiero volver loco a ese hombre… Vamos, anda, anda, hija mía… Vamos a reírnos, es decir, vamos a *trabajar*.

Se puso a la mesa y escribió la carta siguiente:

Amigo mío: si la cocinera que ha enviado usted, no hubiese estado nunca a mi servicio, hubiera podido creer que su intención era hacerme saber las veces que se desmayó usted anteayer al recibir mis tres cartas. ¿Qué quiere usted? Estaba muy nerviosa ese día, repasaba los recuerdos de mi deplorable existencia. Pero conozco la sinceridad de Asia, y no me arrepiento de haberle causado alguna pena, toda vez que ha servido para probarme lo querida que le soy. Las criaturas despreciadas somos así: un afecto verdadero nos conmueve más que vernos objeto de gastos locos. En cuanto a mí, siempre he temido ser como la percha donde cuelga usted sus vanidades. Me fastidiaba ser otra cosa para usted. Sí, a pesar de sus hermosas protestas, creía que me tomaba usted por una mujer comprada. Pues bien, ahora me encontrará usted buena muchacha, pero siempre con la condición de obedecerme un poco. Si esta carta puede sustituir para usted a las recetas del médico, me lo probará viniendo a verme después de la Bolsa. Encontrará usted sobre las armas, y adornada con sus regalos, a la que se dice, por toda la vida, su máquina de placer,

ESTER.

El barón de Nucingen se mostró en la Bolsa tan alegre, tan contento, tan fácil en apariencia, y se permitió tantas bromas, que Tillet y los Keller, que se encontraban allí, no pudieron menos de preguntarle la razón de su hilaridad.

—Soy amado… Pronto *inaugugaguemos* la casa —le dijo a Tillet.

—¿Cuánto le cuesta? —le preguntó bruscamente Francisco Keller, a quien la señora Colleville le costaba, según decía, veinticinco mil francos al año.

—Nunca me ha pedido un céntimo esa *mujeg*, que es un ángel.

—Eso no se hace nunca —le respondió Tillet—. Es para no tener que pedir nunca nada por lo que tienen tantas tías o madres.

De la Bolsa a la calle Taitbout, el barón le dijo siete veces a su cochero:

—Va usted muy despacio, fustigue al caballo…

Subió ligeramente, y encontró por primera vez a su querida, hermosa como lo son todas esas muchachas cuya única ocupación es el cuidado de su tocado y de su belleza. Salida del baño, la flor estaba fresca y perfumada, hasta el punto de inspirar deseos a Roberto de Arbrissel. Ester se había hecho un tocado delicioso. Una levita de *reps* negra, adornada con pasamanería de seda rosa, se abría sobre una falda de satín gris; el vestido que se hizo más tarde la hermosa Amigó en *I Puritani*. Una pañoleta de punto de Inglaterra caía graciosamente sobre sus espaldas. Las mangas del vestido estaban punteadas de galones para dividir los afollados que, desde hacía algún tiempo, las mujeres elegantes habían sustituido por las mangas ahuecadas que se habían vuelto monstruosas. Ester había sujetado con un alfiler, en sus magníficos cabellos, un gorro de malinas, llamado *a la loca*, próximo a caer y que no caía, pero que le daba el aire de estar en desorden y mal peinada, aunque se veían perfectamente las rayas blancas de su cabecita entre los surcos de sus cabellos.

—¿No es un honor —dijo Europa al barón abriéndole la puerta del salón— ver a la señora tan hermosa en un salón pasado como éste?

—Pues bien, vengan a la calle Saint-Geogges —dijo el barón deteniéndose como un perro ante una perdiz—. El tiempo es magnífico, *daguemos*

un paseo por los Campos Elíseos, y la *señoga* Saint-Esteve y Eugenia *llevagán* todos sus vestidos, su *gopa* y la comida a la calle Saint-*Geogges*.

—Haré todo lo que usted quiera —dijo Ester— si quiere usted hacerme el favor de llamar a mi cocinera Asia y a Eugenia Europa. He nombrado así a todas las mujeres que me han servido, desde las dos primeras que tuve. No me gustan los cambios.

—Asia… *Eugopa*… —repitió el barón echándose a reír—. ¡Qué loca es usted!… ¡tiene unas *ocuguencias*!… Yo hubiese tenido que *comeg* mucho antes de *llamag* a una *cocinega* Asia.

—Es nuestro estado ser locas —dijo Ester—. ¿Acaso una joven no puede hacerse alimentar por Asia y vestirse por Europa, cuando usted vive del mundo entero? ¿Es esto un mito? Hay mujeres que se comerían toda la tierra y yo me contento con la mitad. Eso es todo.

—¡Qué *mujeg* es la *señoga* Saint-Esteve! —se dijo el barón admirando el súbito cambio de los modales de Ester.

—Europa, hija mía, necesito un sombrero —dijo Ester—. Debo tener una capota de satín negro torrada de rosa y guarnecida de encajes.

—La señora Thomas no la ha enviado… Vamos, barón ¡pronto!, ¡levante la pata! empiece su servicio de hombre apenado, es decir, de hombre feliz. ¡La felicidad es pesada!… Tiene usted abajo su coche, vaya a casa de la señora Thomas —dijo Europa al barón—. Hará usted pedir por su criado la capota de la señora Van-Bogseck. Y sobre todo —le dijo al oído— tráigale el ramo más hermoso que haya en París. Estamos en invierno, procure encontrar flores de los trópicos.

El barón bajó y dijo a su criado:

—A casa de la *señoga* Thomas.

El criado condujo a su señor a casa de una famosa pastelera.

—Es una *vendedoga* de modas, viejo estúpido, y no de *guegalos* —dijo el barón, que corrió al Palais-Royal, a casa de la señora Prevot, donde hizo que le arreglasen un ramo de diez luises, mientras su criado iba a casa de la famosa vendedora de modas.

Paseándose por París, el observador superficial se pregunta quiénes son los locos que van a comprar las flores fabulosas que adornan la tienda de la ilustre florista y los primeros del europeo Chevet, el único, con el Rocher de Cancale, que ofrece una verdadera y deliciosa Revista de Ambos Mundos. Todos los días se encienden en París ciento una pasiones a lo Nucingen, que se prueban con rarezas que las reinas no se atreven a proporcionarse, y que se ofrecen de rodillas a jóvenes, que según la expresión de Asia, *les gusta llamear*. Sin este pequeño detalle, una honrada burguesa no comprendería cómo se derrite una fortuna en las manos de esas criaturas; después de todo, su función social, en el sistema de Fourier, puede que sea reparar las desgracias de la avaricia y de la ambición; sus disipaciones son tal vez al cuerpo social lo que un lancetazo es para el cuerpo pletórico. Nucingen acababa de regar la industria con más de doscientos mil francos.

Cuando el viejo enamorado volvió, la noche se echaba encima, el ramo era inútil. En invierno, la hora de ir a los Campos Elíseos es de dos a cuatro. Pero el coche sirvió a Ester para ir de la calle Taitbout a la de Saint-Georges, donde tomó posesión del *palacito*. Digámoslo, nunca había sido Ester objeto de semejante culto ni de profusiones semejantes; quedó sorprendida, y se guardó bien, como todas esas realezas ingratas, de mostrar el menor asombro. Cuando uno entra en San Pedro de Roma, para haceros apreciar la extensión y la altura de la catedral de las catedrales, le enseñan el dedo meñique de una estatua que tiene no sé qué longitud y que os parece un dedo natural. Ahora bien, han criticado tanto las descripciones, tan necesarias, no obstante, a la historia de nuestras costumbres, que es necesario imitar aquí al *cicerone* romano. Así, pues, al entrar en el comedor, el barón no pudo menos de mostrar a Ester las telas de las cortinas de las ventanas, tapizadas con una abundancia real, forradas de muaré blanco y guarnecidas de pasamanería digna del corsé de una princesa real. Aquellos tapices eran una sedería de China donde la paciencia chinesca había sabido pintar los pájaros de Asia con una perfección cuyo modelo sólo existe en las vitelas de la edad media o en el misal de Carlos V, orgullo de la biblioteca imperial de Viena.

—Ha costado cada vara doscientos mil francos a un milord que las trajo de las Indias…

—Muy bien. ¡Encantador! ¡Qué placer será beber aquí champaña! —dijo Ester—, al menos, la espuma no caerá en los ladrillos.

—¡Oh! señora —dijo Europa—, pero mire la alfombra.

—¡Cómo habían dibujado la alfombra *paga* el duque *Doglonia*, mi amigo, que lo encuentra demasiado *cago*, la he comprado *paga* usted que es una *gueina*! —dijo Nucingen mostrando la alfombra.

Por un efecto de la casualidad, aquella alfombra, debida a uno de nuestros más ingeniosos dibujantes, estaba adecuada a los caprichos de la tapicería chinesca. Las paredes habían sido pintadas por Díaz, y representaban deliciosas y voluptuosas escenas, que se destacaban de ébanos esculpidos, adquiridos a precio de oro en casa de Sommerard, y formando cuarterones donde sencillos hilitos de oro atraían sobriamente la luz. Ahora podéis juzgar lo demás.

Ha hecho usted bien en traerme aquí —dijo Ester—; necesitaré ocho días para acostumbrarme a mi casa y no parecer una advenediza.

—¡Mi casa! —repetía alegremente el barón—. ¿Acepta usted, pues?

—Sí, mil veces sí, animal estúpido —dijo ella sonriendo.

—Animal bastaba…

—Estúpido es por la caricia —repuso ella sonriéndole.

El pobre cancerbero le tomó una mano a Ester y la llevó al corazón; era bastante animal para sentir, pero demasiado estúpido para encontrar una frase.

—¡*Migue* usted cómo late!… con una sola palabrita de *tegnuga*… —repuso.

Y condujo a su diosa al dormitorio.

—¡Oh! señora —dijo Eugenia—, no puedo estar ahí, me habla demasiado el corazón.

—Pues bien —dijo Ester—, quiero hacer feliz al mago que opera tales prodigios. Vamos, gran elefante mío, después de la comida iremos juntos al teatro. Tengo ganas de ir al teatro.

Hacía precisamente seis años que Ester no había ido a ningún teatro.

Todo París acudía entonces a la Porte-Saint-Martín, para ver una de las piezas a las cuales el poder de los autores comunica una expresión de realidad terrible, *Ricardo de Arlington*. Como todas las naturalezas ingenuas, a Ester le gustaba tanto temblar como abandonarse a las lágrimas de la felicidad.

—Iremos a ver a Federico Lemaitre —dijo ella—, ¡adoro a ese actor!

—Es un drama salvaje —dijo Nucingen, que se vio obligado en un momento a perder la vergüenza.

El barón envió a su criado a tomar uno de los palcos de proscenio. ¡Otra originalidad parisiense! Cuando el Éxito de pies de arcilla, llena una sala, hay siempre un palco de proscenio por vender diez minutos antes de levantarse el telón; los directores lo guardan para ellos cuando no se presenta a comprarlo una pasión a lo Nucingen. Ese palco es, como el primor de Chevet, el impuesto sacado a los caprichos del Olimpo parisiense.

Es inútil hablar del servicio. Había tres servicios: el servicio pequeño, el mediano y el grande. Los postres del gran servicio eran platos y bandejas de plata sobredorada esculpida. El banquero, para que no pareciese que quería hundir la mesa con valores de oro y de plata, había unido a todos aquellos servicios una deliciosa porcelana de la más encantadora fragilidad, género Sajonia, y que costaba más que un servicio de plata. Respecto a los manteles, las telas de Sajonia, de Inglaterra, de Flandes y de Francia rivalizaban en coquetería con sus flores adamascadas.

En la comida, fue el barón el que se sorprendió al probar la cocina de Asia.

—Comprendo —dijo— *pog* qué la llama usted Asia: es una cocina asiática.

—¡Ah! empiezo a creer que me ama —dijo Ester a Europa— ha dicho algo que se parece a una frase.

—Tengo muchas —dijo el banquero.

—¡Es más Turcaret de lo que dicen! —exclamó la risueña cortesana ante aquella respuesta digna de las candideces célebres escapadas al banquero.

La comida había sido hecha para dar una indigestión al barón, a fin de que

se fuese a su casa temprano: y aquello fue lo único que sacó en materia de placer de su primera entrevista con Ester. En el teatro se vio obligado a beber un número infinito de vasos de agua azucarada, dejando a Ester sola durante los entreactos. Por un encuentro tan previsto que no podría llamarse casual, Tulia, Marieta y la señora de Val-Noble estaban aquel día en el teatro. *Ricardo de Arlington* fue uno de esos éxitos locos, y merecidos por otra parte, como no se ven más que en París. Al ver aquel drama, todos los hombres concebían que se pudiese arrojar a la mujer legítima por la ventana, y todas las mujeres querían verse victimadas injustamente. Las mujeres se decían: «Es demasiado fuerte, nosotras sólo somos empujadas… pero eso nos sucede con frecuencia…». Ahora bien, una criatura de la belleza de Ester, y vestida como iba ella, no podía *llamear* impunemente en el proscenio de la Porte-Saint-Martín. Así, pues, desde el segundo acto, hubo en el palco de las dos bailarinas una especie de revolución causada por la comprobación de la identidad de la hermosa desconocida con la Torpedo.

—¿De dónde sale? —dijo Marieta a la señora de Val-Noble— la creía ahogada…

—¿Es ella? me parece treinta y siete veces más hermosa y más joven que hace seis años.

—Puede que se haya conservado en el hielo, como la señora de Espard y la señora Zayonchek —dijo el conde de Brambourg.

Aquel advenedizo había acompañado a las tres mujeres al teatro a un palco de platea.

—¿No es la gata que quería usted enviarme para engatuzar a mi tío? —dijo Felipe a Tulia.

—Precisamente —respondió Tulia—. Bruel, vaya usted a la orquesta para ver si es ella.

—*¡Se peina ella!* —exclamó la señora de Val-Noble sirviéndose de una admirable expresión del vocabulario de las entretenidas.

—¡Oh! —dijo el conde de Brambourg— tiene derecho a ello, pues está con mi amigo el barón de Nucingen. Voy allá.

—¿Es acaso esa pretendida Juana de Arco que ha conquistado a Nucingen y con la que nos da *la lata* desde hace tres meses? —dijo Marieta.

—Buenas noches, querido barón —dijo Felipe Bridau entrando en el palco de Ester—. ¿Ya está usted casado con la señorita Ester?… Señorita, soy un pobre oficial a quien debía sacar antaño de un mal paso, en Issoudun… Felipe Bridau…

—No le conozco —dijo Ester recorriendo con los gemelos toda la sala.

—La *señoguita* —respondió el barón— no se llama ya *Esteg* a secas; se llama la *señoga* de Champy, una pequeña *tiegga* que te he comprado…

—Si hace usted bien las cosas —dijo el conde—, esas señoras dicen que la señora Champy se *peina sola*… Si no quiere usted acordarse de mí, ¿se dignará reconocer a Marieta, a Tulia y a la señora de Val-Noble? —dijo el coronel, que estaba en favor con el Delfín.

—Si esas señoras son buenas para mí, estoy dispuesta a series agradable —respondió secamente la señora de Champy.

—¡Buenas! —dijo Felipe— son excelentes, la llaman a usted Juana de Arco.

—Pues bien, si esas *señogas quieguen venig* a *hacegle* compañía —dijo Nucingen—, la *dejagué* sola, *pogque* he comido demasiado. Su coche vendrá a *buscagla*… ¡Demonio de Asia!…

—¡Me dejará usted sola por la primera vez! —dijo Ester—. ¡Vamos! es preciso saber morir en el puesto. Necesito a mi hombre para salir. Si fuese insultada, ¿quién me defendería?…

El egoísmo del viejo millonario tuvo que ceder ante las obligaciones del enamorado. El barón sufrió y se quedó. Ester tenía sus razones para retener al barón. Si debía recibir las visitas de sus antiguos conocidos, acompañada no sería interrogada tan seriamente como lo hubiese sido estando sola. Felipe Bridau se apresuró a volver al palco de las bailarinas.

—¡Ah!, ¡es ella la que hereda *mi* casa de la calle Saint-Georges! —dijo al conde de Brambourg con amargura a la señora de Val-Noble, que, en el lenguaje de aquellas mujeres, se encontraba *a pie*.

—Probablemente —respondió el conde—. Tillet me ha dicho que el barón ha gastado en ella tres veces más que su pobre Falleix.

—Vamos, pues, a verla —dijo Tulia.

—No —replicó Marieta—, es demasiado hermosa. Iré a verla a su casa.

—Yo me encuentro bastante bien para atreverme —respondió Tulia.

Tulia fue, pues, durante el primer entreacto y renovó su conocimiento con Ester, que se mantuvo dentro de las generalidades.

—¿Y de dónde vienes, mi querida hija? —le preguntó la bailarina, que reventaba de curiosidad.

—¡Oh! he estado cinco años en un castillo de los Alpes con un inglés celoso como un tigre, un nabab; yo le llamaba un nabot (arrapiezo), pues no era más grande que el baile de Ferrete. Y he caído en poder de un banquero, de *caraibe a syllaba*, como dice Florina. Así pues, ahora que he vuelto a París, tengo unas ganas de divertirme que va a ser para mí un verdadero Carnaval. Tendré casa abierta. ¡Ah! es preciso que me resarza de cinco años de soledad, y empiezo a resarcirme. Cinco años de inglés es demasiado. Según los anuncios, una no debe estar más que seis semanas.

—¿Es el barón quien te ha dado ese encaje?

—No, es un resto de nabab. ¡Qué mala suerte he tenido, hija mía! era amarillo como la risa de un amigo ante un éxito. Creí que moriría en diez meses. ¡Bah! era fuerte como un roble. Desconfía de todos los que se digan enfermos del hígado. Yo no quiero oír hablar en mi vida de hígado. He tenido demasiada fe en los proverbios… Ese nabab me ha robado: murió sin hacer testamento, y la familia me puso de patitas en la calle como si tuviese la peste. Por eso le he dicho a ese gordo: «¡Paga por dos!». Tenéis razón en llamarme Juana de Arco, ¡he perdido la Inglaterra! y tal vez moriré quemada.

—¡De amor! —dijo Tulia.

—¡Y viva! —respondió Ester, a la que aquella palabra puso pensativa.

El barón se reía de todas aquellas tonterías, pero no las comprendía nunca al instante, de manera que su risa se parecía a uno de esos cohetes olvidados que salen después de un fuego de artificio.

Todos vivimos en una esfera u otra, y los habitantes de todas las esferas están dotados de una dosis igual de curiosidad. Al día siguiente, en la Ópera, la aventura de la vuelta de Ester fue la comidilla de los bastidores. Por la tarde, de dos a cuatro, todo el París de los Campos Elíseos reconoció a la Torpedo y sabía por fin quién era el objeto de la pasión del barón de Nucingen.

—¿Sabe usted —decía Blondet a De Marsay en el *foyer de* la Ópera— que la Torpedo desapareció al día siguiente en que la reconocimos aquí por la querida del pequeño Rubempré?

En París, como en provincias, todo se sabe. La policía de la calle de Jerusalén no es tan buena como la del mundo, donde todos se espían sin saberlo. Por eso Carlos había adivinado cuál era el peligro de la posición de Luciano durante y después de la calle Taitbout.

No existe situación más horrible que aquella en que se encontraba la señora de Val-Noble, y la palabra *ir a pie* la describe a las mil maravillas. La despreocupación y la prodigalidad de esas mujeres les impide pensar en el porvenir. En ese mundo excepcional, mucho más cómico y espiritual de lo que se cree, las mujeres que no tienen esa belleza positiva casi inalterable y fácil de reconocer, las mujeres, en fin que no pueden ser amadas más que por capricho, son las únicas que piensan en la vejez y se hacen una fortuna; cuanto más hermosas, más imprevisoras son: «¿Tienes miedo de volverte fea, que te procuras rentas?» es una frase de Florina a Marieta, que puede hacer comprender la causa de esa prodigalidad. En el caso de un especulador que se mata, de un pródigo arruinado, esas mujeres caen con horrible rapidez de una opulencia desenfrenada en una horrible miseria. Se arrojan entonces en brazos de una revendedora de vestidos, venden a vil precio alhajas exquisitas, adquieren deudas, sobre todo para permanecer en un lujo aparente que les permita encontrar lo que acaban de perder: una caja donde sacar dinero. Estas alternativas de su vida explican bastante bien la carestía de una unión casi siempre preparada, en realidad, como Asia había *enganchado* (otra palabra del vocabulario) a Nucingen con Ester. Por eso, los que conocen bien París saben perfectamente a qué atenerse al encontrar en los Campos Elíseos, ese bazar movible y tumultuoso, tal

mujer en coche de alquiler, después de haberla visto un año, seis meses antes, con un tren resplandeciente de lujo y buen gusto.

—Cuando una cae en Santa Pelagia, es preciso saber saltar al bosque de Bolonia —decía Florina riéndose con Blondet del pequeño visconde de Portenduere.

¿Qué mujeres hábiles no se arriesgan alguna vez a ese contraste? Permanecen sumidas en horribles palacios adornados, donde expían sus profusiones con privaciones como las que sufren los viajeros perdidos en un Sahara cualquiera; pero no conciben la menor idea de economía. Se aventuran en los bailes de máscaras, emprenden un viaje por provincias, se muestran bien vestidas en los bulevares en los días hermosos. Por otra parte, encuentran entre ellas la abnegación que se demuestran las clases proscritas. Los socorros cuestan tan poco a la mujer feliz, que se dice: «Yo estaré así el domingo». La protección más eficaz es, no obstante, la de la buscona. Cuando esta usurera se encuentra acreedora, remueve y registra todos los corazones de ancianos en favor de su hipoteca con borceguíes y sombrero. Incapaz de prever el desastre de uno de los más ricos y hábiles agentes de cambio, la señora de Val-Noble se vio cogida en completo desorden. Gastaba el dinero de Falleix en un capricho, y confiaba en él para los casos útiles y para su porvenir. «¿Cómo esperar eso de un hombre que parecía tan *buen muchacho*?»

En casi todas las clases de la sociedad, el *buen muchacho es* un hombre que tiene largueza, que presta algunos escudos aquí y allá, sin pedirlos, que se conduce siempre con arreglo a las leyes de cierta delicadeza, fuera de la moral vulgar, obligada, corriente. Hay personas llamadas virtuosas y honradas que, al igual que Nucingen, han arruinado a sus bienhechores, y hay personas salidas de la prisión correccional que tienen una ingeniosa probidad para una mujer. La virtud completa, el sueño de Moliere, de Alceste, es muy rara; sin embargo, se encuentra. El *buen muchacho* es el producto de una cierta gracia en el carácter que no prueba nada: un hombre es así como el gato sedoso, como una babucha que viene bien al pie. Así pues, en la acepción de la palabra buen muchacho para las mujeres entretenidas, Falleix debía advertir a su querida de la quiebra y dejarle con qué vivir Estourny, el galante estafador, era un buen muchacho; hacía trampas en el juego, pero había separado treinta mil francos para su querida. Por eso, en las cenas del carnaval, las mujeres respondían a sus acusadores: «ES IGUAL… por mucho que digáis, Jorge

era un buen muchacho y tenía hermosas maneras; ¡merecía mejor suerte!». Las jóvenes se burlan de las leyes y adoran cierta delicadeza. Saben venderse, como Ester, por un hermoso ideal secreto, la religión de ellas.

Después de haber salvado con gran trabajo algunas joyas del naufragio, la señora de Val-Noble sucumbió bajo el peso terrible de esta acusación: «¡Ha arruinado a Falleix!». Llegaba a la edad de treinta años, y aunque estaba en todo el apogeo de su belleza, no obstante podía pasar tanto mejor por vieja, cuanto que en la crisis todas sus rivales estaban contra ella. Marieta, Florina y Tulia recibían bien a su amiga a comer, le daban algunos socorros; pero como no conocían la cifra de sus deudas, no se atrevían a sondar la profundidad de aquel abismo. Entre la Torpedo y la señora de Val-Noble, seis años de diferencia constituían un compás de espera demasiado largo en las fluctuaciones del mar parisiense, para que la *mujer a pie* se dirigiese a la mujer en coche; pero la Val-Noble sabía que Ester era demasiado generosa para no pensar alguna vez que, según su frase, la había heredado, y no acercársele en un encuentro que parecería casual, aunque fuera buscado. Para conseguir aquella casualidad, la señora de Val-Noble se paseaba todos los días por los Campos Elíseos elegantemente vestida, llevando del brazo a Teodoro Gaillard, que ha acabado por casarse con ella, y que, en aquel apuro, se portaba muy bien con su antigua querida; le daba palcos y hacía que la invitaran a todas la giras. Se alababa de que, un hermoso día, Ester se pasearía y se encontrarían frente a frente. Ester tenía a Paccard por cochero, pues su casa fue organizada por Asia, Europa y Paccard en cinco días, según las instrucciones de Carlos, de manera que la casa de la calle Saint-Georges fuese una plaza fuerte. Por su parte, Peyrade, llevado de su odio profundo, de su deseo de venganza, y sobre todo con el de establecer a su querida Lidia, tomó por objeto de sus paseos los Campos Elíseos, desde que Contensón le dijo que la querida de Nucingen iba a él. Peyrade se fingía tan perfectamente el inglés, y hablaba tan bien el francés con las gangosidades que los ingleses introducen en nuestro lenguaje, sabía tan admirablemente el inglés, conocía tan completamente los asuntos de aquel país, a donde le envió por tres veces la policía de París en 1779 y en 1786, que sostuvo su papel de inglés entre los embajadores y en Londres, sin inspirar sospechas. Peyrade, que tenía mucho de Musson, el famoso burlador, sabía disfrazarse con tanto arte, que Contensón no le conoció un día. Acompañado de Contensón, que iba disfrazado de mulato, Peyrade examinaba a Ester y a sus criados con una mirada que parecía distraída,

pero que se fija en todo. Se encontró, pues, naturalmente, en el paseo lateral donde las personas que llevan coche se pasean cuando hace buen tiempo, y el día que Ester encontró a la señora de Val-Noble, Peyrade, seguido de su mulato con librea, camino sin afectación y como el verdadero nabab que sólo piensa en sí mismo, por la línea de las dos mujeres, de manera de coger al vuelo algunas palabras de su conversación.

—Bueno, mi querida hija —decía Ester a la señora de Val-Noble—, venga a verme. Es un deber de Nucingen no dejar sin un céntimo a la querida de su agente de cambio.

—Con tanta mayor razón cuanto que dicen que él le ha arruinado —dijo Teodoro Gaillard—, y que podríamos hacerle *cantar*…

—Come en mi casa mañana; ven, querida mía —le dijo Ester.

Después, acercándosele al oído, añadió:

—Hago de él lo que quiero, y no ha conseguido aún ni tanto así.

Y colocó una de sus uñas enguantadas en el más bonito de sus dientes, e hizo ese gesto tan conocido cuya significación enérgica quiere decir: *¡nada!*

—Le dominas…

—Querida mía, sólo ha pagado mis deudas.

—¡Qué raquítico! —exclamó la señora de Val-Noble.

—¡Oh! —repuso Ester— temo hacer retroceder a un ministro de Hacienda. Ahora quiero treinta mil francos de renta… *antes de la prueba*… ¡Oh! es encantador, no puedo quejarme. Tiene una prisa… Dentro de ocho días damos la comida de inauguración; tú asistirás. Por la mañana debe ofrecerme el contrato de la casa de la calle Saint-Georges. Decentemente no se puede habitar una casa semejante sin treinta mil francos de renta de una… para tenerlos en caso de desgracia. He conocido la miseria, y no quiero conocerla más. Hay ciertos conocimientos de los que se cansa una enseguida.

—Tú, que decías: «¡La fortuna soy yo!» ¡cómo has cambiado! —exclamó Susana.

—Son los aires de Suiza; una se vuelve económica… Mira, vete allí, querida mía, *haz un suizo*, y tal vez harás de él un marido; pues aún no saben lo que son las mujeres como nosotras… En todo caso, volverás con el amor de las rentas en el Gran Libro, un amor honrado y delicado. Adiós.

Ester subió a su coche tirado por los más magníficos caballos gris-tordo que había entonces en París.

—La mujer que sube al coche —dijo entonces Peyrade en inglés a Contensón— está muy bien pero prefiero a la que se pasea; vas a seguirla y averigua quién es.

—Mire lo que acaba de decir en inglés ese inglés —dijo Teodoro Gaillard repitiendo a la señora de Val-Noble la frase de Peyrade.

Antes de arriesgarse a hablaren inglés, Peyrade había soltado en aquella lengua una palabra que hizo hacer a Teodoro Gaillard un movimiento de cabeza por el cual se aseguró aquél de que el periodista sabía el inglés. Al enterarse, la señora de Val-Noble caminó muy despacio hasta su casa, situada en la calle Luis el Grande, en un hotel decentemente amueblado, y mirando de reojo para ver si el mulato la seguía. Aquella casa pertenecía a la señora Gerard, a quien le había hecho favores la señora de Val-Noble en sus días de esplendor, y que le demostraba su agradecimiento hospedándola de una manera conveniente. Aquella buena mujer, burguesa honrada, llena de virtudes, y hasta piadosa, aceptaba a la cortesana como a una mujer de un orden superior; la veía siempre en medio de su lujo la tomaba por una reina destronada; le confiaba sus hijos, y, cosa más natural de lo que se cree, la cortesana era tan escrupulosa al llevarlos al teatro como lo sería una madre: era amada de las dos señoritas Gerard. Aquella buena y digna hospedera se parecía a esos sublimes sacerdotes que ven aún una criatura que salvar y a quien amar en esas mujeres puestas fuera de la ley. La señora de Val-Noble respetaba aquella honradez; frecuentemente, hablando por la noche, la envidiaba y deploraba sus desgracias.

—Aún es usted hermosa y puede tener un buen fin —le decía la señora Gerard.

Por otra parte, la señora de Val-Noble no se había hundido más que relativamente. El vestido de aquella mujer, tan derrochadora y tan

elegante, estaba aún bastante bien para permitirle aparecer, cuando se presentaba la ocasión, como el día de *Ricardo de Arlington* en la Porte-Saint-Martín, en todo su esplendor. La señora Gerard pagaba aún bastante graciosamente los coches que la mujer a pie necesitaba para ir a comer a la ciudad, para ir al teatro y para volver.

—Bueno, mi querida señora Gerard —le dijo a aquella honrada mujer—, creo que mi suerte va a cambiar.

—Vaya, señora, mejor; pero sea juiciosa, piense en el porvenir… No contraiga deudas. ¡Me causa tanta pena despedir a las personas que la buscan!…

—¡Bah! no se inquiete usted por esos *perros*, que han ganado todos sumas enormes conmigo. Mire, aquí tiene unas entradas de las Varietés para sus hijas, un buen palco para la segunda. Si alguien preguntase por mí esta noche y yo no estuviese, déjela subir. Estará Adela, mi antigua camarera; voy a enviársela.

La señora de Val-Noble, que no tenía tía ni madre, se veía obligada a recurrir a su camarera (¡a pie también!) para hacerla representar el papel de una Saint-Esteve con el desconocido cuya conquista iba a permitirle volver a su rango. Fue a comer con Teodoro Gaillard, que aquel día hacía una girar, es decir, una comida ofrecida por Nathán, que pagaba una apuesta perdida, una de esas bacanales de las que se dice a los invitados: «¡Habrá mujeres!».

Peyrade no se había decidido sin poderosas razones a mezclarse en aquella intriga. Su curiosidad, como la de Corentín, estaba, por otra parte, tan vivamente excitada, que sin motivo se hubiera mezclado en aquel drama. En aquel momento la política de Carlos X había terminado su última evolución. Después de haber confiado el timón de los negocios a ministros de su elección, el rey preparaba la conquista de Argel para hacer servir aquella gloria de pasaporte a lo que han llamado un golpe de Estado. En el interior, nadie conspiraba ya, y Carlos X creía no tener ningún adversario. En política, como en la mar, hay calmas engañosas. Corentín había caído, pues, en una inacción absoluta. En aquella situación, un verdadero cazador, para entretenerse, *a falta de tordos, mata mirlos*. Domiciano mataba moscas a falta de cristianos. Testigo de la detención de Ester, Contensón, con el sentido exquisito del policía, había juzgado muy bien aquella operación. Como habrán visto ya, el pillo no se

tomó la pena de ocultar su opinión al barón de Nucingen. «¿En provecho de quién se pone a contribución la pasión del banquero?» fue la primera pregunta que se hicieron los dos amigos. Después de haber reconocido en Asia un personaje de la obra, Contensón contó con ella para llegar hasta el autor; pero se le escapó de las manos durante algún tiempo ocultándose como una anguila en el estanque parisiense, y cuando la encontró de cocinera en casa de Ester, la cooperación de aquella mulata le pareció inexplicable. Por primera vez en su vida, los dos artistas en espionaje encontraban un texto indescifrable, al mismo tiempo que sospechaban una historia tenebrosa. Después de tres ataques sucesivos y atrevidos a la casa de la calle Taitbout, Contensón halló el mutismo más obstinado. Mientras Ester vivió allí, el portero pareció dominado por un profundo terror. Tal vez Asia había prometido dar morcilla a toda la familia, en caso de indiscreción. Al día siguiente de aquel en que Ester abandonó su habitación, Contensón halló al portero algo más razonable; echaba mucho de menos a aquella damita que le daba los restos de la comida. Contensón, disfrazado de corredor de comercio, apalabraba el piso, y escuchaba las quejas del portero burlándose de él y poniendo en duda todo lo que decía con muchos «¿Es posible?…».

—Sí señor, esa damita ha vivido aquí cinco años sin haber salido nunca hasta el punto de que su amante, aunque no se le pudiese hacer a ella el menor reproche, tomaba las mayores precauciones para venir, para entrar y para salir. Por otra parte, era un joven muy guapo.

Luciano se encontraba aún en Marsac, en casa de su hermana, la señora Sechard; pero cuando volvió, Contensón envió al portero al muelle Malaquais, para preguntar al señor de Rubempré si consentía en vender los muebles de la habitación dejada por la señora Van-Bogseck. El portero reconoció entonces en Luciano al amante misterioso de la joven viuda, y Contensón no quería saber más. Pueden figurarse el asombro profundo, aunque contenido, que se apoderó de Luciano y Carlos, que creyeron al portero loco, y trataran de persuadirle.

En veinticuatro horas fue inventada una contra-policía por Carlos que sorprendió a Contensón en flagrante delito de espionaje. Contensón, disfrazado de frutero del mercado, había llevado ya dos veces las provisiones compradas por Asia, y dos veces entró en el palacio de la calle Saint-Georges. Corentín, por su parte, se movía; la realidad del personaje de Carlos Herrera le dejó parado; pero pronto supo que aquel abad, el

enviado secreto de Fernando VII, había ido a París afines del año 1823. No obstante, Corentín tuvo que estudiar las razones que tenía aquel español para proteger a Luciano de Rubempré. Bien pronto le fue demostrado a Corentín que Luciano de Rubempré había tenido cinco años por querida a Ester. Así pues, la sustitución de la inglesa por Ester se había llevado a cabo en interés del *dandy*. Ahora bien, Luciano no contaba con ningún medio de existencia, le negaban a la señorita de Grandlieu por mujer, y acababa de comprar por un millón la tierra de Rubempré. Corentín hizo moverse diestramente al director general de la policía del reino, a quien el prefecto de policía dijo, a propósito de Peyrade, que en aquel asunto los litigantes eran nada menos que el conde de Serizy y Luciano de Rubempré. «¡Ya caigo!» habían exclamado Peyrade y Corentín. El plan de los dos amigos estuvo trazado en un momento. «Esa joven había dicho Corentín, ha tenido líos, y debe tener amigas. Entre esas amigas es imposible que no se encuentre una en la desgracia; uno de nosotros debe de representar el papel de un rico extranjero que la entretendrá, y haremos que se frecuenten. Siempre necesitan unas de otras para el tráfico de los amantes, y estaremos así en el corazón de la plaza». Peyrade pensó, naturalmente, en representar el papel de inglés. La vida de libertinaje que tenía que llevar durante el tiempo necesario para el descubrimiento de la intriga de que había sido víctima, le sonría, mientras que Corentín, envejecido por sus trabajos y bastante enclenque, se preocupaba poco. Disfrazado de mulato, Contensón escapó al instante a la contra-policía de Carlos. Tres días antes del encuentro de Peyrade y de la señora de Val-Noble en los Campos Elíseos, el último de los agentes de los señores Sartines y Lenoir, provisto de un pasaporte en regla, se apeó en la calle de la Paix, en el hotel Mirabeau, llegando de las colonias por el Havre en una calesita tan sucia como si llegase del Havre, aunque sólo había hecho el camino de Saint-Denis a París.

Por su parte, Carlos Herrera hizo visar su pasaporte en la embajada española, y lo dispuso todo en el muelle Malaquais, para un viaje a Madrid. He aquí porqué. Al cabo de unos días Ester iba a ser propietaria del palacito de la calle Saint-Georges, y debía obtener una inscripción de treinta mil francos de renta; Europa y Asia eran bastante astutas para hacérselo vender y entregar el producto a Luciano. Éste, que se decía rico por la liberalidad de su hermana, acabaría de aquel modo de pagar el precio de la tierra de Rubempré. Nadie podía decir nada de aquella conducta. Sólo Ester podía ser indiscreta; pero antes habría muerto que hacer un solo movimiento de cejas. Clotilde acababa de enarbolar un

pañuelito rosa en su cuello de cisne; la partida estaba, pues, ganada en el palacio de Grandlieu. Las acciones de los ómnibus daban ya el trescientos por ciento. Desapareciendo por algunos días, Carlos frustraba toda intriga. La prudencia humana lo había previsto todo, ni una falta era posible. El falso español debía partir al día siguiente al en que Peyrade encontró a la señora de Val-Noble en los Campos Elíseos. Ahora bien, la misma noche, a las dos, Asia llegó al muelle Malaquais en coche y encontró al fogonero de aquella máquina fumando en su habitación y entregándose al resumen que acaba de ser narrado en unas palabras, como un autor repasando una página de su libro para descubrir en ellas faltas que corregir. Un hombre semejante no quería cometer dos veces un olvido como el del portero de la calle Taitbout.

—Paccard —le dijo Asia al oído— he reconocido esta madrugada a las dos y media, en los Campos Elíseos, a Contensón disfrazado de mulato y sirviendo de criado a un inglés que desde hace tres días se pasea por los Campos Elíseos para observar a Ester. Paccard ha reconocido a ese mastín en los ojos, como le conocí yo cuando se disfrazó de portero de mercado. Paccard ha conducido a la pequeña de manera de no perder de vista a nuestro granuja. Está en el hotel Mirabeau; pero ha cambiado tantos signos de inteligencia con el inglés, que es imposible, según dice Paccard, que el inglés sea un inglés.

—De todos modos, viene a ser como un tábano que se nos hubiese pegado en la espalda. Yo desaparezco hasta pasado mañana. Ese Contensón es quien nos ha echado encima al portero de la calle Taitbout. Precisa, ante todo, que sepamos si el falso inglés es enemigo nuestro.

Al mediodía, el mulato del señor Samuel Johnson servía gravemente a su señor, que almorzaba siempre demasiado bien por cálculo. Peyrade quería hacerse pasar por un inglés del género *Bebedor*; nunca salía más que entre dos vinos. Llevaba unas polainas de tela negra que le llegaban hasta las rodillas, y henchidas de manera que le engordaban las piernas; su pantalón estaba forrado de un fustón enorme; llevaba un chaleco abotonado hasta la barba; su corbata azul le rodeaba el cuello hasta rozarle las mejillas; llevaba una peluquita roja que le ocultaba la mitad de la frente, y había crecido unas tres pulgadas, de manera que el concurrente más antiguo del café David no le hubiese conocido. Al ver su vestido cuadrado, negro, holgado y limpio como un traje inglés, un transeúnte debía tomarle por un inglés millonario. Contensón había

manifestado la insolencia fría del criado de confianza de un nabab; era mudo, grosero y desdeñoso, poco comunicativo, y se permitía gestos raros y gritos feroces. Peyrade terminaba su segunda botella, cuando un mozo del hotel introdujo sin ceremonia en la habitación a un hombre en quien Peyrade, al igual que Contensón, reconoció un gendarme vestido de burgués.

—Señor Peyrade —dijo el gendarme dirigiéndose al nabab y hablándole al oído—, tengo orden de llevarle a usted a la Prefectura.

Peyrade se levantó sin hacer la menor objeción y buscó su sombrero.

Encontrará usted un coche a la puerta —le dijo el gendarme en la escalera—. El prefecto quería detenerle, pero se ha contentado con enviar a pedir explicaciones de su conducta al oficial de paz que encontrará usted en el coche.

—¿Debo acompañarles? —le preguntó el gendarme al oficial de paz cuando Peyrade hubo subido al coche.

—No —respondió el oficial—. Diga en voz baja al cochero que vaya a la Prefectura.

Peyrade y Carlos se encontraban juntos en el mismo coche. Carlos tenía a su alcance un puñal. El coche era guiado por un cochero de confianza, capaz de dejar salir a Carlos sin apercibirse ni asombrarse, al llegar a la parada, de encontrar un cadáver en su coche. Nunca se reclama a un espía. La justicia deja casi siempre esos crímenes impunes, tan difícil es ver claro en ellos. Peyrade dirigió su mirada de espía al magistrado que le enviaba el prefecto de policía. Carlos le presentó unos rasgos satisfactorios: un cráneo pelado, surcado de arrugas por detrás, y cabellos empolvados; después, sobre dos ojos tiernos como ribeteados de longaniza, y que pedían cuidados, unas gafas de oro muy ligeras, muy burocráticas, de cristales verdes y dobles. Aquellos ojos ofrecían certificados de enfermedades innobles. Llevaba una camisa de percal con chorreras, un chaleco de satín negro usado, un pantalón de hombre de justicia, unas medias de filadiz negro y unos zapatos sujetos con cintas, una ancha levita negra, unos guantes de dos pesetas negros y llevados hacía diez días y una cadena de reloj de oro. Era, ni más ni menos, el magistrado inferior llamado antinómicamente *oficial de paz*.

—Mi querido señor Peyrade, siento que un hombre como usted sea objeto de vigilancia y que se moleste en justificarla. Su disfraz no es del gusto del señor prefecto. Si cree usted escapar de ese modo a nuestra vigilancia, está equivocado. ¿Ha tomado usted el camino de Inglaterra a Beaumont-sur-Oise?

—¿A Beaumont-sur-Oise? —respondió Peyrade.

—¿O a Saint-Denis? —continuó el abad.

Peyrade se turbó. Aquella nueva pregunta exigía una respuesta. Ahora bien, toda respuesta era peligrosa. Una afirmación era una burla; una negación, si el hombre sabía la verdad, perdía a Peyrade.

—Es astuto —pensó.

Y trató de mirar al oficial de paz sonriendo, y le dio la sonrisa por toda respuesta. La sonrisa fue aceptada sin protesta.

—¿Con qué objeto se ha disfrazado usted, ha tomado una habitación en el hotel Mirabeau y ha puesto a Contensón de mulato? —le preguntó el falso magistrado.

—El señor prefecto hará de mí lo que quiera pero yo no doy cuenta de mis acciones más que a mis jefes —dijo Peyrade con dignidad.

—Si quiere usted darme a entender que obra por cuenta de la policía general del reino —dijo Carlos secamente—, cambiaremos la dirección, e iremos a la calle de Grenelle en lugar de ir a la de Jerusalén. Tengo las órdenes más terminantes respecto a usted. Mas tenga cuidado; no lo quieren muy mal, pero en un momento dado, lo echaría todo a perder. Respecto a mí, no le deseo a usted ningún mal… Pero ¡marchemos!… Dígame la verdad…

—¿La verdad? aquí la tiene usted —dijo Peyrade dirigiendo una mirada astuta a los ojos rojos de su cancerbero.

El rostro de Carlos permaneció mudo, impasible; el oficial de paz hacía su oficio, toda verdad le era indiferente, parecía culpar al prefecto de algún capricho. Los prefectos tienen caprichos.

—Me he enamorado como un loco de una mujer, la querida de ese agente

de cambio que viaja por su placer y a disgusto de sus acreedores, Falleix.

—¿La señora de Val-Noble? —dijo el oficial.

—Sí —repuso Peyrade—. Para poder entretenerla durante un mes, lo cual no me costará más de mil escudos, me he disfrazado de nabab y he tomado a Contensón de criado. Esto es tan verdad, señor, que si quiere usted dejarme en el coche, donde le esperaré, a fe de antiguo comisario de policía, suba al hotel e interrogue a Contensón. No sólo Contensón le confirmará lo que tengo el honor de decirle, sino que, además, verá usted a la camarera de la señora de Val-Noble, que debe traerme esta mañana el consentimiento a mis proposiciones, o las condiciones de su señora. Un mono viejo es conocedor en muecas; he ofrecido mil francos al mes y coche; esto hace mil quinientos francos; quinientos francos en regalos, y otros tantos en varias partidas, comidas, espectáculos; ya ve usted que no me equivoco en un céntimo al decirle mil escudos. Un hombre de mi edad puede muy bien gastar mil escudos en su último capricho.

—¡Ah! papá Peyrade ¿aún le gustan lo bastante las mujeres para…? Pero me ha cogido usted; yo tengo sesenta años y paso muy bien sin ellas… Sin embargo, si las cosas son como usted dice, concibo que para proporcionarse ese capricho haya usted necesitado darse el aire de extranjero.

—Ya comprenderá usted que Peyrade o el padre de Canquoëlle de la calle de los Moineaux…

—Sí, ni uno ni otro hubieran conocido a la señora de Val-Noble —repuso Carlos encantado de saber la dirección del padre Canquoëlle—. Conocí antaño una mujer —dijo el falso magistrado— que era entretenida por el ejecutor de la justicia. Un día, en el teatro, se pinchó con un alfiler, y como esto sucedía antes de la revolución, exclamó: «¡Ah!, ¡verdugo!». «¡Es una reminiscencia!» le dijo uno… Pues bien, mi querido Peyrade, abandonó a su amante a causa de aquella frase. Concibo que no quiera usted exponerse a un insulto semejante… La señora de Val-Noble es una mujer distinguida, la vi un día en la Ópera, y la encontré hermosa. Haga que vuelva el cochero a la calle de la Paix, mi querido Peyrade, subiré con usted a su habitación y veré las cosas por mí mismo. Un informe verbal bastará sin duda, al señor prefecto.

Carlos sacó de su bolsillo una tabaquera de cartón negro forrada de plata

sobredorada, la abrió y ofreció un polvo a Peyrade con un gesto de franqueza adorable. Peyrade se dijo:

—¡He ahí a sus agentes!… ¡Dios mío! si el señor Lenoir o el señor Sartine resucitasen, ¿qué dirían?

—Ésa es, sin duda, una parte de la verdad, pero no es toda, mi querido amigo —dijo el falso oficial de paz acabando de absorber por la nariz su polvo—. Se ha mezclado usted en los asuntos íntimos del barón de Nucingen, y quiere usted, sin duda, cogerle en algún nudo corredizo; le ha fallado usted con la pistola y le apunta con un cañón. La señora de Val-Noble es amiga de la señora de Champy…

—¡Ah!, ¡diablo!, ¡no nos encerremos! —se dijo Peyrade—. Es más fuerte de lo que creía. Juega conmigo: habla de soltarme, y continúa haciéndome hablar.

—¿Y qué? —di jo Carlos con aire de autoridad magistral.

—Señor, es verdad que he hecho mal en buscar por cuenta del señor de Nucingen una mujer de la que estaba locamente enamorado. Ésta es la causa de la desgracia en que estoy; pues parece que he tocado, sin saberlo, intereses muy graves. —El magistrado subalterno estuvo impasible—. Pero conozco bastante la policía, después de cincuenta y dos años de servicios —repuso Peyrade—, para abstenerme después de la reprimenda que me ha soltado el señor prefecto, que seguramente tenía razón.

—¿Renunciaría usted a su capricho, si el señor prefecto se lo pidiese? Ésta sería, creo, la mejor prueba de la sinceridad de lo que usted me dice.

«¡Cómo va!, ¡cómo va! se decía Peyrade. ¡Ah!, ¡caramba! los agentes de hoy valen tanto como los del señor Lenoir.»

—¿Renunciar a él? —dijo Peyrade—. Esperaré las órdenes del señor prefecto… Pero si quiere usted subir, ya estamos en el hotel.

—¿De dónde saca usted los fondos? —le preguntó Carlos con aire sagaz y a quemarropa.

—Señor, tengo un amigo… —dijo Peyrade.

—Vaya usted a decirle eso a un juez de instrucción —repuso Carlos.

Aquella audaz escena era en Carlos el resultado de una de esas combinaciones cuya sencillez sólo podía salir de la cabeza de un hombre de su temple. Había enviado muy temprano a Luciano a casa de la condesa de Serizy. Luciano rogó al secretario particular del conde que fuese a pedir al prefecto informes acerca del agente empleado por el barón de Nucingen. El secretario volvió provisto de una nota acerca de Peyrade, la copia del sumario escrito en el legajo:

En la policía desde 1778, y venido de Aviñón a París dos años antes.

Sin fortuna y sin moralidad, y depositario de secretos de Estado.

Domiciliado en la calle de los Moineaux, con el nombre de Canquoëlle, nombre del pequeño bien con el que vive su familia en el departamento de Vaucluse, familia honrada, por otra parte.

Ha sido demandado recientemente por uno de sus sobrinos, llamado Teodosio Peyrade. (Véase el informe de un agente, núm. 37 de las piezas.)

—Él es el inglés a quien Contensón sirve de mulato —exclamó Carlos cuando Luciano le llevó los informes dados de vivaz voz, además de la nota.

En tres horas, aquel hombre, de una actividad de general en jefe, había encontrado para Paccard un inocente cómplice capaz de representar el papel de un gendarme disfrazado de burgués, y se había disfrazado de oficial de paz. Había proyectado por tres veces matar a Peyrade en el coche; pero se había prohibido cometer un asesinato por él mismo, y se prometió deshacerse a su debido tiempo de Peyrade haciéndole pasar por millonario a algunos forzados libertados.

Peyrade y su mentor oyeron la voz de Contensón que hablaba con la camarera de la señora de Val-Noble. Peyrade hizo entonces seña a Carlos de que permaneciese en la primera pieza, queriendo decirle con aquello:

—Va usted a juzgar de mi sinceridad.

—La señora consiente en todo —decía Adela—. La señora está en este momento en casa de una amiga suya, la señora de Champy, que tiene aún

por un año una habitación amueblada en la calle Taitbout, y que se la dará sin duda alguna. La señora estará mejor allí para recibir al señor Johnson, pues los muebles están aún en muy buen estado, y el señor podrá comprárselos a la señora, entendiéndose con la señora Champy.

—Bien, hija mía. Si no es una zanahoria, son las hojas —dijo el mulato a la joven estupefacta—; pero nosotros participaremos…

—¡Eso es un hombre de color! —exclamó la señorita Adela—. Si su nabab es un nabab, puede muy bien dar esos muebles a la señora. El contrato termina en abril de 1830, y su nabab podrá renovarlo si lo encuentra bien.

—Yo ser contento —respondió Peyrade, que hizo su entrada dándole un golpe en el hombro a la camarera.

E hizo un gesto de inteligencia a Carlos, que respondió con otro gesto de asentimiento comprendiendo que el nabab debía guardar su papel. Pero la escena cambió súbitamente por la entrada de un personaje contra quien ni Carlos ni el prefecto podían nada. Corentín se mostró de pronto. Había encontrado la puerta abierta y venía a ver cómo representaba el papel de nabab su viejo Peyrade.

—El prefecto me atolondra siempre —dijo Peyrade al oído a Corentín—; me ha descubierto de nabab.

—Haremos caer al prefecto —dijo Corentín al oído a su amigo.

Después, saludando fríamente, se puso a examinar socarronamente al magistrado.

—Quédese aquí hasta que vuelva; voy a la prefectura —dijo Carlos—. Si no me ve usted, puede satisfacer su capricho.

Después de haber dicho aquellas palabras al oído a Peyrade, a fin de no descubrir el personaje a los ojos de la camarera, Carlos salió sin preocuparse de que le mirase el recién llegado, en el cual reconoció una de esas naturalezas rubias, de ojos azules y terriblemente fríos.

—Es el oficial de paz que me ha enviado el prefecto —dijo Peyrade a Corentín.

—¡Ése! —respondió Corentín— te has dejado engañar. Ese hombre lleva

tres juegos de naipes en sus zapatos, eso se ve en la posición del pie en el zapato, y un oficial de paz no necesita disfrazarse.

Corentín bajó con rapidez para aclarar sus sospechas; Carlos subía al coche.

—¡Eh!, ¡señor abad!… —exclamó Corentín.

Carlos volvió la cabeza, vio a Corentín y subió al coche; pero Corentín tuvo tiempo de decirle a la portezuela:

—¡Eso es todo lo que quería saber!

—¡Al muelle Malaquais! —gritó Corentín al cochero poniendo infernales burlas en su acento y en su mirada.

—Vamos —se dijo Jacobo Collín—, estoy perdido, me han conocido; es preciso ganarles por la mano, y sobre todo saber lo que nos quieren.

Corentín había visto cinco o seis veces a Carlos Herrera, y la mirada de este hombre no podía olvidarse. Corentín había reconocido primero la anchura de sus espaldas, después la hinchazón de sus mejillas y la trampa de las tres pulgadas obtenidas por un talón interior.

—¡Ah! viejo mío, ¡te ha engañado! —dijo Corentín al ver que sólo estaban en la habitación Peyrade y Contensón.

—¿Quién? —exclamó Peyrade, cuyo acento tuvo una vibración metálica—. Emplearé mis últimos días en ponerle en una parrilla y darle vueltas.

—Es el abad Carlos Herrera, probablemente el Corentín de Madrid. Todo se explica. El español es un libertino que ha querido hacer la fortuna de ese jovenzuelo acuñando moneda con la explotación de una muchacha bonita… Tú debes saber si quieres luchar con un abad que me parece terriblemente astuto.

—¡Oh! —exclamo Contensón— recibió los trescientos mil francos el día del arresto de Ester, estaba en el coche, me acuerdo de esos ojos, de esa frente, de aquellas señales de viruela.

—¡Ah!, ¡que dote hubiese tenido mi pobre Lidia! —exclamó Peyrade.

—Puedes quedarte de nabab —dijo Corentín—. Para tener un ojo en casa de Ester, es necesario liarla con la Val-Noble, Ester era la verdadera querida de Luciano de Rubempré.

—Le han sacado ya al Nucingen cerca de quinientos mil francos —dijo Contensón.

—Necesitan aún otro tanto —repuso Corentín—. La tierra de Rubempré cuesta un millón. Papá —le dijo a Peyrade dándole un golpe en un hombro—, podías tener más de cien mil francos para casar a Lidia.

—No digas eso, Corentín. Si tu plan nos fallase, no sé de lo que sería capaz…

—¡Tal vez los tengas mañana! El abad, querido mío, es muy astuto, debemos humillarnos, es un diablo superior; pero le tengo en mi poder, es inteligente, y capitulará. Procura ser tan estúpido como un nabab, y no temas nada.

La noche de aquel día en que los verdaderos adversarios se habían encontrado frente a frente en un terreno llano, Luciano fue a pasar la velada al palacio Grandlieu. La concurrencia era allí numerosa. A la faz de todo el mundo, la duquesa retuvo a su lado durante algún tiempo a Luciano, mostrándose cariñosísima con él.

—¿Ha ido usted a hacer un viajecito? —le dijo.

—Sí, señora duquesa. Mi hermana, deseando facilitar mi matrimonio, ha hecho grandes sacrificios, y he podido adquirir la tierra de Rubempré, recomponerla por entero. Como he encontrado en mi procurador de París un hombre hábil, ha sabido evitarme las pretensiones que los poseedores de bienes hubiesen tenido al saber el nombre del comprador.

—¿Hay un castillo? —dijo Clotilde sonriendo demasiado.

—Hay algo que se parece a un castillo; pero lo más prudente será servirse de ello como materiales para construir una casa moderna.

Los ojos de Clotilde despedían llamas de felicidad al través de sus sonrisas de contento.

—Hará usted esta noche un *rubber* con mi padre —le dijo ella muy bajo—. Dentro de quince días espero que será usted invitado a comer.

—¿Y bien? mi querido señor —le dijo el duque de Grandlieu—, ¿dicen que ha comprado usted la tierra de Rubempré? le felicito a usted por ello. Eso es una respuesta para los que decían que tenía usted deudas. Nosotros, como la Francia y la Inglaterra, no podemos tener deudas públicas; pero, mire usted, las personas sin fortuna, los comerciantes, no pueden darse ese tono…

—¡Eh! señor duque, aún debo quinientos mil francos de mi tierra.

—Pues bien, es preciso casarse con una joven que se los lleve; pero difícilmente encontrará un partido de esa fortuna en nuestro arrabal, donde se da poca dote a las jóvenes.

—Pero ellas tienen bastante con su nombre —respondió Luciano.

—No somos más que tres jugadores para el whist, Maufrigneuse, de Espard y yo, y nos falla el cuarto —dijo el duque—. ¿Quiere usted serlo? —añadió mostrando a Luciano la mesa de juego.

Clotilde fue a la mesa de juego para ver jugar a su padre.

—Quiere que tome esto por mi cuenta —dijo el duque estrechando las manos de su hija y mirando de reojo a Luciano, que permaneció serio.

Luciano, el compañero del marqués de Espard, perdió veinte luises.

—Querida madre —fue a decirle Clotilde a la duquesa—, ha tenido la galantería de perder.

A las once, después de unas palabras amorosas cambiadas con la señorita de Grandlieu, Luciano se fue y se metió en la cama pensando en el triunfo completo que debía obtener al cabo de un mes, pues no dudaba que sería aceptado como pretendiente de Clotilde, y casado antes de la cuaresma de 1830. Al día siguiente, a la hora en que Luciano fumaba algunos cigarrillos después de almorzar, en compañía de Carlos, que estaba muy preocupado, les anunciaron al señor de Saint-Esteve (¡qué epigrama!) que deseaba hablar ya al abad Carlos Herrera, ya al señor Luciano de Rubempré.

—¿Han dicho abajo que yo he partido? —exclamó el abad.

—Sí, señor —respondió el *groom*.

—Bueno, recibe a ese hombre —le dijo a Luciano—; pero no digas ni una palabra comprometedora, no dejes escapar ningún gesto de asombro; es el enemigo.

—Ya me oirás —dijo Luciano.

Carlos se ocultó en la pieza contigua, y por la rendija de la puerta vio entrar a Corentín, a quien sólo conoció por la voz, a tan alto grado llegaba aquel hombre en el don de la transformación. En aquel momento, Corentín se parecía a un antiguo jefe de división de Tesoro público.

—No tengo el honor de que usted me conozca, caballero —le dijo Corentín—; pero…

—Dispénseme que le interrumpa, caballero —le dijo Luciano—; pero…

—Pero, se trata de su matrimonio con la señorita Clotilde de Grandlieu, que no se efectuará —dijo entonces vivamente Corentín. (Luciano se sentó y no respondió nada)—. Está usted entre las manos de un hombre que tiene el poder, la voluntad y la facilidad de probar al duque de Grandlieu que la tierra de Rubempré será pagada con el precio que un estúpido le ha dado a usted por su querida, la señorita Ester. Se encontrarán fácilmente las minutas de los juicios en virtud de los cuales la señorita Ester ha sido perseguida, y se tienen medios para hacer hablar a Estourny. Las maniobras extremadamente hábiles empleadas contra el barón de Nucingen serán sacadas a luz… En este momento puede arreglarse todo. Dé usted una suma de cien mil francos y tendrá usted paz… Esto no me concierne. Soy el encargado de negocios de los que se entregan a este *chantage*: esto es todo.

Corentín hubiese podido hablar una hora; Luciano fumaba un cigarrillo con aire perfectamente indiferente.

—Señor —le respondió—, no quiero saber quién es usted, pues las personas que se encargan de comisiones semejantes no se llaman de ninguna manera, para mí, al menos. Le he dejado hablar tranquilamente: estoy en mi casa. No me parece usted desprovisto de sentido; así es que

escuche mi dilema. —Hubo una pausa, durante la cual Luciano opuso una mirada de hielo a los ojos de gato que Corentín le dirigía—. O se apoya usted en hechos completamente falsos, y en este caso no debo preocuparme de ellos, o tiene usted razón, y entonces, al darle cien mil francos, le dejo el derecho de pedirme tantos cientos de miles de francos como Saint-Esteves pueda enviarme su mandatario de usted… Finalmente, para terminar de una vez su estimable negociación, sepa que yo, Luciano de Rubempré, no temo a nadie, atendido que no tengo nada que ver con los embrollos de que me habla usted; que si la casa Grandlieu pone dificultades, hay otras jóvenes muy nobles por casar, y que además, no es ninguna afrenta para mí permanecer soltero, sobre todo ejerciendo, como usted cree, la trata de blancas con semejantes beneficios.

—Si el señor abad Carlos Herrera…

—Caballero —dijo Luciano interrumpiendo a Corentín—, el abad Carlos Herrera se encuentra en este momento camino de España y no tiene nada que ver con mi matrimonio ni con mis intereses. Ese hombre de Estado se ha dignado ayudarme con sus consejos durante algún tiempo; pero tiene que rendir cuentas a su Majestad el rey de España; si tiene usted que hablar con él, le aconsejo tome el camino de Madrid.

—Señor —dijo categóricamente Corentín—, no será usted nunca el marido de la señorita Clotilde de Grandlieu.

—Peor para ella —respondió Luciano empujando con impaciencia a Corentín hacia la puerta.

—¿Ha reflexionado usted bien? —dijo fríamente Corentín.

—Caballero, no le reconozco ni el derecho de inmiscuirse en mis asuntos, ni el de hacerme perder un cigarrillo —dijo Luciano tirando su cigarrillo apagado.

—Adiós, señor —dijo Corentín—. No nos veremos más… pero habrá un momento de su vida en que daría usted la mitad de su fortuna por haber tenido la idea de llamarme a la escalera.

En respuesta a aquella amenaza, el abad hizo el gesto de cortar una cabeza.

—Ahora, ¡a la obra! —exclamó mirando a Luciano, que se había vuelto amarillo después de aquella terrible conferencia.

Si en el número bastante escaso de los lectores que se ocupan de la parte moral y filosófica de un libro, se encontrase uno sólo capaz de creer en la satisfacción del barón de Nucingen, éste probaría lo difícil que es someter el corazón de una joven a máximas filosóficas cualesquiera. Ester había decidido hacer pagar caro al pobre millonario lo que éste llamaba su «día de triunfo». Por eso, en los primeros días del mes de febrero de 1830, aún no se habían inaugurado el «palacito». «Pero, dijo Ester confidencialmente a sus amigas que se lo repitieron al barón, por carnaval abro mi establecimiento, y quiero hacer a mi hombre feliz como un *gallo de yeso*.» Esta frase se hizo proverbial en el mundo galante. El barón se lamentó profundamente. Como las personas casadas, se ponía bastante en ridículo, empezaba a quejarse delante de sus íntimos, y su descontento transpiraba. Sin embargo, Ester continuaba representando concienzudamente su papel de Pompadour del príncipe de la especulación. Había dado ya dos o tres veladas sencillas con objeto únicamente de introducir a Luciano en la casa. Lousteau, Tillet, Rastiñac, Bixiou, Nathán, el conde de Brambourg, la flor de los taimados, fueron los concurrentes a la casa. Finalmente, Ester aceptó, como actrices en la pieza que representaba, a Tulia, Florentina, Fanny Beauprés, Florina, dos actrices y dos bailarinas, y además a la señora de Val-Noble. Nada hay más triste que una casa de cortesana sin el sol de la rivalidad, el juego de los vestidos y la diversidad de las fisonomías. En seis semanas, Ester se volvió la mujer más ocurrente, más divertida, más hermosa y más elegante de los parias hembras que componen la clase de las mujeres entretenidas. Colocada en su verdadero pedestal, saboreaba todos los goces de vanidad que seducen a las mujeres ordinarias, pero como mujer a la que un pensamiento secreto ponía por encima de su casta. Guardaba en su corazón una imagen de ella misma, que la hacía enrojecer y vanagloriarse a la vez; la hora de su abdicación estaba siempre presente en su conciencia; por eso vivía como doble, sintiendo piedad por su personaje. Sus sarcasmos se resentían de la disposición interior en que la mantenía el profundo desprecio que el ángel de amor, contenido en la cortesana, llevaba a aquel papel infame y odioso representado por el cuerpo en presencia del alma. A la vez espectador y actor, juez y acusado, realizaba la admirable ficción de los cuentos árabes, en los que se encuentra casi siempre un ser sublime oculto bajo una envoltura degradada, y cuyo tipo se halla con el nombre de Nabucodonosor, en el libro de los libros, la

Biblia. Después de haberse concedido la vida hasta el día siguiente al de la infidelidad, la víctima podía divertirse un poco con el verdugo. Por otra parte, las noticias adquiridas por Ester acerca de los medios secretamente vergonzosos a los cuales el barón debía su fortuna colosal, le quitaron todo escrúpulo; se complació en representar el papel de la diosa Até, la Venganza, según la expresión de Carlos. Por eso estaba alternativamente encantadora y detestable, para aquel millonario que no vivía más que para ella. Cuando el barón llegaba a un grado de sufrimiento en el cual deseaba dejar a Ester, ésta le atraía hacia sí con una escena de ternura.

Herrera, que había partido ostensiblemente para España, había ido hasta Tours. Había continuado el camino en su coche hasta Burdeos, dejando dentro de él un criado encargado de representar el papel de amo y de esperarle en un hotel de Burdeos. Después, vuelto en la diligencia disfrazado de viajante, se había instalado secretamente en casa de Ester, desde donde, por Asia, por Europa y por Paccard, dirigía con cuidado maquinaciones, vigilándolo todo y particularmente a Peyrade.

Quince días antes del día escogido para dar su fiesta, y que debía ser el día siguiente al primer baile de la ópera, la cortesana, a quien sus frases empezaban a hacer temible, se encontraba en los Italianos, en el fondo del palco que el barón, obligado a darle un palco, había obtenido para ella en la platea, a fin de ocultar a su querida y no mostrarse en público con ella a algunos pasos de la señora de Nucingen. Ester había encargado el palco de manera que pudiese contemplar el de la señora de Serizy, a la que Luciano acompañaba casi siempre. La pobre cortesana cifraba su felicidad en ver a Luciano los martes, los jueves y los sábados, al lado de la señora de Serizy. Ester vio entonces, a eso de las nueve y media, entrar a Luciano, pálido, preocupado y el rostro casi desencajado. Estos signos de desolación interior sólo eran visibles para Ester. El conocimiento del rostro de un hombre, es en la mujer que le ama, como el de la pleamar para un marino.

—¡Dios mío!, ¿qué puede tener?, ¿qué ha sucedido? ¿Tendrá necesidad de hablar a ese ángel infernal, que es un ángel guardián para él, y que vive oculto en una buhardilla, entre la de Europa y la de Asia?

Preocupada con pensamientos tan crueles, Ester apenas escuchaba la música. Así pues, fácilmente se puede concebir que no escuchara al barón, que tenía entre sus manos una mano de su ángel, hablándole en su jerga de judío polaco, cuyas singulares desinencias no deben causar

menos mal a los que las leen que a los que las escuchan.

—*Esteg* —dijo soltándole la mano y rechazándola con un ligero movimiento de mal humor—, no me escucha usted.

—Mire, barón, usted chapurrea el amor como el francés.

—¡*Tagtufo*!

—No estoy aquí como en mi gabinete tocador, estoy en los Italianos. Si usted no fuese una de las cajas construidas por Huret o por Fichet, que se ha metamorfoseado en hombre por un esfuerzo de la naturaleza, no haría tanto ruido en el palco de una joven que ama la música ¡Ya lo creo que no le escucho! Está usted dando saltos en mi vestido como un saltón en el papel, y me hace usted reír de lástima. Me dice usted: «Es usted muy bonita, adorable…». ¡Viejo estúpido! si yo le respondiese: «Hoy me desagrada usted menos que ayer, vámonos a casa». Pues bien, por la manera como suspira usted hoy (pues si no le escucho, le siento), veo que ha comido atrozmente, y que su digestión empieza. Aprenda de mí (le cuesto bastante cara para que le dé de cuando en cuando un consejo por su dinero), sepa, querido mío, que cuando se tienen digestiones difíciles como son las suyas, no le está permitido decir indiferentemente, a horas indebidas, a su querida: «Está usted muy bonita». Un viejo soldado murió por esa fatuidad *en los brazos de la Religión*, ha dicho Blondet… Son las diez, ha acabado usted de cenar a las nueve en casa de Tillet con su pichón el conde de Brambourg; tiene usted millones y trufas que dirigir, ¡vuelva mañana a las diez!

—¡Qué cruel es usted! —exclamó el barón, que reconoció la profunda justicia de aquel argumento médico.

—¿Cruel? —dijo Ester mirando siempre a Luciano—. ¿No ha consultado usted a Bianchón, a Desplein, al viejo Audry?… Desde que entrevé usted la aurora de su felicidad, ¿sabe de qué me hace el efecto?

—¿De qué?

—De un hombrecito de franela que, de hora en hora, se pasea de su sofá a la ventana para ver si el termómetro está en el artículo *gusano de seda*, la temperatura que su médico le ordena…

—*Migue*, es usted ingrata —exclamó el barón desesperado de oír una música que los ancianos enamorados oyen con bastante frecuencia en los Italianos.

—¡Ingrata! —dijo Ester—. ¿Y qué me ha dado usted hasta ahora? Muchos disgustos. Vamos a ver, papá, ¿puedo estar orgullosa de usted? En cambio usted está muy orgulloso de mí; yo llevo muy bien sus galones y su librea. ¡Ha pagado usted mis deudas!… bueno. Pero usted ha *escamoteado* bastante millones… (¡ah!, ¡ah! no haga usted muecas, usted lo ha convenido conmigo) para no mirar por ellos. Y ése es su más hermoso título de gloria. Entretenida y ladrón, no armonizan mejor. Ha construido usted una jaula magnífica para un loro que le gusta. Vaya a preguntar a un papagayo del Brasil si debe agradecimiento al que le ha puesto en una jaula dorada… No me mire usted de ese modo, parece usted un bonzo. Enseña usted su papagayo rojo y blanco a todo París, y dice: «¿Hay alguien en París que posea un loro semejante?… ¡Y cómo charla, y qué bien repite las palabras!…». Tillet entra y dice: «Buenos días, granujilla…». Pero usted es feliz como un holandés que posee una tulipa única, como un antiguo nabab, pensionado en Asia por Inglaterra, al que un viajante ha vendido la primera tabaquera suiza que ha sido abierta tres veces. ¿Quiere usted mi corazón? Pues bien, voy a decirle los medios para conquistarlo.

—¡Diga, diga!… lo *hagué* todo *pog* usted… Me gusta *vegme gueñido* por usted.

—Sea usted joven, sea usted hermoso, sea como Luciano de Rubempré, que está con la mujer de usted, y obtendrá *gratis* lo que no podrá comprar nunca con todos sus millones.

—¡Me voy, pues está usted execrable esta noche! —dijo el anciano, cuyo rostro se estiró.

—Adiós, buenas noches —respondió Ester—. Recomiende usted a *Jogge* que ponga la almohada de la cama de usted muy alta, y los pies muy inclinados, pues esta noche tiene usted síntomas de apoplejía. Querido mío, no dirá usted que no me intereso por el estado de su salud.

El barón estaba de pie y tenía cogido el pomo de la puerta.

—¡Aquí, Nucingen!… —dijo Ester llamándolo con orgulloso ademán.

El barón se precipitó hacia ella, rápido y dócil como un perro.

—¿Quiere usted verme gentil, y que le dé esta noche en mi casa vasos con agua azucarada, acariciándole, monstruo mío?

—Me destroza usted el *cogazón*.

—Eso se dice con una sola palabra —repuso ella burlándose de la pronunciación del barón—. Vamos, tráigame a Luciano, a quien invito a nuestro festín de Baltasar, y que esté yo segura de que no faltará. Si sale usted airoso en esa pequeña negociación, te diré tan bien que te amo, mi gran Federico, que lo creerás…

—Es usted una maga —dijo el barón besando el guante de Ester—. *Consentiguía en oig una seguie de injugias*, si al final hubiese una *caguicia* …

—Vamos, si no soy obedecida… —dijo amenazando al barón con el dedo como se hace a los niños.

El barón levantó la cabeza como pájaro cogido en una trampa y que implora al cazador.

—¡Dios mío!, ¿qué tiene Luciano? —se dijo cuando estuvo sola sin retener ya sus lágrimas—, ¡nunca le he visto tan triste!

He aquí lo que le había sucedido a Luciano aquella misma noche. A las nueve, Luciano había salido en su cupé, como todos los días, para ir al palacio de Grandlieu. Reservando su caballo de silla y el cabriolé para las mañanas, como hacen todos los jóvenes, había tomado un cupé para las noches de invierno, y había escogido en casa del primer alquilador de carruajes uno de los más magníficos con soberbios caballos. Todo le sonreía hacía un mes: había comido tres veces en el palacio de Grandlieu; el duque estaba encantador con él; sus acciones en la empresa de los *ómnibus*, vendidas por trescientos mil francos, le habían permitido pagar una tercera parte de su tierra; Clotilde de Grandlieu, que se hacía unos tocados deliciosos, tenía diez potes de afeite en la cara cuando él entraba en el salón, y confesaba su pasión, por otra parte, en voz alta. Varias personas que ocupaban una posición elevada hablaban como de una cosa probable del matrimonio de Luciano con la señorita de Grandlieu. El duque

de Chaulieu, el antiguo embajador de España y ministro de Estado durante un momento, había prometido a la duquesa de Grandlieu pedir al rey el título de marqués para Luciano. Después de haber comido en casa de la señora de Serizy, Luciano había ido, pues, aquella noche, de la calle de la Chaussée-d'Antín al arrabal Saint-Germain, a hacer su visita diaria. Llega, su cochero llama a la puerta, ésta se abre, y Luciano se detiene en la escalinata. Al bajar del coche, Luciano vio cuatro carruajes. Al ver al señor de Rubempré, uno de los lacayos, que abría y cerraba la puerta del peristilo, se adelanta, sale a la escalinata y se pone delante de la puerta, como un soldado que recobra su facción.

—¡Su Señoría no está! —dijo.

—La señora duquesa recibe —hizo observar Luciano al criado.

—La señora duquesa ha salido —respondió gravemente el lacayo.

—La señorita Clotilde…

—No creo que la señorita reciba al señor en ausencia de la señora duquesa.

—Pero hay gente —repuso Luciano anonadado.

—No lo sé —respondió el lacayo intentando ser a la vez estúpido y respetuoso.

No hay nada más terrible que la etiqueta para los que la admiten como la ley más formidable de la sociedad. Luciano adivinó fácilmente el sentido de aquel la escena atroz para él: el duque y la duquesa no querían recibirle. Sintió su tuétano espinal helarse en los anillos de su columna vertebral, y un ligero sudor frío hizo salir algunas perlas de su frente. Aquel coloquio tenía lugar delante de su ayuda de cámara, que había cogido el pomo de la portezuela y que dudaba cerrarla; Luciano le hizo seña de que iba a marcharse; pero, al subir, oyó el ruido que hacen las personas al bajar una escalera, y un criado fue a gritar sucesivamente: «¡Los criados del duque de Chaulieu! ¡Los criados de la señora vizcondesa de Grandlieu!». Luciano sólo dijo una palabra a su criado: «¡A prisa a los Italianos!». A pesar de su presteza, el infortunado *dandy* no pudo evitar al duque de Chaulieu y a su hijo el duque de Rhetoré, con los cuales se vio obligado a cambiar saludos, y que no le dijeron ni una palabra. Una gran

catástrofe en la corte, la caída de un favorito temible es consumada con mucha frecuencia en el umbral de un gabinete por la palabra de un lacayo de rostro de yeso.

—¿Cómo hacer conocer este desastre a mi consejero? —se decía Luciano—. ¿Qué sucede?

Y se perdía en mil conjeturas.

He aquí lo que acababa de suceder. La misma mañana, a las once, el duque de Grandlieu dijo a Clotilde, entrando en el saloncito donde almorzaban en familia, y después de haberla abrazado:

—Hija mía, hasta nueva orden, no te ocupes más del señor de Rubempré.

Después cogió a la duquesa por la mano y la condujo al alféizar de una ventana, donde le dijo en voz baja unas palabras que hicieron cambiar de color a Clotilde, pues su madre, a la que observaba escuchando al duque, dejó asomar a su cara una viva sorpresa.

—Juan —dijo el duque a uno de sus criados—, tenga, lleve estas cuatro líneas al señor duque de Chaulieu y ruéguele que le conteste con un sí o con un no. Le invito a que venga a comer hoy con nosotros —le dijo a su mujer.

El almuerzo fue muy triste: la duquesa pareció pensativa, el duque pareció enfadado consigo mismo, y a Clotilde le costó mucho retener las lágrimas.

—Hija mía, tu padre tiene razón, obedécele —le dijo con voz conmovida—. Yo no puedo decirte como él: «No pienses más en Luciano». No, comprendo tu dolor. —Clotilde besó la mano a su madre—. Pero sí, te diré ángel mío: «Espera, sin dar ningún paso, sufre en silencio, puesto que le amas, y confía en el cariño de tus padres». Las grandes damas, hija mía, son grandes porque saben siempre cumplir con su deber en todas las ocasiones y con nobleza.

—¿De qué se trata?… —preguntó Clotilde pálida como un lirio.

—De cosas demasiado graves para que puedan hablarte de ellas, corazón mío —respondió la duquesa—; pues si son falsas, tu pensamiento sería manchado inútilmente, y si son verdad, debes ignorarlas.

A las seis, el duque de Chaulieu fue a encontrar en su despacho al duque de Grandlieu, que le esperaba.

—Di, pues, Enrique… (Estos dos duques se tuteaban y se llamaban por sus nombres. Es uno de los matices inventados para señalar los grados de intimidad, rechazar las invasiones de la familiaridad francesa y humillar el amor propio.) Dime, pues; Enrique, me encuentro en un apuro tan grande, que no puedo tomar consejo más que de un viejo amigo que conoce bien los asuntos, y tú los conoces todos. Como ya sabes, mi hija Clotilde ama de tal modo a ese pequeño Rubempré, que casi me han obligado a prometérselo por marido. Yo siempre he sido contrario a ese matrimonio; pero, en fin, la señora de Grandlieu no ha sabido defenderse del amor de Clotilde. Cuando ese muchacho compró su tierra y pagó las dos terceras partes, ya no puse objeciones. Pero he aquí que ayer por la noche recibí una carta anónima (ya sabes el caso que hace uno de ellas), en la que me afirman que la fortuna de ese muchacho proviene de una fuente impura, y que nos engaña al decirnos que su hermana le da los fondos necesarios para esas adquisiciones. Me intiman, en nombre de la felicidad de mi hija y de la consideración de nuestra familia, a que tome informes, indicándome al mismo tiempo los medios para averiguar la verdad. Toma, lee primero.

—Participo de tu opinión acerca de las cartas anónimas, mi querido Fernando —dijo el duque de Chaulieu después de haber leído la carta—; pero despreciándolas y todo, debe uno servirse de ellas. Sucede con esas cartas lo mismo que con los espías. Cierra tu puerta a ese muchacho, y veamos de informarnos… Mira, ya tengo tu asunto arreglado. Tú tienes por procurador a Derville, un hombre en quien todos confiamos; posee secretos de muchas familias, y puede también conocer éste. Es un hombre honrado, de peso, de honor; es listo, astuto; pero como sólo es listo para los negocios, no debes emplearlo más que para obtener un testimonio en el que tú puedas tener fe. Nosotros tenemos en el Ministerio de Estado, por la policía del reino, un hombre único para descubrir los secretos de Estado; le enviamos con frecuencia en comisión. Avisa a Derville que tendrá un teniente para este asunto. Nuestro espía es un *señor* que se presentará condecorado con la cruz de la Legión de honor, tendrá el aspecto de un diplomático. Ese pillo será el cazador, y Derville asistirá simplemente a la caza. Tu procurador te dirá si es más el ruido que las nueces, o si debes romper con ese pequeño Rubempré. Dentro de ocho días sabrás a qué atenerte.

—Ese joven no es aún bastante marqués para formalizarse por no encontrarme en mi casa durante ocho días —dijo el duque de Grandlieu.

—Sobre todo si le das tu hija —dijo el antiguo ministro—. Si la carta anónima tiene razón, ¿qué te importa esto? Harás viajar a Clotilde con mi nuera Magdalena que quiere ir a Italia.

—Me sacas del apuro —exclamó el duque de Grandlieu— no sé aún si darte las gracias.

—Esperemos el acontecimiento.

—¡Ah! —dijo el duque de Grandlieu— ¿cómo se llama ese señor? es preciso decírselo a Derville… Envíamelo mañana, a eso de las cuatro; estará conmigo Derville y los pondré en relación…

—El nombre verdadero —dijo el antiguo ministro— creo que es Corentín… (un nombre que no debes haber oído); pero ese señor vendrá escudado en su nombre ministerial. Se hace llamar San no sé cuantos… ¡Ah! ¡Saint-Yves! o Saint-Valero, uno de estos dos…

Después de esta conferencia, el mayordomo recibió la orden de cerrar la puerta al señor de Rubempré, lo cual acababa de hacer.

Luciano se paseaba por el ambigú de los Italianos como un borracho. Se veía siendo la comidilla de todo París. Tenía en el duque de Rhetoré uno de esos enemigos encarnizados y a los cuales es preciso sonreír sin poder vengarse, pues sus ataques están conformes con las leyes del mundo. El duque de Rhetoré conocía la escena que acababa de tener lugar en la escalinata del palacio de Grandlieu. Luciano, que comprendía la necesidad de instruir de aquel desastre súbito a su consejero privado íntimo actual, temía comprometerse yendo a casa de Ester, donde tal vez encontraría gente. Olvidaba que Ester estaba allí, tan confusas eran sus ideas; y en medio de tantas perplejidades, necesitó hablar con Rastiñac, el cual, no sabiendo aún la nueva, le felicitaba por su próximo enlace. En aquel momento, Nucingen se presentó sonriente a Luciano, y le dijo:

—¿*Quiegue* usted *hacegme* el *favog* de *venig* a *veg* a la *señoga* de Champy, que *quiegue invitagle pegsonalmente* a la comida de *inaugugación* de nuestra casa?

—Con mucho gusto, barón —respondió Luciano, a quien el financiero se le apareció como un ángel salvador.

—Déjenos usted —dijo Ester al señor de Nucingen cuando le vio entrar con Luciano—; vaya a ver a la señora de Val-Noble, a la que veo en un palco del tercer piso con un nabab… Salen muchos nababs de las Indias —añadió mirando a Luciano con aire de inteligencia.

—Y ése —dijo Luciano sonriendo— se parece mucho al de usted.

—Y —dijo Ester respondiendo a Luciano con otra señal de inteligencia, al mismo tiempo que continuaba hablándole al barón—, tráigamela con el nabab, que tiene muchas ganas de conocerle a usted; dicen que es poderosamente rico… La pobre mujer me ha contado yo no sé cuántas lástimas; se queja de que ese nabab no le resulta; y si la desembarazase usted de su *lastre*, tal vez iría más ágil.

—¿Nos toma usted *pog* ladrones? —dijo el barón.

—¿Qué tienes, Luciano mío? —le dijo al oído rozándoselo con los labios, cuando la puerta del palco estuvo cerrada.

—¡Estoy perdido! Acaban de negarme la entrada en el palacio de Grandlieu, con el pretexto de que no había nadie; el duque y la duquesa estaban dentro, y había cinco carruajes en el patio…

—¡Cómo!, ¿se deshará el matrimonio? —dijo Ester con voz conmovida, pues entreveía el paraíso.

—Aún no sé lo que se trata contra mí.

—Luciano mío —le contestó ella con voz adorablemente mimosa— ¿por qué te apenas? más tarde harás un matrimonio mucho mejor… Te ganaré dos tierras…

—Da una cena esta noche, a fin de que pueda hablar secretamente con Carlos, y sobre todo invita al falso inglés y a la Val-Noble. Ese nabab ha causado mi ruina, es nuestro enemigo, le tendremos en nuestro poder, y…

Pero Luciano se detuvo haciendo un gesto desesperado.

—¿Qué tienes? —le preguntó la pobre joven, que se sentía como sobre

ascuas.

—¡Oh!, ¡la señora de Serizy me ve! —exclamó Luciano— y para colmo de desdichas, está con ella el duque de Rhetoré, uno de los testigos de mi chasco.

En efecto, en aquel preciso momento, el duque de Rhetoré se divertía con el dolor de la condesa.

—¿Deja usted a Luciano mostrarse en el palco de la señorita Ester? —decía el joven duque señalándole el palco y a Luciano—. Usted que se interesa por él, debería decirle que eso no se hace. Puede uno cenar con ella y hasta… pero, verdaderamente, ya no me asombra el enfriamiento de los Grandlieu con ese muchacho; acabo de ver cómo le negaban la entrada en la puerta…

—Esas jóvenes son muy peligrosas —dijo la señora de Serizy, que tenía los gemelos fijos en el palco de Ester.

—Sí —dijo el duque—, tanto por lo que quieren como por lo que pueden…

—¡Le arruinarán! —dijo la señora de Serizy—, pues, según me han dicho, son tan costosas cuando no les pagan como cuando les pagan.

—¡Para él no!… —respondió el joven duque haciéndose el asombrado—. Lejos de costarle dinero, se lo darían si lo necesitara; todas van detrás de él.

La condesa tuvo en los labios un pequeño movimiento nervioso que no podía ser comprendido en la categoría de sus sonrisas.

—Bueno —dijo Ester—, ven a cenar a las doce. Trae a Blondet y a Rastiñac. Tengamos al menos dos personas divertidas, y no seamos más de nueve.

—Sería preciso encontrar un medio de enviar a buscar a Europa por el barón, so pretexto de avisar a Asia, y le dirías lo que acaba de sucederme, a fin de que Carlos esté instruido antes de tener al nabab en sus barbas.

—Se hará —dijo Ester.

De este modo Peyrade iba a encontrarse probablemente, sin saberlo,

debajo del mismo techo que su adversario. El tigre iba al antro del león, y de un león acompañado de sus guardias.

Cuando Luciano entró en el palco de la señora de Serizy, ésta, en lugar de volver la cabeza hacia él, de sonreírle y de recogerse el vestido para hacerle sitio a su lado, afectó no fijarse en el que entraba y continuó mirando la sala con los gemelos; pero Luciano vio por el temblor de los gemelos que la condesa era presa de una de esas agitaciones formidables con que se expían las felicidades ilícitas. Luciano tampoco fue a sentarse a su lado y se puso en el lado opuesto, dejando entre la condesa y él un espacio vacío; se apoyó en la barandilla del palco, colocando en ella su codo derecho y la barba en su mano enguantada; después se puso de lado, esperando una palabra. A la mitad del acto, la condesa no le había dicho aún nada ni le había mirado.

—No sé —le dijo— por qué está usted aquí; su sitio está en el palco de la señorita Ester.

—Me voy allá —dijo Luciano, que salió sin mirara la condesa.

—¡Ah! querida —dijo la Val-Noble entrando en el palco de Ester acompañada de Peyrade, a quien el barón de Nucingen no reconoció—, tengo el gusto de presentarte al señor Samuel Johnson es un admirador del talento del señor de Nucingen.

—¿De veras, señor? —dijo Ester a Peyrade sonriéndole.

—¡Oh! *yes, mocho* —dijo Peyrade.

—Mire, barón, ése es un francés que se parece al de usted como el bajo bretón se parece al borgoñés. Me divertirá mucho oírles hablar de negocios… ¿Sabe usted lo que le exijo, señor Nabab, para poder trabar conocimiento con mi barón? —le dijo sonriéndole.

—¡Oh! doy las gracias, usted presentarme al señor barón.

—Sí —repuso ella—. Es preciso que me haga el favor de cenar en mi casa. No hay cola más fuerte que la cera del vino de Champaña, para ligar a los hombres; sella todos los negocios, y sobre todo aquellos en los que uno se hunde. Venga usted esta noche, encontrará muy buenos muchachos. Y respecto a ti, mi querido Federico —le dijo al barón al

oído—, tiene usted abajo su coche, corra a la calle Saint-Georges, y tráigame a Europa, tengo que decirle dos palabras para la cena… He retenido a Luciano, nos llevará dos personas divertidas. Pondremos en evidencia al inglés —le dijo al oído a la señora de Val-Noble.

Peyrade y el barón dejaron solas a las dos mujeres.

—¡Ah! querida mía, si consigues poner en evidencia a ese gran infame serás muy lista —dijo la Val-Noble.

—Si no fuera imposible, me lo prestarías por ocho días —respondió Ester riendo.

—No, no lo tendrías a tu lado ni medio día —replicó la señora de Val-Noble—; como un pan demasiado duro y mis dientes se rompen con él. Yo no quiero, en lo que me queda de vida, encargarme de hacer la felicidad de ningún inglés. Todos son unos egoístas fríos, unos cerdos vestidos…

—¡Cómo!, ¿no tiene miramientos? —dijo Ester sonriendo.

—Al contrario, querida mía, ese monstruo aún no me ha dicho *tu*.

—¿En ninguna situación? —dijo Ester.

—El miserable me llama siempre señora y guarda la mayor sangre fría del mundo en el momento en que todos los hombres son más o menos gentiles. Mira, el amor es para él lo mismo que el afeitarse. Limpia las navajas, las coloca en el estuche, se mira en el espejo, y parece decirse: «No me he cortado». Después me trata con un respeto capaz de volverme loca. Ese infame milord no se divierte más que en hacer esconderse a ese pobre Teodoro, y en dejarle de pie en mi gabinete durante medio día. En fin, estudia contrariarme en todo. Y es avaro… como Gobseck y Gibonnet juntos. Me lleva a comer, y no paga el coche que me conduce a casa, si por casualidad no he pedido el mío.

—Bueno —dijo Ester—, ¿y qué te da por ese servicio?

—Absolutamente nada, querida mía. Quinientos francos pelados al mes, y me paga la cochera. Pero, querida mía, eso ¿qué es?… un coche como los que alquilan a los horteras el día de su matrimonio para ir a la alcaldía, a la iglesia y al Cadran-Bleu… Me pone furiosa con su respeto. Si intento tener malos los nervios y estar indispuesta, no se enfada, y me dice: «Yo

querer que miladi hacer todo lo que querer, porque nada ser más detestable —no gentleman— como decir a una mujercita: ¡Usted ser una bala de algodón, una mercancía!… ¡Eh!, ¡eh! está usted con un miembro de la sociedad de templanza, and anti-slavery». Y mi hombro permanece pálido, seco, frío, haciéndome comprender de ese modo que siente el mismo respeto por mí como el que sentiría por un negro, y que eso no le importa a su corazón, sino a sus opiniones de abolicionista.

—Es imposible ser más infame —dijo Ester—; pero ¿le arruinarás a ese chino?

—¿Arruinarle? —dijo la señora de Val-Noble— ¡sería preciso que me amara! Pero tú misma no le pedirías dos céntimos. Te escucharía gravemente, y te diría, con esas formas británicas que hacen encontrar los *zarpas* amables, que te paga bastante cara «por lo poco que es el amor en tu pobre existencia».

—¡Y decir que en nuestro estado se encuentran hombres como ése! —exclamó Ester.

—¡Ah! querida, tú has tenido suerte… cuida bien a tu Nucingen.

—¿Pero lleva alguna idea tu nabab?

—Eso es lo que me ha dicho Adela —respondió la señora de Val-Noble.

—Mira, ese hombre habrá tomado el partido de hacerse odiar de una mujer, y hacer que le despidan en tanto tiempo —dijo Ester.

—O bien quiere hacer algún negocio con Nucingen, y me habrá tomado al saber que somos amigas; es lo que cree Adela —respondió la señora de Val-Noble—. Por eso te lo presento esta noche. ¡Ah! si estuviese segura de sus proyectos, con qué gusto me entendería contigo y con Nucingen.

—No te enfades —le dijo Ester—; acaricíale de cuando en cuando.

—Si tú lo intentases, y eso que eres muy lista… mira, a pesar de tu hermosura, te mataría con sus sonrisas heladas, y te contestaría: «Yo ser anti-slavery, y usted ser libre…». Le dirías las cosas más extravagantes, y te miraría diciéndote: «Very good!» y te apercibirías de que no eres a sus ojos más que un polichinela.

—¿Y la ira?

—Lo mismo. Eso sería una diversión para él. Pueden operarle a la izquierda, en el pecho, que no le harán el menor daño; sus vísceras deben ser de acero. Se lo he dicho, y me ha contestado: «Yo estar muy contento de esta disposición física…», y siempre cortés. Querida mía, tiene el alma enguantada… Sufriré aún por unos días este martirio para satisfacer mi curiosidad. A no ser por eso, ya le hubiera dicho que le abofetease a Felipe, que no tiene igual a espada: sólo eso…

—¡Iba a decírtelo! —exclamó Ester—, pero antes deberías averiguar si sabe boxear, pues esos viejos ingleses, querida mía, tienen un fondo de malicia.

—¡Ése no tiene rival! No; si le vieses pidiéndome órdenes, a qué hora puede presentarse, para venir a sorprenderme (¡bien entendido!) y desplegando las fórmulas del respeto de los *gentlemen*, dirías: «He ahí una mujer adorada». Y no hay ninguna mujer que pudiese decir otro tanto…

—¡Y nos envidian, querida mía! —dijo Ester.

—¡Ah! bueno —exclamó la Val-Noble—. Todas hemos probado más o menos, en nuestra vida, el poco caso que hacen de nosotras; pero, querida mía, nunca he sido tan cruel, tan profunda y tan completamente despreciada por la brutalidad como lo soy por ese gran pellejo lleno de oporto. Cuando está borracho, se va «para no ser desagradable», le dice a Adela, y para no estar entre dos «poderes»: la mujer y el vino. Abusa de mi coche, se sirve de él más que yo. ¡Oh! si pudiésemos hacerle rodar esta noche debajo de la mesa… pero se bebe diez botellas y no se emborracha: tiene el ojo turbio y ve claro.

—Es como esas personas cuyas ventanas están sucias exteriormente —dijo Ester—, y que desde dentro ven lo que sucede fuera… Conozco esa propiedad del hombre: Tillet tiene esa cualidad en grado superlativo.

Procura que venga Tillet; y entre él y Nucingen, si pudiesen cogerle en alguna de sus combinaciones, al menos me vería vengada… ¡le reducirían a la miseria! ¡Ah! querida mía, ¡caer en manos de un hipócrita protestante, después de ese pobre Falleix, que era tan gracioso; tan buen muchacho, tan alegre!… ¡Cuánto nos hemos reído!… Dicen que todos los agentes de

cambio son estúpidos… Pues bien, a ése sólo le faltó ingenio una vez…

—Cuando te dejó sin un céntimo; esto es lo que te ha hecho conocer los disgustos del placer.

Europa, conducida por el barón, sacó su viperina cabeza por la puerta, y después de haber oído algunas frases que le dijo su señora al oído, desapareció.

A las once y media de la noche, cinco carruajes estaban detenidos en la calle Saint-Georges a la puerta de la ilustre cortesana: el de Luciano, que fue con Rastiñac, Blondet y Bixiou; el de Tillet, el de Nucingen; el de nabab y el de Florina. El triple cercado de las ventanas estaba disimulado con los pliegues de las magníficas cortinas de la China. La cena debía ser servida a la una, las bujías ardían y el saloncito y el comedor desplegaban sus suntuosidades. Se prometieron una de esas noches de libertinaje que sólo podían resistir aquellas tres mujeres y aquellos hombres. Primero se jugó, pues era preciso esperar hasta las dos.

—¿Juega usted, milord? —dijo Tillet a Peyrade.

—Yo jugar con O'Connell, Pitt, Fox, Canning, lord Brougham, lord…

—Diga una infinidad de lores —le dijo Bixiou.

—Lord Fitz-William, lord Ellenborough, lord Hertford, lord…

Bixiou miró los zapatos de Peyrade y se agachó.

—¿Qué buscas? —le dijo Blondet.

—¡Caramba! el resorte que es preciso tocar para detener la máquina —dijo Florina.

—¿Juega usted a veinte francos la ficha? —dijo Luciano.

—Yo jugar todo lo que ustedes perder…

—¡Qué listo es! —dijo Ester a Luciano— todos le toman por inglés.

Tillet, Nucingen, Peyrade y Rastiñac se sentaron ante una mesa de whist. Florina, la señora de Val-Noble, Ester, Blondet y Bixiou se quedaron en

torno del fuego hablando. Luciano pasó el tiempo hojeando un magnífico libro de grabados.

—La señora está servida —dijo Paccard vestido con una magnifica librea.

Peyrade fue colocado a la izquierda de Florina, y flanqueado por Bixiou, a quien Ester había recomendado que hiciese beber mucho al nabab desafiándole. Bixiou poseía la propiedad de beber indefinidamente. Nunca, en su vida, había visto Peyrade semejante esplendor, ni probado semejante cocina, ni visto mujeres tan bonitas.

—Sólo esta noche vale los mil escudos que me cuesta la Val-Noble —pensó—, y además, acabo de ganarles mil francos.

—Ahí tiene un ejemplo que imitar —le gritó la señora de Val-Noble, que se encontraba al lado de Luciano, y que mostró, con un gesto, las magnificencias del comedor.

Ester había colocado a Luciano a su lado y tenía un pie de él entre los suyos, debajo de la mesa.

—¿Oye usted? —le dijo la Val-Noble mirando a Peyrade, que se hacía el tonto— ¡así debía usted arreglarme mi casa! Cuando se viene de las Indias con millones y se quiere tener negocios con los Nucingen, hay que ponerse al nivel de ellos.

—Yo ser de la sociedad de templanza.

—Entonces va usted a beber mucho —dijo Bixiou—, pues las Indias son muy cálidas, tío mío.

La broma de Bixiou durante la cena fue tratar a Peyrade como a un tío suyo venido de las Indias.

—La *señoga* de Val-Noble me ha dicho que tenía usted intenciones… —preguntó Nucingen examinando a Peyrade.

—Eso es lo que quería oír —dijo Tillet a Rastiñac—, las dos jergas juntas.

—Ya verá usted cómo acabarán por entenderse —dijo Bixiou que adivinó lo que Tillet acababa de decir a Rastiñac.

—Señor Barón, yo concebir una gran especulación, ¡oh! muy segura… muy aprovechable, y rica en beneficios…

—Ya verá usted —dijo Blondet a Tillet— cómo no hablará un minuto sin llegar al parlamento y al gobierno inglés.

—Yo preferir a China… el opio…

—Sí, conozco eso —dijo al instante Nucingen, como hombre que poseía su globo comercial—; *pego* el *gobiegno* inglés ha encontrado un medio de acción del opio *paga abrig* la China, y no nos *pegmitiguía*…

—Nucingen se le ha adelantado acerca del gobierno —dijo Tillet a Blondet.

—¡Ah!, ¿ha hecho usted el comercio del opio? —exclamó la señora de Val-Noble— ahora comprendo por qué es usted tan parado, le ha quedado algo en el corazón…

—*Migue* —dijo el barón al susodicho negociante de opio, señalándole a la señora de Val-Noble—, a usted le sucede como a mí: los *millonaguios* no pueden *hacegse amag* nunca de las *mujegues*.

—Yo amar mocho y frecuente a señoras —respondió Peyrade.

—Siempre a causa de la templanza —dijo Bixiou, que acababa de servir a Peyrade la tercera botella de vino de Burdeos, y que le hizo empezar una botella de vino de Oporto.

—¡Oh! —exclamó Peyrade— y el vino de Portugal y el de Inglaterra.

Blondet, Tillet y Bixiou cambiaron una sonrisa; Peyrade tenía el poder de disfrazarlo todo en él, hasta el ingenio. Hay pocos ingleses que no sostengan que el oro y la plata son mejores en Inglaterra que en cualquiera otra parte. Las gallinas y los huevos que salen de Normandía para el mercado de Londres autorizan a los ingleses para sostener que las gallinas y los huevos de Londres son superiores (*very fines*) a los de París que llegan de los mismos países. Ester y Luciano quedaron estupefactos ante aquella perfección de costumbres, de lengua y de audacia. Se bebía, se comía tanto y tan bien al mismo tiempo que hablaban y reían, que la comida duró hasta las cuatro de la mañana. Bixiou creyó haber conseguido una de esas victorias tan graciosamente contadas por Brillat-Savarin; pero en el momento en que se decía, ofreciendo de beber a su

tío: «He vencido a Inglaterra», Peyrade respondió a aquel atroz burlón con un «*¡Siempre, muchacho*!» que sólo fue oído por Bixiou.

—¡Eh!, ¡es inglés como yo! ¡Mi tío es un gascón!, ¡no podía tener otro contrincante!

Bixiou se encontraba solo con Peyrade, así es que nadie oyó aquella revelación. Peyrade cayó de su silla al suelo. Acto continuo Paccard se apoderó de Peyrade y lo subió a una buhardilla, donde se durmió con profundo sueño. A las seis, el nabab se sintió despertado por la aplicación de un paño mojado sobre la cara, y se encontró en un mal catre de tijera, frente a frente de Asia, disfrazada con un dominó negro.

—¡Hola! papá Peyrade, contemos dos —le dijo.

—¿Dónde estoy? —dijo Peyrade, mirando en torno suyo.

—Escúcheme, esto le despejará —respondió Asia—. Si no ama usted a la señora de Val-Noble, ama usted a su hija, ¿verdad?

—¿Mi hija? —exclamó Peyrade enrojeciendo.

—¡Sí! la señorita Lidia…

—¿Y qué?

—Que ya no está en la calle de los Moineaux; la han robado.

Peyrade soltó un suspiro, semejante al de los soldados que mueren de una herida en el campo de batalla.

—Mientras usted se fingía inglés, otro se fingía Peyrade. Su pequeña Lidia ha creído seguir a su padre; está en sitio seguro… ¡oh!, ¡no la encontrará usted nunca! a menos que repare usted el mal que ha hecho.

—¿Qué mal?

—Ayer negaron la entrada en casa del duque de Grandlieu al señor Luciano de Rubempré. Ese resultado es debido a tus intrigas y al hombre que nos has puesto detrás de nosotros. Ni una palabra. Escucha —dijo Asia al ver que Peyrade abría la boca—. No tendrás a tu hija, pura y sin mancha, hasta el día en que el señor Luciano de Rubempré salga de

Santo Tomás de Aquino casado con la señorita Clotilde. Si dentro de diez días Luciano de Rubempré no es recibido, como antes, en casa de los señores de Grandlieu, primero morirás tú de muerte violenta, sin que nada pueda librarte del golpe que te amenaza… Después, cuando estés herido, te dejarán tiempo, antes de morir, para que digas: «¡Mi hija es una prostituta para el resto de sus días!…». Aunque has sido bastante estúpido para dejar esa presa en nuestra manos, te queda aún la inteligencia suficiente para meditar sobre esta comunicación de nuestro gobierno. No grites, no digas una palabra, vete a cambiar de vestido a casa de Contensón, vuelve a tu casa, y Katt te dirá que, a una palabra tuya, Lidia ha bajado y no ha vuelto a subir. SI te quejas, si das un paso, empezarán por donde te he dicho y acabarán por tu hija. Con el padre Canquoëlle no es preciso hacer frases ni tomar precauciones… ¿verdad?… Baja, Peyrade, y piensa en no mezclarte ya más en nuestros asuntos.

Asia dejó a Peyrade en un estado que causaba lástima; cada palabra fue un golpe de maza. El espía tenía dos lágrimas en los ojos y otras dos al final de sus mejillas, reunidas por dos regueros húmedos.

—Esperan al señor Johnson para comer —dijo Europa sacando la cabeza un momento después.

Peyrade no contestó; bajó, vagó por las calles hasta llegar a una parada de coches, y corrió a desnudarse a casa de Contensón, a quien no dijo ni una palabra; se vistió como acostumbraba, y a las ocho estuvo en su casa. Subió las escaleras con el corazón palpitante. Cuando la flamenca oyó a su amo, le dijo tan ingenuamente: «¿Y la señorita?, ¿dónde está?» que el viejo espía se vio obligado a apoyarse. El golpe excedió a sus fuerzas. Entró en la habitación de su hija y acabó por desmayarse allí de dolor al no encontrarla y al escuchar el relato de Katt que le contó las circunstancias de un rapto tan hábilmente combinado como si lo hubiese inventado él mismo.

—Vamos —se dijo—, es preciso ceder, me vengaré más tarde, vamos a casa de Corentín. Ésta es la primera vez que encontramos adversarios. Corentín dejará a ese hermoso muchacho dueño de casarse con una emperatriz, si quiere… ¡Ah! comprendo que mi hija le haya amado al verle por primera vez… ¡Oh! el sacerdote español es entendido… ¡Valor, papá Peyrade, degüella a tu fiera!

El pobre padre no sospechaba el horrible golpe que le esperaba.

Llegado a casa de Corentín, Bruno, el criado de confianza que conocía Peyrade, le dijo:

—El señor ha partido.

—¿Por mucho tiempo?

—Por diez días.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Oh! ¡Dios mío!, ¡me vuelvo estúpido!, ¿pregunto adónde? como si nosotros lo dijésemos —pensó.

Dos horas antes del momento en que Peyrade era despertado en su buhardilla de la calle Saint-Georges, Corentín, llegado de su campaña de Passy, se presentaba en casa del duque de Grandlieu, con el vestido de lacayo de buena casa. En un ojal de su levita negra se veía la cinta de la Legión de honor. Se había hecho una carita de anciano de cabellos empolvados, muy arrugada, lívida. Sus ojos estaban velados por unas gafas de concha. En fin, tenía aspecto de un antiguo jefe de negociado. Cuando hubo dicho su nombre (el señor de Saint-Denis), fue conducido al despacho del duque de Grandlieu, donde encontró a Derville, leyendo la carta que había dictado él mismo a uno de sus agentes, el encargado de escribir. El duque llevó aparte a Corentín para explicarle todo lo que sabía Corentín. El señor de Saint-Denis escuchó fría y respetuosamente, divirtiéndose en estudiar a aquel gran señor, en penetrar hasta su tuétano, en sacar a luz aquella vida, entonces y para siempre ocupada del whist, y de la consideración de la casa de Grandlieu. Los grandes señores son tan cándidos con sus inferiores, que Corentín no tuvo que dirigir humildemente muchas preguntas al señor de Grandlieu para hacer brotar impertinencias.

—Si me quiere usted creer, señor —dijo Corentín a Derville, después de haber sido convenientemente presentado al procurador—, partiremos esta misma noche en la diligencia de Burdeos, que va tan a prisa como la posta, y no tendremos que permanecer más de seis horas para obtener los informes que quiere el señor duque. ¿No basta, si he comprendido bien a Vuestra Señoría, con saber si la hermana y el cuñado del señor de

Rubempré han podido prestarle un millón doscientos mil francos?… —dijo mirando al duque.

—Perfectamente comprendido —respondió el par de Francia.

—Podremos estar de vuelta dentro de cuatro días —repuso Corentín mirando a Derville—, y de este modo, no tendremos que dejar nuestros negocios por un lapso de tiempo que podría perjudicarlos.

—Es la única objeción que quería hacer a Su Señoría —dijo Derville—. Son las cuatro, voy a decir dos palabras a mi primer pasante y a hacer la maleta, y, después de haber comido, estaré a las ocho… ¿Pero tendremos sitio? —le dijo al señor de Saint-Denis interrumpiéndose.

—Respondo de ello —dijo Corentín—; esté usted a las ocho en el patio de las Mensajerías del Grand-Bureau. Si no hay sitio, haré que lo hagan, pues así es como se ha de servir al señor duque de Grandlieu.

—Señores —dijo el duque con gracia infinita—, aún no les doy las gracias…

Corentín y el procurador, que tomaron aquellas palabras por una frase de despido, saludaron y salieron. En el momento en que Peyrade interrogaba al criado de Corentín, el señor de Saint-Denis y Derville, colocados en el imperial de la diligencia de Burdeos, se observaban en silencio a la salida de París. Al día siguiente por la mañana, de Orleáns a Tours, Derville, aburrido, se volvió hablador, y Corentín se dignó divertirle, guardando las distancias; le hizo creer que pertenecía a la diplomacia, y que esperaba ser cónsul con la protección del duque. Dos días después de su salida de París, Corentín y Derville se detenían en Mansle, con gran asombro del procurador, que creía que iban a Angulema.

—En ese pueblecito tendremos informes seguros de la señora Sechard —dijo Corentín a Derville.

—¿La conoce usted, pues? —preguntó Derville, sorprendido de encontrar a Corentín tan bien instruido.

—Le he hecho hablar al conductor al apercibirme de que era de Angulema; me ha dicho que la señora Sechard vive en Marsac, y que este pueblo sólo está a una legua de Mansle. He pensado que estaríamos mejor instalados

aquí que en Angulema para saber la verdad.

—Después de todo —pensó Derville—, yo sólo soy, como ha dicho el señor duque, el testigo de las averiguaciones que haga este hombre de confianza.

La posada de Mansle, llamada la *Bella Estrella*, tenía por dueño uno de esos hombres altos y gordos, que uno tiene miedo de encontrar a la vuelta, y que están aún, diez años después, en el umbral de su puerta, con la misma cantidad de carne, el mismo gorro de algodón, el mismo delantal, el mismo cuchillo, los mismos cabellos espesos, la misma sotabarba, y que parecen estereotipados en todos los novelistas, desde el inmortal Cervantes hasta el inmortal Walter Scott. ¿No están todos llenos de pretensiones culinarias, no tienen de todo que serviros, y no acaban todos por daros un pollo tísico y legumbres aderezadas con manteca rancia? Todos os alaban sus vinos finos, y os obligan a consumir el vino del país. Pero, desde su juventud, Corentín había aprendido a sacar a un posadero cosas más esenciales que platos dudosos y vinos apócrifos. Por eso se hizo pasar por un hombre fácil de contentar, y que se entregaba absolutamente a la discreción del mejor cocinero del Mansle, le dijo a aquel hombre.

—No tengo que tomarme la molestia de ser el mejor; soy el único —respondió el posadero.

—Sírvanos en la habitación de al lado —dijo Corentín, guiñando un ojo a Derville—, y sobre todo no tema poner leña en la chimenea, se trata de desembarazarnos de la *helada*.

—No hacía calor en el imperial —dijo Derville.

—¿Hay mucho de aquí a Marsac? —le preguntó Corentín a la posadera, que bajó de las regiones superiores al saber que la diligencia había desembarcado en su casa viajeros para dormir.

—Señor, ¿va usted a Marsac? —le preguntó la posadera.

—No lo sé —le respondió secamente—. ¿Es considerable la distancia de aquí a Marsac? —volvió a preguntarle Corentín después de haber dejado tiempo a la posadera de que viera su cinta roja.

—En cabriolé es asunto de media hora escasa —dijo la posadera.

—¿Cree usted que el señor y la señora Sechard estén en él por el invierno?

—Sin duda, pasan en él todo el año.

—Son las cinco; ¿les encontraremos levantados a las nueve?

—¡Oh! hasta las diez tienen gente todas las noches, el cura, el señor Marron, el médico.

—¿Son buena gente? —dijo Derville.

—¡Oh! señor, la crema —respondió la posadera—, gentes rectas, honradas y nada ambiciosas, ¡vaya! El señor Sechard, aunque está en posición desahogada, hubiera tenido millones, según dice, si no se hubiera dejado despojar de un invento que ha encontrado en la papelería, y del que se aprovechan los hermanos Cointet.

—¡Ah! sí, ¡los hermanos Cointet! —dijo Corentín.

—¿Quieres callarte? —dijo el posadero—. ¿Qué les importa a estos señores que el señor Sechard tenga o no derecho a un privilegio de invención para hacer papel? Estos señores no son comerciantes en papel. Si cuentan ustedes pasar la noche en mi casa, en la Bella Estrella —dijo el posadero dirigiéndose a los dos viajeros—, aquí tienen el libro, en el que les ruego se inscriban. Tenemos un brigadier que no tiene nada que hacer y que pasa el tiempo molestándonos.

—¡Diablo!, ¡diablo! yo creía que los Sechard eran muy ricos —dijo Corentín mientras Derville escribía su nombre y su calidad de procurador del tribunal de primera instancia del Sena.

—Hay quien les dice millonarios —respondió el posadero—; pero querer impedir que las lenguas hablen, es intentar que el río deje de seguir su curso. El padre Sechard ha dejado doscientos mil francos de bienes al sol, según dicen, y esto es bastante hermoso para un hombre que empezó por ser obrero. Pues bien, tal vez tenía otro tanto de economías… porque acabó por sacar diez o doce mil francos de sus bienes. Así pues, suponiendo que haya sido bastante estúpido para no colocar su dinero durante diez años, es la cuenta. Pero ponga trescientos mil francos, si ha

ejercido la usura, como se sospecha, y ya está todo. Quinientos mil francos están muy lejos de ser un millón. No pediría otra fortuna que la diferencia, y no estaría en la Bella Estrella.

—¡Cómo! —dijo Corentín— ¿el señor David Sechard y su mujer no tienen dos o tres millones de fortuna?…

—Eso es todo lo que suponen a los hermanos Cointet, que le han despojado de su privilegio de invención, y no ha conseguido de ellos más de veinte mil francos —exclamó la posadera—. ¿De dónde quiere usted que hayan cogido millones esas gentes? Estaban bastante apurados en vida de su padre. Sin Kolb, el administrador, y la señora Kolb, que les es tan adicta como su marido, hubiesen tenido trabajo para vivir. ¿Qué tenían, pues, con La Verberie?… mil escudos de renta…

Corentín llevó aparte a Derville y le dijo:

—*¡In vino veritas!* la verdad se encuentra en las tabernas; por mi parte, yo considero una posada como el verdadero estado civil de un país; el notario no está más instruido que el posadero de todo lo que pasa en un pueblecillo… Mire usted, nos vemos obligados a conocer a los Cointet, a los Kolb, etc… Un posadero es el repertorio viviente de todos los aventureros, ejerce de policía sin saberlo. Un gobierno debe sostener todo lo más doscientos espías, pues en un país como Francia hay diez millones de espías honrados. Pero no estamos obligados a fiarnos de esos infames. Aunque ya sabrán algo en este pueblecito del millón doscientos mil francos desaparecidos para pagar la tierra de Rubempré… No estaremos aquí mucho tiempo.

—Así lo espero —dijo Derville.

He aquí por qué —repuso Corentín—. He encontrado el medio más natural para hacer salir la verdad de boca de los esposos Sechard. Cuento con usted para que apoye con su autoridad de procurador la treta de que me serviré para que nos den una cuenta clara y limpia de su fortuna. Después de comer, saldremos para ir a casa de los señores Sechard —dijo Corentín a la posadera—; cuidará usted de prepararnos camas, queremos dormir cada uno en nuestro cuarto. En el Bella Estrella debe haber sitio.

—¡Oh! señor —dijo la mujer—, encontramos el rótulo.

—¡Oh! el equívoco existe en todos los departamentos —dijo Corentín—, no tienen ustedes el monopolio.

—Ya están servidos, señores —dijo el posadero.

—¿Y de dónde diablo habrá sacado ese dinero ese joven? ¿Tendrá razón el anónimo?, ¿será dinero de una hermosa joven? —dijo Derville a Corentín sentándose a la mesa.

—¡Ah! eso será objeto de otra investigación —respondió Corentín—. El señor duque de Grandlieu me ha dicho que Luciano de Rubempré vive con una judía convertida, que se hacía pasar por holandesa, llamada Ester van Bogseck.

—¡Qué singular coincidencia! —dijo el procurador— yo busco a la heredera de un holandés llamado Gobseck; es el mismo nombre con un cambio de consonantes.

—Bueno —dijo Corentín—, yo le obtendré informes acerca de la filiación a mi vuelta a París.

Una hora después, los dos encargados de negocios de la casa Grandlieu partían para La Verberie, casa del señor y de la señora Sechard. Jamás experimentó Luciano emociones tan profundas como las que sintió en La Verberie al comparar su destino con el de su cuñado. Los dos parisienses iban a encontrar allí el mismo espectáculo que, algunos días antes, había llamado la atención de Luciano. Allí todo respiraba calma y abundancia. A la hora en que los viajeros debían llegar, el salón de La Verberie estaba ocupado por una sociedad de cinco personas: el cura de Marsac, joven sacerdote de veinticinco años, que se había hecho, a ruegos de la señora Sechard, preceptor de su hijo Luciano; el médico del país, llamado Marron; el alcalde de la comarca, y un viejo coronel retirado del servicio, que cultivaba las rosas en una pequeña propiedad situada enfrente de La Verberie, al otro lado de la carretera. Todas las noches de invierno, aquellas personas iban a hacer un inocente boston a céntimo la ficha, a leer los periódicos o a devolver los que ya habían leído. Cuando los señores Sechard compraron La Verberie, hermosa casa construida con toba y cubierta de pizarra, sus dependencias de recreo consistían en un jardincito de dos fanegas. Con el tiempo, consagrando a él sus economías, la hermosa señora Sechard había extendido su jardín hasta un riachuelo, sacrificando los viñedos que compraba y convirtiéndolos en musgo y en

bosquecillos. En aquel momento, La Verberie, rodeada de un parque de unas veinte fanegas, y cercada, pasaba por la propiedad más importante del país. La casa del difunto Sechard y sus dependencias no servían más que para la explotación de veintitantas fanegas de viñedo dejadas por él, además de cinco casas que producían unos seis mil francos, y diez fanegas de prados, situados al otro lado del río, precisamente enfrente del parque de La Verberie; por eso la señora Sechard contaba unirlos a él el año siguiente. Ya daban en el país a La Verberie el nombre de castillo, y llamaban a Eva Sechard la señora de Marsac. Satisfaciendo su vanidad, Luciano no había hecho más que imitar a los aldeanos y a los viñeros. Courtois, propietario de un molino situado pintorescamente a algunos tiros de fusil de los prados de La Verberie, estaba en tratos, según decían, para vender aquel molino a la señora Sechard. Aquella adquisición probable iba a acabar de dar a La Verberie el aspecto de una tierra de primer orden en el departamento. La señora Sechard, que hacía mucho bien con tanto discernimiento como grandeza, era tan estimada como amada. Su belleza, que se había hecho magnífica, llegaba entonces a su mayor desarrollo. Aunque tenía veintiséis años de edad, conservaba la frescura de la juventud gozando del reposo y de la abundancia que proporciona la vida del campo. Siempre enamorada de su marido, respetaba en él al hombre de talento bastante modesto para renunciar al ruido de la gloria; finalmente, para pintarla, basta tal vez con decir que, en toda su vida, no contaba un solo latido de su corazón que no fuese inspirado por sus hijos o por su marido. El impuesto que aquel hogar pagaba a la desgracia, se adivina: era la profunda pena que causaba la vida de Luciano, en la cual Eva Sechard presentía misterios y los temía tanto más cuanto que, en su última visita, Luciano cortaba secamente cada interrogación de su hermana, diciéndole que los ambiciosos no debían dar cuenta de sus acciones más que a ellos mismos. En seis años, Luciano había visto a su hermana tres veces, y no le había escrito más de seis cartas. Su primera visita a La Verberie tuvo lugar cuando la muerte de su madre, y la última tuvo por objeto pedir el pequeño servicio de aquella mentira tan necesaria a su política. Esto fue objeto de una escena bastante grave entre el señor Sechard, la señora Sechard y su hermano, que les dejó unas dudas horribles.

El interior de la casa, transformada tan bien como el exterior, sin presentar lujo, estaba muy decente. Puede juzgarse con una mirada rápida dirigida al salón donde estaban en aquel momento todas las personas. Una bonita alfombra de Aubusson, cortinajes cruzados de algodón gris adornados de

galones de seda verde, pinturas imitando madera de Spa, un mueble de ébano esculpido y guarnecido de casimir gris con pasamanerías verdes, jardineras llenas de flores, a pesar de la estación, ofrecían un conjunto grato a la mirada. Las cortinas de las ventanas, de seda verde, el adorno de la chimenea, los marcos de los espejos estaban exentos de ese falso gusto que lo estropea todo en provincias. En fin, los menores detalles elegantes y limpios, todo tranquilizaba el alma y las miradas por la especie de poesía que una mujer amante e inteligente puede y debe introducir en su hogar.

La señora Sechard, que aún llevaba luto por su padre, trabajaba en un rincón de la chimenea en una labor de tapicería, ayudada por la señora Kolb, la mujer de confianza en la que fiaba todos los detalles de la casa. En el momento en que el cabriolé llegaba a las primeras casas de Marsac, la compañía habitual de La Verberie se aumentó con Courtois, el colono viudo, que quería retirarse de los negocios y que esperaba vender su propiedad a la cual parecía tenerle cariño la señora Eva, y Courtois sabía por qué.

—¡Se detiene un cabriolé aquí —dijo Courtois oyendo en la puerta un ruido de coche— y, por el hierro viejo puede uno presumir que es del país!

—Serán, sin duda, Postel y su mujer, que vendrán a vernos —dijo el médico.

—No —dijo Courtois—, el cabriolé viene del lado de Mansle.

—*Señoga* —dijo Kolb (un alsaciano alto y gordo)—, un *procugadog* de *Paguís* desea *hablag* con el *señog*.

—¡Un procurador! —exclamó Sechard— esa palabra me produce cólico.

—Gracias —dijo el alcalde de Marsac, nombrado Cachán, procurador durante veinte años en Angulema y que antaño había estado encargado de perseguir a Sechard.

—Mi pobre David no cambiará nunca, siempre será distraído —dijo Eva sonriendo.

—Un procurador de París —dijo Courtois— ¿tienen ustedes negocios en París?

—No —respondió Eva.

—Tiene usted un hermano —dijo Courtois sonriendo.

—¡Cuidado no sea a causa de la sucesión del padre Sechard! —dijo Cachan—. El buen hombre hizo negocios dudosos…

Al entrar, Corentín y Derville, después de haber saludado a la concurrencia y dicho sus nombres, pidieron hablar particularmente con la señora Sechard y su marido.

—Con mucho gusto —dijo Sechard—. Pero ¿es para negocios?

—Unicamente por la herencia de su señor padre —respondió Corentín.

—Permitan entonces que el señor alcalde, que es un antiguo procurador de Angulema, asista a la conferencia.

—¿Es usted el señor Derville? —dijo Cachán mirando a Corentín.

—No, señor; es el caballero —repuso Corentín señalando a Derville, que saludó.

—Pero —dijo Sechard—, estamos en familia, no hay aquí nada oculto para nuestros vecinos, y no tenemos necesidad de ir a mi despacho, donde no hay fuego… Nuestra vida está a la luz del día…

—La de su señor padre tuvo algunos misterios que tal vez no le guste a usted publicar —dijo Corentín.

—¿Es algo que puede ponernos colorados? —dijo Eva asustada.

—¡Oh, no!, es un pecadillo de la juventud —dijo Corentín armando con mucho cuidado una de sus mil *ratoneras*—. Su señor padre le ha dado un hermano mayor…

—¡Ah!, ¡viejo oso! no le amaba a usted nada, señor Sechard, y el socarrón ha guardado eso… —exclamó Courtois—. ¡Ah! ahora comprendo lo que quería decir cuando me decía: «¡Verá usted cosas estupendas cuando esté enterrado!».

—¡Oh! tranquilícese, señor —dijo Corentín a Sechard mirando a Eva de

reojo.

—¡Un hermano! —exclamó el médico— pues ahora su herencia tendrá que ser dividida en dos.

Derville aparentaba mirar los grabados que estaban expuestos en las paredes del salón.

—¡Oh! tranquilícese usted, señora —dijo Corentín al ver la sorpresa que apareció en el hermoso rostro de la señora Sechard—; sólo se trata de un hijo natural. Los derechos de un hijo natural no son los de un hijo legítimo. Ese muchacho está en la más profunda miseria; tiene derecho a una suma basada en la importancia de la herencia… Los millones dejados por su padre…

Al oír la palabra *millones*, hubo un grito unánime en el salón. En aquel momento Derville no examinaba ya los grabados.

—¿El padre Sechard, millones? —dijo Courtois—. ¿Quién les ha dicho eso? algún aldeano.

—Señor, como no pertenece usted al fisco —dijo Cachán— se le puede decir lo que…

—Tranquilícese —dijo Corentín—; le doy mi palabra de honor de que no soy un empleado de la Hacienda.

Cachán, que acababa de hacer señal a todo el mundo de que se callasen, dejó escapar un movimiento de satisfacción.

—Señor —repuso Corentín—, aunque sólo fuese un millón, la parte de un hijo natural sería aún bastante bonita. No venimos a instruir un proceso; al contrario, venimos a proponerles que nos den cien mil francos, y nos volveremos…

—¡Cien mil francos!… —exclamó Cachán interrumpiendo a Corentín—. Pero, señor, el padre Sechard ha dejado veinte fanegas de viñas, cinco casitas, diez fanegas de prados en Marsac, y ni un céntimo…

—Por nada del mundo —exclamó David Sechard interviniendo— querría decir una mentira, señor Cachán, y menos tratándose de interés… Señor —les dijo a Corentín y a Derville—, mi padre nos ha dejado, además de

sus bienes… —por muchas señas que le hicieron Cachán y Courtois para que se callase, David continuó— trescientos mil francos, lo que hace subir la importancia de la herencia a unos quinientos mil francos.

—Señor Cachán —dijo Eva Sechard—, ¿cuál es la parte que la ley concede al hijo natural?

—Señora —dijo Corentín—, no somos ningunos turcos; únicamente le pedimos que nos jure delante de estos señores que ustedes no han recogido más de cien mil escudos en metálico de la herencia de su suegro, y entonces nos entenderemos.

—Dé usted antes su palabra de honor de que es procurador —dijo el antiguo procurador de Angulema a Derville.

—Aquí está mi pasaporte —dijo Derville a Cachán presentándole un papel doblado—, y el señor no es, como podrá usted creer, un inspector general de los Dominios, tranquilícese —añadió Derville—. Teníamos únicamente un interés poderoso en saber la verdad acerca de la herencia Sechard, y ya la sabemos…

Derville cogió de una mano a la señora Sechard y la condujo muy cortésmente al extremo del salón.

—Señora —le dijo en voz baja—, si el honor y el porvenir de la casa Grandlieu no estuviesen interesados en esta cuestión, yo no me hubiera prestado a esa estratagema inventada por ese señor condecorado; pero usted le dispensará, se trataba de descubrir la mentira con cuya ayuda su señor hermano ha sorprendido la buena fe de esa noble familia. Guárdese usted bien ahora de dejar creer que ha dado un millón doscientos mil francos a su señor hermano para comprar la tierra de Rubempré…

—¡Un millón doscientos mil francos! —exclamó la señora Sechard palideciendo—. ¿Y de dónde los ha sacado ese desgraciado?

—¡Ah! señora —dijo Derville—, temo que la fuente de esa fortuna sea muy impura.

A Eva le brotaron lágrimas de los ojos, que sus vecinos vieron.

—Tal vez les hemos hecho un gran servicio —dijo Derville— impidiéndoles mantenerse en una mentira cuyos resultados pueden ser muy peligrosos.

Derville dejó a la señora Sechard sentada, pálida y con las lágrimas en los ojos, y saludó a la concurrencia.

—¡A Mansle! —dijo Corentín al muchachito que guiaba el cabriolé.

La diligencia que pasa por la noche y que va de Burdeos a París tenía un asiento; Derville rogó a Corentín que le dejase aprovecharse de él, objetando sus asuntos; pero en el fondo, desconfiaba de su compañero de viaje, cuya destreza diplomática y sangre fría le parecieron en él habituales. Corentín permaneció por espacio de tres días en Mansle sin encontrar ocasión de partir, y se vio obligado a escribir a Burdeos para que le retuviesen un asiento para París, en donde no estuvo de vuelta sino hasta los nueve días de su partida.

Durante aquel tiempo, Peyrade iba todas las mañanas, ya a Passy, ya a París, a casa de Corentín, para saber si había vuelto. El octavo día dejó en los dos domicilios una carta escrita en cifras conocidas entre ellos, para explicar a su amigo el género de muerte de que estaba amenazado, el rapto de Lidia y el horroroso fin que le destinaban sus enemigos. Atacado como hasta entonces él había atacado a los demás, Peyrade, privado de Corentín, pero ayudado de Contensón, no por eso dejó su disfraz de nabab. Aunque sus invisibles enemigos le habían descubierto, pensaba muy juiciosamente para coger algunos hilos permaneciendo en el mismo terreno de la lucha. Contensón había puesto en campaña todos sus conocidos para lograr la pista de Lidia. Esperaba descubrir la casa donde estaba oculta; pero cada día quedaba más demostrada la imposibilidad de saber algo, aumentando de hora en hora la desesperación de Peyrade. El viejo espía se hizo rodear de una guardia de doce a quince agentes de los más hábiles. Vigilaban los alrededores de las calles de los Moineaux y de Taitbout, donde vivía como nabab con la señora de Val-Noble. Durante los tres últimos días del plazo concedido por Asia para restablecer a Luciano en su antiguo pie en el palacio de Grandlieu, Contensón no abandonó ni un instante al veterano de la antigua intendencia general de policía. De este modo, la poesía de terror que las estratagemas de las tribus enemigas en guerra propagan por el seno de los bosques de América, y del que tanto se ha aprovechado Cooper, se unía a los menores detalles de la vida parisiense. Los transeúntes, las tiendas, los coches, una persona de pie en una ventana, lodo ofrecía a los hombres números, a quienes la defensa de la vida del viejo Peyrade estaba confiada, el interés enorme que presenta en las novelas de Cooper un tronco de árbol, una

habitación de castores, una roca, la piel de un bisonte, una canoa inmóvil, una rama a flor de agua.

—Si el español se ha marchado, no tenemos nada que temer —decía Contensón a Peyrade haciéndole notar la profunda tranquilidad que gozaban.

—¿Y si no se ha marchado? —respondió Peyrade.

—Se ha llevado uno de mis hombres en la trasera de su calesa; pero en Blois, mi hombre, obligado a bajar, no ha podido ni volver a subir ni alcanzar el coche.

Cinco días después de la vuelta de Corentín, una mañana recibió Luciano la visita de Rastiñac.

—Con gran desesperación mía, querido mío, me veo obligado a cumplir un encargo que me han confiado a causa de nuestra amistad íntima. Tu matrimonio está roto sin que puedas esperar nunca rehacerlo. No pongas más los pies en el palacio de Grandlieu. Para casarte con Clotilde, es preciso que esperes la muerte de su padre, y se ha vuelto muy egoísta para morirse pronto. Los viejos jugadores de whist se mantienen mucho tiempo al borde… de la mesa. Clotilde va a partir a Italia con Magdalena de Lenoncourt-Chaulieu. La pobre muchacha te ama tanto, querido mío, que ha sido preciso vigilarla; quería venir a verte, había hecho su proyecto de evasión… Es un consuelo en tu desgracia.

Luciano no respondió nada; miraba a Rastiñac.

—Después de todo, ¿es eso una desgracia?… —le dijo su compatriota—; encontrarás fácilmente otra muchacha tan rica y más hermosa que Clotilde. La señora de Serizy te casará por venganza, no puede sufrir a los Grandlieu, que no han querido recibirla nunca; tiene una sobrina, la pequeña Clemencia de Rouvre…

—Querido, desde nuestra última cena no estoy bien con la señora de Serizy; me vio en el palco de Ester, me armó una escena y la dejé.

—Una mujer de más de cuarenta años no se enfada por mucho tiempo con un joven tan guapo como tú —dijo Rastiñac—. ¡Conozco algo esas puestas de sol! Eso dura diez minutos en el horizonte, y diez años en el

corazón de una mujer.

—Ya hace ocho días que espero carta de ella.

—¡Vete allá!

—Ahora me será preciso.

—¿Vienes, al menos, a casa de la Val-Noble? Su nabab devuelve a Nucingen la cena que recibió de él.

—Ya lo sé; iré —dijo Luciano con aire grave.

Al día siguiente de la confirmación de su desgracia, de la que Carlos fue instruido al instante, Luciano fue con Rastiñac y Nucingen a casa del falso nabab.

A las doce, el antiguo comedor de Ester reunía a casi todos los personajes de este drama cuyo interés, oculto debajo del lecho mismo de aquellas existencias torrenciales, sólo era conocido de Ester, de Luciano, de Peyrade, del mulato Contensón y de Paccard, que fue a servir a su señora. La señoraje Val-Noble rogó a Asia, sin que lo supiesen Peyrade y Contensón, que fuese a ayudar a su cocinera. Al ponerse a la mesa, Peyrade, que le dio quinientos francos a la señora de Val-Noble para que hiciese bien las cosas, encontró en su servilleta un papelito en el cual leyó las siguientes palabras escritas con lápiz: *Los diez días expiran en el momento en que se sienta usted a la mesa*. Peyrade pasó el papel a Contensón que se encontraba detrás de él, diciéndole en inglés: «¿Eres tú quien ha puesto ahí mi nombre?». Contensón leyó a la luz de las bujías aquel *Mané, Tecel Pharés*, y se metió el papel en el bolsillo; pero sabía lo difícil que es examinar una escritura con lápiz, y sobre todo una frase trazada con letras mayúsculas, es decir, con líneas por decirlo así, matemáticas, toda vez que las letras mayúsculas se componen de curvas y de rectas en las que es imposible reconocer los hábitos de la mano, como en la escritura llamada cursiva.

Aquella cena se hizo sin ninguna alegría. Peyrade era presa de una preocupación visible. De los jóvenes *vividores* que sabían alegrar una cena, sólo se encontraban Luciano y Rastiñac. Luciano estaba muy triste y pensativo. Rastiñac, que acababa de perder dos mil francos antes de cenar, bebía y comía con la idea de tomar la revancha después de la cena.

Las tres mujeres, extrañadas de aquella frialdad, se miraron. El aburrimiento quitó todo sabor a los platos. Les sucede a ciertas cenas lo que a las piezas de teatro y a los libros: tienen sus azares. Al final de la cena sirvieron unos helados llamados *plomizos*. Todo mundo sabe que esa especie de helados contienen frutitas y confites delicados colocados en la superficie del helado, que se sirve en un vasito sin afectar la forma de pirámide. Aquellos helados habían sido encargados por la señora de Val-Noble en casa Tortoni, cuyo célebre establecimiento se encontraba en la esquina de la calle Taitbout y del bulevar. La cocinera llamó al mulato para pagar la cuenta de los helados. Contensón, a quien la exigencia del criado no pareció natural, bajó y le anonadó con esta frase:

—¿No está usted en casa Tortoni?

Y volvió a subir al instante. Pero Paccard se había aprovechado de aquella ausencia para distribuir los helados a los convidados. Apenas el mulato había llegado a la puerta del comedor, cuando uno de los agentes que vigilaban en la calle de los Moineaux gritó en la escalera:

—Número veintisiete.

—¿Qué hay? —respondió Contensón volviendo a bajar con rapidez toda la escalera.

—Dígale al papá que su hija ha entrado, ¡y en qué estado! ¡Dios mío!, ¡que venga, se muere!

En el momento en que Contensón entró en el comedor, el viejo Peyrade, que había bebido extraordinariamente, se zampaba todo el helado. Se brindaba por la salud de la señora de Val-Noble; el nabab llenó su vaso de un vino de Constance y lo vació de un trago. Por turbado que estuviese Contensón a causa de la noticia que iba a dar a Peyrade, le chocó la profunda atención con que Paccard miraba al nabab. Los dos ojos del criado de la señora de Champy parecían dos llamas fijas. Aquella observación, a pesar de su importancia, no debía detener al mulato, y se inclinó hacia su amo en el momento en que Peyrade colocaba su vaso vacío en la mesa.

—Lidia está en casa —dijo Contensón—, y en muy triste estado.

Peyrade soltó el más francés de los juramentos, con un acento meridional

tan pronunciado que el más profundo asombro apareció en el rostro de todos los convidados. Al apercibirse de su falta, Peyrade confesó su disfraz diciendo a Contensón en buen francés:

—¡Busca un coche!… me largo…

Todo el mundo se levantó de la mesa.

—¿Quién es usted, pues? —exclamó Luciano.

—Si… —dijo el barón.

—Bixiou me había sostenido que usted sabía hacer el inglés mejor que él, y yo no quería creerlo —dijo Rastiñac.

—Es algún quebrado descubierto —repitió Tillet en voz alta—, ¡me lo temía!

—¡Qué país tan singular es París!… —dijo la señora de Val-Noble—. ¡Después de haber hecho bancarrota en su barrio, un comerciante reaparece de nabab o de dandy en los Campos Elíseos impunemente! ¡Oh! estoy de desgracia, la quiebra es mi insecto.

—Dicen que todas las flores tienen el suyo —dijo tranquilamente Ester—; el mío se parece al de Cleopatra, un áspid.

—¿Que quién soy?… —exclamó Peyrade desde la puerta—. ¡Ah! ya lo sabrán, pues si muero, saldré de la tumba para ir a tirarles de los pies todas las noches…

Al decir aquellas últimas palabras, miraba a Ester y a Luciano; después se aprovechó del asombro general para desaparecer con excesiva rapidez, pues quiso correr hacia su casa sin esperar el coche. En la calle, Asia, envuelta en una cofia negra, como las que llevaban entonces las mujeres al salir del baile, detuvo al espía por el brazo en el umbral de la puerta, y le dijo con aquella voz que le había profetizado ya la desgracia:

—Envía a buscar los sacramentos, papá Peyrade.

Había un coche allí, Asia montó en él, y desapareció como llevada por el viento. Había cinco coches, y los hombres de Peyrade no pudieron saber nada.

Al llegar a su casa de campaña, situada en una de las plazas más retiradas y más risueñas del pueblecito de Passy, en la calle de las Vignes, Corentín, que pasaba por un negociante devorado por la pasión de las flores, encontró las cifras de su amigo Peyrade. En lugar de descansar, volvió a subir al coche que le había conducido, se hizo llevar a la calle de los Moineaux y no encontró más que a Katt. Supo por la flamenca la desaparición de Lidia, y quedó sorprendido de la falta de previsión que él y Peyrade habían tenido.

—*Ésos* no me conocen aún —se dijo—. Esa gente es capaz de todo, es preciso saber si matarán a Peyrade, pues entonces yo no me mostraré más.

Cuanto más infame es su vida, más apego le tiene el hombre; entonces es una protesta, una venganza continua. Corentín bajó, fue a su casa a disfrazarse de ancianito delicado, con levita verduzca y peluca de grama, y volvió a pie, llevado de su amistad por Peyrade. Quería dar órdenes a sus números más adictos y más hábiles. Al atravesar la calle Saint-Honoré para ir de la plaza de Vendome a la calle Saint-Roch, caminó detrás de una joven calzada con zapatillas y vestida como lo está una mujer por la noche. Aquella joven, que llevaba una camisola blanca, y en la cabeza un gorro de noche, dejaba escapar de cuando en cuando sollozos mezclados de quejas involuntarias; Corentín avanzó algunos pasos y reconoció a Lidia.

—Soy amigo de su padre de usted, el señor Canquoëlle —le dijo con su voz natural.

—¡Ah! ya tengo, pues, una persona de quien fiarme…

—Finja usted que no me conoce —repuso Corentín—, pues somos perseguidos por crueles enemigos, y nos vemos obligados a disfrazarnos. Pero cuénteme lo que le ha sucedido.

—¡Oh! señor —dijo la pobre joven—, eso se dice y no se cuenta… ¡Estoy deshonrada, perdida sin poderme explicar cómo!…

—¿De dónde viene usted?

—No lo sé, señor. Me he escapado con tanta precipitación, he andado por

tantas calles, he dado tantas vueltas creyéndome perseguida… Y cuando encontraba alguna persona honrada, le preguntaba el camino para ir a los bulevares, a fin de ganar la calle de la Paz. En fin, después de haber caminado durante… ¿Qué hora es?

—Las once y media —dijo Corentín.

—Me he escapado al anochecer, ¡ya hace seis horas que ando! —exclamó Lidia.

—Vamos, ya descansará usted, encontrará a su buena Katt.

—¡Oh! señor, ya no hay descanso para mí. No quiero otro descanso que el de la tumba, e iré a esperarla en un convento, si me creen digna de entrar en él…

—¡Pobre pequeña!, ¿ha resistido usted mucho?

—Sí, señor. ¡Ah! si supiese usted entre qué criaturas abyectas me han metido…

—¿La han dormido, sin duda?

—¡Ah!, ¡eso es! —repuso la pobre Lidia—. Un esfuerzo más, y llegaré a casa. Me siento desfallecer, y mis ideas no son muy claras… Hace un momento creía estar en un jardín…

Corentín condujo a Lidia en sus brazos, donde se desmayó, y la subió por las escaleras.

—¡Katt! —gritó.

Katt apareció y dio un grito de alegría.

—No se apresure usted a alegrarse —dijo sentenciosamente Corentín—; esta joven está muy enferma.

Cuando Lidia estuvo acostada, cuando a la luz de las bujías encendidas por Katt reconoció su habitación, le entró delirio. Cantó canciones graciosas, y de cuando en cuando intercalaba ciertas frases horribles que había oído. Su hermoso rostro estaba cubierto de tintes violáceos. Mezclaba los recuerdos de su vida tan pura a los de aquellos seis días de

infamia. Katt lloraba. Corentín se paseaba por la habitación, deteniéndose a cada momento para examinar a Lidia.

—¡Paga por su padre! —dijo—. ¿Habrá una Providencia? ¡Oh!, ¡qué bien he hecho en no tener familia!… ¡Un hijo!, ¡palabra de honor, que es, como dice no sé qué filósofo, una prenda que se da a la desgracia!…

—¡Oh! —dijo la pobre niña irguiéndose y dejando sus hermosos cabellos desatados— en lugar de estar aquí, Katt, debería estar acostada sobre la arena en el fondo del Sena…

—Katt, en vez de llorar y mirar a la niña, lo cual no la curará, deberíais ir a buscar un médico, primero el de la alcaldía, y después a los señores Bianchón y Desplein… Es preciso salvar a esta inocente criatura.

Y Corentín escribió la dirección de los dos célebres doctores. En aquel momento, la escalera fue subida por un hombre a quien los escalones le eran familiares, y la puerta se abrió. Peyrade, sudoroso, con el rostro violáceo, los ojos casi ensangrentados y soplando como un delfín, saltó de la puerta a la habitación de Lidia, gritando:

—¿Dónde está mi hija?…

Vio un triste gesto de Corentín, y la mirada de Peyrade siguió el gesto. Sólo se puede comparar el estado de Lidia al de una flor, amorosamente cultivada por un botánico, caída de su tallo y aplastada por los zapatos herrados de un aldeano. Transportad esta imagen al corazón de la paternidad, y comprenderéis el golpe que recibió Peyrade, de cuyos ojos brotaron gruesas lágrimas.

—Lloran, es mi padre —dijo la niña.

Lidia pudo aún reconocer a su padre; se levantó y fue a arrodillarse ante el anciano en el momento en que éste caía sobre un sofá.

—¡Perdón, papá!… —dijo con voz que atravesó el corazón de Peyrade en el momento en que sentía algo así como un golpe de maza aplicado en su cráneo.

—¡Yo muero!… ¡ah!… ¡granujas! —fue su última palabra. Corentín quiso socorrer a su amigo, y recibió su último suspiro.

—¡Ha muerto envenenado! —se dijo Corentín—. Bueno, ya está aquí el médico —exclamó al oír el ruido de un coche.

Contensón, que se presentó despojado de su disfraz de mulato, quedó como una estatua de bronce al oír decir a Lidia:

—¿Me perdonas, pues, padre mío?… ¡No es culpa mía!… —No se apercibía de que su padre estaba muerto—. ¡Oh!, ¡qué ojos me pone!… —dijo la pobre loca.

—Es preciso cerrárselos —dijo Contensón, que colocó al difunto Peyrade en el lecho.

—No hagamos una bestialidad —dijo Corentín—, llevémosle a su habitación; su hija está medio loca, y se volvería loca del todo al apercibirse de su muerte: creería haberle matado.

Al ver que se llevaban a su padre, Lidia permaneció como atontada.

—¡He ahí mi único amigo! —dijo Corentín pareciendo conmoverse cuando Peyrade fue expuesto en su habitación—. Sólo ha tenido un pensamiento avaro en su vida, y fue por su hija. Que eso te sirva de lección, Contensón. Cada estado tiene su honor. Peyrade ha hecho mal en meterse en asuntos particulares, no hemos podido ocuparnos de los asuntos públicos. ¡Pero suceda lo que suceda, juro —dijo con un acento, un gesto y una mirada que asombraron a Contensón— vengar a mi pobre Peyrade! ¡Descubriré a los autores de su muerte y de la deshonra de su hija! ¡Y por mi propio egoísmo, por los pocos días que me quedan, y que arriesgo en esta aventura, juro que toda esa gente terminará sus días a las cuatro, llenos de salud y rapados, en la plaza de Greve!…

—Y yo le ayudaré —dijo Contensón conmovido.

Nada hay más conmovedor que el espectáculo de la pasión en un hombre frío, acompasado, metódico, y en quien, desde hacía veinte años, nadie había visto el menor asomo de sensibilidad. Es la barra de hierro en fusión, que funde todo lo que encuentra. Por eso Contensón sintió una revolución en sus entrañas.

—¡Pobre padre Canquoëlle! —repuso mirando a Corentín— cuántas veces me ha obsequiado… Y mire… —sólo las gentes viciosas saben hacer esas

cosas— con mucha frecuencia me daba diez francos para ir a jugar…

Después de aquella oración fúnebre, los dos vengadores de Peyrade fueron a la habitación de Lidia al oír a Katt y al médico de la alcaldía en las escaleras.

—Vete a casa del comisario de policía —dijo Corentín—; el procurador del rey no encontrará en todo esto los elementos de una diligencia; pero vamos a hacer un informe en la prefectura, esto podrá servir tal vez para algo. Señor —dijo Corentín al médico de la alcaldía—, va a encontrar usted en esta habitación un hombre muerto: no creo que su muerte sea natural; hará usted la autopsia en presencia del comisario de policía, que va a venir, invitado por mí. Procure descubrir las huellas del veneno; además será usted ayudado dentro de algunos instantes por los señores Desplein y Bianchón, a quienes he mandado llamar para examinar a la hija de mi mejor amigo, y cuyo estado es peor que el de su padre, aunque éste está muerto…

—No tengo necesidad de esos señores para hacer mi oficio —dijo el médico de la alcaldía.

—¡Ah! bueno —pensó Corentín—. No se moleste usted señor —repuso—. En dos palabras, he aquí lo que opino: los que acaban de matar al padre han deshonrado también a la hija.

Al amanecer, Lidia acabó por sucumbir a la fatiga; dormía cuando el ilustre cirujano y el joven médico llegaron. El médico encargado de hacer constar la muerte había abierto el vientre a Peyrade, y buscaba las causas de la muerte.

—Mientras esperan que despierten a la enferma —dijo Corentín a los dos célebres doctores—, ¿querrían ayudar a uno de sus colegas en una comprobación que seguramente tendrá interés para ustedes, cuya opinión no estará de más en el proceso verbal?

—El pariente de usted ha muerto de apoplejía —dijo el médico—, hay las pruebas de una congestión cerebral horrible…

—Examínenlo ustedes, señores —dijo Corentín—, y busquen si existe en la toxicología de los venenos algunos que produzcan el mismo efecto.

—El estómago —dijo el médico— está completamente lleno de materias; pero, a menos de analizarlo con aparatos químicos, no veo ninguna huella de veneno.

—Si los caracteres de la congestión cerebral están muy palpables, hay ahí, vista la edad del sujeto, una causa suficiente de muerte —dijo Desplein mostrando la enorme cantidad de alimentos.

—¿Es aquí donde ha comido? —preguntó Bianchón.

—No —dijo Corentín—, ha venido del bulevar aquí muy aprisa, y ha encontrado a su hija violada…

—Ése es el verdadero veneno, si amaba a su hija —dijo Bianchón.

—¿Cuál es el veneno que puede producir ese mismo efecto? —preguntó Corentín sin abandonar su idea.

—Sólo hay uno —repuso Desplein después de haberlo examinado todo con cuidado—. Es un veneno del archipiélago de Java, sacado de arbustos muy poco conocidos aún, de la naturaleza de los *strichnos*, y que sirven para envenenar esas armas tan peligrosas… los *kris* malayos… al menos así lo dicen.

El comisario de policía llegó. Corentín le dio parte de sus sospechas y le rogó que levantara un acta diciéndole en qué casa y con qué personas había comido Peyrade; después le instruyó de la conjura tramada contra la vida de Peyrade, y de las causas del estado en que se encontraba Lidia. Enseguida pasaron a la habitación de la pobre joven, donde Desplein y Bianchón examinaban a la enferma; pero los encontraron en el umbral de la puerta.

—¿Y bien, señores? —preguntó Corentín.

—Coloquen a esa joven en una casa de salud; si no recobra la razón al dar a luz, en el caso de que esté embarazada, acabará sus días loca melancólica. Para su salvación no hay otro recurso que el sentimiento materno, si se despierta…

Corentín dio cuarenta francos en oro a cada doctor, y se volvió hacia el comisario de policía, que le tiraba de la manga.

—El médico pretende que la muerte es natural —dijo el funcionario—, y puedo tanto menos levantar un acta cuando se trata del padre Canquoëlle; se metía en muchos asuntos, y no sabríamos a quién podríamos atacar… Esas personas mueren con frecuencia *por orden*…

—Me llamo Corentín —dijo Corentín al oído al comisario de policía.

El comisario dejó escapar un movimiento de sorpresa.

—Haga, pues, una nota —repuso Corentín—, será muy útil más tarde, y no la envíe más que a título de informes confidenciales. El crimen es muy difícil de probar, y yo sé que la instrucción quedará detenida a los primeros pasos… Pero yo entregaré algún día a los culpables; voy a vigilarles y a cogerles en flagrante delito…

El comisario de policía saludó a Corentín y se fue.

—Señor —dijo Katt—, la señorita no hace más que cantar; ¿qué hacer?

—Pero ¿ha sucedido algo?…

—Ha sabido que su padre acaba de morir…

—Métala en un coche y condúzcala a Charentón; voy a escribir cuatro líneas al director general de la policía del reino, a fin de que sea colocada convenientemente. La hija en Charentón, el padre en la fosa común —dijo Corentín—. Contensón, vete por el coche de los pobres… ¡Ahora, nosotros dos, Carlos Herrera!…

—¡Carlos! —dijo Contensón— está en España…

—¡Está en París! —dijo perentoriamente Corentín—. Hay ahí algo del genio español del tiempo de Felipe III; pero yo tengo pasaportes para todo el mundo, hasta para los reyes.

Cinco días después de la desaparición del nabab, la señora de Val-Noble estaba a las nueve de la mañana sentada a la cabecera de la cama de Ester, y lloraba, pues se sentía en una de las pendientes de la miseria.

—¡Si al menos tuviese cien luises de renta! Con eso, querida mía, puede una retirarse aun pueblecito cualquiera y casarse allí…

—Yo puedo conseguírtelos —dijo Ester.

—¿Cómo? —exclamó la señora de Val-Noble.

—¡Oh! muy sencillamente. Escucha. Vas a querer matarte, representa bien esa farsa; harás venir a Asia y le propondrás diez mil francos por dos perlas negras de cristal muy delgado, donde hay un veneno que mata en un segundo; me las traerás, te doy por ellas cincuenta mil francos…

—¿Por qué no las pides tú misma? —dijo la señora de Val-Noble.

—Asia no me las vendería.

—No son para ti —dijo la Val-Noble.

—Tal vez.

—¡Para ti, que vives en medio de la alegría, del lujo, en una casa tuya, la víspera de una fiesta de la que se hablará durante diez años y que cuesta a Nucingen diez mil francos! Dicen que se comerán fresas en el mes de febrero, espárragos, uvas… melones… Habrá mil escudos de flores en la habitación…

—¿Qué dices? sólo en la escalera hay mil escudos de rosas…

—Dicen que tu vestido cuesta diez mil francos…

—Sí, mi vestido es de punto de Bruselas, y Delfina, su mujer, está furiosa. Pero he querido tener un disfraz de casada.

—¿Dónde están los diez mil francos? —dijo la señora de Val-Noble.

—Es todo mi dinero —dijo Ester sonriendo—. Abre mi tocador, están debajo de mi papel de papillotes.

—Cuando uno habla de matarse, nunca se mata —dijo la señora de Val-Noble—. Si fuese para cometer…

—¡Un crimen! quita allá —dijo Ester terminando el pensamiento de su amiga que vacilaba—. Puedes estar tranquila —repuso—, no quiero matar a nadie. Tenía una amiga, una mujer muy feliz; ha muerto, yo la seguiré… esto es todo.

—¡Qué tonta eres!

—¡Qué quieres! nos lo habíamos prometido.

—Deja que protesten esa letra —le dijo su amiga sonriendo.

—Haz lo que te digo, y vete. Oigo llegar un coche, y es Nucingen, un hombre que se volverá loco de placer. Ése me ama… ¿Por qué no ama una a los que nos aman?…

—¡Ah! eso es la historia del arenque, que es el más intrigante de los peces —dijo la Val-Noble.

—¿Por qué?

—Nunca ha podido saberlo nadie.

—Pero, vete, ángel mío. Es preciso que pida tus cincuenta mil francos.

—Bueno, adiós…

Desde hacía tres días los modales de Ester con el barón de Nucingen habían cambiado completamente. El mono se había convertido en gato, y la gata se convertía en mujer. Ester vertía en aquel anciano tesoros de afecto, se hacía encantadora. Sus palabras desprovistas de malicia y acritud, llenas de insinuaciones tiernas, habían llevado el convencimiento a la imaginación del pesado banquero; Ester le llamaba Fritz, y se creía amado.

—Sí, pobre Fritz, te he experimentado —le dijo ella— y atormentado mucho; has estado sublime de paciencia, me amas, lo veo y te recompensaré. Ahora me gustas, y no sé cómo ha sucedido pero te preferiría a un joven. Tal vez es efecto de la experiencia. A la larga acaba uno por apercibirse de que el placer es la fortuna del alma, y tan halagüeño es ser amado por el placer como por el dinero… Además, los jóvenes son muy egoístas, piensan más en ellos que en nosotras; mientras que tú sólo piensas en mí. Yo soy toda tu vida. Por eso no quiero ya nada más de ti, quiero probarte hasta qué punto soy desinteresada.

—No le he dado nada —respondió el barón encantado—; pienso *traegle* mañana treinta mil francos de *guenta*, es mi *guegalo* de boda…

Ester abrazó tan calurosamente a Nucingen que le hizo palidecer sin píldoras.

—¡Oh! —dijo— no vaya usted a creer que es por los treinta mil francos por lo que estoy así; es porque ahora… te amo, mi gran Federico…

—¡Oh! ¡Dios mío!, ¡*pog* qué *probagme*!, ¡hubiese sido tan feliz desde hace tres meses!…

—¿Es al tres por ciento o al cinco, corcito mío? —dijo Ester pasando las manos por los cabellos de Nucingen y arreglándoselos a su capricho.

—Al tres… tenía muchos…

El barón traía aquella mañana la inscripción en el Gran Libro; iba a almorzar con su querida pequeña y a recibir órdenes para el día siguiente, el famoso sábado, el gran día.

—*Migue, mujegcita* mía, mi única *mujeg* —dijo alegremente el banquero cuyo rostro resplandecía de felicidad—, aquí tiene *paga pagag* los gastos de cocina *paga* el *guesto* de sus días…

Ester cogió el papel sin la menor emoción, lo dobló y lo metió en su tocador.

—Ya está usted contento, monstruo de iniquidad —dijo dándole un golpecito en la mejilla—, al verme aceptar algo de usted. Yo no puedo contarle las verdades, pues participo del fruto de lo que usted llama sus trabajos… Esto no es un regalo, querido mío, es una restitución. Vamos, no recobres tu aspecto de hombre de Bolsa. Ya sabes que te amo.

—Mi *hegmosa Esteg*, mi ángel de *amog* —dijo el banquero— no hable usted así… *migue*… no me *impogtaguía* que el mundo *entego* me tuviese *pog* un ladrón… con tal de que fuese *hongado* a sus ojos… Cada día la amo más.

—Es mi plan —dijo Ester—. Por eso no te diré nunca nada que pueda apenarte, mi querido elefante, pues te has vuelto cándido como un niño… ¡Caramba!, ¡gran pillo! nunca has tenido inocencia, y era preciso que la que recibiste al venir al mundo apareciese en la superficie; pero estaba tan hundida que sólo ha aparecido a los setenta años cumplidos… y atraída

por el amor. Ese fenómeno tiene lugar en los ancianos… Y he aquí por qué he acabado por amarte, eres joven, muy joven. Sólo yo podía conocer a este gran Federico… yo sola… pues eras banquero a los quince años… En el colegio deberías prestar un bolo a tus compañeros con la condición de devolverte dos… —Saltó a sus rodillas al verle reír—. ¡Eh!, ¡harás lo que quieras! ¡Eh! roba a los hombres… anda, yo te ayudaré. Los hombres no merecen ser amados; Napoleón los mataba como moscas. Que sea a ti o al Estado que los franceses paguen las contribuciones, ¿qué más les da? No se hace el amor con el presupuesto, y a fe… mira, lo he reflexionado bien, tienes razón; esquila a los carneros, está en el Evangelio, según Beránger… Abrace a su Ester… ¡Ah! dime, ¿darás a esa pobre Val-Noble todos los muebles de la casa de la calle Taitbout? Y después, mañana, le ofrecerás cincuenta mil francos, eso te pondrá en buen lugar, gatito mío. Has matado a Falleix, empiezan a gritar detrás de ti… Esa generosidad parecerá babilónica… y todas las mujeres hablarán de ti… ¡Oh! tú serás el único noble de París, y el mundo está hecho de tal modo que olvidarán a Falleix. Después de todo, es dinero colocado en consideración.

—Tienes *gazón*, ángel mío, conoces el mundo —respondió—, *segas* mi *consejega*.

—Ya ves —repuso ella— cómo pienso en los asuntos de mi hombre, en su consideración, en su felicidad… Vete a buscarme los cincuenta mil francos.

Quería desembarazarse del señor de Nucingen para llamar a su agente de cambio y vender la inscripción de la Bolsa la misma tarde.

—¿Y *pog* qué en seguida? —preguntó él.

—Caramba, querido mío, es preciso ofrecérselos en una cajita de satín, y envolverla en un abanico. Le dirás: «Aquí tiene, señora, un abanico que espero le gustará…». ¡Te creen Turcaret, y pasarás por Baujón!

—¡*Encantadog*! —exclamó el barón— ¡*ahoga* tendré ingenio!… sí, *gepetigué* sus palabras…

En el momento en que la pobre Ester se sentaba, cansada del esfuerzo que hacía para representar su papel, Europa entró.

—Señora —le dijo—, está un recadero enviado del muelle Malaquais por

Celestino, el lacayo del señor Luciano…

—¡Que entre!… pero no, voy a la antecámara.

—Trae una carta de Celestino para la señora.

Ester se precipitó en la antecámara, miró al comisionado, y vio en él al comisionado de pura sangre.

—*Dile* que baje —dijo Ester con voz débil dejándose caer sobre una silla después de haber leído la carta—. Luciano quiere matarse —añadió al oído de Europa—. *Enséñale* la carta.

El abad, que conservaba su traje de viajante, descendió al instante, y su mirada se fijó al momento en el recadero al encontrar un extraño en la antecámara.

—Me habías dicho que no había nadie —le dijo a Europa al oído.

Y por un exceso de prudencia, pasó acto continuo al salón después de haber examinado al recadero. Burla-la-Muerte no sabía que desde hacía algún tiempo el famoso jefe del servicio de seguridad que le había detenido en la casa Vauquer tenía un rival. Este rival era el recadero.

—Tienen razón —dijo el falso recadero a Contensón, que le esperaba en la calle—. El que usted me ha pintado está en la casa; pero no es un español, y pondría las manos en el fuego a que hay algo de nuestra caza debajo de esa sotana.

—Es tan sacerdote como español —dijo Contensón.

—Estoy seguro —dijo el jefe de la brigada de seguridad.

—¡Oh!, ¡si tuviésemos razón!… —exclamó Contensón.

Luciano había estado, en efecto, dos días ausente, y se habían aprovechado de aquella ausencia para tender un lazo; pero volvió la misma tarde, y las inquietudes de Ester se calmaron.

Al día siguiente por la mañana, a la hora en que la cortesana salía del baño y se metía en la cama, su amiga llegó.

—¡Ya tengo las dos perlas! —dijo la Val-Noble.

—¿A ver? —dijo Ester levantándose y hundiendo su bonito codo en la almohada guarnecida de encajes.

La señora de Val-Noble le presentó dos especies de grosellas negras. El barón le había regalado a Ester dos de esos lebreles de una raza célebre, y que acabará por llevar el nombre del gran poeta contemporáneo que los ha puesto de moda; por eso la cortesana, muy orgullosa de haberlos obtenido, les había conservado los nombres de sus abuelos, Romeo y Julieta. Es inútil hablar de la gracia, de la blancura y de la hermosura de aquellos animales, hechos para las casas, y cuyas costumbres tienen algo de la discreción inglesa. Ester llamó a Romeo. Éste acudió con sus patas tan flexibles y tan finas, tan firmes y tan nerviosas, que hubieseis dicho que eran barritas de acero, y miró a su querida. Ester hizo ademán de arrojarle una de las dos perlas para llamar su atención.

—¡Su nombre le destina a morir de este modo! —dijo Ester arrojándole la perla, que Romeo rompió entre sus dientes.

El perro no dio ni un grito, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó tieso. Aquello tuvo lugar mientras Ester pronunciaba aquella frase fúnebre.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó la Val-Noble.

—Tienes un coche, llévate a Romeo —dijo Ester—; su muerte causará mucho escándalo aquí. Date prisa, esta noche tendrás los cincuenta mil francos.

Aquello fue dicho tan tranquilamente y con tan perfecta insensibilidad de cortesana, que la señora de Val-Noble exclamó:

—¡Eres nuestra reina!

—Diré que te he prestado a Romeo, y habrá muerto en tu casa. Ven temprano y muy hermosa…

A las cinco de la tarde, Ester se hizo su tocado de casada. Se puso su vestido de encaje sobre una falda de satín blanco, un cinturón blanco, zapatos de satín blanco, y en sus hermosas espaldas un encaje de punto de Inglaterra. Se peinó con camelias blancas naturales, imitando un peinado de virgen. Mostraba en su pecho un collar de perlas de treinta mil

francos dado por Nucingen. Aunque su tocado estuvo terminado a las seis, había cerrado la puerta para todo el mundo, hasta para Nucingen. Europa sabía que Luciano debía ser introducido en el dormitorio. Luciano llegó a eso de las siete; Europa encontró manera de hacerle entrar en casa de la señora sin que nadie se apercibiese de su llegada. Al ver a Ester, Luciano se dijo:

—¿Por qué no ir a vivir con ella a Rubempré, lejos del mundo, sin volver nunca más a París? Tengo cinco años de prueba sobre esa vida, y la querida criatura no es de carácter de desmentirse… ¿Y dónde encontrar una obra maestra semejante?

—Amigo mío, usted, de quien he hecho mi dios —dijo Ester doblando la rodilla sobre un cojín ante Luciano—, bendígame…

Luciano quiso levantar a Ester y abrazarla diciéndole:

—¿Qué broma es ésa, amor mío?

E intentó cogerla por el talle; pero ella se desprendió con un movimiento que demostraba tanto respeto como horror.

—Yo no soy digna de ti, Luciano —dijo dejando que las lágrimas brotaran libremente de sus ojos—. Te lo suplico, bendíceme, y júrame establecer en el hospital una fundación de dos camas… pues con rezos en las iglesias, Dios no me perdonará más que a mí… Te he amado demasiado. En fin, dime que te he hecho feliz y que pensarás alguna vez en mí… dime…

Luciano vio tan solemne buena fe en Ester, que se quedó pensativo.

—¡Quieres matarte! —dijo al fin con voz que denotaba profunda meditación.

—No, amigo mío, pero hoy, ¿ves? es la muerte de la mujer pura, casta y amante que has tenido… y temo que la pena me mate.

—¡Pobre niña! espera —dijo Luciano—; he hecho en dos días muchos esfuerzos, he podido llegar hasta Clotilde…

—¡Siempre Clotilde! —le dijo con acento de rabia concentrada.

—Sí —repuso él—, nos hemos escrito. Parte el martes por la mañana;

pero tendré en el camino de Italia, en Fontainebleau, una entrevista con ella…

—¡Ah!, ¿qué queréis, pues, vosotras para mujeres?… ¡unas planchas! —exclamó la pobre Ester—. Vamos a ver, si tuviese siete u ocho millones, ¿te casarías conmigo?

—¡Niña! iba a decirte que si todo está acabado para mí, no quiero otra mujer más que tú…

Ester bajó la cabeza para no mostrar su súbita palidez y las lágrimas que enjugó.

—¡Me amas! —dijo mirando a Luciano con dolor profundo—. Pues bien, aquí tienes mi bendición. No te comprometas, vete por la puerta falsa, y haz como si vinieras de la antecámara del salón. Bésame en la frente —le dijo.

Cogió a Luciano, le estrechó contra su corazón con rabia y le dijo con acento terrible:

—¡Vete!

Cuando la moribunda apareció en el salón, salió un grito de admiración: los ojos de Ester dejaban ver el infinito en el cual el alma se perdía al verlos, el negro azulado de su cabellera hacía resaltar la blancura de las camelias. En fin, todos los efectos que había buscado los obtuvo. No tuvo rival. Apareció como la suprema expresión del lujo desenfrenado cuyas creaciones le rodeaban. Además, estuvo chispeante de ingenio. Dirigió la orgía con el poder frío y tranquilo que desplegó Habeneck en el Conservatorio, en aquellos conciertos donde los primeros músicos de Europa llegaban a lo sublime de la ejecución interpretando a Mozart y a Beethoven. Observaba, sin embargo, con espanto que Nucingen comía poco, no bebía, y hacía los honores de la casa.

A las doce nadie estaba ya sereno. Rompieron los vasos para que no sirvieran nunca más. Dos cortinajes de la China fueron rotos. Bixiou se emborrachó por segunda vez en su vida. Nadie podía tenerse de pie; las mujeres estaban dormidas en los divanes; no pudieron realizar la broma, pensada de antemano entre los convidados de conducir a Ester y a Nucingen, al lecho, colocados en dos hileras, con candelabros en la mano

y cantando la *Buona sera* del *Barbero de Sevilla*. Nucingen dio la mano a Ester. Aunque borracho, Bixiou, que les vio, tuvo aún fuerzas para decir, como Rivarol a propósito del último matrimonio del duque de Richelieu: «Sería preciso avisar al prefecto de policía… va a darse un mal golpe…».

El burlón creía burlarse, y era profeta.

El señor de Nucingen no se presentó en su casa hasta el lunes por la mañana. A la una, su agente de cambio le dijo que Ester van-Gobseck había hecho vender la inscripción de los treinta mil francos de renta desde el viernes, y que acababa de recoger el importe.

—Pero, señor barón —le dijo—, el primer pasante del señor Derville ha venido a mi casa en el momento en que hablaba de esa transferencia, y después de haber leído los verdaderos nombres de la señorita Ester, me ha dicho que era la heredera de siete millones.

—¡Bah!

—Sí, es la única heredera del viejo usurero Gobseck… Derville va a probar los hechos… Si la madre de la querida de usted es la hermosa holandesa, hereda…

—Ya lo sé —dijo el banquero—, me ha contado su vida… Voy a *escribig* dos palabras a *Degville*.

El barón se sentó a su mesa, escribió una carta para Derville y la mandó por uno de sus criados. Después de la Bolsa, se fue, a eso de las tres, a casa de Ester.

—La señora ha prohibido que la despertasen bajo ningún pretexto, se ha acostado, duerme…

—¡Ah!, ¡diablo! —exclamó el barón—, *Eugopa*, no se *enfadagá* al *sabeg* que es *guiquísima… Hegueda* siete millones. El viejo Gobseck ha muerto dejando siete millones, y mi *queguida* es su única *heguedega, pogque* su madre es la pobre tonta de Gobseck… Yo no podía *sospechag* que un *millonagio como* él dejase a su hija en la *miseguia*…

—Pues bien, ¡su reino ha acabado, viejo saltimbanqui! —le dijo Europa mirando al barón con un descaro digno de una criada de Moliere—. ¡Hola!, ¡viejo cuervo de Alsacia!… ¡Le ama a usted poco más o menos como a la

peste!… ¡Dios de Dios!… ¡millones!… ¡entonces puede casarse con su amante! ¡Oh!, ¡qué contenta se va a poner!…

Y Prudencia Servién dejó al barón de Nucingen anonadado, para ir a anunciar, ¡la primera! a su ama aquella fortuna. El anciano, embriagado de voluptuosidades sobrehumanas, y que creía en la felicidad, acababa de recibir una ducha de agua fría en su amor en el momento en que llegaba a su más alto grado de incandescencia.

—¡Me engañaba! —exclamó con lágrimas en los ojos—. ¡Me engañaba!… ¡Oh *Esteg*! ¡Oh, vida mía! ¡Qué estúpido soy! ¿Crecen nunca semejantes *flogues paga* los ancianos? ¡No puedo *comprag* juventud! ¡Oh Dios mío!… ¿qué *haceg*?… ¿qué *segá* de mí? ¡Esa cruel *Eugopa* tiene *gazón*!, ¡*Esteg guica* me anonada!… ¿Debo *ig* a *colgagme*? ¿Qué es la vida sin *amog*… sin la llama divina del *amog* que he probado?… ¡Dios mío!

Y el banquero se arrancó el bisoñé que mezclaba entre sus cabellos desde hacía tres meses. Un grito penetrante dado por Europa hizo estremecer a Nucingen hasta sus entrañas; se levantó y caminó doblándosele las piernas a causa del golpe que había recibido en su amor. Desde la puerta de la habitación el anciano vio a Ester tiesa en su cama, amoratada por el veneno, ¡muerta! fue hasta la cama y cayó de rodillas.

—¡Tienes *gazón*, ella lo había dicho! Ha muerto por causa mía…

Paccard, Asia, toda la casa acudió. Fue un espectáculo, una sorpresa, y no una desolación. Hubo en los criados algo de incertidumbre. El barón se tornó banquero, tuvo una sospecha, y se cometió la imprudencia de preguntar dónde estaban los setecientos cincuenta mil francos de la renta. Paccard, Asia y Europa se miraron entonces de un modo tan singular, que el señor de Nucingen salió acto continuo, creyendo que se había cometido un robo y un asesinato. Europa, que vio un paquete envuelto cuya blandura le reveló los billetes de banco debajo de la almohada de su señora, se puso a arreglarla y dijo:

—¡Vete a avisar al señor, Asia! ¡Morir antes de saber que heredaba siete millones!… ¡Gobseck era tío de la difunta señora! —exclamó.

La maniobra de Europa fue comprendida por Paccard. Cuando Asia hubo vuelto la espalda, Europa desdobló el paquete, en el cual la cortesana, había escrito: *para entregar al señor Luciano de Rubempré*. Setecientos

cincuenta billetes de mil francos relucieron a los ojos de Prudencia Servién, que exclamó:

—¿No sería una con esto dichosa y honrada para el resto de sus días?…

Paccard no respondió: su naturaleza de ladrón fue más fuerte que su afecto hacia Burla-la-Muerte.

—Durut ha muerto —respondió cogiendo la suma—, mi espalda es aún virgen, escapémonos juntos, dividamos la cantidad a fin de no poner todos los huevos en el mismo cesto, y casémonos.

—Pero ¿dónde nos esconderemos? —dijo Prudencia.

—En París —respondió Paccard.

Prudencia y Paccard bajaron acto continuo con la rapidez dedos ladrones.

—Hija mía —dijo Burla-la-Muerte a la malaya así que le hubo dicho las primeras palabras—, busca una carta de Ester mientras yo voy a hacer un testamento en buena letra, y llevarás a Girard el modelo del testamento y de la carta: y que se dé prisa, es preciso poner el testamento debajo de la almohada de Ester antes de que vengan a poner los sellos.

E hizo el testamento siguiente:

No habiendo amado nunca en el mundo a otra persona más que al señor Luciano Chardón de Rubempré, y habiendo resuelto poner fin a mis días antes de caer en el vicio y en la vida infame de donde me sacó su caridad, doy y lego al dicho Luciano Chardón de Rubempré todo lo que poseo el día de mi muerte con la condición de fundar una misa en la parroquia de Saint-Roche a perpetuidad, por el descanso de la que se lo ha dado todo, hasta su último pensamiento.

ESTER GOBSECK.

—Se parece bastante a su estilo —dijo Burla-la-Muerte.

A las siete de la tarde, fue puesto por Asia debajo de la almohada el testamento, escrito y lacrado.

—Señor —dijo precipitadamente—; en el momento en que salía de la habitación se presentaba la justicia.

—Quieres decir el juez de paz…

—No, señor; estaba el juez de paz, pero acompañado de gendarmes. El procurador del rey y el juez de instrucción están también, y las puertas están guardadas.

—Esa muerte ha metido mucho ruido bien pronto —dijo Collín.

—Mire, Europa y Paccard no han comparecido; temo que hayan robado los setecientos cincuenta mil francos —dijo Asia.

—¡Ah!, ¡canallas! —dijo Burla-la-Muerte—. Con ese escamoteo *nos* pierden…

La justicia humana y la justicia de París, es decir, la más desconfiada, la más inteligente, la más hábil, la más instruida de todas las justicias, demasiado inteligente casi, pues interpreta a cada instante la ley, ponía por fin las manos en los hilos de aquella horrible intriga. El barón de Nucingen, al reconocer los efectos del veneno y no encontrar sus setecientos cincuenta mil francos, pensó que alguna de las personas que le desagradaban mucho, Paccard o Asia, era culpable del crimen. En su primer momento de furor, corrió a la prefectura. Aquello fue la campanada que reunió a todos los números de Corentín. La prefectura, el comisario de policía, el juez de paz, la audiencia, todo se puso de pie. A las nueve de la noche, tres médicos asistían a la autopsia de Ester, y las diligencias empezaron. Burla-la-Muerte, advertido por Asia, exclamó:

—¡No saben que estoy aquí, puedo esconderme!…

Y se elevó por el chasis de su buhardilla, y en un momento estuvo de pie en el tejado, donde se puso a estudiar los alrededores con la sangre fría de un pizarrero.

—Bueno —se dijo al ver un jardín a cinco casas de allí, en la calle de Provenza—, un jardín; ya estoy arreglado.

—¡Ya estás servido, Burla-la Muerte! —le dijo Contensón, que salió detrás del tubo de una chimenea—. Explicarás al señor Camusot qué misa vas a decir en los tejados, señor abad; pero sobre todo por qué huías.

—Tengo enemigos en España —dijo Carlos Herrera.

—Bajemos por la buhardilla —repuso Contensón.

El falso español fingió ceder; pero después de haberse parapetado en el chasis, cogió a Contensón y lo lanzó con tanta violencia, que el espía fue a caer en medio del arroyo de la calle Saint-Georges. Contensón murió en el campo de honor. Jacobo Collín entró tranquilamente en su buhardilla, donde se metió en la cama.

—Dame algo que me ponga muy enfermo sin que me mate —le dijo a Asia—. Acabo de deshacerme naturalmente del único hombre que podía descubrirme.

A las siete de la tarde, la víspera, Luciano había partido en su coche de posta con un pasaporte tomado por la mañana para Fontainebleau, donde se acostó en la última posada del camino de Nemours. A eso de las seis de la mañana del día siguiente se fue a pie por el bosque, hasta Bourón.

—Éste es —se dijo sentándose en unas rocas desde donde se divisa el hermoso panorama de Bourón— el lugar fatal donde Napoleón esperó hacer un esfuerzo gigantesco, la antevíspera de su abdicación.

Cuando amaneció oyó el ruido de un coche de posta y vio pasar una briska donde iban los criados de la joven duquesa de Lenoncourt-Chaulieu y la camarera de Clotilde de Grandlieu.

—Ya están aquí —se dijo Luciano—; vamos, representemos bien esta comedia y estoy salvado; seré yerno del duque a pesar suyo.

Una hora después, la berlina donde iban las dos jóvenes dejó oír ese ruido tan fácil de conocer de un coche de viaje elegante; las dos clamas habían dicho que frenasen en la pendiente de Bourón y el lacayo que iba detrás hizo detener el coche. En aquel momento Luciano se adelantó.

—¡Clotilde! —exclamó llamando a la portezuela.

—No —dijo la joven duquesa a su amiga—, no subirá al coche y no estaremos solas con él, querida mía. Tengo una última entrevista con él, lo consiento; pero será en la carretera, por donde iremos a pie, seguidos de Bautista… El día está hermoso, vamos bien vestidas, no tememos al frío.

El coche nos seguirá.

Y las dos mujeres se apearon.

—Bautista —dijo la joven duquesa—, que vaya el postillón muy despacio; queremos dar un paseíto a pie, y usted nos acompañará.

Magdalena de Mortsauf cogió por un brazo a Clotilde y dejó a Luciano que la hablase. Fueron juntos de aquel modo hasta el pueblecito de Grey. Eran entonces las ocho, y allí, Clotilde despidió a Luciano.

—Bueno, amigo mío —le dijo terminando con nobleza aquella larga entrevista—, no me casaré con nadie más que con usted. Prefiero creer en usted que en los hombres, en mi padre y en mi madre… Nunca se ha dado una prueba tan grande de afecto, ¿verdad? Ahora procure disipar las prevenciones fatales que pesan sobre usted…

En aquel momento se oyó el galope de varios caballos, y los gendarmes, con gran asombro de las dos señoras, rodearon el pequeño grupo.

—¿Qué quieren ustedes? —dijo Luciano con la arrogancia del dandy.

—¿Es usted el señor Luciano de Rubempré? —dijo el procurador del rey de Fontainebleau.

—Sí, señor.

—Irá usted a dormir esta noche a la Forcé; tengo una orden de prisión contra usted.

—¿Quiénes son estas señoras? —preguntó el brigadier.

—¡Ah! sí, perdón, señoras, ¿los pasaportes?, pues según informes, el señor Luciano tiene relaciones con mujeres capaces de…

—¿Toma usted a la duquesa de Lenoncourt por una entretenida? —dijo Magdalena dirigiendo una mirada de duquesa al procurador del rey. Bautista, enseñe nuestros pasaportes…

—¿Y de qué crimen se acusa al señor? —dijo Clotilde, a la que la duquesa quería hacerle subir al coche.

—De robo y de asesinato —respondió el jefe de la gendarmería.

Bautista colocó a la señorita de Grandlieu completamente desmayada en la berlina.

A las doce, Luciano entraba en la Forcé, donde le explicaron la causa de su prisión. El abad Carlos Herrera se encontraba allí desde la víspera por la noche.

París, junio de 1843

Adónde conducen los malos caminos

Al día siguiente, a las seis, dos coches celulares, de esos que han sido bautizados por el pueblo con el nombre de *ratoneras*, salieron de la Forcé para dirigirse a la Conserjería del Palacio de Justicia.

Hay pocos callejeros que no conozcan esa cárcel ambulante; pero, aunque la mayor parte de los libros se escriben únicamente para los parisienses, a los extranjeros también les gustará hallar aquí la descripción de ese formidable aparato de nuestra justicia criminalista. ¿Quién sabe? La policía rusa, alemana o austriaca, los magistrados de los países privados de coches celulares, aprovecharán tal vez la descripción, y, de este modo, en algunas comarcas extranjeras, la imitación de este sistema de transporte será seguramente un beneficio para los prisioneros.

Aquel innoble vehículo de caja amarilla, montada sobre dos ruedas y forrada de hierro, está dividida en dos compartimentos. Por delante hay una banqueta guarnecida de cuero, que es la parte libre del coche celular destinada a un alguacil y a un gendarme. Una fuerte reja de hierro separa la parte delantera del coche del segundo compartimento, en el cual hay dos bancos de madera colocados como en los ómnibus a ambos lados de la caja, en los cuales se sientan los prisioneros, que entran allí por una puerta sin ventanilla que se cierra herméticamente. Para mayor seguridad, en previsión de un accidente, el coche va seguido de un gendarme de caballería, sobre todo cuando conduce condenados a muerte para sufrir la última pena: de este modo es imposible la evasión. El coche, forrado de hierro, no puede ser perforado por ninguna herramienta. Los prisioneros, escrupulosamente registrados en el momento de ser detenidos, pueden, a lo sumo, poseer cuerdas de reloj, aptas para serrar barrotes, pero inútiles para superficies llanas. De esta suerte, el coche celular, perfeccionado por el genio de la policía de París, ha acabado por servir de modelo para los coches celulares que se usan para transportar los forzados a los presidios, reemplazando a la espantosa carreta, vergüenza de las civilizaciones precedentes no obstante haber sido ilustrada por Manón Lescaut.

El coche celular sirve para varias cosas. En primer lugar, para trasladar a

los detenidos desde las diferentes cárceles de la capital al palacio, donde son interrogados por el magistrado instructor. En términos de cárcel, esto se llama *ir a la instrucción*; además, se lleva en él a los acusados, de la cárcel al Palacio, para ser juzgados, y, por último, cuando se trata de un gran criminal, se traslada en el celular, de las casas de corrección a la Conserjería, que es la casa de justicia del departamento del Sena. Finalmente, los condenados a muerte son llevados en coche celular de Bicetre a la barrera de San Jaime, plaza destinada a las ejecuciones capitales desde la revolución de julio. Gracias a la filantropía, esos desgraciados no sufren ya el suplicio del antiguo trayecto que se recorría antes, desde la Conserjería a la Plaza de la Greve, en una carreta semejante en un todo a las que se emplean para transportar leña. Dicha carreta no se emplea ya hoy más que para trasladar el patíbulo. A decir verdad, no es posible ir al patíbulo con más comodidad de la que se tiene hoy en París para ese objeto.

En aquel momento, los dos coches celulares salidos de mañana servían excepcionalmente para trasladar a dos detenidos, de la casa de detención llamada la Forcé, a la Conserjería, siendo de advertir que cada uno de los detenidos ocupaba por sí solo un coche celular.

Las nueve décimas partes de los lectores y las nueve décimas partes de la última décima ignoran seguramente las considerables diferencias que hay entre estas palabras: Detenido, Inculpado, Acusado, Condenado; y todos se quedarán admirados cuando sepan que comprenden todo nuestro código penal, cuya explicación sucinta y clara les será hecha en seguida, tanto para su instrucción como para la mejor inteligencia del desenlace de esta historia. Por otra parte, cuando se sepa que los coches celulares llevaban a Jacobo Collín y a Luciano, que acababan de pasar en pocas horas del pináculo de las grandezas a la oscuridad de un calabozo, la curiosidad quedará agradablemente excitada. La actitud de los dos cómplices es característica. Luciano de Rubempré se escondía para evitar las miradas que los transeúntes dirigían a la reja del siniestro coche, en el trayecto que hacía de la calle Saint-Antoine para ganar los muelles por la calle del Martroi y el arco de Saint-Jeán, bajo el cual pasaba entonces para atravesar la plaza del Hotel de la Villa. Hoy, ese arco forma la puerta de entrada del palacio del prefecto del Sena en el anchuroso palacio municipal. El audaz forzado pegaba la cara a la reja del coche, entre el alguacil y el gendarme que iban charlando, seguros de la solidez del coche celular.

Las jornadas de julio de 1830 y su formidable tempestad expresaron de tal modo los sucesos anteriores y el interés político absorbió de tal modo a Francia durante los seis últimos meses de aquel año, que hoy nadie se acuerda ya o se acuerda muy poco de esas catástrofes privadas, judiciales y financieras que forman la consumación anual de la curiosidad parisiense y que no fueron escasas en los seis primeros meses de aquel año. Es, pues, necesario advertir aquí cuán agitado estaba entonces París por la nueva detención de un sacerdote español, hallado en casa de una cortesana mundana, y la del elegante Luciano de Rubempré, futuro de la señorita de Grandlieu, detenido en la carretera de Italia, en la aldeíta de Grez, inculpados ambos de un asesinato cuyo fruto ascendía a siete millones, pues el escándalo de este proceso superó durante algunos días al prodigioso interés de las últimas elecciones hechas bajo el reinado de Carlos X.

En primer lugar, aquel proceso interesaba en parte a uno de los banqueros más ricos, al barón de Nucingen, y además, Luciano, que estaba en vísperas de llegar a ser secretario particular del primer ministro, pertenecía a la más encopetada sociedad parisiense. En todos los salones de París, más de un joven se acordó de haber envidiado a Luciano cuando éste se vio distinguido por la hermosa duquesa de Maufrigneuse, y todas las mujeres sabían que interesaba entonces a la señora de Serizy, mujer de uno de los primeros personajes del Estado. Además, la belleza de la víctima gozaba de extraordinaria celebridad en las diferentes esferas que componían París: en el gran mundo, en el mundo financiero, en el mundo de las cortesanas, en el de los jóvenes y en el literario. Hacía dos días, pues, que todo el mundo hablaba de estas dos detenciones. El juez de instrucción encargado de la causa, el señor Camusot, vio en ésta un medio de ascender, y, para proceder con toda la rapidez posible, había ordenado que trasladasen a los dos inculpados de la Forcé a la Conserjería tan pronto como llegase Luciano de Fontainebleau. El cura Carlos y Luciano, que sólo habían pasado, el primero doce horas y el segundo media noche, en la Forcé, no hacen necesario describir esta cárcel, que ha sido modificada después por completo.

Pero antes de entrar en la descripción del horrible drama de la instrucción de un proceso criminal, es indispensable, según acabamos de decir, explicar la marcha normal de un proceso de este género; en primer lugar, serán mejor comprendidas, así en Francia como en el extranjero, sus

diversas fases, y además, aquellos que lo ignoran apreciarán la economía del derecho procesal tal como lo concibieron los legisladores del tiempo de Napoleón. Esto es tanto más importante cuanto que aquella grande y hermosa obra se ve en estos momentos amenazada de destrucción por el sistema llamado penitenciario.

Cuando se comete un crimen, si hay flagrancia, los *inculpados* son llevados al cuerpo de guardia más próximo y encerrados en los calabozos llamados por el pueblo *violones*, sin duda porque producen la música de los que gritan o lloran en ellos. De aquí los inculpados pasan a presencia del comisario de policía, el cual procede a un principio de instrucción y puede soltarlos, si hubo algún error. Por fin, los inculpados son transportados al *depósito de la Prefectura*, donde la policía los pone a disposición del fiscal y del juez de instrucción, los cuales, según la gravedad de los casos, se presentan e interrogan a los detenidos provisionalmente. Según la índole de las presunciones, el juez de instrucción dicta o no el procesamiento y hace que sean trasladados a la cárcel los inculpados. París tiene tres cárceles: Santa Pelagia, la Forcé y las Madelonnettes.

Fijaos en el término *inculpados*. Nuestro código ha creado tres distinciones esenciales en la criminalidad: la inculpación, la prevención y la acusación. Mientras que el procesamiento no ha sido decretado, los autores presuntos del crimen o del delito grave son inculpados; pero una vez dictado su procesamiento, pasan a *ser procesados*, y siguen siéndolo mientras dura el proceso de la instrucción. Terminada la instrucción, y una vez que el tribunal ha juzgado que los procesados deben pasar a la audiencia, pasan a ser *acusados* una vez que el fiscal dice que hay motivo suficiente para una condena. De modo que los sospechosos de haber cometido un crimen pasan por tres estados, por tres cribas, antes de comparecer ante lo que se llama la justicia del país. En el primer estado, los inocentes poseen una multitud de medios de justificación: el público, la guardia y la policía. En el segundo estado, están ante un magistrado, y son careados con los testigos y juzgados por un tribunal de segundo orden. En el tercero, comparecen ante doce consejeros, y la sentencia aun puede ser objeto de apelación en caso de error o por defecto de forma, llevando a los acusados ante el tribunal de casación. El jurado no sabe a cuántas autoridades populares, administrativas y judiciales les suelta un palo cuando absuelve a un acusado. A nuestro juicio, pues, en París (no hablamos de los demás sitios), nos parece muy difícil que un inocente

llegue a sentarse en el banquillo de los acusados.

Una vez dictada sentencia condenatoria, el *acusado* pasa a ser *condenado* . Nuestro derecho penal ha creado casas de corrección, casas de justicia y casas de detención, diferencias jurídicas que corresponden a las de procesado, acusado y condenado. La prisión supone una pena ligera, es el castigo de un delito mínimo; pero la detención es una pena aflictiva y, en ciertos casos, infamante. Los que proponen hoy el sistema penitenciario derriban un admirable derecho penal, en el que las penas estaban admirablemente graduadas, y llegarán a castigar los pecadillos casi tan severamente como los grandes crímenes. Por otra parte, se podrán comparar las curiosas diferencias que existen entre el Derecho penal del código de brumario año IV y el del código de Napoleón, que le reemplazó.

En la mayor parte de las grandes causas, como la que nos ocupa, los inculpados se convierten en seguida en procesados. La justicia decreta en seguida el procesamiento. En efecto, en la mayoría de los casos, los inculpados o han huido o han sido sorprendidos instantáneamente. Así es como hemos podido ver que la policía, que no es más que el medio de ejecución, y la justicia, acudieron al domicilio de Ester con la rapidez del rayo. Aun cuando no hubiese los motivos de venganza que animaron a Corentín a poner alerta a la policía judicial, había por parte del barón de Nucingen la denuncia de un robo de setecientos cincuenta mil francos.

En el momento en que llegó el coche en que iba Jacobo Collín al arco de Saint-Jeán, pasaje estrecho y sombrío, un obstáculo obligó al cochero a detenerse bajo el arco. Los ojos del procesado brillaban a través de la reja como dos carbunclos, a pesar de la máscara de moribundo que le había hecho creer al director de la Forcé en la necesidad de llamar a un médico. Libres en aquel momento, pues ni el gendarme ni el alguacil se volvían para *ver a su parroquiano*, aquellos ojos relucientes hablaban un lenguaje tan claro, que un juez de instrucción, como el señor Popinot, por ejemplo, habría reconocido al forzado en el sacrílego. En efecto, desde que el coche celular había franqueado la puerta de la Forcé, Jacobo Collín lo examinaba todo a su paso. No obstante la rapidez de la carrera, abrazaba con una mirada ávida las casas desde el último piso hasta el piso bajo, veía a todos los transeúntes y los analizaba. Dios no abarcó mejor su creación en sus medios y en su fin que de aquel hombre las menores diferencias en la masa de las cosas y de los transeúntes. Armado de una esperanza, como el último de los Horacios de su espada, Jacobo esperaba

auxilio. A cualquiera otro que no fuese aquel Maquiavelo del presidio, aquella esperanza le habría parecido tan imposible de realizar, que se habría entregado, como hacen todos los culpables. Ninguno piensa en resistir en la situación en que la policía y la justicia de París coloca a los procesados, sobre todo a los incomunicados, cual lo estaban Luciano y Jacobo Collín. No es posible imaginarse el aislamiento repentino en que se halla un procesado: los gendarmes que le detienen, el comisario que le interroga, los que lo meten en la cárcel, los guardianes que lo conducen a su calabozo, los que los cogen por debajo de los brazos para hacerles subir al coche celular, todos los seres que les rodean son mudos, y tienen en cuenta sus palabras para trasmitírselas a la policía o al juez. Esta absoluta separación establecida tan sencillamente entre el mundo entero y el procesado causa un trastorno completo en sus facultades, una prodigiosa postración de espíritu, sobre todo cuando no es un hombre familiarizado por sus antecedentes con la acción de la justicia. El duelo entre el culpable y el juez es tanto más terrible cuanto que la justicia tiene por auxiliares el silencio de las paredes y la incorruptible indiferencia de sus agentes.

Sin embargo, Jacobo Collín, o Carlos Herrera (es necesario darle uno u otro nombre según la necesidad de la situación), conocía desde mucho antes los procedimientos de la policía, de la cárcel y de la justicia; así es que aquel coloso de astucia y de corrupción había empleado las fuerzas de su espíritu y los recursos de su mímica para fingir bien la sorpresa, la tontería de un inocente, al propio tiempo que procuraba a los magistrados la comedia de su agonía. Según se ha visto, Asia, aquella sabia Locusta, le había dado un veneno amortiguado de modo que produjese los síntomas de una enfermedad mortal. La acción del señor Camusot, la del comisario de policía, la actividad escudriñadora del fiscal habían sido anuladas por la acción, por la actividad de una apoplejía fulminante.

—¡Se ha envenenado! —había exclamado el señor Camusot, asustado de los sufrimientos del supuesto sacerdote, cuando lo bajaron de la buhardilla en medio de terribles convulsiones.

Cuatro agentes pudieron apenas llevar al abate Carlos por las escaleras hasta el cuarto de Ester, donde se hallaban reunidos los magistrados y los gendarmes.

—Si es culpable, no pudo hacer cosa mejor —había dicho el fiscal.

—¿Cree usted acaso que está verdaderamente enfermo? —había preguntado el comisario de policía.

La policía duda siempre de todo. Aquellos tres magistrados se habían hablado entonces al oído, como es de suponer; pero Jacobo Collín había adivinado en sus fisonomías el motivo de sus confidencias y se había aprovechado de ellas para hacer imposible o completamente insignificante el interrogatorio sumario que se hace en el momento del arresto, balbuceando frases sin sentido en las cuales mezclaba el español con el francés.

En la Forcé, aquella comedia había obtenido en un principio un éxito tanto más completo cuanto que el jefe de la policía de seguridad, Bibi-Lupín, que había detenido antaño a Jacobo Collín en la casa de huéspedes de madama Vauquer, se hallaba fuera de París y estaba sustituido por un agente que, aunque parecía destinado a suceder a Bibi-Lupín, no conocía al forzado.

Bibi-Lupín, antiguo forzado, compañero de presidio de Jacobo Collín, era enemigo personal de éste. Esta enemistad provenía de las disputas en que Jacobo Collín saliera siempre victorioso, y de la supremacía de Burla-la-Muerte sobre sus compañeros. Además, Jacobo Collín había sido, durante diez años, la providencia de los forzados libertados, su jefe, su consejero en París, su depositario, y, por consiguiente, el antagonista de Bibi-Lupín.

Aunque estaba incomunicado, Jacobo Collín contaba con la fidelidad inteligente y absoluta de Asia, su brazo derecho, y tal vez con Paccard, su brazo izquierdo, que seguramente se pondría a sus órdenes tan pronto como colocase en lugar seguro los setecientos cincuenta mil francos. Tal era la razón de la atención sobrehumana con que observaba todo el camino. ¡Cosa rara! su esperanza iba a verse satisfecha.

Las dos poderosas murallas del arco de Saint-Jeán estaban revestidas de una capa de barro permanente producida por las salpicaduras del arroyo, porque entonces, los transeúntes no tenían, para guarecerse del paso incesante de los coches y de las carretas, más que unos poyos que hacía tiempo que habían sido derribados por el choque de las ruedas. La carreta de un leñador había aplastado allí a más de un transeúnte distraído. Tal fue París durante mucho tiempo, y sus muchos barrios. Este detalle puede hacer comprender la estrechez del arco de Saint-Jeán, y lo fácil que era

obstruirlo. Que un coche entrase por la plaza de la Greve mientras que una de esas tenderas ambulantes empujaba su carrito lleno de patatas por la calle de Martroi, y un tercer vehículo llegaba, y se producía ya un trastorno. Los transeúntes huían asustados buscando un poyo que pudiese preservarlos de un magullamiento. Cuando llegó allí el coche celular, el arco estaba obstruido por una de esas tenderas ambulantes cuyo tipo es tanto más curioso cuanto que hay aún ejemplares en París, no obstante el inmenso número que existe de fruterías. Era aquélla el tipo tan indudable de la tendera ambulante, que un municipal la habría dejado circular sin pedirle el permiso. La cabeza, cubierta con un mal pañuelo de algodón a cuadros, estaba erizada de mechones rebeldes que mostraban cabellos semejantes a cerdas de jabalí. Su cuello rojo y arrugado causaba horror, y su mantón no ocultaba por completo una piel curtida por el sol, por el polvo y por el barro. El traje dejaba ver pingajos por todas partes, y los zapatos se reían de un modo que parecían burlarse de la cara que estaba tan agujereada como el vestido. A diez pasos, aquel andrajo ambulante y fétido tenía que herir el olfato de la gente delicada. Las manos parecían haber hecho ya cien siegas. O aquella mujer salía de un aquelarre o de un depósito de mendicidad. Pero ¡qué miradas las suyas!… ¡qué inteligencia más audaz, qué vida contenida, cuando se unieron para cambiar una idea los rayos magnéticos de sus ojos y los de Jacobo Collín!

—¡Echate a un lado, montón de estiércol! —le dijo el cochero con ronca voz.

—¿Quieres aplastarme, proveedor de la guillotina? —le respondió la mujer—. ¡Tu mercancía no vale tanto como la mía!

Y al propio tiempo que procuraba colocarse entre dos poyos para dejar el paso libre, la vendedora obstruyó el paso durante el tiempo necesario para realizar su proyecto.

—¡Oh! ¡Asia! —se dijo Jacobo Collín reconociendo en el acto a su cómplice— esto va bien.

El cochero seguía cambiando epítetos con Asia y los coches se acumulaban en la cal le de Martroi.

—*¡Ahé!… pédairé fermati. Souni la. Vedrem*…! —exclamó Asia con aquella entonación propia de los vendedores ambulantes que tan bien descomponen las palabras convierti éndolas en onomatopeyas

comprensibles únicamente para los parisienses.

En medio del barullo de la calle y de los gritos de todos los cocheros, nadie podía parar mientes en aquellos gritos salvajes de la vendedora; pero aquella serie de sonidos, apreciables para Jacobo Collín, hacían llegar a su oído, en un idioma convenido, mezcla de provenzal y de italiano, esta terrible frase: «*Tu pobre pequeño está preso; pero yo estoy aquí para velar por vosotros. No tardarás en verme*…».

En medio de la alegría que le causaba su triunfo sobre la justicia, pues esperaba tener comunicación con el exterior, Jacobo Collín se sintió animado por una reacción que le hubiese ocasionado la muerte a cualquiera que no fuese él.

—¡Luciano preso! —se dijo.

Y estuvo a punto de desmayarse. Esta noticia era para él más espantosa que su propia condena a muerte.

Ahora que el coche celular rueda por los muelles, el interés de esta historia exige algunas palabras acerca de la Conserjería, durante el tiempo que empleen en llegar. La Conserjería, nombre histórico, voz terrible, cosa más terrible aún, está mezclada con las revoluciones de Francia y especialmente con las de París. Ha visto a la mayor parte de los grandes criminales. Si es el más interesante de todos los monumentos de París, es también el menos conocido… por las gentes que pertenecen a las clases superiores de la sociedad, pero, a pesar del inmenso interés de esta digresión histórica, será tan rápida como la carrera de los coches celulares.

¿Quién es el parisiense, el extranjero o el provinciano, aunque sólo haya permanecido dos días en París, que no haya fijado su atención en los muros negros flanqueados por tres torres, dos de las cuales están casi juntas, ornamento sombrío y misterioso del muelle llamado de las Lunettes? Este muelle comienza en lo bajo del puente del Change y se extiende hasta el Puente Nuevo. Una torre cuadrada, llamada del Reloj, donde se dio la señal la noche de San Bartolomé, torre casi tan elevada como la de San Jacobo de la Boucherie, indica el Palacio y forma la esquina del muelle. Estas cuatro torres y aquellos muros están revestidos de ese sudario negruzco que adquieren en París todas las fachadas expuestas al Norte. Hacia el medio del muelle, en una arcada desierta, comienzan las construcciones privadas que el establecimiento del Puente

Nuevo determinó bajo el reinado de Enrique IV. La plaza Real fue la réplica de la plaza Delfina. Es el mismo sistema de arquitectura, ladrillo encerrado en marco de piedra de talla. Esta arcada y la calle de Harlay indican los límites del Palacio por el Oeste. En otro tiempo, la Prefectura de policía, residencia de los primeros presidentes del parlamento, dependía del Palacio. El patio de las Cuentas y el patio de las Ayadas completaban allí la justicia suprema, la del soberano. Se ve que antes de la Revolución, el Palacio gozaba de ese aislamiento que se procura buscar hoy.

Este cuadrado, esta isla de casas y de monumentos, donde se halla la Santa Capilla, la joya más magnífica del estuche de San Luis, aquel espacio es el santuario de París, es la plaza sagrada, la arena santa. Y en un principio, ese espacio fue la primera ciudad entera, pues el lugar de la Delfina era una pradera dependiente del dominio real, donde había un molino de acuñar moneda. De aquí el nombre de calle de la Moneda, dado a la que conduce al Puente Nuevo. De aquí también el nombre de una de las tres torres redondas, de la segunda, que se llama *torre de Plata*, y que parece probar que primitivamente se acuñó en ella moneda. El famoso molino que se ve en los planos antiguos de París sería verosímilmente posterior al tiempo en que se acuñaba moneda en el palacio mismo y debido, sin duda, a un perfeccionamiento en el arte monetario. La primera torre, pegada casi a la torre de Plata, se llama la torre de Montgommery. La tercera, la más pequeña, pero la mejor conservada de las tres, pues conserva las almenas, se llama la torre Bombee. La Capilla Santa y estas cuatro torres (incluida la torre del Reloj) determinan perfectamente el recinto, el perímetro del Palacio, desde los Merovingios hasta la primera casa de Valois; pero, para nosotros y a consecuencia de sus transformaciones, este palacio representa más especialmente la época de San Luis.

Carlos V fue el primero que dejó el Palacio al parlamento, institución recién creada, y fue, bajo la protección de la Bastilla, a habitar el famoso palacio de San Pablo, al cual se adosó después el palacio de los Tournelles. Luego, bajo los últimos Valois, la corona volvió de la Bastilla al Louvre, que había sido su primera bastilla. La primera morada de los reyes de Francia, el palacio de San Luis, que conserva el nombre de Palacio a secas, para significar el palacio por excelencia, está todo entero sumido bajo el Palacio de Justicia, y forma sus bodegas, pues estaba edificado en el Sena, como la catedral, y edificado tan cuidadosamente, que las aguas más altas del

río apenas cubren los primeros peldaños. El muelle del Reloj entierra unos veinte pies a estas construcciones diez veces seculares. Los coches ruedan a la altura del capitel de las fuertes columnas de estas tres torres, cuya elevación debía estar antaño en armonía con la elegancia del palacio, y debía producir un efecto pintoresco sobre el agua, puesto que hoy mismo esas torres compiten en altura con los monumentos más elevados de París. Cuando se contempla esta inmensa capital desde lo alto de la linterna del Panteón, el Palacio con la Capilla Santa es todavía lo que aparece más monumental entre tantos monumentos. Este palacio de nuestros reyes por encima del cual paseáis cuando atravesáis la inmensa sala de los Pasos Perdidos, era una maravilla de arquitectura y lo es aún para los ojos inteligentes del poeta que lo estudia al examinar la Conserjería. ¡Ay! la Conserjería ha invadido el palacio de los reyes. El corazón destila sangre al ver cómo se han convertido en calabozos, reductos, corredores, albergues, salas sin luz ni aire, aquella magnífica composición en que el arte bizantino, el romano, el gótico, estas tres fases del arte antiguo, han sido enlazadas por la arquitectura del siglo XII. Este palacio es a la historia monumental de la Francia de los primeros tiempos lo que el castillo de Blois a la historia monumental de los segundos tiempos. Al igual que en Blois, en un patio, podéis admirar el castillo de los condes de Blois, el de Luis XII, el de Francisco I, el de Gastón, y hasta en la Conserjería, dentro del mismo recinto, se halla el carácter de las primeras razas, y en la capilla Santa la arquitectura de San Luis. Consejo municipal, si dais millones, agregad a los arquitectos uno o dos poetas, si queréis salvar la cuna de París, la cuna de los reyes, ocupándoos de dotar a París y a la corte soberana de un palacio digno de Francia. Es una cuestión digna de ser estudiada durante algunos años antes de comenzar nada. Una o dos prisiones más como la de la Roqueta, y el palacio de San Luis quedará salvado.

Actualmente afectan muchas plagas a ese gigantesco monumento, sumido bajo el palacio y bajo el muelle como uno de esos animales antediluvianos en los yesos de Montmartre; pero la mayor es la Conserjería. En los primeros tiempos de la monarquía, los grandes culpables, y los villanos (hay que atenerse a este lenguaje que da a la palabra su significación de aldeano) y los vecinos pertenecientes a jurisdicciones urbanas o señoriales, los dueños de *grandes o pequeños feudos* eran conducidos ante el rey y guardados en la Conserjería. Es difícil saber el sitio que ocupaba la primitiva Conserjería. Sin embargo, como existen todavía las cocinas de San Luis, y forman lo que se llama la *ratonera*, es de presumir

que la Conserjería primitiva debía estar situada allí donde se hallaba, antes de 1825, la Conserjería Judicial del parlamento, bajo la arcada, a la derecha de la escalera exterior que conduce al patio real. De aquí partieron, hasta el año 1825, los condenados para ir a sufrir sus suplicios. De aquí salieron todos los grandes criminales, todas las víctimas de la política, lo mismo la mariscala de Ancre que la reina de Francia, Semblançay que Malesherbes, Damiéns que Danton, Desrues que Castaing. El gabinete de Fouquier-Tinville, el mismo del actual procurador del rey, se hallaba colocado de manera que pudiese ver desfilar en sus carretas las gentes a quienes acababa de condenar el tribunal revolucionario.

Desde el año 1825, bajo el ministerio del señor Peironnet, se operó un gran cambio en el Palacio. El viejo pórtico de la Conserjería, donde pasaban las ceremonias del cerrojo y del tocado, fue cerrado y transportado donde se halla hoy, entre la torre del Reloj y la torre Montgommery, en un patio interior indicado por una arcada. A la izquierda está la Ratonera y a la derecha el pórtico. Los coches celulares entran en este patio bastante irregular, y pueden permanecer en él, volver a él con facilidad y permanecer allí, en caso de sedición, protegidos contra toda tentativa por la fuerte reja de la arcada, mientras que otras veces no tenían la menor facilidad para maniobrar en el estrecho espacio que separa la gran escalera exterior del ala derecha del Palacio. Floy, la Conserjería, suficiente apenas para los acusados (se necesitaría lugar para trescientas personas entre hombres y mujeres), no recibe ya procesados, ni detenidos, excepto en raras ocasiones como la que hacía que fuesen conducidos allí Jacobo Collín y Luciano. Todos cuantos están allí prisioneros tienen que comparecer ante la audiencia. Por excepción, la magistratura consiente que estén allí los culpables de la alta sociedad que, sobradamente deshonrados con una sentencia, serían excesivamente castigados sufriendo la pena en Melún o en Poissy. Ouvrard prefirió permanecer en la Conserjería que en Santa Pelagia. En la actualidad, el notario Lehón y el príncipe de Bergues cumplen allí su condena en virtud de una tolerancia arbitraria, pero llena de humanidad.

Generalmente, los procesados, lo mismo para ir al juzgado que a la audiencia, son apeados directamente en la Ratonera por los coches celulares. La Ratonera, que está enfrente del pórtico, se compone de una cierta cantidad de celdas practicadas en las cocinas de San Luis, donde los procesados sacados de sus cárceles esperan la hora de la sesión del

tribunal o la llegada del juez de instrucción. La Ratonera está limitada al Norte por el muelle, al Este por el cuerpo de guardia de la guardia municipal, al Oeste por el patio de la Conserjería, y al Sur por una inmensa sala abovedada (sin duda la antigua sala de los festines) sin destino todavía. Por encima de la Ratonera se extiende un cuerpo de guardia interior que tiene vistas por una ventana que da al patio de la Conserjería; está ocupado por la gendarmería departamental y da a él la escalera. Cuando suena la hora del juicio, los alguaciles van a llamar a los procesados, los gendarmes descienden en número igual al de los procesados, cada gendarme coge a un procesado del brazo, y aparejados de ese modo, suben la escalera, atraviesan el cuerpo de guardia y llegan por unos pasillos a una pieza contigua a la sala donde celebra sesión la famosa sala de policía correccional. Este camino es el que siguen también los acusados para ir a la Conserjería a la Audiencia y para volver.

En la sala de los Pasos Perdidos, entre la puerta del primer cuarto del tribunal de primera instancia y la escalinata que conduce a la sexta, se advierte inmediatamente, la primera vez que uno se pasea por allí, una entrada sin puerta, sin ninguna decoración de arquitectura, un agujero cuadrado, verdaderamente innoble. Por allí es por donde entran los abogados y los jueces en aquellos pasillos y en el cuerpo de guardia y descienden a la Ratonera y al pórtico de la Conserjería. Todos los despachos de los jueces de instrucción están situados en diferentes pisos en aquella parte del Palacio. Se llega hasta allí por unas escaleras horrorosas, por un dédalo donde se pierden casi siempre los que no conocen el Palacio. Las ventanas de estos despachos dan, las unas al muelle y las otras al patio de la Conserjería. El año 1830, algunos despachos de jueces de instrucción tenían vistas a la calle de Barillerie.

Así que, cuando un coche celular vuelve a la izquierda en el patio de la Conserjería, lleva procesados a la Ratonera, y cuando vuelve hacia la derecha, lleva acusados a la Conserjería. Hacia este lado volvió, pues, el coche celular que conducía a Jacobo Collín para dejarlo en el pórtico. Nada más formidable. Criminales y visitantes ven dos rejas de hierro forjado, separadas por un espacio de unos seis pies, que se abren siempre una tras otra, y a través de las cuales se observa todo tan escrupulosamente, que las gentes a quienes se da *permiso para visitar*, pasan aquella pieza a través de la reja antes de que la llave rechine en la cerradura. Los magistrados instructores, y hasta los mismos de la Audiencia, no entran hasta después de ser reconocidos. ¿Cómo, pues,

comunicarse o evadirse?… El director de la Conserjería se sonreirá, si os oye hablar de esto, con una sonrisa que helará la duda del novelista más temerario en sus empresas contra la verosimilitud. En los anales de la Conserjería, sólo se sabe de la evasión de Lavalette; pero la certidumbre de una connivencia augusta, probada hoy, ha disminuido, sino la abnegación de la esposa, al menos el peligro de un fracaso. Juzgando sobre el terreno la naturaleza de los obstáculos, las gentes más amigas de lo maravilloso reconocerán que en todo tiempo estos obstáculos eran lo que son hoy, invencibles. Ninguna descripción basta a dar idea de la solidez de los muros y de las bóvedas; es necesario verlos. Aunque el pavimento del patio sea más bajo que el del muelle, después de franquear el pórtico, hay que descender todavía algunos peldaños para llegar a una inmensa sala abovedada, cuyos potentes muros están ornados de magníficas columnas y flanqueados de la torre de Montgommery, que forma hoy parte de la vivienda del director de la Conserjería, y de la torre de Plata, que sirve de locutorio a los vigilantes, carceleros o llaveros, como queráis llamarlos. El número de estos empleados no es tan considerable como podría creerse (son veinte); su locutorio, así como su dormitorio, no se diferencia del de la *Pistola*. Este nombre proviene de que, antaño, los prisioneros daban una pistola semanal por aquel alojamiento, cuya desnudez recuerda las frías buhardillas que comienzan por habitar en París los grandes hombres sin fortuna. A la izquierda de esta vasta sala de entrada se halla la escribanía de la conserjería, especie de oficina formada de puertas vidrieras donde suelen estar el director y su escribano Nevando los registros de la triste morada. Allí son inscritos, descritos y registrados los procesados o acusados, y allí se decide la cuestión del alojamiento, cuya solución depende del bolsillo del paciente. Enfrente del pórtico de esta sala se ve una puerta vidriera, la de un locutorio donde los parientes y los abogados se comunican con los acusados, por un pórtico con doble reja de madera. Este locutorio recibe luz del patio, el lugar de paseo interior de donde los acusados respiran el aire libre y hacen ejercicio a horas determinadas.

Esta gran sala iluminada por la incierta claridad de los dos tragaluces, pues la única ventana que da al patio de llegada está completamente tomada por el quicio que le sirve de marco, ofrece una atmósfera y una luz que están en perfecta armonía con las imágenes preconcebidas por la imaginación. Es aquello tanto más espantoso cuanto que, paralelamente a las torres de Plata y de Montgommery, veis aquí las criptas misteriosas, abovedadas, formidables, sin luz, quedan vueltas en torno del locutorio y

que conducen a los calabozos de la reina, de madama Isabel, y a las celdas llamadas *de los secretos*. Este dédalo de piedra de talla se ha convertido en subterráneo del Palacio de justicia, después de haber visto las fiestas de la corona. Desde 1825 al 1832, en esta inmensa sala, entre una estufa que la caldea y la primera de las dos rejas, era donde se hacía la operación del tocado. Todavía no se pasa por allí sin estremecerse sobre aquellas baldosas que han recibido el choque y las confidencias de tantas miradas últimas.

Para salir de su horrible vehículo, el moribundo tuvo necesidad de la asistencia de dos gendarmes que lo cogieron de los brazos, lo sostuvieron y lo llevaron desmayado a la escribanía. Arrastrado así, el moribundo levantaba los ojos al cielo de un modo que recordaba al Salvador descendido de la cruz. En verdad, en ningún cuadro ofrece Jesús una faz más cadavérica, más descompuesta que la del famoso español, parecía próximo a exhalar el último suspiro. Cuando fue sentado en la escribanía, repitió con voz desfallecida las palabras que dirigía a todo el mundo desde que había sido detenido.

—Apelo a su Excelencia el embajador de España.

—Ya le diréis eso al señor juez de instrucción —le respondió el director.

—¡Ah! ¡Jesús! —exclamó suspirando Jacobo Collín—. ¿No puedo disponer de un breviario? ¿Seguirán negándome la asistencia de un médico? no me quedan ni dos horas de vida.

Como Carlos Herrera tenía que ser incomunicado, fue inútil pedirle si reclamaba los beneficios de la pistola, o sea el derecho a ocupar uno de aquellos cuartos donde se gozaba de la única comodidad permitida por la justicia. Aquellos cuartos están situados al extremo del patio de que hablaremos luego. El alguacil y el escribano cumplimentaron flemáticamente y de común acuerdo las formalidades del ingreso.

—Señor director —dijo Jacobo Collín chapurreando el francés—, ya veis que estoy moribundo. Si podéis, decid lo antes posible al señor juez que solicito como un favor lo que más debe temer un criminal, o sea comparecer ante él en cuanto llegue, pues mis sufrimientos son verdaderamente intolerables; y en cuanto lo vea yo, cesará todo error.

Generalmente todos los criminales hablan siempre de error. Id a los

presidios, interrogad a los condenados, y veréis que casi todos son víctimas de un error judicial. Así es que estas palabras hacen sonreír involuntariamente a cuantos están en contacto con procesados, acusados o condenados.

—Yo puedo hacer presente vuestra reclamación al juez instructor —respondió el director.

—¡Os bendeciré por ello, señor! —contestó el español levantando los ojos al cielo.

Una vez registrado, Carlos Herrera fue tomado de los brazos por dos guardias municipales acompañados de un vigilante, a quien el director indicó el calabozo de los secretos, y conducido por el dédalo subterráneo de la Conserjería a un cuarto muy sano, por más que digan ciertos filántropos, pero sin comunicación posible.

Cuando hubo desaparecido, los vigilantes, el director de la cárcel, el escribano, y hasta el alguacil y los gendarmes, se miraron para preguntarse unos a otros su opinión, y en todas las caras se reflejó la duda; pero al ver al otro procesado, todos los espectadores volvieron a su incertidumbre habitual oculta bajo un aire de indiferencia. No tratándose de circunstancias extraordinarias, los empleados de la Conserjería son poco curiosos, pues los criminales son para ellos lo que los parroquianos para los barberos. De modo que todas las formalidades que tanto espantan al profano se realizan allí con la mayor sencillez, y a veces hasta con cortesía. Luciano ofrecía el aspecto del culpable abatido, pues dejaba que hiciesen y se entregaba como una máquina. Desde Fontainebleau, el poeta reflexionaba acerca de su ruina y se decía que había llegado la hora suprema de la expiación. Pálido, abatido, ignorante de cuanto había pasado durante su ausencia en casa del español, sólo sabía que era el amigo íntimo de un forzado evadido, y esta situación bastaba para hacerle ver catástrofes peores que la muerte. Cuando su pensamiento engendraba un proyecto, era el suicidio. Quería escapar a toda costa de las ignominias que entreveía como un sueño penoso.

Jacobo Collín fue colocado, como el más peligroso de los dos procesados, en un calabozo de piedra de talla que recibía luz de uno de aquellos patios interiores, como los que hay en el recinto del Palacio, situado en el ala donde tiene su despacho el fiscal general. Aquel patiecito sirve de lugar de paseo al departamento de las mujeres. Luciano fue acompañado durante

el camino, pues, según órdenes recibidas, el director le guardó consideraciones y lo introdujo en una celda contigua a las Pistolas.

Por lo general, las personas que no han tenido que ver nunca con la justicia conciben las ideas más negras acerca de la incomunicación. La idea de justicia mayor no se separa de las rancias ideas sobre la tortura antigua, la insalubridad de las prisiones, la frialdad de los muros de piedra que rezuman lágrimas, la tosquedad de los carceleros y del alimento, accesorios obligados de los dramas; pero no es inútil decir aquí que estas exageraciones sólo existen en el teatro, y hacen sonreír a los magistrados, a los abogados y a los que por curiosidad visitan las cárceles o acuden a examinarlas. Durante mucho tiempo esto fue terrible. Cierto que, cuando el antiguo parlamento, durante los siglos de Luis XIII y Luis XIV, los acusados eran metidos sin distinción en una especie de entresuelo del antiguo calabozo. Las cárceles han sido uno de los crímenes de la revolución de 1789, y basta ver el calabozo de la reina y el de madama Isabel para sentir profundo horror por las antiguas formas judiciales. Pero hoy, si la filantropía ha hecho a la sociedad incalculables males, ha producido un poco de bien en los individuos. Debemos a Napoleón nuestro Código criminal, que, más que el Código civil, cuya reforma es en algunos puntos urgente, será uno de los mayores monumentos de aquel reinado tan corto. Nuestro nuevo Código penal cerró todo un abismo de sufrimientos; de modo que se puede afirmar que, dejando a un lado las horribles torturas morales de que son víctima las gentes de las clases superiores al verse en poder de la justicia, la acción de este poder es tanto más dulce y sencilla cuanto que no se esperan de él tales miramientos. El procesado, el inculpado no están alojados como en su casa; pero se halla lo necesario en las cárceles de París. Por otra parte, el peso de los sentimientos a que uno se entrega quita a los accesorios de la vida su habitual significación. No es siempre el cuerpo el que sufre. El espíritu está en un estado tan violento, que se soportaría con facilidad toda clase de molestias y brutalidades. Hay que admitir, especialmente en París, que al inocente se le pone en libertad limpio de toda mancha.

Al entrar en su celda, Luciano halló, pues, la imagen fiel del primer cuarto que había ocupado en París, en la posada Cluny. Un lecho semejante a los de las posadas más pobres del barrio Latino, las sillas de paja, una mesa y algunos utensilios, componían el mobiliario de uno de aquellos cuartos, donde se reúnen a veces dos acusados cuando sus costumbres son buenas y sus crímenes de escasa importancia, como falsificación y

quiebra. Aquella semejanza entre su punto de partida, lleno de inocencia, y su punto de llegada, último grado de la vergüenza y el envilecimiento, fue tan bien percibido por un esfuerzo último de su fibra poética, que rompió a llorar. Lloró durante cuatro horas, insensible en apariencia, como una figura de piedra, pero sufriendo al ver todas sus esperanzas frustradas, atacado en sus vanidades sociales, en su orgullo, en todos los *yo* que tiene el enamorado, el ambicioso, el feliz, el petimetre, el parisiense, el poeta, el voluptuoso, el privilegiado. Todo en él se había hecho pedazos en aquella caída de icario.

Cuando quedó solo en su calabozo, Carlos Herrera empezó a dar vueltas como un oso enjaulado. Examinó minuciosamente la puerta, y se aseguró de que, a no ser el ventanillo, no había en ella ningún agujero. Sondó todos los muros, miró la claraboya por donde recibía luz y se dijo:

—¡Estoy seguro!

Luego fue a sentarse en un rincón donde no podía ser visto por el vigilante desde el ventanillo. Acto continuo se quitó la peluca y despegó de ella un papel que llevaba en el fondo. El lado de aquel papel que comunicaba con la cabeza estaba tan grasiento, que parecía formar parte de la peluca. Si a Bibi-Lupín se le hubiese ocurrido quitársela para identificar al español con Jacobo Collín, no habría visto aquel papel, de tai modo parecía ser obra del peluquero. El otro lado del papel estaba todavía bastante blanco y bastante limpio para recibir algunas líneas escritas. La difícil y minuciosa operación del pegado había sido comenzada en la Forcé; pero no había tenido tiempo para terminarla. El procesado empezó por rascar aquel precioso papel de modo que se procurase una banda de cuatro a cinco líneas de anchura, y lo dividió en varios trozos; luego volvió a poner en aquel singular almacén su provisión de papel después de haber humedecido la capa de goma arábiga por medio de la cual podía restablecer la adherencia. Buscó en un mechón de su pelo uno de esos lápices, finos como puntas de alfiler, cuya fabricación, debida a Susse, era todavía reciente, y que estaba unido al pelo por medio de cola; tomó un pedazo bastante largo para escribir y bastante pequeño para que pudiese entrar en su oído. Terminados estos preparativos con la rapidez y la seguridad de ejecución propias de viejos forzados, que son habilísimos como monos, Jacobo Collín se sentó en el borde de su cama y se puso a meditar las instrucciones que debía dar a Asia, seguro de hallarla en su camino, de tal modo contaba con el ingenio de aquella mujer.

—En mi interrogatorio sumario —se decía— he hecho de español hablando mal el francés, reclamando el auxilio del embajador, alegando los privilegios diplomáticos y no comprendiendo nada de lo que me preguntaban. Mantengámonos en este terreno. Mis papeles están en regla. Asia y yo nos comeremos fácilmente al señor Camusot, que no es muy hábil. Pensemos, pues, en Luciano; se trata de rehacer su prestigio; es preciso comunicarse a toda costa con ese muchacho para marcarle un plan de conducta, porque, de lo contrario, se entregará, me entregará y lo echará todo a perder. Hay que soplarle algo antes del interrogatorio. Además, necesito testigos que confirmen mi condición de sacerdote.

Tal era la situación moral y física de los dos procesados cuya suerte dependía en aquel momento del señor Camusot, juez de instrucción del Sena, soberano árbitro, durante el tiempo que marcaba el Código penal, de los detalles más pequeños de su existencia, pues él solo podía permitir que el capellán, el médico o quienquiera se comunicase con ellos.

Ningún poder humano, ni el rey, ni el ministro, ni el presidente del Consejo, pueden mermar el poder del juez de instrucción; nadie lo detiene, nadie le impone mandatos. Es un soberano sometido únicamente a su conciencia y a la ley. En este momento en que filósofos, filántropos y publicistas están ocupados incesantemente en disminuir los poderes sociales, el derecho conferido por nuestras leyes a los jueces de instrucción se ha convertido en objeto de ataques tanto más terribles cuanto que están casi justificados por ese mismo derecho que, repetimos, es exorbitante. Sin embargo, para todo hombre sensato, este poder debe seguir siendo invulnerable; en algunos casos se puede aminorar su ejercicio mediante un amplísimo uso de la fianza; pero la sociedad, quebrantada ya de sobra por la falta de inteligencia y por la lenidad del jurado (augusta y suprema magistratura que sólo debiera ser confiada a notabilidades), se vería amenazada seriamente si se derribase esta columna que sostiene nuestro Derecho penal. La prisión preventiva es una de esas facultades terribles, necesarias, cuyo peligro social está contrarrestado por su misma grandeza. Por otra parte, desconfiar de la magistratura es un principio de disolución social. Destruid la institución; pero edificadla sobre otras bases: pedid, como antes de la Revolución, inmensas garantías de fortuna a la magistratura; pero creed en ella, no la convirtáis en imagen de la sociedad para insultarla. Actualmente, el magistrado pagado casi siempre como un funcionario pobre, ha trocado su dignidad de antaño por una prosopopeya

que parece intolerable a todos sus iguales, pues la prosopopeya es una dignidad que no tiene base. En esto está el vicio de la actual institución. Si Francia estuviese dividida en diez resortes, se podría realzar la magistratura exigiendo de ella grandes fortunas, lo cual se hace imposible con veintiséis Resortes. La única mejora social que hay que reclamar en el ejercicio del poder confiado al juez de instrucción, es la rehabilitación de la casa que sirve de cárcel. La prisión preventiva no debería operar ningún cambio de la vida de los individuos. Las cárceles, en París, deberían estar construidas, amuebladas y dispuestas de manera que modificasen profundamente las ideas del público sobre la situación de los procesados. La ley es buena, es necesaria; pero su ejecución es mala, y las costumbres juzgan las leyes según la manera con que se ejecutan. Tal vez sea esto resultado del espíritu esencialmente revolucionario del francés. Esta inconsecuencia del público parisiense fue uno de los motivos que contribuyeron a la catástrofe de este drama, y hasta fue, como se verá, uno de los más poderosos. Para estar en el secreto de las terribles escenas que se representan en el despacho de un juez de instrucción, para conocer bien la situación respectiva de las dos partes beligerantes, los procesados y la justicia, cuya lucha tiene por objeto el secreto que guardan éstos contra la curiosidad del juez, llamado con justicia el *curioso* en la jerga de las cárceles, conviene no olvidar que los procesados incomunicados ignoran lo que dicen los siete u ocho públicos que forman el público, todo lo que saben la policía y la justicia y lo poco que publican los periódicos de las circunstancias del crimen. Así, dar a los procesados un aviso como el que Jacobo Collín acababa de tener por Asia sobre la detención de Luciano, es echar una cuerda a un hombre que se ahoga. Por esta razón se va a ver fracasar una tentativa que, a no ser por esta comunicación, habría ocasionado la perdición del forzado. Una vez sentados bien estos términos, las gentes menos fáciles de conmoverse van a quedar espantadas de los efectos que producen estas tres causas de terror: el secuestro, el silencio y el remordimiento.

El señor Camusot, yerno de uno de los alguaciles del gabinete del rey, demasiado conocido ya para explicar aquí sus alianzas y su posición, se hallaba en aquel momento en una situación casi tan perpleja como la de Carlos Herrera, respecto a la instrucción que le había sido encomendada. Presidente poco tiempo antes de un tribunal de segundo orden, había sido destinado a París a una de las plazas más deseadas de la magistratura, por recomendación de la célebre duquesa de Maufrigneuse, cuyo marido, menino del Delfín, y coronel de caballería, gozaba del favor del monarca.

Por un pequeño favor que le había hecho, aunque de gran importancia para la duquesa, cuando la querella por falsificación presentada contra el joven de Esgriñón por un banquero de Alençon (véase el *Gabinete de los antiguos*), de simple juez de provincia había pasado a presidente, y de presidente a juez de instrucción de París. Hacía dieciocho meses que tenía asiento en el tribunal más importante del reino, y, por recomendación de la duquesa de Maufrigneuse, había podido ya prestarse a los negocios de una gran dama no menos poderosa: la marquesa de Espard; pero había fracasado. Como hemos dicho antes, para vengarse de la señora de Espard, que quería lograr el interdicto de su marido, Luciano logró que brillase la verdad de los hechos a los ojos del fiscal general y del conde de Serizy, y estos dos grandes poderes, unidos a los amigos del marqués de Espard, hicieron que la mujer perdiese la causa. Al saber la detención de Luciano, la marquesa de Espard había enviado a su cuñado a casa de la señora Camusot, y la señora Camusot había ido en seguida a hacerle una visita a la ilustre marquesa. En el momento de comer, de vuelta en su casa, la señora Camusot había llevado a su marido a su dormitorio y le había dicho:

—Si puedes procesar a ese tontuelo de Luciano de Rubempré y hacer que le condenen, serás consejero de la Audiencia…

—¿Cómo?

—La señora de Espard quisiera ver condenado a ese pobre joven. Al ver el odio que le tiene sentí frío en la espalda.

—Note metas en los asuntos de mi cargo —le respondió Camusot a su mujer.

—¿Yo meterme? Si cualquiera nos hubiera oído no habría sabido de qué se trataba. La marquesa y yo hemos sido tan hipócritas como lo eres tú conmigo en este momento. Según me dijo, deseaba darme las gracias por el interés que me tome por su asunto, y me dijo que, aunque se ha perdido, me agradece mis buenos propósitos. Me habló luego de la terrible misión que os confiere la ley. «¡Es horrible tener que enviar a un hombre al patíbulo! pero ése lo merece», etc. Según me dijo, deplora que un joven tan guapo, que fue traído a París por su prima la señora del Chatelet, haya de tener tan mal fin. «A eso es lo que llevan las malas mujeres, como una Coralia y una Ester, a los jóvenes que son bastante corrompidos para compartir con ellas sus innobles provechos». En fin, hermosas frases

acerca de la caridad y de la religión. La señora de Chatelet le había dicho que Luciano merecía mil muertes por haber estado a punto de matar a su hermana y a su madre… Luego me habló de una vacante que hay en la audiencia y de su amistad con el ministro. «Señora, a su marido se le ofrece una buena ocasión para distinguirse», me dijo por fin. Y esto ha sido todo.

—Nosotros nos distinguimos todos los días cumpliendo con nuestro deber —dijo Camusot.

—Tú llegarás a ser mucho, si eres magistrado con todo el mundo, hasta con tu mujer —exclamó la señora Camusot—. Mira, te he creído tonto; pero hoy te admiro.

—El magistrado se sonrió de ese modo que saben hacerlo únicamente los magistrados, los cuales tienen su sonrisa especial al igual que las bailarinas.

—Señora, ¿se puede entrar? —preguntó la camarera.

—¿Qué hay? —le dijo su ama.

—Señora, mientras que estaba usted ausente ha venido la primera camarera de la señora duquesa de Maufrigneuse a rogarle a la señora, de parte de su ama, que vaya al palacio de Cadiñán para un asunto urgente.

—Que retarden la hora de la comida —dijo la mujer del juez, recordando que aún esperaba para cobrar el cochero que la había llevado a casa.

Y acto continuo se puso el sombrero, subió al coche, y a los veinte minutos se hallaba en el palacio de Cadiñán. La señora Camusot, introducida en el palacio, permaneció diez minutos sola en el dormitorio de la duquesa, la cual se presentó deslumbradora, pues iba a Saint-Cloud invitada por la corte.

—Hijita, entre nosotras, basta con dos palabras.

—Sí, señora duquesa.

—Luciano de Rubempré está en la cárcel, su marido de usted es el juez instructor, y yo garantizo la inocencia del detenido: que le ponga en libertad antes de veinticuatro horas. No es esto todo. Hay una persona que

desea ver mañana en secreto en la cárcel a Luciano; su marido de usted podrá estar presente, si quiere, pero sin dejarse ver… Ya sabe usted que yo soy fiel a los que me sirven. El rey espera mucho del valor de sus magistrados en las circunstancias graves en que va a verse pronto; yo ascenderé a su marido y lo recomendaré como hombre adicto al rey, aunque haya de exponer la cabeza. Camusot será primero consejero y luego primer presidente… Adiós… me esperan; usted me dispensará, ¿verdad? No sólo dará usted gusto al fiscal general, que no puede mostrarse parcial en este asunto, sino que le salva usted la vida a una mujer que se muere, a la señora de Serizy. No le faltarán apoyos… Vamos, ya ve usted mi confianza, y no necesito recomendarle… ¡ya sabe usted!

—Y llevándose un dedo a los labios, desapareció.

¡Y yo que no he podido decirle que la marquesa de Espard desea ver a Luciano en el patíbulo!… —pensaba la mujer del magistrado al volver al coche.

La señora Camusot llegó a su casa en medio de una ansiedad tal, que el juez, al verla, le dijo:

—Amelia, ¿qué tienes?

—Estamos entre dos fuegos…

Y le contó su entrevista con la duquesa hablándole al oído a su marido; tanto temía que su camarera estuviese escuchando.

—¿Cuál de las dos es más poderosa? —preguntó al fin—. La marquesa estuvo a punto de comprometerte en el estúpido asunto de su marido, mientras que a la duquesa se lo debemos todo. La una no hace más que promesas vagas, mientras que la otra me dijo: «Será consejero y después primer presidente». Dios me libre de darte consejos, porque no quiero mezclarme en tus asuntos; pero me creo en el deber de relatarte lo ocurrido y lo que se prepara.

—Amelia, tú no sabes lo que me ha enviado esta mañana el prefecto de policía… y ¡por quién!… por uno de los hombres más importantes de la policía general del reino, el Bibi-Lupín de la política, que llegó a decirme que el Estado tenía intereses secretos en este proceso. Comamos y

vayámonos a Varietés. Esta noche hablaremos de todo esto, pues necesito de tu inteligencia, porque la del juez no basta.

Las nueve décimas partes de los magistrados negarán la influencia de la mujer sobre el marido en circunstancias análogas; pero si es ésta una de las mayores excepciones sociales, advertimos que es cierta, aunque accidental. El magistrado es como el sacerdote: en París sobre todo, donde reside la flor de la magistratura, el magistrado habla raras veces de los asuntos de su ministerio, a menos que no estén ya juzgados. Las mujeres de los magistrados no sólo simulan no saber nada, sino que todas comprenden que perjudicarían a sus maridos si dejasen ver que saben algo, cuando lo saben. Sin embargo, en las grandes ocasiones en que se trata de un ascenso según sea la decisión, muchas mujeres han asistido, como Amelia, a la deliberación del magistrado. En fin, estas excepciones, tanto más negables cuando que suelen quedar ignoradas, dependen por completo del modo como se realiza en el seno del hogar la lucha entre dos caracteres, y la señora Camusot dominaba por completo a su marido. Cuando todo el mundo dormía en la casa, el magistrado y su mujer se sentaron ante la mesa en que el juez tenía ya clasificados los documentos del proceso.

—He aquí las notas que me ha entregado el prefecto de policía, a instancia mía —dijo Camusot.

EL ABATE CARLOS HERRERA

Este individuo es indudablemente el llamado Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte, cuyo arresto último data del año 1819, y fue efectuado en el domicilio de una tal señora Vauquer, donde vivía oculto con el nombre de Vautrín.

Al margen se leía, de letra del prefecto:

Se ha trasmitido al jefe de seguridad Bibi-Lupín una orden telegráfica para que venga inmediatamente a efectuar la identificación, pues conoce personalmente a Jacobo Collín por haberlo detenido en 1819, con el concurso de una tal señorita Michonneau.

Los huéspedes que vivían en la casa Vauquer existen aún y pueden ser citados para la identificación.

El titulado Carlos Herrera es el amigo íntimo, el consejero del señor Luciano de Rubempré, a quien ha dado, durante tres años, sumas considerables que provenían evidentemente del robo.

Si se establece la identidad del supuesto español y de Jacobo Collín, esta solidaridad será la condena del señor de Rubempré.

La muerte repentina del agente Peyrade fue debida a un envenenamiento consumado por Jacobo Collín, por Rubempré o por sus secuaces. La razón de este asesinato obedece a que el agente les seguía la pista a estos dos criminales.

Al margen, el magistrado le enseñó a su mujer esta frase escrita por el propio prefecto:

De esto tengo yo conocimiento personal, y abrigo la certeza de que el señor Luciano de Rubempré se burló indignamente de Su Señoría el conde de Serizy y del señor fiscal general.

—¿Qué me dices de esto, Amelia?

—¡Es espantoso! —respondió la joven esposa—. ¡Acaba!

La sustitución del sacerdote español por el forzado Collín es el resultado de algún crimen cometido con más habilidad que aquel a favor del cual Cogniard se convirtió en conde de Saint-Helene.

LUCIANO DE RUBEMPRÉ

Luciano Chardón, hijo de un boticario de Angulema, y cuya madre es una Rubempré, debe a una R. O. el derecho de llevar el nombre de Rubempré. Esa R. O. fue concedida a instancia de la señora duquesa de Maufrigneuse y del señor conde de Serizy.

En 182… ese joven había venido a París sin ningún medio de existencia, en compañía de la señora Sixto del Chatelet, señora de Bargetón entonces, prima de la señora de Espard.

Ingrato para con la señora de Bargetón, había vivido maritalmente con una tal Coralia, actriz del Gimnasio, que falleció y que dejó por él al señor

Camusot, tratante en sedas de la calle de los Bourdonnais.

Caído en la miseria por los escasos recursos que le procuraba aquella actriz, comprometió gravemente a su honrado cuñado, impresor de Angulema, emitiendo letras falsas por cuyo pago fue detenido David Sechard, durante una corta estancia del referido Luciano en Angulema.

Este asunto determinó la huida de Rubempré, el cual reapareció de pronto en París con el abate Carlos Herrera.

Sin medios conocidos de vida, Luciano gastó, por término medio, durante los tres primeros años de su estancia en París, unos trescientos mil francos que sólo pudo sacar del titulado abate Carlos Herrera, aunque se ignora con qué motivo.

Además, ha empleado recientemente más de un millón en la compra de la tierra de Rubempré para obedecer a una condición impuesta para su casamiento con la señorita Clotilde de Grandlieu. La ruptura de este casamiento depende de que la familia Grandlieu, a quien Luciano había dicho que su hermana y su cuñado le habían prestado aquellas sumas, tomó informes de los respetables esposos Sechard, por medio del procurador Derville, y aquéllos no sólo ignoraban las adquisiciones hechas por Luciano, sino que le creían excesivamente empeñado.

Por otra parte, la herencia que han tenido los esposos Sechard consiste en inmuebles, y, según su declaración, el dinero contante apenas ascendía a doscientos mil francos.

Luciano vivía secretamente con Ester Gobseck; es indudable, pues, que todas las dádivas del barón de Nucingen, protector de aquella señorita, han ido a parar a manos de Luciano.

Luciano y su compañero el forzado han podido sostenerse más tiempo que Cogniard enfrente del mundo, porque explotaban los recursos de la prostitución de la dicha Ester, muchacha *inscrita en el registro de prostitutas*.

A pesar de la repetición que supone esta nota en el relato del drama, se hacía necesario transcribirla textualmente para que se vea el papel de la policía. Como se ha podido ver ya en la nota pedida acerca de Peyrade, la

policía lleva unos registros exactos casi siempre sobre todas las familias y sobre todos los individuos cuya vida es sospechosa y cuyas acciones son reprensibles. La policía no ignora nada de todo lo que sea extravío. Ese mamotreto universal, balance de las conciencias, es tan bien llevado como el del Banco de Francia acerca de todas las fortunas. Del mismo modo que el Banco anota los más ligeros atrasos en cuestiones de pago, calcula todos los créditos y vigila las operaciones, así la policía estima la honradez de los ciudadanos. En esto, como en la Administración de Justicia, el inocente no tiene nada que temer, porque la acción del policía sólo atañe a las faltas. Por muy encopetada que sea una familia, no podrá nunca librarse de esta providencia provisional. Por lo demás, la discreción iguala a la extensión de su poder. Esa inmensa cantidad de juicios verbales hechos por los comisarios de policía, informes, notas, registros, ese océano de datos, duerme inmóvil, profundo y tranquilo como el mar. Que un accidente estalle, que el delito o el crimen surjan, y la justicia llama a la policía, e inmediatamente, si existe un registro acerca de los inculpados, se da conocimiento de él al juez. Esos registros, en los cuales se analizan los antecedentes, no son más que informes que mueren dentro de las paredes de la Comisaría y del Palacio de Justicia, pues ésta no puede hacer uso legal y sí únicamente instruirse con ellos. Aquellos datos dan siempre la razón a los crímenes, pero una razón que permanece inédita. Ningún jurado los creería, y el país entero se sublevaría de indignación si los datos policiacos se hicieran públicos en el juicio oral. Aquello es la verdad condenada a permanecer para siempre en un pozo. Después de doce años de ejercicio en París, no hay magistrado que no sepa que los jueces y la policía ocultan la mitad de esas infamias, que son como el lecho en que se ha inmolado el crimen. Si el público pudiese conocer hasta dónde llega la discreción de la policía que tiene memoria, reverenciaría a esos buenos funcionarios. Se cree a la policía astuta, maquiavélica, cuando, en realidad, es excesivamente benigna. Únicamente que se limita a escuchar las pasiones en su paroxismo, recibe las delaciones y conserva todas sus notas. Lo que ella hace por la justicia, lo hace también por la política. Pero en política es tan cruel, tan parcial como la difunta Inquisición.

—Dejemos esto —dijo el juez colocando las notas en una carpeta—; éste es un secreto entre la policía y la justicia: el juez verá lo que vale; pero los señores Camusot no han sabido nunca nada.

—¿Necesitas repetirme eso? —dijo la señora Camusot.

—Luciano es culpable —replicó el juez—; pero ¿de qué?

—Un hombre amado por la duquesa de Maufrigneuse, por la condesa de Serizy y por Clotilde de Grandlieu, no es culpable —respondió Amelia—; el otro *debe* haberlo hecho todo.

—¡Pero Luciano es su cómplice! —exclamó Camusot.

—¿Quieres creerme? —le dijo Amelia—. Entrega a ese sacerdote a la diplomacia, declara inocente a ese miserable, y busca a otros culpables.

—¡Tú lo arreglas todo en seguida! —respondió el juez sonriendo—. Las mujeres van a su objeto, pisoteando las leyes, como los pájaros a través del aire.

—Pero, diplomático o forzado, el abate Carlos seguramente que apelará a algún testimonio para salir del paso —repuso Amelia.

—Yo soy un gorro y tú la cabeza —le dijo Camusot a su mujer.

—Pues bien, basta de deliberación; ven a abrazar a tu Amelia que es la una.

Y la señora Camusot fue a acostarse dejando a su marido para que ordenase sus papeles y sus ideas para los interrogatorios que les tenía que hacer al día siguiente a los dos procesados.

Mientras que los coches celulares llevaban a Jacobo Collín y a Luciano a la Conserjería, el juez de instrucción, después de haber almorzado, atraviesa París a pie, según la sencillez de costumbres adoptada por los magistrados parisienses, para acudir a su despacho donde lo tienen todo preparado en la siguiente forma:

Todos los jueces de instrucción tienen su escribano, especie de secretario judicial juramentado, cuya raza se perpetúa sin primas, y produce excelentes sujetos en los cuales el mutismo es natural y absoluto. Desde el origen de los parlamentos hasta hoy se desconoce en las audiencias el ejemplo de una indiscreción cometida por los escribanos de las instrucciones judiciales. Gentil vendió la absolución dada a Semblançay por Luisa de Saboya, un oficial de guerra le vendió a Czernichef el plan de la campaña de Rusia; todos estos traidores eran más o menos ricos. Las

perspectivas de una colocación en la Audiencia, la de una escribanía, la conciencia del oficio, bastan para hacer al escribano de un juez de instrucción el rival feliz de la tumba, pues la tumba es indiscreta desde que la química ha progresado. Ese empleado es la pluma misma del juez. Muchos comprenderán que sea el árbol de la máquina, y se preguntarán cómo puede uno avenirse a ser únicamente una rueda. El escribano de Camusot, joven de veintidós años, llamado Coquart, había ido por la mañana a buscar todos los documentos y notas del juez, y lo había preparado todo en el despacho cuando el magistrado iba callejeando por los muelles, mirando las tiendas y preguntándose a sí mismo:

—¿Cómo arreglarse uno con un mozo como Jacobo Collín suponiendo que sea él? El jefe de seguridad lo reconocerá, y yo tengo que fingir que cumplo con mi deber, aunque sólo sea por la policía. Veo tantas imposibilidades, que lo mejor sería decírselo todo a la marquesa y a la duquesa y enseñarles las notas de la policía, con lo cual vengaría a mi padre, que fue privado de Coralia por Luciano… Al mismo tiempo si descubro a esos grandes criminales, fomentaré mi fama y Luciano se verá pronto abandonado de todos sus amigos. Vamos, el interrogatorio lo decidirá.

Camusot entró en casa de un comerciante de curiosidades, llevado por un reloj de Boule.

—No cargar mi conciencia y servir a esas dos damas: he aquí la habilidad —pensaba—. Toma, ¿usted también por aquí, señor fiscal? —dijo Camusot en voz alta—. ¡También busca usted medallas…

—Si es la afición de casi todos los curiales, a causa de los reversos —respondió el conde de Granville riéndose.

Y después de haber mirado la tienda durante unos instantes cual si acabase su inspección, se llevó a Camusot a lo largo del muelle, sin que Camusot pudiese atribuir aquel encuentro más que a la casualidad.

—Hoy tendrá usted que interrogar al señor de Rubempré —dijo el fiscal—; pobre joven; yo le quería de veras.

—Hay muchos cargos contra él —dijo Camusot.

—Sí, he visto las notas de la policía; pero son debidas, en parte, a un

agente que no depende de la Prefectura, al famoso Corentín, un hombre que ha hecho que le cortasen el cuello a más inocentes que culpables enviará usted al patíbulo en toda su vida… Pero ese pillastre está fuera de nuestro alcance. Sin querer influir ni ejercer presión sobre un magistrado como usted, no puedo menos de advertirle que si pudiese usted adquirir la convicción de la ignorancia de Luciano respecto al testamento de esa joven, resultaría que no tendría ningún interés en su muerte, pues la muchacha le daba muchísimo dinero.

—Tenemos la seguridad de su ausencia durante el envenenamiento de esa Ester —dijo Camusot—. Luciano acechaba en Fontainebleau el paso de la señorita de Grandlieu y de la duquesa de Lenoncourt.

—¡Oh! —contestó el fiscal general— tenía esperanzas de casarse con la señorita de Grandlieu, según me dijo a mí la propia duquesa de Grandlieu, que me parece imposible que un muchacho de tanto talento fuese a comprometerlo todo por un crimen inútil.

—Sí —dijo Camusot—, sobre todo si esa Ester le daba todo lo que ganaba…

—Derville y Nucingen dicen que murió ignorando la herencia que había tenido hacía poco —añadió el fiscal.

—Pero, entonces, ¿qué cree usted que ha sido eso? —preguntó Camusot— porque aquí hay algo.

—Creo que el crimen fue cometido por los criados —respondió el fiscal general.

—Desgraciadamente —advirtió Camusot—, es muy propio del modo de obrar de Jacobo Collín, pues no hay duda que ese sacerdote español no es otro más que el forzado evadido, eso de coger los setecientos cincuenta mil francos producidos por la venta de la inscripción de la renta al tres por ciento que regaló Nucingen.

—Mi querido Camusot, usted lo apreciará todo con prudencia. El abate Carlos Herrera está agregado a la diplomacia… aunque es verdad que un embajador que cometiese un crimen no se salvaría por ser embajador. ¿Es o no es el abate Carlos Herrera? ésta es la cuestión más importante.

Y el señor de Granville saludó como hombre que no espera respuesta.

—¿También él quiere salvar a Luciano? —pensó Camusot encaminándose hacia el muelle de las Lunettes, mientras que el fiscal entraba en la Audiencia por el patio de Harlay.

Al llegar al patio de la Conserjería, Camusot entró en el cuarto del director de aquella cárcel y lo llamó aparte.

—Señor, hágame el favor de ir a la Forcé a preguntarle a su colega de usted si tiene allí por casualidad algún forzado que haya vivido, de 1810 a 1815, en el presidio de Tolón, y vea también si tiene usted aquí alguno. Haremos trasladar a los de la Forcé aquí por algunos días, y ya me dirá usted si reconocen a Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte, en el supuesto cura español.

—No hace falta, señor Camusot, porque ha llegado ya Bibi-Lupín.

—¡Ah! —exclamó el juez.

—Estaba en Melún. Le han dicho que se trataba de Burla-la-Muerte, se ha sonreído de placer y espera órdenes.

—Dígale que venga.

El director de la Conserjería pudo entonces presentar al juez de instrucción el informe relativo a Jacobo Collín, describiéndole el deplorable estado en que se hallaba.

—Tenía intención de interrogarle en primer término —respondió el magistrado—; pero no a causa de su salud. Esta mañana he recibido una nota del director de la Forcé, y, según me dicen en ella, ese mozo, que parecía hallarse en agonía desde hace veinticuatro horas, ha dormido tan bien, que han entrado en su calabozo sin que él haya oído siquiera al médico y al director que le acompañaba. El médico no le ha tomado siquiera el pulso y lo ha dejado dormir, lo cual prueba que su conciencia estaba tranquila y que su salud es buena. Voy a simular que creo en esa enfermedad para estudiar el modo de ser de ese hombre —dijo el señor Camusot sonriendo.

—Con los procesados y los acusados, todos los días se aprenden cosas nuevas —advirtió el director de la Conserjería.

La Prefectura de policía se comunica con la Conserjería, y los magistrados, al igual que el director de la cárcel, pueden trasladarse a ella con excesiva prontitud. Así se explica la facilidad asombrosa con que el ministerio público y los presidentes pueden obtener informes. Cuando el señor Camusot estuvo en lo alto de la escalera que conducía a su despacho, halló a Bibi-Lupín que se había trasladado allí por la sala de los Pasos Perdidos.

—¡Qué celo! —le dijo el juez sonriendo.

—¡Ah! si es *él*, ya verá usted qué terrible danza se prepara, a pocos que sean los forzados que aquí haya —respondió el jefe de seguridad.

—¿Y por qué?

—Burla-la-Muerte se ha comido los fondos, y yo sé que han jurado exterminarle.

Bibi-Lupín se refería al tesoro que le había sido confiado veinte años antes a Burla-la-Muerte y que había sido disipado por Luciano, como sabemos ya.

—¿Podría usted hallar testigos de su último arresto?

—Déme dos citaciones, y hoy mismo le traeré dos testigos.

—Coquart —dijo el juez quitándose los guantes y poniendo el sombrero y el bastón en un rincón—, llene usted las dos citaciones que le indicará el señor.

El juez se miró en el espejo de la chimenea, sobre la cual había, en lugar de reloj, una palangana y un cubo de agua; a un lado una jarra llena de agua y un vaso, y al otro un quinqué. El juez llamó, y a los pocos momentos se presentó el alguacil.

—¿Hay ya gente? —le preguntó al alguacil encargado de recibir a los testigos, de examinar las citaciones y de colocarlos en orden.

—Sí, señor.

—Tome los nombres de las personas que se han presentado, y

tráigamelos.

Los jueces de instrucción, que tienen que aprovechar mucho el tiempo, se ven obligados a veces a hacer varias instrucciones a la vez. Tal es la razón de las largas esperas que tienen que hacer los testigos llamados a la pieza en que están los alguaciles y donde suena la campanilla del juez instructor.

—Después vaya usted a buscar al abate Carlos Herrera —le dijo Camusot al alguacil.

—¡Ah! sí, ya me han dicho que se ha disfrazado de cura español. ¡Bah! eso es copiado de Collet, señor Camusot —exclamó el jefe de seguridad.

—No hay nada nuevo —respondió Camusot firmando dos de aquellas citaciones que impresionan a todo el mundo, hasta a los más inocentes testigos, que tienen que comparecer so pena de severo castigo.

En este momento, Jacobo Collín, que había terminado ya desde hacía media hora su profunda deliberación, estaba sobre las armas. Nada puede acabar de pintar mejor aquella figura del pueblo rebelado contra las leyes, que las pocas líneas que había trazado en aquellos papeles grasientos.

El sentido del primero, que estaba escrito en el lenguaje convenido entre Asia y él, la cifra aplicada a la idea, era el siguiente:

«Vete a casa de la duquesa de Maufrigneuse o de la señora de Serizy, y que una de las dos vea a Luciano antes del interrogatorio y le dé a leer el papel adjunto. En fin, es preciso hallar a nuestros dos ladrones para que se dispongan a representar el papel que yo les indicaré.

»Corre a casa de Rastiñac y dile, de parte de aquel que le habló en el baile de la Ópera, que venga a declarar que el abate Carlos Herrera no se parece en nada al Jacobo Collín detenido en casa de la Vauquer.

»Obtén una cosa análoga del doctor Bianchón.

»Para lograr esto, hacer trabajar a las dos *mujeres de Luciano*».

En el papel incluido se leía en buen francés:

«Luciano, no confieses nada. Yo debo ser para ti el abate Carlos Herrera.

Esto será no sólo tu justificación, sino también tu honor salvo y la posesión de siete millones».

Estos dos papeles, pegados del lado de la escritura, de modo que pareciesen un fragmento de la misma hoja, fueron enrollados con un arte peculiar a los que han soñado en un presidio con el medio de ser libres, tomando la forma de una bola.

—Si soy llamado a declarar antes que Luciano, estamos salvados; pero si le llaman a él, se habrá perdido todo —se dijo el forzado esperando.

Aquel momento era tan decisivo, que el hombre tenía el rostro cubierto por un sudor frío. Aquel ser prodigioso adivinaba la verdad en su esfera del crimen, como Moliere en su esfera de la poesía dramática y Cuvier en la de las creaciones desaparecidas. El genio es en todo una intuición. Por encima de este fenómeno, el resto de las obras notables se debe al talento. En esto consiste la diferencia que separa a las gentes del primer orden de las gentes del segundo. El crimen tiene sus hombres de genio. Jacobo Collín, en aquel trance apurado, se encontraba con la señora Camusot, la ambiciosa, y con la señora de Serizy, cuyo amor se despertó ante el golpe terrible de la catástrofe que anulaba a Luciano. Tal era el supremo esfuerzo de la inteligencia humana contra la armadura de acero de la justicia.

Al oír el chirrido de los cerrojos al ser descorridos, Jacobo Collín recobró su máscara de moribundo, ayudado por la embriagadora sensación de placer que le causó el ruido de los pasos del carcelero en el corredor. Él ignoraba por qué medios llegaría Asia hasta él; pero tenía la seguridad de que la hallaría a su paso, sobre todo después de la promesa que había recibido en el arco de Saint-Jeán.

Después de aquel feliz encuentro, Asia se había ido a la Greve. En 1830, el nombre de la Greve tenía un sentido diferente del de hoy. Toda la parte del muelle, desde el puente de Arcola hasta el puente Luis Felipe, era entonces tal como lo había hecho la naturaleza, a excepción de la vía enlosada que formaba pendiente. En aquel muelle, los pisos bajos estaban todos elevados algunos escalones. Cuando el agua lamía el pie de las casas, los coches tomaban la horrible calle de la Mortellerie, destruida hoy por completo para agrandar la casa de la villa. Le fue fácil, pues, a la tendera empujar al carrito por el muelle y ocultarlo hasta que la verdadera tendera fue a unírsele en el lugar convenido para hacerse cargo del

carretón prestado. En aquel momento acababan el ensanche del muelle Pelletier, la entrada de la cantera estaba vigilada y la carreta confiada a sus cuidados no corría riesgo ninguno.

Inmediatamente Asia tomo un coche en la plaza del Hotel de la Villa y le dijo al cochero:

—¡Al temple! y aprisa que habrá propina.

Una mujer vestida como iba Asia podía perderse en el vasto mercado en que se amontonaban todos los andrajos de París, donde pululan mil tenderas ambulantes y donde charlan doscientas vendedoras, sin excitar la menor curiosidad. Apenas acababan de ser encerrados los dos procesados, cuando ella se mudaba de ropa en un entresuelo de esos que se dedican al tráfico de ropa usada y que era propiedad de la vieja solterona Rónima, abreviatura de Gerónima.

—Hija mía —dijo Asia—, vengo a acicalarme. Tengo que parecer lo menos una baronesa del arrabal Saint-Germain. Y dése prisa, porque tengo los pies llenos de barro. Ya sabes lo que me sienta mejor, y envía a la pequeña a buscar un coche.

—Sí, señora, en seguida —respondió la solterona con una sumisión y una humildad propias de esclava.

Si esta escena hubiese tenido testigos, hubiese sido fácil notar que la mujer oculta bajo el nombre de Asia estaba en su casa.

—¡Me proponen la compra de diamantes! —dijo Rónima mientras peinaba a Asia.

—¿Son robados?

—Así lo creo.

—Entonces, hija mía, por grande que sea el provecho, es preciso privarse de ellos. Durante algún tiempo nos conviene evitar conflictos.

Ahora ya se comprenderá cómo pudo hallarse Asia en la sala de los pasos perdidos del Palacio de Justicia, con una citación en la mano, a través de los corredores y de las escaleras que conducen al despacho de los jueces, preguntando por el señor Camusot, un cuarto de hora antes de la llegada

del juez.

Asia no se parecía ya a sí misma. Después de haberse lavado la cara de vieja, como pudiera hacerlo una actriz, y de haberse pintado de nuevo, se había puesto una hermosa peluca rubia. Vestida enteramente lo mismo que una dama del arrabal Saint-Germain que busca a su perro perdido, parecía tener cuarenta años, pues se había ocultado la cara bajo un magnífico velo de encaje negro. Un corsé muy apretado comprimía su talle de cocinera. Muy bien enguantada, exhalaba un fuerte olor a perfumes, jugueteando con un saco con montura de oro, compartía su atención entre las paredes del edificio que recorría por primera vez y el cordón de un perrito faldero. Semejante viuda noble no tardó en llamar la atención de los curiales que llenaban las oficinas.

Además de los abogados sin pleitos que limpian aquellos lugares con su toga y que llaman a los grandes abogados por su nombre de pila, al igual que los grandes señores entre sí, para que se crea que pertenecen a la aristocracia de la clase, se ve a veces allí otra porción de aspirantes a los distintos cargos de la curia. Sería, a decir verdad, una descripción curiosa la de las diferencias que existen entre cada una de las togas que se pasean por aquellas salas, de tres en tres, y a veces de cuatro en cuatro, produciendo con sus conversaciones un inmenso murmullo que resuena en aquella sala. Asia había contado con los callejeros del Palacio; se reía para sus adentros de algunos dichos que oía, y acabó por llamar la atención de Massol, joven pasante que creyó conveniente ofrecer sus servicios a una mujer tan bien perfumada y tan ricamente vestida.

Asia atipló la voz para decirle a aquel atento señor que acudía a una citación de un juez llamado Camusot.

—¡Ah! para el asunto Rubempré.

El proceso tenía ya su nombre.

—¡Ah! pero no es a mí a quien se cita, sino a mi camarera, una joven que se llama Europa, que me estuvo sirviendo veinticuatro horas, y que huyó al ver que mi criado recibía esta citación.

Y acto continuo, como todas las viejas que se pasan la vida charlando al amor del fuego, la viuda noble hizo paréntesis, contó sus desgracias con su primer marido, que era uno de los directores de la Caja territorial,

consultó al joven abogado acerca de si debía entablar un pleito con su yerno, el conde de Gross-Narp, que hacía a su hija muy desgraciada, y de si la ley le permitía disponer de su fortuna. A pesar de sus esfuerzos, Massol no podía adivinar si la citación era para el ama o para la criada. En el primer momento se había contentado con dirigirle una mirada a aquel documento judicial, cuyos ejemplares son tan conocidos porque, para mayor facilidad, están impresos y los escribanos no tienen más que llenar los huecos con los nombres y el domicilio de los testigos, la hora de la comparecencia, etc. Asia pedía explicaciones acerca de aquella casa, que le era más conocida de lo que pudiera serle al pasante, y acabó por preguntarle a qué hora iba aquel señor Camusot.

Generalmente, los jueces de instrucción empiezan los interrogatorios a eso de las diez.

—Son las diez menos cuarto —dijo Asia mirando un relojito de oro, una verdadera obra maestra que le hizo pensar a Massol en lo muy caprichosa que era la fortuna.

En este momento, Asia había llegado a aquella sala oscura que daba al patio de la Conserjería donde suelen estar los alguaciles, y al ver el postigo a través de una ventana, preguntó:

—¿De dónde son esos muros?

—De la Conserjería.

—¡Ah!, ¿es ésa la Conserjería donde nuestra pobre reina…? ¡Oh!, ¡cuánto me gustaría ver su calabozo!

—Señora baronesa, es imposible —respondió el abogado, que daba el brazo a la viuda—; es preciso obtener un permiso especial, y ese permiso no se logra fácilmente.

—Me han dicho que Luis XVIII había hecho, él mismo, en latín la inscripción que se ve en el calabozo de María Antonieta.

—Sí, señora baronesa.

—Quisiera saber latín para estudiar las palabras de esa inscripción. ¿Cree usted que el señor Camusot podrá darme permiso?

—Eso no es cosa de él; pero puede acompañarla a usted.

—¿Y los interrogatorios que tiene que hacer?

—¡Oh! los procesados ya esperarán —respondió Massol.

—¡Toma!, ¡es verdad!, ¡son procesados! —respondió sencillamente Asia—. Pero yo conozco al señor de Granville, el fiscal general. Esta exclamación produjo un efecto mágico en los alguaciles y en el abogado.

—¡Ah!, ¡conoce usted al señor fiscal! —dijo Massol, que pensaba preguntar el nombre y la dirección de la *cliente* que la casualidad le procuraba.

—Lo veo con frecuencia en casa de su amigo el señor de Serizy. La señora de Serizy es pariente mía por los Ronquerolles.

—Si la señora quiere bajar a la Conserjería —dijo un alguacil—, yo…

—Sí —dijo Massol.

Y los alguaciles dejaron bajar al abogado y a la baronesa, los cuales no tardaron en hallarse en el cuerpo de guardia que está al pie de la escalera de la Ratonera, local que conocía perfectamente Asia, y que forma un punto de observación por el que todo el mundo tiene que pasar, entre la Ratonera y el sexto cuarto.

—Pregúntele a esos señores si ha venido ya el señor Camusot —dijo Asia mirando a los gendarmes que jugaban a las cartas.

—Sí, señora, acaba de subir de la Ratonera.

—¡La Ratonera! —repitió la viuda— ¿qué es eso? ¡Oh!, ¡qué tonta he sido en no dirigirme directamente al conde de Granville!… Ahora ya no tengo tiempo… Señor, lléveme a ver al señor Camusot antes de que esté ocupado.

—¡Oh! señora, tiene usted tiempo sobrado para ver al señor Camusot —dijo Massol—. Entregándole una tarjeta por medio del alguacil, le evitará la molestia de hacer antesala con los testigos… Aquí siempre se le guardan consideraciones a las señoras como usted. ¿Lleva usted tarjetas?

En este momento, Asia y su abogado se hallaban precisamente enfrente de la ventana del cuerpo de guardia desde donde los gendarmes pueden ver el movimiento del postigo de la Conserjería. Los gendarmes, educados en el respeto a la viuda y al huérfano y conocedores de los privilegios de la toga, toleraron por algunos instantes la presencia de una baronesa acompañada de un abogado. Asia se dejaba contar por el joven abogado todas las cosas horribles que un abogado puede decir acerca de la cárcel. La viuda se negó a creer que se les cortase el pelo a los condenados a muerte detrás de aquellas rejas que veía; pero el sargento se lo confirmó.

—¡Cuánto me gustaría ver eso!

Y permaneció allí charlando con el sargento y con el abogado hasta que vio a Jacobo Collín sostenido por dos gendarmes y precedido del alguacil del señor Camusot.

—¡Ah! Allí veo al capellán de la cárcel que viene, sin duda, de preparar a algún desgraciado.

—No, no, señora baronesa, es un procesado que va a declarar —respondió el gendarme.

—¿Y de qué le acusan?

—Está complicado en ese asunto del envenenamiento.

—¡Oh!, ¡me gustaría verlo!

—Señora, no puede usted permanecer aquí, porque está incomunicado y va a atravesar ahora nuestro cuerpo de guardia —le dijo el sargento—. Mire, señora, aquella puerta da a la escalera.

—Gracias, señor sargento —dijo la baronesa dirigiéndose a la puerta desde la cual exclamó—: Pero ¿dónde estoy?

Este grito, que no tenía más objeto que llamar la atención del forzado, llegó a oídos de Jacobo Collín. El sargento corrió detrás de la señora baronesa, la cogió por la cintura y la transportó como una pluma en medio de cinco gendarmes que se habían levantado como un sólo hombre, porque, en aquel cuerpo de guardia se desconfía de todo.

El acto era arbitrario, si se quiere, pero necesario, y el abogado mismo

temió tanto comprometerse que lanzó dos exclamaciones de «¡Señora!, ¡señora!» que denotaron su espanto.

El cura Carlos Herrera, casi desmayado, se sentó en una silla en el cuerpo de guardia.

—¡Pobre hombre! —dijo la baronesa.

Estas palabras, aunque fueron pronunciadas al oído del joven abogado, no dejaron de ser oídas por todo el mundo, pues reinaba allí un silencio sepulcral. Algunas personas privilegiadas obtienen a veces permiso para ver a los criminales famosos mientras que atraviesan aquel cuerpo de guardia o cuando pasan por los corredores; de manera que el alguacil y los gendarmes que llevaban a Carlos Herrera no dieron señal ninguna de sorpresa. Por otra parte, gracias al celo del sargento que había cogido a la baronesa en brazos, existía un espacio bastante grande entre aquella y el procesado para impedir toda comunicación.

—¡Vamos! —dijo Jacobo Collín haciendo un esfuerzo.

En aquel momento la bolita cayó de su manga y fue vista por la baronesa, que le observaba con la mayor atención. Húmeda y grasienta, la bolita no había rodado, pues esta circunstancia de que no rodase había sido prevista por Jacobo Collín. Cuando el procesado estuvo en lo alto de la escalera, Asia dejó caer con naturalidad el saquito que llevaba y lo recogió en seguida; pero al agacharse se apoderó también de la bolita.

—¡Ah! esto me ha emocionado de veras… el pobre está moribundo.

—¡Oh! lo parece —contestó el sargento.

—Señor —dijo Asia al abogado—, lléveme en seguida junto al señor Camusot, pues yo vengo para ese mismo proceso y tal vez quiera él verme antes de interrogar al pobre cura.

El abogado y la baronesa no dejaron el cuerpo de guardia; pero cuando estuvieron en lo alto de la escalera, Asia exclamó:

—¡Y mi perro!… ¡Oh! señor, ¡mi pobre perro!…

Y echó a correr como una loca a través de las galerías, preguntando a todo el mundo por su perro. Al llegar a la galería común, corrió hacia una

escalera diciendo:

—¡Allí está!

Aquella escalera era la que conducía al patio de Harlay, y, una vez representada la comedia, Asia tomó uno de los coches que había en el muelle de Orfevres y desapareció con la citación de Europa, cuyos nombres verdaderos eran ignorados por la policía y por la justicia.

—¡Calle Neuve-Saint-Marc! —le gritó al cochero.

Asia podía contar con la inviolable discreción de una tendera de ropas viejas llamada Nourrisón, conocida también por el nombre de la señora Saint-Esteve, la cual le prestaba no sólo su nombre sino también su tienda, aquella tienda donde Nucingen había regateado la entrega de Ester. Asia estaba allí como en su casa, pues ocupaba un cuarto en el alojamiento de la señora Nourrisón; así es que pagó el coche y subió a su cuarto después de saludar a su amiga de un modo que le diese a entender que no tenía ni un minuto que perder.

Una vez libre de todo espionaje, Asia se puso a desenrollar los papeles con el mismo cuidado que emplean los sabios para desenrollar los palimpsestos. Después de haber leído aquellas instrucciones, juzgó conveniente transcribir las líneas destinadas a Luciano, y luego bajó junto a la señora Nourrisón para dar orden de que le fuesen a buscar un coche al bulevar de los Italianos. Asia le preguntó entretanto las direcciones de la duquesa de Maufrigneuse y de la señora de Serizy, a la señora Nourrisón, que las sabía a causa de sus relaciones con las camareras.

Estas diversas correrías, estas minuciosas ocupaciones emplearon más de dos horas. La señora duquesa de Maufrigneuse, que vivía en el arrabal Saint-Honoré, hizo esperar una hora a la señora de Saint-Esteve, a pesar de que la camarera le había entregado a su ama una tarjeta en la cual Asia había escrito:

«*Para una cosa urgente relativa a Luciano*».

A la primera mirada que Asia le dirigió a la duquesa, comprendió que su visita era intempestiva; así es que se excusó por haber turbado el reposo de la señora duquesa, pretextando el peligro que corría Luciano.

—¿Quién es usted?… —preguntó la duquesa de un modo descortés mirando de pies a cabeza a Asia, la cual podía pasar por una baronesa a los ojos de un Massol en la Conserjería, pero no en el salón del palacio Cadiñán.

—Señora duquesa, soy una tendera de ropa vieja; porque en estas circunstancias, siempre se dirige la gente a las mujeres cuya profesión descansa en una discreción absoluta. Nunca le he hecho traición a nadie, y Dios sabe cuántas damas me han confiado sus diamantes por un mes, pidiéndome en cambio alhajas falsas semejantes en un todo a las suyas.

—¿Tiene usted otro nombre diferente del que me ha dicho? —dijo la duquesa sonriéndose al recordar un hecho que le sugería esta pregunta.

—Sí, señora duquesa, soy la señora Saint-Esteve en las grandes ocasiones; pero en el comercio me llamo la señora Nourrisón.

—Bien, bien —respondió la duquesa cambiando de tono.

—Yo puedo prestar grandes servicios —dijo Asia— porque nosotras conocemos los secretos de los maridos lo mismo que los de las mujeres. Yo tengo muchos negocios con el señor de Marsay, a quien la señora duquesa…

—¡Basta!, ¡basta! —exclamó la duquesa— ocupémonos de Luciano.

—Si la señora duquesa quiere salvarlo, será preciso que no pierda el tiempo en vestirse, lo cual le será tanto más fácil cuanto que no puede estar más guapa de lo que está en este momento. ¡Está usted hermosísima!, ¡se lo juro! En fin, señora, no mande tampoco enganchar y venga conmigo en mi coche… Venga a casa de la señora de Serizy, si quiere evitar desgracias mayores, que pudiera serlo la muerte de ese querubín.

—¡Vamos!, ¡ya estoy! —dijo la duquesa después de un momento de vacilación—. Entre las dos le daremos valor a Leontina.

No obstante la actividad verdaderamente infernal de aquella Dorina del presidio, daban las tres cuando entraba, con la duquesa de Maufrigneuse, en casa de la señora de Serizy, que vivía en la calle de la Chaussée-d'Antín. Pero una vez allí, gracias a la duquesa no se perdió ni un

momento. Las dos fueron recibidas en seguida por la condesa, a quien hallaron acostada en un diván en medio de un jardín perfumado por las flores más raras.

—Está bien —dijo Asia mirando en torno suyo—; nadie podrá escucharnos.

—¡Ah! querida mía, me muero. Veamos, Diana, ¿qué has hecho? —exclamó la condesa levantándose y cogiendo a la duquesa por los hombros, al mismo tiempo que rompía en abundante llanto.

—Vamos, Leontina, hay ocasiones en que las mujeres como nosotras no deben llorar, sino obrar —dijo la duquesa obligando a la condesa a sentarse.

Asia estudió a la condesa con aquella mirada propia de las viejas ladinas que escudriñan el alma de una mujer como el cirujano una llaga. La compañera de Jacobo Collín reconoció en ella las huellas del sentimiento más raro de las mujeres del mundo del verdadero dolor, de ese dolor que hace surcos imborrables en el corazón y en el rostro. ¡En su tocado no se notaba la menor coquetería! La condesa tenía entonces cuarenta y cinco años, y su peinador de muselina arrugado dejaba ver el cuerpo sin ningún atavío. Los ojos cercados de una faja negruzca, las mejillas tersas daban fe de sus copiosas lágrimas. El peinador no tenía cinturón y los bordados de la falda y de la camisa estaban arrugados por completo. Los cabellos, recogidos en un gorro de encaje y olvidados del peine desde veinticuatro horas antes, dejaban ver su pobreza y escasez. Leontina se había olvidado de ponerse los añadidos.

—Usted ama por primera vez en su vida —le dijo silenciosamente Asia.

Entonces Leontina vio a Asia e hizo un movimiento de espanto.

—¿Quién es esta mujer, mi querida Diana? —le preguntó a la duquesa de Maufrigneuse.

—¿Quién quieres que sea más que una mujer adicta a Luciano y dispuesta a servirnos?

Asia había adivinado la verdad. La señora de Serizy, que pasó por ser una de las mujeres más ligeras del mundo, sintió durante diez años un gran afecto por el marqués de Aiglemont; pero desde la marcha del marqués a

ultramar, se había enamorado locamente de Luciano y lo había arrancado de los brazos de la duquesa de Maufrigneuse, ignorando, como todo París, el amor de Luciano por Ester. En el gran mundo, un amor probado daña más la reputación de una mujer que diez aventuras secretas, y dos amores no hay que decir si dañarán. Sin embargo, como nadie contaba con la señora de Serizy, el historiador no podría garantizar su virtud teniendo ya estas dos manchas. Era una rubia de mediana estatura, que se conservaba como se conservan las rubias, es decir, que apenas representaba treinta años, y que era finita sin ser flaca; los pies, las manos y el cuerpo aristocráticos; gracia y lista como una Ronquerolles y, por consiguiente, tan mala para las mujeres como buena para los hombres. Siempre se había visto libre de las críticas que habían herido a otra mujer, por su gran fortuna, por la posición elevada de su marido y por la de su hermano el marqués de Ronquerolles. Había tenido un gran mérito: en medio de su depravación, era franca y confesaba su culto por las costumbres de la Regencia. Ahora bien, a los cuarenta y dos años, aquella mujer, para quien los hombres habían sido hasta entonces agradables juguetes, había sentido al ver a Luciano un amor semejante al del barón de Nucingen por Ester y entonces había amado por primera vez en su vida, según acababa de decirle Asia. Estas trasposiciones de juventud son más frecuentes de lo que parece en los parisienses y en las grandes damas, y causan las caídas inexplicables de algunas mujeres virtuosas en el momento en que llegan al puerto de los cuarenta años. La duquesa de Maufrigneuse era la misma confidenta de aquella pasión terrible y completa cuyos goces volvían loca e insaciable a Leontina.

Sabido es que el amor verdadero es implacable. El descubrimiento de una Ester había ido seguido de una de esas rupturas violentas en las que la rabia de la mujer llega hasta el asesinato, y luego de ese otro periodo de cobardías a que con tanta delicia se entrega el amor sincero. Hacía ya un mes que la condesa habría dado diez años de su vida por volver a ver a Luciano durante ocho días, y había llegado por fin a aceptar la rivalidad de Ester en el momento en que corrió la voz de la detención de Luciano, en medio del paroxismo de su afecto, cual la trompeta del juicio final. La condesa había estado a punto de morir y su marido la veló en persona por temor a las revelaciones del delirio. Hacía ya veinticuatro horas que vivía con un puñal en el corazón, y, en medio de su fiebre, le decía a su marido: «Libra a Luciano y no viviré más que para ti».

—No se trata de poner ojos de carnero muerto, como dice la señora

duquesa —exclamó la terrible Asia sacudiendo del brazo a la condesa—. Si quiere usted salvarle, es preciso no perder un momento. Es inocente, yo lo juro sobre los restos de mi madre.

—¡Oh!, ¡sí!, ¿verdad? —gritó la condesa mirando con bondad a la horrible comadre.

—Pero si el señor Camusot le *interroga mal* —dijo Asia—, con dos frases puede hacerlo aparecer culpable; mientras que si puede usted lograr que le dejen hablar con él un instante, no tiene más que entregarle este papel… y mañana está libre, yo lo garantizo… Sáquelo, sáquelo de ahí, usted que lo ha metido.

—¡Yo!

—Sí, usted. Ustedes las grandes damas no tienen nunca un céntimo, aunque sean millonarias. Cuando yo me permitía el lujo de tener hombres, llevaban los bolsillos repletos de oro. A mí me satisfacía su dicha. ¡Es tan grato ser a la vez madre y amante!… Vosotras dejáis morir de hambre a los que os aman, sin preocuparos de su situación. Ester no hacía frases, y a costa de la perdición de su cuerpo y de su alma dio el millón que le pedían a Luciano, y esto es lo que le ha puesto en la situación en que está.

—¡Pobrecilla!, ¡ha hecho eso!, ¡ya la amo! —dijo Leontina.

—¡Ah!, ¡a buena hora! —dijo Asia con glacial ironía.

—Era muy guapa, pero ahora, ángel mío, tú eres más guapa que ella… y el casamiento de Luciano con Clotilde está deshecho y nada puede reanudarlo —le dijo en voz baja la duquesa a Leontina.

Los efectos de esta reflexión fueron tales en la condesa, que dejó de sufrir, se pasó las manos por la frente y se rejuveneció.

—Vamos, pequeña, levanta la patita y arriba —dijo Asia al ver aquella metamorfosis cuya causa adivinó.

—Pero si es preciso impedir ante todo que el señor Camusot interrogue a Luciano, lo mejor es ponerle dos letras y enviárselas por tu criado, Leontina —dijo la señora de Maufrigneuse.

—Entonces volvamos a mi cuarto —contestó la de Serizy.

He aquí lo que ocurría en el despacho del juez mientras que las protectoras de Luciano obedecían las órdenes dictadas por Jacobo Collín.

Los gendarmes transportaron al moribundo a una silla colocada enfrente de la ventana en el despacho del señor Camusot, el cual ocupaba su sillón. Coquart, con la pluma en la mano, se hallaba sentado ante una mesita a pocos pasos del juez.

La situación de los despachos de los jueces de instrucción no es cosa indiferente, y si no ha sido escogida con intención, hay que confesar que la casualidad ha tratado a la justicia como hermana. Los magistrados son como los pintores; necesitan la luz pura que viene del norte, pues el rostro de los criminales es un cuadro cuyo estudio debe ser constante; así es que casi todos los jueces de instrucción colocan sus mesas en la misma situación que había escogido Camusot, de modo que den la espalda a la luz y, por consiguiente, que la cara de los criminales quede expuesta a la mayor claridad. Al cabo de seis meses de ejercicio, ninguno deja de afectar un aire distraído e indiferente, cuando no lleva anteojos negros, mientras dura el interrogatorio. A un cambio repentino de cara observado por este medio y producido por una pregunta hecha a boca de jarro, fue a lo que se debió el descubrimiento del crimen cometido por Castaing, en el momento en que el juez iba a ponerlo en libertad por falta de pruebas, después de una larga deliberación con el fiscal general. Este pequeño detalle bastará para hacer comprender a todo el mundo cuán viva, interesante, curiosa, dramática y terrible es la lucha de una instrucción criminal, lucha sin testigos, pero siempre escrita. Dios sabe lo que queda en el papel de la escena más fríamente ardiente, en que los ojos, el acento, un estremecimiento del rostro, el más ligero tinte de colorido, es un peligro para aquella lucha semejante a la de los salvajes que se acechan para matarse. El juicio oral no es ya más que la ceniza del incendio.

—¿Cuáles son sus nombres verdaderos? —le preguntó Camusot a Jacobo Collín.

—Don Carlos Herrera, canónigo del cabildo real de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII.

Es preciso advertir aquí que Jacobo Collín hablaba muy mal el francés, tan mal, que sus respuestas eran a veces ininteligibles y había que rogarle que las repitiese. Los germanismos del señor de Nucingen abundan ya

demasiado en esta obra para añadir a ellos otras frases difíciles de leer y que perjudicarían la rapidez del desenlace.

—¿Tiene usted documentos que prueben lo que usted dice? —le preguntó el juez.

—Sí, señor, un pasaporte, una carta de Su Majestad Católica que autoriza mi misión… Además, puede usted enviar en seguida a la embajada de España dos letras mías y verá cómo seré reclamado. Si necesita usted más pruebas, le escribiré a su Eminencia el limosnero mayor de Francia, y no dudo que éste enviará en el acto a su secretario particular.

—¿Sigue usted pretendiendo hallarse moribundo? —dijo Camusot—. Si hubiese usted sentido verdaderamente los males de que se quejó al ser arrestado, ahora estaría muerto —le contestó el juez con ironía.

—Está usted juzgando el valor de un inocente y la fuerza de su temperamento —respondió el procesado con dulzura.

—¡Coquart! llame usted al médico y a un practicante. Nos veremos obligados a quitarle la ropa para examinar la señal que tiene usted en la espalda —dijo Camusot.

—Señor, estoy a su disposición.

El procesado le preguntó al juez si tendría la bondad de explicarle qué marca era aquella y porqué la buscaba en la espalda precisamente.

El juez esperaba esta pregunta.

—Se sospecha que es usted Jacobo Collín, forzado evadido, cuya audacia no recula ante nada… ni siquiera ante el sacrilegio —dijo el juez observando atentamente al procesado.

Jacobo Collín no tembló, no se ruborizó, sino que permaneció sereno y afectó un aire de curiosidad al mismo tiempo que miraba a Camusot.

—¡Señor!, ¡yo un forzado!… ¡Que Dios y la orden a que pertenezco le perdonen su error! Dígame lo que tengo que hacer para evitar que persista usted en un insulto tan grave y tan ofensivo para un hombre, para la Iglesia y para el rey mi señor.

Sin responderle al procesado, el juez dijo que si había llevado la marca que se le ponía entonces a los condenados a trabajos forzados, las letras no tardarían en ser vistas.

—¡Ah! señor —dijo Jacobo Collín—, grande sería mi desgracia si ahora hubiese de serme funesta mi adhesión a la causa real.

—Explíquese claramente —dijo el juez—; para esto está usted aquí.

—Señor, yo tengo unas cicatrices en la espalda, porque fui fusilado por detrás, como traidor a mi país, cuando era fiel a mi rey, por los constitucionales que me dejaron por muerto.

—¡Ha sido usted fusilado y vive! —dijo Camusot.

—Estaba en inteligencia con algunos soldados que habían recibido dinero de personas piadosas, y me colocaron tan lejos, que sólo me alcanzaron balas casi muertas en la espalda. Es éste un hecho que puede ser confirmado por el señor embajador.

—Este demonio de hombre tiene respuestas para todo. Mejor que mejor —pensaba Camusot, que sólo simulaba severidad para cubrir las apariencias ante la justicia y la policía—. ¿Cómo ha sido que un hombre de su carácter se hallaba en casa de la querida del barón de Nucingen?, ¡y qué querida!, ¡una prostituta!

—He aquí por qué me hallaron en la casa de esa libertina, señor —respondió Jacobo Collín—. Pero antes de decirle la razón que me llevaba allí, he de advertirle que en el momento en que franqueaba el primer peldaño de la escalera, me sentí enfermo de repente y no pude hablar con aquella muchacha. Yo había tenido conocimiento de los propósitos que tenía Ester de suicidarse, y como se trataba de los intereses de Luciano de Rubempré, a quien profeso un afecto particular por motivos que son sagrados, acudía a apartar a aquella criatura de la senda adonde la conducía la desesperación: quería decirle que Luciano no lograría sus deseos de casarse con Clotilde de Grandlieu, y esto, unido a la noticia de que había heredado siete millones, me hacían confiar en que desistiría de su afán de morir. Señor juez, tengo la certidumbre de haber sido víctima de los secretos que me fueron confiados. Por el modo como me sentí enfermo, pienso que me dieron algún veneno aquella mañana y que sólo estoy vivo gracias a mi temperamento. Hace tiempo que me

persigue un agente de policía y que trata de envolverme en un negocio sucio. Si al ser yo detenido hubiesen atendido mi súplica y se hubiese llamado a un médico, ahora tendría usted la prueba de lo que le digo acerca de mi salud. Señor, no dude que hay personajes que tienen interés en confundirme con algún bandido para deshacerse de mí. El servir a los reyes no es todo rosas, que también ellos tienen sus bajezas. Sólo la Iglesia es perfecta.

Es imposible describir los movimientos fisonómicos de Jacobo Collín, el cual empleó diez minutos en decir lo que dejamos expuesto pronunciando frase a frase su discurso. Era todo tan verosímil, y más que nada la alusión a Corentín, que el juez empezó a dudar.

—¿Puede usted decirme la causa de su cariño a Luciano de Rubempré?

—¿No lo adivina usted? señor, tengo sesenta años… pero, se lo suplico, no escriba eso… es… ¿No hay más remedio?

—Es necesario, no sólo por usted sino por interés de Luciano, que lo diga todo —respondió el juez.

—¡Pues bien!, ¡oh! ¡Dios mío!, ¡es mi hijo! —añadió el sacerdote.

Y se desmayó.

—No escriba esto, Coquart —dijo Camusot en voz baja.

Coquart se levantó para ira buscar una botella de vinagre.

—Si fuese Jacobo Collín, habría que confesar que es un gran farsante —pensaba Camusot.

Coquart le hacía respirar el vinagre al forzado, que era examinado por el juez con una perspicacia de lince y de magistrado.

—Es preciso quitarle la peluca —dijo Camusot mientras que Jacobo Collín volvía en sí.

El forzado oyó esta frase y se estremeció, pues no ignoraba la innoble expresión que adquiría su cara de aquel modo.

—Si no tiene usted fuerza para quitarse la peluca… Coquart, quítesela

usted —le dijo el juez a su escribano.

Jacobo Collín presentó la cabeza al escribano con una resignación admirable, pero entonces ofreció un espectáculo horrible y presentó su carácter real. La vista de aquella cabeza calva volvió a sumir a Camusot en la duda. Mientras llegaban el médico y el practicante, el juez empezó a clasificar y a examinar todos los papeles y objetos hallados en el domicilio de Luciano. Después de haber estado en la calle Saint-Georges, en casa de la señorita Ester, el juzgado se había trasladado al muelle Malaquais para seguir haciendo pesquisas.

—Veo que ha cogido usted las cartas de la señora condesa de Serizy —dijo Carlos Herrera—, y no comprendo por qué se han apoderado ustedes de los papeles de Luciano.

—Luciano de Rubempré, como cómplice suyo, ha sido detenido —respondió el juez para ver el efecto que le causaría esta noticia al procesado.

—Lo cual es una desgracia más, porque es tan inocente como yo —respondió el falso español sin dar muestras de la menor emoción.

—Veremos; ahora estamos con su identificación —contestó Camusot sorprendido de la tranquilidad del procesado—. Si es usted en realidad don Carlos Herrera, la situación de Luciano Chardón cambiaría por completo.

—¡Sí, su madre era la señora de Chardón y se apellidaba Rubempré! —murmuró Carlos—. ¡Ah!, ¡fue una de las faltas más graves de mi vida!

Y levantó los ojos al cielo y movió al mismo tiempo los labios cual si pronunciase una plegaria ferviente.

—Pero si fuese usted Jacobo Collín, si ha sido en realidad compañero de un forzado evadido, de un sacrílego, todos los crímenes que la justicia sospecha serían más que probables.

Carlos Herrera permaneció imperturbable al oír esta frase dicha con habilidad por el juez, y como única respuesta a las palabras *si ha sido en realidad forzado y evadido*, levantaba las manos al cielo y hacía un gesto de dolor.

—Señor cura —dijo el juez con excesiva cortesía—, si es usted don Carlos Herrera, espero que me perdonará todo lo que me veo obligado a hacer en interés de la justicia y de la verdad.

Jacobo Collín vio que Camusot le tendía un lazo, y no varió de actitud. El juez esperaba ver en él un movimiento de alegría que hubiese sido el primer indicio de la calidad de forzado; pero vio al héroe del presidio armado del disimulo maquiavélico.

—Soy diplomático y pertenezco a una orden para cuyo ingreso se hacen austeros votos —respondió Jacobo Collín con dulzura apostólica—; lo comprendo todo y estoy acostumbrado a sufrir. Yo estaría ya libre si hubiese usted descubierto el escondite de mis papeles, pues veo que sólo ha recogido usted documentos insignificantes.

Éste fue el golpe de gracia para Camusot. Jacobo Collín, con su aplomo y su sencillez, había desvanecido todas las sospechas que habían nacido a la vista de su cabeza calva.

—¿Dónde están sus papeles?

—Yo se lo indicaré a usted si consiente en que su delegado vaya acompañado por un secretario de la legación de la embajada de España, el cual los recibirá y se los entregará a usted previo recibo, pues se trata de mi estado, de documentos diplomáticos y de secretos que comprometen al difunto rey Luis XVIII. ¡Ah! señor, sería preferible… pero en fin, usted es magistrado, y el embajador cuyo auxilio solicito sabrá apreciar mi conducta.

En este momento entraron el médico y el practicante, después de haber sido anunciados por el alguacil.

—Buenos días, señor —le dijo Camusot al médico—; le he llamado para que certifique el estado en que se halla el procesado. Dice que fue envenenado anteayer. Vea si hay peligro en desnudarlo y si se podrá proceder al examen de las señales.

El médico tomó el pulso a Jacobo Collín, le mandó sacar la lengua y lo miró atentamente. Aquella inspección duró unos diez minutos.

—El procesado ha sufrido mucho; pero goza actualmente de una gran

fuerza —respondió el médico.

—Señor, esa fuerza aparente es debida a la excitación nerviosa que me produce mi extraña situación —respondió Jacobo Collín con la dignidad de un obispo.

—Puede ser —dijo el médico.

A una señal del juez, el procesado fue desnudado. Le soltaron el pantalón y lo despojaron de toda la ropa del cuerpo, hasta de la camisa, dejando ver así un busto velludo dotado de un poder ciclópeo. Aquel cuerpo, salvo el tamaño, era como el del hércules Farnesio de Nápoles.

—¡Cómo dota la naturaleza aciertos seres de destino lamentable! —le dijo el médico a Camusot.

El alguacil se presentó con aquella especie de pala que es la insignia de sus funciones, y dio unos cuantos golpes en el lugar en que el verdugo había grabado las fatales letras. Entonces reaparecieron diecisiete agujeros, caprichosamente distribuidos; pero, a pesar del cuidado con que le miró la espalda, no vio forma ninguna de letras. El alguacil advirtió, sin embargo, que la barra de la T estaba indicada por dos agujeros cuyo intervalo tenía la longitud de aquella barra entre las dos comas que la rematan por ambos lados, y que otro agujero marcaba el punto final del cuerpo de la letra.

—Sin embargo, eso es muy vago —dijo Camusot al ver la duda pintada en el rostro del médico.

Carlos pidió que hiciesen la misma operación en el otro hombro y en medio de la espalda. Quince cicatrices más que observó el médico a instancia del español, reaparecieron, y entonces aquél declaró que estaba la espalda plegada de llagas que no era posible apreciar las marcas, aunque el ejecutor las hubiese impreso.

En aquel momento entró su escribiente y le entregó al señor Camusot una carta que esperaba respuesta. Después de haberla leído, el magistrado le fue a hablar a Coquart, pero en voz tan baja que nadie pudo oírle. Jacobo Collín fue el único que adivinó que Camusot acababa de recibir un nuevo informe de la policía acerca de él.

—Siempre tengo detrás al amigo de Peyrade —pensó Jacobo Collín—; si lo conociese me desembarazaría de él, como de Contensón. ¿Podré ver otra vez a Asia?

Después de haber firmado el papel que había escrito Coquart, el juez lo metió en un sobre y se lo dio al escribiente de las Delegaciones.

La oficina de las Delegaciones es un auxiliar indispensable para la justicia. Esa oficina, presidida por un comisario de policía *ad hoc*, se compone de oficiales de paz que llevan a cabo la detención de las personas sospechosas de complicidad en los crímenes o en los delitos. Esos delegados de la autoridad judicial les ahorran mucha pérdida de tiempo a los magistrados encargados de una instrucción.

A una señal del juez, el procesado fue vestido por el médico y el practicante, los cuales se retiraron en unión del alguacil. Camusot se sentó en su sillón y se puso a jugar con la pluma.

—¿Tiene usted alguna tía? —le preguntó bruscamente Camusot a Jacobo Collín.

—¿Alguna tía? —respondió con asombro don Carlos Herrera— señor, no tengo ningún pariente, soy hijo natural del difunto duque de Osuna.

Y al propio tiempo se decía para sus adentros: *¡Caliente!* aludiendo al juego de esconder una prenda, que es una imagen de la lucha terrible que se entabla entre el criminal y la justicia.

—¡Bah! —dijo Camusot—. Vamos, usted tiene aún una tía, la señorita Jacobita Collín, que fue colocada por usted en casa de Ester con el nombre de Asia.

Jacobo Collín hizo un movimiento de hombros que estaba en perfecta armonía con el aire de curiosidad con que escuchaba las palabras del juez, que lo examinaba con viva atención.

—Cuidado —dijo Camusot—. Escúcheme bien.

—Le escucho, señor.

—Su tía es tendera en el Temple, y su tienda es administrada por una tal señorita Paccard, hermana de un condenado, muchacha honrada que se

llama Rónima. La justicia le sigue los pasos a su tía, y dentro de unas horas tendremos pruebas decisivas. Esa mujer le es muy adicta…

—Siga, señor juez —dijo tranquilamente Jacobo Collín respondiendo a una pausa de Camusot—, le escucho.

—Su tía, que cuenta unos cinco años más que usted, ha sido la amante de un tal Marat de odiosa memoria. De esta unión vergonzosa es de donde proviene su fortuna. Según los informes que acabo de recibir, es una encubridora muy hábil, tanto que aún no se ha podido tener pruebas contra ella. Según los informes que tengo en mi poder, después de la muerte de Marat se lió con un químico condenado a muerte el año VIII por el delito de falsificación de moneda, siendo, al parecer, con el trato de aquel hombre con lo que adquirió conocimientos de toxicología. Del año IX a 1806 fue tendera de ropa vieja, y desde 1807 a 1809 estuvo en la cárcel cumpliendo una condena por corrupción de menores. Entonces usted se veía perseguido por falsificación y dejaba la casa de banca en que su tía lo había colocado de dependiente, gracias a la educación que había recibido y a la protección de que gozaba su tía por parte de ciertos personajes a quienes procuraba víctimas que depravar… Todo esto se parece muy poco a la grandeza de los duques de Osuna. ¿Persiste usted en sus negativas?

Jacobo Collín escuchaba al señor Camusot pensando en su infancia feliz, en el colegio de los Oratorianos en que había sido educado, y sus meditaciones le daban un aire verdaderamente asombrado. No obstante la habilidad de su dicción interrogativa, Camusot no pudo arrancarle ni el menor movimiento a aquella fisonomía plácida.

—Si ha escrito usted fielmente mi primera declaración, puede leérmela, porque yo no puedo variarla —respondió Jacobo Collín—. Si no he ido nunca a casa de Ester, ¿cómo he de conocer a su cocinera? Yo soy completamente ajeno a las personas de quien me habla.

—A pesar de sus negativas, vamos a proceder a confrontaciones que tal vez destruyan ese su aplomo.

—Un hombre que ha sido ya fusilado está acostumbrado a todo —respondió Jacobo Collín con dulzura.

Camusot volvió a examinar los papeles mientras llegaba el jefe de

seguridad, cuya diligencia fue extrema, pues eran las once y media, el interrogatorio había empezado a las diez y el alguacil se presentó a anunciarle al juez en voz baja la llegada de Bibi-Lupín.

—¡Que entre! —respondió el señor Camusot.

Al entrar Bibi-Lupín, todo el mundo esperaba un: «¡Es él!» pero no ocurrió así, sino que se quedó sorprendido y no pudo reconocer el rostro del forzado en aquella faz acribillada de picaduras de viruela. Su vacilación sorprendió mucho al juez.

—Es su misma estatura, su corpulencia —dijo el agente—. ¡Ah! sí, eres tú, Jacobo Collín —exclamó al fijarse en los ojos, en el corte de la frente y en las orejas—. Hay cosas que no pueden ser desfiguradas. Señor Camusot, es él indudablemente; Jacobo tiene la cicatriz de una cuchillada en el brazo izquierdo; que se quite la ropa y la verá usted.

Jacobo Collín se vio obligado a quitarse de nuevo la sotana, y entonces Bibi-Lupín le levantó la manga de la camisa y enseñó la cicatriz indicada.

—Es de una bala —respondió Carlos Herrera—; también tengo ahí mismo otras.

—¡Ah!, ¡es su misma voz! —exclamó Bibi-Lupín.

—Su certidumbre es un indicio, pero no una prueba —dijo el juez.

—Lo sé —respondió humildemente Bibi-Lupín—; pero yo le buscaré más testigos. Uno de los huéspedes de la casa Vauquer está aquí ya —dijo mirando a Collín.

La cara plácida de Collín no se inmutó en lo más mínimo.

—Que entre esa persona —dijo perentoriamente Camusot, cuyo descontento se traslució no obstante su indiferencia aparente.

El tono del juez fue notado por Jacobo Collín, que no contaba con la simpatía del señor Camusot, y que cayó en una apatía originada por la violenta meditación a que se entregó para buscar la causa de la actitud de su juez. El alguacil introdujo a la señora Poiret, cuya presencia inopinada ocasionó al forzado un ligero temblor; pero el juez no lo observó siquiera, pues tenía ya tomada su decisión.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el juez procediendo a llenar las formalidades con que comienzan todas las declaraciones.

La señora Poiret, viejecita blanca y arrugada, iba vestida con una bata de seda azul, y declaró llamarse Cristina Miguela Michonneau, estar casada con el señor Poiret, tener cincuenta y un años de edad, haber nacido en París, vivir en la calle de las Poules, esquina a la de los Postes y dedicarse a alquilar cuartos amueblados.

—Señora —le dijo el juez—, ¿vivió usted, de 1818 a 1819, en una casa de huéspedes que tenía la señora Vauquer?

—Sí, señor, y allí fue donde conocí al señor Poiret, empleado retirado que se casó conmigo y que guarda cama desde hace un año… ¡El pobre está muy enfermo! por lo cual no podré estar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Había entonces en aquella casa de huéspedes un tal Vautrín? —preguntó el juez.

—¡Oh!, ¡señor! eso es toda una historia; era un horrible presidiario.

—Usted cooperó a su detención.

—Falso, señor.

—¡Cuidado!, ¡está usted ante la justicia! —dijo severamente el señor Camusot.

La señora Poiret guardó silencio.

—Procure repasar sus recuerdos —repuso Camusot—. ¿Se acuerda usted bien de aquel hombre?, ¿lo conocería usted?

—Ya lo creo.

—¿Es éste que está aquí?

La señora Poiret se puso las antiparras y miró a Carlos Herrera.

—Es su mismo cuerpo, su estatura, pero… no… sí… Señor juez, si pudiese verle desnudo el pecho lo reconocería al instante.

El juez y el escribano no pudieron menos de reírse, a pesar de la gravedad de sus funciones, y Jacobo Collín participó de su hilaridad, aunque con mesura. El procesado no se había puesto aún la sotana que Bibi-Lupín le había hecho quitarse, y, a una señal del juez, se descubrió complacientemente el pecho.

—Ésa es su misma pelambrera; pero ha encanecido algo, señor Vautrín —exclamó la señora Poiret.

—¿Qué responde usted a esto? —preguntó el juez.

—¡Que es una loca! —respondió Jacobo Collín.

—¡Ah! ¡Dios mío! si tuviese alguna duda, esa voz bastaría para desvanecerla. No tiene ya la misma cara; pero esa voz fue la que me amenazó… ¡Ah!, ¡es su misma mirada!

—El agente de policía y esa mujer no han podido ponerse de acuerdo para decir lo mismo —dijo el juez dirigiéndose a Jacobo Collín—, porque no se habían visto; ¿cómo explica usted eso?

—La justicia ha cometido errores mucho mayores que los que producirán el testimonio de una mujer que reconoce a un hombre por el pelo del pecho y las sospechas de un agente de policía —respondió Jacobo Collín—. Hay en mí semejanzas de voz, de mirada y de estatura con un gran criminal; pero eso es muy vago. Respecto a la reminiscencia que prueba las relaciones vergonzosas habidas entre la señora y mi parecido… ustedes mismos se rieron. Señor, mirando por la verdad que soy el primero en desear que luzca, ¿quiere usted preguntara esta señora… Foi…

—Poiret…

—Poret (dispénseme, soy español)… si recuerda las personas que habitaban en esa casa de huéspedes?

—No hay inconveniente —exclamó Camusot, haciendo un movimiento de cabeza favorable a Jacobo Collín; tan sorprendido quedó de la aparente buena fe con que ofrecía los medios de obtener un resultado satisfactorio—. Procure recordar a los huéspedes que había en la casa cuando la detención de Jacobo Collín.

—Había el señor de Rastiñac, el doctor Bianchón, el padre Goriot… La señorita Taillefer…

—Bien —dijo el juez, que no había cesado de observar a Jacobo Collín, cuya cara permaneció impasible—, ese padre Goriot…

—Murió —dijo la señora Poiret.

—Señor —dijo Jacobo Collín—, yo he hallado varias veces en casa de Luciano a un tal Rastiñac, que está liado, al parecer, con la señora de Nucingen, y si se refiere a él esta señora, he de advertir que nunca me tomó por el presidiario a quien ustedes se refieren.

—El señor de Rastiñac y el doctor Bianchón ocupan tal posición social, que si su testimonio le fuese favorable, bastaría para que yo pusiese a usted en libertad —dijo el juez—. Coquart, prepare usted las citaciones.

En pocos minutos quedaron terminadas las formalidades de la declaración de la señora Poiret, Coquart se la leyó y le mandó firmar; pero el procesado se negó a poner su firma, fundándose en que desconocía las formas establecidas por la ley francesa.

—Basta ya por hoy —dijo Camusot—. Debe usted de tener ya ganas de tomar alimento, y voy a dar orden de que le lleven al calabozo.

—¡Ay de mí! sufro demasiado para comer —dijo Jacobo.

Camusot quería hacer coincidir el momento de la vuelta de Collín con la hora del paseo de los acusados por el patio; pero antes deseaba tener respuesta del director de la cárcel respecto a lo que le había preguntado por la mañana, y llamó para enviar al alguacil.

Éste se presentó y le dijo que la portera de la casa del muelle Malaquais tenía que entregarle una pieza importante relativa al señor Luciano de Rubempré. Este incidente le pareció al juez tan grave, que le hizo olvidar su propósito anterior.

—¡Que entre!

—Señor, perdone —dijo la portera saludando al juez y al abate Carlos—. Mi marido y yo estábamos tan trastornados con la visita de la justicia, las

dos veces que vino, que nos olvidamos en la cómoda una carta dirigida a don Luciano, por la cual hemos pagado cincuenta céntimos, a pesar de que es de París, porque es muy pesada. ¿Quiere usted reintegrarme el porte? ¡Dios sabe cuándo volveremos a ver a nuestros inquilinos!

—Esta carta ¿se la entregó a ustedes el cartero? —preguntó Camusot después de examinar atentamente el sobre.

—Sí, señor.

—Coquart, levante usted acta de esta declaración. Vamos, buena mujer, diga su nombre y demás circunstancias.

Camusot pidió a la portera que prestase juramento, y luego redactó el preámbulo de la declaración.

Mientras que se llenaban estas formalidades, examinaba el sello del correo, que llevaba la fecha y la hora de recogida y de distribución, y según estos datos, aquella carta, que había sido llevada a casa de Luciano al día siguiente de la muerte de Ester, había sido escrita y echada al buzón el día mismo de la catástrofe.

—Ahora se podrá juzgar el asombro que sentiría el señor Camusot al leer la siguiente carta, escrita y firmada por aquella a quien creía víctima del crimen:

ESTER A LUCIANO

Luciano mío: no me queda ni una hora de vida. A las once habré muerto, y habré muerto sin ningún dolor. He pagado cincuenta mil francos por una grosella negra que encerraba un veneno que mata con la rapidez del rayo. De modo, querido mío, que podrás decir: «Mi Ester no ha sufrido…». No; sólo habré sufrido mientras te escribo estas líneas.

Ese monstruo que me compró tan cara, Nucingen, al saber que el día que yo me considerase suya sería la víspera de mi muerte, acaba de marcharse borracho completamente. Por primera y por última vez de mi vida, he podido comparar mi antiguo oficio de prostituta con la vida del amor, y superponer la ternura que se pierde en el infinito al horror del deber que quisiera anonadarse hasta el punto de no dejar lugar al beso. Era preciso este mal trago para hallar luego adorable la muerte… Me he

dado un baño y habría querido poder llamar al confesor del convento en que recibí el bautismo, para confesarme y lavarme el alma. Pero no, basta ya de prostitución, porque esto sería profanar un sacramento, y yo me siento bañada en las aguas de un sincero arrepentimiento. Dios hará de mí lo que quiera.

Dejemos todos estos lloriqueos. Yo quisiera ser para ti tu Ester hasta el último momento y no aburrirte con mi muerte, con el porvenir y con Dios, que no sería bueno si me atormentase en la otra vida después de haberme hecho sufrir tantos dolores en ésta.

Tengo delante de mí tu retrato hecho por la señora de Mirbel. Esta hoja de marfil me consolaba de tu ausencia, y aún la miro con embriaguez al comunicarte mis últimos pensamientos y al darte cuenta de los últimos latidos del corazón. Te incluiré en esta carta el retrato, pues no quiero que lo vaya a coger alguien para venderlo. La sola idea de pensar que lo que ha constituido mi alegría pueda llegar a estar en una vitrina confundido entre damas y oficiales del imperio, me hace daño. Hermoso mío, este retrato bórralo, no se lo des a nadie… a no ser que pueda servirte para conquistar el corazón de ese sable con faldas, de esa Clotilde de Grandlieu, cuyos huesos son tan puntiagudos que te harán cardenales cuando duermas con ella… Sí, me avengo a esto, y así podré servirte de algo después de muerta como te serví en vida. ¡Ah!, ¡por darte gusto o por verte sonreír, me habría dejado quemar viva! mi muerte te será, pues, útil todavía… Yo habría turbado el reposo de tu hogar conyugal… ¡Oh!, ¡esa Clotilde no la comprendo! Poder ser tu mujer, llevar tu nombre, no dejarte día ni noche, ser tuya, ¡y andar aún con remilgos!, ¡es preciso ser del arrabal Saint-Germain para obrar de ese modo! y no tener diez libras de carne en los huesos…

¡Pobre Luciano, querido ambicioso decepcionado, no puedo menos de pensar en tu porvenir! Anda; más de una vez echarás de menos a tu perra fiel, a esta buena muchacha que velaba por ti, que se habría dejado encarcelar por asegurar tu dicha, que sólo se ocupaba de tus placeres, que sentía amor por ti en los cabellos, en los pies, en las orejas, en fin, en tus miradas de bendición; que durante seis años sólo pensó en ti y que fue tan tuya que sólo parecía ser una emanación de tu alma, como la luz lo es del sol. Pero, en fin, por falta de dinero y de honor ¡ay de mí! no puedo ser tu mujer… Siempre he procurado labrar tu porvenir, dándote cuanto tengo… Ven tan pronto como recibas esta carta y toma lo que hay debajo

de mi almohada, pues desconfío de mis criados.

Mira, quiero estar guapa después de muerta, y para ello me acostaré en la cama en una posición graciosa; comprimiré la grosella contra el velo del paladar, y no que daré desfigurada ni por convulsiones ni por una postura ridícula.

Ya sé que la señora de Serizy riñó contigo por causa mía; pero mira, gatito mío, cuando sepa que he muerto, te perdonará y tú podrás reconciliarte con ella para que te case bien, si los Grandlieu persisten en su negativa.

Mono mío, no quiero que te disgustes mucho al saber mi muerte. En primer lugar debo decirte que la hora de las once del lunes, 13 de mayo, no es más que la terminación de una larga enfermedad que comenzó el día en que me lanzasteis de nuevo a mi antigua carrera, en la terraza de Saint-Germain. Se siente daño en el alma lo mismo que en el cuerpo; únicamente que el alma no soporta estúpidamente los males como el cuerpo, porque el cuerpo no sostiene al alma como el alma al cuerpo, y el alma tiene medios de curarse por medio de la reflexión que les hace recurrir a las costureras al suicidio. Anteayer tú me diste toda una vida al decirme que si Clotilde se negaba te casarías conmigo, lo cual habría sido para mí una gran desgracia, una muerte más amarga, al ver que el mundo se negaría a aceptarnos.

Hace dos meses que reflexiono acerca de muchas cosas, y, desengáñate, una pobre muchacha que está en el arroyo como lo estaba yo antes de entrar en el convento, que es agasajada por los hombres al verla hermosa, que sirve para satisfacer sus placeres, que se ve despedida a pie después de haber sido buscada en coche, si no le escupen a la cara es porque les contiene su belleza, pero moralmente le hacen cosa peor que escupirle. Mas luego, si esa muchacha hereda de cinco a seis millones, se verá solicitada por príncipes, será saludada con respeto cuando se pasee en coche y podrá escoger entre los más antiguos escudos de Francia y de Navarra. Este mundo, que nos habría llenado de cieno al vernos unidos y felices, ha saludado constantemente a la señora Staël, no obstante sus defectos, porque tenía doscientos mil francos de renta. El mundo, que se inclina ante el dinero o la gloria, no quiere humillarse ante la dicha ni ante la virtud; pues yo habría sido virtuosa… ¡Oh!, ¡cuántas lágrimas habría secado!, ¡tantas por lo menos como he derramado! Sí, yo habría vivido consagrada a ti y a la caridad.

He aquí las reflexiones que hacen agradable la muerte; de modo que no te lamentes, gatito mío, y no dejes de decirte con frecuencia que hubo dos buenas muchachas, dos criaturas hermosas que te adoraban y que murieron por ti sin enojarse; conserva en tu corazón un recuerdo para Coralia y para Ester y sigue tu camino. ¿Te acuerdas del día aquel en que me enseñaste a una vieja avellanada, con un capote de color verde y una manteleta de color de ala de mosca, que había sido querida de un poeta antes de la revolución y que corría detrás de un perro faldero? Tú me dijiste que había tenido lacayos, coche, palacio, y ya recordarás que yo te contesté: ¡Es preferible morir a los treinta años! Aquel día tú me veías pensativa e hiciste mil locuras para distraerme, cuando yo te volví a decir entre dos besos: «¡Las mujeres hermosas salen todos los días del teatro antes de terminar la función!…». Pues bien, yo no quiero ver tampoco el último acto, y por eso me decido a morir.

Sin duda me hallarás demasiado charlatana, pero no lo extrañes porque ésta es mi última ocasión. Te escribo como te hablaba y quiero hablarte en tono alegre. Las costureras que se lamentan siempre me han causado horror. Tú ya sabes que yo supe morir bien una vez ya a mi vuelta de aquel fatal baile de la Ópera, donde te dijeron que yo había sido prostituta.

¡Oh no!, alma mía, no des nunca este retrato; si supieses con qué entusiasmo amoroso acabo de abismarme en tus ojos mirándolos con embriaguez durante una pausa que hice, pensarías que está ahí el alma de tu amada, al recoger el amor que yo procuré incrustar en este marfil.

Una muerta que pide limosna, ¿no te parece cómico el paso?… Vamos, es preciso saber estar quieta en la tumba.

Tú no sabes cuán heroica le parecería mi muerte a los imbéciles si supiesen que Nucingen me ofreció esta noche dos millones si me decidía a amarle cual te amo a ti. El muy bobo se verá lindamente robado cuando sepa que yo le cumplí la palabra reventando de un hartazgo de él. Lo he intentado todo para continuar respirando el aire que tú respiras, y le dije a ese gran ladrón «Usted quiere ser amado como le amo a él, y yo hasta me comprometería a no volver a ver a Luciano». «¿Qué es preciso hacer?» me preguntó. «Déme dos millones para él». ¡Ah! si hubieses visto la cara que puso. Yo me habría reído si la cosa no fuese para mí tan trágica. «¡Evítese el trabajo de darme una negativa! le dije yo. Ya lo veo, usted prefiere los dos millones a mí. Siempre es grato para una mujer el saber lo que vale», añadí volviéndole la espalda. Ese viejo animal sabrá dentro de

dos horas que yo no bromeaba.

¿Quién te hará como yo la raya del peinado? ¡Bah! no quiero pensar ya en nada de lo de la vida. Me quedan solamente cinco minutos y se los dedico a Dios; no estés celoso, ángel mío, que quiero hablarle de ti y pedirle tu felicidad en pago de mi muerte y de mis castigos en el otro mundo. Me disgusta mucho tener que ir al infierno, porque habría querido ver si los ángeles se parecen a ti.

Adiós, chacho mío, adiós; te bendigo en medio de mi desgracia. Hasta en la tumba será tuya tu

ESTER.

Están dando las once. He hecho mi última oración y voy a acostarme para morir. Una vez más, adiós. Quisiera que el calor de mi mano dejase aquí mi alma cual dejo yo mi último beso. De nuevo quiero llamarte mi chachito, sin embargo de que eres la causa de la muerte de tu

ESTER.

Un ligero ataque de celos se apoderó del corazón del juez al terminar la lectura de la única carta de suicida que había visto escrita en tono jovial, aunque aquella alegría se viese desde luego que era febril y el último esfuerzo de un cariño ciego.

—¿Qué tendrá de particular para ser amado de este modo? —pensó Camusot, repitiendo lo que se dicen todos los hombres que no tienen el don de gustar a las mujeres—. Si le es posible probar no sólo que no es el presidiario Jacobo Collín, sino que es realmente don Carlos Herrera, canónigo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII, será puesto en libertad —le dijo el juez a Jacobo Collín—, pues la imparcialidad que exige mi ministerio me obliga a decirle que acabo de recibir una carta de la señorita Ester Gobseck en la que manifiesta su intención de suicidarse, y emite sospechas acerca de sus criados, que hacen creer que son éstos los autores del robo de los setecientos cincuenta mil francos.

Esto diciendo, el señor Camusot comparaba la letra de la carta con la del testamento y se convencía de que ambos documentos estaban escritos por la misma persona.

—Señor, ha sido usted ligero y se ha mostrado presuroso a creer en su crimen; no haga lo propio creyendo en su robo.

—¡Ah! —exclamó Camusot mirando al procesado con faz de juez—. No crea usted que vaya yo a comprometerme diciéndole que pueda ser hallada esa suma —contestó Jacobo Collín dándole a entender al juez que comprendía su sospecha—. Esa pobre muchacha era muy querida de sus criados, y, si yo estuviese en libertad, ya me encargaría de buscar un dinero que pertenece ahora al ser que más amo en el mundo, a Luciano. ¿Tiene usted la bondad de permitirme que lea esa carta?… es cuestión de un momento… es la prueba de la inocencia de mi querido hijo… y usted no puede temer que yo vaya a romperla ni a hablarle de ella, pues estoy incomunicado…

—¡Incomunicado! —exclamó el magistrado—, pero dejará usted de estarlo… Yo le ruego que justifique su personalidad, escribiendo, si quiere, a su embajador…

Y le tendió la carta a Jacobo Collín. Camusot estaba contento de salir del apuro, pudiendo satisfacer al fiscal general y a las señoras de Maufrigneuse y de Serizy. Sin embargo, examinó fría y curiosamente la cara de su procesado, mientras que leía la carta de Ester, y, no obstante la sinceridad de los sentimientos que se pintaban en ella, se decía: «La cara es verdaderamente de presidiario».

—¡Eso es amar! —dijo Jacobo Collín devolviéndole la carta a Camusot.

Y al mismo tiempo le mostró el rostro bañado en lágrimas.

—¡Si lo conociese usted! —añadió el forzado— es un alma tan pura, tan joven, una belleza tan encantadora, un niño, un poeta… Se sienten deseos irresistibles de sacrificarse por él y de satisfacer todos sus deseos. Ese querido Luciano es tan encantador cuando se muestra meloso…

—Vamos —dijo el magistrado haciendo un esfuerzo último para descubrir la verdad—, usted no puede ser Jacobo Collín.

—No, señor —respondió el forzado.

Y Jacobo Collín se aferró más que nunca a su papel de don Carlos Herrera. Llevado de su afán de terminar su obra, avanzó hacia el juez, lo

llevó al alféizar de la ventana, y afectando las maneras y el tono confidencial de un príncipe de la Iglesia, le dijo:

—Señor, yo amo tanto a ese muchacho, que si fuese preciso ser el criminal a fin de evitarle un disgusto a ese ídolo de mi corazón, yo me acusaría. Imitaría a la pobre joven que murió por él. Señor, le suplico, por todo favor, que ponga en libertad a Luciano en seguida.

—Mi deber se opone a ello —dijo Camusot con bondadoso tono—; pero, si el cielo se muestra indulgente, la justicia sabe también guardar ciertas consideraciones. Procure darme razones sólidas… Hable, que esto no se escribirá.

—Pues bien —dijo Jacobo Collín engañado por la bondad simulada de Camusot—, yo sé lo que está sufriendo en este momento ese muchacho y temo que es capaz de atentar contra su vida.

—¡Oh! respecto a eso… —dijo Camusot encogiéndose de hombros.

—Usted no sabe a quién sirve sirviéndome —añadió Jacobo Collín procurando tocar otra cuerda—. Sirve usted a una Orden más poderosa que todas las condesas de Serizy y que todas las duquesas de Maufrigneuse, las cuales no le perdonarán nunca que haya tenido en su poder sus cartas —dijo el falso sacerdote señalando el paquete de cartas perfumadas—. Mi Orden tiene memoria.

—Señor —dijo Camusot—, ¡basta! Procure darme otras razones. Yo me debo tanto al procesado como a la vindicta pública.

—Pues bien, créame, yo conozco a Luciano. Es un alma de mujer, de poeta, de meridional, sin consistencia ni voluntad —dijo Jacobo Collín creyendo adivinar que el juez les era adicto—. Usted está seguro ya de la inocencia de ese joven y no debe atormentarlo ni interrogarlo; entréguele esa carta, anúnciele que es el heredero de Ester y devuélvale la libertad. Si obrase usted de otro modo, se arrepentiría, mientras que si lo soltase usted, yo le explicaría mañana, esta tarde, todo lo que pueda parecerle misterioso en este asunto y las razones de la persecución encarnizada de que soy objeto; pero arriesgaré la vida, porque buscan mi cabeza desde hace ya cinco años… Luciano libre, rico y casado con Clotilde de Grandlieu, mi labor aquí abajo ha terminado, y ya no defenderé mi vida… Mi perseguidor es un espía de vuestro último rey…

—¡Ah! ¡Corentín!

—¡Ah!, ¡se llama Corentín!… muchas gracias. Pues bien, señor, ¿quiere prometerme que hará lo que le pido?

—Un juez no puede ni debe prometer nada. ¡Coquart! diga al alguacil y a los gendarmes que lleven al procesado a la Conserjería… Daré órdenes para que esta noche esté usted en la cárcel —añadió con dulzura saludando al procesado.

Sorprendido de la petición que Jacobo Collín acababa de hacerle y recordando la insistencia que había empleado para que le interrogasen primero, pretextando su enfermedad, Camusot volvió a sentir desconfianza. Y cual si sus sospechas estuviesen llamadas a fortificarse, vio al pretendido moribundo que andaba ya como un hércules, sin hacer ninguno de los aspavientos que había hecho al entrar.

—¿Señor?

Jacobo Collín se volvió.

—A pesar de su negativa afirmar, mi escribano le leerá la declaración.

El procesado gozaba de una salud admirable, y el movimiento que hizo para sentarse junto al escribano fue para el juez un último rayo de luz.

—Pronto se ha curado usted —le dijo Camusot.

—¡Me ha cogido! —se dijo Jacobo Collín.

Y luego contestó en voz alta:

—Señor, la alegría es la única panacea que existe… Esa carta, la prueba de una inocencia… he aquí el gran remedio.

El juez siguió al procesado con los ojos cuando el alguacil y los gendarmes le rodearon, y luego hizo el movimiento propio del hombre que despierta y tiró la carta de Ester sobre la mesa de su escribano al mismo tiempo que le decía:

—Coquart, copie esa carta.

Si es propio de la naturaleza del hombre desconfiar de lo que le ruegan que haga, cuando la petición es contraria a sus intereses o a su deber, y a veces cuando le es indiferente, ese sentimiento es la ley del juez instructor. Cuantas más nubes hizo ver el procesado en el horizonte en el caso de que Luciano fuese interrogado, más necesario le pareció a Camusot aquel interrogatorio. Según el Código y las costumbres, aunque esta formalidad no fuese indispensable, era exigida por la cuestión de la identificación de Carlos Herrera. En todas las carreras, existe una conciencia del oficio. A falta de curiosidad, Camusot habría interrogado a Luciano por honor de magistrado, como acababa de interrogar a Collín, desplegando las astucias que se permite el magistrado más íntegro. El favor que podía hacer, su ascenso, todo quedó eclipsado en Camusot ante el deseo de saber la verdad y de adivinarla, aunque tuviese que ocultarla luego. Camusot tocaba el tambor en los vidrios entregándose al curso fluvial de sus conjeturas, porque entonces el pensamiento es como el río que recorre mil comarcas. Amantes de la verdad, los magistrados son como las mujeres celosas: se entregan a mil hipótesis y las escrudiñan con el puñal de la sospecha como el sacrificador antiguo destripaba a sus víctimas, y luego se detienen no en lo cierto, pero sí en lo probable, y acaban por entrever la verdad. Una mujer interroga a un hombre amado como el juez al criminal. En semejantes situaciones, una mirada, una palabra, una inflexión de voz, una vacilación bastan para indicar el hecho, la traición, el crimen oculto.

—La manera como acaba de pintarme su ceguera por su hijo (si es su hijo), me hace creer que estaba en casa de la suicida para vigilar, y que, no sospechando que la almohada de la muerte ocultaba un testamento, se había apoderado de los setecientos cincuenta mil francos para dárselos a su hijo… Ésta es la razón de que prometiese que aparecería la suma. El señor de Rubempré se debe a sí mismo y debe a la justicia el esclarecimiento del estado civil de su padre… Y prometerme la protección de su Orden (¡su Orden!) si no interrogo a Luciano…

Y no pasó de aquí.

Como acabamos de ver, un juez instructor dirige un interrogatorio a su gusto y puede emplear o no la malicia. Un interrogatorio no es nada y es todo. En él está el favor. Camusot llamó y el alguacil que estaba ya de vuelta, recibió orden de ir a buscar a Luciano de Rubempré, cuidando que no se comunicase con nadie por el camino. Entonces eran las doce de la

tarde.

—Aquí hay un secreto, y ese secreto debe ser muy importante —se decía el juez—. El razonamiento de ese anfibio, que no es sacerdote, ni seglar, ni forzado, ni español, pero que no quiere que su protegido diga algo terrible, es éste: «El poeta es débil, es mujer; no es como yo, que soy el hércules de la diplomacia, y usted le arrancará fácilmente nuestro secreto». Pues bien, sepámoslo todo de boca de la inocencia.

Y siguió golpeando la mesa con su cortapapel de marfil, mientras que el escribano copiaba la carta de Ester. ¡Cuántas extravagancias en el uso de nuestras facultades! Camusot suponía todos los crímenes posibles y pasaba por alto el único que había cometido el procesado, la falsificación del testamento en favor de Luciano. Que los que envidian la posición de los magistrados piensen en esa vida pasada en medio de sospechas continuas y de esas torturas impuestas por los malhechores, a su inteligencia, pues los asuntos civiles no son menos tortuosos que las instrucciones criminales, y entonces tal vez comprenderán que la carga del magistrado y del sacerdote es demasiado pesada. Toda profesión tiene su cilicio y sus rompecabezas chinos.

A eso de las dos, el señor Camusot vio entrar a Luciano de Rubempré, pálido, descompuesto, con los ojos hinchados; en fin, en un estado de decaimiento que le permitió comparar la naturaleza con el arte, el moribundo verdadero con el moribundo de teatro. El trayecto hecho desde la Conserjería al despacho del juez entre dos gendarmes precedidos de un alguacil había llevado al colmo la desesperación de Luciano. Es muy propio del espíritu del poeta el preferir un suplicio a un juicio. Al ver aquella naturaleza desprovista del valor moral que hace al juez y que tan poderosamente acababa de manifestarse en el otro procesado, el señor Camusot tuvo lástima de aquel vencido, y esta misma lástima le permitió dar golpes decisivos, dejándole esa libertad de espíritu que distingue al tirador cuando dispara contra un muñeco.

—Señor de Rubempré, repóngase; está usted en presencia de un magistrado ansioso de reparar el mal que hace involuntariamente la justicia con un arresto preventivo cuando carece de fundamento. Le creo a usted inocente y le daré la libertad en seguida. He aquí la prueba de su inocencia: una carta recibida por su portera, mientras estuvo usted ausente, y que ella acaba de traer. En medio de la turbación que le produjo la llegada de la justicia y la noticia de su detención en Fontainebleau, esa

mujer se había olvidado esa carta de la señorita Ester Gobseck. Léala…

Luciano tomó la carta, la leyó y rompió en amargo llanto y en sollozos que le impedían articular palabra. Al cabo de un cuarto de hora, tiempo durante el cual Luciano no pudo apenas recobrar fuerzas, el escribano le presentó copia de la carta y le rogó que firmase un *por copia conforme con el original que debe ser presentado al primer requerimiento mientras que dure el proceso*, ofreciéndole cotejarla; pero Luciano se fio en la palabra de Coquart en cuanto a la exactitud de la copia.

—Señor —dijo el juez con bondadoso tono—, eso no obstante es difícil ponerle en libertad antes de llenar ciertas formalidades y de hacerle algunas preguntas. Le suplico que me conteste casi como testigo. A un hombre como usted, me parecería casi inútil advertirle que el juramento de decir verdad no es en este caso una apelación a su conciencia, sino más bien una necesidad de su posición, ambigua por unos instantes. La verdad no puede perjudicarle a usted en nada sea cual fuere; pero la mentira podría dar por resultado su procesamiento y me obligaría a enviarlo de nuevo a la Conserjería. Respondiendo francamente a mis preguntas, se acostará usted esta noche en su casa, y será rehabilitado con la siguiente noticia que publicarán los periódicos: «El señor de Rubempré, detenido ayer en Fontainebleau, ha sido puesto en libertad después de haber sufrido un breve interrogatorio».

Este discurso produjo viva impresión en Luciano, y el juez, al notar la buena disposición del procesado, añadió:

—Se lo repito, se creía que era usted cómplice de un asesinato por medio de envenenamiento en la persona de la señorita Ester; pero probado como está el suicidio, ya no hay que hablar de eso. Sin embargo, como ha sido sustraída una suma de setecientos cincuenta mil francos que depende de la herencia, y es usted el heredero, hay aquí desgraciadamente un crimen; crimen que precedió al conocimiento del testamento. Ahora bien, la justicia tiene razones para creer que una persona que le quiere a usted tanto como le amaba la señorita Ester ha cometido ese crimen por favorecerle a usted… No me interrumpa —dijo Camusot imponiendo silencio a Luciano que quería hablar—, aún no le estoy interrogando. Quiero hacerle comprender cuán interesado se halla su honor en esta cuestión. Abandone el falso, el miserable puntillo que liga entre sí a los cómplices, y diga toda la verdad.

Ya se habrá notado la excesiva desproporción de armas en esta lucha entre los procesados y los jueces de instrucción. Ciertamente que la negativa hábilmente hecha tiene en sí la fuerza de lo absoluto de su forma y basta para la defensa del criminal; pero es en cierto modo una panoplia aplastante cuando el estilo de la interrogación halla un punto de apoyo. Cuando la negación no basta contra ciertos hechos evidentes, el procesado se halla por completo a discreción del juez. Suponed ahora un semicriminal, como Luciano, que, salvado del primer naufragio de su virtud, pudiera enmendarse y llegar a ser útil a su país, y perecerá en medio de los baqueteos de la instrucción del proceso. El juez redacta una deducción seca, un análisis fiel de las preguntas y de las respuestas; pero de sus discursos insidiosamente paternales, de sus capciosas consideraciones no queda nada. Los jueces superiores y los jurados ven los resultados sin conocer los medios. Según esto, a juicio de algunos inteligentes, el jurado sería bueno, como en Inglaterra, para proceder a la instrucción. Francia gozó de este sistema durante cierto tiempo. Cuando regía el código de brumario del año VI, aquella institución se llamaba jurado de acusación para distinguirlo del jurado propiamente dicho. Respecto al proceso definitivo, si se volviese al jurado de acusación, debería ser de incumbencia de los profesionales, sin el concurso de jurados.

—Ahora —dijo Camusot después de una pausa—, ¿cómo se llama usted? Señor Coquart, ¡atención! —le dijo al escribano.

—Luciano Chardón de Rubempré.

—¿Nacido en?

—Angulema.

Y Luciano dijo el día, el mes y el año.

—¿Tuvo usted patrimonio?

—Ninguno.

—Sin embargo, durante su primera estancia en París, hizo gastos considerables, dada su escasa fortuna.

—Sí, señor; pero, en aquella época, tuve en la señorita Coralia, a quien

perdí por fallecimiento, un poderoso auxiliar. La pena de su muerte fue la que me llevó a mi país.

—Bien, señor —dijo Camusot—. Alabo su franqueza y sabré apreciarla.

Como se ve, Luciano entraba por la senda de una confesión general.

—Al volver de Angulema a París, hizo usted también gastos considerables; vivió usted como hombre que tuviese sesenta mil francos de renta.

—Sí, señor.

—¿Y quién le daba ese dinero?

—Mi protector, el abate Carlos Herrera.

—¿Dónde lo conoció usted?

—En la carretera, en el momento en que iba a suicidarme.

—¿No oyó usted nunca hablar de él a su familia, a su madre?

—Nunca.

—¿No le dijo alguna vez su madre que conocía a un español?

—Nunca.

—¿Puede usted recordar el mes y el año en que se lió con la señorita Ester?

—A fines del año 1823, en un teatrito.

—¿Empezó costándole a usted dinero?

—Sí, señor.

—Últimamente, llevado del deseo de casarse con la señorita de Grandlieu, ¿no compró usted los restos del castillo de Rubempré, no unió a éste tierras por valor de un millón y no le dijo usted a la familia Grandlieu que su hermana y su cuñado acababan de tener una herencia considerable y que le habían prestado a usted esas sumas?… ¿Le dijo usted esto a la familia Grandlieu?

—Sí, señor.

—¿Ignora usted la causa de la ruptura de su matrimonio?

—Por completo, señor.

—Yo se la diré: la familia Grandlieu envió a casa de su cuñado a uno de los procuradores más respetables de París a pedir informes. El procurador supo en Angulema por su hermana de usted y por su cuñado que no sólo no le habían prestado nada, sino que su herencia se componía, sí, de inmuebles importantes; pero que el capital apenas llegaba a doscientos mil francos. No debe extrañarle a usted que una familia como la de Grandlieu recule ante una fortuna cuyo origen no se justifica. Señor, he aquí adónde le ha llevado a usted una mentira.

Esta revelación dejó helado a Luciano y acabó de hacerle perder los pocos ánimos que tenía.

—La policía y la justicia saben todo lo que desean saber —dijo Camusot—, no olvide usted esto. Ahora —añadió el juez recordando el título de padre que se había dado Jacobo Collín— ¿sabe usted quién es ese titulado Carlos Herrera?

—Sí, señor, pero lo supe demasiado tarde.

—¿Cómo demasiado tarde? Explíquese.

—No es cura, no es español, es…

—¿Un presidiario escapado? —se apresuró a preguntar el juez.

—Sí —respondió Luciano—. Cuando yo supe el fatal secreto, le debía agradecimiento ya. Yo creí aliarme con un respetable eclesiástico.

—Jacobo Collín… —dijo el juez comenzando una frase.

—Sí, Jacobo Collín es su nombre —repitió Luciano.

—Bien. Jacobo Collín acaba de ser reconocido ahora mismo por una persona, y si niega aún su identidad, lo hace en favor de usted —dijo Camusot—. Pero yo le preguntaba a usted si sabía quién era ese hombre;

con objeto de revelarle otra impostura de Jacobo Collín.

Al oír esta aterradora observación, Luciano creyó sentir un hierro candente en las entrañas.

—¿Ignora usted que afirma que es su padre para justificar el extraordinario afecto que le profesa?

—¡Él mi padre!… ¡Oh, señor!, ¿ha dicho eso?

—¿Sospecha usted de dónde provenían las sumas que le entregaba? porque, si ha de prestarse fe a la carta de la señorita Ester que tiene usted en las manos, esa pobre muchacha le hizo después los mismos favores que la señorita Coralia; pero, como acaba usted de decir, estuvo algunos años viviendo espléndidamente, sin recibir nada de ella, ¿verdad?

—Señor, a usted es a quien le preguntaré yo de dónde sacan los forzados el dinero —exclamó Luciano—. ¡Un Jacobo Collín padre mío!… ¡Oh!, ¡pobre madre mía!

Y empezó a llorar.

—Escribano, dé usted lectura de la parte del interrogatorio del titulado Carlos Herrera en la cual dice ser padre de Luciano de Rubempré…

El poeta escuchó aquella lectura en medio de un silencio y en una actitud que daba lástima.

—¡Estoy perdido! —exclamó.

—Nada se pierde yendo por la senda del honor y de la verdad —dijo el juez.

—Pero ¿procesará usted a Jacobo Collín? —preguntó Luciano.

—Ciertamente que sí —respondió Camusot, que deseaba que Luciano siguiese hablando—. Acabe usted su pensamiento.

Pero no obstante los esfuerzos y las reflexiones del juez. Luciano no respondió. La reflexión había llegado tarde, cual ocurre siempre en los hombres esclavos de la sensación. En esto está la diferencia entre el poeta y el hombre de acción: el uno se entrega al sentimiento para

reproducirlo con imágenes vivas, y no juzga hasta después, mientras que el otro juzga y siente a la vez. Luciano permaneció silencioso, pálido; se veía en el fondo de un precipicio, al cual había sido lanzado por el juez de instrucción, cuya bondad había engañado al poeta. Éste acababa de hacerle traición, no ya a su bienhechor, sino a su cómplice, a aquel que había defendido su posición con un valor de león y con una habilidad nunca vista. Allí donde Jacobo Collín lo había salvado todo con su audacia, Luciano, el hombre de talento, lo había perdido todo con su inteligencia y con su falta de reflexión. Aquella mentira infame que le indignaba servía de parapeto a una verdad más infame. Confundido por la sutileza del juez, asustado de su cruel astucia por la rapidez de los golpes que le había dado sirviéndose de las faltas de una vida sacada a la luz, Luciano estaba allí como el animal que no murió al primer golpe de maza en el matadero. Libre e inocente a su entrada en aquel despacho, en una hora se había convertido en criminal por sus propias declaraciones. En fin, última burla seria, el juez, tranquilo y frío, le advertía a Luciano que sus revelaciones eran el fruto de un engaño. Camusot pensaba en la calidad de padre que se había dado Jacobo Collín, mientras que Luciano, entregado por entero al temor de ver que se hacía pública su alianza con un presidiario escapado, había imitado la célebre inadvertencia de los asesinos de Ibico.

Una de las glorias de Royer-Collard es haber proclamado el triunfo constante de los sentimientos naturales sobre los sentimientos impuestos y el haber sostenido la causa de la anterioridad de los juramentos, pretendiendo que la ley de la hospitalidad, por ejemplo, debía de llegar hasta el punto de anular la virtud de juramento judicial. Él defendió esta teoría a la faz del mundo en la tribuna francesa; él alabó valerosamente a los conspiradores, y él mostró que era humano obedecer a la amistad mejor que a las leyes tiránicas sacadas del arsenal social por tal o cual circunstancia. En fin, el Derecho natural tiene leyes que no han sido nunca promulgadas y que son más eficaces y mejor conocidas que las que ha forjado la sociedad. Luciano acababa de desconocer, en detrimento suyo, la ley de solidaridad que le obligaba a callarse y a dejar a Jacobo Collín defenderse; es más, le había acusado, siendo así que, por su interés propio, aquel hombre debía de ser siempre para él Carlos Herrera.

El señor Camusot gozaba de su triunfo; tenía en su poder dos culpables; había derribado con la justicia a uno de los favoritos del mundo, y había hallado al inhallable Jacobo Collín. Iba a ser proclamado uno de los jueces

más hábiles; así es que dejaba al procesado tranquilo; pero estudiaba aquel silencio producido por la consternación, veía las gotas de sudor cayendo por aquel rostro descompuesto y engrosado con las lágrimas.

—Señor de Rubempré, ¿por qué llora? Como le he dicho ya, es usted heredero de la señorita Ester, que no tiene parientes y que ha dejado cerca de ocho millones, suponiendo que aparezcan los setecientos cincuenta mil francos perdidos.

Éste fue el último golpe para el culpable. Serenidad durante diez minutos, como le decía Jacobo Collín en su carta, y Luciano lograba el objeto de sus deseos. Le pagaba a Jacobo Collín, se separaba de él y se casaba con la señorita de Grandlieu. Nada mejor que esta escena para demostrar el poder de que están armados los jueces de instrucción, aislando o separando a los procesados, y el valor de una noticia como la que Asia le había dado a Jacobo Collín.

—¡Ah! señor —respondió Luciano con la amargura y la ironía del hombre que se forma un pedestal con su desgracia—, con cuánta razón se dice *sufrir un interrogatorio*… Entre la tortura física de antaño y la tortura moral de hoy yo no vacilaría y preferiría los sufrimientos del verdugo. ¿Qué más quiere usted de mí? —le preguntó con altivez.

—Señor mío, aquí nadie más que yo tiene derecho a hacer preguntas —dijo el magistrado tornándose burlón y mordaz para responder al orgullo del poeta.

—Yo tenía el derecho a no responder —dijo el pobre de Luciano recobrando por completo esa presencia de ánimo necesaria para darse cuenta exacta de su situación.

—Escribano, léale al procesado su declaración.

—¡Ya soy un procesado! —se dijo Luciano.

Mientras que el escribano leía, Luciano tomó una resolución que le obligaba a acariciar al señor Camusot. Cuando cesó el murmullo de la voz de Coquart, el poeta se estremeció como el hombre que duerme mientras dura un ruido y que se siente sorprendido por el silencio.

—Tiene usted que firmar su declaración —le dijo el juez.

—¿Y me pone usted en libertad? —preguntó Luciano con ironía.

—Todavía no —respondió Camusot—; pero mañana, después de su careo con Jacobo Collín, es probable que quede libre. Ahora la justicia tiene que saber si es usted o no cómplice de los crímenes que puede haber cometido ese individuo desde su evasión, que data de 1820. Sin embargo, dejará usted de estar incomunicado. Voy a escribirle al director diciéndole que le coloque en el mejor calabozo de la cárcel.

—¿Tendré lo necesario para escribir?

—Le darán a usted cuanto pida: yo le daré la orden al alguacil que le acompañará.

Luciano firmó maquinalmente su declaración, obedeciendo a las instancias de Coquart. Un solo detalle dirá más acerca del estado en que se hallaba, que todas las descripciones que pudieran hacerse. El anuncio de su careo con Jacobo Collín había secado las gotas de sudor de su cara, y sus ojos secos brillaban con un brillo irresistible. En fin, en un instante se convirtió en lo que era Jacobo Collín, en un hombre de bronce.

Entre las gentes cuyo carácter se parece al de Luciano, esas transiciones repentinas de un estado de desmoralización completa a otro estado casi metálico, son los fenómenos más notables de la vida de las ideas. La voluntad vuelve a aparecer, como el agua de un manantial; se da vida al aparato constituido por sustancia desconocida, el cadáver se hace hombre y el hombre se lanza lleno de fuerza a luchas supremas.

Luciano puso la carta de Ester sobre el corazón con el retrato que le había enviado, y luego saludó desdeñosamente al señor Camusot y se encaminó con paso firme hacia los corredores custodiado por dos gendarmes.

—Es un bandido acabado —le dijo el juez al escribano para vengarse del aplastante desprecio con que le había mirado el poeta—. Ha creído salvarse descubriendo a su cómplice.

—De los dos, el forzado es el más sólido —dijo Coquart tímidamente.

—Por hoy le dejo ya en libertad, Coquart —dijo el juez—. Basta por este día. Despida a los que esperan y dígales que vuelvan mañana. ¡Ah! vaya usted en seguida al despacho del fiscal general a ver si está todavía allí, y,

si está, pídale un momento de audiencia para mí. ¡Aún estará! —dijo mirando la hora—. ¡No son más que las cuatro menos cuarto!

Los interrogatorios, que se leen tan rápidamente una vez escritos, exigen una cantidad enorme de tiempo, y ésta es una de las causas de la lentitud de las instrucciones y de la duración de las detenciones preventivas. Para los pequeños es la ruina y para los ricos es la vergüenza. He aquí por qué las dos escenas que acaban de ser reproducidas fielmente habían invertido todo el tiempo que había empleado Asia en descifrar las órdenes del amo, en hacer salir a una duquesa de su gabinete y en comunicar energía a la señora de Serizy.

En aquel momento, Camusot, que pensaba en sacar partido de su habilidad, tomó las dos declaraciones, las volvió a leer, y se propuso enseñárselas al fiscal para pedirle consejo. Mientras duró su deliberación, el alguacil se presentó a decirle que el criado de la señora de Serizy se empeñaba en hablarle. A una señal de Camusot, un criado vestido como un señor se presentó, miró al alguacil y al magistrado sucesivamente, y dijo:

—¿Es con el señor Camusot con quien tengo el honor…?

—Sí —respondieron el juez y el alguacil…

Camusot tomó una carta que le entregó el criado, y leyó lo siguiente:

Por muchas razones que usted comprenderá, mi querido Camusot, no interrogue al señor de Rubempré; nosotras le llevaremos las pruebas de su inocencia, a fin de que sea puesto en libertad en el acto.

D. DE MAUFRIGNEUSE, L. DE SERIZY.

P.S.—Queme esta carta delante del dador.

Camusot comprendió que había cometido una falta enorme tendiéndole lazos a Luciano, y empezó por obedecer a las dos damas, quemando en la bujía la carta escrita por la duquesa. El criado saludó respetuosamente.

—¿Va a venir acaso la señora de Serizy? —preguntó el juez.

—Estaban enganchando —respondió el criado.

En aquel momento, Coquart fue a decirle al señor Camusot que el fiscal le esperaba.

Bajo el peso de la falla que había cometido contra su ambición en favor de la justicia, el juez quiso tener armas contra el resentimiento de las dos grandes damas. Como se hallaba aún encendida la bujía en que había quemado la carta, se sirvió de ella para lacrar las treinta cartas de la duquesa de Maufrigneuse a Luciano y la voluminosa correspondencia de la señora de Serizy, y luego se trasladó al despacho del fiscal general.

El Palacio de Justicia es un montón confuso de construcciones superpuestas, las unas llenas de grandeza y las otras mezquinas y que se dañan entre sí por su falta de armonía. La sala de los Pasos Perdidos es la mayor de las salas conocidas; pero su desnudez causa horror y hiere la vista. Aquella enorme catedral de la trampa eclipsa a la Audiencia real. Finalmente, la galería común conduce a dos cloacas. En aquella galería se ve una escalera con doble barandilla, un poco mayor que la de la policía correccional, y en su pie se abre una gran puerta de dos hojas. La escalera conduce a la Audiencia, y la puerta inferior a otras dependencias de la misma, pues hay años en que los crímenes cometidos en el departamento del Sena exigen dos sesiones. En este lado es donde están las oficinas del fiscal general, la sala de los abogados, la biblioteca y los despachos de los abogados generales y de los fiscales sustitutos. Todos aquellos locales, pues es preciso servirse de un término genérico, están unidos por escaleras de caracol, por corredores sombríos que son la vergüenza de la arquitectura de la villa de París y de Francia. En su interior, la primera de nuestras justicias soberanas deja muy atrás con su morada a las más horribles cárceles. El pintor de costumbres vacilaría ante la necesidad de describir el innoble pasillo de un metro de ancho donde suelen permanecer los testigos. Respecto a la estufa que sirve para caldear la sala de sesiones, deshonraría a un café del bulevar Mont-Parnasse. El despacho del fiscal general se halla situado en un pabellón octagonal que forma el flanco de la galería común, y que ocupa una parte del patio del departamento de mujeres. Toda aquella parte del Palacio de Justicia recibe la sombra de las magníficas y elevadas construcciones de la Santa Capilla; así es que resulta sombría y silenciosa.

El señor de Granville, digno sucesor de los grandes magistrados del viejo parlamento, no había querido salir de su despacho sin conocer la marcha del asunto de Luciano. Esperaba noticias de Camusot, y el recado del juez

le sumió en esa meditación involuntaria que produce la espera a las almas mejor templadas. Se había sentado en el alféizar de la ventana de su despacho, pero pronto se levantó y se puso a pasear, pues había hallado a Camusot por la mañana, yendo a buscarle de intento, y sentía vagas inquietudes, sufría. He aquí por qué: la dignidad de sus funciones le impedía atentar contra la independencia absoluta del magistrado inferior, y en aquel proceso se trataba del honor y de la consideración de su mejor amigo, de uno de sus más decididos protectores, del conde de Serizy, ministro de Estado, miembro del Consejo privado, vicepresidente del Consejo de Estado, futuro canciller de Francia, en el caso en que llegase a fallecer el noble anciano que desempeñaba tan augustas funciones. El señor de Serizy tenía la desgracia de adorar a su mujer *a pesar de los pesares*, y la cubría siempre con su protección: ahora bien, el fiscal no dejaba de comprender el escándalo que originaría la culpabilidad de un hombre cuyo nombre había ido unido tanto tiempo al de la condesa.

—¡Ah! —se decía cruzándose de brazos— antes el poder tenía el recurso de las evocaciones… Nuestra manía de igualdad —no se atrevía a decir *legalidad*, cual lo dijo valerosamente un poeta en la Cámara— matará estos tiempos…

Aquel digno magistrado conocía el atractivo y las desdichas de las uniones ilícitas. Como se ha visto, Ester y Luciano habían tomado la casa en que el conde de Granville había vivido maritalmente en secreto con la señorita de Bellefeuille, la cual había huido llevada por un miserable. (Véase *Doble familia*.)

En el momento en que el fiscal se decía: «¡Camusot habrá hecho alguna tontería!», el juez de instrucción dio dos golpes en la puerta.

—Bueno, mi querido Camusot ¿cómo va el asunto de que le hablé esta mañana?

—Mal, señor conde, lea y juzgue usted mismo.

Y le tendió las declaraciones al señor de Granville, el cual tomó su monóculo y se fue a leerlas a la ventana. La lectura fue rápida.

—Ha cumplido usted con su deber —le dijo el fiscal con voz emocionada—. No hay más que hablar: la justicia proseguirá su camino. Ha dado usted pruebas de demasiada habilidad para que pueda la nación

privarse nunca de un juez de instrucción como usted…

Si el señor de Granville le hubiese dicho a Camusot: «Seguirá siendo toda su vida juez de instrucción», no habría sido más explícito que lo fue con su frase de felicitación. Camusot sintió frío en el corazón.

—La señora duquesa de Maufrigneuse, a quien tanto debo, me ha rogado…

—¡Ah!, ¡la duquesa de Maufrigneuse!… —dijo Granville interrumpiendo al juez— es verdad, ya veo que no cedió usted a ninguna influencia. Señor, ha hecho usted muy bien. Será usted un gran magistrado…

En aquel momento, el conde Octavio de Bauván abrió la puerta sin llamar, y le dijo al conde de Granville:

—Querido mío, te traigo a una mujer bonita que no sabía dónde ir y que se perdía en nuestro laberinto.

Y el conde Octavio llevaba de la mano a la condesa de Serizy.

—¡Usted aquí, señora! —exclamó el fiscal general ofreciéndole su propio sillón— ¡y en qué momento! Señora, aquí está el señor Camusot —dijo mostrando al juez—. Bauván —añadió dirigiéndose a aquel ilustre orador ministerial de la Restauración—, espérame en el despacho del primer presidente, que no se ha ido aún.

El conde Octavio de Bauván comprendió que no sólo era demasiado tarde, sino que, además, el fiscal quería tener un motivo para salir de su despacho.

La señora de Serizy no había cometido la falta de ir a la Audiencia en su magnífico carruaje, sino que en el momento de partir, Asia había enviado a buscar un coche.

Por consejo de Asia, la condesa llevaba una levita oscura, un chal negro y un sombrero de terciopelo cuyas flores habían sido sustituidas por un velo negro muy espeso.

—¿Recibió usted nuestra carta? —le preguntó a Camusot cuyo alelamiento la admiraba.

—¡Ay de mí! sí, pero demasiado tarde, señora condesa —respondió el juez, que sólo tenía tacto e ingenio en su despacho, contra los procesados.

—¿Cómo demasiado tarde? —preguntó mirando al señor de Granville, que daba señales de consternación—. Aún no puede ser demasiado tarde —añadió con mucha entonación de déspota.

Las mujeres, las damas hermosas en la posición que ocupaba la señora de Serizy, son los niños mimados de la civilización francesa. Si las mujeres de los demás países supiesen lo que es en París una mujer a la moda, rica y con título, todas desearían venir a gozar de este magnífico reino. Las mujeres que no buscan más que su placer, se burlan de las leyes que han hecho los hombres. Lo dicen todo, no reculan ante ninguna falta ni tontería, pues todas han comprendido admirablemente que no son responsables de nada, excepto de su honor femenino y de sus hijos. Riéndose dicen las mayores enormidades. A propósito de todo repiten la frase que la hermosa señora de Bauván le dijo a su marido en los primeros tiempos de su matrimonio, yendo a buscarlo un día a su despacho: «Date prisa a juzgar y ven».

—Señora —dijo el fiscal general—, Luciano no es culpable de robo ni de envenenamiento; pero el señor Camusot le ha hecho confesar un crimen mayor que éstos.

—¿Qué? —preguntó la condesa.

—Ha declarado ser amigo, discípulo de un forzado evadido —le dijo el fiscal al oído—. El abate Carlos Herrera, ese español que vivía con él desde hace unos siete años, es, al parecer, Jacobo Collín.

Cada palabra del magistrado era una puñalada en el corazón para la señora de Serizy.

—¿Y la consecuencia de eso? —preguntó.

—Es que el forzado será procesado, y que si Luciano no le acompaña por haberse aprovechado a sabiendas de los robos de ese hombre, comparecerá como testigo comprometido gravemente —dijo el conde de Granville hablando en voz baja.

—¡Ah!, ¡eso nunca! —exclamó la condesa en voz alta con increíble

firmeza—. Yo, por mi parte, no vacilaré entre la muerte y la perspectiva de ver al hombre a quien el mundo ha considerado como mi mejor amigo reconocido pública y judicialmente como compañero de un forzado… El rey quiere mucho a mi marido.

—Señora —dijo en voz alta el fiscal sonriendo—, el rey no tiene ningún poder sobre el menor juez de instrucción de su reino. Aquí está la grandeza de nuestras nuevas instituciones. Yo mismo acabo de felicitar al señor Camusot por su habilidad…

—Por su torpeza —dijo la condesa con indignación, pues la amistad de Luciano con un bandido le inquietaba aún más que su unión con Ester.

—Si leyese usted los interrogatorios que el señor Camusot ha hecho sufrir a los procesados, vería usted que todo depende de él.

Después de esta frase, única que podía permitirse el fiscal, y luego de haberle dirigido a la condesa una mirada significativa, el fiscal se dirigió a la puerta de su despacho; y una vez allí, se volvió para decir:

—Dispénseme, señora, tengo que hablar dos palabras con Bauván.

En el lenguaje del mundo, esto significaba para la condesa: «Yo no quiero ser testigo de lo que va a ocurrir entre usted y Camusot».

—¿Qué interrogatorios son ésos? —le dijo entonces con dulzura Leontina a Camusot, que permanecía triste y abatido ante la mujer de uno de los mayores personajes del Estado.

—Señora —respondió Camusot—, un escribano pone por escrito las preguntas del juez y las respuestas de los procesados, y luego el interrogatorio debe ser firmado por el juez, por el escribano y por los procesados. Esos interrogatorios son los elementos del proceso y determinan la acusación.

—¿Y si se suprimiesen esos interrogatorios?

—¡Ah! señora, el magistrado cometería un crimen.

—Mayor crimen es haberlos escrito; pero en este momento, ésa es la única prueba que hay contra Luciano. Veamos, léame su interrogatorio, a fin de saber si nos queda algún medio de salvarnos todos. No se trata

únicamente de mí, que me daría fríamente la muerte, se trata también de la dicha del señor de Serizy.

—Señora —dijo Camusot—, no crea que he olvidado las consideraciones que le debo, y si el señor Popinot, por ejemplo, hubiese sido el encargado de la instrucción, sería más desgraciada de lo que lo es ahora. Tenga, señora, se ha embargado todo lo que había en casa de Luciano, hasta sus cartas de usted.

—¡Oh!, ¡mis cartas!…

—Aquí están, lacradas —dijo el magistrado.

En medio de su turbación, la condesa tiró del cordón de la campanilla, cual si estuviese en su casa, y el ordenanza de la fiscalía entró.

—Luz —dijo la condesa.

El ordenanza encendió una bujía y la puso sobre la chimenea, mientras que la condesa reconocía sus cartas, las contaba, las arrugaba y las tiraba al hogar para prenderles fuego, sirviéndose de la última, retorcida como una antorcha. Camusot contemplaba la cremación de aquellas cartas en actitud abobada, con los dos interrogatorios del proceso en la mano. La condesa, que parecía ocupada únicamente en destruir las pruebas de su amor, observaba al juez con el rabillo del ojo, y cuando le pareció llegado el momento, le arrancó de la mano los dos interrogatorios y los tiró al fuego; pero Camusot los cogió, y entonces la condesa se lanzó sobre el juez y se apoderó de nuevo de ellos, entablando una lucha durante la cual Camusot gritaba:

—¡Señora, señora, que atenta usted contra…!

En aquel momento entró un hombre en el despacho, y la condesa no pudo contener un grito al reconocer al conde de Serizy seguido de los señores de Granville y de Bauván. Leontina, que deseaba salvar a toda costa a Luciano, no soltó, sin embargo, los papeles, a pesar de que la llama había producido ya en su delicada piel el mismo efecto de un sinapismo. Por fin, Camusot, cuyos dedos iban a ser abrasados por el fuego, pareció avergonzarse de su situación y soltó los documentos, de los cuales no quedaba ya más que la parte que había tenido entre los dedos. Esta escena había ocurrido en menos tiempo del que se emplea en leerla.

—¿Qué cuestión era esa que había entre usted y la señora de Serizy? —le preguntó el ministro de Estado a Camusot.

Antes de que el juez respondiese, la condesa llevó los papeles a la bujía y los echó sobre los fragmentos de sus cartas que no habían sido consumidos por el fuego.

—Tendría que presentar una denuncia contra la señora condesa —dijo Camusot.

—Pues ¿qué ha hecho? —preguntó el fiscal general mirando alternativamente a la condesa y al juez.

—He quemado los interrogatorios —respondió riéndose la mujer de moda, tan satisfecha de su ocurrencia que ni siquiera sentía las quemaduras—. Vaya, señor, si he cometido un crimen, ya puede usted empezar a garabatear sus interrogatorios.

—Vaya si lo es —respondió Camusot procurando recobrar una actitud digna.

—Vaya, pase por esta vez —dijo el fiscal—; pero, querida condesa, procure no tomarse con frecuencia semejantes libertades con la magistratura, porque podría dejar de ser quien es.

—El señor Camusot le oponía valiente resistencia a una mujer a quien nadie se atreve a resistir, ¡el honor de la toga está salvado! —dijo el conde de Bauván riéndose.

—¡Ah!, ¿se resistía el señor Camusot? —preguntó riéndose el fiscal— ¡es hombre muy íntegro!

En aquel momento, tan grave atentado se convirtió en una broma de mujer hermosa, y ni el propio Camusot pudo dejar de reírse.

Pero el fiscal vio entonces a un hombre que no se reía. Asustado con razón ante la actitud y la cara del conde de Serizy, el señor de Granville lo llevó aparte y le dijo al oído:

—Amigo mío, el dolor me decide a transigir por primera y única vez en mi vida con mi deber.

El magistrado llamó, y al ver que acudía el ordenanza, le dijo:

—Vaya al despacho de la *Gaceta de los Tribunales* y dígale a maese Massol que venga. Mi querido maestro —repuso el fiscal llevando a Camusot al alféizar de una ventana—, vaya a su despacho y rehaga con su escribano el interrogatorio del abate Carlos Herrera, que es cosa fácil, no estando, como no estaba, firmado. Mañana caree a ese diplomático español con los señores Rastiñac y Bianchón, los cuales no lo reconocerán por Jacobo Collín. Una vez seguro de obtener su libertad, el cura firmará los interrogatorios. Esta misma noche ponga en libertad a Luciano de Rubempré, el cual no hablará seguramente del interrogatorio suprimido. La *Gaceta de los Tribunales* anunciará mañana la libertad inmediata de ese joven. Ahora veamos si la justicia sufre con esta conducta: si el español es el forzado, tenemos mil medios de volver a cogerlo y a procesarlo, pues vamos a poner en claro por la vía diplomática su conducta en España: Corentín está allí… ¿Podemos matar al conde, a la condesa de Serizy y a Luciano, por un robo de setecientos cincuenta mil francos, que es aún hipotético y que sólo perjudica a Luciano? ¿No es preferible que éste pierda esta suma a que pierda su reputación?… sobre todo arrastrando en su caída a un ministro de Estado, a su mujer y a la duquesa de Maufrigneuse… Ese joven es una naranja manchada… no la deje pudrir… Todo esto es cuestión de media hora. Ande, le esperamos. Son las cuatro y media, y aún hallará usted jueces. Mándeme a decir si puede usted tener hoy la orden de libertarle… o si Luciano tendrá que esperar hasta mañana.

Camusot salió después de haber saludado; pero la señora de Serizy, que estaba sintiendo entonces el dolor de las quemaduras, no le devolvió el saludo. El señor de Serizy, que había salido precipitadamente mientras que el fiscal le hablaba al juez, se presentó entonces con un botecito de cera virgen y le curó las manos a su mujer al mismo tiempo que le decía al oído:

—Leontina, ¿por qué venir aquí sin decírmelo?

—¡Pobre amigo mío! —le respondió— perdóname, estaba loca; pero se trataba de ti tanto como de mí.

—Ame a ese joven, si la fatalidad lo quiere; pero no deje ver tan claramente su pasión —respondió el pobre marido.

—Vamos, querida condesa —dijo el señor de Granville después de haber hablado un momento con el conde Octavio—, espero que podrá usted llevar a comer consigo hoy a Luciano.

Esta semipromesa produjo tal emoción a la señora de Serizy, que se le saltaron las lágrimas.

—Yo creía que se me habían agolado las lágrimas —dijo sonriendo—. ¿No podría usted hacer esperar aquí al señor de Rubempré?

—Voy a ver de hallar alguaciles para que lo traigan, a fin de evitar que venga acompañado de gendarmes.

—¡Es usted bueno como un dios! —le respondió el fiscal con una efusión que hacía que su voz fuese una música divina.

—¡Estas mujeres son siempre deliciosas, irresistibles! —se dijo Octavio.

Y cayó en profunda melancolía recordando a su mujer. (Véase *Honorina*.)

Mientras que mujeres hermosas, ministros y magistrados conspiraban para salvar a Luciano, he aquí lo que ocurría en la Conserjería.

Al pasar por el postigo, Luciano le había dicho al escribano mayor que el señor Camusot le permitía escribir, y le había pedido pluma, tintero y papel. Mientras que el vigilante servía a Luciano lo que éste había pedido, aquel pobre joven, que no podía soportar la idea de un careo con Jacobo Collín, cayó en una de esas meditaciones fatales en las que la idea del suicidio se convierte en manía. Según algunos grandes médicos *alienistas*, el suicidio es la terminación de una alienación mental; y, desde que le habían encarcelado, Luciano tenía una idea fija. La carta de Ester, que leyó varias veces, aumentó la intensidad de su deseo de morir, llevando a su memoria el desenlace de Romeo uniéndose a Julieta. He aquí lo que escribió:

ESTO ES UN TESTAMENTO

Yo, el infrascrito, doy y lego a los hijos de mi hermana, doña Eva Chardón, mujer de David Sechard, antiguo impresor de Angulema, y de don David Sechard, la totalidad de los bienes muebles e inmuebles que me pertenezcan el día de mi defunción, deducción hecha de los pagos y

legados que ruego a mi albacea se encargue de cumplir.

Suplico al señor de Serizy que acepte el cargo de albacea testamentario.

Hay que pagar: 1o, al señor abate don Carlos Herrera la suma de trescientos mil francos; 2o, al señor barón de Nucingen la de un millón cuatrocientos mil francos, de la cual se deducirán setecientos cincuenta mil francos, en el caso de que aparezcan las sumas desaparecidas de casa de la señorita Ester.

Como heredero de la señorita Ester Gobseck, doy y lego una suma de setecientos sesenta mil francos a los hospicios de París para fundar un asilo consagrado especialmente a las mujeres públicas que quieran dejar su vida de vicio y de perdición.

Ademas, lego a los hospicios la suma necesaria para la compra de una renta de treinta mil francos al cinco por ciento. Los intereses anuales se emplearán semestralmente en libertar a prisioneros por deudas que no excedan de dos mil francos. Los administradores de los hospicios escogerán entre los más honrados de los detenidos por deudas.

Ruego al señor de Serizy que consagre una suma de cuarenta mil francos para levantarle un monumento en el cementerio del Este a la señorita Ester, y pido ser inhumado con ella. Esa tumba deberá ser cuadrada como las tumbas antiguas y no llevará inscripción; nuestras dos estatuas de mármol blanco estarán acostadas sobre la tapadera con las cabezas apoyadas en almohadas y las manos cruzadas.

Ruego al señor conde de Serizy que le entregue a don Eugenio de Rastiñac, como recuerdo mío, el tocador de oro que tengo en mi casa.

Finalmente, como recuerdo también, ruego a mi albacea que acepte el donativo que le hago de mi biblioteca.

LUCIANO CHARDÓN DE RUBEMPRÉ.

Este testamento fue metido en el sobre de una carta dirigida al conde de Granville, fiscal de París, concebida en estos términos:

Señor conde. Le confío mi testamento. Cuando abra esta carta, no existiré ya. En mi deseo de recobrar la libertad, respondí tan cobardemente a las

preguntas capciosas del señor Camusot, que, a pesar de mi inocencia, puedo verme enredado en un proceso infame. Aun suponiendo que saliese bien de éste, la vida sería imposible para mí, dadas las susceptibilidades del mundo.

Yo le ruego que se fije en la carta que incluyo adjunta para el abate Carlos Herrera, sin abrirla, y que haga llegar a manos del señor Camusot la retractación que le incluyo.

No creo que nadie se atreva a abrir un paquete lacrado que vaya dirigido a usted; y animado de esta confianza, le digo adiós, ofreciéndole por última vez mis respetos y rogándole que crea que al escribirle le doy una prueba de agradecimiento por las bondades que ha tenido para con su servidor.

LUCIANO DE R.

AL ABATE CARLOS HERRERA

Mi querido abate: no he recibido de usted más que beneficios y le he hecho traición. Esta ingratitud involuntaria me mata, y cuando lea usted estas líneas, ya no existiré: usted no estará aquí para salvarme otra vez.

Usted me había concedido el derecho de perderle, si me convenía; pero yo he dispuesto de usted de un modo estúpido. Para salir de apuros, seducido por la pregunta capciosa de un juez instructor, su hijo espiritual, el que fue adoptado por usted, se puso de parte de los que quieren asesinarle a toda costa haciendo creer en la identidad entre usted y un bandido francés. No hay más qué decir después de esto.

Entre un hombre de su poder de usted y yo, que me vi convertido en personaje gracias a sus favores, no caben palabras tristes en el momento de la separación suprema. Usted ha querido hacerme poderoso y lleno de gloria, y me ha precipitado a los abismos del suicidio. Hace mucho tiempo que yo veía llegar para mí el momento del vértigo.

Como me decía usted a veces, hay la posteridad de Caín y la de Abel. En el gran drama de la humanidad, Caín es la oposición. Usted desciende de Adán por esa línea que ha seguido siendo para el diablo el material en que sigue prendiendo aquella primera chispa que le arrojó a Eva. Entre los demonios de este origen los hay de tiempo en tiempo terribles, de organización vasta, y que se parecen a esos animales feroces del desierto

cuya vida exige los espacios inmensos que allí se hayan. Esas gentes son peligrosas en la sociedad cual lo serían los leones en plena Normandía: necesitan pasto, devoran a los hombres vulgares y mascan los ochavos de los necios; sus juegos son tan peligrosos, que acaban por matar al humilde perro que era su compañero, su ídolo. Cuando Dios quiere, esos seres misteriosos son Moisés, Atila, Carlo Magno, Robespierre o Napoleón; pero cuando Dios permite que se oxiden en el fondo del océano de una generación esos instrumentos gigantescos, ya no son más que Pugatcheff, Fouché, Louvel y el abate Carlos Herrera. Dotados de un poder inmenso sobre las almas cándidas, las atraen y las destruyen. Esto es grande, es hermoso en su género. Es la planta venenosa de ricos colores que fascina a los niños en los bosques. En la poesía del mal. Hombres como vosotros deben habitar antros y no salir de ellos. Tú me has hecho vivir esa vida gigantesca, y yo puedo dar cuenta de mi existencia, retirando mi cabeza de los nudos gordianos de tu política para entregarla al nudo corredizo de mi corbata.

Para reparar mi falta, le trasmito al fiscal general una retracción de mi declaración; usted verá de sacar partido de este documento.

Señor cura, según dejo dispuesto en mi testamento, recibirá usted las sumas que pertenecen a su Orden, de las cuales dispuso usted imprudentemente en mi favor, llevado del paternal afecto que me profesa.

Adiós, pues, adiós, grandiosa estatua del mal y de la corrupción, adiós a vos que, de seguir la buena senda, hubieseis sido más que Jiménez, más que Richelieu. Habéis cumplido vuestra promesa: me hallo a orillas del Charente, debiéndoos los encantos de un sueño; pero, desgraciadamente, no es el río de mi país adonde iba a lavar los pecadillos de mi juventud; es el Sena, y mi guarida un calabozo de la Conserjería.

No me lloréis: el desprecio que siento hacia usted iguala a mi admiración.

LUCIANO.

DECLARACIÓN

Yo, el infrascrito, declaro que me retracto por completo de lo que contiene el interrogatorio que me hizo sufrir hoy el señor Camusot.

El abate Carlos Herrera se decía ordinariamente mi padre espiritual, y yo

he debido engañarme al oír esta palabra tomada en otro sentido por el juez, indudablemente por error.

Yo sé que por mí fue político, y para anular secretos que conciernen a los gabinetes de España y de las Tullerías, ciertos agentes de la diplomacia intentan hacer pasar al abate Carlos Herrera por un forzado llamado Jacobo Collín; pero el abate Carlos Herrera no me ha hecho nunca respecto a este punto más confidencias que las de sus esfuerzos para procurarse las pruebas de la defunción o de la existencia de Jacobo Collín.

En la Conserjería, a 15 de mayo de 1830.

LUCIANO DE RUBEMPRÉ.

La fiebre del suicidio comunicaba a Luciano esa lucidez de ideas y esa actividad en la mano que tanto conocen los autores cuando son presa de la fiebre de la composición; así es que en menos de media hora escribió los documentos que acabamos de transcribir, hizo con ellos un paquete, lo lacró y lo selló con sus armas y lo dejó en medio del suelo de su calabozo, por parecerle el lugar más visible. A decir verdad, era difícil obrar con más dignidad en la falsa situación en que la infamia había sepultado a Luciano: éste salvaba su memoria de todo oprobio y reparaba el mal que le había hecho a su cómplice, en tanto que el ingenio del petimetre podía anular los efectos de la confianza del poeta.

Si Luciano hubiese sido llevado a uno de los calabozos de incomunicación, se habría hallado en la imposibilidad de realizar su proyecto, pues aquellas cajas de piedra de talla tienen por todo mobiliario una especie de camastro y un cubo destinado a la satisfacción de imperiosas necesidades. No hay en ellos ni un clavo, ni una silla, ni un escabel. La cama está empotrada tan sólidamente en la pared, que es imposible arrancarla sin que lo oiga el vigilante, pues la rejilla de hierro está siempre abierta. Además, cuando el procesado inspira temores, está vigilado por un gendarme o por un agente. En los cuartos de la cárcel, y en aquel que ocupaba Luciano gracias a las consideraciones que quiso guardarle el juez a un joven que pertenecía a la sociedad más elevada de París, el lecho móvil, la mesa y la silla pueden servir a un suicida para realizar sus deseos, aunque no con facilidad. Luciano llevaba una gran corbata de seda, y, al salir del despacho del juez, pensaba ya en el modo como se había dado la muerte Pichegrú, más o menos voluntariamente. Pero para colgarse es preciso hallar un punto de

apoyo y un espacio bastante considerable entre el cuerpo y el suelo para que los pies no hallen dónde posarse. Ahora bien, la ventana de su celda, que daba al patio, no tenía falleba, y los barrotes de hierro, clavados por el exterior, estaban separados de Luciano por el espesor de la pared y no le permitían tomarlos como punto de apoyo.

He aquí el plan que las facultades inventivas sugirieron a Luciano para consumar su suicidio. Si el cuévano aplicado al vano le quitaba a Luciano la vista del patio, aquel cuévano impedía igualmente que los vigilantes viesen lo que ocurría en la celda, y, si en la parte inferior de la ventana los vidrios habían sido reemplazados por dos fuertes planchas, la parte superior conservaba en cada mitad pequeños vidrios separados y mantenidos por los travesaños que forman el cuadrado. Subiéndose a la mesa, Luciano podía alcanzar la parte envidriada de la ventana y arrancar dos vidrios y romperlos, de modo que el travesano le ofreciese un punto de apoyo sólido, donde atar la corbata, en la cual haría un lazo corredizo para pasárselo por el cuello y darle después una patada a la mesa a fin de alejarla de sí.

Acercó, pues, la mesa sin hacer ruido, se quitó la levita y el chaleco y luego se subió a la mesa sin ninguna vacilación para agujerear los vidrios por encima y por debajo del travesano. Cuando estuvo por encima deja mesa, pudo fijar los ojos en el patio, espectáculo magnífico que entrevió por primera vez. El director de la conserjería, que había recibido orden de Camusot de tratar a Luciano con todo género de consideraciones, lo había llevado por las galerías interiores cuya entrada está en el subterráneo oscuro que hace frente a la torre de plata, a fin de evitarle a un joven elegante el tránsito por entre la multitud de los acusados que se pasean por el patio. Se va a juzgar si el aspecto de aquel lugares apto para impresionar vivamente un alma de poeta.

El patio de la Conserjería está limitado por la torre de plata y por la torre Bombec, y el espacio que las separa indica perfectamente la anchura del patio. La galería llamada de San Luis, que conduce de la galería común al tribunal de casación y a la torre Bombec, donde se halla, según dicen, el despacho de San Luis, puede dar a los curiosos una idea de la longitud del patio. Los calabozos de incomunicación y las celdas se hallan, pues, debajo de la galería común. Por esto la reina María Antonieta, cuyo calabozo estaba debajo de los de incomunicación actuales, era llevada al tribunal revolucionario, que celebraba sus sesiones en el local del tribunal

de casación, por una escalera formidable practicada en el espesor de los muros que sostienen la galería común y que está hoy condenada. Uno de los lados del patio, aquel cuyo primer piso está ocupado por la galería de San Luis, ofrece a las miradas una hilera de columnas góticas entre las cuales los arquitectos de no sé qué época han practicado dos pisos de calabozos para albergar al mayor número posible de acusados, cubriendo de yeso, de rejas y pegotes los capiteles, las ventanas ojivales y los cuerpos de columna de aquella magnífica galería. Bajo el despacho de San Luis, en la torre Bombee, hay una escalera de caracol que conduce a aquellos calabozos. Esta prostitución de los recuerdos más grandes de Francia es de un efecto horrible.

A la altura en que se hallaba Luciano, su mirada alcanzaba al sesgo aquella galería y los detalles del cuerpo de edificio que une la torre de plata con la torre Bombec, y veía los tejados puntiagudos de las dos torres. El poeta quedóse alelado, y su suicidio se retardó a causa de su admiración. Hoy los fenómenos de la alucinación están tan admitidos por la medicina, que ese consorcio de nuestros sentidos, esa extraña facultad de nuestros sentidos no puede discutirse. El hombre, bajo la presión de un sentimiento llegado al estado de monomanía a causa de su intensidad, se halla a veces en la misma situación en que le pone el opio y el protóxido de ázoe. Entonces aparecen los espectros, los fantasmas; los sueños toman cuerpo y las cosas destruidas reviven en su estado y condición primera. Lo que no era en el cerebro más que una idea se convierte en una criatura animada. La ciencia cree hoy que bajo el esfuerzo de las pasiones en el paroxismo, el cerebro se inyecta de sangre, y que esta congestión produce los efectos espantosos del sueño en el estado de vigilia, tanta repugnancia hay en considerar el pensamiento como una fuerza viva. Luciano vio el palacio en toda su belleza primitiva. Las columnas se ofrecían esbeltas, llenas de luz y de frescura. La mansión de San Luis reapareció tal como fue, y él admiraba sus proporciones babilónicas y sus fantasías orientales. El suicida aceptó aquella vista sublime como un adiós poético de la creación civilizada. Al tomar sus medidas para darse la muerte, se preguntaba cómo existía aquella maravilla desconocida en París. Había en él dos Lucianos: un Luciano poeta que se paseaba, por la edad media, bajo los arcos y las torres de San Luis, y un Luciano que se disponía al suicidio.

En el momento en que el señor de Granville salió de su despacho, el director de la Conserjería entraba en él, y la expresión de aquel rostro era

tal, que el fiscal se volvió atrás. El director llevaba un paquete en la mano, y le dijo:

—Señor, he aquí un paquete de cartas del procesado cuya triste suerte me trae aquí.

—¿Es acaso el señor don Luciano de Rubempré?… —preguntó el señor de Granville embargado por espantosa angustia.

—Sí, señor. El vigilante del patio oyó un ruido de vidrios rotos en los calabozos, y el vecino del señor Luciano empezó a gritar, pues oía la agonía de ese pobre joven. El vigilante volvió pálido después de presenciar el espectáculo que ofrecía el calabozo: vio al procesado colgado de la ventana por medio de la corbata…

Aunque el director hablaba en voz baja, el grito terrible que lanzó la señora de Serizy probó que, en las circunstancias supremas, nuestros sentidos tienen un poder incalculable. La condesa oyó o adivinó; pero, antes de que el señor de Granville se hubiese vuelto, sin que el señor de Serizy ni el señor de Bauván pudiesen evitarlo, huyó como una exhalación, y llegó a la galería común, llegando hasta la escalera que conduce a la calle de la Barillerie.

Un abogado dejaba la toga a la puerta de una de aquellas tiendas que llenaban aquella galería donde se alquilaban togas y birretes. La condesa preguntó por el camino de la Conserjería.

—Baje y vuelva a la izquierda, la entrada está en el muelle del Reloj, la primera arcada.

—Esa mujer está loca —dijo la tendera—; sería preciso seguirla.

Nadie habría podido seguir a Leontina, porque volaba. Sólo un médico podría dar la explicación del cómo las mujeres del gran mundo, que no emplean para nada la fuerza, sacan un poder tan grande en las grandes crisis de la vida. Leontina corrió hacia el postigo con tanta rapidez, que el gendarme de guardia no la vio entrar, y se abalanzó, como una pluma llevada por el viento, hacia la reja, sacudiendo los barrotes de hierro, arrancó uno y se lo hundió en el pecho, hiriéndose y cayendo, al mismo tiempo que gritaba con una voz que heló a los vigilantes:

—¡Abrid, abrid!

El calabocero acudió.

—¡Abrid! Vengo de parte del fiscal general, *para salvar al muerto*.

Mientras que la condesa daba la vuelta por la calle de la Barillerie y por el muelle del Reloj, los señores de Granville y de Serizy bajaban a la Conserjería por los pasillos interiores, comprendiendo la intención de la condesa; pero, no obstante su diligencia, llegaron en el momento en que caía desmayada ante la reja y en que era cogida por los gendarmes del cuerpo de guardia. Al ver al director de la Conserjería, abrióse el postigo y la condesa fue trasladada a la escribanía mayor; pero Leontina no tardó en levantarse y cayó de rodillas con las manos cruzadas, diciendo:

—¡Verle!, ¡verle! ¡Oh! señores, no haré daño a nadie; pero si no quieren verme morir aquí… déjenme ver a Luciano, muerto o vivo… ¡Ah!, ¡estás aquí, amigo mío! escoge entre mi muerte o… Y cayó.

—¡Tú eres bueno! —repuso—. ¡Yo te amaré!

—¡Llevémosla! —dijo el señor de Bauván.

—No, vamos a la celda que ocupa Luciano —dijo el señor de Granville leyendo en los extraviados ojos del señor de Serizy sus intenciones.

Y cogió a la condesa de un brazo y la levantó, al mismo tiempo que el señor de Bauván le ayudaba cogiéndola del otro brazo.

—¡Caballero! —le dijo el señor de Serizy al director— ni una palabra acerca de todo esto.

—Pierda cuidado —respondió el director—. Está el secreto en buenas manos, y esa dama…

—Es mi mujer.

—¡Ah! dispénseme, señor… Quería decir que se desmayará al ver al suicida y durante su desmayo podrá ser llevada en coche a su casa.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo el conde—; envíe al patio de Harlay, donde esperan mis criados, para que traigan mi coche.

—Podemos salvarle —decía la condesa andando con una fuerza y un valor que sorprendió a todos—. Hay medios de volverle a la vida.

Y arrastraba tras sí a los dos magistrados, al mismo tiempo que le decía el vigilante:

—Vamos, vamos, aprisa, porque un segundo puede costar la vida a tres seres.

Cuando abrieron la puerta de la celda y la condesa vio a Luciano colgado con las ropas caídas cual si pendiesen de una percha, primero dio un salto hacia él para abrazarlo; pero en seguida cayó de bruces lanzando gritos que fueron ahogados por una especie de estertor.

Cinco minutos después, era llevada en el coche del conde a su palacio, para ser acostada en su cama, a cuyo pie se arrodilló su marido. El conde de Bauván había ido a buscar un médico para prestar los primeros auxilios a la condesa.

El director de la Conserjería examinaba la reja exterior del postigo y le decía a un escribano:

—¡No se ha escatimado nada! los barrotes son de hierro forjado, se hicieron pruebas con ellos y se pagaron caros, y ahora resulta que eran de paja.

El fiscal general, que había vuelto a su despacho, le dijo a Massol, que le esperaba en la antesala:

—Señor, ponga lo que voy a dictarle en el número de mañana de su *Gaceta*, en el lugar de las noticias judiciales; usted se encargará del preámbulo del artículo.

Y dictó lo siguiente:

Se ha reconocido y probado que la señorita Ester se dio voluntariamente la muerte.

La probada inocencia de don Luciano de Rubempré ha hecho deplorar tanto más su detención cuanto que en el momento en que el juez decretaba su libertad, este joven murió de repente.

—Señor, su porvenir depende de su discreción en este favor que le pido —añadió el señor de Granville.

—Puesto que el señor fiscal me hace el honor de tener confianza en mí, me voy a tomar la libertad de hacerle una advertencia —respondió Massol—. Esta noticia inspirará comentarios injuriosos para la administración de justicia…

—La justicia es sobrado fuerte para soportarlos —contestó el magistrado.

—Señor conde, permítame; con dos líneas se podría evitar este inconveniente.

Y el abogado escribió lo siguiente:

«Los procedimientos de la justicia son completamente ajenos a este funesto acontecimiento. La autopsia, que se practicó en el acto, demostró que esta muerte fue debida a la rotura de un aneurisma en su último periodo. Si el señor de Rubempré se hubiese afectado con su detención, su muerte habría acaecido mucho antes. Nosotros podemos afirmar que, lejos de disgustarse con su detención, la tomó a risa, pues les decía a los que le detuvieron en Fontainebleau que tan pronto como llegase ante el juez quedaría reconocida su inocencia».

—¿No equivale esto a salvarlo todo? —preguntó el abogado periodista.

—Tiene usted razón, mi querido colega.

—El Procurador General se lo agradecerá mañana —replicó Massol con finura.

Así, como puede verse, los más importantes acontecimientos de la vida se traducen en breves noticias periodísticas más o menos ciertas. Y eso mismo ocurre con otras cosas, mucho más solemnes que éstas.

Ahora bien, para la mayoría, y también para la gente distinguida, tal vez este Estudio no parezca haber terminado completamente con la muerte de Ester y de Luciano; tal vez Jacobo Collín, Asia, Europa y Paccard, a pesar de la infamia de sus vidas, interesen bastante a fin de que pueda saberse cuál ha sido su fin. Quizá este último acto del drama pueda, por otra parte,

completar el cuadro de costumbres que incluye este estudio y proporcionar el desenlace de los diversos intereses dejados en suspenso que la vida de Luciano había entretejido tan singularmente, al mezclar algunas figuras del mundo de los presidios con las de los más altos personajes.

París, marzo de 1846

La última encarnación de Vautrín

—¿Qué ocurre, Magdalena? —preguntó la señora Camusot, viendo entrar a su doncella con ese aire que suelen afectar ciertas personasen los momentos críticos.

—Señora —repuso Magdalena—, el señor acaba de volver de la Audiencia; pero trae un semblante tan compungido, y se halla tan mal parado, que tal vez haría bien la señora yendo a verle a su despacho.

—¿Ha dicho algo? —preguntó la señora Camusot.

—No, señora; pero nunca hemos visto al señor con cara semejante; diríase que va a caer enfermo; está amarillo, como si fuese un muerto, y…

Sin escuchar el resto de la frase, la señora Camusot se lanzó fuera de la habitación y corrió en busca de su marido. El juez de instrucción estaba sentado en un sillón, con las piernas estiradas, la cabeza apoyada en el respaldo, las manos colgando, el rostro pálido y los ojos abotargados, como si fuera a desmayarse.

—¿Qué tienes, amigo mío? —preguntó la joven espantada.

—¡Ah, mi pobre Amelia! Ha ocurrido un lance funesto… que aún me hace temblar. Figúrate que el procurador general… No, que la señora Serizy… que… No sé por dónde empezar…

—Empieza por lo último —dijo la señora Camusot.

—¡Pues bien! Cuando en la cámara del consejo de la Primera, el señor Popinot había puesto la última firma de rúbrica al pie de la sentencia de *no ha lugar*, redactada según mi informe y que ponía en libertad a Luciano de Rubempré… En fin, ¡todo había concluido!, el escribano se llevaba la minuta; yo iba a verme libre de aquel negocio… Y de pronto, el presidente del tribunal entra y se pone a examinar la sentencia.

»—Da usted libertad a un muerto —me dijo con aire frío y burlón—; ese

joven se ha presentado, según la frase del señor Bonald, delante de su juez natural. Ha sucumbido de una apoplejía fulminante…

»Yo respiré, creyendo en un accidente.

»—Si no me equivoco, señor presidente —dijo el señor Popinot—, se tratará de la apoplejía de Pichegrú…

»—Señores —repuso el presidente gravemente—, sepan ustedes que, para todo el mundo, el joven Luciano de Rubempré morirá de la ruptura de un aneurisma.

»Todos nos miramos mutuamente.

»—Personajes de alto coturno se hallan mezclados en este asunto —dijo el presidente—. Dios quiera, en interés vuestro, señor Camusot, aunque usted se ha limitado a cumplir con su deber, que la señora de Serizy no se vuelva loca del golpe que acaba de recibir; ¡se la han llevado medio muerta! Acabo de encontrar a nuestro procurador general en un estado de desesperación, que me ha apenado mucho. Y luego agregó acercándosea mi oído: ¡Ha errado usted el tiro, mi querido Camusot!

»No, amiga mía; al salir, apenas podía caminar. Mis piernas temblaban de tal modo, que no me atreví a lanzarme a la calle, y entré en mi despacho para serenarme. Coquart, que arreglaba el protocolo de ese malhadado proceso, me refirió que una hermosa dama había tomado por asalto la Conserjería; que pretendió salvar la vida de Luciano, de quien estaba locamente enamorada, y que se desvaneció al verle colgado por su corbata de los barrotes del calabozo. La idea de que el modo que tuve de interrogar a ese desgraciado joven, que, por otra parte y entre nosotros, es perfectamente culpable, ha podido impulsarle al suicidio, me obsesiona desde que salí de Palacio, y a cada instante creo que voy a desvanecerme…».

—¡Vaya! ¿Por qué has de considerarte asesino porque un preso se ahorque en su celda cuando tú te proponías libertarle?… —exclamó la señora Camusot—. ¡Un juez de instrucción es como un general a quien le matan el caballo!… Nada más.

—Esas comparaciones, querida mía, te concedo que sean bromas de buena ley; pero tales bromas están aquí fuera de sazón. En este caso *el muerto arrastra al vivo*

. Luciano se lleva nuestras esperanzas a la tumba.

—¿De veras?… —dijo la señora Camusot con acento de marcada ironía.

—Sí, mi carrera ha concluido. Toda mi vida seré un simple juez del tribunal del Sena. El señor de Granville ya estaba, antes de este fatal acontecimiento, muy disgustado de los derroteros que seguía el proceso; y lo que ha dicho a nuestro presidente, me demuestra que nunca ascenderé en tanto que el señor de Granville sea procurador general…

¡Ascender! Ésa es la palabra terrible, la idea que, en nuestros días, cambia al magistrado en funcionario.

Antaño, el magistrado era inmediatamente todo lo que merecía ser. Las tres o cuatro nulidades de las presidencias de cámara satisfacían las ambiciones en cada parlamento. Una plaza de consejero satisfacía a un Brosses y a un Molé, lo mismo en Dijón que en París. Este cargo, que era una fortuna, exigía, para ser desempeñado dignamente, una gran fortuna. En París, y fuera del parlamento, los togados sólo podían aspirar a tres empleos igualmente distinguidos: el registro general, la cartera de Gracia y Justicia o la investidura de canciller. Fuera de los parlamentos, en la esfera inferior, un ayudante de presidial se creía un gran personaje cuando tenía la suerte de mantenerse toda la vida en su puesto. Compárese la situación de un consejero en la corte real de París, que no gozaba otro patrimonio, en 1829, que su título, con un consejero de parlamento en 1729. ¡Qué diferencia tan grande! En estos tiempos en que se ha hecho del dinero la garantía social universal, no se les exige a los magistrados, como otras veces, que posean grandes fortunas; y así se les ve siendo diputados, pares de Francia, amontonando magistraturas sobre magistraturas, oficiando simultáneamente de jueces y de legisladores, y cobrando importancia de cargos bien ajenos a aquel del cual debían recibir todo su mérito.

En fin, los magistrados procuran distinguirse para ascender, como se asciende en el ejército o en la administración.

Este pensamiento, si no llega a coartar la independencia del magistrado, es demasiado ostensible y natural, y sus consecuencias muy conocidas para que la magistratura no pierda ante el público algo de su majestad. Los cargos retribuidos por el Estado convierten al magistrado y al clérigo en empleados. Los ascensos posibles fomentan la ambición, y la ambición

determina cierta complacencia para con los poderes constituidos; mientras la igualdad moderna coloca al justiciable y al juez en idéntico nivel social. De aquí que las dos columnas de todo orden político, la religión y la justicia, se hayan empequeñecido en este siglo XIX, tan favorable, según todos creen, al progreso.

—¿Y por qué no habías de ascender? —dijo Amelia Camusot.

Y miró a su marido con aire burlón, comprendiendo la necesidad de infundir energías en aquel hombre, juguete de su ambición, y del cual se servía como de un instrumento.

—¿Por qué desesperar? —añadió con un gesto que bien claramente decía cuán poco le preocupaba la muerte del detenido—. Ese suicidio hará dichosas a las dos enemigas de Luciano, la señora de Espard y su prima, la condesa Chatelet. La señora de Espard está en muy buenas relaciones con el ministro; por conducto de ella puedes obtener una audiencia de Su Grandeza, en la cual le referirás el secreto de este negocio; y si el ministro de Justicia se declara en tu favor, ¿qué tienes que temer de tu presidente y del procurador general?…

—¡Pero, y el señor y la señora de Serizy!… —exclamó el pobre juez—. Te repito que la señora de Serizy está loca, ¡loca por causa mía, según dicen!

—¡Bah! si está loca, juzga imparcialmente —repuso la señora Camusot riendo— que no podrá perjudicarte… veamos, refiéreme minuciosamente todas las peripecias de la jornada.

—¡Dios mío! —contestó Camusot—; cuando yo acababa de confesar a ese desgraciado joven, que me declaró que ese llamado cura español es, efectivamente, Jacobo Collín, la duquesa de Maufrigneuse y la señora de Serizy me enviaron con un lacayo un billetito, suplicándome que no interrogase al acusado. Pero ya era tarde.

—¡Decididamente perdiste la cabeza! —dijo Amelia—; porque estando seguro, como lo estás de tu escribano, podías haber llamado a Luciano, tranquilizarle ladinamente y corregir tu interrogatorio.

—¡Eres como la señora de Serizy, te burlas de la justicia! —dijo Camusot, que era incapaz de tomar a broma su profesión—. La señora de Serizy ha cogido mis procesos verbales y los ha echado al fuego.

—¡Ésa es una mujer, bravo! —gritó la señora Camusot.

—La señora de Serizy me ha dicho que volaría el Palacio antes de consentir que un joven que había merecido sus favores y los de la duquesa de Maufrigneuse, anduviese rodando por los bancos de la audiencia en compañía de un presidiario…

—Pero, Camusot —dijo Amelia, que no pudo disimular una sonrisa de superioridad—, tu situación es soberbia…

—¡Ah, sí, soberbia!…

—Has cumplido con tu deber.

—Pero desgraciadamente, y a pesar del aviso jesuítico del señor de Granville, que me encontró en el muelle Malaquais…

—¿Esta mañana?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¡Oh, Camusot! —dijo Amelia retorciéndose las manos—, yo que no me canso de repetirte que tengas cuidado con todo… ¡Dios mío, no es un hombre, sino un carretón de ladrillos con lo que tengo que habérmelas!… Pero, Camusot, tu procurador general estaba esperándote y ha debido hacerte algunas advertencias…

—Sí, sí…

—¡Y no le has comprendido! Si eres sordo, toda tu vida te quedarás de juez de instrucción, sin ninguna instrucción. Ten la bondad de escucharme —añadió interrumpiendo a su marido, que quería hablar—. ¿Crees que el asunto ha concluido?

Camusot miró a su mujer con ese aire que tienen los campesinos delante de un charlatán.

—Si la duquesa de Maufrigneuse y la condesa de Serizy están

comprometidas, debes contar con la protección de las dos —prosiguió Amelia—. ¡Veamos! La señora de Espard obtendrá para ti del guardasellos una audiencia, en la que le referirás el secreto del negocio, y esto le servirá para divertir al rey; porque todos los soberanos gustan de conocer el reverso de los asuntos y los verdaderos motivos de los acontecimientos que el público ve desarrollarse con la boca abierta. De este modo, no habrá nada que temer ni del procurador general, ni del señor de Serizy…

—¡Una mujer como tú es un tesoro! —exclamó el juez cobrando valor—. Bien considerado, yo he desenmascarado a Jacobo Collín, le obligaré a comparecer en la audiencia y descubriré sus crímenes. Un proceso como éste es una victoria en la carrera de un juez de instrucción…

—Camusot —repuso Amelia, viendo con regocijo que su marido salía de la postración moral y física que le causó el suicidio de Luciano de Rubempré—, el presidente te dijo hace un momento que erraste el tiro… ahora también te equivocas… ¡Otra vez te descarrías, amigo mío!

El juez de instrucción permaneció de pie, mirando a su mujer con aire estupefacto.

El rey y el guardasellos podrán alegrarse mucho de conocer el secreto de este negocio, y también irritarse mucho al ver cómo los abogados de la opinión liberal arrastran con sus alegatos a la barra de la opinión y de la audiencia a personajes tan importantes como los Serizy, los Maufrigneuse y los Grandlieu, y, en fin, a cuantos están ligados más o menos directamente con este proceso.

—¡Todos se hallan enredados en él… y son míos! —exclamó Camusot.

El juez, que se había levantado, empezó a pasear por su despacho, como Sganarelle en el teatro cuando quiere librarse de alguna situación difícil.

—¡Escucha, Amelia! —exclamó deteniéndose delante de su mujer—; ahora recuerdo una circunstancia, insignificante al parecer, y que en la situación en que estoy reviste capital importancia. Figúrate, querida mía, que ese Jacobo Collín es un prodigio de ingenio, de disimulo, de truhanerías… un hombre de tales recursos… ¡Oh, es… ¿qué te diré yo?… el Cromwell del presidio!… No he conocido facineroso mayor… ¡casi me ha engañado!… Pero en un proceso criminal el extremo cualquiera de un hilo sirve para conocer el ovillo que luego sirve para orientarse en el

laberinto de las conciencias más tenebrosas y de los hechos más oscuros. Cuando Jacobo Collín me vio examinando las cartas halladas en el domicilio de Luciano de Rubempré, mi hombre lanzó sobre ellas una mirada penetrante, como asegurándose de que allí faltaba algún paquete, y no pudo disimular un movimiento de visible satisfacción. Aquella mirada de ladrón que tasa un tesoro; aquel gesto de prisionero que se dice: «Tengo mis armas», me revelaron un mundo de cosas. Solamente vosotras las mujeres podéis, como nosotros y los reos, lanzar en una mirada fugitiva escenas enteras en que se traslucen engañifas complicadas como cerraduras de seguridad. Ya ves cómo pueden decirse sospechas a montones en un segundo. ¡Es espantoso eso de condensar la vida o la muerte en un abrir y cerrar de ojos!… Creo que ese majo tiene en su poder otras cartas. Después me he distraído con las mil peripecias del asunto, y descuidé este incidente creyendo que podría carear a mis detenidos y esclarecer después este punto de la instrucción. Pero admitamos como cierto que Jacobo Collín ha puesto en lugar seguro, según suelen hacer estos miserables, las cartas más comprometedoras de la correspondencia de ese hermoso joven adorado de tantas…

—¡Y tiemblas, Camusot! ¡Tú serás presidente de cámara en la corte real mucho antes de lo que yo creía!… —exclamó la señora Camusot, cuyo rostro resplandecía—. ¡Veamos! Debes proceder de modo que todo el mundo quede satisfecho, pues el asunto va complicándose tanto que nos lo podrían *robar*… ¿No le han quitado a Popinot de entre las manos, para dártela a ti, la intervención en el proceso de interdicción, presentado por la señora contra el señor de Espard?… —añadió respondiendo a un gesto de sorpresa de Camusot—. Pues bien; el procurador general, que tanto demuestra interesarse por el honor del señor y de la señora de Serizy, ¿no puede llevar el asunto a la corte real, y formar un consejo particular que lo instruya de nuevo?…

—¡Ah, cómo, querida mía! ¿En dónde has cursado tú derecho criminal? —exclamó Camusot—. Lo sabes todo; eres mi maestro…

—¡Vaya! puedes estar seguro de que mañana el señor de Granville se asustará del alegato probable de algún abogado liberal que ese Jacobo Collín tendrá buen cuidado de encontrar; ¡porque seguramente irán a ofrecerle dinero por defenderle!… Esas señoras conocen el peligro tan bien como tú, por no decir mejor, y se lo explicarán al procurador general, que ya ve a todas esas familias arrastradas muy cerca del banco de los

acusados, por efecto de la amistad de ese presidiario con Luciano de Rubempré, novio de la señorita Grandlieu; de ese Luciano, amante de Ester, antiguo amante de la duquesa de Maufrigneuse y querido de la señora de Serizy. Por consiguiente, debes conducirte de modo que te captes el cariño de tu procurador general, el agradecimiento del señor de Serizy, los de la marquesa de Espard y de la condesa Chatelet, que recabes la protección de la señora de Maufrigneuse, valiéndote de la casa de Grandlieu, y que merezcas las felicitaciones de tu presidente. Yo, por mi parte, me encargo de las señoras de Espard, de Maufrigneuse y de Grandlieu. Tú debes ir mañana temprano a ver al procurador general. El señor de Granville es un hombre que no vive con su mujer, y que durante una decena de años tuvo por querida a la señorita de Bellefeuille, que le ha dado hijos adulterinos, ¿no es cierto? Pues bien; ese magistrado no es un santo, sino un hombre como otro cualquiera: es seducible, ofrece puntos vulnerables por donde puede atacársele; hay que descubrir su lado flaco, adularle; pídele consejos, demuéstrale el peligro del negocio; en fin, procura hablarle de amigo a amigo, y tú serás…

—No; yo debía besar las huellas de tus pies —dijo Camusot interrumpiendo a su mujer, cogiéndola por el talle y estrechándola contra su corazón—; ¡Amelia, tú eres mi salvación!

—Yo soy quien te ha remolcado de Alençon a Mantés y de Mantes al tribunal del Sena —repuso Amelia—. Pues bien, ¡vive tranquilo!… Yo quiero que dentro de cinco años me llamen la señora presidenta; pero, gato mío, reflexiona mucho antes de tomar ninguna determinación. El oficio de juez no es como el de bombero; vuestros papeles no se queman nunca y tenéis tiempo de meditar; por eso no se os puede perdonar ninguna tontería…

—La seguridad de mi posición radica completamente en la identidad del falso clérigo español con Jacobo Collín —repuso el juez después de un largo silencio—. Una vez bien determinada esa identidad, aun cuando la cámara se apropie el desarrollo de este proceso, siempre será un hecho concreto del cual no podrá prescindir ningún magistrado, juez o consejero. He imitado a los niños que atan un pedazo de hierro a la cola de un gato; en dondequiera que se instruya el proceso, siempre tendrá que sonar el hierro de Jacobo Collín.

—¡Bravo! —dijo Amelia.

—Y el procurador general preferirá entenderse conmigo, que soy el único que puede quitar esa espada de Damocles suspendida sobre el corazón del barrio Saint-Germain, que con cualquier otro… Pero ¡no puedes imaginarte cuán difícil es obtener ese magnífico resultado!… Hace un momento que el procurador general y yo convinimos en aceptar a Jacobo Collín por lo que él quiera ser, por un canónigo del cabildo de Toledo, por Carlos Herrera; hemos decidido reconocer sus títulos de enviado diplomático, y dejar que le reclame la embajada española. Obedeciendo a este plan redacté el informe que ponía en libertad a Luciano de Rubempré, y reanudé los interrogatorios de mis reos, que se quedaron más blancos que la nieve. Mañana, los señores de Rastiñac, Bianchón y no sé quién más, deben ser careados con el supuesto canónigo del cabildo real de Toledo, en quien no reconocerán a Jacobo Collín, cuya prisión se verificó hace diez años, y en presencia suya, dentro de un mesón, en donde le conocieron con el nombre de Vautrín.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la señora Camusot estuvo reflexionando.

—¿Estás seguro de que tu reo es Jacobo Collín? —preguntó.

—Seguro —repuso el juez—, y el procurador general también.

—Pues bien, procura suscitar un lance en el Palacio de Justicia; pero sin enseñar tus uñas de gato. Si tu hombre está aún en el secreto, corre a ver inmediatamente al director de la Conserjería, y haz de manera que el reo sea reconocido públicamente. En vez de imitar a los niños, imita a los ministros de justicia de los gobiernos absolutos, que inventan conspiraciones contra el soberano para luego proporcionarse el mérito de descubrirlas y hacerse necesarios: pon a tres familias en peligro para tener la gloria de salvarlas.

—¡Ah, qué felicidad! —exclamó Camusot—. Tengo el cerebro tan preocupado, que ya no me acordaba de esta circunstancia. La orden de poner a Jacobo Collín en el calabozo fue trasmitida por Cocquart al señor Gault, director de la Conserjería; y, merced a los oficios de Bibi-Lupín, el enemigo de Jacobo Collín, se han llevado del presidio a la Conserjería a tres criminales que le conocen; de modo que si mañana temprano baja al patio, habrá algún lance terrible…

—¿Y por qué?

—Jacobo Collín, querida mía, es depositario de las fortunas que tienen los presidiarios y que ascienden a sumas considerables; según dicen, las ha disipado pagando los lujos del difunto Luciano, y ahora le van a pedir cuentas. Bibi-Lupín me ha asegurado que habrá una riña en la que los celadores tendrán que intervenir, y el secreto quedará descubierto. De esto depende la vida de Jacobo Collín, y si voy al palacio temprano, podré redactar un proceso verbal de identidad.

—¡Ah, si sus comitentes te desembarazasen de él!… te considerarían como a un hombre de gran capacidad… ¡No vayas a ver al señor Granville y espérale en sus tribunal con esa arma formidable! Eso es un cañón asestado contra las tres familias más respetables de la corte y de los pares. Ten audacia, dile al señor de Granville que os conviene desembarazaros de Jacobo Collín enviándole a presidio, en donde los reclusos saben concluir con sus delatores. Yo iré a visitar a la duquesa de Maufrigneuse, que me llevará a casa de los Grandlieu. Tal vez veré también al señor de Serizy. Estáte seguro de que llevaré la alarma por todas partes. Sobre todo, escríbeme una palabra convenida para que yo sepa si el cura español ha sido reconocido judicialmente como tal Jacobo Collín. Tú procura salir del Palacio a las dos, que yo habré conseguido que el guardasellos te otorgue una audiencia particular; tal vez esté en casa de la marquesa de Espard.

Camusot permanecía inmóvil sobre sus piernas, con un aire tan admirado que hizo sonreír a la ladina Amelia.

—¡Vamos, ven a comer! —dijo para concluir—, y estáte alegre. Ya ves, hace dos años que llegamos a París, y ya estás en vías de ser consejero antes de fin de año… De ahí, gato mío, a ser presidente de una cámara en la corte, no hay más distancia que la de un servicio prestado en cualquier asunto político.

Esta deliberación secreta demuestra hasta qué punto los actos y las palabras más insignificantes de Jacobo Collín, último personaje de este estudio, afectaban al honor de las familias en cuyo seno había colocado a su difunto protegido.

La muerte de Luciano y la entrada en la Conserjería de la condesa de Serizy produjeron una conmoción tan grande en todos los engranajes de la máquina, que el director se había olvidado de revelar el secreto del

supuesto clérigo español.

Aunque en los anales jurídicos ha habido varios casos como éste, la muerte de un reo durante el curso de la instrucción de un proceso, es un acontecimiento bastante raro para que los celadores, el escribano y el director hubiesen salido del sosiego habitual de sus funciones. Para ellos, sin embargo, lo más grave no era la rápida muerte de aquel hermoso joven, sino la ruptura del barrote de hierro forjado de la primera reja del postigo, realizada por las delicadas manos de una mujer mundana; y por eso director, escribano y celadores, en cuanto el procurador general y el conde Octavio de Bauván se fueron en el coche del conde de Serizy, llevándose a su mujer desvanecida, se agruparon junto al postigo, adonde condujeron al señor Lebrún, el médico de la prisión, llamado para levantar acta de la muerte de Luciano y hablar con el *médico de los muertos* correspondiente al barrio en que vivía el infortunado joven.

En París llaman *médico de los muertos* al doctor encargado en cada alcaldía de ir a confirmar la defunción y a examinar sus causas.

Con aquel certero golpe de vista que le distinguía, el señor de Granville creyó oportuno, para preservar el honor de familias comprometidas, el redactar el acta de defunción de Luciano en la alcaldía a que corresponde el muelle Malaquais, en que vivía el interfecto, y conducirle desde su domicilio a la iglesia de Saint-Germain des Pres, en que había de celebrarse la fúnebre ceremonia. El señor de Chargeboeuf, secretario del señor Granville y delegado suyo tenía instrucciones acerca de esto. La traslación de Luciano debía efectuarse durante la noche. El joven secretario tenía orden de entenderse con la alcaldía, la parroquia y la administración de pompas fúnebres. De este modo aparecería ante el mundo que Luciano había muerto libre y en su casa, el cortejo saldría de su casa y sus amigos serían citados en su domicilio para concurrirá la ceremonia.

Luego, en el momento en que Camusot, ya tranquilo, se sentaba a comer con su ambiciosa mitad, el director de la Conserjería y el señor Lebrún, médico de las prisiones, estaban por fuera del postigo, deplorando la fragilidad de las barras de hierro y la fuerza de las mujeres enamoradas.

—¡Nadie sabe —decía el doctor al despedirse del señor Gault— todo el poder nervioso que hay en un hombre sobreexcitado por la pasión! Ni la dinámica ni las matemáticas tienen ni cifras ni cálculos para determinar

esa fuerza. Mire usted, ayer fui testigo de un experimento magnético, que me impresionó hondamente y que da una idea del terrible vigor físico desarrollado hace poco por esa mujercita.

—Cuénteme usted eso —dijo el señor Gault—, porque tengo la debilidad de interesarme por el magnetismo y, aunque no creo en él, me preocupa.

—Un médico magnetizador, porque entre nosotros hay muchos que creen en el magnetismo —prosiguió el doctor Lebrún—, me propuso experimentar sobre mí mismo, un fenómeno que me describió y que yo no quería creer. Al fin accedí, deseoso de ver por mis propios ojos una de esas extrañas crisis nerviosas por las cuales se demuestra la existencia del magnetismo. He aquí el hecho. Yo quisiera saber lo que diría nuestra Academia de medicina si se sometiese uno tras otro a cada uno de sus miembros, a esa sensación que no da escapatoria ninguna a la incredulidad. Mi viejo amigo…

«—Este médico —dijo el doctor Lebrún abriendo un paréntesis— es un anciano perseguido por sus opiniones por la facultad, desde Mesmer; tiene setenta o setenta y dos años, y se llama Bouvard. Hoy día es el apóstol de la teoría del magnetismo animal. Soy un hijo para ese excelente hombre, y le debo cuanto soy. Pues bien, el viejo y respetable Bouvard me invitaba a demostrarme que la fuerza nerviosa desarrollada por el magnetizador, si bien no es infinita, porque el hombre está sometido a leyes determinadas, procede, sin embargo, como las fuerzas de la naturaleza, cuyos principios absolutos escapan a nuestros cálculos.

»—Y así —me dijo—, si quieres darle la mano a un sonámbulo que en el estado de vigilia sólo te la apretaría hasta un cierto grado de fuerza apreciable, comprenderías que en ese estado llamado neciamente sonambulismo, sus dedos tienen la capacidad de operar como cizallas manejadas por un cerrajero…

»¡Pues bien, señor! Cuando le di mi mano a la mujer, no *dormida*, porque Bouvard rechaza este calificativo, sino *aislada*, y cuando el anciano ordenó a la operada que me apretase la mano indefinidamente y con todas sus fuerzas, tuve que suplicarle que suspendiese la operación en el momento en que la sangre iba a chorrear por la yema de mis dedos. ¡Vea usted la señal que tendré durante más de tres meses!».

—¡Diablo! —exclamó el señor Gault mirando una esquimosis circular

semejante a la causada por una quemadura.

—Mi querido Gault —prosiguió el médico—, aunque me hubieran oprimido la carne en un círculo de hierro que un cerrajero hubiese ido apretando con un tornillo, no lo hubiera sentido tanto como los dedos de esa mujer: su puño parecía de acero inflexible, y tengo la convicción que hubiera podido romperme los huesos y separarme la mano de la muñeca. Aquella presión, que comenzó de un modo insensible, continuó aumentando sin tregua y añadiendo una fuerza nueva a la fuerza de presión anterior: en fin, un torniquete no lo hubiera hecho mejor que aquella mano metamorfoseada en un aparato de tortura. Esto me parece demostrar que, bajo el imperio de la pasión, que es la voluntad aplicada en un punto y exaltada a cantidades incalculables de fuerza animal, como lo son todas las diferentes especies de fuerzas eléctricas, el hombre puede reconcentrar toda su vitalidad, bien para el ataque o para la defensa, en cualquiera de sus órganos… Esa mujercita, bajo el influjo de su desesperación, tenía en los puños todo su vigor vital.

—Una fuerza endiablada se necesita para romper un barrote de hierro forjado… —dijo el jefe de los celadores moviendo la cabeza.

—¡Pues como si fuese una paja! —indicó el señor Gault.

—Yo —repuso el médico— no me atrevo a poner límites a la fuerza nerviosa. Por lo demás, así es como las madres, para salvar a sus hijos, magnetizan a los leones, y descienden, en los incendios, por cornisas en las cuales apenas podría sostenerse un gato, y soportan las torturas de ciertos partos. En eso está el secreto de las tentativas practicadas por los prisioneros y los forzados para recobrar la libertad… Todavía no se conoce el alcance de las energías vitales, pueden parangonarse con las fuerzas mismas de la naturaleza, y las sacamos de depósitos desconocidos.

—Señor —se acercó diciendo en voz baja un celador, aproximándose al oído del director que reconducía al doctor Lebrún a la reja exterior de la Conserjería—, el *Secreto número dos* dice que está malo y reclama al médico: se cree en peligro de muerte —añadió el celador.

—¿De veras? —dijo el director.

—¡Tiene estertores! —replicó el celador.

—Son las cinco —repuso el doctor— y no he comido… Pero, después de todo, estoy dispuesto; veamos, vamos allá…

—El Secreto número dos es precisamente el clérigo español a quien suponen ser Jacobo Collín —dijo el señor Gault al médico—, y uno de los detenidos por el proceso en que ese pobre joven estaba envuelto…

—Ya le he visto esta mañana —repuso el doctor—. El señor Camusot me envió para inspeccionar el estado de salud de ese buen mozo, que, dicho sea entre nosotros, está perfectamente y que hasta podría llamar la atención poniéndose de Hércules en las compañías de saltimbanquis.

—También puede querer suicidarse —dijo el señor Gault.

—Démosle los dos un puntapié a los secretos, porque yo debo estar ahí, aunque sólo fuese para enviarle al calabozo. El señor Camusot ha quebrantado el secreto de este singular anónimo.

Jacobo Collín, denominado Burla-la-Muerte en el mundo de los presidios, y a quien ahora importa llamar por su nombre, se hallaba, desde que por orden de Camusot le pusieron al corriente del secreto, dominado por una ansiedad que nunca había sentido en su vida tachada por tantos crímenes, por tres evasiones del presidio y por dos condenas de la Audiencia. Este hombre, en quien se resumen la vida, las fuerzas, el espíritu y las pasiones del presidio, y que viene a simbolizar su expresión más alta, ¿no es monstruosamente hermoso por su fidelidad digna de la raza canina, hacia aquel a quien hizo amigo suyo? Condenable, infame y horrible por tantos conceptos, aquella abnegación absoluta por su ídolo le hace tan extraordinariamente interesante, que este estudio, ya tan considerable, parecería inacabado, cortado, si el desenlace de esta existencia criminal no coincidiese con el fin de Luciano de Rubempré. Porque muerto el gozquecillo, es lógico preguntarse si su terrible compañero, el león, le sobrevivirá…

En la vida real, en la sociedad, los hechos se concatenan tan fatalmente entre sí, que los unos no pueden ir separados de los otros. El agua del río forma una especie de superficie líquida; no hay ola, por encrespada que esté y por grande que sea la altura a que se eleve, cuya poderosa cresta no desaparezca bajo la pesantez de las aguas, más fuerte por la rapidez de su corriente que las vorágines que lleva en sí misma. De igual modo que se ve el agua correr contemplando las confusas imágenes que en ella

se reflejan, tal vez deseéis medir la presión del poder social sobre ese torbellino llamado Vautrín; ver a qué distancia irá a abismarse la ola rebelde, y cuál será el destino definitivo de aquel hombre verdaderamente diabólico, pero realzado por el amor a la humanidad, principio celestial que perece difícilmente aún en los corazones más gangrenados.

El innoble presidiario, materializando el poema acariciado por tantos poetas, por Moore, por *lord* Byron, por Mathurín, por Canalís (un demonio poseyendo un ángel que fue a su infierno para refrescarle con un rocío robado al paraíso); Jacobo Collín, si se ha descendido bien en su corazón de bronce, hacía siete años que había renunciado a sí mismo. Sus poderosas facultades, reconcentradas en Luciano, sólo trabajaban para Luciano, y se complacía en los progresos y en los amores de su ambición. Para él, Luciano era su alma visible.

Burla-la-Muerte comía en casas distinguidas, frecuentaba el tocador de encopetadas señoronas, y amaba a Ester por procuración. Y, finalmente, veía en Luciano un Jacobo Collín, hermoso, joven, noble, conquistando una plaza de embajador.

Burla-la-Muerte había realizado la superstición alemana *del doble*, por un fenómeno de paternidad moral, que comprenderán las mujeres que durante su vida amaron verdaderamente, que sintieron su alma fundida con la del hombre amado, que vivieron su historia, noble o infame, feliz o desgraciada, oscura o gloriosa; que experimentaron, a despecho de las distancias, un dolor en el mismo sitio en que él recibiese una herida; que han presentido que se batía en un duelo, y que, para decirlo todo en una palabra, no necesitaron que las refiriesen una infidelidad para saberla.

Cuando le reconducían a su zaquizamí, Jacobo Collín pensaba: —Ahora interrogan al pequeño.

Y temblaba, él, que mataba como un obrero bebe.

—¿Habrá podido ver a sus queridas? —se preguntaba. ¿Habrá hallado mi tía a esas malditas hembras? ¿Esas duquesas, esas marquesas, habrán trabajado para impedir el interrogatorio?… ¿Habrá recibido Luciano mis instrucciones?… Y si la fatalidad permite que le interroguen, ¿cómo *se conducirá*?… ¡Pobre pequeño, yo soy quien le ha arrastrado a ese estado! El bandido Paccard y esa garduña de Europa son los autores de toda esta marimorena, al *chuparse* los setecientos cincuenta mil francos

de la inscripción otorgada por Nucingen a Ester. Estos dos bribones nos han hecho tropezar en el último paso; pero esta jugarreta la han de pagar cara. Un día más, y Luciano hubiera sido rico y se hubiera casado con su Clotilde de Grandlieu. Yo ya no tenía a Ester entre mis brazos. Luciano la amaba demasiado, mientras que nunca hubiese podido querer a Clotilde, esa tabla de salvación… ¡Ah, entonces el pequeño me hubiese pertenecido completamente!… ¡Y pensar que nuestra suerte depende de una mirada, de una turbación cualquiera de Luciano delante de ese Camusot que lo ve todo y tiene la penetración proverbial de los jueces! Porque hemos cambiado, cuando me enseñó las cartas, una mirada con la cual nos hemos sondeado mutuamente, y ha comprendido que yo puedo *hacer cantar* a las queridas de Luciano…

Este monólogo duró tres horas, y la angustia fue tan grande, que concluyó por enseñorearse de aquella complexión de hierro y de vitriolo. Jacobo Collín, cuyo cerebro fue como incendiado por la locura, experimentó una sed tan devoradora, que agotó inconscientemente toda la provisión de agua contenida en una de las dos cubetas que forman, con el lecho de madera, todo el mobiliario de un Secreto.

—Si se aturrulla, ¿qué será de él? porque ese querido niño no tiene la fuerza de Teodoro… —se preguntaba acostándose sobre el catre de campaña, semejante al de un cuerpo de guardia.

Una palabra acerca de ese Teodoro de quien se acordaba Jacobo Collín en aquel momento supremo. Teodoro Calví, joven corso, condenado a cadena perpetua por once homicidios a la edad de dieciocho años, merced a ciertas influencias compradas a peso de oro, había sido compañero de cadena de Jacobo Collín desde 1819 a 1820. La última evasión de Jacobo Collín, una de sus más peregrinas combinaciones (había salido disfrazado de guardia y conduciendo a Teodoro Calví, vestido de presidiario y como si lo llevase a casa del comisario), fue una evasión soberbia, ocurrida en el puerto de Rochefort, en donde los forzados mueren a puñados, y en donde se creía que acabarían aquellos dos peligrosos personajes. Después de escaparse juntos, hubieron de separarse cediendo a las diversas eventualidades de su fuga. Teodoro volvió a ser capturado y reconducido al presidio. Jacobo Collín, después de pasar a España transformado en Carlos Herrera, regresaba a Rochefort en busca de su corso, cuando se encontró con Luciano en las márgenes del Charente; y el héroe de los bandidos y de los maquis, a quien Burla-la-Muerte debía el saber el

italiano, fue sacrificado naturalmente al nuevo ídolo.

La vida con Luciano, muchacho limpio de toda condena y que sólo tenía que acusarse de pecadillos insignificantes, alboreaba, desde luego, bella y magnífica como el sol de un día de verano; mientras que con Teodoro, Jacobo Collín no vislumbraba otro desenlace que el patíbulo, después de una serie de crímenes indispensables.

La idea de una desgracia causada por la debilidad de Luciano, a quien el régimen del calabozo debía hacer perder la cabeza, adquirió proporciones enormes en el espíritu de Jacobo Collín; y al suponer la posibilidad de una catástrofe, aquel desgraciado sintió que los ojos se le arrasaban en lágrimas, fenómeno que, desde su infancia, nunca había sentido.

—Debo de tener una fiebre de caballo —se decía—, y tal vez llamando al médico y proponiéndole una suma considerable, me deje comunicar con Luciano.

En aquel momento el vigilante llevó la comida al preso.

—Es inútil, muchacho, no puedo comer. Dile al señor director de esta prisión que me envíe al médico; estoy tan enfermo que creo llegada mi última hora.

Al escuchar el eco gutural de los estertores con que el presidiario subrayó sus frases, el vigilante inclinó la cabeza y salió. Jacobo Collín se agarró furiosamente a aquella esperanza; pero cuando vio entrar en su calabozo al doctor acompañado del director, dio su tentativa por abortada, y alargó el brazo al médico, mientras esperaba impasible el resultado de la visita.

—El caballero tiene fiebre —dijo el doctor al señor Gault—; pero es la fiebre que advertimos en todos los presos, y que (agregó al oído del falso español) siempre es para mí la prueba de algún crimen.

En aquel momento, el director, a quien el procurador general había dado la carta escrita por Luciano para Jacobo Collín, dejó al doctor y al preso bajo la custodia del celador, y salió en busca de la carta.

—Señor —dijo Jacobo Collín al médico, viendo que el celador estaba en la puerta y no explicándose la ausencia del director—, no me importaría sacrificar treinta mil francos, con tal de poder enviarle cinco renglones a

Luciano de Rubempré.

—No quiero robarle a usted su dinero —dijo el doctor Lebrún—; ya nadie de este mundo puede comunicarse con él…

—¿Nadie? —exclamó Jacobo Collín estupefacto—; ¿y, porqué?

—Porque se ha ahorcado…

Jamás ningún tigre, al hallar que le habían robado sus cachorros, conmovió las selvas de la India con un grito tan espantoso como el lanzado por Jacobo Collín, que se irguió como el tigre sobre sus patas, arrojando sobre el doctor una mirada ardiente como el rayo cuando cae; luego se desplomó sobre su catre de campaña, balbuceando:

—¡Ay, hijo mío!…

—¡Pobre hombre! —exclamó el médico, conmovido ante aquel terrible esfuerzo de la naturaleza.

En efecto, esta explosión fue seguida de una debilidad tan completa, que las palabras «¡oh, hijo mío!» fueron como un murmullo.

—¿Es que éste se nos va a reventar también entre las manos? —preguntó el celador.

—¡No, no es posible! —repuso Jacobo Collín incorporándose y mirando a los dos testigos de aquella escena con ojos en los que no había ni fuego ni calor. Ustedes se engañan, ¡no es él! Ustedes no han visto bien. ¡Nadie puede ahorcarse en secreto! Vean ustedes, ¿cómo iba yo a poder ahorcarme aquí? ¡París entero me responde de esa vida! ¡Dios me la debe!

El celador y el médico, a pesar de que hacía mucho tiempo que nada podía conmoverles, estaban estupefactos. El señor Gault entró, llevando en la mano la carta de Luciano. Al ver al director, Jacobo Collín, agobiado por la violencia de su mismo dolor, pareció calmarse.

—He aquí una carta que el señor procurador general me encargó de darle a usted, permitiéndome entregársela sin fractura —añadió el señor Gault.

—¿Es de Luciano?… —dijo Jacobo Collín.

—Sí, señor.

—¿No es cierto, caballero, que ese joven…?

—Ha muerto —repuso el director—. Aunque el señor doctor hubiese estado aquí, desgraciadamente hubiera llegado tarde… Ese joven murió ahí… en uno de los calabozos…

—¿Puedo verle con mis propios ojos? —preguntó tímidamente Jacobo Collín. ¿Consentiría usted a un padre que vaya a llorar la muerte de su hijo?

—Usted puede, si quiere, pasar a su habitación, pues tengo orden de trasladarle a usted a uno de los cuartos de la cárcel. La incomunicación ha cesado para usted.

Los ojos del preso, faltos de calor y de vida, iban lentamente del director al médico: Jacobo Collín les interrogaba, recelando alguna traición, y no se atrevía a salir.

—Si quiere usted ver el cuerpo —dijo el médico—, no tiene que perder tiempo, porque se lo llevarán esta noche…

—Si ustedes tienen hijos, señores —repuso Jacobo Collín—, comprenderán mi imbecilidad, apenas veo claro… Este golpe es más fuerte para mí que la muerte, pero ustedes no pueden comprender lo que digo… Ustedes no son padres, si lo son es de un modo… ¡yo soy madre también!… Yo… yo estoy loco… lo siento.

Atravesando los carrejos, cuyas puertas infranqueables se abren únicamente delante del director, se pasa en poco tiempo de los reservados a los calabozos. Aquellas dos filas de habitaciones están separadas por un corredor subterráneo formado por dos gruesos paredones que soportan la bóveda sobre la cual descansa la galería del Palacio de Justicia que llaman galería Marchande. Por allí Jacobo Collín, acompañado por el celador, que le llevaba cogido del brazo, precedido del director y seguido del médico, llegó en pocos minutos a la celda en que yacía Luciano, a quien habían colocado sobre el lecho. Al verle, se arrojó sobre él, estrechándose contra su cuerpo en un abrazo desesperado, cuya fuerza y vehementísimo arrebato hizo gemir a los tres espectadores de aquella escena.

—Ahí tiene usted —dijo el médico al director— un ejemplo de lo que antes le decía. ¡Mire usted! Ese hombre va a amasar ese cuerpo, y usted no sabe lo que es un cadáver, es piedra…

—¡Dejadme aquí! —barbotó Jacobo Collín con voz ahogada—; que ya me resta muy poco tiempo para verle, se lo llevarán a…

Y se detuvo ante la palabra *enterrar*.

—¡Usted me permite conservar algún recuerdo de mi querido hijo!… Tenga usted la bondad de cortarle, usted mismo, señor —agregó dirigiéndose al doctor Lebrún— algunos mechones de pelo, porque yo no podría…

—¡Sí, es hijo suyo! —murmuró el médico.

—¿Lo cree usted? —repuso el director con una expresión ambigua que sumió al médico en un fugaz ensimismamiento.

El director le dijo al vigilante que dejase al detenido en aquel calabozo, y que cortase de la cabeza del hijo algunos mechones de cabellos para su supuesto padre, antes de que viniesen a llevarse el cuerpo.

A las cinco y media, en el mes de mayo, se puede leer fácilmente una carta en la Conserjería, a pesar de los barrotes de las rejas y de las mallas de alambre que obstruyen las ventanas; de modo que Jacobo Collín, sin soltar una de las manos de Luciano, pudo leer su terrible carta.

No se conoce ningún hombre que pueda conservar en la mano durante diez minutos un trozo de hielo, oprimiéndolo fuertemente entre sus dedos. El frío se comunica a las fuentes de la vida con rapidez mortal. Pero los efectos de este frío terrible, que obra como un veneno, es comparable apenas con el causado en el alma por la mano rígida y yerta de un muerto, si se la agarra y oprime de aquel modo. Entonces la Muerte le habla a la Vida, revelándole muchos secretos negros que asesinan muchos sentimientos, porque, realmente, ¿cambiar no es morir?…

Antes de la una de la madrugada, cuando fueron a llevarse el cuerpo, encontraron a Jacobo Collín arrodillado delante del lecho de Luciano, con su carta en el suelo, soltada, sin duda, como el suicida deja el revólver que le ha matado; pero el desdichado conservaba aún entre sus manos juntas

las manos yertas de aquel a quien tanto quiso, y rogaba a Dios por él.

Al ver a aquel hombre, los mandaderos se detuvieron, pues parecía de esas figuras lapidarias arrodilladas eternamente sobre las tumbas de la Edad Media por el genio de los escultores. Aquel falso clérigo, con sus ojos claros como los de los tigres y fijos con una inmovilidad sobrenatural, era tan imponente, que los recién llegados le dijeron dulcemente que se levantase.

—¿Para qué? —preguntó tímidamente.

El audaz Burla-la-Muerte se había vuelto tímido como un niño.

El director mostró aquella escena al señor Chargeboeuf, quien, sobrecogido de respeto ante tanto dolor y creyendo en la profesión sacerdotal que Jacobo Collín se atribuía, explicó las órdenes del señor Granville relativas al servicio y entierro de Luciano, a quien era indispensable llevar a su domicilio del muelle Malaquais, en donde el clero le esperaba para velarle el resto de la noche.

—En eso reconozco perfectamente el alma nobilísima de ese gran magistrado —exclamó con voz triste el presidiario—. Dígale usted, señor, que puede contar con mi agradecimiento… Sí, soy capaz de hacerle grandes servicios… No olvide usted esta frase, que es para él de la mayor importancia. ¡Ah, señor! ¡Qué singulares metamorfosis se verifican en el corazón del hombre que ha llorado siete horas consecutivas sobre un niño como éste!… ¡Ya no le volveré a ver!…

Después de envolver a Luciano en una mirada de madre a quien arrancan el cuerpo de su hijo, Jacobo Collín agobióse sobre sí mismo, y al ver que cogían el cadáver de Luciano, dejó escapar un gemido que hizo apresurarse a los que le llevaban.

El secretario del procurador general y el director de la prisión se habían retirado por no presenciar aquel espectáculo.

¿Qué fue de aquella naturaleza de bronce en que la resolución tenía la rapidez de la mirada, en la cual el pensamiento y la acción brotaban formando un solo relámpago, y cuyos nervios, aguerridos por tres evasiones y tres temporadas en el presidio, habían alcanzado la solidez metálica de los nervios del salvaje? El hierro cede a cierto número de

golpes o de presiones reiteradas; sus moléculas impenetrables, purificadas y homogeneizadas por el hombre, se disgregan; y, aunque no esté en fusión, el metal pierde su prístina virtud resistente. Los albéitares, los cerrajeros, los cuchilleros y cuantos obreros trabajan continuamente este metal, expresan este estado por una palabra de su tecnología: ¡*El hierro enmohecido*! dicen apropiándose una expresión consagrada exclusivamente al cáñamo, cuya desorganización se obtiene por el enmohecimiento. Pues bien, el alma humana o, si queréis, la triple energía del cuerpo, del corazón y del espíritu, se encuentra en una situación análoga a la del hierro a consecuencia de ciertos golpes repetidos. Entonces hay hombres que están enmohecidos como el cáñamo y el hierro. La ciencia y la justicia y el público buscan mil causas explicativas de las terribles catástrofes ocurridas en las vías ferroviarias por la ruptura de una barra de hierro, y cuyo ejemplo más espantoso es el del Bellevue; pero nadie ha consultado a los verdaderos peritos en estas materias, a los herreros, todos los cuales dijeron lo mismo: *El hierro estaba enmohecido*. Este peligro no puede preverse, porque el metal blando, lo mismo que el fuerte, ofrecen idéntico aspecto.

En este estado es en el que los confesores y los jueces de instrucción suelen encontrar a los grandes criminales. Las terribles sensaciones de la audiencia y del tormento, producen generalmente, aun en los temperamentos más fuertes, esta dislocación del aparato nervioso. Las confesiones se escapan entonces de las bocas más herméticamente cerradas; los corazones más duros se quiebran, y ¡cosa extraña!… en el momento en que las declaraciones son inútiles, cuando esta debilidad suprema arranca al hombre la máscara inocente con que despistaba a la justicia, siempre inquieta cuando el condenado muere sin confesar su crimen.

¡Napoleón conoció esta disolución de todas las fuerzas humanas en el campo de Waterloo!

A las ocho de la mañana, cuando el celador de las prisiones entró en el cuarto en que se hallaba Jacobo Collín, le vio pálido y sereno, como hombre que hubiese recobrado su fortaleza merced a un violento esfuerzo voluntario.

—Ha llegado la hora de ir al patio —dijo el conserje—; hace tres días que está usted encerrado, y si quiere usted tomar el aire y caminar, puede usted hacerlo…

Jacobo Collín, entregado a sus devoradores pensamientos, no tomándose ningún interés por sí mismo, considerándose como un traje sin cuerpo, como un harapo, no malició el lazo que le preparaba Bibi-Lupín, ni la importancia de su entrada en el patio. El desgraciado salió maquinalmente, atravesó el corredor a que dan los calabozos abiertos en las cornisas de las magníficas arcadas del palacio de los reyes de Francia, y sobre las cuales se apoya la galería llamada de San Luis, por la que ahora se va a las diferentes dependencias del tribunal de casación. Este corredor se une con el de los calabozos; y, circunstancia digna de ser tenida en cuenta, el cuarto en que fue encerrado Louvel, uno de los regicidas más famosos, es el situado en el ángulo derecho formado por el codo de los corredores. Bajo el bonito gabinete que ocupa la torre Boubec hay una escalera de caracol en la que concluye este sombrío corredor, y por la cual los detenidos alojados en los calabozos van y vienen para ir al patio de la cárcel.

Todos los detenidos, los acusados que deben comparecer ante el tribunal y los que ya han ido, los presos que ya no están incomunicados, todos los presos, en fin, de la cárcel, se pasean en aquel reducido espacio completamente embaldosado, durante algunas horas del día, y en verano especialmente por la mañana muy temprano. Este patio es la antecámara del patíbulo y del presidio, con los cuales parece lindar por un extremo, y por el otro con la sociedad, por el vigilante, el gabinete del juez de instrucción o el tribunal de justicia. Y de aquí que parezca más repugnante que el mismo patíbulo. El patíbulo puede convertirse en un pedestal para subir al cielo; pero el patio aquel es todas las infamias de la tierra reunidas y sin salida…

Sea el patio de la Fuerza o el de Poissy, los de Melún o el de San Pelagio, un patio siempre es un patio. Los mismos hechos se reproducen en ellos invariablemente y en idénticas condiciones de tiempo y de lugar. Y de aquí que los *estudios de costumbres* no corresponderían a su título si la descripción más exacta posible de *este pandemonium* parisino no estuviese aquí.

Bajo las poderosas bóvedas que sostienen el salón de audiencias del tribunal de casación, existe, en la cuarta arcada, una piedra que servía, según dicen, a San Luis para distribuir sus limosnas, y que, en nuestros días, sirve de mesa para venderles a los presos algunos comestibles. Y por esto, tan pronto como el patio se abre para los prisioneros, todos

acuden a congregarse alrededor de aquella piedra, sobre la cual hay cuanto puede haber de más apetecible para los reclusos: aguardiente, ron, etc.

Las dos primeras arcadas de este lado del patio fronterizo a la magnífica galería bizantina, único vestigio de la elegancia del palacio de San Luis, se comunican por un locutorio por donde conferencian los abogados y los acusados, y adonde los prisioneros llegan a través de un postigo formidable, compuesto por una doble hilera formada de barrotes enormes y comprendida en el espacio de la tercera arcada. Este doble camino se parece a esos carrejos formados momentáneamente a la puerta de los teatros, con barandas, para contener la multitud que se aglomera en esas noches de los grandes éxitos. Este locutorio, situado al final de la inmensa sala del postigo actual de la Conserjería, que tiene varias ventanas al patio, recibe la luz diurna por las ventanas con cristales colocados del lado del postigo, de suerte que por ellas pueda vigilarse a los abogados cuando están conferenciando con sus clientes. Esta innovación fue motivada por las grandes seducciones que perpetraron algunas mujeres bonitas con sus defensores. ¡Ya no se sabe adónde irá a parar la moral!… Estas precauciones se parecen a esos exámenes de conciencia ya hechos, en los cuales las imaginaciones puras se envilecen reflexionando sobre monstruosidades ignoradas. En este locutorio se celebran igualmente las entrevistas de los parientes y de los amigos a quienes la policía permite ver a los prisioneros, acusados o detenidos.

Con esto ya podrá comprenderse lo que es el patio para los doscientos reclusos de la Conserjería; es su jardín, un jardín sin árboles, ni tierra, ni flores; un patio, en fin… Los anexos al locutorio y a la piedra de San Luis, sobre la cual se distribuyen los comestibles y los líquidos permitidos, constituyen la única comunicación posible con el mundo exterior.

Los momentos pasados en el patio son los únicos durante los cuales el prisionero se encuentra acompañado y al aire libre; sin embargo, en otras prisiones, a los reclusos se les congrega en talleres de trabajo; pero en la Conserjería es imposible dedicarse a ninguna ocupación, a menos de no estar en la cárcel. Allí, el drama del tribunal preocupa hondamente todos los espíritus, puesto que los que allí viven sólo esperan la instrucción o a ser juzgados. Este patio ofrece un aspecto espantoso; es imposible imaginárselo; hay que verlo o haberlo visto.

Primeramente, la aglomeración sobre un espacio de cuarenta metros de

longitud por treinta de ancho, de un centenar de acusados o de detenidos, no forma el cogollo de la sociedad. Estos miserables, que en su mayoría pertenecen a las clases sociales más inferiores, están mal vestidos; sus rostros son horribles o innobles, porque un criminal perteneciente a las esferas sociales superiores es una excepción bastante rara, afortunadamente. La concusión, la falsificación o la quiebra fraudulenta, únicos crímenes que pueden conducir hasta allí a las gentes de buen tono, disfrutan los privilegios de la cárcel, y el acusado no sale casi nunca de su celda.

Este lugar de paseo, encerrado entre hermosos y formidables muros negruzcos por una arcada dividida en cabañuelas, por una fortificación del lado del muelle, por los calabozos enrejados de la cárcel al norte, vigilado por celadores atentos y ocupado por un rebaño de criminales innobles que desconfían todos, unos de otros, basta con su solo aspecto para contristar el ánimo; pero bien pronto asusta, cuando os veis delante de aquellos seres deshonrados y que sobre vosotros convergen todas aquellas miradas llenas de odio, de curiosidad y de desesperación. ¡Allí no hay alegría! Todo es sombrío, el lugar y los hombres. Todo está mudo, los muros y las conciencias. Todo es peligroso para aquellos desgraciados, que no se atreven, a menos de no mediar una amistad tan siniestra como el mismo presidio en que nació, fiarse los unos de los otros. La policía que impera sobre ellos, les envenena la atmósfera y lo corrompe todo, hasta el apretón de manos de dos culpables íntimos amigos. Un criminal que encuentra allí a su mejor compañero, ignora si éste no está ya arrepentido, y si ya no ha prestado ciertas declaraciones en provecho de su vida. Esta falta de seguridad y este temor de *un carnero*, menoscaban la libertad, ya de suyo tan mentirosa, del patio. En la jerga de las prisiones, el *carnero* es un moscardón o soplón, que parece estar bajo el peso de un mal negocio, y cuya habilidad proverbial consiste en hacerse pasar por un *amigo*. La palabra *amigo* significa, enjerga, un ladrón emérito, un ladrón consumado que, desde hace mucho tiempo, harto con la sociedad, quiere continuar siendo ladrón toda su vida, y que, a despecho de todo, permanece fiel a las leyes del *alto bandidaje*.

El crimen y la locura tienen cierta semejanza. Ver a los prisioneros de la conserjería en el patio y ver a los locos en el jardín de un manicomio, es la misma cosa. Tanto unos como otros se pasean evitándose, lanzándose, cuando menos, miradas extrañas o terribles, según sus pensamientos del momento; pero nunca graves ni alegres, porque ya se conocen o se

temen. El temor de ser condenados, los remordimientos, las ansiedades infunden en los paseantes del patio el aire inquieto y feroz de los locos. Unicamente los criminales consumados tienen un sosiego que se asemeja a la tranquilidad de una existencia honrada, a la seguridad de una conciencia pura.

Siendo allí una excepción un hombre de la clase media, y reteniendo la vergüenza en sus celdas a aquellos a quienes el crimen condujo hasta allí, los huéspedes habituales del patio van vestidos, generalmente, como individuos de la clase obrera. La blusa, la gorra y la chaqueta de pana dominan. Estos trajes groseros o sucios, en armonía con los semblantes siniestros o vulgares, con los gestos brutales, algo domeñados, sin embargo, por los pensamientos tristes que atormentan a los prisioneros, todo, hasta lo silencioso del lugar, contribuye a inspirar disgusto o terror al raro visitante para quien altas protecciones obtuvieron el raro privilegio de estudiar la Conserjería.

Así como la vista de un gabinete de anatomía, en el cual las enfermedades vergonzosas representadas en cera, vuelven casto e inspiran nobles y santos amores al joven que va allí, del mismo modo la vista de la Conserjería y el aspecto del patio, decorado con aquellos huéspedes predestinados al presidio, al cadalso o a una pena infamante cualquiera, inspira el temor de la justicia humana a cuantos acaso no pudiesen temer la justicia divina, cuya voz habla tan alto en las conciencias; y salen convertidos, para durante algún tiempo, en personas honradas.

Como los paseantes que estaban en el patio cuando Jacobo Collín entró en él, debían ser actores en una escena capital en la vida de Burla-la-Muerte, no holgará describir aquí algunas de las figuras principales de aquella terrible asamblea.

Allí donde quiera que haya hombres reunidos; allí, como en el colegio, imperan la fuerza física y la fuerza moral. Allí, como en los presidios, la aristocracia es la criminalidad. Aquel cuya cabeza está discutiéndose se impone a todos los demás. El patio, si bien se considera, es una academia de derecho criminal, en donde éste puede cursarse infinitamente mejor que en la plaza del Panteón. La labor periódica consiste en repetir el drama del tribunal de justicia, en constituir un presidente, un jurado, un ministerio público, un abogado, y en juzgar el proceso. Esta farsa horrible se representa casi diariamente, a propósito de los crímenes célebres.

En aquella época, una gran causa criminal estaba a la orden del día en los tribunales: el espantoso asesinato perpetrado en las personas del señor y de la señora Crotat, antiguos labradores, padres del notario, y que guardaban en su casa, según este desdichado asunto ha demostrado, ochocientos mil francos en oro. Uno de los autores de este doble asesinato era el célebre Dannepont, llamado La Pouraille, presidiario fugitivo que, desde hacía cinco años y con ayuda de siete u ocho nombres diferentes, fue logrando sustraerse a las pesquisas más activas de la policía. Los disfraces de este miserable eran tan perfectos, que había estado preso dos años bajo el nombre de Delsouq, uno de sus discípulos, célebre ladrón que no traspasaba jamás en sus negocios, la competencia del tribunal correccional. La Pouraille había cometido, desde que salió del presidio, su tercer asesinato. La certidumbre de que iba a ser condenado a muerte, lo mismo que su fortuna probable, hacía de este acusado el objeto del terror y de la admiración de los prisioneros; porque no apareció ni un ochavo del capital robado. Aún podemos acordarnos a despecho de los acontecimientos de julio de 1830, del efecto que causó en París aquel atrevido golpe, comparable por su importancia al robo de las medallas de la Biblioteca, porque la desdichada tendencia de nuestros tiempos de reducirlo todo a números, concede a un asesinato tanto mayor interés cuanto que la suma robada es más considerable.

La Pouraille, hombrecillo seco y delgado, con cara de garduña, de cuarenta y cinco años de edad, y una de las celebridades de los tres presidios en que vivió sucesivamente desde la edad de los diecinueve años, conocía íntimamente a Jacobo Collín, y ahora sabremos cómo y por qué. Transportados del presidio a la Conserjería con La Pouraille desde hacía veinticuatro horas, otros dos reclusos habían reconocido inmediatamente y hecho reconocer al patio aquella realeza siniestra del *amigo* prometido al cadalso. Uno de aquellos reclusos, un fugado llamado Selerier, y de sobrenombre el Auvergnat, el padre Ralleau, el Rouleur, a quien en la sociedad que llaman del *alto bandidaje*, denominaban Hilo-de-Seda, remoquete debido a la habilidad con que hurtaba los peligros del oficio, era uno de los antiguos confidentes de Burla-la-Muerte.

Burla-la-muerte sospechaba tanto que Hilo-de-Seda representaba dos papeles, y que estaba simultáneamente en los conciliábulos del alto bandidaje siendo uno de los auxiliares de la policía, que le había achacado su arresto (véase *El padre Goriot*) en la casa Vauquer, en 1819. Selerier, a quien hay que llamar Hilo-de-Seda, lo mismo a Dannepont le llamaremos

La Pouraille, acusado ya de quebrantamiento de destierro, estaba complicado en robos que, aun cuando no hubiesen costado ni una gota de sangre, le harían volver al presidio por lo menos durante veinte años. El otro presidiario llamado Riganson, formaba con su concubina llamada la Bife, una de las parejas más temibles del alto bandidaje. Riganson, en relaciones con la justicia desde su más tierna edad, tenía el sobrenombre de Bifón. El bifón era el macho de la bife, porque en el alto bandidaje no hay nada sagrado. Aquellos salvajes no respetan la ley, ni la religión, nada, ni la misma historia natural, cuya santa nomenclatura, según se ve, parodian ellos.

Aquí importa hacer una digresión; porque la entrada de Jacobo Collín en el patio, su aparición en medio de sus enemigos, tan bien preparada por Bibi-Lupín y el juez de instrucción, y las escenas curiosas que a esto habían de seguir, todo sería inadmisible e incomprensible sin ciertas explicaciones previas relativas al mundo de los ladrones y de los presidios, a sus leyes, a sus costumbres y, especialmente, a su lenguaje, cuya espantosa poesía es indispensable en esta parte de la narración. Por lo tanto, antes de nada diremos algunas palabras acerca del lenguaje de los granujas, de los ladrones y de los asesinos, llamado *argot* o *jerga*, y que en estos últimos tiempos la literatura ha empleado con tanto éxito, que más de un término de este extraño vocabulario ha pasado sobre los sonrosados labios de las jóvenes, ha repercutido bajo los dorados artesonados, ha regocijado a los príncipes, de los cuales más de uno tuvo que declararse engañado. Digámoslo, tal vez con sorpresa de mucha gente: no hay dialecto más enérgico ni más colorista que el de ese mundo subterráneo que, desde los orígenes de los imperios, se agita en los sótanos, en las sentinas, en el *tercer subsuelo* de las sociedades, para secuestrar al arte dramático una expresión viva y sugestiva. El mundo, ¿no es un teatro? El tercer subsuelo es el último sótano practicado, bajo el escenario de la Ópera, para esconder las máquinas, la rampa, las apariencias, los diablos azules que vomita el infierno, etc.

Cada palabra de este lenguaje es una imagen brutal, ingeniosa o terrible. Un pantalón es una *montante*; no expliquemos esto. En *argot* no se duerme, se *pionce*. Adviértase con qué energía expresa éste verbo el sueño sui géneris de la bestia batida, cansada, desconfiada que llaman ladrón y que, en cuanto está en lugar seguro, cae y rueda en los abismos de un sueño profundo y necesario, y siempre bajo las poderosas alas de la sospecha que planea sobre ellos. Sueño espantoso, semejante al del

animal salvaje que duerme, que ronca, y cuyos oídos, no obstante, parecen espiar con redoblada prudencia.

Todo es feroz en este idioma. Las sílabas que comienzan o que concluyen las palabras son ásperas e impresionan singularmente. Una mujer es una *larga*. Y, ¡qué poesía! la paja es la *pluma de Beocia*. La palabra medianoche se expresa con esta perífrasis: *doce plomazos dan*. ¿No da esto calofrío? *Enjuagar una cabriole* quiere decir desvalijar un cuarto. ¿Qué vale la expresión acostarse, comparada a la de *piausser*, revestirse otra piel? ¡Qué viveza de imágenes! *Jugar al dominó* significa comer… ¡cómo comen las gentes perseguidas!

Por lo demás, al *argot* continúa desenvolviéndose; sigue la civilización, le va pisando los talones, y a cada nueva invención se enriquece con expresiones nuevas. A la patata descubierta y puesta en moda por Luis XVI y Parmentier, la llaman inmediatamente en argot, *naranja de cerdo*. Se inventan los billetes de Banco, y el presidio los llama *fafiots garatés*, del nombre del Garat, el cajero que los firmaba ¡Fafiot!… ¿No expresa el suave roce de los papeles de seda? El billete de mil francos es un *fafiot macho*, el billete de quinientos, un *fafiot hembra*. Y tened por cierto que los presidiarios bautizarán los billetes de cien o de doscientos francos con algún nombre extraño.

En 1790 Guillotín descubre, para bien de la humanidad, el fácil mecanismo que resuelve todos los problemas originados por el suplicio de la pena de muerte. Inmediatamente los presidiarios y los ex galeotes, examinan este artefacto colocado en los confines monárquicos del antiguo sistema y sobre las fronteras de la justicia nueva, y en seguida la llaman *¡Abadía del Sube-sin-Gana!*… Examinan el ángulo descrito por la cuchilla de acero, y encuentran para describir su acción el verbo guadañar… Cuando se piensa que al presidio le llaman *el prado*, hubiera dicho Carlos Nodier, los que se ocupan de lingüística tienen motivos para admirarse de la creación de estos espantosos vocablos.

Reconozcamos, por otra parte, la gran antigüedad del *argot*. Contiene una decena de palabras de origen romano, y otra decena del viejo idioma galaico de Rabelais. Effondrer (*enfoncer*, hundir), *otolondrer* (*ennuyer*, aburrir), *eambrioler* (expresa todo lo que puede hacerse en una habitación), *aubert* (*argent*, dinero), *gironde* (bella, nombre de un río en la lengua de Oc), *fouillousse* (*poche*, bolsillo), corresponde al idioma de los siglos XIV y XV. *L'affe*, por la vida, es una de las palabras de mayor

antigüedad, turbar el *affe*, ha motivado los *afires*, de donde se deriva la palabra *affreux* (espantoso), que significa *lo que turba la vista*, etc.

Cien palabras, por lo menos, del *argot*, pertenecen a la lengua de Panurgo, que, en la obra de Rabelais simboliza el pueblo, pues este nombre está compuesto de dos palabras griegas que significan: *el que lo hace todo*.

La ciencia cambia el aspecto de la civilización con el camino de hierro: el *argot* ya lo ha bautizado llamándolo: *el rodador vivo*.

El nombre de la cabeza, cuando está todavía sobre los hombros, es el de *sorbonne*, y esto indica el origen remoto de este dialecto, del cual tratan los novelistas más antiguos, como Cervantes, como los *nouvelliers* italianos y Aretino. En todos los tiempos, efectivamente, *la querida*, protagonista de tantas novelas, fue la protectora, la compañera, el consuelo del paria, del ladrón, del ratero, del granuja, del pillo.

La prostitución y el robo son dos protestas vivientes, macho y hembra, *del estado natural* contra el estado social. De aquí que los filósofos, los innovadores actuales, los humanitarios, a quienes siguen los comunistas y los furieristas, llegan sin vacilar a estas dos conclusiones: la prostitución y el robo. El ladrón no discute en los libros sofísticos la propiedad, la herencia y las garantías sociales, sino que las suprime sin preámbulos. Para él, robar es restituirse lo suyo. Él no discute el matrimonio, ni lo acusa, ni pide en utopías impresas, ese consentimiento mutuo, ni esa alianza estrecha de las almas imposibles de generalizar, y se amanceba con una violencia cuyos eslabones se estrechan incesantemente por el martillo de la necesidad. Los innovadores modernos escriben teorías indigestas, fibrosas y nebulosas, o bien novelas filantrópicas; pero ¡el ladrón práctico! es claro como un hecho, lógico cómo un puñetazo. Y ¡qué estilo el suyo!…

Otra observación. El mundo de las prostitutas, de los ladrones y de los asesinos, los presidios y las cárceles, contiene una población de sesenta a ochenta mil individuos próximamente, entre machos y hembras. Este mundo no merece ser desdeñado en la pintura de nuestras costumbres o en la reproducción literaria de nuestro estado social. La justicia, los gendarmes y la policía, ¿no es extraño que ofrezcan aproximadamente el mismo número de empleados? Este antagonismo entre gentes que se buscan y que se huyen recíprocamente, constituye un duelo inmenso y

eminentemente dramático, que abocetamos en este estudio. Aquí se trata del robo y del comercio de las prostitutas, como del teatro, de la policía, del sacerdocio y de la gendarmería.

En estas profesiones el individuo adquiera una fisonomía indeleble. Ya no puede ser otro de lo que es. Los estigmas del sacerdocio divino son inmutables, lo mismo que los de los militares. Lo mismo sucede con los otros estados que constituyen fuertes oposiciones, *contrarias* en la civilización. Estos diagnósticos violentos, extraños, singulares, sui géneris, hacen a la mujer pública y al ladrón, al asesino y al liberto tan fáciles de reconocer, que son para sus enemigos, el espía y el gendarme, lo que la liebre para el cazador: tienen un aspecto, unas actitudes, un empaque, unas miradas, un color, un olor, en fin, *propiedades* infalibles. De aquí proviene esa ciencia profunda del disfraz entre las celebridades del presidio.

Agreguemos una palabra aún, relativa a la construcción de ese mundo que la abolición de la tacha, el aminoramiento de las penalidades y la estúpida indulgencia del jurado hacen tan amenazador. En efecto, dentro de veinte años, París se verá rodeado por un ejército de cuarenta mil libertos. El departamento del Sena con sus quince mil habitantes, siendo el único punto de Francia en donde estos desgraciados pueden ocultarse, París es para ellos lo que una selva virgen para los animales feroces.

El alto bandidaje, que es para este mundo su barrio San Germán, su aristocracia, se había resumido en 1816 y a consecuencia de una paz que ponía en duda muchas existencias, en una asociación llamada de los *Grandes Fanandels*, en la cual se reunieron los más célebres jefes de partida y algunos aventureros osados que por entonces no tenían ningún medio de vida. La palabra *fanandels* significa indistintamente, hermanos, amigos, camaradas. Todos los ladrones, los presidiarios, los prisioneros, son fanandels; y de aquí que los Grandes Fanandels, flor y nata del alto bandidaje, constituyesen durante más de veinte años el tribunal de casación, el instituto y la cámara de los pares de aquel pueblo. Cada uno de los Grandes Fanandels tenía su fortuna particular, capitales en común y costumbres diferentes. En caso de apuro debían socorrerse mutuamente, y ya se conocían. Además, por encima de las estratagemas y seducciones de la policía, tuvieron su título particular, sus palabras de pase y de reconocimiento.

Estos duques y estos pares del presidio habían formado, desde 1815 a

1819, la famosa sociedad de los Diez-Mil (véase *El padre Goriot*), así llamada por el reglamento, en virtud del cual no se podía nunca emprender un negocio que no ofreciese, por lo menos, una ganancia de *diez mil* francos. Ahora mismo, en 1829 y 1830, se han publicado algunas memorias, en las cuales una celebridad de la policía judicial indicaba el estado de las fuerzas de esta sociedad y los nombres de sus miembros. En ellas se veía con espanto un ejército de capacidades, en hombres y en mujeres; pero tan formidable, tan hábil, tan prodigioso a veces, que ladrones como los Levy, los Pastourel, los Collonge, los Chimaux, de cincuenta y setenta años, ¡están señalados allí como individuos que estuvieron en rebeldía contra la sociedad desde su infancia!… Y la existencia de ladrones tan viejos, ¡qué bien expresa la impotencia de la justicia!…

Jacobo Collín era el cajero, no sólo de la sociedad de los Diez-Mil, sino también de los Grandes Fanandels, los héroes del presidio. Por las mismas autoridades competentes sabemos que los presidios siempre tuvieron sus capitales. Esta rareza se concibe. Ningún robo se descubre, excepción hecha de casos extraños. Los condenados, no pudiendo llevarse nada consigo al presidio, se ven obligados a recurrir a la confianza, a la capacidad de depositar sus fondos, como en la sociedad se depositan en una casa de banca.

Primitivamente Bibi-Lupín, jefe de la policía de seguridad desde hacía diez años, formó parte de la aristocracia de los Grandes Fanandels. Su traición provino de un exceso de amor propio, viéndose postergado continuamente ante la elevada inteligencia y la fuerza prodigiosa de Burla-la-Muerte. De aquí provenía el encarnizamiento constante de este famoso agente policiaco contra Jacobo Collín; y ciertos compromisos pendientes entre Bibi-Lupín y sus antiguos camaradas, de los cuales los magistrados empezaban a preocuparse.

Por tanto, cediendo a su deseo de venganza, al cual el juez de instrucción hubo de dar rienda suelta constreñido por la necesidad de identificar a Jacobo Collín, el jefe de la policía de seguridad había escogido muy bien sus ayudantes al lanzar sobre el falso español a La Pouraille, Hilo-de-Seda y el Bifón, pues tanto La Pouraille como Hilo-de-Seda pertenecían a los Diez-Mil, y Bifón era un Gran Fanandel.

La Bife, aquella temible coima del Bifón, que se sustrae aún a todas las pesquisas policiacas merced a sus disfraces de mujer de buen tono,

estaba libre. Esta mujer, que sabe metamorfosearse admirablemente de marquesa, de baronesa y de condesa, tiene coche y servidores. Esta especie de Jacobo Collín con faldas es la única mujer comparable a aquella Asia, brazo derecho de Jacobo Collín. Cada uno de los héroes del presidio está secundado, en efecto, por una amante sincera. Los fastos judiciales y la crónica secreta del Palacio lo dirán: ninguna pasión de mujer honrada, ni aun la de una devota por su director, puede sobrepujar la abnegación de la concubina que comparte los peligros de los grandes criminales.

Entre estas gentes, la pasión es casi siempre el móvil primitivo de sus audaces empresas, de sus asesinatos. El amor excesivo que les arrastra, *constitucionalmente*, como dicen los médicos, hacia la mujer, absorbe todas las fuerzas morales y físicas de estos hombres enérgicos. De aquí proviene la holganza que devora sus días, porque los excesos amorosos exigen descanso y comidas reconstituyentes; y de aquí también el odio a toda suerte de trabajo, que obliga a estas gentes a recurrir a procedimientos fáciles para agenciar dinero. Sin embargo, la necesidad de vivir y de vivir bien, ya por sí tan violenta, es poca cosa en comparación de las prodigalidades motivadas por la mujer a quien estos generosos Medor quieren dar joyas y vestidos, y que, siempre glotona, ama la buena vida. La querida desea un chal, el amante lo roba, y la mujer ve en esto una prueba de amor… De este modo se camina hacia el robo, que si el corazón humano se examinase minuciosamente, resultaría un sentimiento casi natural. El robo conduce al asesinato, y el asesinato conduce gradualmente al patíbulo.

El amor físico y desarreglado de estos hombres sería, pues, de creer lo que la facultad de medicina dice, el origen de un siete por diez de los crímenes. Por otra parte, la prueba se encuentra siempre evidente y palpable en la autopsia del hombre ejecutado; y de aquí también la adoración que sus queridas experimentan por estos monstruosos amantes, espantajos de la sociedad. Esta abnegación femenina acurrucada fielmente a la puerta de las prisiones, ocupada siempre en desbaratar las triquiñuelas de la instrucción y guardadora incorruptible de los secretos más negros, es la que convierte en oscuros e impenetrables muchos procesos. En esto estriba toda la fuerza y también toda la debilidad del criminal. En el lenguaje de las concubinas, *tener probidad* es no infringir ninguna de las leyes de esta adhesión, es dar todo su dinero al hombre *enflacqué* (encarcelado), desvivirse por su bienestar, guardarle

todo género de fidelidades y atreverse a todo por él. La injuria más cruel que una de estas mujeres puede echar en cara a otra es la de acusarla de haber traicionado a su amante *serré* (prisionero). En este caso, a la concubina se la considera como a una mujer sin corazón…

La Pouraille, como ahora se verá, quería apasionadamente a una mujer. Hilo-de-Seda, filósofo egoísta, que robaba para agenciarse un capital, se parecía mucho a Paccard, el secuaz de Jacobo Collín, que había huido con Prudencia Servién, llevándose cada cual un capital de setecientos cincuenta mil francos. No tenía amistades, despreciaba a las mujeres y no amaba más que a Hilo-de-Seda. En cuanto a Bifón, tenía este remoquete, según se ha dicho, por sus relaciones con la Bife; y estas tres ilustres personalidades del alto bandidaje tenían que tomarle ciertas cuentas a Jacobo Collín, cuentas bastante difíciles de ajustar.

Unicamente el cajero sabía cuántos asociados sobrevivían y la fortuna de cada cual. La mortalidad particular de sus mandatarios había entrado en los cálculos de Burla-la-Muerte, desde el momento en que resolvió *comerse la rana* (*manger la grenouille*) a beneficio de Luciano. Sustrayéndose a la atención de sus camaradas y de la policía durante nueve años, Jacobo Collín tenía casi la certidumbre de heredar, cuando expirase el título de los Grandes Fanandels, a los dos tercios de sus comitentes. ¿No podía, por lo demás, fingir pagos hechos a los fanandels *fauchés* (decapitados)?… Ninguna comprobación o censura alcanzaba, en fin, a este jefe de los Grandes Fanandels, y tenían que fiarse absolutamente de él por necesidad, porque la existencia de bestias salvajes de los presidiarios implicaba, entre las gentes de buen tono de este mundo salvaje, la más refinada delicadeza. De los cien mil escudos del delito, Jacobo Collín podría librarse aún tal vez con un centenar de miles de francos. En este momento, según se ve, a La Pouraille, uno de los acreedores de Jacobo Collín, sólo le quedaban ochenta días de vida. Asegurado por una suma muy superior, sin duda, a la que le guardaba su jefe, La Pouraille, por lo demás, debía mostrarse bastante complaciente.

Uno de los diagnósticos infalibles, los directores de prisiones y sus agentes, la policía y sus ayudantes, y aun los mismos magistrados instructores, reconocen a los *chevaux de retour* (caballos que vuelven), es decir, a aquellos que ya han comido los *gourganes* (especie de habichuelas destinadas a la alimentación de los presidiarios del Estado), en lo familiarizados que están con la prisión: los reincidentes conocen,

naturalmente, todas sus costumbres; viven en su casa, no se extrañan de nada.

Por esto Jacobo Collín, en guardia contra sí mismo, había representado hasta entonces admirablemente su papel de inocente y de extranjero, tanto en el presidio como en la Conserjería. Pero, abatido por el dolor, abrumado por su doble muerte, porque aquella noche fatal había muerto dos veces, tornó a ser Jacobo Collín. El vigilante se quedó estupefacto al ver que no tenía que indicarle a aquel cura español por dónde se iba al patio. Aquel consumado actor olvidó su papel, y descendió por la torre de Boubec, como hombre conocedor de la Conserjería.

—Bibi-Lupín tiene razón —se dijo entre sí el celador—; éste es *un caballo que vuelve*, es Jacobo Collín.

En el momento en que Burla-la-Muerte apareció en la especie de cuadro que en torno suyo formó la puerta de la torrecilla, los prisioneros que ya habían hecho sus compras en la mesa de piedra llamada de San Luis, se dispersaban por el patio, demasiado estrecho para tantos; el nuevo recluso, por tanto, fue visto simultáneamente por todos, con tanta mayor rapidez cuanto que nada iguala la precisión visual de los prisioneros, que están en el patio como la araña en su red. Esta comparación tiene una exactitud matemática, porque hallándose limitado el ojo por todas partes por altos y renegridos murallones, el detenido ve siempre, aun sin mirar, la puerta por la cual entran los celadores, las ventanas del locutorio y la escalera de la torre Boubec, únicas salidas del patio. En el profundo aislamiento en que vive, cualquier accidente distrae al acusado; su fastidio, comparable al del tigre enjaulado del Jardín de Plantas, decuplica el poder de su atención. Conviene observar que Jacobo Collín, vestido como un eclesiástico que no se habitúa a su nuevo traje, llevaba un pantalón negro, medias negras, zapatos con hebillas de plata, chaleco negro y una levita de color castaño oscuro, cuyo corte revelaba claramente al clérigo, sobre todo cuando estos indicios estaban comprobados por el corte característico del cabello. Jacobo Collín llevaba una peluca superlativamente eclesiástica y de exquisita perfección.

—¡Toma, toma! —dijo La Pouraille al Bifón—, ¡mala señal! un *jabalí*… ¿Cómo habrá venido éste aquí?

—Es un *truco*, un *cocinero* (espía) de nuevo género —repuso Hilo-de-Seda—. Es algún *vendedor de lazos* disfrazado, que viene a ejercitar aquí

su industria.

El gendarme tiene en el *argot* diferentes nombres: cuando persigue al ladrón es *un vendedor de lazos*; cuando va escoltándole es *una golondrina de la Gréve*; cuando le conduce al patíbulo es *el húsar de la guillotina*.

Para concluir la pintura del patio, tal vez sea conveniente describir a los otros dos fanandels. Selerier, llamado el Auvernés, el padre Ralleau, el Rouleur, Hilo-de-Seda, en fin (tenía treinta nombres y otros tantos pasaportes), sólo será designado con este remoquete, único que le daban entre el alto bandidaje. Este profundo filósofo, que veía un gendarme en el falso clérigo, era un buen mozo de cinco pies y cuatro pulgadas, cuyos músculos se contraían poderosamente. Bajo un cráneo enorme centelleaban sus pequeños ojuelos cubiertos, como los de las aves de rapiña, de un párpado gris, mate y duro. A primera vista parecía un lobo por el ancho de sus mandíbulas, vigorosamente trazadas y pronunciadas; pero todo lo que esta semejanza implicaba de crueldad y hasta de ferocidad, estaba contrabalanceado por la astucia y por la vivacidad del semblante, a despecho de estar surcado por las señales de la viruela. El perfil de cada rasgo, cortado valientemente, era espiritual. Cada unos de ellos equivalía a una burla. La vida de los criminales, que implica el hambre y la sed, las noches pasadas al raso en los muelles, debajo de los puentes, en las calles, y las orgías de licores fuertes con las cuales se celebran los triunfos, habían derramado sobre aquel semblante como una capa de barniz. A treinta pasos, si Hilo-de-Seda se hubiese mostrado tai como era, un agente de policía o un gendarme hubiera reconocido en él una presa; pero rivalizaba con Jacobo Collín en el arte de desfigurarse y de vestirse. En aquella ocasión Hilo-de-Seda, mal vestido como los grandes actores que sólo cuidan de su tocado en el teatro, vestía una especie de cazadora sin botones, y cuya falta de botonadura dejaba ver el blanco del forro; malas zapatillas verdes, un pantalón de nankín, que el uso tornó grisáceo, y en la cabeza una gorra sin visera, por la que pasaban los extremos de un viejo madrás peludo, lleno de desgarraduras y lavado.

Comparado con Hilo-de-Seda, el Bifón formaba un contraste perfecto. Este célebre ladrón, de pequeña estatura, grueso y grasiento, ágil, de tez lívida, ojo negro y profundo, vestido como un cocinero y apoyado sobre dos piernas muy arqueadas, asustaba con un rostro en el cual predominaban todos los síntomas de la organización particular de los animales carniceros.

Hilo-de-Seda y el Bifón cortejaban a La Pouraille, que ya no conservaba ninguna esperanza. Este asesino reincidente sabía que sería juzgado, condenado y ejecutado antes de cuatro meses. De aquí que Hilo-de-Seda y el Bifón, *amigos* de La Pouraille, no le llamasen más que *el Canónigo*, es decir, *canónigo de la Abadía del Sube-sin-Gana*. Fácilmente se debe comprender por qué Hilo-de-Seda y Bifón halagaban a La Pouraille. La Pouraille había enterrado doscientos cincuenta mil francos en oro, su parte del botín hecho en casa de los *esposos Crotat*, en estilo de acta de acusación. Magnífica herencia para ser dejada a dos fanandels, aunque aquellos dos antiguos reclusos debiesen regresar, pasados algunos días, al presidio. El Bifón e Hilo-de-Seda iban a ser condenados por robos de cuantía (es decir, que reunían circunstancias agravantes), a quince años, que no tenían nada que ver con diez años de una condena anterior que ellos se tomaron la libertad de interrumpir. Así, aunque uno de ellos tuviese que sufrir veintidós y el otro veintiséis años de trabajos forzados, ambos tenían esperanzas de escaparse y venir en busca del montón de oro de La Pouraille. Pero el Diez-Mil guardaba su secreto, pareciéndole inútil revelarlo en tanto que no fuese condenado. Perteneciendo a la alta aristocracia del presidio, nunca había delatado a sus cómplices. Su carácter era conocido; el señor Popinot, instructor de aquel espantoso asunto, no había podido obtener nada de él.

Este terrible triunvirato se situaba en la parte alta del patio, es decir, al pie de los calabozos. Hilo-de-Seda daba por terminada la instrucción de un joven que empezaba entonces su carrera, y que estando seguro de ser condenado a diez años de trabajos forzados, se informaba acerca de los diferentes *prés* (prados).

—Y bien, chiquito —le decía sentenciosamente Hilo-de-Seda en el momento en que Jacobo Collín apareció—; he aquí la diferencia que hay entre Brest, Tolón y Rochefort.

—Veamos, veterano —dijo el joven con la curiosidad de un novicio.

Este recluso, hijo de familia acusado de falsificador, había salido del calabozo contiguo al que ocupaba Luciano.

—Pues, discípulo —repuso Hilo-de-Seda—, en Brest, esté usted seguro de encontrar alubias a la tercer cucharada, sacándolas del caldero; en Tolón no las obtendrá usted hasta la quinta, yen Rochefort no se hallan

jamás, a no ser un *antiguo*.

Diciendo así, el profundo filósofo fue a reunirse con La Pouraille y el Bifón, quienes, muy preocupados con el *jabalí*, empezaron a descender por el patio, en tanto que Jacobo Collín, abrumado de dolor, lo subía. Burla-la-Muerte, entregado a sus terribles pensamientos, los pensamientos de un emperador caído, no se creía el centro de las miradas, ni el objeto de la atención general, y caminaba lentamente, mirando la reja siniestra de la cual Luciano de Rubempré se había colgado. Ninguno de los prisioneros sabía este acontecimiento, porque el vecino de Luciano, el joven falsificador, por razones que en seguida vamos a conocer, no había dicho nada. Los tres fanandels se dispusieron para cortarle el camino al clérigo.

—No es un *jabalí* —dijo La Pouraille a Hilo-de-Seda—, es un *caballo que vuelve*. ¡Mirad cómo mueve la derecha!

Importa explicar aquí, porque no todos los lectores han tenido el capricho de visitar un presidio, que cada recluso va apareado con otro (siempre un joven con un viejo), mediante una cadena. El peso de esta cadena, unida a un anillo sujeto al carcañal, es tan grande, que al cabo de un año determina un vicio eterno en el modo de caminar del recluso. Obligado a enviar a una pierna mayor cantidad de fuerza que a la otra para poder arrastrar a aquella *manicle*, que tal es el nombre que dan en el presidio a este artefacto, el condenado adquiere irremisiblemente la costumbre de este esfuerzo. Más adelante, cuando ya no arrastra su cadena, le sucede con este aparato lo que a aquel a quien amputan las piernas, que sigue sufriendo de ellas: el recluso siente siempre su *manicle* y lo revela en su modo de andar. Esto, en términos policiacos, se llama *sacar la derecha*. El presente diagnóstico, tan conocido por los presos como de los mismos individuos de la policía, si no ayuda al reconocimiento de un camarada, lo completa por lo menos.

En Burla-la-Muerte, escapado desde hacía ocho años, aquel movimiento había decrecido mucho; pero entonces, por efecto de su profunda meditación, caminaba con un paso tan lento y tan solemne que, por muy débil que fuese aquel vicio, no podía dejar de impresionar a un ojo tan ejercitado como el de La Pouraille. Desde luego se comprende que los que los presidiarios, hallándose siempre en presencia los unos de los otros y sin otra distracción que la de observarse recíprocamente, han estudiado de tal modo sus fisonomías, que conocen hasta ciertos rasgos que generalmente escapan a sus enemigos sistemáticos: los espías, los

gendarmes y los comisarios policiacos. Así fue que, a ciertas contracciones de los músculos maxilares de la mejilla izquierda, comprobadas por un recluso que fue enviado a una revista de la legión del Sena, debió su arresto el famoso Coignard; pues a pesar de la certidumbre de Bibi-Lupín, la policía no se determinaba a creer en la identidad del conde Pontis de Santa Elena y de Coignard.

—¡Es nuestro *dab*! (maestro) —dijo Hilo-de-Seda habiendo recibido de Jacobo Collín esa mirada distraída que arroja el hombre desesperado sobre cuanto le rodea.

—A fe que sí, es Burla-la-Muerte —dijo frotándose las manos el Bifón—. ¡Oh! es su estatura, su cuerpo; pero ¿qué ha hecho? Ya no se parece a sí mismo.

—¡Oh, ya lo comprendo —dijo Hilo-de-Seda—, él tiene un plan! Quiere *ver a su tía*, a quien deben ejecutar muy pronto.

Para dar una idea vaga del personaje que los reclusos, galeotes y celadores llaman *una tía*, bastará recordar aquella frase magnífica del director de uno de estos establecimientos, cuando lord Durham visitó todas las prisiones durante su permanencia en París. Este lord, deseando observar lodos los pormenores de la justicia francesa, hizo armar el aparato del difunto Sansón y ponerlo en buenas condiciones, y pidió la ejecución de un buey vivo para darse idea exacta de cómo funcionaba la máquina que la revolución francesa ha inmortalizado.

El director, después de enseñar toda la prisión, los patios, los talleres, los calabozos, etc., indicó con el dedo un lugar, haciendo un gesto de desagrado.

»—No le llevo ahí a Su Señoría —dijo— porque es el departamento de las *tías*…

»—¡*Hao*! —exclamó *lord* Durham—, y eso, ¿qué es?

»—Es el tercer sexo, milord».

—Van a *terrer* (guillotinar) a Teodoro —dijo La Pouraille—, ¡un guapo muchacho! ¡Qué mano! ¡Qué tupé! ¡Qué pérdida para la sociedad!

—Sí, Teodoro Calví *morfile* (come) su último bocado —dijo el Bifón. ¡Ah! *sus largas*

deben estar *barrenándose* los ojos, porque a ese granujilla le querían …

—Conque aquí estamos, mi viejo —dijo La Pouraille a Jacobo Collín.

Y secundado por sus dos acólitos, con quienes estaba trabado del brazo, cortó el camino al recién llegado.

—¡Hola, *dab*!, ¿te has vuelto *jabalí*? —agregó La Pouraille.

—Dicen que te has *pringado con nuestros Filipos* (escamoteado nuestras monedas de oro) —repuso el Bifón con aire amenazador.

—¿Nos vas a *abouler du carle*? (¿nos vas a dar dinero?) —preguntó Hilo-de-Seda.

Aquellas tres interrogaciones salieron como tres pistoletazos.

—No se burlen de un pobre clérigo traído aquí por equivocación —contestó maquinalmente Jacobo Collín, que reconoció en seguida a sus tres camaradas.

—Indudablemente éste es el sonido del cascabel, aunque no sea la *frimousse* (figura) —dijo La Pouraille poniendo una mano sobre el hombro de Jacobo Collín.

Este gesto y el aspecto de sus tres compañeros, arrancaron violentamente al *dab* de su postración, devolviéndole al sentimiento de la vida real; pues durante aquella noche fatal había rodado por los mundos espirituales e infinitos de los sentimientos, buscando en ellos una vía nueva.

—*No descuartices a tu dab* (no despiertes sospechas contra tu maestro) —dijo muy bajo Jacobo Collín con una voz profunda y amenazadora que recordaba el sordo gruñido de un león. *La raille* (La policía) está ahí, dejadla *couper dans le pont* (caer en el garlito). Ahora represento un *mislocq* (una comedia) por un *fanandel en finepegrene* (un camarada que ya no tiene salvación).

Esto fue dicho con la unción de un clérigo que procurase convertir a desgraciados, y corroborado por una mirada con la cual Jacobo Collín abarcó el patio y vio a los celadores bajo las arcadas, mostrándoselos burlonamente a sus tres compañeros.

—¿No hay aquí *cocineros? ¡Encended vuestros claros y remouchez*! (mirad y observad). No me *conobrez*, ahorremos el *poitou* y tratadme como a *jabalí* (no me conozcáis, adoptemos nuestras precauciones y tratadme como a un clérigo), o de lo contrario os hundo, a vosotros, a vuestras *largas* y a vuestro *aubert* (os arruino a vosotros, a vuestras mujeres y a vuestra fortuna).

—*¿T'as donc tafe de nozigues?* (¿entonces desconfías de nosotros?) —dijo Hilo-de-Seda—. Vienes a *cromper a tu tía* (a salvar a tu amigo).

—Magdalena está *adornado* para ir a la *placarde de vergne* (está dispuesto para ira la plaza de la Greve) —dijo la Pouraille.

—¡Teodoro! —dijo Jacobo Collín reprimiendo un salto y un grito.

Éste fue el último golpe de la tortura de aquel coloso destruido.

—Van a *apretarle* —repuso La Pouraille—, desde hace dos meses está *gerbé á la passe* (condenado a muerte).

Jacobo Collín, sin vigor en las rodillas y acometido por un súbito desfallecimiento, fue sostenido por sus tres compañeros; pero aún tuvo la presencia de ánimo de cruzar sus manos adoptando un aire de unción. La Pouraille y el Bifón sostuvieron respetuosamente al sacrílego Burla-la-Muerte, mientras Hilo-de-Seda corría hacia el celador que vigilaba la puerta del ventanillo que conduce al locutorio.

—Ese venerable sacerdote querría sentarse; dadle una silla.

De este modo fallaba el golpe que preparó Bibi-Lupín. Burla-la-Muerte, lo mismo que Napoleón reconocido por sus soldados, obtenía la sumisión y el respeto de los tres presidiarios. Dos palabras habían bastado. Aquellas dos palabras eran: vuestras *largas* y vuestro *aubert*; vuestras mujeres y vuestro dinero, el resumen de todas las afecciones verdaderas del hombre. Aquella amenaza fue para los tres reclusos el indicio del supremo poder. El *dab* continuaba poseyendo siempre la fortuna de todos entre sus manos. Siempre fuera de allí, su *dab* se conservaba todopoderoso y no les había traicionado, como dijeron algunos falsos compañeros. Por lo demás, el renombre colosal de astucia y de habilidad de su jefe, estimuló la curiosidad de los tres forzados, pues, en la prisión, la curiosidad es el único aguijón de esas almas marchitas, y el atrevimiento del disfraz de

Jacobo Collín, conservado aún bajo los cerrojos de la Conserjería, aturdía a los tres criminales.

—Estaba en el secreto desde hace cuatro días, pero no sospechaba que Teodoro estuviese tan cerca de *la abadía*… —dijo Jacobo Collín—. He venido para salvar a un pobre pequeño que se ahorcó ayer, a las cuatro, y heme aquí delante de otra desgracia. ¡Ya no tengo ases en mi juego!…

—¡Pobre *dab*! —dijo Hilo-de-Seda.

—¡Ah, el *panadero* (el diablo) me abandona! —gritó Jacobo Collín zafándose de los brazos de sus dos camaradas e irguiéndose con aire formidable—. ¡Hay un momento en que el mundo es más fuerte que nosotros! La *cigüeña* (el Palacio de Justicia) concluye por tragarnos.

El director de la Conserjería, advertido del desfallecimiento del cura español, no se desdeñó de bajar al patio para espiarle, hízole sentar sobre una silla, al sol, examinándole con esa temible perspicacia que crece de día en día con el ejercicio de tales funciones, y que se oculta bajo una indiferencia aparente.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Jacobo Collín— ¡estar confundido entre esta gente, el desecho de la sociedad, de los criminales, de los asesinos!… Pero Dios no abandonará a su servidor. Mi querido señor director, quiero señalar mi paso por aquí con actos caritativos cuyo, recuerdo quedará… Convertiré a estos desgraciados, sabrán que tienen un alma, que la vida eterna les espera y que, si todo lo han perdido sobre la tierra, aún les queda el cielo por conquistar, el cielo que les pertenece a trueque de un verdadero y de un sincero arrepentimiento.

Veinte o treinta prisioneros que habían acudido a agruparse detrás de los tres terribles reclusos, cuyas miradas feroces habían conservado tres pies de distancia entre ellos y los curiosos, escucharon aquella alocución pronunciada con unción evangélica.

—¿Qué tal, señor Gault? —dijo el formidable La Pouraille—, ¡pues bien, le escucharemos!…

—Me han dicho —prosiguió Collín, cerca del cual estaba el señor Gault— que en esta prisión había un condenado a muerte.

—En este momento están leyéndole el desecho de su apelación —dijo el señor Gault.

—Ignoro lo que eso significa —repuso cándidamente Jacobo Collín mirando en torno suyo.

—¡Dios, qué *sinve* (simple) es! —dijo el joven hombrecillo que poco antes consultaba a Hilo-de-Seda acerca de las *gourganes de prés*.

—¡Pues bien, hoy o mañana le *guadañan*! —dijo un detenido.

—¿Guadañar? —preguntó Jacobo Collín, cuyo aire inocente e ignorante llenó de admiración a los tres fanandels.

—En su lenguaje —dijo el director—, eso quiere decir la ejecución de la pena de muerte. Si el escribano lee la sentencia, el ejecutor recibirá indudablemente la orden para la ejecución. El infeliz ha rechazado continuamente los socorros de la religión…

—¡Ah, señor director, ésa es un alma que importa salvar!… exclamó Jacobo Collín.

El sacrílego juntó las manos con un gesto de amante desesperado, que al atento director le pareció ser efecto de un fervor divino.

—¡Ah!, señor —agregó Burla-la-Muerte—, permitidme demostrarle todo lo que valgo y todo cuanto puedo, autorizándome para hacer brotar el arrepentimiento en ese corazón endurecido. Dios me ha otorgado la capacidad de decir ciertas palabras que producen grandes cambios. Yo rompo los corazones, los abro… ¿Qué teme usted?… haced que me acompañen gendarmes, celadores, quien usted quiera.

—Veré si el limosnero de la casa le permite a usted reemplazarle —dijo el señor Gault.

Y el director se retiró, impresionado por el aire indiferente, aunque curioso, con que los presidiarios y los reclusos miraban a aquel clérigo cuya voz evangélica daba cierto encanto a su jerga medio francesa, medio española.

—¿Cómo se encuentra usted aquí, señor abate? —preguntó el joven interlocutor de Hilo-de-Seda a Jacobo Collín.

—¡Oh, por equivocación! —repuso Jacobo Collín examinando al hijo de familia—. Me encontraron en casa de una cortesanía quien acababan de robar después de su muerte. Después se comprobó que ella se había matado, y los autores del robo, que probablemente fueron sus criados, no han sido prendidos.

—¿Y ese robo es la causa de que ese joven se haya ahorcado?…

—Sin duda ese pobre niño no pudo soportar la idea de verse humillado por una reclusión injusta —repuso Burla-la-Muerte levantando los ojos al cielo.

—Sí —dijo el joven—, venían a ponerle en libertad cuando se suicidó. ¡Qué suerte!

—Únicamente la imaginación de los inocentes se impresiona con esa intensidad —dijo Jacobo Collín—. Fíjese usted en que el robo se perpetró con perjuicio suyo.

—¿De cuánto se trata? —preguntó el profundo y ladino Hilo-de-Seda.

—De setecientos cincuenta mil francos —respondió suavemente Jacobo Collín.

Los tres presidiarios miráronse entre sí y se retiraron del grupo que todos los detenidos formaban alrededor del supuesto clérigo.

—¡Éste ha *limpiado la bodega* de la manceba! —musitó Hilo-de-Seda al oído del Bifón—. Querían hacernos *coquer la taffe* (darnos miedo) por nuestras *thunes de balles* (nuestras monedas de cinco francos).

—Éste será siempre el *dab* de los grandes Fanandels —repuso La Pouraille—. Nuestro *carile* no está *decaré* (desaparecido).

La Pouraille, que buscaba un hombre a quien confiarse, tenía interés en encontrar honrado a Jacobo Collín. ¡Y en la prisión es donde se cree más en lo que se espera!

—Apuesto a que *esquinte el dab de la cigüeña* (que embauca al procurador general), y que va a *cromper su tía* (salvar a su tía) —dijo Hilo-de-Seda.

—Si lo consigue —dijo el Bifón—, no le creo un *meg* (dios) completo; pero

si habrá, según pretenden, *bouffardé con el panadero* (fumado una pipa con el diablo).

—Le has oído gritar: *¡El panadero me abandona!* —observó Hilo-de-Seda.

—¡Ah! —exclamó La Pouraille—, si él quisiese *cromper mi sorbonne* (salvar mi cabeza) qué *viocque* (vida) llevaría yo con mi *fade de carle* (mi parte de fortuna), y mis *rondins jaunes servis* (y el oro que acabo de ocultar).

—*¡Haz su pelota!* (sigue sus instrucciones) —dijo Hilo-de-Seda.

—*¿Planches-tuí?* (¿te ríes?) —respondió La Pouraille mirando a su fanandel.

—¡Qué *sinve* (simple) eres! Tú serás, sin falta, *gerbé a la passe* (condenado a muerte). Por consiguiente no tienes otra *lourde a pessigner* (puerta que llamar) para poder seguir sobre tus *paturons* (pies) y *morfiles, dessaler* y *goupiner* (comer, beber y robar) —interrumpió el Bifón—, que de guardarle las espaldas.

—Ya está dicho —repuso La Pouraille—, ninguno de nosotros *le faltará al dab* (ninguno le traicionará) o a quien sea me encargo de llevarle adonde voy…

—¡Lo hará como lo dice! —gritó Hilo-de-Seda.

Las personas menos susceptibles de simpatizar con este mundo extraño, pueden imaginarse el estado de espíritu de Jacobo Collín que se hallaba entre el cadáver del ídolo que había adorado durante cinco horas de noche y la próxima muerte de su antiguo compañero de cadena, el futuro cadáver del joven corso Teodoro. Solamente para ver a aquel desventurado tenía que desplegar una habilidad poco común; pero, salvarle, ¡era un milagro! y, no obstante, ya pensaba en ello.

Para comprender lo que pensaba intentar Jacobo Collín, conviene advertir aquí que los asesinos, los ladrones y cuantos habitan los presidios no son tan temibles como se cree. Prescindiendo de algunas excepciones muy raras, todas aquellas gentes son cobardes, a consecuencia, sin duda, del miedo perpetuo que les oprime el corazón. Sus facultades, tendiendo incesantemente a robar, y exigiendo la ejecución de un golpe el empleo de

todas las fuerzas vitales, una agilidad de espíritu igual a la aptitud del cuerpo, y una atención que perjudica su espíritu, son estúpidos fuera de esos violentos ejercicios de su voluntad, por la misma razón que una cantarina o que un bailarín quedan extenuados después de un paso fatigante o de uno de esos dúos formidables con que maltratan al público los compositores modernos. Los malhechores, en efecto, están tan desprovistos de razón o tan acoquinados por el miedo, que se convierten en verdaderos niños. Crédulos hasta el último extremo, se dejan engañar por la socaliña más simple. Después de triunfar en un asunto, se encuentran en un estado tal de postración que, entregados inmediatamente a sus orgías habituales, se emborrachan con vinos y licores, y se arrojan con rabia entre los brazos de sus mujeres para hallar el sosiego con la pérdida de todas sus fuerzas y buscar el olvido de su crimen en el olvido de su razón. En este estado viven a merced de la policía. Una vez detenidos, están ciegos, pierden la cabeza, y tienen tanta necesidad de esperanza, que creen en todo; de aquí que no haya absurdo que no acepten. Un ejemplo demostrará hasta dónde alcanza la estupidez de un criminal *embotellado*. Bibi-Lupín acababa de obtener las confesiones de un asesino de diecinueve años, asegurándole que nunca sentenciaban a los menores. Cuando trasladaron a este mozalbete a la Conserjería para sufrir su condena, después de desechar la apelación, el terrible agente fue a verle.

—¿Estás seguro de no tener veinte años? —le preguntó.

—Sí, no cuento más que diecinueve años y medio —repuso el asesino perfectamente sereno.

—Pues bien —contestó Bibi-Lupín—, puedes estar tranquilo; nunca tendrás veinte años.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque te guadañarán dentro de tres días —replicó el jefe de seguridad.

El asesino, que seguía creyendo, a despecho de su sentencia, que no ejecutaban a los menores, se aplanó como una tortilla soplada.

Estos hombres, tan crueles por la necesidad que tienen de suprimir los testimonios, pues sólo asesinan para quitar pruebas (que ésta es una de

las razones alegadas por los impugnadores de la pena de muerte); esos colosos de astucia, de habilidad, en quienes los movimientos de la mano, la rapidez del golpe de vista y los sentidos se hallan ejercitados como en el salvaje, sólo se convierten en héroes del mal sobre el teatro de sus hazañas. Una vez cometido el crimen, no sólo comienzan las zozobras, porque se encuentran tan embarazados por la necesidad de ocultar los productos de su robo, como oprimidos estaban antes por la miseria, sino que quedan debilitados como la mujer que acaba de dar a luz. En sus concepciones son enérgicos hasta la temeridad, y después de triunfar parecen niños. Son, en una palabra, lo mismo que las bestias salvajes, a quienes se las puede matar fácilmente después que están hartas. Encarcelados, estos hombres singulares son hombres por un disimulo y una discreción que sólo ceden en el último momento, cuando les han torturado y abatido con la prolongación de la detención.

Por esto se comprenderá cómo los tres presidiarios, en vez de perder a su jefe, quisieron servirle: le admiraron suponiéndole dueño de setecientos cincuenta mil francos robados, viéndole tranquilo bajo los cerrojos de la Conserjería y creyéndole capaz de recibirles bajo su protección.

Cuando el señor Gault se separó del falso español, regresó por el locutorio a su escribanía, y fue a ver a Bibi-Lupín que, en cuanto Jacobo Collín salió de su celda veinte minutos antes, lo observaba todo por un postigo, agazapado contra una de las ventanas que daban al patio.

—Ninguno de ellos le ha reconocido —dijo el señor Gault—, y Napolitas, que les vigila a todos, no ha oído nada. Esta noche el pobre clérigo, en su aturdimiento, no ha dicho ninguna palabra que induzca a creer que su sotana esconde a Jacobo Collín.

—Eso demuestra que conoce bien las prisiones —repuso el jefe de policía de seguridad.

Napolitas, secretario de Bibi-Lupín, desconocido de cuantos individuos ocupaban entonces la Conserjería, representaba el papel de hijo de familia acusado de falsificador.

—¡En fin, quiere confesar al condenado a muerte! —replicó el director.

—¡Éste será nuestro último recurso! —exclamó Bibi-Lupín—, ya no me acordaba. Teodoro Calví, ese corso, es el compañero de cadena de

Jacobo Collín; Jacobo Collín, según me han dicho, le hacía en el *prado* muy lindos *patarasses*…

Los presidiarios se fabrican una especie de tapones que deslizan entre su carne y el anillo de hierro, a fin de aminorar la pesantez de la argolla sobre el empeine y los tobillos. Estos tapones, compuestos de estopa y trapos, se llaman en el presidio *patarasses*.

—¿Quién vigila al condenado? —preguntó Bibi-Lupín al señor Gault.

—Corazón-de-Virola.

—Bien, voy a convertirme en gendarme e iré; les escucharé y respondo de todo.

—Si es Jacobo Collín, ¿no teme usted que le reconozca y que le ahogue? —preguntó el director de la Conserjería a Bibi-Lupín.

—Yendo de gendarme, llevaré mi sable —repuso el jefe—; por lo demás, si es Jacobo Collín, no hará nada porque le *engavillen a la carrera*; y si es un cura, estoy seguro.

—No hay tiempo que perder —dijo entonces el señor Gault—; son las ocho y media, el padre Sauteloup acaba de leer el desecho de la apelación, y el señor Sansón espera en la sala la orden del Tribunal.

—Sí, para hoy han citado a los *húsares de la viuda* (otro nombre, ¡nombre terrible del artefacto!) —respondió Bibi-Lupín—. Comprendo, sin embargo, que el procurador general vacila; ese muchacho siempre ha dicho que era inocente, y, para mí, nunca ha habido en contra suya pruebas bastante decisivas.

—Es un verdadero corso —repuso el señor Gault—; no ha dicho ni una palabra y ha resistido a todo.

La última palabra del director de la Conserjería al jefe de la policía de seguridad resumía la siniestra historia de los condenados a muerte. Un hombre que la justicia excluye del número de los vivientes, pertenece al Tribunal. El Tribunal es omnipotente; no depende de nadie, más que de su propia conciencia. La prisión pertenece al Tribunal, de la que éste es dueño absoluto. La poesía se ha apoderado de este problema social, eminentemente idóneo para impresionar las imaginaciones: *¡el condenado a muerte!*

La poesía ha sido sublime; la prosa no tiene otros recursos que lo real; pero lo real ya es bastante terrible por sí mismo para poder luchar contra el lirismo. La vida del sentenciado a muerte que no ha confesado sus crímenes o sus cómplices, está expuesta a espantosas torturas. No se trata aquí ni de borceguíes que rompan los pies, ni de agua ingerida en el estómago, ni de la distensión de los miembros merced a horripilantes aparatos, sino de una tortura secreta y, por decirlo así, negativa. El Tribunal entrega al condenado a sí mismo, y le deja en el silencio y en las tinieblas con un compañero (un carnero), del cual debe desconfiar.

La cariñosa filantropía moderna cree haber adivinado el suplicio atroz del aislamiento, y se engaña. Desde la abolición de la tortura, el Tribunal, con el deseo bien legítimo de tranquilizar las conciencias demasiado susceptibles de los jurados, había adivinado los recursos terribles que la soledad presta a la justicia contra el remordimiento. La soledad es el vacío, e inspira tanto horror a la naturaleza moral como lo segundo a la naturaleza física. La soledad sólo es habitable para el hombre de genio que la llena con sus ideas, hijas del mundo espiritual, o para el contemplador de las obras divinas que la encuentra iluminada por la claridad de los cielos y animada por el hálito y la voz de Dios. Excepción hecha de estos dos hombres, tan cercanos del paraíso, la soledad es a la tortura lo que lo moral es a lo físico. Entre la soledad y la tortura hay la misma diferencia que de la enfermedad nerviosa a la enfermedad quirúrgica. Es el sufrimiento multiplicado por el infinito. El cuerpo toca al infinito por el sistema nervioso, como el espíritu penetra por el pensamiento. Por eso, en los anales del Tribunal de París se cuentan los criminales que no han confesado.

Esta siniestra situación, que adquiere en ciertos casos proporciones enormes, en política, por ejemplo, cuando se trata de una dinastía o de un Estado, tendrá su historia en su lugar de la COMEDIA HUMANA. Pero aquí, la descripción de la caja de piedra en donde, bajo la Restauración, el Tribunal de París recluía al sentenciado a muerte, bastará para hacer comprender el horror de los últimos días de un ajusticiado.

Antes de la revolución de Julio, había en la Conserjería, y aún se conserva, el *cuarto del condenado a muerte*. Este cuarto, adosado a la escribanía y separado de ella por un grueso muro de piedra, está limitado por el lado opuesto por el espeso muro de siete a ocho pies de espesor que sostiene una parte de la inmensa sala de los pasos perdidos. Se entra

en él por la primera puerta que se encuentra en el largo corredor sombrío en que se abisman las miradas cuando uno está en medio de la gran sala abovedada del postigo. Este cuarto siniestro recibe luz por un espiráculo protegido por una reja formidable, y que apenas se ve al entrar en la Conserjería, pues está practicado entre el pequeño espacio que media entre la ventana de la escribanía, junto a la reja del postigo, y la habitación del escribano de la Conserjería, que el arquitecto ha embutido, cual si fuese un armario, al fondo del patio de entrada. Esta situación explica cómo este cuarto, encerrado entre cuatro espesas murallas, fuese destinado, cuando repararon la Conserjería, a este siniestro y fúnebre empleo. Allí es imposible toda evasión. El Corredor, que conduce a los reservados y al departamento de las mujeres, desemboca enfrente de la estufa, en donde siempre hay un grupo de gendarmes y de celadores. El espiráculo, única salida exterior, situado a nueve pies encima del suelo, cae sobre el primer patio guardado por los gendarmes que vigilan la puerta exterior de la Conserjería. Ningún vigor humano puede demoler los gruesos muros. Además, a los criminales condenados a muerte les visten inmediatamente la camisa de fuerza, prenda que, como ya se sabe, imposibilita el uso de las manos; luego es encadenado por un pie a su catre de campaña; finalmente, tiene para su vigilancia y cuidado, un cordero. El suelo de este cuarto está enlosado con piedras oscuras, y la claridad es tan débil que apenas se ve. Al penetrar allí es imposible no sentir frío hasta en los huesos, aún ahora, aunque desde hace dieciséis años este cuarto carezca de empleo a causa de los cambios introducidos en París en la ejecución de las sentencias de los tribunales. Ved allí al criminal acompañado de sus remordimientos, en el silencio y en las tinieblas, dos fuentes de horror, y reconoced que hay motivos para volverse loco… ¡Qué organizaciones aquellas que resisten a este régimen al que la camisa de fuerza añade la inmovilidad, la inacción!…

Teodoro Calví, aquel corso que entonces tenía veintisiete años, envuelto en los velos de una discreción absoluta, resistía, sin embargo, desde hacía dos meses, a la acción de aquel calabozo y a la capciosa conversación del carnero… He aquí el extraño proceso criminal por el cual el corso mereció ser condenado a muerte. El análisis, aunque muy curioso, será rápido.

Es imposible hacer una larga digresión en el desenlace de una escena tan prolija y que no ofrece otro interés que el que rodea a Jacobo Collín, especia de columna vertebral que, con su horrible influencia, enlaza, por así decirlo, *El padre Goriot* a *Las ilusiones perdidas*, y *Las ilusiones perdidas*

a este estudio. Por lo demás, la imaginación del lector desenvolverá este oscuro tema que tantas inquietudes causaba en aquellos momentos a los jurados de la sesión en que Teodoro Calví había comparecido. Por esto, desde el día en que la apelación del criminal fue rechazada por el tribunal de casación, el señor de Granville se ocupaba en este asunto y aplazaba la orden de ejecución de día en día: tanto era el interés que tenía en tranquilizar a los jurados diciéndoles que el condenado, viéndose en el dintel de la muerte, había confesado su crimen.

Una pobre viuda de Nanterre, cuya casa estaba aislada en aquel distrito, situado, como ya se sabe, en medio de la estéril llanura que se extiende entre el Monte-Valeriano, San Germán y las colinas de Sartrouville y de Argenteuil, había sido asesinada y robada algunos días después de recibir su parte en una herencia inesperada. Esta parte ascendía a tres mil francos, una docena de cubiertos, un reloj, una cadena, otro reloj de oro, y ropas; y en vez de colocar los tres mil francos en París, según le aconsejaba el tabernero muerto a quien heredaba, la vieja optó por guardarlo todo consigo. Primeramente, nunca había sido poseedora de tanto dinero, y luego desconfiaba de todo el mundo en cuanto atañese a cualquier clase de asuntos, como la mayor parte de la gente del pueblo o del campo. Después de prolijas conversaciones con un tabernero de Nanterre, pariente suyo y pariente del tabernero difunto, la viuda se resolvió a colocar la cantidad en el Banco Vitalicio, a vender su casa de Nanterre y a marcharse a vivir como una burguesa a San Germán.

La casa en que vivía, rodeada por un jardín bastante grande cercado de una mala empalizada, era una de esas innobles viviendas que se construyen los pequeños agricultores en los alrededores de París. El yeso y los morrillos, muy abundantes en Nanterre, cuyo territorio está surcado de canteras explotadas al aire libre, habían sido, según se ve generalmente en los alrededores de París, empleadas precipitadamente y sin ninguna noción arquitectónica. Es, generalmente, la barraca del salvaje civilizado. Esta casa consistía en un piso bajo y un primer piso, sobre el cual se extendían las buhardillas.

El cantero, marido de aquella mujer y constructor de aquella casa, había protegido todas las ventanas con fuertes barras de hierro. La puerta de entrada era de una notable solidez. El difunto sabía que allí estaba solo y en campo raso, ¡y qué campo! Su clientela la componían los principales maestros de obras de París, y había traído los más importantes materiales

que componían su casa, edificada a quinientos pasos de su cantera, sobre los carros que regresaban vacíos. En las demoliciones de París buscaba a muy bajo precio las cosas que le convenían. Así, las ventanas, las rejas, las puertas, los postigos, el maderamen, todo provenía de las depredaciones autorizadas y de regalos que le hacían sus parroquianos, buenos regalos y bien escogidos. Si tenía que escoger entre dos marcos, se llevaba el mejor. La casa, precedida por un patio bastante grande en que se hallaban las caballerizas, estaba cerrada por un muro por el lado del camino. Una recia verja servía de puerta. Además, en la caballeriza había perros de presa. Detrás de la casa se extendía un jardín de una hectárea, próximamente.

Al encontrarse viuda y sin hijos, la mujer del cantero continuó viviendo en aquella casa con una sola criada. El precio de la cantera vendida sirvió para saldar las deudas del cantero, muerto dos años antes. El único haber de la viuda fue aquella casa desierta, en donde criaba gallinas y vacas, cuyos huevos y cuya leche vendía en Nanterre. No teniendo ya mozo de cuadra, carretero ni los obreros canteros que el muerto hacía trabajar en todo, no se ocupaba de cultivar el jardín, y aprovechaba los escasos hierbajos y las legumbres que producía aquel suelo guijarroso.

Aquella mujer se veía muy feliz en San Germán con sus setecientos u ochocientos francos de renta vitalicia que esperaba percibir por los ocho mil francos a que podía ascender el precio de la casa y la herencia. Como no quería dar su dinero al tabernero de Nanterre que se lo pedía, ya había tenido varias conferencias con el notario de San Germán. En esta situación, un día desaparecieron la viuda Pigeau y su sirvienta. La verja del patio, la puerta principal de la casa, los postigos, todo estaba cerrado. Después de tres días la justicia, enterada de aquel estado de cosas, giró una visita. El señor Popinot, juez de instrucción, acompañado del procurador del rey, vino de París, y he aquí lo que se probó.

Ni la verja del patio, ni la puerta de entrada de la casa, ofrecían señales de fractura. La llave estaba en la cerradura de la puerta principal, por dentro. Ningún barrote de hierro había sido forzado. Las cerraduras, los postigos, todo estaba intacto.

Los muros no presentaban ningún vestigio que delatase el paso de los malhechores. Las chimeneas de alfarería, no ofreciendo ninguna abertura practicable, no permitían que nadie se hubiese introducido por aquella parte. Las vigas, sanas y enteras, tampoco delataban ninguna violencia. Al

penetrar en las habitaciones del primer piso, los magistrados, los gendarmes y Bibi-Lupín, encontraron a la viuda Pigeau estrangulada en su lecho y a la sirvienta ahogada en el suyo, con auxilio de sus pañuelos de dormir. Los tres mil francos habían desaparecido, así como los cubiertos y las joyas. Los dos cuerpos estaban en descomposición, lo mismo que el de un gozque y el de un gran perro de corral. Examinaron las empalizadas que circundaban el jardín, y no había nada roto. Los paseos del jardín no tenían vestigios de pisadas. Al juez de instrucción le pareció probable que el asesino habría caminado sobre la hierba para no dejar huellas de sus pasos, si es que por allí había entrado; pero ¿de qué artes sirvióse para penetrar en la casa? Del lado del jardín, la puerta tenía una imposta guarnecida por tres barrotes de hierro intactos. De este lado, también la llave estaba en la cerradura, como en la puerta de entrada del lado del patio.

Una vez probadas perfectamente estas particularidades por el señor Popinot, por Bibi-Lupín, que pasó un día observándolo todo, por el mismo procurador del rey y por el brigadier de guardia de Nanterre, aquel asesinato se convirtió en un espantoso problema en que la policía y la justicia debían quedar vencidos.

Este drama, publicado por la *Gaceta de los Tribunales*, ocurrió durante el invierno de 1828 a 1829.

Sólo Dios sabe qué corriente de curiosidad despertó en París aquella extraña aventura; pero París, que todas las mañanas tiene nuevos dramas que devorar, lo olvida todo. La policía, en cambio, no olvida nada. Tres meses después de estas pesquisas infructuosas, una mujer pública, que con sus dispendios había llamado la atención de los agentes de Bibi-Lupín, y a quien se vigilaba por hallarse en relaciones con algunos ladrones, quiso empeñar por conducto de una de sus amigas, doce cubiertos, un reloj y una cadena de oro. La amiga no quiso. El hecho llegó a oídos de Bibi-Lupín, que recordó los doce cubiertos, el reloj y la cadena robados en Nanterre. En seguida, los comisionistas del Monte de Piedad, todos los encubridores de París quedaron advertidos, y Bibi-Lupín sometió a Manón la Rubia a un espionaje formidable.

Bien pronto se averiguó que Manón la Rubia estaba locamente enamorada de un joven a quien nadie conocía, pues parecía insensible a todas las amorosas insinuaciones de la rubia Manón. ¡Misterio sobre misterio! Este joven, sometido a la vigilancia de los espías, fue visto en seguida y

reconocido como un presidiario fugitivo, el héroe famoso de las venganzas corsas, el hermoso Teodoro Calví, llamado Magdalena.

Entonces lanzaron contra Teodoro uno de esos traidores con dos caras que sirven simultáneamente a los ladrones y a la policía, y el tal le prometió a Teodoro comprarle los cubiertos, el reloj y la cadena de oro. En el momento en que el mercachifle del patio San Guillermo le entregaba el dinero a Teodoro disfrazado de mujer, a las diez y media de la noche, apareció la policía, que detuvo a Teodoro y se apoderó de los objetos.

La instrucción comenzó inmediatamente. Con elementos tan incompletos era imposible, en términos jurídicos, formular una sentencia de muerte. Calví no se desmintió nunca ni se cortó jamás: dijo que una campesina le había vendido aquellos objetos en Argenteuil, y que después de comprárselos, la noticia del asesinato perpetrado en Nanterre le reveló el peligro de poseer aquellos cubiertos, el reloj y las joyas; que, por otra parte, estando especificados en el inventario hecho después de la muerte del vinatero de París, tío de la viuda Pigeau, se hallaban entre los objetos robados. Finalmente, constreñido por la miseria a vender aquellos objetos —añadió—, quiso hacerlo valiéndose de una persona que no tuviese compromiso.

Fue imposible arrancarle más al fugitivo presidiario, que supo, con su silencio y su firmeza, inducir a la justicia a creer que el vinatero de Nanterre había cometido el crimen, y que la mujer de quien recibió los objetos comprometedores, era la esposa de aquel comerciante. El desgraciado pariente de la viuda Pigeau y su mujer fueron detenidos; pero, después de ocho días de detención y de una escrupulosa sumaria, quedó probado que ni el marido ni la mujer habían salido de su establecimiento en el día del crimen. Por lo demás, Calví no reconoció en la esposa del vinatero a la mujer que, según él, le había vendido los cubiertos y las joyas.

Como la concubina de Calví, complicada en el proceso, tuvo que confesar haber gastado cerca de mil francos desde la época del crimen hasta el momento en que Calví quiso empeñar los cubiertos y las joyas, aquellas pruebas parecieron suficientes para remitir a los tribunales al presidiario y a su concubina. Siendo este asesinato el decimoctavo cometido por Teodoro, éste fue condenado a muerte, pues, en efecto, parecía autor de aquel crimen tan hábilmente cometido. Si él no reconoció a la vinatera de Nanterre, fue reconocido, en cambio, por la mujer y por el marido. La instrucción había comprobado con numerosos testimonios la permanencia

de Teodoro en Nanterre durante un mes próximamente, y allí había ayudado a los albañiles, con el rostro manchado de yeso y mal vestido. En Nanterre le calculaban dieciocho años a aquel muchacho que debió *alimentar aquel niño* (tramar o preparar algún crimen) durante un mes.

El tribunal le suponía cómplices. Se midió la anchura de los tubos para adaptarla al cuerpo de Manón la Rubia, a fin de calcular si pudo descolgarse por las chimeneas; pero ni un niño de seis años hubiera podido deslizarse por los tubos de barro con que la arquitectura moderna ha sustituido las vastas chimeneas de antaño. Sin este extraño e irritante misterio, Teodoro hubiese sido ajusticiado una semana antes. El capellán de las prisiones, según hemos visto, había fracasado completamente.

Este asunto y el nombre de Calví debieron de sustraerse a la atención de Jacobo Collín, a quien entonces preocupaba su duelo con Contensón, Corentín y Peyrade. Por lo demás, Burla-la-Muerte procuraba olvidar lo mejor posible a *los amigos* y a cuanto concerniese al Palacio de Justicia, y temblaba de encontrarse frente a frente con un *fanandel* que hubiera exigido al *dab* cuentas que éste no hubiese podido darle.

El director de la Conserjería fue inmediatamente al despacho del procurador general, en donde encontró al abogado general hablando con el señor de Granville y llevando en la mano la orden de ejecución. El señor de Granville, que acababa de pasar toda la noche en el hotel Serizy, aunque rendido de fatiga y de dolor, pues los médicos no osaban todavía afirmar que la condesa conservaría su razón, estaba obligado, por efecto de esta importante ejecución, a permanecer en su tribunal algunas horas más. Después de conferenciar un momento con el director, el señor de Granville cogió la orden de ejecución de su abogado y se la entregó a Gault.

—La ejecución puede verificarse —dijo— si no median circunstancias extraordinarias que usted juzgará: fío en su prudencia. Puede retardarse la erección de la guillotina hasta las diez y media; tiene usted, por tanto, una hora. En una mañana como ésta, las horas equivalen a siglos, ¡y en un siglo ya caben acontecimientos!… No deje usted que nadie crea en una dilación. Que preparen al sentenciado, si es preciso y si no confiesa nada, trasmítale usted la orden a Sansón a las nueve y media. ¡Que espere!

Cuando el di rector de la prisión salía del gabinete del procurador general, encontró bajo la bóveda del pasaje que desemboca en la galería, al señor

Camusot, que iba hacia allí. Con este motivo, habló rápidamente con el juez, y después de notificarle cuanto en la Conserjería pasaba relativo a Jacobo Collín, bajó para verificar aquel careo de Burla-la-Muerte con Magdalena, aunque no permitió que el supuesto eclesiástico se comunicase con el sentenciado a muerte, hasta el momento en que Bibi-Lupín, disfrazado admirablemente de gendarme, no hubo reemplazado al carnero que vigilaba al joven corso.

Nadie puede imaginar la profunda sorpresa de los tres presidiarios al ver que un celador venía en busca de Jacobo Collín para conducirle al cuarto del sentenciado a muerte. Obedeciendo a un movimiento simultáneo, se acercaron a la silla en que Jacobo Collín estaba sentado.

—Es para hoy, ¿no es cierto, señor Julián? —preguntó Hilo-de-Seda al celador.

—Naturalmente, *Charlot* ya está ahí —repuso el celador con perfecta indiferencia.

El pueblo y el mundo de las prisiones denomina así al ejecutor de las altas obras de París. Este remoquete data de la revolución de 1789. Aquel nombre produjo una gran sensación. Todos los prisioneros se miraron entre sí.

—¡Esto ha concluido! —repuso el vigilante—. M. Gault ha recibido la orden de ejecución, y la sentencia acaba de ser dada.

—Así que —contestó La Pouraille—, ¿la hermosa Magdalena ha recibido todos los sacramentos?…

Y aspiró una bocanada de aire.

—¡Pobre Teodorito! —exclamó el Bifón— es muy simpático. Es lástima *estornudar cantando* a su edad…

El celador se dirigía hacia el postigo creyendo que Jacobo Collín le seguía; pero el español caminaba lentamente, y cuando se vio a diez pasos de Julián, pareció desfallecer y pidió con un gesto el brazo de La Pouraille.

—¡Es un asesino! —dijo Napolitas al clérigo señalando a La Pouraille y ofreciendo su brazo.

—¡No, para mí es un desgraciado! —replicó Burla-la-Muerte con la presencia de espíritu y la unción del arzobispo de Cambrai.

Y se separó de Napolitas que, al primer golpe de vista, le había parecido muy sospechoso.

—Está en el primer peldaño de la *abadía de Sube-sin-Gana*; pero de ella yo soy el prior… Voy a demostrarle a usted cómo sé *entifler* con la *Cigüeña* (vencer al procurador general). Quiero *cromper* a esa *sorbonne* de sus patas.

—¡A causa de su *montante*! —murmuró Hilo-de-Seda sonriendo.

—¡Quiero ganar esa alma para el cielo! —repuso con compunción Jacobo Collín, viéndose rodeado por algunos prisioneros.

Y fue a reunirse en el postigo con el celador.

—Ha venido para salvar a Magdalena —dijo Hilo-de-Seda—; ya hemos adivinado el secreto. ¡Vaya un *dab*…!

—Pero ¿cómo? Los *húsares de la guillotina* están ahí; ni siquiera podrá verle —repuso el Bifón.

—¡Tiene *al panadero* por él! —gritó La Pouraille—. Él se *empringa con nuestros Felipes*… quiere mucho a los *amigos*… ¡Tiene mucha necesidad de nosotros! Querían ponernos a *la manque* por él (entregárnosle), pero no somos *cocas*… Si él *crompe* a su Magdalena, tendrá *mi bala* (mi secreto).

Esta última palabra dio por resultado aumentar la abnegación de los tres presidiarios por su dios; pues en aquel momento el famoso *dab* constituyó toda su esperanza.

Jacobo Collín, a pesar del peligro de Magdalena, no traicionó su papel. Este hombre, que conocía la Conserjería tan bien como los tres presidios, se engañaba con tanta naturalidad, que el celador tenía que decirle a cada momento: «Por aquí… por allá», hasta que ambos llegaron a la Albanía. Allí Jacobo Collín vio, al primer golpe de vista con los codos sobre la estufa, a un hombre alto y grueso, cuyo semblante largo y colorado no carecía de cierta distinción, y reconoció a Sansón.

—¿El caballero es el capellán? —dijo dirigiéndose hacia él con un aire lleno de ingenuidad.

Aquel error era tan terrible, que heló a todos los circunstantes.

—No, señor —repuso Sansón—, yo desempeño otras funciones.

Sansón, el padre del último ejecutor de este nombre, pues hace poco tiempo que fue destituido, era hijo de aquel que ejecutó a Luis XVI.

Después de desempeñar este cargo durante cuatrocientos años, el heredero de tantos verdugos había querido rechazar aquella carga hereditaria. Los Sansones, verdugos de Rouen durante dos siglos, antes de ser investidos con el primer cargo del reino, ejecutaban de padres a hijos las órdenes de la justicia desde el siglo XIII. Hay pocas familias que puedan ofrecer el ejemplo de un oficio o de una nobleza conservada de padres a hijos durante seis siglos. Cuando aquel joven, que había llegado a capitán de caballería, estaba a punto de hacer con las armas una hermosa carrera, su padre le exigió que fuese a ayudarle en la ejecución del rey. Después hizo de su hijo su segundo, cuando en 1793 hubo dos guillotinas en actividad: la una en la barrera del Trono, la otra en la plaza de Greve. Aquel terrible funcionario, que por entonces tendría sesenta años, llamaba la atención por su excelente porte, por sus gestos dulces y pausados, y por un gran desprecio hacia Bibi-Lupín y sus acólitos, los proveedores de la máquina. El único indicio que en este hombre denunciaba la sangre de los viejos verdugos de la Edad Media, era el formidable espesor y anchura de sus manos. Bastante instruido, además, muy orondo de su cualidad de ciudadano y de elector, y apasionado, según dicen, por la jardinería; aquel hombre alto y grueso que hablaba en voz baja, de continente sereno, muy silencioso y de frente ancha y calva, parecía más bien un miembro de la aristocracia inglesa que un ejecutor de las altas obras. Necesariamente, por tanto, un canónigo español debía cometer el error en que incurrió voluntariamente Jacobo Collín.

—Éste no es un presidiario —dijo el jefe de los celadores al director.

—Empiezo a creerlo —repuso el señor Gault haciendo con la cabeza un gesto a su subordinado.

Jacobo Collín fue introducido en la especie de sótano en el que el joven Teodoro, vestido con camisa de fuerza, estaba sentado al borde del

espantoso camastro de aquel cuarto. Burla-la-Muerte, iluminado momentáneamente por la luz del corredor, reconoció inmediatamente a Bibi-Lupín en el gendarme que permanecía de pie, apoyado sobre su sable.

—*¡Io sono Gaba-Morto! Parla nostro italiano* —dijo rápidamente Jacobo Collín—. *Vengo ti salvar*… (Yo soy Burla-la-Muerte, hablemos italiano, vengo a salvarte).

Todo lo que iban a decirse los dos amigos debía de ser ininteligible para el falso gendarme, y, como Bibi-Lupín estaba encargado de vigilar al prisionero, no podía dejar su puesto. La rabia del jefe de policía de seguridad era indescriptible.

Teodoro Calví, joven de rostro pálido y aceitunado, de cabellos rubios, de ojos profundos y de un tinte azul oscuro, muy bien proporcionado y que ocultaba una fuerza muscular prodigiosa bajo esa apariencia linfática que suelen ofrecer los meridionales, hubiera tenido un semblante encantador sin las cejas arqueadas, sin la frente deprimida, sin los labios rojos de una crueldad salvaje, y sin un movimiento de músculos que denota esa facultad de irritarse peculiar de los corsos, y que les impulsa tan pronto el asesinato en una querella repentina.

Sorprendido por el eco de aquella voz, Teodoro levantó la cabeza bruscamente creyendo en alguna alucinación; pero como estaba familiarizado, por una estancia de dos meses, con la densa oscuridad de aquella caja de piedra tallada, miró al falso eclesiástico y suspiró profundamente. No reconoció a Jacobo Collín, cuyo rostro, arrugado por la acción del ácido sulfúrico, tal vez no le pareció el de su *dab*.

—Sí, soy yo, tu Jacobo, visto de clérigo y vengo a salvarte. No cometas la estupidez de reconocerme y ten aspecto de confesarte.

Esto fue dicho rápidamente.

—Este joven está muy abatido, la muerte le horroriza, va a confesarlo todo —dijo Jacobo Collín dirigiéndose al gendarme.

—Dime algo que me demuestre que eres *él*, porque no tienes más que su voz.

—Ya ve usted, el pobre desdichado me dice que es inocente —agregó Jacobo Collín dirigiéndose al gendarme.

Bibi-Lupín no se atrevió a hablar, temiendo ser reconocido.

—*¡Sempre mi!* —prosiguió Jacobo, conversando con Teodoro y arrojándole al oído aquella frase de reconocimiento.

—*¡Sempre ti*! —dijo el joven dando la respuesta del pase—. Sí, es mi *dab* …

—¿Diste el golpe?

—Sí.

—Refiéremelo todo, a fin de que yo pueda ver cómo he de arreglármelas para salvarte: ya es tiempo; Charlot está ahí.

En seguida, el corso se puso de rodillas y pareció querer confesarse. Bibi-Lupín no sabía qué hacer, pues aquella conversación fue tan rápida, que apenas duró lo que se tarda en leerla. Teodoro refirió en seguida las circunstancias conocidas de su crimen y que Jacobo Collín ignoraba.

—Los jurados me han condenado sin pruebas —dijo al terminar.

—¡Niño, discutes cuando van a cortarte los cabellos!…

—Pero, yo podía haber sido encargado únicamente de darles salida a las joyas. ¡Y he ahí cómo se juzga, y en París sobretodo!…

—Pero ¿cómo se dio el golpe? —preguntó Burla-la-Muerte.

—¡Ah, ya verás! Después que dejé de verte trabé conocimiento con una muchacha corsa que encontré al llegar a *Pantín* (París).

—¡Los hombres que son bastante estúpidos para enamorarse de una mujer —exclamó Jacobo Collín—, se pierden siempre por eso!… Ésas son tigres en libertad, tigres que charlan y que se miran en los espejos… ¡No has sido juicioso!…

—Pero…

—Veamos, ¿para qué te ha servido esa sagrada *larga*…?

—Ese amor de mujer, grande como un fagot, delgada como una aguja y mañosa como un mono, pasó por lo alto del horno y me abrió la puerta de la casa. Los perros, atiborrados de bolillas, habían muerto. Yo *enfrié* a las dos mujeres. Una vez cogido el dinero, la Gineta volvió a cerrar la puerta y salió por la parte alta del horno.

—Una tan hermosa invención vale la vida —dijo Jacobo Collín admirando la trama del crimen, lo mismo que un cincelador admira el modelado de una figurita.

—He cometido la tontería de desplegar todo ese ingenio por mil escudos…

—No, ¡por una mujer! —replicó Jacobo Collín—. ¡Cuándo te digo que nos quitan la inteligencia!…

Jacobo Collín arrojó sobre Teodoro una mirada relampagueante de desprecio.

—¡Tú ya no estabas allí! —repuso el corso—; yo estaba abandonado.

—¿Y amas a esa pequeña? —preguntó Jacobo Collín, sensible al reproche que envolvía aquella respuesta.

—¡Ah! si ahora quiero vivir, es más por ti que por ella.

—¡Estáte tranquilo! Por algo me llamo Burla-la-Muerte… ¡Yo me encargo de ti!…

—¡Cómo, la vida! —exclamó el joven corso levantando sus manos esposadas hacia la húmeda bóveda del calabozo.

—Mi querido Magdalena, disponte a volver al *prado vioque* —añadió Jacobo Collín—. Confía en esto, no creas que van a coronarte de rosas como al buey-gordo…

Si ya nos han *herrado* para Rochefort, es que procuran desembarazarse de nosotros… Pero yo haré que te envíen a Tolón, de allí te escaparás y regresarás a *Pantín*, en donde te buscaré algún medio agradable de vivir…

Un suspiro de los pocos que habían resonado bajo aquella bóveda inflexible, un suspiro arrancado por el contento de la libertad, chocó contra

la piedra, que devolvió aquella nota, sin igual en música, hasta los oídos de Bibi-Lupín estupefacto.

—He aquí el efecto de la absolución que acabo de prometerle en premio de sus revelaciones —dijo Jacobo Collín al jefe de la policía de seguridad—. Ya ve usted, señor gendarme, estos corsos están llenos de fe… Pero es inocente como el Niño Jesús y he de procurar salvarle…

—¡Dios sea con usted, señor abate! —dijo en francés Teodoro.

Burla-la-Muerte, más Carlos Herrera y más canónigo que nunca, salió del cuarto del condenado, precipitóse en el corredor y fingió estar horrorizado al presentarse delante del señor Gault.

—¡Señor director, ese joven es inocente, me ha dicho quién es el culpable!… Iba a morir por un falso puntillo de honor… ¡Es un corso!… Dice que vaya usted a solicitar para mí, del procurador general, cinco minutos de audiencia. El señor de Granville no rehusará escuchar inmediatamente a un cura español que sufre todos los errores de la justicia francesa…

—¡Voy allá! —repuso el señor Gault con gran sorpresa de cuantos espectadores presenciaban aquella escena extraordinaria.

—Pero —repuso Jacobo Collín— haga usted que me conduzcan entretanto al patio, y así podré concluir la conversión de un criminal a quien ya le he dado en el corazón… ¡Qué corazón el de estas gentes!…

Esta alocución produjo un movimiento entre todas las personas que allí estaban: los gendarmes, los escribanos del registro, Sansón, los celadores y el ayudante del ejecutor que esperaban la orden de levantar la mecánica, según se dice en el estilo de las prisiones; todo aquel mundo, sobre el cual resbalan las emociones, se conmovió movido por una curiosidad muy concebible.

En aquel momento, se oyó el ruido de un coche con buenos caballos que se detenía delante de la verja de la Conserjería que daba al muelle, y de un modo muy significativo. La puerta fue abierta y la grada colocada con tal prontitud, que todos los circunstantes creyeron que llegaba algún gran personaje. En seguida, una señora, agitando un papel azul y seguida de un lacayo y de un cazador, se presentó en la verja del postigo. Iba

magníficamente vestida de negro, con el sombrero cubierto por un velo, y enjugaba sus lágrimas con un gran pañuelo bordado.

Jacobo Collín reconoció en seguida a Asia, o para llamar a esta mujer por su verdadero nombre, a Jacobina Collín, su tía. Esta terrible vieja, digna de su sobrino, cuyos pensamientos estaban todos reconcentrados en el prisionero a quien defendía con una inteligencia y una perspicacia iguales, por lo menos, a las de la justicia, tenía un permiso expedido la víspera a nombre de la camarera de la duquesa de Maufrigneuse, por recomendación del señor Serizy, de poder comunicarse con Luciano y con el abate Carlos Herrera, en cuanto dejasen de estar incomunicados, y acerca del cual el jefe de división encargado de las prisiones había escrito dos palabras. El papel, por su color, implicaba poderosas recomendaciones, pues estos permisos, como los billetes de favor para los espectáculos, difieren de forma y de aspecto.

Por todo esto, el llavero abrió el postigo, sobre todo al percibir aquel cazador cuyo traje verde y oro, brillando como el de un general ruso, anunciaba una visitante aristocrática y un blasón casi real.

—¡Ah, mi querido abate! —exclamó la falsa gran señora, que empezó a derramar un torrente de lágrimas viendo al clérigo—; ¡cómo han podido traer aquí, aunque sólo sea por un instante, a un hombre tan santo!

El director cogió el permiso y leyó: *Por recomendación de Su Excelencia el conde de Serizy*.

—¡Ah, señora de San Esteban, señora marquesa —dijo Carlos Herrera—, qué hermosa abnegación!

—Señora, así no pueden ustedes comunicarse —dijo el buen viejo Gault.

Y él mismo detuvo aquel huracán de moaré negro y de encajes.

—Pero ¿a esta distancia —repuso Jacobo Collín— y delante de ustedes? —agregó lanzando una mirada circulara la asamblea.

La tía, cuyo traje debía aturdir al escribano, al director, a los celadores y a los gendarmes, apestaba a almizcle. Llevaba, amén de encajes por valor de mil escudos, una cachemira negra de seis mil francos. Finalmente, el cazador papeloneaba en el patio de la Conserjería, con la insolencia de un

criado que se reconoce indispensable para una princesa exigente, y no hablaba con el lacayo, que permanecía junto a la verja del muelle, que siempre estaba abierta durante el día.

—¿Qué quieres, qué debo hacer? —dijo la señora de San Esteban en el *argot* convenido entre la tía y el sobrino.

Este argot consistía en desfigurar las palabras, fuesen en francés o en argot, agrandándolas con terminaciones en *ar* o en *or*, en *al* y en *é*. Aquello era la cifra diplomática aplicada al lenguaje.

—Pon todas las cartas en lugar seguro, coge las más comprometedoras para cada una de esas señoras, vuelve disfrazada de ladrona a la sala de Pasos-Perdidos, y espera allí mis órdenes.

Asia o Jacobina se arrodilló como para recibir la bendición, y el falso abate bendijo a su tía con unción evangélica.

—*Addio, marchesa* —dijo en voz alta. Y añadió sirviéndose de su lenguaje convenido—: Busca a Europa y a Paccard con los setecientos mil francos que han robado; los necesitamos.

—Paccard está ahí —repuso la piadosa marquesa con los ojos arrasados en lágrimas señalando al cazador.

Esta rapidez de comprensión arrancó no solamente una sonrisa, sino también un movimiento de sorpresa a aquel hombre a quien sólo su tía podía sorprender. La falsa marquesa volvióse hacia los testigos de aquella escena, como mujer acostumbrada a imponerse.

—Está desesperado por no poder concurrir a los funerales de su hijo —dijo en mal francés—, porque este espantoso desprecio de la justicia ha revelado el secreto de este santo hombre… Yo voy a asistir a la misa mortuoria. He aquí, señor Gault —añadió entregándole una bolsa llena de oro—, reciba usted esto para alivio de los pobres prisioneros…

—¡Qué *chic-mar*! (buen tono) —le murmuró al oído su sobrino, satisfecho.

Jacobo Collín siguió al celador, que le conducía al patio.

Bibi-Lupín, desesperado, había concluido por dejarse ver por un verdadero gendarme, a quien, después que Jacobo Collín se hubo marchado, dirigía *¡hem, hem!*

significativos, y que fue a sustituirle en el calabozo del condenado. Pero este enemigo de Burla-la-Muerte no pudo llegar a tiempo de ver a la gran señora, que desapareció en su aparatoso carruaje, y cuya voz, aunque disfrazada, traía a su oído ecos aguardentosos.

—¡Trescientas *balas* para los detenidos!… —decía el jefe de los celadores, mostrándole a Bibi-Lupín la bolsa que el señor Gault le había entregado a su escribano.

—Enséñelo usted, señor Jacomety —dijo Bibi-Lupín.

El jefe de la policía secreta cogió la bolsa, vació el oro en su mano y lo examinó atentamente.

—¡Sí, es oro… —dijo— y la bolsa está blasonada! ¡Ah, el granuja es fuerte y cabal! ¡Lucha contra todos, y a cada momento!… ¡Deberíamos tirar sobre él como sobre un perro!

—¿Qué hay, pues? —preguntó el escribano recobrando la bolsa.

—¡Hay que esa mujer debe ser *una ladrona*!… —exclamó Bibi-Lupín pateando con rabia sobre las losas exteriores del postigo.

Estas palabras produjeron una viva emoción entre los espectadores, agrupados a cierta distancia del señor Sansón, que permanecía siempre de pie, apoyado de espaldas contra la gran chimenea, en medio de aquel vasto salón abovedado, esperando la orden para hacerle el tocado al criminal y levantar el cadalso en la plaza de la Greve.

Al encontrarse en el patio, Jacobo Collín dirigióse hacia *sus amigos* con el paso de uno que está familiarizado con el *prado*.

—¿Qué tienes sobre el casaquín? —preguntó a La Pouraille.

—He hecho mi negocio —repuso el asesino, a quien Jacobo Collín condujo a un rincón—. Ahora necesito de *un amigo seguro*.

—Y ¿para qué?

La Pouraille, después de referirle a su jefe en *argot* todos sus crímenes, le detalló minuciosamente el asesinato y el robo cometido en casa de los esposos Crotat.

—Mereces mi estima —dijo Jacobo Collín—, eso está bien trabajado; pero me pareces responsable de una falta.

—¿Cuál?

—Una vez concluido el negocio, debías tener un pasaporte ruso, disfrazarte de príncipe ruso, comprar un hermoso carruaje blasonado, ir a depositar descaradamente tu oro en casa de un banquero, pedir una letra de crédito para Hamburgo, tomar el correo acompañado de un lacayo, de una camarera y de tu querida disfrazada de princesa; y una vez en Hamburgo, te embarcas para México. ¡Con doscientos ochenta mil francos en oro, un fuerte de espíritu debe hacer lo que quiere e ir adonde le parezca, *sinve*!…

—¡Ah! ¡Tú tienes esas ideas porque eres el *dab*… Tú no pierdes nunca la *sorbona*…! ¡Pero, yo!…

—En fin, en tu situación, un buen consejo es como caldo para un muerto —repuso Jacobo Collín lanzando sobre su *fanandel* una mirada fascinadora.

—Es cierto —dijo con aire dubitativo La Pouraille—. Pero dame siempre tu caldo; si no me alimenta, me daré con él un baño de pies…

—Hete aquí prisionero de la *Cigüeña*, con cinco robos calificados, tres asesinatos, el más reciente de los cuales concierne a dos ricos burgueses… A los jurados no les gusta que se maten burgueses… ¡Serás *engavillado* sin dilación, no te resta la menor esperanza!…

—Todos me han dicho eso —dijo lastimosamente La Pouraille.

—Mi tía Jacobina, con quien acabo de sostener un retazo de conversación en plena escribanía, y que es, como ya sabes, *la madre de los fanandels*, me dijo que la *Cigüeña* te teme tanto, que quiere deshacerse de ti.

—Pero —dijo La Pouraille con un candor que demuestra cuán poseídos están los ladrones del *derecho natural* de robar—, yo ahora soy rico, ¿por qué me temen?

—No tenemos tiempo de filosofar —contestó Jacobo Collín—; volvamos a tu situación…

—¿Qué quieres hacer de mí? —preguntó La Pouraille interrumpiendo a su *dab*.

—¡Vas a verlo! Un perro, aunque esté muerto, siempre vale algo.

—Para los otros —dijo La Pouraille.

—¡Te acepto en mi juego! —repuso Jacobo Collín.

—Algo es —dijo el asesino—; ¿y después?

—No pregunto dónde está tu dinero, sino lo que piensas hacer de él.

La Pouraille espió los ojos impenetrables del *dab*, que continuó fríamente:

—¿Tienes alguna *larga* amada, un hijo, un *fanandel* a quien proteger? Dentro de una hora estaré fuera de aquí y lo pondré todo en favor de esos a quienes quieras bien.

La Pouraille vacilaba aún, sumido en la indecisión. Entonces, Jacobo Collín aventuró un último argumento.

—Tu parte en nuestra caja es de treinta mil francos; ¿se la dejas a los *fanandels*, se la das a alguno? tu parte está segura y puedo entregársela esta noche a quien tú quieras legársela.

El asesino dejó escapar un movimiento de satisfacción.

—Ya le tengo —se dijo Jacobo Collín—. Pero, no divaguemos, reflexiona… —añadió hablándole al oído a La Pouraille—. Te advierto que no disponemos ni de diez minutos… El procurador general va a llamarme y voy a tener que conferenciar con él. Ese hombre ya es mío, puedo retorcerle el cuello a la *Cigüeña* y estoy seguro de salvar a Magdalena.

—Si salvas a Magdalena, mi *dab*, puedes muy bien…

—No perdamos saliva —dijo Jacobo Collín con acento breve—. Haz tu testamento.

—¡Pues bien, yo quisiera dar el dinero a la Gonora! —repuso La Pouraille con aire lastimoso.

—¡Cómo! ¿Tú enredas con la viuda de Moisés, ese judío que estaba al frente de los *gorgojos* del mediodía? —preguntó Jacobo Collín.

Semejante a los grandes generales, Burla-la-Muerte conocía admirablemente el personal de todas las tropas.

—Es la misma —dijo La Pouraille muy satisfecho.

—¡Hermosa mujer! —replicó Jacobo Collín, que sabía manejar admirablemente aquellas terribles máquinas—. ¡La *larga* es buena! tiene grandes conocimientos y *mucha probidad*… es una *ladrona* perfecta. ¡Ah! tú te has dignificado con la Gonora. Es estúpido dejarse *soterrar* teniendo una *larga* así. ¡Imbécil! Era preferible procurarse un pequeño comercio para ir trampeando. Y ella, ¿en qué *goupine*? (¿en qué se ocupa?)

—Está establecida en la calle Santa Bárbara; regentea una casa…

—¿De suerte que la instituyes heredera? Ya ves, querido, adónde nos conducen esas mujerzuelas cuando se comete la necedad de quererlas…

—¡Sí, pero no le des nada hasta después de mi voltereta!

—Eso es sagrado —repuso Jacobo Collín con aire grave—. ¿Y para los *fanandels*, nada?

—Nada me han *servido* —contestó con rencor La Pouraille.

—¿Quién te ha vendido? ¿Quieres que te vengue? —preguntó vivamente Jacobo Collín, procurando despertar el último sentimiento que hace vibrar esos corazones en los momentos supremos. ¿Quién sabe, mi viejo *fanandel*, si yo podría, al vengarte, reconciliarte con la *Cigüeña*?

Al oír esto, el asesino miró a su *dab* con un aire estúpido de tanta felicidad.

—Pero —dijo el *dab* respondiendo a aquella expresión de rostro parlante—, yo en este momento sólo me juego *la mislocq* por Teodoro. Conseguido el éxito de este *vaudeville*, querido, para uno de mis amigos, porque tú eres de los míos, ¡tú!… soy capaz de muchas cosas.

—Si únicamente te veo prorrogar la ceremonia de ese pobre Teodorito, ya ves, haré cuanto quieras.

—Pero eso está hecho, estoy seguro de *cromper su soborna* de las garras de la *Cigüeña*. Fíjate, La Pouraille, para *desembotellarse* es preciso que nos demos la mano unos a otros… Nadie, por sí mismo, puede nada.

—¡Es verdad! —exclamó el asesino.

La confianza era tan completa y su fe en el *dab* tan fanática, que La Pouraille no dudó.

La Pouraille entregó el secreto de sus cómplices, aquel secreto tan bien guardado hasta entonces. Esto era todo lo que Jacobo Collín deseaba saber.

—¡He aquí la *pelota*! En el *angelote*, Rufard, el agente de Bibi-Lupín estaba de tercero conmigo y Godet…

—¿Arrachelaine? —exclamó Jacobo Collín dando a Rufard su nombre de ladrón.

—El mismo. Los miserables me han vendido, porque yo conozco su escondrijo y ellos desconocen el mío.

—*¡Estás engrasándome las botas, amor mío!* —dijo Jacobo Collín.

—¿Qué?

—Pues bien —repuso el *dab*—, ¡mira lo que se adelanta con poner en mí toda la confianza!… Ahora tu venganza forma parte del juego que estoy haciendo… No te pido que me descubras tu escondrijo, ya me lo dirás en el último momento; pero dime lo que se refiera a Rufard y a Godet.

—Tú has sido y serás siempre nuestro *dab*, y no tendré secretos para ti —dijo La Pouraille—. Mi oro está en la *profunda* (el sótano) de la casa de Gonora.

—¿No recelas nada de tu *larga*?

—¡Ah!, ¡quiá! Ella no sabe nada de este enredo… —repuso La Pouraille—. Yo emborraché a la Gonora, aunque es una mujer que no hablaría ni aun teniendo la cabeza en el tajo. ¡Pero tanto oro!…

—Sí, eso corta la leche de la conciencia más pura —repuso Jacobo Collín.

—Por consiguiente, he podido trabajar sin peligro para mí. Toda la volatería dormía en el palomar. El oro está a tres pies bajo tierra, detrás de las botellas de vino. Y encima he colocado un colchón de guijarros y de arena.

—¡Bueno! —dijo Jacobo Collín—. ¿Y los escondrijos de los otros?

—Rufard tiene *su gato* en el cuarto de la pobre mujer, a quien domina por eso, pues ella teme que la tachen de cómplice encubridora y concluir sus días en San Lázaro.

—¡Ah, el granuja! ¡Cómo *la raille* (la policía) os forma un ladrón! —dijo Jacobo.

—Godet ha puesto *su gato* en casa de su hermana, lavandera de fino, una honrada muchacha que puede coger cinco años de *lorcefé* sin vacilación. El *fanandel* ha levantado las losas del suelo, las volvió a colocar y desapareció.

—¿Sabes lo que quiero de ti? —dijo entonces Jacobo Collín, lanzando sobre La Pouraille una mirada magnética.

—¿Qué?

—Que cojas por tu cuenta el asunto de Magdalena…

La Pouraille hizo un movimiento singular de protesta; pero en seguida, bajo la mirada fija del *dab*, readquirió su actitud de obediencia.

—¡Y bien, ya estás refunfuñando! ¡Te mezclas en mis operaciones! Veamos, cuatro asesinatos o tres, ¿no es lo mismo?

—¡Tal vez!

—Por el *meg* de los *fanandels*, tú estás sin *raisiné* en los *vermichels* (sin sangre en las venas). ¡Y yo que pensaba salvarte!

—¿Y cómo?

—Imbécil, si se promete devolver el oro a la familia, tú sólo tendrás que ir a *vioque al prado*. Si tuviesen el dinero, yo no daría ni una *face* por tu *soborna*

; pero en este momento, imbécil, tú vales setecientos mil francos…

—¡*Dab, dab*! —gritó La Pouraille en el pináculo de la felicidad.

—Y sin contar —agregó Jacobo Collín— que haremos recaer los asesinatos en Rufard. De este golpe, Bibi-Lupín queda destituido… ¡es mío!

La Pouraille quedó estupefacto ante aquella idea, y permaneció como una estatua, con los ojos muy abiertos. Preso desde hacía tres meses, la víspera de pasar al tribunal y aconsejado por *sus amigos* del presidio, a los cuales no había hablado de sus cómplices, se halló tan desesperanzado después del examen de sus crímenes, que aquel plan había escapado a todas aquellas inteligencias embotelladas. Esto fue causa de que aquel rayo de esperanza le dejase casi imbécil.

—¿Rufard y Godet han andado ya de bureo?, ¿han hecho tomar el aire a alguno de sus *amarillos*? —preguntó Jacobo Collín.

—No se atreven —repuso La Pouraille—. Los granujas esperan a que yo esté *segado*. Esto es lo que me ha enviado a decir mi *larga* por la Bife, cuando vino a ver al Bifón.

—¡Pues bien, nosotros tendremos sus *fades* dentro de veinticuatro horas! —exclamó Jacobo Collín—. Los muy pilletes no podrán disculparse como tú; tú quedarás blanco como la nieve y ellos enrojecidos por toda la sangre… Entre mis manos, tú aparecerás como un horado muchacho a quien ellos arrastraron. Yo obtendré tu fortuna a trueque de poner las coartadas en los otros procesos, y una vez en *el prado*, porque tú volverás, ya procurarás evadirte ¡Ésta es una mala vida, pero aún es vida!

Los ojos de La Pouraille traicionaban un delirio interior.

—¡Compañero, con setecientos mil francos ya pueden tenerse *escarapelas* ! —decía Jacobo Collín emborrachando de esperanza a su *fanandel*.

—¡*Dab, dab*!

—Deslumbraré al ministro de Justicia… ¡Ah! Rufard la bailará; es un *raille* por destruir. Bibi-Lupín está frito.

—¡Pues bien, está dicho! —gritó La Pouraille con una alegría salvaje—.

Ordena, te obedezco.

Y estrechó a Jacobo Collín entre sus brazos, con los ojos arrasados en lágrimas de alegría; tan posible encontró ya el salvar su cabeza.

—Esto no es todo —dijo Jacobo Collín—. La *Cigüeña* digiere lentamente y, sobre todo, tiene *recrudecimientos de fiebre* (revelación de un nuevo hecho). Ahora se trata de *servir de bonita a una larga* (de calumniar a una mujer).

—¿Y cómo y para qué? —preguntó el asesino.

—¡Ayúdame, vas a verlo!… —repuso Burla-la-Muerte.

Jacobo Collín refirió sucintamente a La Pouraille el secreto del crimen cometido en Nanterre, y le hizo comprender la necesidad de tener una mujer que consintiese en desempeñar el papel que había representado la Gineta. Después se dirigió hacia el Bifón, acompañado de La Pouraille que se había vuelto alegre.

—Tú sabes cuánto quieres a la Bife… —dijo Jacobo Collín al Bifón.

La mirada que lanzó el Bifón fue un poema horrible.

—¿Qué hará ella mientras tú estés en el *prado*?

Una lágrima humedeció los ojos feroces del Bifón.

—¡Pues bien! ¿Y si yo te la encerrase en la *lorcefé de las largas* (en el presidio de las mujeres, las Madelonnettes o San Lázaro) por un año, el tiempo de tu *gerbement* (juicio), de tu marcha, de tu llegada y de tu evasión?

—Tú no puedes hacer ese milagro, ella está *nique de mecha* (sin ninguna complicidad) —repuso el amante de la Bife.

—¡Ah, mi Bifón —dijo La Pouraille—, nuestro *dab* es más poderoso que *Meg*…! (Dios).

—¿Cuál es tu palabra de pase con ella? —preguntó Jacobo Collín al Bifón, con la autoridad de un maestro que no debe soportar negativas.

—*Sorgue de Pantín* (Noche de París). Con esta palabra ya sabe ella que van de mi parte; y si quieres que te obedezca, enséñale una *thune de cinco balas* (moneda de cinco francos) y pronuncia esta palabra: *¡Tondif!*

—Ésa será condenada en la *engavilladura* de La Pouraille y perdonada por revelación después de un año de *sombra*… —dijo sentenciosamente Collín mirando a La Pouraille.

La Pouraille comprendió el plan de *su dab* y le prometió con una mirada, decidir al Bifón a cooperar en aquello, consiguiendo de la Bife aquella falsa complicidad en el crimen de que iba a encargarse.

—Adiós, hijos míos. Bien pronto sabrán ustedes que he salvado a mi pequeño de manos de Charlot —dijo Burla-la-Muerte—. Sí, Charlot está en la escribanía con sus camareras para emperejilar a Magdalena… Miren —dijo—, ya vienen a buscarme de parte del *dab de la Cigüeña* (del procurador general).

En efecto, un celador que salió del postigo llamaba a aquel hombre extraordinario, a quien el peligro del joven corso había devuelto aquel poder salvaje que utilizó para luchar contra la sociedad.

No está de más advertir que en el momento en que le quitaron el cuerpo de Luciano, Jacobo Collín se había decidido, en virtud de una resolución suprema, a tener una última encarnación, no ya con una criatura, sino con un objeto. Y aceptó el partido fatal que tomó Napoleón sobre la chalupa que le conducía hacia el *Belerofonte*. Por un concurso extraño de circunstancias, todo ayudó a aquel genio del mal y de la corrupción en su empresa.

De aquí que, aunque el desenlace imprevisto de esta vida criminal perdiese algo de este punto maravilloso que, en nuestros días, sólo se obtiene mediante inverosimilitudes inaceptables, es necesario, antes de entrar con Jacobo Collín en el gabinete del procurador general, seguir a la señora Camusot a casa de las señoras a quienes ella fue a ver mientras que en la Conserjería iban desarrollándose los acontecimientos precitados. Una de las obligaciones a que nunca debe faltar el historiador de las costumbres, es la de no estropear lo verdadero con arreglos dramáticos, sobre todo cuando lo real tiene visos románticos. El temperamento social, en París sobre todo, ofrece muchas casualidades, embrollos y conjeturas tan caprichosas, que a cada momento sobrepujan la imaginación de los

inventores. El atrevimiento de lo verdadero realiza combinaciones prohibidas al arte, dada su poca decencia o su inverosimilitud, a menos que el escritor no las suavice, pode y cercene.

La señora Camusot procuró arreglarse un tocado de mañana, casi de buen gusto, empresa bastante difícil para la mujer de un juez que, desde hacía seis años, vivió siempre en provincias. Se trataba de no dar motivos de crítica ni en casa de la marquesa de Espard, ni en casa de la duquesa de Maufrigneuse, yendo a verlas de ocho a nueve de la mañana. Amelia Cecilia Camusot, aunque nacida en Thirión, digámoslo de una vez, consiguió su objeto a medias. ¿No es, en efecto, tratándose de tocados, engañarse dos veces?…

Nadie se figura cuán interesantes son las mujeres de París para los ambiciosos de todas clases; son tan necesarias en el gran mundo como en el mundo de los ladrones, en donde, según acabamos de ver, representan un papel enorme. Así, supongamos un hombre obligado a hablar en un momento dado, so pena de quedar vencido en la palestra, a este personaje, inmenso bajo la Restauración, y a quien llaman aún guardasellos. Admitamos un hombre colocado en la condición más favorable, un juez, es decir, un familiar de la casa. El magistrado tiene la obligación de ir a buscar, bien sea a un jefe de división, o al secretario particular, o al secretario general, y de probarles la necesidad de obtener una audiencia inmediata. ¿A un guardasellos puede vérsele siempre inmediatamente? Durante el transcurso del día, si no está en la Cámara, se halla en el consejo de ministros, en donde firma y da audiencia. Por la mañana duerme, nadie sabe dónde. Por la noche tiene sus obligaciones públicas y personales. Si todos los jueces pudiesen reclamar un momento de audiencia bajo un pretexto cualquiera, el jefe de la justicia se vería asaltado. El objeto de la audiencia, particular inmediata, está sometido, por consiguiente, a la apreciación de una de esas potencias intermediarias que se convierten en un obstáculo, en una puerta cerrada, cuando ya no es un competidor. Una mujer va en busca de otra mujer y puede penetrar en su alcoba inmediatamente, despertando la curiosidad de la querida o de la camarera, sobre todo cuando la primera se halla bajo el peso de un gran interés o de una necesidad apremiante. Nombremos la potencia femenina, la señora marquesa de Espard, con la que debía contar un ministro: esta mujer escribe un billetito ambarino, que su lacayo entrega al lacayo del ministro. Aquello sorprende al ministro en el momento de levantarse, y lo lee en seguida. Si el ministro tiene negocios, el hombre queda encantado

de tener que ir a visitar a una de las reinas de París, una de las potencias del barrio de San Germán, una de las favoritas de la señora o de la delfina del rey. Casimiro Perrier, el único primer ministro verdadero que haya tenido la revolución de Julio, dejaba todo para ir a visitar a un antiguo primer gentilhombre de la cámara del rey Carlos X.

Esta teoría explica el poder de estas palabras: «¡Señora, la señora Camusot para un negocio muy urgente, y que la señora ya conoce!» mandó a decir a la marquesa de Espard por su doncella, que la creía despierta.

La marquesa ordenó que introdujesen a Amelia inmediatamente. La mujer del juez fue muy bien escuchada cuando empezó a decir estas palabras:

—Señora marquesa, estamos perdidos por haberse vengado usted…

—¿Cómo, chiquita?… —repuso la marquesa mirando a la señora Camusot en la penumbra proyectada por la puerta entreabierta—. Esta mañana está usted divina con ese sombrerito. ¿En dónde encuentra usted esos modelos?…

—Señora, es usted muy buena… Pero usted sabe que el modo que ha tenido Camusot de interrogar a Luciano de Rubempré desesperó a éste y acaba de ahorcarse en su prisión …

—¿Qué va a ser de la señora de Serizy? —gritó la marquesa fingiendo no saber nada para que se lo refiriesen todo otra vez.

—¡Ay, la tienen por loca!… —respondió Amelia—. ¡Ah! si usted puede obtener por Su Grandeza que envíe en seguida a mi esposo por una estafeta enviada al palacio, el ministro sabrá extraños misterios que seguramente comunicará al rey… Y así, los enemigos de Camusot tendrán que callarse.

—¿Quiénes son los enemigos de Camusot? —preguntó la marquesa.

—Pues, el procurador general, y ahora el señor de Serizy…

—Está bien, chiquita —contestó la señora de Espard, que debía a los señores de Granville y de Serizy su derrota en el proceso innoble que había intentado para inutilizar a su marido—; yo la defenderé a usted. Yo no olvido ni a mis amigos ni a mis enemigos.

Llamó, mandó abrir las cortinas, y la luz entró a torrentes; pidió su pupitre, y la camarera se lo trajo. La marquesa emborronó rápidamente un billetito.

—Que Godard monte a caballo y lleve estas líneas a la Cancillería —dijo a su camarera—; y que no espere contestación.

La camarera salió precipitadamente, y, a pesar de la orden, permaneció algunos momentos junto a la puerta.

—¿Hay, pues, grandes misterios? —preguntó la señora de Espard—. Cuénteme usted eso, querida. ¿En este asunto no está enredada Clotilde de Grandlieu?

—La señora marquesa lo sabrá todo por Su Grandeza, pues mi marido nada me ha dicho; únicamente me ha advertido el peligro en que está. Nosotros preferiríamos que muriese la señora de Serizy a que quedase loca.

—¡Pobre mujer! —dijo la marquesa—, pero ¿no lo está ya?

Las mujeres del mundo, por sus cien modos de pronunciar la misma frase, revelan a los observadores perspicaces la extensión infinita de las variantes musicales. El alma se transparenta en la voz tan bien como en la mirada, revelándose en la luz y en el aire, elementos que actúan sobre los ojos y la laringe. En el acento de aquellas dos palabras: «¡Pobre mujer!», la marquesa dejó adivinar el contento del odio satisfecho, el placer del triunfo. ¡Ah! ¡Cuántas desventuras deseaba ella para la protectora de Luciano! La venganza que sobrevive a la muerte del ser odiado, que no está satisfecha jamás, inspira un horror sombrío. Y por esto la señora Camusot, aunque de condición áspera, rencorosa y enredadora, quedó aturdida. No supo qué contestar y se calló.

—Diana me ha dicho, en efecto, que Leontina había ido a la prisión —agregó la señora de Espard—. Esa querida duquesa anda desesperada con este lance, pues tiene la debilidad de querer mucho a la señora de Serizy; pero esto se explica: las dos han adorado casi simultáneamente a ese imbécil de Lucianito, y nada liga o desune mejor a dos mujeres que ser devotas del mismo altar. De aquí que esta querida amiga haya pasado ayer dos horas en el cuarto de Leontina. ¡Parece que la pobre condesa dice cosas espantosas! ¡Me han asegurado que es repugnante!… ¡Una

mujer de buen tono no debía ser víctima de semejantes accesos!… ¡Bah! Es una pasión puramente física… La duquesa ha venido a verme, pálida como una muerta; ¡se necesita valor! En este asunto hay detalles monstruosos…

—Mi marido se lo dirá todo al guardasellos para su justificación, pues querían salvar a Luciano, y él, señora marquesa, ha cumplido con su deber. Un juez de instrucción debe interrogar siempre a los procesados en secreto y en el tiempo marcado por la ley… Había que preguntarle algo a ese pobrecito desgraciado, que no comprendió que le interrogaban por mera fórmula, y en seguida empezó a declarar…

—¡Era un tonto y un impertinente! —dijo secamente la señora de Espard.

La mujer del juez guardó silencio al oír aquella sentencia.

—Si hemos sucumbido en la interdicción del señor Espard, la culpa no es de Camusot, me acordaré siempre… —agregó la marquesa después de una pausa—. Es Luciano y los señores de Serizy, Bauván y Granville los que nos han hecho naufragar. Con el tiempo, ¡Dios estará de mi parte! Toda esa gente será desgraciada. Esté usted tranquila, voy a enviar al caballero de Espard a casa del guardasellos para que éste se apresure a llamar al marido de usted, si es necesario…

—¡Ah, señora!…

—¡Oiga usted! —dijo la marquesa—, le prometo a usted la condecoración de la Legión de Honor inmediatamente, mañana… Será como un ostentoso testimonio de satisfacción por la conducta de usted en este asunto. ¡Sí, esto es un denuesto más para Luciano, algo que le llamará culpable! Los que se ahorcan por gusto son muy raros… ¡Vamos, adiós, querida!

Diez minutos después, la señora Camusot entraba en el dormitorio de la hermosa Diana de Maufrigneuse, que, habiéndose acostado a la una de la madrugada, aún no dormía a las nueve.

Por muy insensibles que sean las duquesas, esas mujeres de corazón de estuco no ven a una de sus amigas presa de la locura, sin que semejante espectáculo no les cause una impresión profunda.

Además, los lazos de Diana y de Luciano, aunque rotos dieciocho meses antes, habían dejado en el espíritu de la duquesa bastantes recuerdos para que la trágica muerte de aquel niño no le causase también un golpe terrible. Diana había visto durante toda la noche a aquel hermoso joven, tan encantador, tan poético y que sabía amar tan bien, ahorcado, según lo describía Leontina en sus accesos y con los gestos de la fiebre ardiente. Conservaba de Luciano cartas elocuentes y embriagadoras, comparables a las escritas por Mirabeau a Sofía; pero más literarias, más correctas, pues las cartas habían sido dictadas por la más violenta de las pasiones: la vanidad… Poseer a la más encantadora de las duquesas, verla cometiendo locuras por él, locuras secretas, se entiende, era una felicidad que trastornó la cabeza de Luciano. El orgullo del amante había inspirado perfectamente al poeta, y la duquesa conservaba aquellas cartas conmovedoras, como ciertos viejos tienen grabados obscenos, a causa de los elogios hiperbólicos tributados en loor de cuanto había de menos duquesa en ella.

—¡Y ha muerto en una innoble prisión! —decía Diana de Maufrigneuse estrujando las cartas con terror, cuando oyó que su camarera llamaba a la puerta de su habitación suavemente.

—La señora Camusot, para un negocio de la mayor gravedad que concierne a la señora duquesa —dijo la sirvienta.

Diana se irguió sobre sus piernas, asustada.

—¡Oh! —exclamó mirando a Amelia, que se había compuesto un semblante apropiado a las circunstancias—, ¡lo adivino todo! Se trata de mis cartas… ¡Ah, mis cartas… ah, mis cartas!…

Y cayó sobre un confidente. Entonces recordó que en el exceso de su pasión había contestado en el mismo tono a Luciano, había celebrado la poesía del hombre como éste cantaba las glorias de la mujer, y ¡con qué ditirambos!

—¡Ay de mí! Sí, señora, vengo a salvarle a usted más que la vida; se trata de su honor… Serénese usted, vístase usted; vamos a casa de la duquesa de Grandlieu, pues, afortunadamente para usted, usted no es la única comprometida.

—¡Pero Leontina, según me dijeron, quemó ayer en el Palacio cuantas

cartas encontraron en el domicilio de nuestro pobre Luciano!

—Pero, señora, Luciano era el *alter ego* de Jacobo Collín —gritó la mujer del juez—. Usted siempre olvida ese terrible compadrazgo que, ciertamente, es la causa única de la muerte de ese joven tan encantador y tan estimable… ¡Y ese Maquiavelo del presidio no ha perdido nunca la cabeza! El señor Camusot tiene la certidumbre de que ese monstruo ha puesto en lugar seguro las cartas más comprometedoras de las queridas de su…

—Su amigo —dijo la duquesa vivamente—. Tiene usted razón, queridita; debemos ponernos de acuerdo con los Grandlieu. En este negocio todos estamos interesados, y, muy afortunadamente, Serizy nos dará la mano…

El peligro extremo tiene, según se ha visto por las escenas de la Conserjería, un poder sobre el alma tan terrible como el ejercido sobre el cuerpo por los reactivos poderosos. Es una pila de Volta moral. Tal vez no esté lejos el día en que se conozca el modo que tiene el sentimiento de condenarse químicamente; es un fluido, quizás, semejante a la electricidad.

En la duquesa y en el presidiario se produjo el mismo fenómeno. Aquella mujer abatida, moribunda y que no había dormido; aquella duquesa a quien era tan difícil vestir, recuperó en el último trance la fuerza de una leona y la presencia de espíritu de un general en medio del fuego. Diana escogió por sí misma sus vestidos, e improvisó su tocado con la celeridad de una modistilla que se sirve a sí misma de doncella. Aquello fue tan maravilloso que la sirvienta permaneció un instante inmóvil sobre sus piernas, tan grande fue su sorpresa al ver a su ama en camisa, dejando ver, tal vez con gusto, a la esposa del juez, a través del claro velo del lienzo, un cuerpo blanco tan perfecto como el de la Venus de Canova. Era como una joya bajo su papel de seda. Diana había adivinado repentinamente dónde estaba su corsé modesto, ese corsé que se cierra por delante, y que ahorra a las mujeres presurosas la fatiga y el tiempo tan mal empleado del lazado. Ya había arreglado los encajes de la camisa y comprimido convenientemente las bellezas de su corpiño, cuando su camarera trajo una enagua y remató la operación trayendo un traje. Mientras Amelia, obedeciendo a un gesto de la camarera, abrochaba el traje por detrás y ayudaba a la duquesa, la sirvienta fue a buscar medias de hilo de Escocia, brodequines de terciopelo, un chal y un sombrero. Amelia y la doncella la calzaron cada cual una pierna.

—¡Es usted la mujer más hermosa que he visto! —dijo Amelia hábilmente, besando la rodilla fina y suave de Diana con un movimiento apasionado.

—La señora no tiene rival —dijo la camarera.

—Vamos, Josette, cállese usted —repuso la duquesa—. ¿Tiene usted un coche? —preguntó a la señora Camusot—. Vamos, queridita, por el camino hablaremos.

Y la duquesa bajó la amplia escalera del motel Cadiñán, corriendo y poniéndose los guantes, cosas nunca vistas.

—¡Al hotel Grandlieu, en seguida! —dijo a uno de sus criados haciéndole un gesto para que subiese detrás del coche.

El criado vaciló, porque aquel coche era un fiacre.

—¡Ah, señora duquesa, usted no me había dicho que ese joven poseía cartas de usted!… De lo contrario, Camusot hubiese procedido de bien distinto modo…

—La situación de Leontina me ha preocupado en términos, que lo he olvidado todo —repuso ella—. La pobre mujer estaba anteayer casi loca, imagine usted qué desorden debe haber causado en ella este fatal acontecimiento… ¡Ah! si usted supiese, chiquita, qué mañana tuvimos ayer… No, hay para renegar del amor. Ayer fuimos arrastradas las dos, Leontina y yo, por una espantosa vieja, una tendera de afeites, a esa hedionda y ensangrentada sentina que llaman la justicia, y yo la decía cuando íbamos al Palacio: «¿No hay para caer de rodillas y exclamar como la señora de Nucingen cuando yendo a Nápoles, sufrió una de esas horribles tempestades del Mediterráneo: ¡Dios mío, sálvame y no volveré más!?». Ciertamente, éstos serán dos días inolvidables de mi vida. ¡Qué estúpidos somos al escribir!… Pero, amamos… recibimos páginas que nos queman el corazón por los ojos, y todo arde… ¡y la prudencia desaparece, y respondemos!…

—¿Para qué responder, cuando se puede obrar? —dijo la señora Camusot.

—¡Es tan hermoso perderse!… —repuso orgullosamente la duquesa—. Es la voluptuosidad del alma.

—Las mujeres hermosas —repuso modestamente la señora Camusot—

son excusables, pues tienen muchas más ocasiones que nosotras para sucumbir.

La duquesa sonrió.

—Somos siempre muy generosas —repuso Diana de Maufrigneuse—. Yo haré como esa terrible señora de Espard.

—¿Y qué hace? —preguntó llena de curiosidad la mujer del juez.

—Ha escrito mil billetitos acaramelados…

—¡Cómo así! —exclamó la Camusot interrumpiendo a la duquesa.

—¡Pues bien, querida! No podría hallarse en ellos ninguna frase comprometedora…

—Usted sería incapaz de conservar esa frialdad, esa circunspección —repuso la señora Camusot—. Usted es mujer, usted es de esos ángeles que no saben resistir al diablo…

—Me he jurado a mí misma no volver a escribir. En toda mi vida únicamente he escrito a ese desventurado Luciano… ¡Sus cartas las conservaré hasta mi muerte!… Querida mía, son fuego, del cual solemos necesitar alguna vez…

—¡Si las hallasen! —murmuró la Camusot con un leve gesto pudibundo.

—¡Oh! yo diré que son las cartas de una novela empezada. ¡Porque yo lo he copiado todo, querida, y he quemado los originales!

—¡Oh, señora!, para recompensarme, déjeme usted leerlas.

—Tal vez —dijo la duquesa—; y entonces verá usted, querida mía, que a Leontina no la ha escrito nada semejante…

Esta última frase fue toda la mujer, la mujer de todos los tiempos y de todos los países.

Como la rana de la fábula de la Fontaine, la señora Camusot no cabía en su piel de alegría de entrar en casa de los Grandlieu acompañada de la hermosa Diana de Maufrigneuse. En aquella mañana iba a formar uno de

esos vínculos tan necesarios a la ambición. Y casi oía que la llamaban: La señora presidenta.

Experimentaba el placer inefable de triunfar de obstáculos inmensos, el principal de los cuales era la ineptitud de su marido, secreta aún, pero que ella conocía muy bien. ¡Hacer triunfar a un hombre mediocre! es para una mujer, como para los reyes, proporcionarse el placer que tanto seduce a los grandes actores, y que consiste en representar cien veces una mala obra. ¡Es la embriaguez del egoísmo! Son, finalmente, en cierto modo, las saturnales del poder. El poder sólo se demuestra a sí mismo su fuerza, por el extraño abuso de coronar cualquier absurdo con las palmas del éxito, e insultando así al genio, única fuerza que el poder absoluto imperial no puede alcanzar. La promoción del caballo de Calígula, esa farsa imperial ha tenido y tendrá siempre un gran número de representaciones.

En pocos minutos, Diana y Amelia pasaron del elegante desorden en que estaba el dormitorio de la hermosa Diana, a la corrección de un lujo grandioso y severo, en casa de la duquesa de Grandlieu.

Esta muy devota portuguesa se levantaba siempre a las ocho para ir a oír misa a la pequeña iglesia de Santa Valeria, sucursal de Santo Tomás de Aquino, situada entonces sobre la explanada de los Inválidos. Esta capilla, que luego han demolido, fue transportada a la calle de Bourgogne, mientras se construye la iglesia gótica, que, según dicen, será dedicada a Santa Clotilde.

A las primeras palabras que Diana de Maufrigneuse murmuró al oído de la duquesa de Grandlieu, la piadosa mujer fue a ver al señor de Grandlieu, a quien trajo en seguida. El duque lanzó sobre la señora Camusot una de esas miradas rápidas con las cuales los grandes señores analizan toda una existencia y a veces el alma. El tocado de Amelia ayudó poderosamente al duque a adivinar aquella vida burguesa, desde Alençon hasta Mantes, y de Mantes a París.

¡Ah! si la mujer del juez hubiese podido conocer este don de los duques, no hubiera soportado sonriendo aquella mirada, finamente irónica, de la cual sólo percibió la delicadeza. La ignorancia comparte los privilegios de la galantería.

—¡Es la señora Camusot, la hija de Thirión, uno de los ujieres del tribunal! —dijo la duquesa a su marido.

El duque saludó muy cortésmente, y su rostro perdió algo de su gravedad. El camarero del duque, a quien éste había llamado, se presentó.

—Vaya usted a la calle del Honorato-Chevalier, tome un coche. Cuando llegue usted, llamará a una puertecita, en el número 10. Dígale usted al criado que salga a abrirle, que le suplico a su amo que venga por aquí; tráigamele usted, si acaso este señor estuviera en su casa. Sírvase usted de mi nombre, que le bastará a allanar todas las dificultades. Procure usted no emplear en todo esto más de un cuarto de hora.

Otro camarero, el de la duquesa, apareció en cuanto salió el del duque.

—Vaya usted de mi parte a casa del duque de Chaulieu, y haga que le entreguen esta carta.

El duque entregó su carta plegada de cierto modo. Cuando aquellos dos íntimos amigos experimentaban la necesidad de verse en seguida, para cualquier asunto urgente y misterioso que no debía ser escrito, se advertían mutuamente de este modo.

Como se ve, en todas las esferas sociales las costumbres se parecen, y sólo difieren en las apariencias, los ademanes y las medias tintas. El gran mundo tiene su jerga: pero este *argot* se llama *estilo*.

—¿Está usted bien segura, señora, de la existencia de esas supuestas cartas escritas por la señorita Clotilde de Grandlieu a ese joven? —dijo el duque de Grandlieu. Y lanzó sobre la señora Camusot una mirada, como un marino echa su sonda.

—Yo no las he visto, pero lo supongo —repuso ella temblando.

—¡Mi hija no ha podido escribir nada que no sea confesable! —gritó la duquesa de Maufrigneuse.

—¡Pobre duquesa! —pensó Diana mirando al duque de Grandlieu de un modo que le hizo temblar.

—¿Qué crees tú, Dianita? —dijo el duque al oído de la duquesa de Maufrigneuse llevándola al hueco de una ventana.

—Clotilde está tan loca por Luciano, querido mío, que le había dado una

cita antes de su partida. A no ser por la pequeña Lenoncourt, probablemente se habría escapado con él a los bosques de Fontainebleau… ¡Yo sé que Luciano le escribía a Clotilde una cartas capaces de trastornar la cabeza de una santa!… Somos tres hijas de Eva envueltas por la serpiente de la correspondencia…

El duque y Diana dejaron la ventana para acercarse a la duquesa y a la señora Camusot, que conversaban en voz baja. Amelia, que en esto seguía los consejos de la duquesa de Maufrigneuse, se las echaba de devota para captarse el corazón de la orgullosa portuguesa.

—¡Estamos a merced de un innoble presidiario huido! —dijo el duque haciendo un ligero movimiento de hombros—. A esto conduce el recibir en su casa a gentes de las cuales no estamos muy seguros… Debemos, antes de admitir a nadie, conocer perfectamente su posición, su familia, todos sus antecedentes…

Esta frase compendia la moral de esta historia, desde el punto de vista aristocrático.

—Eso ya está hecho —dijo la duquesa de Maufrigneuse—. Procuremos salvar a la pobre señora de Serizy, Clotilde y yo…

—Por ahora tendremos que esperar a Enrique, a quien he mandado llamar; pero todo depende del personaje que Gentil ha ido a buscar, ¡Dios quiera que ese hombre esté en París! Señora —añadió dirigiéndose a la señora de Camusot— le agradezco que se haya acordado de nosotros…

Aquello era la despedida de la señora Camusot. La hija del ujier de los tribunales era lo bastante perspicaz para comprender al duque, y se levantó; pero la duquesa de Maufrigneuse, con aquella gracia adorable que la conquistaba tantas simpatías y tantas amistades, cogió a Amelia por la mano y la presentó de cierto modo al duque y a la duquesa.

—Por mi propia cuenta, y como si no se hubiese levantado al amanecer para salvarnos a todos, pídole a usted más de un recuerdo para mi querida señora Camusot. En primer lugar, me ha prestado servicios inolvidables; después, está completamente de nuestra parte, ella y su marido. He prometido influir para que asciendan a su Camusot, y ruego a ustedes que le protejan, antes que nada, por cariño hacia mí.

—No necesitaba usted de esta recomendación —dijo el duque a la señora Camusot—. Los Grandlieu recuerdan siempre los servicios que les han prestado. Dentro de poco tiempo, los parciales del rey tendrán ocasión de distinguirse, se les exigirá abnegación, y a vuestro marido lo colocaremos en la brecha…

La señora Camusot se marchó orgullosa, feliz y reventando de satisfacción. Regresó a su casa triunfante, admirándose y burlándose de la enemistad del procurador general. Y pensaba: ¡Si lográsemos hacer saltar al señor de Granville!…

Ya era tiempo de que la señora Camusot se retirase. El duque de Chaulieu, uno de los favoritos del rey, encontróse en la escalinata con aquella burguesa.

—Enrique —exclamó el duque de Grandlieu al oír anunciar a su amigo—, corre, te lo suplico, al castillo y procura ver al rey; he aquí de lo que se trata.

Y condujo al duque al hueco de la ventana en donde ya había conversado con la ligera y graciosa Diana.

De vez en cuando, el duque de Chaulieu miraba disimuladamente a la aturdida duquesa, quien, hablando y dejándose sermonear por la duquesa piadosa, respondía a las miradas del duque de Chaulieu.

—¡Querido niño —dijo al fin el duque de Grandlieu al concluir su parte—, sea usted, por tanto, juicioso! ¡Veamos! —añadió cogiendo las manos de Diana— guarde usted las apariencias, no se comprometa usted más… ¡no escriba usted nunca!… Las cartas, querida, han causado tantas desgracias particulares como calamidades públicas… Lo que podría perdonarse a una joven como Clotilde, que ama por primera vez, es inexcusable en…

—¡Un granadero que ha visto el fuego! —dijo la duquesa haciéndole al duque un gesto. La burleta y aquel movimiento fisonómico, dibujaron una sonrisa sobre los rostros compungidos de los dos duques y de la misma piadosa duquesa—. ¡Hace cuatro años que no escribo billetitos acaramelados!… ¿Nos hemos salvado? —preguntó Diana, que encubría sus ansiedades con aquellas puerilidades.

—¡Todavía no! —repuso el duque de Chaulieu—, pues usted no sabe cuán difícil es la ejecución de los actos arbitrarios. Esto, para un rey constitucional, es como una infidelidad para una mujer casada. Es su adulterio.

—¡Su pecado pequeño! —dijo el duque de Grandlieu.

—El fruto prohibido —agregó Diana sonriendo—. ¡Oh! cuánto desearía ser gobierno; porque yo no tengo ya de esa fruta; me la he comido toda.

—¡Oh, querida, querida!… —dijo la piadosa duquesa— va usted demasiado lejos.

Los dos duques, al oír que un coche se detenía al pie de la escalinata con ese estrépito que producen los caballos lanzados al galope, dejaron a las dos mujeres juntas, después de haberlas saludado, y fueron al despacho del duque de Grandlieu, en donde introdujeron al habitante de la calle Honoré-Chevalier, que no era otro que el jefe de policía del castillo, de la policía política, el oscuro y poderoso Corentín.

—Pase usted —dijo el duque de Grandlieu—, pase usted, señor de Saint-Denis.

Corentín, sorprendido de la memoria del duque, pasó el primero, después de haber saludado ceremoniosamente a los dos duques.

—Siempre es por el mismo personaje, o por causa suya, mi querido señor —dijo el duque de Grandlieu.

—Pero aquél ha muerto —dijo Corentín.

—Queda un compañero —apuntó el duque de Chaulieu—; un terrible compañero.

—¡El presidiario Jacobo Collín! —repuso Corentín.

—Habla, Fernando dijo el duque de Chaulieu al antiguo embajador.

—Ese miserable es de temer —continuó el duque de Grandlieu—, pues se ha apoderado, para poder tener en ellas un rescate, de las cartas que las señoras de Serizy y Maufrigneuse han escrito a ese Luciano Chardón, su criatura. Parece que ese joven tenía la costumbre de arrancar cartas

apasionadas a trueque de las suyas; pues la señorita de Grandlieu, según dicen, ha escrito algunas; por lo menos esto se teme y nada podemos saber; ella está viajando…

—Ese jovenzuelo —contestó Corentín— era incapaz de acaparar esas provisiones… ¡Ésa es una precaución adoptada por el abate Carlos Herrera!… —Corentín apoyó el codo sobre el brazo del sillón en que estaba sentado y apoyó su cabeza sobre la mano, reflexionando—. ¡Dinero!… ese hombre tiene más que nosotros —dijo—. Ester Gobseck le ha servido de cebo para pescar cerca de dos millones en esos estanques de monedas de oro llamados Nucingen… ¡Señores, otórguenme ustedes amplios poderes, en virtud de una ley cualquiera, y les libraré de ese hombre!…

—¿Y… las cartas? —preguntó el duque de Grandlieu a Corentín.

—Escuchadme, señores —dijo Corentín levantándose y mostrando su rostro de garduña en estado de ebullición.

Metió sus manos en los bolsillos de su pantalón de moletón negro. Este gran actor del drama histórico de nuestro tiempo, se había vestido únicamente su chaleco y su americana, y ni siquiera se quitó su pantalón de mañana, sabiendo cuánto agradecen los grandes la prontitud en determinados momentos. Luego empezó a pasearse familiarmente por el despacho, discutiendo en voz alta, como si estuviese solo.

—¡Es un presidiario! puede enviársele, sin proceso, al secreto, a Bicetre, sin comunicaciones posibles, y dejarle reventar allí… ¡Aunque él, previendo este caso, puede haber dado instrucciones a sus satélites!…

—Pero él ya estuvo en el secreto —dijo el duque de Grandlieu inmediatamente después de ser sorprendido en casa de esa muchacha.

—Pero ¿es que hay secretos para ese mozo? —repuso Corentín—. ¡Es tan inteligente como… como yo!

—¿Qué hacemos? —se dijeron con una mirada los dos duques.

—¡A ese granujón podemos volverle inmediatamente… a Rochefort, en donde morirá antes de dos meses!… ¡Oh, sin crimen! —dijo respondiendo a un gesto del duque de Grandlieu—. ¡Qué quiere usted! un presidiario no

resiste más de seis meses en un verano caluroso, cuando le obligan a trabajar realmente en medio de los miasmas del Charente, Pero esto sólo sirve si nuestro hombre no ha adoptado precauciones con sus cartas. Si este pillastre ha desconfiado de sus adversarios, lo cual es probable, conviene descubrir qué precauciones son ésas… Si el detentor de las cartas es pobre, es corruptible… Se trata, por tanto, de hacer charlar a Jacobo Collín; ¡qué duelo!… quedaré vencido. Lo mejor sería comprar esas cartas a trueque de otras cartas… cartas de gracia, y enviarme a este hombre a mi tienda. Jacobo Collín es el único hombre capaz de reemplazarme, ya que ese pobre Contensón y ese querido Peyrade, han muerto. Jacobo Collín me ha matado a esos dos incomparables espías como para procurarse un puesto. Ya ven ustedes, señores, que es preciso darme carta blanca. Jacobo Collín está en la Conserjería. Voy a ver al señor de Granville a su tribunal. Por tanto, envíenme ustedes allí alguna persona de su confianza; pues necesito, o bien una carta para el señor de Granville, que no sabe nada de mí, carta que, desde luego, entregaré al presidente del consejo, o un introductor muy influyente… Tienen ustedes media hora, pues necesito una media hora, próximamente, para vestirme, es decir, para convertirme en lo que debo ser ante los ojos del señor procurador general.

—Señor —dijo el duque de Chaulieu—, conozco la profunda habilidad de usted, y no le pido más que un sí o un no. ¿Responde usted del éxito?…

—Sí, con la omnipotencia y con vuestra palabra de no preguntarme jamás acerca de este asunto. Mi plan está formado.

Esta contestación siniestra produjo en los dos grandes señores un ligero estremecimiento.

—Ande usted, caballero —dijo el duque de Chaulieu—. Usted incluirá este negocio en el número de aquellos de que se halla encargado ordinariamente.

Corentín saludó a los dos encopetados señores y salió.

Enrique de Lenoncourt, para quien Fernando de Grandlieu había mandado enganchar un carruaje, se dirigió inmediatamente en busca del rey, a quien podía ver a todas horas en virtud de su cargo.

De este modo, los diversos intereses anudados juntos de las esferas alta y

baja de la sociedad, debían encontrarse todos en el tribunal del procurador general, conducidos hasta allí por la necesidad y representados por tres hombres: la justicia por el señor de Granville, la familia por Corentín, y ante este terrible adversario, Jacobo Collín, que simbolizaba el mal social en su salvaje energía.

¡Qué torneo el de la justicia y lo arbitrario, reunidos contra el presidiario y su astucia!… El presidiario, ese símbolo de la audacia que suprime el cálculo y la reflexión, para quien todos los medios son buenos, que no tiene la hipocresía del arbitrario, que personifica siniestramente el interés del estómago hambriento y la rápida y sangrienta protesta del hambre… ¿No era el ataque y la defensa, el robo y la propiedad, la terrible cuestión del estado social y del estado natural, evacuados en el más estrecho espacio posible? Era, en fin, una terrorífica imagen viviente de esos compromisos antisociales que forman los demasiado débiles representantes del poder con esos salvajes cabecillas.

Cuando anunciaron al señor Camusot al procurador general, éste hizo un gesto para que le dejasen entrar. El señor de Granville, que esperaba aquella visita, quiso conferenciar con el juez acerca del modo de terminar el asunto Luciano. La conclusión no podía ser aquella que él había encontrado la víspera, antes de la muerte del pobre poeta, de común acuerdo con Camusot.

—Sentémonos, señor Camusot —dijo el señor de Granville dejándose caer en su sillón.

El magistrado, solo ante el juez, dejó traslucir el abatimiento en que se encontraba. Camusot miró al señor de Granville y descubrió sobre aquel rostro tan firme una palidez casi lívida y un cansancio supremo, una postración completa que denotaban sufrimientos más crueles, tal vez, que el del condenado a muerte a quien el escribano anunció haber sido rechazado su poder en el tribunal de casación. Y, sin embargo, aquella lectura, en la jerga de la justicia, quiere decir: «Prepárese usted; han llegado sus últimos momentos».

—Ya volveré, señor conde —dijo Camusot—; aunque el asunto sea urgente…

—Quédese usted —repuso el procurador general con dignidad—. Los verdaderos magistrados, caballero, deben aceptar sus angustias y saber

ocultarlas. He hecho mal si usted ha descubierto en mí alguna turbación…

Camusot hizo un gesto.

—¡Dios quiera, señor Camusot, que usted ignore estas necesidades extremas de nuestra vida! ¡Hay para sucumbir! Acabo de pasar la noche junto a uno de mis más íntimos amigos; no tengo más que dos amigos, que son el conde Octavio de Bauván y el conde de Serizy. Hemos permanecido, el señor de Serizy, el conde Octavio y yo, desde las seis de la tarde de ayer hasta las seis de la mañana, yendo sucesivamente desde el salón a la cama de la señora de Serizy, y temiendo a cada momento encontrarla muerta o loca para siempre… Desplein, Bianchón, Sinard y dos enfermeros no han salido del cuarto. El conde adora a su mujer. Figúrese usted la noche que habré pasado entre una mujer loca de amor y mi amigo loco de desesperación. ¡Un hombre de Estado no se desespera como un imbécil! Serizy, sereno como en su asiento en el consejo de Estado, se retorcía sobre su sillón, procurando ofrecernos un semblante tranquilo. Y el sudor inundaba su frente abatida por tantos trabajos. He dormido desde las cinco a las siete y media, vencido por el sueño, y debía estar aquí a las ocho y media para ordenar una ejecución. Créame usted, señor Camusot, cuando un magistrado ha permanecido durante toda una noche entre dolores, sintiendo la mano de Dios gravitar sobre las cosas humanas, e hiriendo de lleno a corazones nobles, le es muy difícil sentarse ahí delante de su bufete, para decir fríamente: «¡Corte usted una cabeza a las cuatro! Aniquile usted a una criatura de Dios llena de vida, de fuerza, de salud». ¡Y no obstante, ése es mi deber!… Abrumado de dolor, debo dar orden para que levanten el patíbulo…

»El condenado ignora que el magistrado experimenta angustias iguales a las suyas. En ese momento, ligado el uno al otro por una hoja de papel, siendo yo la sociedad que se venga, él el crimen que se expía, representamos las dos fases de un mismo deber, dos existencias cosidas durante un momento por la cuchilla de ley. Esos dolores tan profundos del magistrado, ¿quién los deplora, quién los consuela? ¿Consiste nuestra gloria en enterrarlos en el fondo de nuestros corazones?… El clérigo, con su existencia consagrada a Dios, el soldado y sus mil muertes ofrecidas al país, me parecen más felices que el magistrado con sus dudas, sus temores y su terrible responsabilidad.

»¿Usted sabe a quién se va a ejecutar? —continuó el procurador general—. A un joven de veintisiete años, hermoso como nuestro muerto

de ayer, rubio como él, y cuya cabeza hemos obtenido contra lo que esperábamos; pues únicamente había en contra suya pruebas de ser encubridor. ¡Al ser condenado, ese muchacho nada ha confesado! Desde hace setenta días resiste a toda clase de pruebas, diciendo siempre que es inocente. ¡Hace dos meses que tengo dos cabezas sobre los hombros! ¡Oh! pagaría su confesión con un año de mi vida, pues conviene tranquilizar a los jurados. Imagínese usted el golpe que recibiría la justicia si cualquier día se descubriese que el crimen por el cual va a morir fue cometido por otro.

»¡En París todo adquiere una gravedad terrible, y los más pequeños incidentes judiciales se convierten en políticos!

»El jurado, esa institución que los legisladores revolucionarios creyeron tan fuerte, es un elemento de ruina social, porque no llena su misión y no protege bastante a la sociedad. El jurado juega con sus funciones. Los jurados se dividen en dos bandos, uno de los cuales abomina de la pena de muerte, y de esto resulta un desquiciamiento total de la igualdad ante la ley. Un crimen horrible cualquiera, el parricidio, obtiene en un departamento un veredicto de inculpabilidad, mientras que en otro, un crimen ordinario, por decirlo así, es castigado con la muerte… ¿Qué sucedería si en nuestra jurisdicción, en París, se ejecutase a un inocente?».

—Es un presidiario huido —apuntó tímidamente el señor Camusot.

—¡Que se convertiría, entre las manos de la oposición y de la prensa, en un cordero pascual! —gritó el señor de Granville—. Y la oposición no tendría más que halagarle, porque es un corso fanático por las ideas de su país; sus asesinatos son resultados de la *vendetta*… En esa isla, uno mata a su enemigo y se cree y le creen muy buena persona… ¡Ah! ¡Los verdaderos magistrados son muy desgraciados! Ya ve usted, debían vivir separados de toda sociedad como en otro tiempo los pontífices. El mundo sólo les vería al salir de sus celdas a horas fijas, graves, viejos, venerables, juzgando según lo hacían los grandes sacerdotes en las sociedades antiguas, los cuales reunían en sí mismos el poder judicial y el poder sacerdotal. Únicamente podrían vernos en nuestros puestos… ¡mientras hoy nos ven sufriendo o divirtiéndonos como los demás!… Nos ven en los salones, en familia, ciudadanos, teniendo pasiones, y podemos ser grotescos en lugar de ser terribles…

Este grito supremo, hiperbolizado con momentos de silencio y con interjecciones y acompañado de gestos que le infundían una elocuencia que se traduce al papel muy difícilmente, calofrió a Camusot.

—Yo, señor —dijo Camusot—, también comencé ayer el aprendizaje de los sufrimientos de nuestro estado. Poco faltó para que la muerte de ese joven me matase; el desgraciado no conoció mi parcialidad y se ha perdido a sí mismo…

—¡Eh! pues entonces no debían haberle interrogado —exclamó el señor de Granville—. ¡Es tan fácil prestar un servicio absteniéndose!…

—¿Y la ley? —replicó Camusot—. ¡Él estaba detenido desde hacía dos días! …

—El mal está hecho —repuso el procurador general—. Yo he compuesto lo mejor posible aquello que, ciertamente, es irreparable. Mi coche y mi servidumbre han ido al cortejo de ese pobre y débil poeta. Serizy ha hecho como yo, y mucho más puesto que acepta el cargo que le dio ese desventurado joven, siendo su ejecutor testamentario. Gracias a esta promesa, ha obtenido de su mujer una mirada en que brillaba un destello de buen sentido. Finalmente, el conde Octavio asiste a los funerales en persona.

—Pues bien, señor conde —dijo Camusot—, ¡acabemos nuestra obra! Aún nos resta un procesado bien peligroso, que es, usted lo sabe tan bien como yo, Jacobo Collín. Este miserable será reconocido por lo que es.

—¡Estamos perdidos! —exclamó el señor de Granville.

—En este momento se halla acompañando a vuestro condenado a muerte, que antaño fue en el presidio para él lo que Luciano era en París… ¡su protegido! Bibi-Lupín se ha disfrazado de gendarme para asistir a la entrevista.

—¿Por qué interviene en eso la policía judicial? —dijo el procurador general—. Nada debe hacerse sin orden mía.

—Toda la Conserjería sabrá que Jacobo Collín es nuestro… Pues bien, yo vengo a decirle a usted que ese grande y atrevido criminal debe de poseer las cartas más peligrosas de la correspondencia de la señora de Serizy, de

la duquesa de Maufrigneuse y de la señorita Clotilde de Grandlieu.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó el señor de Granville, dejando reflejar en su semblante una dolorosa sorpresa.

—Juzgue usted, señor conde, si tengo razón para temer esta desgracia. Cuando yo deshice el paquete de cartas encontradas en casa de ese infortunado joven, Jacobo Collín arrojó sobre ellas una mirada incisiva y dejó escapar una sonrisa de satisfacción acerca de cuyo significado un juez de instrucción no podía equivocarse. Un criminal tan redomado, como Jacobo Collín, se guarda mucho de descubrir tales armas. ¿Qué dice usted de esos documentos puestos entre las manos de un defensor que el granujón escogerá entre los enemigos del gobierno y de la aristocracia? Mi mujer, a quien la señora de Maufrigneuse dispensa atenciones, ha ido a prevenir a ésta, y en este momento deben estar conferenciando en casa de los Grandlieu.

—¡El proceso de ese hombre es imposible! —exclamó el procurador general levantándose y recorriendo su despacho a largas zancadas— porque esas pruebas las habrá escondido en lugar seguro…

—Yo sé dónde —dijo Camusot.

Con esta sola palabra el juez de instrucción desvaneció todas las prevenciones que el procurador general había formado contra él.

—¡Veamos! —dijo el señor de Granville sentándose.

—Viniendo desde mi casa a Palacio, he reflexionado minuciosamente en este desesperante asunto. Jacobo Collín tiene una tía, una tía natural y no artificial, una mujer acerca de la cual la policía política ha hecho pasar una nota a la prefectura. Él es el discípulo y el dios de esa mujer, hermana de su padre; ella se llama Jacoba Collín. Esta buena pieza tiene un establecimiento de modas, y, merced a las relaciones que ha adquirido por el comercio, conoce muchos secretos de familia. Si Jacobo Collín ha confiado el cuidado de sus papeles salvadores para él a alguien, es a esa mujer: no pasemos de aquí…

El procurador general lanzó sobre Camusot una mirada penetrante que quería decir: «Este hombre no es tan tonto como yo creía ayer: solamente que aún es joven y no sabe manejar las riendas de la justicia».

—Pero —prosiguió Camusot— para triunfar, hay que modificar todas las medidas que habíamos tomado ayer, y venía a recibir vuestros consejos, vuestras órdenes…

El procurador general cogió una plegadera y empezó a golpear suavemente el borde de la mesa, con uno de esos gestos comunes a todos los pensadores cuando se entregan completamente a la reflexión.

—¡Tres familias ilustres en peligro!… —exclamó—. ¡No hay que dar ni un solo paso en vago!… Tiene usted razón; antes de nada, sigamos el axioma de Fouché: *¡Detengámonos!* Hay que incomunicar inmediatamente a Jacobo Collín.

—¡De este modo le declaramos presidiario! Es perder la memoria de Luciano…

—¡Qué espantoso enredo! —dijo el señor de Granville—. Todo es peligro.

En aquel momento entró el director de la Conserjería, pero no sin antes haber llamado; pues un despacho como el del procurador general está tan bien guardado, que a su puerta sólo pueden llamar los familiares del Tribunal.

—Señor conde —dijo el señor Gault—, el detenido que lleva el nombre de Carlos Herrera desea hablar con usted.

—¿Ha hablado con alguien? —preguntó el procurador general.

—Con los detenidos, pues se halla en el patio desde las siete y media aproximadamente. Ha visto al condenado a muerte, que parece haber *conversado* con él.

El señor de Granville, en virtud de una palabra del señor Camusot, que fue para él como un rayo de luz, vislumbró todo el partido que podría sacarse para obtener la devolución de las cartas, de una confesión de la intimidad de Jacobo Collín con Teodoro Calví. El procurador general, muy contento de tener un pretexto a que asirse para aplazar la ejecución, hizo un gesto al señor Gault para que se acercase.

—Mi intención —díjole— es diferir la ejecución hasta mañana; pero que en la Conserjería no sospechen este aplazamiento. ¡Silencio absoluto! Que el

ejecutor parezca ir a inspeccionar los aprestos. Envíeme usted aquí, bien custodiado, a ese cura español a quien ya ha reclamado la Embajada española. Los gendarmes conducirán al señor Carlos por vuestra escalera de comunicación para que no pueda ver a nadie. Advierta usted a esos hombres, a fin de que haya dos para sujetarle, cada uno por un brazo, y que no lo dejen hasta la puerta de mi despacho. ¿Está usted bien seguro, señor Gault, que ese peligroso extranjero no ha podido hablar más que con los reclusos?

—¡Ah! en el momento en que salía del cuarto del sentenciado a muerte, llegó una señora que deseaba verle…

Aquí, los dos magistrados cambiaron una mirada, ¡y qué mirada!

—¿Qué señora? —dijo Camusot.

—Una de sus penitentes… una marquesa —repuso el señor Gault.

—¡Peor que peor! —exclamó el señor de Granville mirando a Camusot.

—Les ha dado jaqueca a los gendarmes y a los celadores —repuso el señor Gault desconcertado.

—Nada es ajeno a vuestras funciones —dijo severamente el procurador general—. La Conserjería no se halla amurallada, como lo está, porque sí. ¿Cómo ha entrado esa señora?

—Con un permiso en regla, señor —repuso el director—. Esa señora, perfectamente bien vestida, acompañada de un cazador y de un lacayo, y con gran tren, ha venido a ver a su confesor antes de concurrir al entierro de ese desgraciado joven que ha mandado usted sacar…

—Tráigame usted el permiso de la prefectura —dijo el señor de Granville.

—Está expedido bajo la recomendación de Su Excelencia el conde de Serizy.

—¿Cómo era esa mujer? —interrogó el procurador general.

—Por su porte parecía una mujer de alto rango.

—¿Le vio usted el rostro?

—Llevaba un velo negro.

—¿Qué han hablado?

—Pero una devota con un libro de oraciones ¿de que podía hablar?… Ha pedido la bendición del abate, se ha arrodillado…

—¿Han conversado durante mucho tiempo? —preguntó el juez.

—Ni cinco minutos; pero ninguno de nosotros les ha comprendido: según parece, hablaron español.

—Díganoslo usted todo, señor —repuso el procurador general—; lo repito, el detalle más insignificante es para nosotros de capital interés. ¡Que esto le sirva a usted de norma!

—Ella lloraba, señor.

—¿Lloraba realmente?

—No hemos podido verlo, porque se recataba el rostro tras del pañuelo. Ha dejado trescientos francos en oro para los presos.

—¡No es ella! —exclamó Camusot.

—Bibi-Lupín —agregó el señor Gault —exclamó: *Es una ladrona*.

—Pues ése lo entiende —dijo el señor de Granville—. Lance usted su orden —añadió mirando a Camusot—, y en seguida el secuestro en casa de ella, por todas partes… Pero ¿cómo habrá obtenido la recomendación del señor de Serizy?… Tráigame usted el permiso de la prefectura… ¡vaya usted, señor Gault!… Envíeme usted en seguida a ese abate. Mientras le tengamos ahí, el peligro no se habrá agravado. Y en dos horas de conversación, ya se recorre bastante camino en el alma de un hombre.

—Sobre todo un procurador general como usted —dijo galantemente Camusot.

—Seremos dos repuso con amabilidad el procurador general. Y tornó a abismarse en sus reflexiones.

—Debían establecer en todos los locutorios de las prisiones una plaza de

celador, que sería concedida, pero con buen sueldo y como retiro, a los más hábiles y más abnegados agentes de policía —añadió después de una larga pausa—. Bibi-Lupín debería acabar sus días ahí. Así tendríamos un ojo y un oído en un lugar que requiere una vigilancia más hábil que la que ahora tienen. El señor Gault no ha podido decirnos nada decisivo.

—¡Está tan ocupado! —dijo Camusot—; pero entre los secretos y nosotros media una laguna que no debía existir. Para venir de la Conserjería a nuestros despachos se atraviesan corredores, patios, escaleras. El cuidado de nuestros agentes no es perenne, mientras el procesado medita continuamente en su causa.

—Según me han dicho, había una señora que abordó a Jacobo Collín cuando salió del secreto para ser interrogado. Esa mujer llegó hasta el cuarto de los gendarmes, en lo alto de la escalerilla de la Ratonera; los ujieres me lo han dicho, y a propósito de ello he reprendido a los gendarmes.

—¡Oh! Era menester reconstruir el palacio de nuevo —dijo el señor de Granville—; ¡pero eso supone un gasto de veinte a treinta millones!… Vaya usted a pedirles a las Cámaras treinta millones para beneficio de la justicia.

Se oyeron pasos de varias personas y crujido de armas. Debía ser Jacobo Collín.

El procurador general puso sobre su rostro una máscara de gravedad, bajo la cual el hombre desapareció. Camusot imitó al jefe del Tribunal.

En efecto, el ordenanza del despacho abrió la puerta y apareció Jacobo Collín, sereno y sin demostrar ninguna sorpresa.

—Ha querido usted hablarme —dijo el magistrado—; le escucho a usted.

—Señor conde, yo soy Jacobo Collín; ¡me rindo!…

Camusot tembló, el procurador general permaneció tranquilo.

—Usted comprenderá que tengo motivos para proceder así —prosiguió Jacobo Collín, cohibiendo a los dos magistrados con una mirada burlona—. Debo de molestarles a ustedes enormemente, pues conservándome cura español, tienen ustedes que conducirme por la

gendarmería hasta la frontera de Bayona, y allí, bayonetas españolas les desembarazarían de mí…

Los dos magistrados permanecieron impasibles y silenciosos.

—Señor conde —agregó el forzado—, las razones que me obligaban a obrar así son aún más fuertes que éstas, aunque me sean muy personales; pero no puedo decirlas más que a usted… Si usted tuviese miedo…

—Miedo, ¿de quién?, ¿de qué?… —dijo el conde de Granville.

La actitud, la fisonomía, la posición de la cabeza, el gesto, la mirada, hicieron entonces de aquel gran procurador general una imagen viviente de la magistratura, que debe ofrecer los ejemplos más hermosos de valor cívico. En aquel rápido momento, estuvo a la altura de los viejos magistrados del antiguo parlamento, en tiempo de las guerras civiles, en que los presidentes se encontraban con la muerte cara a cara y permanecían como las estatuas que les han erigido.

—Pues miedo de estar con un presidiario fugitivo.

—Déjenos usted, señor Camusot —dijo vivamente el procurador general.

—Quería proponerles a ustedes que ordenasen atarme las manos y los pies —repuso fríamente Jacobo Collín, envolviendo a los dos magistrados en una mirada formidable.

Después de una pausa, añadió gravemente:

—Señor conde, usted sólo tenía mi estima; pero desde este momento tiene usted mi admiración…

—¿Se cree usted, por tanto, temible? —preguntó el magistrado con acento despreciativo.

—¡Creerme temible! —dijo el forzado—; ¿y con qué fin? Lo soy, y lo sé.

Jacobo Collín cogió una silla y se sentó con el desembarazo de un hombre que se reconoce a la altura de su adversario en una conversación en que trata de potencia a potencia.

En aquel momento el señor Camusot, que se hallaba en el dintel de la puerta que iba a cerrar, volvió, acercóse al señor de Granville y entrególe, doblados, dos papeles…

—Vea usted —dijo el juez al procurador general, indicándole uno de los papeles.

—Vuelva usted a llamar al señor Gault —gritó el conde de Granville en cuanto hubo leído el nombre de la doncella de la marquesa de Maufrigneuse, que le era conocido.

El director de la Conserjería entró.

—Descríbanos usted —le dijo al oído el procurador general— la mujer que ha venido a ver al preso.

—Pequeña, fuerte, gruesa, rechoncha —repuso el señor Gault.

—La persona para quien ha sido otorgado el permiso es alta y delgada —dijo el señor de Granville—. ¿Qué edad representaba?

—Sesenta años.

—¿Se trata de mí, señores? —dijo Jacobo Collín—. Veamos —prosiguió con aire ingenuo—, no busquen ustedes. Esa persona es mi tía, una tía verosímil, una mujer, una vieja. Puedo ahorrarles a ustedes muchos enredos… Ustedes no podrán encontrar a mi tía, si yo no quiero. Si andamos chapoteando así, no avanzaremos mucho.

—Señor abate, no hable usted más el francés en español —dijo el señor Gault—; eso ya para nada sirve.

—¡Por qué las cosas están bastante revueltas, mi querido señor Gault! —repuso Jacobo Collín con una sonrisa amarga y llamando al director por su nombre.

En aquel momento, el señor Gault se abalanzó sobre el procurador general y le dijo al oído:

—¡Tenga usted cuidado, señor conde; este hombre está furioso!…

El señor de Granville miró lentamente a Jacobo Collín y le encontró

tranquilo; pero bien pronto reconoció la certidumbre de lo que el director le decía. Aquella actitud engañadora disimulaba la fría y terrible irritación nerviosa del salvaje. Los ojos de Jacobo Collín ocultaban una erupción volcánica, sus puños estaban crispados. Tenía algo del tigre que se encoge para brincar sobre una presa.

—Déjennos ustedes —dijo con aire grave el procurador general dirigiéndose al director de la Conserjería y al juez.

—¡Ha hecho usted bien despidiendo al asesino de Luciano! —dijo Jacobo Collín sin preocuparse de que Camusot pudiese o no oírle—; yo no podía más; iba a estrangularle.

Y el señor de Granville se estremeció. Nunca había visto tanta sangre en los ojos de un hombre, tanta palidez en las mejillas, tanto sudor en la frente, ni una contracción semejante de músculos.

—¿Para qué le hubiese servido a usted ese asesinato? —preguntó tranquilamente el procurador general al criminal.

—Usted venga todos los días, o cree vengar, a la sociedad, señor, ¡y me pregunta usted la razón de mi venganza!… Usted, por lo visto, no ha sentido jamás en sus venas las oleadas de la venganza… Ignora usted, pues, que es ese juez imbécil quien nos le ha matado; ¡porque usted amaba a mi Luciano, y él le quería a usted! Le conozco a usted perfectamente, señor. Ese querido niño me lo refería todo por la noche, cuando volvía; yo le acostaba, cómo una criada acuesta a su chiquillo, y le movía a confesarlo todo… Me lo confiaba todo, hasta sus menores sensaciones… ¡Ah! Nunca una buena madre ha querido más tiernamente a su hijo único de lo que yo quería a ese ángel. ¡Si usted lo supiera! El bien nacía en aquel corazón, como las flores brotan en las paredes. Era débil, he ahí su defecto único; débil como la cuerda de la lira, tan fuerte cuando se estira… Es de los temperamentos más excelentes; su debilidad es, simultáneamente, la ternura, la admiración, la facultad de emborracharse bajo el sol del arte, del amor, de lo bello que Dios hizo, para el hombre, bajo mil formas… En fin, Luciano era una mujer incompleta. ¡Ah!, ¡qué no le habría yo dicho a la bestia bruta que acaba de salir!… ¡Ah! señor, yo he hecho, en mi esfera de acusado, delante del juez, lo que Dios hubiera hecho por salvar a su hijo, si queriendo salvarle, le hubiese acompañado delante de Pilatos…

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos, claros y glaucos, del presidiario, que momentos antes llameaban como los de un lobo hambriento por seis meses de nieves pasados en plena Ucrania. Luego continuó:

—Ese mochuelo no ha querido fijarse en nada, y ha perdido al niño… Señor, yo he regado el cadáver del pequeñuelo con mis lágrimas, rogando a *aquél que yo no conozco*, y que está sobre nosotros. ¡Yo, que no creo en Dios!… (Si yo no fuese materialista no sería como soy…) ¡Se lo he dicho a usted todo ahí, en una palabra! Usted no sabe, ningún hombre sabe, lo que es el dolor; yo únicamente lo conozco. El fuego del dolor absorbía tan bien mis lágrimas, que esta noche no he podido llorar. Ahora lloro, porque siento que usted me comprende. Hace un momento que le he visto a usted ahí, convertido en justicia… ¡Ah, señor! que Dios (¡empiezo a creer en Él!), que Dios le preserve a usted de ser como yo… Ese juez sagrado me ha robado el alma. ¡Señor, señor, en este momento entierran mi vida, mi belleza, mi virtud, mi conciencia, toda mi fuerza!… Imagínese usted un perro a quien un químico sustrae la sangre… Pues, ¡eso es! yo soy ese perro… He aquí por qué he venido a decirle a usted: «¡Soy Jacobo Collín!; me rindo…». Esta mañana, cuando vinieron a arrancarme ese cuerpo que he besado como un insensato, como una madre, como la Virgen debió besar a Jesús en el sepulcro, había resuelto ponerme incondicionalmente al servicio de la justicia… Ahora debo hacerlo, y va usted a saber la causa…

—¿Habla usted al señor de Granville, o al procurador general? —dijo el magistrado.

Aquellos dos hombres, el *crimen* y la *justicia*, se miraron. El presidiario había conmovido intensamente al magistrado, que se sintió poseído de una divina piedad por aquel desgraciado, cuya vida y sentimientos había adivinado. En fin, el magistrado (un magistrado es siempre un magistrado) que desconocía la conducta de Jacobo Collín desde su evasión, pensó que podría dominar a aquel criminal, culpable, después de todo, únicamente de falsificador. Y quiso proceder generosamente con aquella naturaleza compuesta, como el bronce, de diversos metales, de bien y de mal. Además, el señor de Granville, que había llegado a los cincuenta y tres años sin haber podido inspirar nunca amor, admiraba a las naturalezas tiernas, como todos los hombres que no han sido amados. Tal vez esta desesperación, premio de muchos hombres a quienes las mujeres no conceden ni su estimación ni su amistad, era el lazo secreto de

la profunda intimidad de los señores Bauván, Granville y de Serizy; pues una misma desgracia, así como una felicidad mutua, pone a las almas al unísono.

—¡Usted tiene un porvenir!… —dijo el procurador general lanzando una mirada de inquisidor sobre aquel facineroso abatido.

El hombre hizo un gesto, con el cual expresó la más profunda indiferencia hacia sí mismo.

—Luciano deja un testamento, por el cual lega a usted trescientos mil francos…

—¡Pobre, pobre pequeño!, ¡pobre pequeño! —exclamó Jacobo Collín—, ¡siempre *demasiado* honrado! ¡Yo era, yo, todos los sentimientos malos; él era, él, el bueno, el noble, el hermoso, el sublime!… ¡Almas tan admirables como ésa no se pervierten! ¡Y de mí sólo había cogido mi dinero, señor!

Aquel abandono profundo, entero, de la personalidad que el magistrado no podía reanimar, probaba tan bien las terribles palabras de aquel hombre, que el señor de Granville se puso de parte del criminal. ¡Quedaba el procurador general!

—Si nada le interesa a usted ya —preguntó el señor de Granville—, ¿qué ha venido usted a decirme?

—¿No es bastante ya el entregarme? ¡Usted *ardía*, usted no me tenía aún… y estaba usted muy preocupado conmigo!

—¡Qué adversario! —pensó el procurador general.

—Usted, señor procurador general, va hacerle cortar el cuello a un inocente, y yo he hallado al culpable —repuso gravemente Jacobo Collín, secando sus lágrimas—. Yo no estoy aquí por ellos, sino por usted. Vengo a quitarle a usted un remordimiento, pues amo a todos aquellos que demostraron un interés hacia Luciano, así como mi odio perseguirá a todos aquellos o aquellas que le impidieron seguir viviendo… ¿Qué me importa a mí un presidiario? —añadió después de una breve pausa—. Un presidiario, a mis ojos, es apenas lo que una hormiga a los de usted. Soy como los bandoleros de Italia, hombres altivos; tanto, que si el viajero les devuelve algo más que el precio de un tiro, le tumban muerto. Yo sólo he

pensado en usted. Yo he confesado a ese joven que sólo podía confiarse a mí: ¡es mi compañero de cadena! Teodoro es un buen temperamento; ha creído hacerle merced a una querida encargándose de vender o de empeñar algunos objetos robados; pero en lo concerniente a ese asunto de Nanterre, no es más criminal que usted. Es un corso, y en sus costumbres está el vengarse, el matarse unos a otros como moscas. En Italia y en España no se conoce el respeto de la vida del hombre, y es natural. Nos creen provistos de un alma, de algo, una imagen que nos sobrevive, que vivirá eternamente. ¡Váyales usted a nuestros analíticos con esa pampirolada! Los países ateos o filosóficos son los que hacen pagar cara la vida humana a aquellos que la turban; y tienen razón, puesto que sólo crecen en la materia, en el presente… Si Calví le hubiese explicado a usted de quién proceden los objetos robados, hubiese usted encontrado, no al verdadero culpable, puesto que éste está entre vuestras garras, sino un cómplice que el pobre Teodoro no quiere perder, porque es una mujer… ¡Qué quiere usted! cada estado tiene su punto de honor; el presidio y los granujas tienen el suyo. Ahora yo conozco al asesino de esas dos mujeres y a los autores de ese golpe atrevido, singular, extraño: me lo han referido con todos sus detalles. Suspenda usted la ejecución de Calví, lo sabrá usted todo; pero déme usted su palabra de conmutar su pena y de volverle al presidio… Dado el dolor que sufro, ya comprenderá usted que nadie se tomaría el trabajo de mentir. Lo que le digo a usted es verdad…

—Con usted, Jacobo Collín, aunque esto sea rebajar la justicia, que no puede acceder a tales compromisos, creo poder dispensarme del rigor de mis funciones y declinarlas en quien le corresponda.

—¿Me concede usted esa vida?

—Tal vez…

—Caballero, le suplico a usted que me dé su palabra, eso me bastará.

El señor de Granville hizo un gesto de orgullo herido.

—Poseo el honor de tres grandes familias, y usted sólo tiene la vida de tres presidiarios —añadió Jacobo Collín—; soy más fuerte que usted.

—¿Puede usted ser incomunicado?, ¿qué haría usted?… —preguntó el procurador general.

—¿Cómo, estamos jugando? —dijo Jacobo Collín—. ¡Yo estaba hablando a la buena de Dios!… Yo hablaba al señor de Granville; pero si el procurador general está ahí, yo recojo velas, y pecho al agua. ¡Y yo que, si usted me hubiese dado su palabra, le hubiera entregado las cartas que escribió a Luciano la señorita Clotilde de Grandlieu…

Esto fue dicho con un acento, una sangre fría y una mirada, que revelaron al señor de Granville un adversario con quien era peligroso cometer el más ligero desliz.

—¿Eso es todo lo que usted me pide? —dijo el procurador general.

—Voy a hablarle a usted por mí —dijo Jacobo Collín—. El honor de la familia Grandlieu paga la conmutación de la pena de Teodoro: eso es dar mucho y recibir poco. ¿Qué es un presidiario condenado a cadena perpetua?… ¡Si se escapa, puede usted deshacerse de él tan fácilmente! ¡Es una letra de cambio contra la guillotina! Solamente, como le encerraron en Rochefort, con poco caritativas intenciones, usted me prometerá remitirle a Tolón, recomendando que lo traten bien. Ahora, yo quiero también algo: tengo las cartas de la señora de Serizy y las de la duquesa de Maufrigneuse, y ¡qué cartas!… Ya ve usted, señor conde: las mujeres públicas ponen, escribiendo, estilo y buenos sentimientos; pues bien, las grandes señoronas, que todo el día alardean de tener estilo y buenos sentimientos, escriben como las prostitutas obran. Los filósofos encontrarán la causa de esta inversión de términos; yo no tengo empeño en hallarla. La mujer es un ser inferior, que obedece demasiado a sus órganos. Para mí, la mujer sólo es bella cuando se parece al hombre… Por eso estas duquesitas, que tienen cerebros viriles, han escrito obras maestras… ¡Oh! es algo hermoso y sin desperdicios como la célebre oda de Pirón.

—¿De veras?

—¿Quiere usted verlas?… —dijo Jacobo Collín sonriendo.

El magistrado se sintió avergonzado.

—Puedo hacer leérselas a usted; pero ahí, nada de farsa. ¿Jugamos francamente?… Usted me devolverá las cartas, y prohibirá que espíen, que sigan y que miren a la persona que va a traerlas.

—¿Tardaremos mucho en eso? —dijo el procurador general.

—No, son las nueve y media… —repuso Jacobo Collín mirando al reloj—; pues bien, dentro de cuatro minutos tendremos una carta de cada una de esas dos señoras; y, después de leerlas, mandará usted quitar la guillotina… Si eso no fuese lo que es, no me vería usted tan tranquilo. Además, esas señoras están advertidas…

El señor de Granville hizo un gesto de sorpresa.

—En este momento, las dos deben de estar dándose bastante prisa; van a poner en campaña al guardasellos, ¡quién sabe si van hasta el rey!… Veamos, ¿me da usted palabra de no reconocer al que venga, y de no seguirle ni hacer que le sigan durante una hora?

—¡Se lo prometo a usted!

—Bien; usted no querrá engañar a un presidiario escapado. Usted es de la madera de que están hechos los Turenas, y sostiene la palabra que da a un ladrón… Pues bien, en la sala de los Pasos Perdidos hay, en este momento, una mendiga harapienta, una vieja, en medio de la misma sala. Debe estar hablando con uno de los escribientes públicos de algún proceso de pared medianera; envíe usted a su escribiente a buscarla, diciéndola: *Dabor ti mandana*. Ella vendrá… ¡Pero no sea usted cruel, inútilmente!… O usted acepta mis proposiciones, o usted no quiere comprometerse con un presidiario… ¡Fíjese usted en que yo soy un falsificador!… Pues bien, no deje usted a Calví en esas horribles agonías del tocado…

—La ejecución ya está suspendida… No quiero —dijo el señor de Granville a Jacobo Collín— que la justicia esté debajo de usted…

Jacobo Collín miró al procurador general con un cierto aire de sorpresa, y le vio tirar del cordón de una campanilla.

—¿Quiere usted no escaparse? Déme usted su palabra; con ella me contento. Vaya usted a buscar a esa mujer…

El escribiente apareció.

—Félix, despida usted a los gendarmes… —dijo el señor de Granville.

Jacobo Collín quedó vencido. En aquel duelo con el magistrado, él quería ser el más grande, el más fuerte, el más generoso, y el magistrado le aplastaba. Sin embargo, el presidiario se reconoció muy superior en cuanto inclinaba la justicia a su arbitrio persuadiéndola de que el culpable era inocente, y disputándole victoriosamente una cabeza; pero aquella superioridad debía ser sorda, secreta, mientras la *Cigüeña* le humillaba en pleno sol y majestuosamente.

En el momento en que Jacobo Collín salía del despacho del señor de Granville, el secretario general de la presidencia del consejo, un diputado y el conde de Lupeaulx se presentaban acompañados de un viejecillo anquilosado. Este personaje, envuelto en un traje de dulleta, como si el invierno durase aún; con los cabellos empolvados y el semblante descolorido y frío caminaba como un gotoso, poco seguro de sus pies hinchados por zapatos de cuero de Orleans, apoyado sobre un bastón con puño de oro, la cabeza descubierta, el sombrero en la mano, el ojal adornado con un botoncillo de siete cruces.

—¿Qué hay, querido Lupeaulx? —preguntó el procurador general.

—El príncipe me envía —murmuró al oído del señor de Granville—. Tiene usted carta blanca para retirar las cartas de las señoras Serizy y Maufrigneuse, y las de la señorita Clotilde de Grandlieu. Puede usted entenderse con este señor…

—¿Quién es? —preguntó el procurador general al oído de Lupeaulx.

—Yo no tengo secretos para usted, mi querido procurador general; es el famoso Corentín. Su Majestad me encarga decirle que le explique todos los pormenores de este asunto y las condiciones del lance.

—Hágame usted el favor —repuso el procurador general al oído de Lupeaulx— de decirle que todo ha concluido, y que no he necesitado de este señor —agregó, indicando a Corentín—. Yo iré a recibir órdenes de Su Majestad en cuanto a la conclusión de este negocio, que corresponderá al guardasellos, pues hay que conceder dos perdones.

—Ha obrado usted muy discretamente procediendo con esa delantera —dijo Lupeaulx, dándole al procurador general un apretón de manos—. El rey no quiere, antes de acometer una gran empresa, ver a los pares y a

grandes familias, emplebeyecidas, manchadas… Eso ya no es un vil proceso criminal, es un negocio de estado…

—¡Pero, dígale usted al príncipe, que cuando usted vino todo estaba terminado!

—¿De veras?

—Así lo creo.

—Entonces, querido mío, usted será guardasellos cuando el guardasellos actual sea canciller…

—¡No tengo ambición!… —repuso el procurador general.

Lupeaulx salió sonriendo.

—Ruegue usted al príncipe que solicite del rey diez minutos de audiencia para mí, a eso de las diez y media —agregó el señor de Granville mientras acompañaba al conde de Lupeaulx.

—¡Y no es usted ambicioso! —dijo Lupeaulx lanzando sobre el señor de Granville una mirada penetrante—. Vamos, usted tiene dos hijos, usted quiere ser, por lo menos, par de Francia…

—Si el señor procurador tiene las cartas, mi intervención es inútil —indicó Corentín al encontrarse a solas con el señor de Granville, que le examinaba con una curiosidad muy comprensible.

—Un hombre como usted no sobra nunca en un asunto tan delicado —repuso el procurador conociendo que Corentín lo había visto o lo había comprendido todo.

Corentín saludó con una leve inclinación de cabeza casi protectora.

—¿Conoce usted, caballero, al personaje de quien se trata?

—Sí, señor conde, es Jacobo Collín, el jefe de la sociedad de los Diez-Mil, el banquero de los tres presidios, un forzado que desde hace cinco años, ha sabido ocultarse bajo la sotana del abate Carlos Herrera. ¿Cómo ha sido investido de una misión del rey de España para el difunto rey? Aquí todos nos perdemos inquiriendo la verdad de este asunto. Espero una

respuesta de Madrid, a donde he enviado notas y un hombre. Ese presidiario tiene el secreto de dos reyes…

—¡Es un hombre vigorosamente templado! Sólo podemos elegir entre dos caminos: o atraérnosle, o deshacernos de él —dijo el procurador general.

—Hemos tenido la misma idea, y esto es un gran honor para mí —repuso Corentín—. Estoy constreñido a tener tantas ideas y para todo el mundo, que entre tantas he de coincidir alguna vez con un hombre de ingenio.

Esto fue recitado tan secamente y con un tono tan glacial, que el procurador general guardó silencio y se puso a despachar algunos negocios urgentes.

Cuando Jacobo Collín apareció en la sala de los Pasos Perdidos, nadie puede imaginarse la sorpresa que experimentó la señorita Jacobina Collín. Permaneció apoyada sobre sus piernas, con las manos en las caderas, pues estaba disfrazada de vendedora. Por muy acostumbrada que estuviese a las hazañas de su sobrino, aquélla sobrepujaba a todas.

—¡Hola! Si continúas mirándome como si fuese un gabinete de historia natural —dijo Jacobo Collín cogiendo del brazo a su tía y llevándola fuera de la sala de Pasos Perdidos—, nos tomarán por dos curiosidades, nos detendrían tal vez, y perderíamos tiempo.

Y bajó la escalera de la galería Marchande, que conduce a la calle de Barillerie.

—¿Dónde está Paccard?

—Me espera en casa de la *Roja* y se pasea por el muelle de las flores.

—¿Y Prudencia?

—Está en su casa, como mi ahijada.

—Vamos allá…

—Mira a ver si nos siguen.

La *Roja*, quincallera, establecida en el muelle de las Flores, era viuda de un célebre asesino, un *Diez Mil*. En 1819, Jacobo Collín había entregado

fielmente a esta mujer veinte mil y pico de francos de parte de su amante, antes de la ejecución. Únicamente Burla-la-Muerte conocía la intimidad de aquella joven, modista entonces, con su *fanandel*.

—Yo soy el *dab* de tu hombre —había dicho el pensionario de la señora Vauquer a la modista, a quien hizo ir al Jardín de Plantas—. A ti, chiquita, ha debido hablarte de mí. ¡El que me traiciona, muere en el año! Quien me sea fiel no debe temer nada de mí. Yo soy *amigo* que moriría sin decir una palabra que comprometiese a aquellos a quienes quiero bien. Sé mía, como un alma es del diablo, y ya te alegrarás. Le he prometido que serías feliz a tu pobre Augusto, que quería tenerte en la opulencia, y se ha dejado *guadañar* por causa tuya. No llores. Óyeme: nadie en el mundo, más que yo, sabe que tú eras la querida de un presidiario, de un asesino a quien han *soterrado* el sábado; nunca diré nada de esto. Tú tienes veintidós años, eres bonita y con un capital de veintiséis mil francos; olvida a Augusto, cásate, y, si puedes, hazte mujer honrada. A trueque de esta tranquilidad, pido que me sirvas a mí y a mis recomendados, pero sin vacilación. Jamás te exigiré nada comprometedor, ni para ti, ni para tus hijos, ni para tu marido, si tienes alguno, ni para tu familia. A menudo, en la profesión que ejerzo, necesito un refugio seguro para hablar, para esconderme. Necesito una mujer discreta para llevar una carta o encargarse de una comisión. Tú serás uno de mis buzones, una de mis porterías, una de mis emisarias; ni más, ni menos. Tú eres muy rubia; Augusto y yo te llamábamos la *Roja*, y conservarás ese nombre. Mi tía, la Vendedora del Temple, con quien te pondré en relaciones, será la única persona del mundo a quien deberás obedecer; dile todo cuanto te suceda; ella te casará, te será muy útil.

Así fue como se rubricó uno de esos pactos diabólicos del género de aquel que, durante tanto tiempo, le había ligado a Prudencia Servién, y que este hombre ponía buen cuidado en robustecer; pues tenía, como el demonio, la pasión del reclutamiento.

Jacobina Collín había casado a la Roja con el empleado de un rico quincallero al por mayor, hacia el año 1821. Este empleado primero, habiéndose encargado de la casa de comercio de su patrón, se hallaba a la sazón en vías de prosperar, padre de dos niños y emparentado con el alcalde de su distrito. Nunca la Roja, convertida en señora Prelard, había tenido el menor motivo de queja, ni contra Jacobo Collín ni contra su tía; pero cada vez que le pedían algún favor, la señora Prelard temblaba de

pies a cabeza. De aquí que palideciese hasta la lividez al ver entrar en su tienda a estos dos terribles personajes.

—Tenemos que hablar con usted de negocios, señora —dijo Jacobo Collín.

—Mi marido está ahí —repuso ella.

—¡Bueno!… Por ahora no la necesitamos a usted absolutamente; yo, a las personas no las molesto inútilmente.

—Mande usted a buscar un coche, chiquita —dijo Jacobina Collín—, y dígale usted a mi ahijada que baje; deseo colocarla de doncella en casa de una gran señora, y el intendente de la casa quiere recibirla.

Paccard, que parecía un gendarme vestido de paisano, hablaba en aquel momento con el señor Prelard de una importante fornitura de hilo de hierro para el puente.

Un dependiente fue a buscar un coche y algunos momentos después, Europa, o —para obligarle a renunciar al nombre con que había servido a Ester-Prudencia Servién, Paccard, Jacobo Collín y su tía estaban, con gran regocijo de la Roja, reunidos en un fiacre, a quien Burla-la-Muerte dio orden de ir a la barrera de Ivry.

Prudencia Servién y Paccard temblaban delante del *dab*, cual si fuesen espíritus culpables en presencia de Dios.

—¿Dónde están los setecientos *cincuenta* mil francos? —preguntó el *dab*, abismando en ellos una de esas miradas fijas y claras que tanto turbaban la sangre de aquellos espíritus precitos, cuando habían caído en falta, que sentían sobre su cabeza que los cabellos se convertían en agujas.

—Los setecientos *treinta* mil francos —repuso Jacobina Collín a su sobrino—, están en lugar seguro; los he remitido esta mañana a la Romette, en un paquete lacrado…

—Si no se los hubiese usted devuelto a Jacobina —dijo Burla-la-Muerte—, iba usted derecha ahí… —añadió indicando la plaza de la Greve, delante de la cual estaba el coche.

Prudencia Servién hizo, según costumbre de su país, el signo de la cruz, como si hubiese visto caer un rayo.

—La perdono a usted —prosiguió el *dab*— a condición de que no volverá usted a cometer faltas parecidas, y que siempre será usted para mí lo que son estos dos dedos de la mano derecha —dijo mostrando el índice y el dedo mayor—, pues el pulgar es esta buena *larga*… —Y golpeó sobre el hombro de su tía—. Óigame usted. Para siempre tú, Paccard, no tendrás nada que temer, y puedes vivir a tu antojo en *Pantín*. Te permito que te cases con Prudencia.

Paccard cogió la mano de Jacobo Collín y la besó respetuosamente.

—¿Qué habré de hacer? —preguntó.

—Nada, y tendrás rentas y mujeres, sin contar la tuya, porque eres *muy Regencia*, mi viejo. ¡Ahí tienes lo que es ser demasiado guapo!…

Paccard enrojeció ante aquel elogio burlón de su sultán.

—Tú, Prudencia —prosiguió Jacobo Collín—, necesitas una carrera, un estado, un porvenir, y continuar a mi servicio. Óyeme bien. Hay en la calle Santa Bárbara una muy buena casa, propiedad de esa señora San Esteban, cuyo nombre emplea mi tía algunas veces… Es una buena casa, con mucha parroquia, que produce anualmente de quince a veinte mil francos. La San Esteban tiene en este establecimiento a…

—La Gonora —dijo Jacobo.

—La *larga* de ese pobre La Pouraille —dijo Paccard—. Ahí fue en donde me refugié con Europa el día en que murió aquella pobre señora Van Gobseck, nuestra ama…

—Pero ¿aquí se charla cuando yo hablo? —dijo Jacobo Collín.

El silencio más profundo reinó en el fiacre, y ni Prudencia ni Paccard se atrevieron ya a mirarse.

—De suerte que la casa está a cargo de la Gonora —repuso Jacobo Collín—. Si tú has ido a esconderte allí con Prudencia, veo, Paccard, que tienes sobrado ingenio para *burlar a la policía*, pero no eres bastante para hacer ver colores a la gente —dijo acariciando la barba de su tía—. Esto no marcha mal. Vais a volver a casa de la Gonora… Prosigo: Jacobina va a negociar con la señora Nourrisón el asunto de la adquisición de su

establecimiento de la calle de Santa Bárbara, y tú podrás hacer allí fortuna si tienes juicio, hijita —dijo mirando a Prudencia—. ¡Abadesa a tu edad!, ¡ni una princesa podría aspirar a más! —añadió con mordacidad.

Prudencia se abrazó a Burla-la-Muerte; pero, dándole un golpe seco que denotaba su fuerza extraordinaria, el hombre la rechazó tan vivamente, que, a no ser por Paccard, la joven se hubiera roto la cabeza contra el vidrio del fiacre.

—¡Quietas las patitas! ¡No me gustan los mimos! —dijo secamente el *dab* .— Eso es una falta de respeto.

—Tiene razón, hijita —dijo Paccard—, mira, es como si el hombre te diese cien mil francos. La tienda vale eso. Está en el bulevar, enfrente del Gimnasio. Hay allí como provecho la salida del teatro.

—Haré más, compraré también la casa —dijo Burla-la-Muerte.

—Y henos millonarios en seis años —exclamó Paccard.

Cansado ya de verse interrumpido, le dio a Paccard una terrible patada en la canilla; pero Paccard tenía nervios de caucho y huesos de hojalata.

—Basta, *dab*, guardaré silencio —respondió.

—¿Creéis que digo cosas necias? —repuso Burla-la-Muerte, que notó entonces que Paccard había bebido unas copas de más—. ¡Escuchad! Hay en la bodega de la casa doscientos cincuenta mil francos en oro…

En el fiacre volvió a reinar el silencio más profundo.

—Ese oro está en un terreno de naturaleza durísima… Hay que extraer esa suma, y sólo disponéis de tres noches para lograrlo. Jacobina os ayudará… Cien mil francos servirán para pagar el establecimiento, cincuenta mil para la compra de la casa, y el resto lo dejaréis…

—¿Dónde? —preguntó Paccard.

—¿En la bodega? —preguntó Prudencia.

—¡Silencio! —dijo Jacobina.

—Sí; pero, para la trasmisión de esta carga, hay que contar con el beneplácito de la *comparsa* (policía) —objetó Paccard.

—Se tendrá —dijo secamente Burla-la-Muerte—. ¿Quién te mete a ti en esto?

Jacobina miró a su sobrino y no pudo menos de impresionarse al notar la alteración de aquella cara a través de la máscara impasible bajo la cual ocultaba generalmente sus emociones aquel hombre tan fuerte.

—Hija mía —dijo Jacobo Collín a Prudencia Servién—, mi tía va a entregarte los setecientos cincuenta mil francos.

—Setecientos treinta —dijo Paccard.

—Bueno, eso, setecientos treinta —repitió Jacobo Collín—. Esta noche conviene que vuelvas con un pretexto cualquiera, a casa de la señora Lucién. Subirás por la claraboya al tejado, descenderás por la chimenea al cuarto de tu difunta ama y colocarás en el colchón de su cama el paquete que ella había hecho.

—¿Y por qué no por la puerta? —preguntó Prudencia Servién.

—¡Imbécil!, ¡si está sellada! —respondió Jacobo Collín—. Se hará el inventario dentro de unos días, y vosotros seréis inocentes del robo.

—¡Viva el *dab*! —exclamó Paccard—. ¡Ah!, ¡qué bondad!

—Cochero, pare —gritó Jacobo Collín con su potente voz.

El fiacre se hallaba ante la parada del Jardín de Plantas.

—Largaos, hijos míos —dijo Jacobo Collín—, y no hagáis tonterías. Hallaos esta tarde en el Puente de las Artes, a las cinco, y allí os dirá mi tía si no hay contraorden. Hay que preverlo todo —le dijo en voz baja a su tía—. Jacobina os explicará mañana cómo debéis hacer para extraer sin peligro el oro de lo más *profundo*. Es una operación *delicadísima*.

Prudencia y Paccard se apearon en la acera, felices como ladrones perdonados.

—¡Ah!, ¡qué buen hombre es el *dab*! —dijo Paccard.

—Sería el rey de los hombres, si no fuese tan despreciativo con las mujeres.

—¡Oh!, ¡es muy amable! —exclamó Paccard—. ¡No viste qué puntapié me arrimó! Merecíamos ser enviados a la tumba, porque en definitiva nosotros le hemos puesto en ese apuro.

—¡Con tal que no nos cuelgue algún crimen para mandarnos a la horca!

—¡Él! Si tuviese ese capricho, nos lo diría. ¡Tú no lo conoces!… ¡Qué linda suerte te prepara! Henos ya burgueses. ¡Qué suerte! ¡Oh! cuando ese hombre le quiere a uno, no hay quien iguale su bondad.

—Hermosa mía —dijo Jacobo Collín a su tía—, encárgate de la Gonora, hay que adormecerla; dentro de cinco días será detenida y se hallarán en su cuarto ciento cincuenta mil francos en oro que quedarán, de otra parte, en el asesinato de los viejos Crotat, padres del notario.

—Tendrá para cinco años de presidio —dijo Jacobina.

—Aproximadamente —respondió Jacobo Collín—. Ése puede ser un motivo para que la Nourrisón se deshaga de su casa; no puede estar al frente de ella en persona, y no se halla siempre quien inspire confianza para ponerle en su lugar. Tú podrás arreglar muy bien este asunto. Tendremos allí un *ojo*. Pero estas operaciones, las tres están subordinadas a la negociación que acabo de entablar relativa a nuestras cartas. Así, pues, descósete la falda y dame las muestras de las mercancías. ¿Dónde están los tres paquetes?

—¡Caramba! en casa de la Roja.

—Cochero —gritó Jacobo Collín—, volved al palacio de Justicia, y a escape… He prometido celeridad, y media hora de ausencia es demasiado. Quédate en casa de la Roja, y da los paquetes sellados al dependiente que vaya a preguntar por la señora *de* Saint-Steve. El *de* servirá de contraseña y deberá decirte: *Señora, vengo de parte del señor fiscal para lo que usted sabe*. Plántate delante de la puerta de la Roja mirando lo que pasa en el mercado de las Flores, a fin de no llamar la atención de Prelard. Tan pronto como hayas dejado las cartas, puedes hacer obrar a Paccard y a Prudencia.

—Te adivino —dijo Jacobina—, quieres reemplazara Bibi-Lupín. ¡La muerte de ese muchacho te ha trastornado el seso!

—¡Y Teodoro, a quien le iban a cortar el pelo para guillotinarlo hoy a las cuatro! —exclamó Jacobo Collín.

—En fin, ¡es un capricho! Acabaremos siendo gente honrada y burguesa, viviendo en alguna hermosa propiedad, bajo un clima hermoso, en Turena.

—¿Qué se ha de hacer? Luciano se ha llevado mi alma, toda mi vida feliz; me quedan aún treinta años de aburrimiento y me falta valor. En lugar de ser el *dab* de presidio, seré el Fígaro de la justicia, y vengaré a Luciano. Únicamente en la entraña de la policía es donde puedo aniquilar a Corentín con toda seguridad. Todavía será vivir eso de tener que comerse un hombre. Las posiciones que se ocupan en el mundo no son más que apariencias; la realidad ¡es la idea! —añadió golpeándose la frente—. ¿Qué tienes ahora en nuestro tesoro?

—Nada —dijo la tía, asustada del acento y de los ademanes de su sobrino—. Te lo di todo para tu pequeño. La Romette no tiene más allá de veinte mil francos para su comercio. Se lo tomé todo también a la Nourrisón, que tenía unos sesenta mil francos suyos. ¡Ah! dormimos con sábanas que no se han lavado desde hace un año. El pequeño devoró los *fondos* del hampa, nuestro tesoro y todo lo que poseía la Nourrisón.

—¿Lo cual sumaba…?

—Quinientos sesenta mil francos.

—Tenemos ciento cincuenta en oro, que nos deberán Paccard y Prudencia. Voy a decirte dónde tomar doscientos más… El resto vendrá de la herencia de Ester. Hay que recompensar a la Nourrisón. Con Teodoro, Paccard, Prudencia, la Nourrisón y tú, pronto habré formado el batallón que necesito… Escucha que nos acercamos.

—He aquí las tres cartas —dijo Jacobina, que acababa de dar el último tijeretazo al forro de su falda.

—Bueno —respondió Jacobo Collín, recibiendo los tres preciosos autógrafos—; tres papeles perfumados aún. Teodoro dio el golpe de Nanterre.

—¡Ah!, ¡es él!

—Calla, que el tiempo es precioso… Ha querido dar el picotazo a un pajarillo de Córcega llamado Gineta… Vas a empleara la Nourrisón en hallarla, y yo enviaré los informes necesarios mediante una carta que te entregará Gault. Dentro de dos horas debes venir a la prisión de la Conserjería. Se trata de soltar a esa niña en casa de una planchadora, la hermana de Godet, y que se enseñoree de ella… Godet y Rufard son cómplices de La Pouraille en el robo y el asesinato cometido en casa de los Crotat. Los cuatrocientos cincuenta mil francos están intactos: una tercera parte en la bodega de la Gonora, es la parte de La Pouraille; la otra tercera parte del cuarto de la Gonora, es la de Rufard; la última está escondida en casa de la hermana Godet. Empezaremos por tomar ciento cincuenta mil francos del *fondo* de La Pouraille, cien del de Godet y cien del de Rufard. Una vez que Rufard y Godet estén *enjaulados*, serán ellos los que habrán echado mano de lo que falta de su *fondo*. Yo les haré creer, a Godet, que hemos apartado cien mil francos para él y a Rufard y a La Pouraille, que la Gonora les ha salvado eso… ¡Prudencia y Paccard van a trabajar en casa de la Gonora! Tú y Gineta, que me parece ser una pájara de cuenta, maniobraréis en casa de la hermana de Godet. Para estrenarme en lo cómico, voy a proporcionar a la *Cigüeña* cuatrocientos mil francos del robo Crotat, y los culpables. ¡Así nos buscamos un refugio y nos hallamos metidos en la policía! Eramos las piezas y nos hemos convertido en los cazadores; esto es todo. Dale tres francos al cochero.

El fiacre estaba ante el Palacio de la Audiencia. Jacobina, estupefacta, pagó. Burla-la-Muerte subió la escalera para ir a la casa del fiscal.

Un cambio total de vida es una crisis tan violenta que, a pesar de su decisión, Jacobo Collín subía lentamente los peldaños de la escalera que de la calle de la Barillerie conduce a la galería donde se halla la sombría entrada de las salas. Un asunto político era causa de una especie de aglomeración al pie de la doble escalera que conduce a la sala de audiencias, de modo que el forzado, sumido en sus reflexiones, se vio un buen rato detenido por la multitud. A la izquierda de esta doble escalera se halla, como un enorme pilar, uno de los contrafuertes del Palacio, y en aquella masa se ve una puertecita. Esta puertecita da a una escalera de caracol que sirve de comunicación con la Conserjería. Por aquí es por donde pueden ir y venir el fiscal, el director de la Conserjería, los presidentes de sala, los abogados y el jefe de policía de seguridad. Por

una rama de esta escalera, condenada hoy, fue por donde la reina de Francia, María Antonieta, era conducida ante el tribunal revolucionario constituido en la gran sala de las solemnes audiencias del tribunal de casación.

Al ver aquella espantosa escalera, el corazón se contrae cuando uno piensa que la hija de María Teresa, cuya comitiva, tocado y vestuario llenaban la gran escalinata de Versalles, pasaba por allí… Tal vez expiaba el crimen de su madre, el de Polonia, horriblemente despedazada. Evidentemente, los soberanos que cometen semejantes crímenes, no piensan en el castigo que suele imponer la Providencia.

En el momento en que Jacobo Collín entraba por la bóveda de la escalera, para trasladarse a casa del fiscal, Bibi-Lupín salió por aquella puerta oculta en el muro.

El jefe de la policía de seguridad volvía de la Conserjería y se trasladaba también al despacho del señor de Granville. Ya se comprenderá cuán grande sería el asombro de Bibi-Lupín al ver delante de sí la levita de Carlos Herrera, que tanto había estudiado por la mañana. Corrió para alcanzarlo, y Jacobo Collín se volvió. Los dos enemigos se hallaron cara a cara. Uno y otro se detuvieron, y las mismas miradas salieron de aquellos ojos, tan diferentes, cual dos disparos que se hacen a un tiempo en un duelo.

—Esta vez no te me escapas ¡bandido! —dijo el jefe de policía de seguridad.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Jacobo Collín con ironía.

Le pasó por la mente la idea de que el señor de Granville le había hecho seguir, y, ¡cosa rara! sintió pena al saber que aquel hombre era menos grande de lo que él creía.

Bibi-Lupín saltó valerosamente al cuello de Jacobo Collín, que, con la mirada fija en su adversario, le dio un golpe y lo tiró patas arriba a tres pasos de distancia; luego, Burla-la-Muerte se acercó pausadamente a Bibi-Lupín y le tendió la mano para ayudarle a levantarse enteramente, lo mismo que un boxeador inglés, que, seguro de su fuerza, ansia reanudar la lucha. Bibi-Lupín era demasiado listo para ponerse a gritar; pero se levantó, corrió a la entrada del pasillo e hizo seña a un gendarme de que

se colocase allí. Después, con la rapidez del rayo, volvió hacia su enemigo, que le dejaba obrar tranquilamente. Jacobo Collín había tomado su partido:

—O el fiscal ha faltado a su palabra, o no ha puesto en el secreto a Bibi-Lupín, y en ese caso, conviene aclarar mi situación.

—¿Quieres detenerme? —preguntó Jacobo Collín a su enemigo—. Dilo sin rodeos. ¿Acaso no sé yo que aquí, en el interior de la *Cigüeña*, eres más fuerte que yo? Te mataría cuerpo a cuerpo; pero no voy a comerme a los gendarmes y a la tropa. No llamemos la atención. ¿Adónde quieres llevarme?

—Al despacho del señor Camusot.

—Vamos al despacho del señor Camusot —respondió Jacobo Collín—. ¿Y por qué no vamos al del fiscal general? Está más cerca —añadió.

Bibi-Lupín, que ya sabía que no disponía de favor en las elevadas regiones del poder judicial, porque se sospechaba que había hecho fortuna a expensas de los criminales y de sus víctimas, sintió satisfacción ante la idea de presentarse allí con tan importante captura.

—Vamos allá —dijo—, eso me satisface. Pero ya que te rindes déjame acomodarte, porque temo a tus garras.

Y sacó unas esposas del bolsillo.

Jacobo Collín tendió las manos, y Bibi-Lupín le agarrotó los pulgares.

—¡Ah! ya que eres tan buen muchacho —repuso—, dime cómo has salido de la Conserjería.

—Pues por donde tú has salido; por la escalerilla.

—¿Les has jugado una nueva pasada a los gendarmes?

—No. El señor de Granville me dejó en libertad bajo palabra.

—¿Bromeas?

—¡Vas a ver! Tal vez sea a ti a quien pongan las esposas.

En este mismo momento, Corentín le decía al fiscal general:

—Pues bien, señor, hace una hora justa que ha salido nuestro hombre; ¿no teme que se haya burlado de usted? Tal vez esté camino de España, donde no lo hallaremos ya, pues la España es un país extravagante.

—O yo no entiendo de hombres, o volverá; todos sus intereses le obligan a ello; tiene que recibir más de lo que da…

En este momento se presentó Bibi-Lupín.

—Señor conde —dijo—, tengo que daros una buena noticia: Jacobo Collín, que se había escapado, ha sido aprehendido de nuevo.

—¡Vaya un modo de cumplir la palabra! —exclamó Jacobo Collín dirigiéndose al señor de Granville—. Preguntad a vuestro agente de doble cara dónde me ha hallado.

—¿Dónde? —preguntó el fiscal.

—A dos pasos de la sala, bajo la bóveda —respondió Bibi-Lupín.

—Quítele a ese hombre las esposas —dijo severamente el señor de Granville a Bibi-Lupín—. Y sabed que mientras que yo no os ordene que se le detenga otra vez, debéis dejar a ese hombre libre… ¡Salid!… Estáis acostumbrado a proceder y obrar como si vos sólo fueseis la justicia y la policía.

Y el fiscal volvió la espalda al jefe de policía de seguridad, que se puso lívido, especialmente al notar la mirada de Jacobo Collín, que le anunciaba su caída.

—No he salido de mi despacho, os esperaba, y no dudéis que cumplí mi palabra como vos cumplisteis la vuestra —dijo el señor de Granville a Jacobo Collín.

—Señor, en el primer momento dudé de usted, y tal vez en mi lugar hubieseis pensado como yo; pero la reflexión me ha demostrado que era injusto. Os traigo más de lo que me dais, y no tenéis interés en engañarme.

El magistrado cambió de pronto una mirada con Corentín. Esta mirada,

que no pudo pasar desapercibida para Burla-la-Muerte, cuya atención estaba fija en el señor de Granville, le hizo ver al extraño viejecillo sentado en un sofá del rincón. Acto continuo, advertido por ese instinto vivo y rápido que denuncia la presencia de un enemigo, Jacobo Collín examinó a aquel personaje; a la primera mirada vio que los ojos no tenían la edad que acusaba el traje, y reconoció en él un disfraz. En un segundo, Jacobo Collín tomó la revancha sobre Corentín por la rapidez de observación con que Corentín lo había desenmascarado en casa de Peyrade.

—¡No estamos solos! —dijo Jacobo Collín al señor de Granville.

—No —respondió secamente el fiscal.

—Yo creo —dijo el forzado— que este señor es un gran conocido mío.

Y dio un paso y reconoció a Corentín el autor real de la caída de Luciano. Jacobo Collín, cuyo rostro tenía una rubicundez extraordinaria, se puso pálido y casi blanco; toda su sangre refluyó al corazón; tan ardiente fue su deseo de saltar sobre aquella bestia feroz y aplastarla; pero comprimió este deseo brutal con aquella fuerza que tan terrible le hacía. Afectó un aire amable, el tono de obsequiosa cortesía que empleaba desde que desempeñaba el papel eclesiástico, y saludó al viejecillo.

—Señor Corentín —dijo—, ¿debo a la casualidad el placer de hallaros, o tendré la felicidad de ser yo objeto de vuestra visita a la audiencia?

El asombro del fiscal llegó al colmo, y no pudo menos de examinar a aquellos dos hombres cara a cara. Los movimientos de Jacobo Collín y el acento con que pronunció estas palabras, denotaban una crisis, y sintió curiosidad por penetrar sus causas. Ante aquel rápido y milagroso reconocimiento de su persona, Corentín se levantó como la serpiente que siente un pisotón en la cola.

—Sí, soy yo, mi querido abate Carlos Herrera.

—¿Venís —le preguntó Burla-la-Muerte— a interponeros entre el señor fiscal y mi persona? ¿Tendría yo la suerte de ser objeto de estas negociaciones en que brillan sus talentos? Mirad, señor —dijo el forzado volviéndose hacia el fiscal—, para no haceros perder momentos preciosos, leed, he aquí la muestra de mis mercancías.

Y tendió al señor de Granville las tres cartas que sacó del bolsillo de su levita.

—Mientras que os enteráis, yo hablaré con el señor, si me lo permitís.

—Gran honor para mí —dijo Corentín estremeciéndose involuntariamente.

—Señor, habéis obtenido un éxito completo en nuestro asunto —dijo Jacobo Collín—. He sido vencido —añadió con indiferencia, como el jugador que ha perdido su fortuna—; pero habéis dejado algunos hombres en tierra. Es una victoria costosa.

—Sí —respondió Corentín aceptando la broma—, si vos perdisteis la reina, yo he perdido las dos torres.

—¡Oh! Contensón era un peón nada más —repuso burlonamente Jacobo Collín—. Eso se reemplaza. Sois (y permitidme que os haga este elogio cara a cara), a fe, un hombre prodigioso.

—No, no, me inclino ante vuestra superioridad —contestó Corentín, que afectó un aire burlón—. ¡Oh! yo dispongo de todo, mientras que vos estáis, por decirlo así, solo.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Jacobo Collín.

—Y habéis estado a punto de vencer —dijo Corentín—. Sois el hombre más extraordinario que he hallado en mi vida, y eso que los he conocido muy extraordinarios, pues la gente con quien yo lucho es toda ella gente notable por su audacia y por sus atrevidas concepciones. Desgraciadamente fui íntimo amigo de monseñor el duque de Otranto; he trabajado para Luis XVIII cuando reinaba y cuando estaba desterrado por el emperador y por el Directorio… Sois del temple de Lubel, el instrumento político más hermoso que yo he conocido; pero tenéis la flexibilidad del príncipe de los diplomáticos. ¡Y qué auxiliares!… Daría yo muchas cabezas a cortar si tuviese a mi servicio a la cocinera de la pobre Ester… ¿Dónde halláis criaturas tan hermosas como la doncella que sustituyó a aquella judía durante algún tiempo para el señor Nucingen?… Yo no sé de dónde sacarlas cuando las necesito.

—Señor, señor —dijo Jacobo Collín—, me confundís. Esos elogios en vuestros labios le harían desvariar si…

—Son merecidos. ¡Cómo! habéis engañado a Peyrade, que os tomó por un oficial de paz… Mirad, si no hubieseis tenido que defender a aquel niño imbécil, os habríais reído de nosotros.

—¡Ah! señor, olvidáis a Contensón disfrazado de mulato y a Peyrade de inglés. Los actores tienen los recursos del teatro; pero ser tan perfectos a la luz del día, a todas horas, sólo vos y los vuestros…

—Pues bien, veamos —dijo Corentín—, uno y otro estamos persuadidos de nuestro valor, de nuestros méritos. Aquí estamos los dos solos; yo sin mi antiguo amigo y vos sin vuestro joven protegido. Por lo pronto, yo soy el más fuerte; ¿por qué no hacer como en aquella comedia? Yo os tiendo la mano, diciéndoos: *Abracémonos y que acabe esto*. Os ofrezco, en presencia del señor fiscal, un perdón completo, y vos seréis uno de los míos, el primero después de mí, tal vez mi sucesor.

—¿Me ofrecéis, pues, una posición? —dijo Jacobo Collín—. ¡Linda posición! de lo negro a lo blanco.

—Estaréis en una esfera donde vuestros talentos serán bien apreciados y recompensados, y obraréis a vuestro capricho. La policía política y gubernamental tiene sus peligros. Aquí donde me veis, he estado dos veces en la cárcel… y no me encuentro del todo mal. Pero ¡se viaja!, se tiene cuanto se quiere y se es lo que se quiere ser. Maquinista de los dramas políticos, se ve uno tratado cortésmente por los grandes señores… ¿Os conviene, pues, Jacobo Collín?

—¿Tenéis órdenes respecto de este punto? —le dijo el forzado.

—Tengo poderes plenos —contestó Corentín, satisfecho de haber tenido tamaña inspiración.

—Bromeáis porque sois muy ladino, y bien podéis admitir que uno desconfíe de vos. Habéis vendido a más de un hombre metiéndole en un saco y hasta haciéndole entrar por sí mismo… Conozco vuestra historia, el negocio Motaurán, el asunto Simeuse… ¡Ah! fueron las batallas de Marengo del espionaje.

—Bueno —dijo Corentín—, ¿tenéis estimación al señor fiscal?

—Sí —dijo Jacobo Collín inclinándose con respeto—, admiro su carácter,

su firmeza, su nobleza y daría mi vida por hacerle feliz. Así que empezaré por hacer cesar el peligroso estado en que se halla la señora de Serizy.

El fiscal no pudo menos de hacer un gesto de satisfacción.

—Pues bien —dijo Corentín—, preguntadle si tengo plenos poderes para sacaros del vergonzoso estado en que os halláis y para uniros a mi servicio.

—Es cierto —dijo el señor de Granville observando al forzado.

—¿Es cierto que obtendré la absolución de mi pasado y la promesa de sucederos si os doy pruebas de mi saber hacer?

—Entre hombres como nosotros, no puede haber engaño —dijo Corentín con un aire de grandeza de alma que hubiese engañado a todo el mundo.

—¿El precio de esa transacción es, sin duda, la entrega de esos tres fajos de cartas? —preguntó Jacobo Collín.

—No creía tener necesidad de decíroslo.

—Mi querido señor Corentín —dijo Burla-la-Muerte con una ironía digna de la que ocasionó el triunfo del Taima en el papel de Nicomedes—, os doy las gracias, pues a vos debo el saber todo lo que valgo y la importancia que se da al hecho de privarme de mis armas… Jamás olvidaré… Estaré siempre a vuestro servicio, y en lugar de decir como Roberto Macario: «Abracémonos», yo os abrazo.

Esto diciendo, cogió a Corentín por en medio del cuerpo con tal rapidez, que éste no pudo evitar su abrazo; lo estrechó como a una muñeca contra su corazón, le besó las dos mejillas, lo levantó con una mano como a una pluma, abrió con la otra la puerta del despacho y lo dejó fuera, molido ya por aquel abrazo.

—Adiós, querido mío —le dijo en voz baja al oído—. Estamos separados uno de otro por tres cadáveres; hemos medido nuestras espaldas y son del mismo temple y de iguales dimensiones… Respetémonos, pero yo quiero ser vuestro igual y no vuestro subordinado… Armado como lo estaríais, me parecéis un general demasiado peligroso para ser vuestro teniente. Pondremos un foso entre ambos. ¡Desgraciado de vos, si venís a mi terreno! Vos os llamáis el Estado, del mismo modo que los lacayos

llevan el nombre de sus amos; yo quiero llamarme la Justicia; nos veremos con frecuencia; sigamos tratándonos con tanta más dignidad y cortesía cuanto que seremos siempre dos canallas atroces —añadió con voz apenas perceptible—. Os doy el ejemplo abrazándoos…

Corentín quedó atontado por primera vez en su vida y dejó que su adversario le sacudiese la mano.

—Si es así —dijo—, creo que uno y otro tenemos interés en permanecer *amigos*.

—Seremos más fuertes cada uno por nuestro lado; pero al mismo tiempo más peligrosos —añadió Jacobo Collín en voz baja—. De modo que me permitiréis que os pida mañana las arras de nuestro trato.

—Bueno —dijo Corentín con acento de hombre de bien—, me quitáis vuestro negocio para dárselo al fiscal; vos seréis la causa de su ascenso; pero yo no puedo menos de deciros que tomáis por buen camino… Bibi-Lupín es demasiado conocido y ya ha cumplido su término; si vos le reemplazáis, viviréis en la sola condición que os conviene; palabra de honor que me encanta veros.

—Hasta la vista, hasta muy pronto —dijo Jacobo Collín.

Al volverse, Burla-la-Muerte halló al fiscal sentado ante su mesa, con la cabeza entre las manos.

—¡Cómo! ¿Podríais vos impedir que la condesa de Serizy se volviese loca? —preguntó el señor de Granville.

—En cinco minutos —replicó Jacobo Collín.

—¿Y podéis entregarme todas las cartas de esas damas?

—¿Habéis leído esas tres?

—Sí —dijo al punto el fiscal—, y me avergüenzo por las que las han escrito.

—Bueno, ya que estamos solos, prohibid la entrada a todo el mundo y hagamos tratos —dijo Jacobo Collín.

—¡Permitid!… la justicia debe, ante todo, cumplir con su deber, y el señor Camusot tiene orden de detener a vuestra tía.

—Jamás la hallará —dijo Jacobo Collín.

—Se va a hacer una perquisición en el Temple, en casa de una señorita Paccard, que tiene su establecimiento…

—No se verán allí más que andrajos, trajes, diamantes, uniformes. Sin embargo, hay que poner término al celo del señor Camusot.

El señor de Granville llamó a un ordenanza y le dijo que fuese a comunicar al señor Camusot que deseaba verle.

—Vamos —le dijo a Jacobo Collín—, acabemos. Siento ansia por conocer vuestra receta para curar a la condesa.

—Señor fiscal —dijo Jacobo Collín poniéndose grave—, como sabéis, yo he sido condenado a cinco años de trabajos forzados por falsificación. ¡Yo amo mi libertad!… Este amor, como todos los amores, ha ido directamente contra su objeto, porque por querer adorarse con exceso, los amantes riñen. Evadiéndome y volviendo a ser cogido, he hecho siete años de presidio. No tenéis, pues, que perdonarme más que las agravaciones de pena en que incurrí en el *prado* (dispensad, en presidio). En realidad, he sufrido mi pena, y hasta que se me coja en un delito, cosa que no logrará la justicia ni Corentín, yo debería ser reintegrado en mis derechos de ciudadano francés. Excluido de París y sometido a la vigilancia de la policía, ¿qué vida sería la mía?, ¿adónde puedo ir?, ¿qué puedo hacer? Ya conocéis mis aptitudes. Habéis visto a Corentín, ese almacén de astucias y de traiciones, lívido de miedo en mi presencia, haciendo justicia a mis talentos… ¡Ese hombre me lo ha arrebatado todo! porque él, él solo, por no sé qué medios ni con qué interés, ha derribado el edificio de la fortuna de Luciano… Corentín y Camusot lo han hecho todo.

—No recriminéis —dijo el señor de Granville— e id al hecho.

—Pues bien, el hecho es éste. Esta noche, teniendo entre mis manos la yerta mano del joven muerto, me he prometido a mí mismo renunciar a la insensata lucha que sostengo hace veinte años contra la sociedad entera. Vos no me creéis susceptible de hacer capuchinadas, después de lo que os he dicho de mis opiniones religiosas… Ahora bien, de veinte años acá,

he visto el mundo por su reverso, en sus bodegas, y he reconocido que hay en la marcha de las cosas una fuerza que vos llamáis *Providencia*, que yo llamaba *azar* y que mis compañeros llaman *suerte*. Toda mala acción recibe su merecido, por más que se oculte. En este oficio de luchador, cuando se tiene ganado el juego, la bujía cae, las cartas arden o el jugador se siente herido de una apoplejía… ¡Tal es la historia de Luciano! Ese mozo, ese ángel, no ha cometido crimen ninguno; se ha dejado guiar y ha dejado hacer. Iba a casarse con la señorita de Grandlieu, a ser nombrado marqués, y tenía una fortuna; cuando una joven se envenena, esconde el producto de una inscripción, y echa abajo el edificio tan penosamente erigido. ¿Y quién nos dirige la primera estocada? Un hombre cubierto de infamias secretas, un monstruo que ha cometido tales crímenes en el mundo de los intereses (véase *La casa Nucingen*) que cada escudo de su fortuna está empapado en lágrimas de una familia; un Nucingen que ha sido legalmente y en el mundo del dinero todo un Jacobo Collín. En fin, ya conocéis tan bien como yo las liquidaciones, las estrategias condenables de ese hombre. Mis cadenas estampillarán siempre todas mis acciones, incluso las más virtuosas. Ser una pelota entre dos raquetas llamadas el presidio y le policía, es una vida en que el tiempo es una labor sin fin y la tranquilidad cosa imposible. Señor de Granville, en este momento Jacobo Collín está enterrado con Luciano, a quien se rocía ahora con agua bendita y que parte para el Pere Lachaise. Pero necesito un lugar adonde ir, no a vivir, sino a morir… En el actual estado de cosas, vos, la Justicia, no habéis querido ocuparos del estado civil y social del forzado libertado. Cuando la ley está satisfecha, no lo está la sociedad, que sigue desconfiando y lo hace todo para justificarse a sí propia; hace del forzado libertado un ser imposible; debe devolverle todos sus derechos, pero le prohíben vivir en una cierta zona. La sociedad le dice a ese miserable: «París, el único punto donde puedes esconderle, y sus inmediaciones en cierta extensión, no serán ocupados por ti». Luego somete al forzado libertado a la vigilancia de la policía. ¿Y creéis que es posible vivir en estas condiciones? Para vivir hay que trabajar, porque no se sale del presidio con rentas. Os arregláis para que el forzado sea claramente designado, reconocido, y luego creéis que los ciudadanos tendrán confianza en él, cuando la sociedad, la justicia y el mundo que les rodea no tienen ninguna. Les condenáis al hambre o al crimen. No halla trabajo y se ve empujado fatalmente a reanudar su antiguo oficio, que le envía al patíbulo. Así, al mismo tiempo que quise renunciar a una lucha con la ley, no he hallado lugar al sol para mí. Uno solo me conviene, y es hacerme servidor de ese poder que pesa sobre nosotros; y cuando se me

ha ocurrido esta idea, se ha manifestado claramente, en torno mío, la fuerza de que os hablaba. Tres grandes familias están a mi disposición. No creáis que quiera hacerlas *cantar*… El *chantage* es uno de los asesinatos más cobardes. A mi entender, es un crimen que denota mayor perversidad que el homicidio. El asesino necesita un valor atroz. Yo firmo mis opiniones, pues las cartas que constituyen mi seguridad, que me permiten hablaros así, que me ponen en este momento a vuestro nivel, siendo yo el crimen y vos la justicia, esas cartas están a vuestra disposición. Vuestro ordenanza puede ir a buscarlas de vuestra parte y le serán entregadas. Yo no pido prenda, no las vendo. ¡Ay! señor fiscal, al hacerme cargo de ellas, no pensaba en mí, sino en el peligro que podía algún día amenazar a Luciano. Si no atendéis mi petición, tengo más valor y siento más disgusto de la vida, del necesario para levantarme la tapa de los sesos y desembarazaros de mí… Con un pasaporte puedo ir a América y vivir en la soledad; tengo todas las condiciones del salvaje… Tales eran las ideas que me embargaban esta noche. Vuestro secretario ha debido repetiros una palabra que yo le encargué que os dijese. Al ver las precauciones que tomabais para salvar la memoria de Luciano de toda una infamia, os he dado mi vida, ¡pobre presente! Yo no le tenía apego, la veía imposible sin la luz que la alumbraba, sin la dicha que la animaba, sin ese pensamiento que constituía su sentido, sin la prosperidad de ese joven poeta que era su sol, y quería hacer que os diesen esos tres paquetes de cartas.

El señor de Granville inclinó la cabeza.

—Al bajar al patio de la cárcel he hallado a los autores del crimen cometido en Nanterre y a mi pequeño compañero de cadenas bajo el peso de la cuchilla, por una participación involuntaria en este crimen —repuso Jacobo Collín—. He sabido que Bibi-Lupín engaña a la justicia y que uno de sus agentes es el asesino de los Crotat, ¿no era esto, como decís vos, providencia?… He entrevisto, pues, la posibilidad de obrar el bien, de emplear las cualidades de que estoy dotado, los tristes conocimientos que he adquirido, en servicio de la sociedad; ser útil en lugar de ser perjudicial, y me he atrevido a contar con vuestra inteligencia, con vuestra bondad.

El aire franco y sencillo de este hombre, confesándose en términos desprovistos de acritud, sin esa filosofía del vicio que hasta entonces le hacía terrible, hubiese hecho creer en una transformación. Ya no era el mismo.

—Creo de tal modo en vos, que quiero estar enteramente a vuestra

disposición —repuso con la humildad de un penitente—. Me veis entre tres caminos: el suicidio, la América y la calle de Jerusalén. Bibi-Lupín es rico y ha cumplido su misión; es un funcionario con dos caras, y si vos quisieseis obrar contra él, yo lo cogeré en flagrante delito antes de ocho días. Si me dais la plaza de ese granuja, habréis prestado el mayor servicio a la sociedad. *Yo no necesito ya nada*. Seré probo. Tengo todas las cualidades que exige el empleo. Tengo, además, instrucción, cosa de que carece Bibi-Lupín; he hecho estudios hasta llegar al año de retórica; no seré tan animal como él y tengo modales finos cuando quiero tenerlos. No tengo más ambición que la de ser un elemento de orden y de represión, en lugar de ser la corrupción misma. Ya no alistaré más a nadie en el ejército del vicio. Cuando se coge en la guerra a un general enemigo, señor, no se le fusila, sino que se le devuelve su espada y se le da una ciudad por cárcel; ahora bien, yo soy el general del presidio y me rindo… No ha sido la justicia, sino la muerte la que me venció. La esfera en que quiero obrar y vivir es la única que me conviene y desarrollaré en ella el poder que siento en mí. Decidid.

Y Jacobo Collín se quedó en una actitud sumisa y modesta.

—¿Habéis puesto esas cartas a mi disposición? —preguntó el fiscal.

—Podéis enviar a buscarlas, que serán entregadas a la persona que enviéis.

—¿Cómo?

Jacobo Collín leyó en el corazón del fiscal y siguió el mismo juego.

—Me habéis prometido la conmutación de la pena de muerte de Calví, por la de veinte años de trabajos forzados. ¡Oh! no os recuerdo esto para hacer un tratado —se apresuró a decir al notar un gesto de disgusto del fiscal—; pero esa vida debe ser salvada por otros motivos: ese muchacho es inocente.

—¿Cómo puedo obtener las cartas? —preguntó el fiscal—. Tengo el derecho y la obligación de saber si sois el hombre que decís ser. Os quiero sin condición.

—Enviad un hombre de confianza al muelle de las Flores; en el umbral de la tienda de un quincallero, cuyo rótulo dice *Escudo de Aquiles*.

—¿La casa del *Escudo*?

—Allí —dijo Jacobo Collín con amarga sonrisa— allí está mi escudo. Vuestro enviado hallará allí a una vieja vestida de tendera con pendientes en las orejas, algo así como una tendera acomodada; preguntará por la señora *de* Saint Esteve. No olvidéis el *de*. Y debe decir: *Vengo de parte del señor fiscal a buscar lo que sabéis*… Y acto continuo le darán tres paquetes lacrados.

—¿Están en ellos todas las cartas? —preguntó el señor de Granville.

—Vamos, veo que sois hombre de valer. No habéis robado el cargo que ocupáis —dijo Jacobo Collín sonriendo—. Veo que me creéis capaz de probaros entregándoos papeles blancos… No me conocéis —añadió—. Me confío a vos como un hijo a su padre.

—Vais a ser llevado de nuevo a la Conserjería —dijo el fiscal— y esperaréis allí la decisión que se tome respecto de vuestro porvenir.

El fiscal llamó, y al presentarse un ordenanza, le dijo:

—Ruegue al señor Garnery que venga si está en su despacho.

Además de los cuarenta y ocho comisarios de policía que velan por París como cuarenta y ocho Providencias, sin contar la policía de seguridad —de aquí proviene el nombre de *cuarto de ojo* que le dan los ladrones en su jerga, puesto que son cuatro por distrito— hay dos comisarios agregados a la vez a la policía y a la justicia para ejecutar las misiones delicadas; para reemplazar en muchos casos a los jueces de instrucción. La oficina de estos dos magistrados, porque los comisarios de policía son magistrados, se llama oficina de las delegaciones, toda vez que son efectivamente delegados cada vez y regularmente para ejecutar, ora perquisiciones, ora arrestos. Estas plazas exigen hombres maduros, de una capacidad probada, de gran moralidad, de absoluta discreción, y uno de los milagros que hace la Providencia en favor de París, es la posibilidad de contar siempre con hombres de esta clase. La descripción del Palacio sería inexacta sin la mención de estas magistraturas *preventivas*, que son los más poderosos auxiliares de la justicia, pues si la justicia, por la fuerza de las cosas, ha perdido su antigua pompa, su pasada riqueza, hay que reconocer que ha ganado materialmente. Especialmente en París, el

mecanismo se ha perfeccionado de un modo admirable.

El señor de Granville había enviado a su secretario, el señor de Chargeboeuf, al entierro de Luciano; era preciso reemplazarle para esta misión por un hombre seguro, y el señor de Garnery era uno de los dos comisarios de las delegaciones.

—Señor fiscal —dijo Jacobo Collín—, ya os he dado pruebas de que tengo mi puntillo de honor… Me habéis dejado libre y he vuelto… Pronto van a dar las once y estará acabando el funeral de Luciano, que será conducido al cementerio. En lugar de enviarme a la Conserjería, permitidme acompañar el cuerpo de ese muchacho hasta el Pere Lachaise; volveré a constituirme prisionero.

—Id —dijo el señor de Granville con bondadoso tono.

—Una palabra más, señor fiscal. El dinero de esa joven, de la querida de Luciano, no ha sido robado. En los pocos momentos de libertad que me habéis concedido, he podido interrogar a mi gente. Estoy seguro de ello como lo estáis vos de vuestros dos comisarios delegados. El precio de la inscripción vendida por Ester, se hallará, pues, en su cuarto, cuando se levanten los sellos. La camarera me ha advertido que la difunta era escondedora y desconfiada y debe haber escondido el dinero en su cama. Que se registre ésta con cuidado, que la desarmen, que miren el colchón y el jergón, y se hallará el dinero.

—¿Estáis seguro de ello?

—Estoy seguro de la probidad relativa de mis gentes, que no se burlan nunca de mí. Tengo derecho de vida y muerte sobre ellos, juzgo y condeno y ejecuto mis sentencias, sin necesidad de vuestras formalidades. Bien estáis viendo los efectos de mi poder… Os hallaré las sumas robadas a los señores Crotat; os cogeré in fraganti a uno de los agentes de Bibi-Lupín, su brazo derecho, y os daré el secreto del crimen cometido en Nanterre… ¡Ya son arras! Ahora, si me ponéis al servicio de la justicia y de la policía, dentro de un año lo celebraréis, seré francamente lo que debo ser, y sabré salir airoso de cuantos asuntos me sean confiados.

—Sólo puedo prometeros mi benevolencia. Lo que me pedís no depende de mí. Sólo al rey corresponde el derecho de indulto, y el cargo que

deseáis es de nombramiento del señor prefecto de policía.

—El señor Garnery —dijo el ordenanza.

A una seña del fiscal, el comisario de las delegaciones entró, dirigió a Jacobo Collín una mirada de conocedor, y reprimió su asombro al oír que el señor de Granville dijo a Jacobo Collín: ¡Id!

—¿Queréis permitirme —dijo Jacobo Collín— que no salga hasta que el señor de Garnery os haya traído lo que constituye toda mi fuerza, a fin de que yo me lleve un testimonio de vuestra satisfacción?

Esta humildad, esta buena fe completa, conmovieron al fiscal.

—Idos —dijo el magistrado—. Estoy seguro de vos.

Jacobo Collín saludó con la sumisión propia del inferior al superior. Diez minutos después, el señor de Granville tenía en su poder las cartas contenidas en tres paquetes lacrados e intactos. Pero la importancia de este asunto, la especie de confesión de Jacobo Collín, le había hecho olvidar la promesa de éste de curar a la señora de Serizy.

Cuando se vio fuera, Jacobo Collín experimentó un increíble sentimiento de bienestar. Se sintió libre y nacido para una vida nueva; caminó rápidamente del palacio a la iglesia de San Germán des Pres, donde se hacía el funeral. Echaban ya agua bendita sobre el ataúd y pudo llegar bastante a tiempo para dar aquel adiós cristiano a los restos de aquel joven tan entrañablemente amado; luego subió a un coche y acompañó el cuerpo hasta el cementerio.

En los entierros de París, a no ser en circunstancias extraordinarias o en los casos bastante raros de alguna celebridad, fallecido naturalmente, la multitud llegada a la iglesia disminuye a medida que se avanza hacia el Pere Lachaise. Se tiene tiempo para hacer una demostración en la iglesia; pero a cada cual le urgen sus negocios y se vuelve lo más pronto que puede. De modo que de los diez coches de duelo, ni cuatro iban llenos. Cuando el cortejo llegó al Pere Lachaise, la comitiva sólo se componía de una docena de personas, entre los cuales figuraba Rastiñac.

—¡Celebro que *le* sea fiel! —dijo Jacobo Collín a su antiguo conocido.

Rastiñac hizo un movimiento de asombro al hallar allí a Vautrín.

—Estad tranquilo —le dijo el antiguo huésped de madama Vauquer—: tenéis en mí un esclavo, desde el momento que os hallo aquí. Mi apoyo no es de despreciar, y yo soy o seré más poderoso que nunca. Habéis medrado a fuerza de destreza; pero tal vez me necesitéis y os serviré siempre.

—Pero ¿qué vais a ser?

—El procurador del patíbulo, en lugar de ser carne del mismo —respondió Jacobo Collín.

Rastiñac hizo un gesto de disgusto.

—¡Ah!, ¡si os engañasen!

Rastiñac se apresuró a caminar para separarse de Jacobo Collín.

—Vos no sabéis en qué circunstancias podéis hallaros.

Habían llegado a la fosa cavada al lado de la de Ester.

—¡Dos criaturas que se han amado y que eran felices! —dijo Jacobo Collín— ahora vuelven a unirse. Aún me parece una dicha pudrirse junto al que se quiere. Haré que me entierren ahí.

Cuando metieron en la fosa el cuerpo de Luciano, Jacobo Collín cayó al suelo desmayado. Aquel hombre tan fuerte no pudo soportar aquel ligero ruido de las paletadas de tierra con que los enterradores cubren el cuerpo para ir a pedir su propina. En este momento, dos agentes de la brigada de seguridad se presentaron, reconocieron a Jacobo Collín, le cogieron y lo llevaron a un fiacre.

—¿De qué se trata todavía? —preguntó Jacobo Collín cuando recobró el conocimiento y examinó el fiacre.

Se veía entre dos agentes de policía, uno de los cuales era precisamente Rufard; así es que dirigió una mirada que sondó el alma del asesino hasta el secreto de la Gonora.

—De que el fiscal os llama —respondió Rufard—; de que hemos ido de un lado a otro, y que hasta el cementerio no hemos dado con usted, donde

estabais desmayado.

Jacobo Collín guardó silencio durante un instante.

—¿Es Bibi-Lupín el que manda buscarme? —preguntó al otro agente.

—No, es el señor Garnery el que nos ha enviado.

—¿No os ha dicho nada?

Los dos agentes se miraron consultándose con una mímica expresiva.

—Veamos, ¿cómo os dio la orden?

—Nos ordenó que os buscásemos en el acto, diciéndonos que estabais en la iglesia de Saint-Germain des Pres —contestó Rufard—, y que si el cortejo había salido de la iglesia, estaríais en el cementerio.

—¿Me llamaba el señor fiscal?

—Tal vez.

—Eso es, me necesita sin duda —replicó Jacobo Collín.

Y guardó silencio que preocupó mucho a los agentes. A eso de las dos y media, Jacobo Collín entró en el despacho del señor de Granville, y vio allí a un nuevo personaje, al predecesor de éste, al conde Octavio de Bauván, uno de los presidentes de Sala.

—¡Habéis olvidado el peligro que corre la señora de Serizy, a la que me prometisteis salvar!

—Señor fiscal, preguntad en qué estado me hallaron estos dos tunantes —dijo Jacobo Collín haciendo seña a los dos agentes de que entrasen.

—Sin conocimiento, señor fiscal, al borde de la fosa del joven a quien se enterraba.

—Salvad a la señora de Serizy —dijo el señor de Bauván—, y tendréis cuanto deseéis.

—Yo no deseo nada —contestó Jacobo Collín—. Me he rendido a discreción, y el señor fiscal ha debido recibir…

—¡Todas las cartas! —dijo el señor de Granville— pero habéis prometido salvar la razón de la señora de Serizy; ¿podéis hacerlo?, ¿no es una fanfarronada?

—Espero que no —respondió Jacobo Collín con modestia.

—Pues bien, venga conmigo —dijo el conde Octavio.

—No, señor —dijo Jacobo Collín—, no quiero estar a vuestro lado en el mismo coche… Todavía soy un forzado. Si tengo deseo de servir a la justicia, no he de comenzar por deshonrarla… Vaya a casa de la señora condesa, que yo llegaré allí dentro de un rato. Anunciadle al mejor amigo de Luciano, al abate Carlos Herrera. El presentimiento de mi visita hará necesariamente impresión en ella y favorecerá la crisis. Perdonadme que afecte aún el carácter engañoso del canónigo español: ¡se trata de hacer un favor tan grande!

—Os veré allí a eso de las cuatro —dijo el señor de Granville—, pues tengo que ir con el ministro a visitar al rey.

Jacobo Collín fue a ver a su tía, que le esperaba en el muelle de las flores.

—¡Bueno! —dijo ella— ¿te has entregado a la *Cigüeña* (policía)?

—Sí.

—Es aventurado.

—No; le debía la vida a ese pobre Teodoro, y obtendrá el indulto.

—¿Y tú?

—Yo seré como debo ser. ¡Siempre haré temblar a toda nuestra gente! Pero hay que poner manos a la obra. Vete a decirle a Paccard que se lance a fondo, y a Europa que ejecute mis órdenes.

—Eso no es nada; ya sé cómo hacer con la Gonora —dijo la terrible Jacobina—. No creas que he perdido el tiempo.

—Que la Gineta, esa joven corsa, sea hallada mañana —dijo Jacobo Collín sonriendo a su tía.

—Convendría conocer su huella.

—Manón la Rubia te la dará —respondió Jacobo.

—Esta noche será nuestra —añadió la tía—. Tienes mucha prisa, ¿hay negocio acaso?

—Quiero superar con mis primeros golpes a cuanto ha hecho Bibi-Lupín. He tenido un cachito de conversación con el monstruo que me mató a Luciano, y sólo vivo para vengarme de él. Gracias a nuestras posiciones, dispondremos de iguales armas y estaremos igualmente protegidos. Necesitaré varios años para alcanzar a ese miserable; pero recibirá el golpe en pleno pecho.

—Te habrá prometido el mismo perro de su perra —dijo la tía—, pues recogió en su casa a la hija de Peyrade, ¿sabes? aquella muchacha que fue vendida a madame Nourrisón.

—Nuestro primer cuidado ha de ser procurarle un criado.

—Será difícil, porque debe conocer el paño —dijo Jacobina.

—Vamos, ¡el odio hace vivir! ¡A trabajar!

Jacobo Collín tomó un fiacre y fue en el acto al muelle de Malaquais, al cuartito en que se albergaba independientemente de la habitación de Luciano. El portero, admirado al verle, quiso hablarle de las cosas que habían ocurrido.

—Lo sé todo —le dijo el abate—. A pesar de la santidad de mi carácter, también me vi comprometido; pero gracias a la intervención del embajador de España, fui puesto en libertad.

Y subió a toda prisa a su cuarto, y del interior de un breviario tomó una carta que Luciano había dirigido a la señora Serizy cuando ésta riñó con él al verle en los italianos con Ester.

En medio de su desesperación, Luciano se había dispensado de enviar aquella carta, creyéndose perdido para siempre; pero Jacobo Collín había leído aquella obra nuestra, y como que todo lo que escribía Luciano era sagrado para él, había metido la carta en su breviario, a causa de las

expresiones poéticas de aquel amor de vanidad. Cuando el señor de Granville le habló del estado en que se hallaba la señora de Serizy, aquel hombre tan profundo había pensado, con razón, que la desesperación y la locura de aquella gran dama debían provenir de la riña que ella había dejado subsistir entre ella y Luciano. Él conocía a las mujeres, como los magistrados conocen a los criminales; adivinaba los más secretos impulsos de su corazón, y pensó en el acto que la condesas debía atribuir en parte la muerte de Luciano a su rigor, y se lo reprochaba amargamente. Evidentemente, un hombre colmado de amor por ella, no hubiese abandonado la vida. Saber que ella seguía siendo amada, a pesar de sus rigores, podía devolverle la razón.

Si Jacobo Collín era un gran general para los forzados, hay que confesar que era también gran médico de almas. Fue a la vez una vergüenza y una esperanza la llegada de aquel hombre a las habitaciones del palacio de Serizy. Estaban en el saloncito que precedía al dormitorio de la condesa varias personas, el conde y los médicos; pero para ahorrar toda mancha al honor de su alma, el conde de Bauván despidió a todo el mundo y se quedó sólo con su amigo. Golpe sensible fue para el vicepresidente del Consejo de Estado, para un miembro del consejo privado, ver entrar a aquel sombrío y siniestro personaje.

Jacobo Collín había cambiado de ropa. Se había vestido de pantalón y levita negros, y su paso, sus miradas, sus gestos, todo fue de la más perfecta corrección. Saludó a los dos hombres de Estado, y preguntó si podía entrar en el cuarto de la condesa.

—Os espera con impaciencia —dijo el señor de Bauván.

—¿Con impaciencia?… Está salvada —dijo aquel terrible fascinador.

En efecto, después de una conferencia de media hora, Jacobo Collín abrió la puerta y dijo:

—Venga, señor conde, ya no tenéis que temer nada fatal.

La condesa tenía la carta sobre su corazón, estaba tranquila y parecía reconciliada consigo misma. Al verla el conde, hizo un gesto de alegría.

—¡Ésta es la gente que decide nuestro destino y el de los pueblos! —pensó Jacobo Collín, encogiéndose de hombros al ver entrar a los dos

amigos—. ¡Un suspiro lanzado por una hembra les vuelve el seso! ¡Enloquecen por una mirada! Una falda levantada un poco más de lo ordinario o un poco más baja, y corren todo París desesperados. Los caprichos de una mujer ejercen influencia sobre la marcha de un Estado. ¡Oh! ¡Cuánta fuerza adquiere un hombre cuando se sustrae como yo a esa tiranía de niño, a esas probabilidades aniquiladas por la pasión, a esas cándidas maldades, a esas astucias de salvaje! La mujer con su genio de verdugo y sus talentos para la tortura, es y será siempre la pérdida del hombre. ¡Fiscal del supremo, ministro, heles ahí ciegos, violentándolo todo por una cartas de duquesa o de niña, o por la razón de una mujer que será más loca en su sano juicio que cuando estaba privada de razón!

Dicho esto, sonrió con aire de superioridad, y se dijo luego:

—Y me creen, obedecen mis indicaciones y me darán la plaza que deseo. Siempre reinaré en este mundo que me obedece desde hace veinticinco años.

Jacobo Collín había hecho uso de aquel supremo poder que había empleado antes con la pobre Ester, pues poseía, como se ha visto varias veces, esa palabra, esas miradas, esos gestos que dominan a los locos, y había mostrado a Luciano, llevando grabada en su alma la imagen de la condesa en los últimos instantes de su vida.

Ninguna mujer resiste a la idea de ser amada únicamente.

—¡Ya no tenéis rival! —fue la frase última de aquel frío y mordaz burlón.

Collín permaneció olvidado por espacio de una hora en aquel salón. El señor de Granville se presentó y le halló triste, de pie, sumido en una meditación análoga a la que debe embargar a los que hacen en su vida un dieciocho de brumario.

El fiscal llegó hasta el umbral de la puerta del cuarto de la condesa y permaneció allí unos instantes; después se acercó a Jacobo Collín y le dijo:

—¿Persistís en vuestras intenciones?

—Sí, señor.

—Pues bien, reemplazaréis a Bibi-Lupín, y el condenado Calví obtendrá el indulto.

—¿No irá a Rochefort?

—Ni siquiera a Tolón; podréis emplearlo en vuestro servicio; pero estas gracias y vuestro nombramiento dependen de vuestra conducta durante los seis meses que seréis adjunto a Bibi-Lupín.

En ocho días, el adjunto de Bibi-Lupín hizo recobrar cuatrocientos mil francos a la familia Crotat, y entregó a la justicia a Rufard y a Godet.

El producto de la inscripción vendida por Ester Gobseck, fue hallado en la cama de la libertina, y el señor de Serizy hizo que se entregasen a Jacobo Collín los trescientos mil francos que le fueron legados en testamento por Luciano de Rubempré.

El monumento edificado para Luciano, para Ester y para él, está reputado como uno de los más hermosos del Pere Lachaise, y el terreno de debajo pertenece a Jacobo Collín.

Después de haber ejercido sus funciones durante unos quince años, Jacobo Collín se retiró hacia el año 1845.

Diciembre de 1847

Honoré de Balzac



Honoré de Balzac (Tours, 20 de mayo de 1799-París, 18 de agosto de 1850) fue un novelista francés representante de la llamada novela realista del siglo XIX.

Trabajador infatigable, elaboró una obra monumental, La comedia humana, ciclo coherente de varias decenas de novelas cuyo objetivo era describir de modo casi exhaustivo a la sociedad francesa de su tiempo para, según su famosa frase, hacerle «la competencia al registro civil».